



FRANCISCO JAVIER ASPAS

# LA CASA DEL BOSQUE DE MARBACH

Un viaje a las entrañas de las maternidades *Lebensborn*  
y el programa racial nazi



Lectulandia

Una gélida noche de diciembre de 1941, la joven y bella Hedda Weiss cruza el umbral de una de las maternidades Lebensborn, una casa rodeada por un siniestro bosque. Ella es tan solo una de las más de ocho mil mujeres que durante el Tercer Reich ingresaron en estos centros que formaban parte del siniestro programa racial nazi con la única intención de ofrecerle un hijo al Führer. En los siguientes años, Hedda descubrirá el poder de ese lugar y su oscura alma.

**Lectulandia**

Francisco Javier Aspas

# **La casa del bosque de Marbach**

**Un viaje a las entrañas de las maternidades *Lebensborn* y el programa racial nazi**

ePub r1.1

Banshee 01.01.14

Título original: *La casa del bosque de Marbach*

Francisco Javier Aspas, 2013

Diseño de portada: Opalworks

Editor digital: Banshee

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Este libro está especialmente dedicado a los miembros de la asociación *Lebensspuren*, Huellas de Vida. Setenta años después, ellos continúan buscando sus orígenes y esperando que les sea restituida la condición de víctimas de un delirante programa racial puesto en marcha por el régimen nazi. Ellos fueron los niños nacidos de *Lebensborn*, y los niños siempre han sido y serán víctimas de los conflictos, nunca culpables de ellos. Desde aquí, les quiero hacer llegar mi simpatía y solidaridad.

*Recordad siempre que solo somos un eslabón más  
de una cadena racial sin fin.*

HEINRICH HIMMLER

# I

## HEDDA WEISS

*Múnich, otoño de 1941.*

El agua caía libre sobre su pelo, resbalaba como un torrente salvaje por su espalda y por sus piernas. Tenía una de sus manos apoyada en las blancas baldosas de la pared. Sus ojos estaban cerrados. Le gustaba sentir la sensación del agua acariciando su cuerpo. Ese era uno de sus momentos favoritos del día. Solía estar bajo el agua mucho tiempo. Siempre le gustó.

Se dio la vuelta. Ahora el agua caía directamente sobre su pecho. Esa sensación era aun mejor. Esa sensación debía de ser algo parecido a tener sexo con un chico. Algunas de sus compañeras de la Liga de Muchachas Alemanas<sup>[1]</sup> habían tenido ya relaciones sexuales con chicos de las Juventudes Hitlerianas. Pero ella no. Ella se estaba reservando para algo mejor. Para alguien mejor. Ese era su pequeño secreto con el mundo. Ella se estaba reservando para Adolf Hitler. Y de una manera u otra, sabía que lo conseguiría. Sabía que algún día podría concebir un hijo para el Führer.

Volvió a darse la vuelta y a apoyar una de sus manos sobre las frías baldosas. Ahora, aún con los ojos cerrados, elevó su cabeza para que el agua impactara sobre su rostro. Eso solía hacerlo incluso cuando llovía, en la calle. En ocasiones, cuando paseaba por las calles de Múnich con su amiga Else y les sorprendía un aguacero, ella extendía sus brazos, elevaba su rostro al cielo y dejaba que la lluvia cayera libre sobre su cuerpo. Mientras tanto, todo el mundo extendía su paraguas o corría a protegerse al patio más cercano. Cuando regresaba junto a Else, esta la miraba con sus ojos verdes desorbitadamente abiertos, ponía un dedo sobre su sien y le decía:

—Estás loca, Hedda. Siempre lo has estado.

Hedda reía. A todo el mundo le gustaba su risa. Pero entonces Else se ponía muy seria y, con un rictus de misterio en su cara pecosa, le decía:

—O quizás no. Quizás tú seas una hija de la lluvia. ¿Conoces la historia de las hijas de la lluvia?

Y entonces Else le contaba esa bonita historia, esa historia que tanto les gustaba.

Muchos días, allí, bajo la ducha de su casa, Hedda Weiss soñaba que era una hija de la lluvia, como las del cuento de Else. Tenía con ellas algo en común, porque al igual que ella, las hijas de la lluvia eran doncellas. Solo que ellas no podrían tener nunca un niño. Porque las hijas de la lluvia estaban encerradas. Encerradas en su mundo de leyenda.

Pero casi siempre, como ese mismo día del mes de noviembre de 1941, la voz de su madre la sacaba de esa ensoñación.

—¡Venga, Hedda, hija, baja ya! ¡Que se te está quedando el desayuno frío!

Su madre, Maria, se había asomado al pie de las escaleras, en el piso de abajo, y la había llamado. Llegaba el momento de salir de la ducha. Su madre tenía razón, era tarde y todavía tenía muchas cosas que hacer. Esa mañana, como muchas otras, Hedda Weiss se tomaría el desayuno frío.

Salió de la ducha. Secó su cuerpo con una áspera toalla que su madre cambiaba todas las mañanas, mientras ella aún dormía. Su madre también le dejaba las sábanas limpias, que Hedda cambiaba todos los días, y su uniforme lavado y planchado. Hedda admiraba a su madre más que a cualquier otra persona de este mundo. Su madre era el ama de casa perfecta, el tipo de mujer que ella quería ser. El tipo de mujer para la que la habían preparado en la Liga de Muchachas Alemanas.

Caminó hacia un pequeño armario que tenía sobre el lavabo y extrajo un cepillo de él. Tenía que cepillar su larga cabellera rubia hasta que esta se secara, de lo contrario, sería imposible que pudiera hacer su trenza *Gretchen*. La trenza que desde que entró en la *Jungmadel*, cuando tenía catorce años, no había dejado de decorar su cabeza ni un solo día.

Hedda dejó el baño y entró en su habitación. Allí había un espejo de cuerpo entero, frente a su cama, un espejo que desde que era niña le había molestado. Ahora, sin embargo, eso había cambiado. Desde hacía un tiempo, le gustaba mirar su cuerpo desnudo en el espejo, mientras hacía su trenza y se vestía. Ahora, su cuerpo ya no le avergonzaba como antes, como cuando era una niña. Hedda tenía ahora diecinueve años, los había cumplido a principios de septiembre. Sabía que ahora su cuerpo gustaba a los chicos, lo percibía cuando asistía con su amiga Else a los bailes que las Juventudes Hitlerianas organizaban los domingos y cuando caminaba por las calles de Múnich y veía cómo los chicos se giraban a mirarla cuando pasaba ante ellos. Se giró hacia la mesita que había junto a su cama y observó la fotografía de Adolf Hitler. Ellos no lo sabían, pero su cuerpo no podía pertenecerles. Su cuerpo pertenecía al Führer. Hacía mucho tiempo que lo había decidido así. Desde el día que la mano del Führer había acariciado su rostro.

Apartó todas esas ideas de su mente y se concentró en su trenza. Hedda pensaba que esas ideas sobre contemplar su cuerpo desnudo en el espejo no eran buenas, que no era algo decoroso para una señorita como ella. Las hijas de la lluvia del cuento de Else también iban desnudas, también miraban la imagen de sus cuerpos en los charcos sobre el pavimento, los charcos que su presencia dejaba a su paso. Pero claro, las hijas de la lluvia no tenían que guardar decoro alguno. Porque ante los mortales, su imagen no era visible.

Ahora su pelo ya estaba seco, y podía empezar a trenzarlo. Y así lo hizo, delicadamente, como si se tratase de un ritual, como hacía todas las mañanas. Porque para Hedda Weiss, su trenza *Gretchen* era algo muy importante, algo muy especial.



Era como una seña de identidad. Algo tan importante como su uniforme.

Cuando terminó con su trenza, Hedda empezó a vestirse. Primero, su immaculada ropa interior blanca, después, la falda azul y la blusa también blanca. Luego, con la delicadeza que la caracterizaba, anudó a su cuello el pañuelo negro. De un viejo armario de madera de roble, descolgó su chaqueta parda, en la que lucía orgullosa la medalla al mérito de la *Jungmadel*, que le impusieron a los catorce años, y la insignia de Fe y Belleza<sup>[2]</sup>, la rama superior de la Liga de Muchachas Alemanas a la que ahora pertenecía. La última prenda de su uniforme era el capote negro que las chicas se ponían durante los duros meses del invierno. Aquel día Hedda lo cogió porque ese mes de octubre muniqués estaba siendo más frío que en años anteriores.

Hedda se miró por última vez en el espejo, repasó que todo estuviera bien colocado y salió de su habitación. Era hora de empezar un nuevo día.

El agradable olor de los pastelitos recién hechos de su madre llegó hasta ella, cuando todavía descendía por las escaleras que conducían a la primera planta del piso, donde tenían la cocina y el comedor. Hedda pensaba que su madre era la mejor cocinera del mundo. Aún ahora, con la cartilla de racionamiento y las restricciones, su madre seguía haciendo unos guisos excelentes. Por supuesto, la especialidad de su madre eran los pasteles. Maria Weiss había estado más de veinte años al frente del obrador de la pastelería que su padre, Peter, regentaba en el centro de Múnich, *Delikatessen Weiss 1865*, una pastelería que su padre había heredado de su abuelo, Klaus Weiss. Desde que Hedda nació, y a consecuencia de las fuertes jaquecas que su madre padeció tras su parto, Maria había dejado la pastelería familiar para dedicarse por completo a las labores de su hogar, una bonita casita en las cercanías de la *Rosenheimerplatz*. Ahora, su padre tenía contratados en el obrador al señor Werk y a su hijo, Lorenz. El señor Werk era un viejo camarada de trincheras de la Gran Guerra; su padre y él habían servido juntos en el Regimiento de Fusileros de Baviera en Flandes, donde el señor Werk perdió una pierna. Cuando Maria dejó la pastelería en 1923, su padre se compadeció de su viejo amigo y camarada, al que le enseñó el oficio de pastelero y dio empleo. A este le ayudaba su hijo, Lorenz Werk, que tras haber sido reclutado por la *Wehrmacht* para la campaña polaca de 1939, había sido descartado para el servicio activo tras serle detectada una minusvalía. Hedda trabajaba ahora en la pastelería, ayudando a su padre. Después de la movilización general, Peter Weiss no consiguió contratar a nadie que le ayudara a despachar, así que Hedda se ofreció voluntaria para ayudarlo. Su padre le pagaba un buen sueldo, el mismo que cobraría cualquier dependiente, aun cuando Hedda se negó en un principio a recibir ningún tipo de remuneración. El trabajo le gustaba, era limpio y elegante pues, de hecho, entre los clientes de *Delikatessen Weiss* se encontraba buena parte de la burguesía muniquesa. Además terminaba pronto y, de esta manera, podía ir todas las tardes a la sede de la Liga de Muchachas Alemanas en compañía de su

amiga Else.

El único problema era Lorenz. El joven decía que se había enamorado de ella, aunque en realidad Hedda sabía muy bien lo que ese chico quería, lo sabía muy bien. Quería su belleza y deseaba su cuerpo, como le pasaba al resto de los chicos. Ellos lo desconocían, pero eso era algo que nunca tendrían. En 1939, cuando tenía diecisiete años de edad, Hedda juró que solo entregaría su cuerpo al Führer. Hedda era una chica realista, nunca se había dejado embaucar por los sueños, como le pasaba a Else. Else quería ser una gran pianista, y creía que podría conseguirlo. Soñaba con llenar los grandes teatros de Alemania y conseguir el reconocimiento internacional. Else tocaba bien el piano, pero eso solo se debía a que su padre, Herr Kruger, un hombre adinerado y miembro del partido, había conseguido que los mejores profesores de Múnich dieran clase a su hija. La madre de Else murió durante el parto en que esta nació, y en ese momento su padre decidió dar a su única hija todo lo que esta desease. Hedda había escuchado tocar el piano a Else muchas tardes y aunque reconocía que su amiga no lo hacía mal, dudaba que algún día Else se convirtiese en la gran pianista que ambicionaba ser. A Hedda, sin embargo, no le gustaba fantasear, sabía que esa promesa de ofrendar su cuerpo al Führer sería algo imposible de realizar, pero desde hacía un tiempo había algo dentro de ella que le decía que, de alguna manera, de alguna forma, no sabía cómo, podría acabar sucediendo. Podría conseguir que su cuerpo fuera una ofrenda para el Führer.

Por ello, las atenciones que Lorenz le dedicaba durante todo el día se hacían insoportables. Ella, que poseía un carácter tranquilo, aunque firme, solía soportar estoicamente las lascivas miradas de Lorenz y sus comentarios malintencionados. Solo en una ocasión no pudo soportarlo más y le lanzó al chico un exabrupto. Fue una mañana que Hedda entró en el obrador a recoger una bandeja de pasteles y Lorenz, aprovechando la ausencia de su padre, hizo un comentario inadecuado, que Hedda prefería no recordar. Hedda le lanzó una mirada colérica y le gritó: «¡Déjame en paz ya, maldito tullido!». Sabía que a Lorenz esta expresión le molestaba especialmente, porque en ocasiones, algunos chicos de las Juventudes Hitlerianas a los que Hedda conocía, entraban en la pastelería y se referían a él en esos términos: «Eh tú, jodido tullido, ponnos un trozo de tarta». Luego reían de forma estridente. Durante un tiempo, después de aquel incidente, Lorenz no le dirigió la palabra. Un día, Hedda se armó de valor y decidió pedirle perdón. Fue algo que le costó mucho, porque era una joven muy orgullosa, algo que había heredado de su madre. Tras hacerlo, el joven cambió de actitud, y ahora se dedicaba a hacerle continuos halagos, e incluso, en lugar de «Hedda», había empezado a llamarla «señorita Weiss». Hedda decidió no volver a llamar más de esa manera al pobre chico, pero un día, descubrió otra cosa. Una cosa que le sorprendió. Un placer oscuro y oculto, el placer de pensar aquello que no podía decir. En ocasiones, mientras Hedda despachaba, Lorenz la miraba a

través del cristal de la puerta del obrador. Cuando sus miradas se cruzaban, el chico le sonría. Y ella, le devolvía la sonrisa, mientras por dentro pensaba: «Que te jodan, maldito tullido». Entonces, solía sentir un estremecimiento, una sensación cercana al placer. En más de una ocasión pensó en no volver a hacerlo, pero sin embargo lo repetía habitualmente. Día tras día.

Entró en el comedor. Como cada mañana, su padre estaba leyendo el periódico, el *Völkischer Beobachter*, mientras daba grandes caladas a su pipa. Hedda rodeó la mesa y se sentó en su silla, casi enfrente de su progenitor.

—¿Qué dicen las noticias, padre?

Peter Weiss lanzó a su hija una mirada ilusionada y le dijo:

—Después de semanas de batalla hemos tomado Jarkov. ¡Ya estamos en el camino de Moscú, Hedda!

—El Führer tomará Moscú y todo aquello que se proponga, padre. Yo siempre lo he creído.

Maria Weiss salió de la cocina y miró a su hija con un gesto severo.

—Venga, Hedda, déjate de chácharas y cómete los pastelitos que te he preparado. Cada día estás más delgada, solo tienes huesos. ¡No sé qué chico se va a fijar en ti!

Todo el mundo le repetía siempre que estaba muy delgada, pero Hedda se encontraba muy a gusto con su cuerpo. De hecho, siempre daba mucha importancia a los ejercicios gimnásticos en la Liga de Muchachas Alemanas, y sus instructoras le decían que su figura era el ejemplo típico del perfecto cuerpo nórdico.

Hedda se quedó pensativa, mirando los pastelitos de crema que le había hecho su madre (eran sus favoritos) y el vaso de leche caliente que tomaba todas las mañanas.

Esa mañana, como todas las demás, Hedda Weiss se tomaría frío ese vaso de leche.

---

\* \* \*

---

En el tranvía, camino de la pastelería. Todas las mañanas Hedda y su padre hacían ese mismo recorrido. Ahora, en el interior del atestado tranvía, observaba los destrozos que los últimos bombardeos habían causado en la ciudad de Múnich. Ella era una enamorada de su ciudad, una amante de su ciudad. No cambiaría Múnich por ninguna otra ciudad del mundo. Hedda siempre había pensado así, y ella era propensa a no variar nunca su manera de pensar. Aunque a esas alturas de la guerra Múnich no había sufrido los destrozos de otras ciudades alemanas, en los últimos meses la ciudad había sido víctima de once bombardeos, casi todos ellos *raids* nocturnos de la aviación inglesa. Esos bombardeos habían terminado con la visión idílica que Hedda tenía de la guerra. Esos bombardeos la habían empujado a un nuevo escenario, al de las carreras a oscuras por las calles de la ciudad, al de los agobiantes y

claustrofóbicos refugios subterráneos, al miedo, mientras por encima de sus cabezas las bombas explotaban, y a tener que contemplar las primeras ruinas. Hedda odiaba a los ingleses, odiaba a esa gente salvaje que estaba destruyendo su bella ciudad. Pero sentía una agradable sensación de venganza cuando escuchaba en la Radio del Reich que las principales ciudades inglesas estaban en ruinas, que por cada bombardeo que asolaba Alemania se producían cien en Inglaterra. Sabía que algún día el Führer haría pagar a los ingleses por toda esa destrucción y por el dolor causado al pueblo alemán. Estaba segura, no le cabía duda. Sabía que el Führer era tan vengativo como ella.

Descendían del tranvía al pie de la torre del viejo ayuntamiento. Allí, cada mañana, Hedda y su padre se separaban. Peter Weiss cruzaba la Marianplatz en dirección a su pastelería, Delikatessen Weiss 1865, situada en la Theresienstrasse, frente al nuevo ayuntamiento. Mientras tanto, Hedda cruzaba bajo el arco del viejo edificio para dirigirse hacia una pequeña tienda, una pequeña floristería. Hedda seguía a pies juntillas la normativa «embellecimiento por todas partes», que invitaba a engalanar con flores el puesto de trabajo. Cada día soñaba con que al final del año la comisión que valoraba la decoración de los comercios eligiera a Delikatessen Weiss como el establecimiento mejor decorado de toda la ciudad. Así que, cada día, Hedda compraba a la misma florista sus ramos de flores. Flores. Flores para el Führer.

El día más importante en la vida de Hedda Weiss había sucedido dos años antes, a finales de 1939. Ese día, la ciudad de Múnich acogió un gran desfile, la Muestra de Arte Alemán. El desfile se celebró en la Prinzenregentenstrasse y Hedda Weiss, como el resto de las chicas del *Glaube und Schönheit*, participó en el desfile. Pero no lo hizo como el resto de las chicas, no, porque su misión en ese desfile era especial.

Desfilaron por las calles de Múnich tras una preciosa carroza, una carroza presidida por la cabeza de una bella diosa helénica. Las chicas del GUS caminaban tras ella, divididas en tres grupos. El primero de los grupos portaba banderas, cientos de banderas. El segundo grupo, antorchas. El tercer grupo, el de Hedda, luminarias, pequeñas luminarias dentro de sus farolitos de cristal. Hedda hizo todo el recorrido junto a Else, su gran amiga. Pero en un momento dado, Hedda tendría que abandonarla, porque tendría que realizar una misión, una misión que solo harían dos elegidas.

Se lo habían comunicado ese mismo día. Su enlace en la BDM no quería que las chicas se pusieran nerviosas, así que se lo comunicaron unas horas antes de iniciar el desfile. Las elegidas habían sido Inge Kastrup, una chica unos años mayor, y ella misma. Pese a que todas las chicas la felicitaron y la abrazaron, en un primer momento Hedda se enfadó. Le hubiera gustado poder decírselo a sus padres, una cosa así tenían que saberla. Pero después, el enfado fue dando paso a la excitación. Y durante el desfile, esa excitación se convirtió en desasosiego. Y en nerviosismo, en un

gran nerviosismo. Esa sensación resultó nueva para Hedda pues, normalmente, nunca se ponía nerviosa. Por nada.

A la altura de la Casa del Arte Alemán, se había instalado una enorme tribuna desde donde Adolf Hitler, Führer del Tercer Reich, y el resto de los más importantes jerarcas del Estado y del partido presenciaban el desfile. Al llegar a ese lugar, las chicas se detuvieron. Las banderas y las antorchas se rindieron y, con la mano libre, todas las chicas realizaron el saludo reglamentario. Todas. Todas a la vez.

Hedda, por primera vez en su vida, pudo ver en persona al Führer. Este se levantó, se acercó a la pequeña escalinata por la que se accedía a la tribuna y levantando su brazo, las saludó. De la voz de todas las chicas brotó el mismo grito.

—*Heil Hitler!*

En ese momento, una chica se acercó a Hedda. Esta le entregó su luminaria y la chica ocupó su lugar en la fila. Entre el resto de las filas, Hedda Weiss, a la que en ese momento le temblaban las piernas, caminó hacia la base de la tribuna. Allí se unió a Inge Kastrup, y las dos se detuvieron en seco.

Frente a ella había una mujer. Les sonrió. Era una mujer de rasgos duros y mirada firme. Hedda la reconoció desde el primer momento. Era imposible no reconocerla, porque su fotografía estaba por todas partes, en la sede de la BDM y en los locales del GUS. Llevaba su uniforme y su característica trenza *Gretchen* decorando su cabeza. Hedda concentró su mirada en la trenza. Esa tarde, ella se encontraba un tanto a disgusto, porque sus enlaces les habían recomendado que se hicieran todas dos coletas trenzadas. A Hedda le desagradaban las coletas (a su padre le gustaban, siempre se lo dijo, a su madre le gustaba más el pelo suelto, se lo recordaba en las ocasiones en que todavía cepillaba su pelo), porque le parecían infantiles, siempre se lo parecieron. En ese momento le hubiera gustado ser esa mujer que había frente a ellas, para poder llevar su trenza *Gretchen* y lucirla ante el Führer.

Esa mujer era Gertrud Scholtz-Klinik, líder de la Liga de Mujeres Nacionalsocialistas.

En su mano llevaba dos ramos de flores. Dos ramos de rosas rojas. Eran una ofrenda para el Führer, un reconocimiento a la lealtad que ellas tendrían hasta la muerte con el líder máximo de su movimiento. Las rosas rojas de esos ramos simbolizaban la sangre, la fe y la entrega. Flores. Flores para el Führer.

Las dos chicas se acercaron a la mujer. Esta le entregó a cada una de ellas un ramo de flores. Las dos, a la vez, ascendieron por la escalinata de la tribuna que conducía hacia la presencia del Führer.

Él las esperaba allí. A cada paso, a cada peldaño, la imagen de Adolf Hitler estaba más cerca. Hedda era incapaz de concebir que eso estuviese sucediendo, que ese momento fuera real. Para ella, todo aquello era como un sueño, como una ilusión.

Las dos chicas llegaron hasta el Führer. Hedda se concentró en su rostro, en sus

ojos. Eran hipnóticos. Hubiera jurado que en ese momento le habría sido imposible dar un solo paso. Le temblaba el labio. Estaba empezando a sudar. Hubiese deseado saber quién estaba al lado del Führer, guardar ese momento único para siempre, en su memoria, pero le resultaba imposible. No podía apartar su mirada de los ojos de aquel hombre.

Entonces sucedió. Mientras le sonreía, Adolf Hitler le preguntó:

—¿Cómo te llamas, jovencita?

—Hedda, *Mein Führer*. Hedda Weiss.

Adolf Hitler alargó su brazo y, con su mano, tocó el rostro de Hedda. La chica sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo, de la cabeza, hasta los pies. Fue solo un momento, pero Hedda juraría que para ella ese momento fue eterno.

—Eres una chica muy guapa, Hedda Weiss.

—Gracias, *Mein Führer*.

Hedda le entregó su ramo de rosas rojas a Adolf Hitler.

El Führer recogió el ramo entre sus manos y volvió a sonreírle. Después, se giró hacia la otra chica. A esta solo le preguntó su nombre.

Las dos chicas se cuadraron ante el Führer e hicieron el saludo nazi. Unas manos aparecieron por detrás de Hitler y recogieron los dos ramos de rosas. Hitler les respondió en el saludo.

Las dos chicas descendieron por la escalinata.

Llegó junto a Else en el interior de la fila. La chica que le había sustituido le entregó la luminaria y desapareció entre la marabunta de chicas allí reunidas. Else Kruger abrió sus grandes ojos verdes de par en par y le dijo:

—¡Hedda, te ha tocado! ¡Te ha tocado! ¿Qué te ha dicho?

Hedda Weiss no pudo hablar. Intentó hacerlo, pero no pudo. Dos lágrimas brotaron de sus ojos y recorrieron sus mejillas. Esos ojos miraban a Else, moviéndose a mucha velocidad, pero no consiguió articular palabra alguna. Pero sus ojos sí, sus ojos hablaban por ella misma. De sus ojos siguieron manando lágrimas.

Permaneció en ese estado durante el resto del recorrido. Mil veces Else le preguntó qué le había dicho el Führer, pero Hedda fue incapaz de contestarle.

Fue durante ese recorrido por las calles de Múnich, cuando Hedda Weiss empezó a considerar ese asunto. El Führer la había tocado, y ella, de alguna manera, le pertenecía. Deseaba entregarle su cuerpo más que ninguna otra cosa del mundo, aun cuando sabía que ese era un sueño imposible. Pero en su interior, albergaba la esperanza de que, de alguna manera, su cuerpo pudiese convertirse en una ofrenda. Como ese ramo de rosas rojas que le había entregado. Aquella tarde, en el interior de la cabeza de Hedda Weiss, la fe se fue abriendo paso. La fe de que algún día su cuerpo se convertiría en una ofrenda para Adolf Hitler.

En la pastelería de la Theresienstrasse. Hedda entró en el local como todas las mañanas, con las flores en su regazo. Las dejó sobre el mostrador y se introdujo tras este. Su padre, que ya estaba sirviendo, le sonrió. Hedda le devolvió la sonrisa. Al final del mostrador había un pequeño cuartito donde dejaba su ropa todas las mañanas. En un perchero, colgó su chaqueta parda y su capote. Sobre el uniforme de la BDM, se colocó un delantal blanco con el nombre de la pastelería bordado en letras escarlatas.

Recogió las flores y caminó con ellas hasta el escaparate. Abrió la puerta que daba a este. Allí, entre los pasteles, los bombones y las tartas que el señor Werk y su hijo Lorenz habían hecho desde primera hora de la mañana, había un gran cuadro del Führer, de cuerpo entero, sobre una caja de madera que ella había cubierto con una tela de tul roja. Adolf Hitler estaba de pie, con su uniforme militar, apoyando sus manos, las mismas manos que la habían tocado, sobre el atril de la tribuna del *Reichstag*. Alrededor del marco del cuadro, había unas pequeñas ganzúas de donde Hedda prendía las flores. Todos los días las colocaba y todas las noches las retiraba. Siempre tenían que ser flores frescas, flores del día.

Cuando terminó con esta labor, se dirigió hasta otro cuadro que tenía en una de las paredes. Era un cuadro más pequeño, en este solo se veía el rostro del Führer, el mismo rostro que la había mirado con sus ojos hipnóticos. Bajo el cuadro, había una pequeña repisa de madera de nogal, con dos jarroncitos de cristal que llevaban dibujadas sendas esvásticas. En los jarroncitos colocó el resto de las flores.

Justo cuando bajaba de la escalera, la puerta del obrador se abrió. Lorenz salía con una bandeja de pasteles que dejó sobre el mostrador. Al chico se le iluminaron los ojos al verla. Sonriéndole de oreja a oreja, le dijo:

—Buenos días, señorita Weiss.

—Buenos días, Lorenz —le contestó Hedda devolviéndole la sonrisa.

Dentro de su cabeza se escuchó una voz. Una voz que tronaba más fuerte cada día que pasaba, cada día que tenía que ver el estúpido rostro de Lorenz Werk.

«Que te jodan, maldito tullido».

Mientras caminaba hacia el mostrador, Hedda Weiss sintió un estremecimiento. Una sensación cercana al placer.

Cada día, el tedio que Hedda vivía en la pastelería terminaba cuando el rojizo cabello de Else Kruger hacía acto de presencia al otro lado del cristal del escaparate. Era el momento de terminar con las estúpidas conversaciones de las estúpidas clientas de la

pastelería, el momento de terminar con las estúpidas miradas de Lorenz Werk. El momento de escapar de todo aquello, el momento de que las dos amigas se sumergieran en su propio mundo.

Aquella tarde Else tardó un poco más en entrar a la pastelería, lo que tardó en cerrar en la puerta su paraguas. Ese otoño estaba siendo especialmente lluvioso. Esa tarde, diluviaba sobre Múnich.

—Hola, Hedda, ¿ya estás?

—Un momento, Else. Ya salgo.

Hedda se desbrochó el delantal mientras se introducía en el pequeño cuarto junto al mostrador para recoger su ropa. Mientras se ponía su chaqueta parda miró a Else. Había bastado un momento para que detectara algo en el rostro de su amiga. Hedda y Else se conocían desde que a la edad de diez años ingresaran en la *Jungmadel*. Aunque provenían de mundos muy diferentes, bastaron unas pocas semanas para que se convirtieran en inseparables. Desde entonces, las dos chicas habían vivido muchas cosas juntas: su formación en la Liga de Muchachas Alemanas, las acampadas, los bailes de los domingos... En cierta manera, Hedda y Else se complementaban. Else poseía la dulzura, la candidez, la sensibilidad y la ignorancia que Hedda no tenía. Hedda aportaba la frialdad, la determinación, la dureza y la fuerza de la que Else carecía. Hedda pensaba que era por eso, precisamente, por lo que su amistad era tan fuerte, porque las dos chicas juntas se complementaban. Ese fue el motivo por el que, mientras se anudaba su capote, empezó a preocuparse. Sabía que aquella tarde había algo que inquietaba y desasosegaba a Else, lo había sentido nada más verla. Esperaba que a lo largo de la tarde, su amiga se lo contara. En ocasiones Else podía llegar a ser muy reservada, pero al final, de una manera u otra, terminaba por abrirse y contarle aquello que le inquietaba.

Hedda caminó hacia su padre y le dio un beso en la mejilla.

—Padre, me voy ya.

—Muy bien, hija, pero recuerda no llegar tarde, ya sabes que tu madre se preocupa —le contestó Peter Weiss.

Hedda y Else salieron a la puerta de la pastelería. Else extendió el paraguas. Hedda se asió a su brazo. Antes de salir, le preguntó:

—Else, ¿te pasa algo?

—No, nada, Hedda. ¿Quieres que vayamos a leer?

—De acuerdo, con esta tarde, no podemos ir a otro sitio.

El tono de voz con que le contestara Else y el brillo titubeante de sus ojos, confirmaron sus peores temores. A su amiga le pasaba algo.

Las dos jóvenes salieron al exterior y se perdieron entre la cortina de lluvia y la fría niebla otoñal que esa tarde invadía las calles de Múnich.



## II

### MADRE E HIJO

La sala de lectura de la sede de la Liga de Muchachas Alemanas estaba muy poco concurrida esa tarde. Hedda y Else solían acudir allí con regularidad para leer los textos recomendados por los dirigentes de la versión femenina de las Juventudes Hitlerianas. Desde que se habían sentado entorno a la alargada mesa de estudio, Hedda no había dejado de observar a su amiga. La intranquilidad y el desasosiego de Else habían ido en aumento desde que empezaran a leer. Durante toda la tarde, Else no se concentraba en la lectura, estaba como ausente. Continuamente miraba hacia la ventana, donde la lluvia golpeaba con furia los cristales. Se cogía mechones de su cabello rojizo, que después enrollaba entre sus dedos. Sus piernas no dejaban de moverse. Ahora, Hedda observaba la mano de su amiga, cuyos dedos tamborileaban sobre la mesa de lectura.

—¿Qué te pasa, Else? Y no me digas que nada, te conozco muy bien. Sé que te pasa algo.

—De verdad, Hedda, no me pasa nada. Solo es que...

Hedda no le dejó terminar. Extendió sus brazos y le hizo un gesto con el rostro como exigiéndole que hablara de una vez.

—Está bien, Hedda, te lo contaré. De todas las maneras, acabarás sabiéndolo. No podré ocultarlo mucho tiempo.

Las dos chicas se miraron y guardaron silencio. Hedda esperaba a que su amiga hablara.

—Verás, hoy después de la comida, mi padre me ha dicho que quería hablar conmigo. Me ha citado en la biblioteca. Eso no podía ser nada bueno, cada vez que me cita allí...

—¿No me digas que ha despedido a Herr Müller, tu profesor de piano? —dijo Hedda adelantándose a la explicación de su amiga.

—No, no... era otra cosa. Mi padre me ha dicho que no hago nada, que me paso todo el día en casa, solo con el piano. Él piensa que en estos tiempos de guerra hay que colaborar con el Reich, que todos tenemos algo que aportar. Dice que existe un proyecto en el que puedo ser de utilidad, un proyecto en el que están buscando a chicas como yo. Me ha entregado esto.

Else sacó un pequeño panfleto, una especie de estampita. La arrastró por la mesa y la dejó delante de Hedda.

Hedda la cogió entre sus manos.

Era la imagen de una mujer, ataviada con un bonito vestido azul. Entre sus brazos llevaba un niño, al que estaba amamantando. Tras ella, se distinguía un bucólico

paisaje campestre, un hombre araba la tierra junto a un pequeño pueblo del que emergían las torres de una bonita iglesia rural. Arriba, en el ángulo izquierdo, estaba el emblema de la Liga de Mujeres Nacionalsocialistas. Bajo la figura de la mujer que amamantaba al niño, había una frase escrita en letra alemana antigua:

*Ayuda y obra social. Madre e hijo.*

Hedda miró sorprendida a Else y le preguntó:

—Else... ¿Qué es esto?

—Son las maternidades *Lebensborn*, Hedda.

Entre las dos chicas se hizo el silencio. Al final de la sala, otras dos chicas levantaron la vista de su lectura y las miraron de manera disimulada.

Hedda volvió a mirar la imagen de la mujer que amamantaba al niño. Sin apartar la vista de la imagen, repitió en voz alta:

—Las maternidades *Lebensborn*... la fuente de la vida...

Else no apartaba la mirada de su amiga. Ante la expresión de los ojos de Hedda, ahora era ella la que estaba intrigada.

—¿Y qué pasa en esas maternidades, Else?

—No lo sé muy bien, Hedda, solo puedo explicarte lo que mi padre me ha contado. Dice que en un principio, esas maternidades fueron concebidas para que las esposas de los oficiales de las ss, que quisieran pasar su embarazo en un ambiente bucólico y tranquilo, y asistidas por buenos profesionales, pudieran hacerlo. Pero, después, entró en vigor una directiva del *Reichsführer* Himmler, que obligaba a los oficiales de las ss a tener cuatro hijos. Por lo visto, muchos oficiales tenían amantes y, en muchos casos, estos las dejaban embarazadas. Esas chicas vivían en la marginalidad e incluso algunas...

Else miró hacia las dos chicas del fondo, que continuaban leyendo, se agachó sobre la mesa de estudio intentando acercarse a Hedda y, casi susurrando, dijo:

—Abortaban.

Hedda, con rostro indignado y en voz muy baja, dijo:

—Pero eso está prohibido para las mujeres alemanas sanas...

—Ya lo sé, pero lo hacían de forma clandestina. Así que las ss decidieron llevar a esas chicas a las maternidades *Lebensborn*, manteniendo su anonimato. De esta manera, después de dar a luz, dejan a sus hijos en las maternidades y ellas vuelven a su vida normal. Bueno, mi padre me ha dicho que las ss les consiguen buenos puestos de trabajo, puestos administrativos, ya sabes, telefonistas, secretarias...

—¿Y qué tiene que ver todo eso contigo? Además, según me estás contando, ese asunto lo llevan las ss; tu padre es miembro del partido, pero...

—En los últimos tiempos están pasando otras cosas en esas maternidades, Hedda.

Ya sabes que el partido y las ss le dan mucha importancia al tema racial, recuerda que siempre nos han dicho que es un asunto tan importante como la guerra. ¿Te acuerdas de aquella acampada que hicimos en el Obersalzberg? Había una formadora que nos habló de la maternidad, nos dijo que nuestros enemigos se reproducen como las cucarachas, mientras que en el Reich la natalidad está estancada. Ahora a esas maternidades acuden muchas chicas como nosotras, chicas jóvenes y solteras en edad de concebir. Muchas son enviadas por sus familias y otras se presentan como voluntarias.

Una luz iluminó los azules ojos de Hedda. Una idea empezaba a forjarse dentro de su cabeza. Tenía que seguir con esa conversación, tenía que cerciorarse de muchas cosas. Tenía que seguir preguntando a Else.

—¿Voluntarias? ¿Para qué?

—Para ofrecerle un hijo al Reich, Hedda.

«Ofrecerle un hijo al Reich».

Hedda Weiss desvió su mirada hacia la ventana. Había anochecido. En Múnich continuaba lloviendo.

Ensimismada, perdida en sus propios pensamientos, sin ser consciente de que Else la estaba escuchando, dijo:

—Ofrendar un hijo al Führer.

—¿Qué has dicho, Hedda?

—Nada, Else. Son cosas mías. Has dicho que esas chicas dejan a sus hijos en las maternidades y vuelven a su vida normal. ¿Qué hacen con los niños?

—Los dan en adopción. Por lo visto, existe mucha demanda. Muchas familias de las ss no pueden concebir hijos y otras, aunque ya los tengan, no les importa adoptar algunos más.

—¿Y esas chicas a las que llevan sus familias o las que se ofrecen voluntarias, también dejan a sus hijos en las maternidades?

—Sí, supongo que sí.

—Y esas chicas... ¿Quién las fecunda, Else? ¿De quién quedan embarazadas?

—Eso no lo sé. Mi padre no me ha contado nada de todo eso, Hedda.

Las maternidades *Lebensborn*. La fuente de la vida. Ofrendar un hijo al Führer. Esas tres frases daban vueltas y vueltas en la cabeza de Hedda Weiss. Pero había una cosa que todavía no sabía, que todavía le seguía intrigando.

—Todavía no me has dicho qué tiene que ver todo ese asunto de las maternidades *Lebensborn* contigo, Else.

Súbitamente, la mirada de Else se entristeció. Una nube negra se adueñó de sus bonitos ojos verdes.

—Verás, Hedda, mi padre me ha dicho que desea que ingrese en una de esas maternidades. Dice que por lo menos haré algo útil. Me ha conseguido una cita para

mañana a primera hora en la Oficina de la Raza. Tengo que presentarme en el departamento de Familia y Matrimonio. La chica de enlace se llama Heide Braun.

Las dos chicas guardaron silencio, sin apartar la mirada la una de la otra. Las otras dos chicas del fondo recogieron sus libros y se dispusieron a abandonar la sala de lectura. Ahora se quedarían solas.

Hedda volvió a mirar la estampa donde se veía a la madre amamantando al niño.

—¿Me la puedo quedar?

—Claro, Hedda.

—¿Sabes ya cuándo te irás?

—No, pronto. Supongo. Primero tengo que pasar unas pruebas raciales en la Oficina de la Raza. Mi padre dice que no tendré problemas, aunque mi madre era inglesa, ya lo sabes. Pero los ingleses pertenecen a la familia racial germánica. Y lo que sí que sé, es dónde iré.

—¿Dónde? —preguntó Hedda.

—A una maternidad cerca de Königsberg, en Prusia Oriental.

—¡Dios mío, Else! ¿Prusia Oriental?

—Sí, ya lo sé, Hedda, está en los confines del Reich, lo he buscado hoy en el mapa del despacho de mi padre. Pero él dice que allí se está realizando un proyecto especial, para chicas especiales. Quiere que vaya allí.

—¿Un proyecto especial?

—Eso me ha dicho, pero no sé de qué se trata.

En el interior de la cabeza de Hedda Weiss, una idea daba vueltas. Ella tenía esa facultad, siempre la había tenido. Podía mantener una conversación, mientras pensaba en otra cosa.

De los ojos de Else no había desaparecido la nube negra. Al contrario, esta pareció agrandarse.

—Hedda, lo que más siento de todo es tener que separarnos. ¡Llevamos tantos años juntas! ¡Hemos vivido tantas cosas! La BDM, la...

—No nos vamos a separar, Else.

Else abrió la boca. Intentó decir algo.

—Mañana te acompañaré a la Oficina de la Raza. Yo...

—Pero Hedda, mi padre me ha conseguido esa cita por medio de...

—Else, tú has dicho que hay chicas que se presentan voluntarias. Me presentaré voluntaria.

—¿Y tus padres? Tus padres son cristianos, Hedda, ni siquiera vieron con buenos ojos que entraras en la BDM...

—No te preocupes por mis padres, yo hablaré con ellos esta noche. Mira, Else, no preguntes nada, ahora no podría contestarte, quizá algún día... solo sé que esta conversación ha sido la más importante de toda mi vida, he encontrado algo que

llevaba buscando desde hace más de dos años. Mañana te acompañaré a la Oficina de la Raza. Iremos juntas a esa maternidad.

Hedda Weiss elevó la vista hacia el reloj redondo que colgaba del techo, junto a la puerta de la sala de lectura. No tenía que perder tiempo. Era hora de irse.

—Ahora nos tenemos que ir. Ya es hora, Else.

Las dos chicas se levantaron de la mesa de estudio y recogieron sus libros.

Las maternidades *Lebensborn*, la fuente de la vida, ofrendar un hijo al Führer. Esas tres frases no la abandonaban, no dejaban de dar vueltas dentro de la cabeza de Hedda Weiss.

---

\* \* \*

---

Aquella noche, durante la cena, reinaba un ambiente diferente en casa de los Weiss. Peter y Maria, los padres de Hedda, no eran personas muy habladoras, por lo tanto era esta la que, noche tras noche, solía llevar la batuta de la conversación. Hedda hablaba mucho con sus padres, tenía por costumbre contarles todo, aunque sabía que su militancia en la Liga de Muchachas Alemanas no era algo que les entusiasmara. Su madre era una mujer totalmente apolítica aunque, eso sí, su moral y sus ideas eran marcadamente cristianas. De joven, Maria Weiss había estudiado en un colegio católico de Múnich, y eso la había convertido en una mujer firmemente creyente. Desde que Hedda tenía uso de razón, Maria había asistido a los oficios dominicales, y por supuesto, a los de los días festivos. Incluso lo hacía ahora, pese a las restricciones, la guerra y los bombardeos. La iglesia a la que siempre asistía había sido alcanzada por las bombas, y Maria, junto a otras feligresas, habían participado en una colecta para ayudar a reconstruirla. Cuando Hedda era pequeña, solía acompañar a su madre a la iglesia. Pero eso cambió cuando ingresó en la BDM. Cambió para siempre.

La opinión de su padre hacia el nacionalsocialismo era ambigua. Peter Weiss no se consideraba un nazi, ni siquiera se había afiliado al partido, pero sin embargo se definía a sí mismo como un patriota. Por eso ahora seguía con interés las noticias que llegaban de la guerra, siempre decía que Alemania y el ejército estaban por encima de los gobernantes y los políticos. En las grandes ocasiones, Peter Weiss no dudaba en lucir orgulloso su cruz de hierro al mérito de primera clase que ganara en las trincheras de Flandes durante la Gran Guerra. Siempre solía decir, henchido de orgullo, que esa era la misma condecoración que habitualmente lucía el Führer. Peter Weiss tenía muchos amigos y conocidos dentro del Partido Nazi, no obstante, muchos de ellos habían militado en los *Freikorps* durante la República de Weimar. Además, en Peter Weiss subyacía un cierto antisemitismo, no tan exaltado como el de los nazis, pero esto provocaba que en más de una ocasión hubiera tenido alguna que otra

agria discusión con su mujer. Maria Weiss era de las que pensaban que «todos somos iguales ante los ojos de Dios». De esta manera, en esa casa, la veneración y la adoración a Adolf Hitler recaía, casi exclusivamente, en Hedda.

Esa noche, sus padres no dejaban de lanzarse pequeñas miradas. Intuían que pasaba algo. Maria Weiss miraba de forma escrutadora a su hija, mientras esta cortaba, con parsimonia y casi desgana, su filete de *Schnitzel*. Fue ella la que terminó por preguntar:

—Hedda, ¿te pasa algo, hija? Esta noche estás muy callada.

Había esperado toda la noche a que eso sucediera. Tenía que darles a sus padres una noticia que cambiaría su vida para siempre, pero, algo raro en ella, no sabía por dónde empezar.

—Sí, tengo que contaros algo.

Peter Weiss levantó la cabeza de su plato y miró directamente a su hija. El tono de voz de Hedda lo había alarmado.

—¿Qué tienes que contarnos? —le preguntó.

Había llegado el momento. Sacó del bolsillo de su falda la estampita que le diera Else en la sala de lectura de la BDM y la puso sobre la mesa, delante de sus padres.

Maria y Peter miraron en silencio la estampita. Luego, sin entender nada, Maria le preguntó a su hija:

—¿Qué es esto, Hedda?

Durante más de media hora, Hedda Weiss les explicó todo lo que Else le había contado sobre las maternidades *Lebensborn*. Y su deseo de ingresar en una de ellas.

---

\* \* \*

---

Un silencio sepulcral invadió el comedor de la casa de la familia Weiss cuando Hedda terminó de hablar. Los padres de Hedda se miraron en silencio. Durante su exposición, casi no habían hecho preguntas, Peter se había limitado a encender su pipa y Maria a mover hacia los dos lados la cabeza continuamente. Fue esta la primera que habló:

—Eso es inmoral, Hedda. Es algo aberrante...

Hedda guardó silencio. No quería decirle a su madre lo que sus instructoras en la Liga de Muchachas Alemanas le habían dicho todos esos años sobre lo que era inmoral y aberrante. Y además, no le interesaba que la conversación terminara en un enfrentamiento con sus padres.

—... Y tu idea de entrar en esas maternidades, me parece descabellada —concluyó Maria.

—Lo siento madre, pero ya lo he decidido.

—Hedda, ¿pero qué te pasa, hija? Nosotros no te hemos educado para eso, para

que hagas algo así. Te hemos educado para que te cases con un hombre de bien, para que formes una familia, para que tengas hijos dentro del matrimonio, como todo el mundo...

—Pero yo no quiero hacer todo eso, madre...

—¿Por qué, Hedda? —preguntó su padre. Era la primera vez que hablaba.

Hedda miró a su padre. Observó en él un gesto de sorpresa. En ocasiones, cuando se ponía tan seria, muchas personas ponían ese mismo gesto en su rostro.

—Mira, padre, no te explicaré el porqué, no lo entenderías. No lo entenderíais ninguno de los dos. Pero aunque no podáis entenderlo, las cosas tienen que ser así. Es mi vida. Es mi cuerpo. Mañana acompañaré a Else a la Oficina de la Raza. Llevaré mis documentos. Creo que me aceptarán, mis expedientes en la BDM son excelentes. Y mi libro familiar...

—¿Y la pastelería, Hedda? Tu padre te necesita, no puedes dejarlo ahora...

—Lo de la pastelería es lo de menos, Maria —terció Peter—. Hasta que encuentre a alguien, Lorenz podría ayudarme a despachar. Además, el trabajo ha bajado mucho.

Su padre tenía razón. Desde que las restricciones y la economía de guerra se habían impuesto, el trabajo en la pastelería había descendido de forma brusca. Solo el hecho de tener una clientela de clase alta los había mantenido a flote.

—Pero, Peter, ¿no dejarás que la niña haga esto? Es una locura, tú lo sabes, una locura más de los nazis...

—Maria, es mejor que no hables así. Además, si Hedda quiere hacerlo, lo hará. Es muy testaruda, tiene a quién parecerse.

—No podrás impedírmelo, madre. Si me obligas a quedarme, me quedaré igualmente embarazada de cualquier chico de las Juventudes Hitlerianas. Oportunidades no me faltan. Solo que en la situación actual no tendré las posibilidades de pasar un embarazo tranquilo en una de esas maternidades. Como ya os he contado, muchas mujeres de oficiales de las SS van allí a pasar su embarazo.

—Sí, pero luego vuelven a su casa con su marido y su hijo, no lo dejan allí para que lo den en adopción. Y además... ¿Quién será el padre de tu hijo, Hedda?

—Eso no lo sé, el padre de Else no le ha contado nada de todo eso. Pero es igual, eso no me importa. No me importa en absoluto.

«Porque es una ofrenda. Una ofrenda para el Führer», pensó. Pero esos pensamientos no quiso compartirlos con sus padres. Esos pensamientos le pertenecían solo a ella.

—¿Cuándo te marcharás, Hedda? —preguntó su padre.

—No lo sé, pronto. Como os he dicho, primero tenemos que pasar un examen racial, las SS le dan a eso mucha importancia...

—Las SS... ¡Dios mío! —exclamó Maria Weiss. En su rostro se había instalado un gesto de amargura.

—Deberías estar orgullosa. Orgullosa de que colabore en un proyecto social de las ss. Las ss son la élite de nuestro Estado nacionalsocialista, madre.

Maria no contestó, volvió a mirar la estampita con la madre amamantando al niño. Peter dio una larga calada a su pipa y desvió la vista hacia la ventana, que daba a un pequeño y bonito jardín. Había dejado de llover.

—Podréis escribirme todas las semanas, yo también lo haré, os lo prometo. Solo estaré allí un año, luego regresaré y seguiré mi vida, como siempre. Else dice que las ss ofrecen a las chicas un buen trabajo, como secretarias, telefonistas o enfermeras. Allí te forman para una vida mejor, mientras pasas el embarazo. Con mi nuevo sueldo, podré ayudar más en casa que trabajando en la pastelería.

Sus padres no contestaron. Cada uno de ellos seguía perdido en sus propios pensamientos.

—Ahora subiré a mi habitación, mañana tengo que madrugar. Además, supongo que tendréis que hablar de todo esto.

Hedda se levantó. Como cada noche, dio un beso a sus padres. Caminó hacia la escalera que ascendía hasta el primer piso, donde estaba su habitación.

Se detuvo en el último peldaño. Sus padres estaban hablando, pero lo hacían tan bajo que sus palabras no llegaban hasta ella. Imaginó la conversación: «¿Hasta cuándo va durar toda esta locura, Peter? ¿Hasta cuándo?», preguntaría su madre. «Hasta el final, Maria, te lo he dicho muchas veces. Tenemos que acostumbrarnos, son los nuevos tiempos», contestaría su padre. «No podemos permitir que haga eso, Peter, es algo inmoral, no es cristiano. Tienes que impedirselo, como sea...», suplicaría su madre, y su padre le contestaría: «Es muy testaruda, ya la conoces. Además, ya has oído lo que ha dicho, si nos oponemos, puede quedar embarazada de cualquier chico de esos... por lo menos allí nadie la verá, ellos guardan el anonimato de esas chicas, ya lo has oído. No tendremos que soportar esa vergüenza de tener a nuestra única hija soltera y embarazada...».

Hedda sabía que sus padres no se opondrían. Desde que era pequeña, la habían educado y tratado como a una persona adulta.

En ese aspecto era muy afortunada.

---

\* \* \*

---

Esa noche, en la soledad de su habitación, Hedda contemplaba su imagen desnuda en el espejo de cuerpo entero, mientras destrenzaba su pelo. Ahora su cuerpo ya no le avergonzaba como cuando era pequeña, ni mucho menos. Se colocó de perfil, y posó sus manos sobre su vientre. Lo acarició, como si allí dentro ya hubiera algo, ya hubiera alguien. Como si en el interior de su vientre, ya palpitará el corazón de su ofrenda.



Desvió la mirada hacia la mesita junto a la cabecera de su cama y fijó sus ojos en el rostro del Führer. Sintió una sensación muy especial.

Ofrendarle un hijo al Führer.

En el rostro de Hedda Weiss se dibujó una bonita sonrisa.

### III

#### LA OFICINA DE LA RAZA

A la mañana siguiente, Hedda y Else esperaban sentadas en un incómodo banco de madera frente al Departamento de Familia y Matrimonio de la Oficina Central de la Raza y Asentamientos de las ss, en Múnich. Ese departamento se encontraba situado en un largo y mal iluminado pasillo. Al final del pasillo había una pequeña antesala decorada con un gran cuadro del *Reichsführer* Himmler de donde partían otros dos largos pasillos, igualmente mal iluminados. A ese ambiente triste y grisáceo se había unido el día, otra vez lluvioso, con el que se había despertado la ciudad de Múnich. Hedda miraba sus zapatos, esos feos y poco femeninos zapatos negros que llevaban las chicas de la BDM, maldiciéndose porque se hubieran mojado con los charcos que se habían formado en la calle. Se sentía incómoda con los zapatos y los calcetines húmedos y además, tenía la impresión de que estos se habían ensuciado, y eso le enfermaba. Porque a Hedda Weiss, tanto la suciedad corporal como en la vestimenta, le ponía enferma.

Ese día, las dos chicas se habían vestido con el uniforme de gala de invierno de la BDM: a la camisa blanca, con su tradicional pañuelo negro, la falda azul marino y la guerrera parda, habían añadido un abrigo largo, también de color azul y una boina negra que las chicas llevaban al estilo francés, de medio lado. Hedda permanecía rígida, muy seria, con la carpeta que contenía sus documentos en las manos. A su lado, Else Kruger se encontraba nerviosa y desasosegada, no paraba de mover una de sus piernas, se mordía el labio y, continuamente, se giraba para mirar por la ventana que había tras ellas. Llevaban esperando media hora en ese incómodo banco, aunque para ellas, esa media hora se había convertido en eterna.

Finalmente, la puerta del Departamento de Familia y Matrimonio se abrió. Una chica salió con una hoja en la mano. Tendría unos treinta años, era rubia, muy guapa y lucía un uniforme que la identificaba como *Helperin*, personal auxiliar femenino de las ss. Eran las únicas mujeres que formaban parte de las ss, una organización eminentemente masculina. La joven llevaba el uniforme gris de personal administrativo, con las dos runas de las ss bajo el bolsillo izquierdo y una solitaria runa *Sieg* en la bocamanga de su guerrera. Hedda siempre las había admirado, pertenecer al cuerpo de personal femenino de las ss era el sueño de toda chica de la BDM.

La *Helperin* las miró con un cierto aire de sorpresa y, leyendo el papel que tenía en su mano, preguntó:

—¿La señorita Else Kruger?

Else se levantó de golpe.

—*Heil Hitler!* —dijo, haciendo el saludo reglamentario—. Soy yo.

La chica (debía de ser el enlace del que le habló Else, Heide Braun) volvió a mirar la hoja y luego posó sus ojos en Hedda. El gesto de sorpresa con que las mirara en un principio se había convertido ahora en un gesto de gran interés.

—Usted, señorita...

Hedda se levantó, se cuadró y, al igual que Else, gritó:

—*Heil Hitler!* Mi nombre es Hedda Weiss.

—Señorita Weiss, si ha venido a acompañar a su amiga, puede marcharse. Su amiga tiene para toda la mañana.

—No he venido a acompañar a mi amiga. He venido para presentarme voluntaria.

—Lo siento, señorita Weiss, pero para eso tendrá usted que pedir cita en...

—Tengo aquí todos los documentos. Quiero ingresar en una de esas maternidades.

—Mire, señorita Weiss, su amiga ha venido recomendada por su padre, Herr Kruger, y por el...

—Si es por eso, tengo aquí una carta que mi padre me ha firmado esta misma mañana, dándome su autorización. Por favor, solo quiero que me escuche.

Heide Braun guardó silencio mientras observaba a Hedda. Le gustaba esa chica, le gustaba su aspecto, el brillo de sus ojos, el timbre de su voz, su determinación. Heide Braun pensó que tenía que darle una oportunidad, de hecho, cumplía más el patrón racial de las chicas que formarían parte del proyecto en el que trabajaban las ss en esa maternidad de Prusia Oriental, que la chica a la que había citado.

—Está bien, la atenderé cuando termine con su amiga, pero no le prometo nada. Usted, señorita Kruger, acompáñeme.

Heide Braun entró en el interior del departamento. Else Kruger se encaminó hacia la puerta y, antes de entrar, se giró y lanzó a Hedda una sonrisa.

La puerta se cerró.

Hedda Weiss volvió a sentarse en el incómodo banco. Levantó su mirada hacia el techo. Resopló.

Veinte minutos más tarde, la puerta se abrió. Else Kruger y Heide Braun salieron al pasillo. La *Helferin* le indicó algo a Else, y esta caminó hacia el final del pasillo, hacia la antesala donde se encontraba el gran cuadro del *Reichsführer* Himmler. Encaró uno de los dos largos pasillos que partían de esa antesala. En ningún momento había mirado a la cara a su amiga Hedda.

Hedda se levantó. Heide Braun le hizo un gesto con la mano, y le dijo:

—Señorita Weiss, puede entrar.

Hedda Weiss caminó hacia la puerta del Departamento de Familia y Matrimonio.

---

\* \* \*

---

Permaneció sentada en una silla de madera, al otro lado de la mesa despacho de Heide Braun, mientras esta ojeaba los documentos que había desparramado por toda la mesa. Cada poco, la *Helferin* levantaba la vista y lanzaba miradas inquisitivas a Hedda. Esta no apartaba la mirada en ninguna de esas ocasiones. Continuaba tan rígida, tan seria y tan firme como cuando esperaba junto a Else en la puerta de ese departamento.

Allí, sobre la mesa, estaban sus expedientes de la Liga de Muchachas Alemanas, tanto en la *Jungmädel* como en el GUS. Su libro familiar, en el que constaba su genealogía que se remontaba hasta 1800, y donde se demostraba que no tenía ningún antepasado familiar que se encontrara dentro de lo que los nazis llamaban «agentes raciales contaminantes», como judíos o eslavos. En ese momento, Heide Braun tenía en sus manos un documento médico expedido por la BDM en el que se informaba que Hedda Weiss no padecía ninguna enfermedad congénita ni hereditaria. En un lado de la mesa, descansaba la carta que su padre había firmado autorizando que su hija ingresara en una de esas maternidades *Lebensborn*. Esa carta la había escrito y firmado su padre esa misma mañana, tal como le había explicado a Heide Braun. Lo que había omitido era que, mientras Peter Weiss firmaba la carta, Maria Weiss lloraba amargamente en la cocina de su casa.

Cuando Heide Braun terminó de leer toda la documentación, levantó la vista de esta y la miró fijamente. Luego se levantó, recogió la información que Hedda le había proporcionado y, dirigiéndose a ella, le dijo:

—Espere aquí un momento. Tengo que hacer una consulta.

La *Helferin* abandonó el despacho. Hedda permaneció sentada en la silla, en la misma posición que estaba desde que había tomado asiento.

Aprovechó ese momento para echar una ojeada al despacho. Era una habitación triste, alumbrada por unas tenues lámparas de pantalla de forma cilíndrica que colgaban de las paredes. La habitación disponía de una ventana que daba al patio interior de la Oficina de la Raza. La poca luz que esa gris mañana de octubre entraba por la ventana no ayudaba a que el despacho tuviese más claridad. En la pared frente a la que se encontraba Hedda, había cuatro retratos. El más grande pertenecía al Führer, Adolf Hitler. A Hedda, la presencia de ese retrato le había dado confianza desde el mismo momento en que había puesto los pies en el despacho. Siempre le pasaba eso cuando veía un retrato del Führer. Los otros tres retratos, más pequeños, eran fotografías del *Reichsführer* Himmler, de Walter Darré y de Max Sollman. En otra pared, a la izquierda de la mesa despacho, había un bonito cuadro que representaba una escena entrañable. En un prado, una madre jugaba rodeada de sus hijos. La madre llevaba en sus brazos a un niño, mientras que dos niñas jugueteaban al escondite entorno a sus faldas. Una llevaba en su mano lo que parecía una manzana, la otra, un pequeño ramito de flores. Bajo la imagen había una leyenda,

escrita en letra alemana antigua, que desde su posición no alcanzaba a leer. Miró en dirección a la puerta, que seguía cerrada, se levantó de la silla y caminó hacia el cuadro. Frente a él, leyó la leyenda:

*La salvaguarda de la vida de madre e hijo  
da sentido a toda lucha heroica.*

ADOLF HITLER

Durante unos segundos, Hedda se quedó allí, inmóvil delante del cuadro, pensando en esa frase del Führer. De pronto, escuchó pasos en el pasillo.

Corrió hacia la silla frente a la mesa despacho y se sentó.

La puerta se abrió. Cuando entró, Heide Braun encontró a Hedda en la misma posición en que la había dejado.

La *Helferin* volvió a sentarse delante de Hedda, tras su mesa despacho. Los documentos habían desaparecido, Heide Braun había regresado de su corta ausencia con las manos vacías. Hedda pensó, que eso podían ser buenas noticias.

Heide Braun cruzó sus manos sobre la mesa y, echándose hacia delante, volvió a mirarla de forma escrutadora. Esta seguía impassible, sin apartar la mirada de la mujer que la observaba.

—Sus expedientes son impecables, y también el resto de los documentos que nos ha aportado. Pero hay una cosa que me intriga. Por qué una chica como usted hace esto. ¿Por qué hace esto, señorita Weiss?

—Porque quiero ofrecerle un hijo al Reich —contestó Hedda de forma contundente.

—A usted no le haría falta hacer esto para ofrecerle un hijo al Reich. Es una joven muy guapa, inteligente, está soltera. Según sus expedientes médicos de la BDM es racialmente perfecta y además, virgen. Estoy convencida que chicos no le faltarán, yo conozco oficiales de las SS que matarían por formar una familia con una chica como usted.

Heide Braun se recostó en su silla giratoria. La expresión escrutadora no había desaparecido de su rostro.

—Le volveré a hacer la pregunta, señorita Weiss. ¿Por qué hace esto?

—Porque quiero ofrecerle un hijo al Reich.

Heide Braun se levantó de su silla y caminó hacia la ventana del despacho. Otra vez estaba empezando a llover.

—Está bien, señorita Weiss. Nuestro Führer siempre dice que todo hombre tiene su motivo. Supongo que esa frase servirá también para las mujeres.

—Supongo que sí —contestó Hedda Weiss.

La *Helferin* sonrió mientras regresaba a su escritorio.

—¿Sabe que la maternidad a la que va está en el distrito de Prusia Oriental?

—Sí, Else Kruger me lo comentó ayer. No me importa.

—Else Kruger... esperemos que esa chica pase el examen racial...

—Conozco a Else desde que tenía diez años, es una nacionalsocialista convencida, como yo...

—Pero eso no basta, señorita Weiss. Para el lugar al que van, eso no es suficiente —ahora el rostro de Heide Braun había adquirido un rictus de seriedad.

—Entonces, me aceptarían en...

—¿Es consciente que el niño que conciba nunca será suyo? ¿Sabe que nunca podrá considerarlo su hijo? ¿Sabe que ese niño pertenecerá desde el momento de su nacimiento al Estado?

—Sí, lo sé. No me importa.

—Está decidida a hacer esto, ¿verdad?

—Sí, estoy decidida. No he estado tan segura de algo en toda mi vida.

Heide Braun abrió un cajón de su mesa despacho y sacó un documento de color arena que colocó delante de Hedda. Estaba timbrado con el águila del Reich en el extremo derecho y las runas de las SS en el izquierdo. Heide Braun le ofreció una pluma.

—Esto es una declaración jurada, señorita Weiss. Ahí se indica que, aunque no conoce todos los detalles, está al corriente de lo que va a hacer. Léalo detenidamente antes de...

—No me hace falta. ¿Dónde tengo que firmar?

Heide Braun le indicó el sitio donde tenía que estampar su firma.

Hedda firmó. Le entregó la declaración jurada a la *Helferin*. No leyó ni un solo párrafo. Heide Braun volvió a guardarla en el cajón de donde la había sacado.

—Está bien, si quiere hacerme alguna pregunta...

—Sí, solo una, algo que Else no pudo explicarme. ¿Quiénes serán los padres de nuestros hijos?

Heide Braun volvió a sonreír.

—Eso se lo explicarán allí, señorita Weiss, contestarle a esa pregunta no forma parte de mi cometido. Solo le diré que ellos tampoco serán los padres de sus hijos. Los padres de sus hijos serán elegidos por el *Reichsführer* en persona.

—Y al cabo del año, cuando regresemos, las SS nos conseguirán...

—¿Quién le ha dicho que regresarán al cabo de un año, señorita Weiss?

—Else, ella me contó...

—Si hubiera leído la declaración jurada, sabría que su estancia en la maternidad es *sine die*, señorita Weiss. Por cierto, solo dos veces antes he visto declaraciones juradas como estas. Y en este despacho se han firmado muchas, señorita. Créame.

Sin dejar que Hedda volviera a preguntar, Heide Braun caminó hacia ella, pasó su

brazo por sus hombros y se encaminaron hacia la salida del despacho. Al llegar al pasillo, le dijo:

—Ahora pasará el examen racial en el Departamento de la Raza. No tiene pérdida, cuando llegue a esa antesala, siga recto por el pasillo de la izquierda. Entre en la puerta sobre la que indica Raza 2. Le están esperando. Ellos tienen sus documentos.

—Gracias, señorita Braun.

Hedda caminó en la dirección que la *Helferin* le había indicado. Todavía no había llegado a la antesala, cuando Heide Braun le dijo:

—Señorita Weiss, le deseo suerte.

—Gracias, señorita Braun —contestó Hedda, otra vez.

Heide Braun continuó mirando a la chica, hasta que la imagen de esta se perdió en el pasillo que conducía al Departamento de la Raza.

---

\* \* \*

---

## *Rasse 2.*

Se detuvo ante la puerta blanca sobre la que rezaba esa distinción. Suavemente, tocó en la puerta.

—Pase —dijo alguien.

Hedda Weiss abrió la puerta y entró.

Había tres hombres en la habitación. Los tres llevaban batas médicas blancas con el distintivo de las ss en el bolsillo. Eran dos anatomistas y un antropólogo del departamento médico de las ss. Dos de ellos estaban de pie. El tercero, sentado en una mesa despacho. En ese momento, examinaba los documentos de Hedda.

—Pase, señorita Weiss, la estábamos esperando. Puede dejar su abrigo y su boina en ese perchero de ahí.

Caminó hacia el perchero mientras observaba la habitación. Era como la sala de cualquier hospital, solo que los utensilios y los objetos médicos que allí había, ni los había visto antes ni sabría cómo definirlos. Todos ellos eran instrumentos de craneometría y antropometría. Algunos reposaban sobre mesitas blancas correderas, pero otros estaban instalados en las paredes de la sala. Uno de ellos, era una silla como la que usaban los dentistas, pero en la parte posterior tenía una especie de calibradores. Otro, mucho más grande, estaba literalmente incrustado en una de las paredes. Hedda pensó, que debía servir para medir a las personas de cuerpo entero. El resto de las paredes de la sala estaba decorado con pequeños cuadros que representaban cráneos y esqueletos humanos. Partes seccionadas de la anatomía humana, como brazos y piernas. También había retratos, retratos de niños y de niñas, de hombres y de mujeres. Retratos de rostros arios.

Sin embargo, era otro objeto, un objeto que había al final de sala, entre penumbras, el que la había alertado desde que había puesto sus pies en ese lugar. Un objeto que le aterraba, que siempre le había aterrado. Mientras colgaba en el perchero de brazos su abrigo, no dejaba de mirar ese objeto. Sintió un estremecimiento.

Delante del objeto, había una cortina de pantalla, que ahora estaba medio abierta. El objeto en sí era solo una camilla blanca, como cualquier otra. Como cualquier otra, excepto por las dos siniestras perneras que la decoraban.

Uno de los tres hombres se dio cuenta de que algo había alertado a Hedda. Era el que le había dado la bienvenida, el más joven de los tres. Era un hombre alto y atractivo, con porte militar, y el único que no llevaba gafas.

—Señorita, no se preocupe, aquí no le haremos daño. Le recomiendo que para la primera de las pruebas se destrence usted el pelo. Nos resultará más cómodo.

Obedeció al hombre sin rechistar. Estaba molesta, ahora tendría que regresar a casa con el pelo suelto, sin su trenza *Gretchen*. Mientras la destrenzaba, seguía mirando la sala, cada rincón de ella.

La sala donde se iba a realizar el examen racial de Hedda Weiss.

---

\* \* \*

---

Empezaron por el pelo. Una vez que había destrenzado su bonita melena rubia, le indicaron que se sentara en esa silla que parecía la de un dentista, pero que en su parte posterior tenía esa especie de calibradores. Hedda se sentó e hizo acción de poner su cabeza entre las dos horquillas metálicas que sostenían los calibradores. El anatomista joven le dijo, sonriéndole:

—No, todavía no, señorita. De momento, adopte una postura rígida.

Volvió a obedecer. Observó que el hombre que leía sus documentos en la mesa despacho, lo seguía haciendo, ajeno a todo lo demás que sucedía en la sala. Solo había levantado la vista de los papeles para echarle una rápida mirada. Eran los otros dos hombres los que iban a realizar el examen racial.

El más joven de los dos cogió un objeto alargado donde se distinguían pequeñas ventanitas cuadradas confeccionadas con algún tipo de material plástico. A Hedda le pareció observar que en esas ventanitas, habría más de treinta, había pequeños mechones de pelo, posiblemente tintados. El otro hombre, el mayor, se posicionó tras ellos con un cuaderno entre sus manos en el que no dejaba de hacer anotaciones. El hombre joven dijo:

—Muy bien, ahora intente no moverse. Vamos a hacer el examen de su cabello.

Una por una, el hombre pasó delicadamente cada una de las ventanitas por un pequeño mechón del cabello que previamente había seleccionado. En un momento dado dijo algo que Hedda no comprendió y que el hombre mayor anotó rápidamente



en su cuaderno. Hedda supuso que estarían empleando algún tipo de lenguaje cifrado que solo entendían ellos. El hombre joven dejó sobre una mesita el objeto alargado plástico y sacó del bolsillo de su bata médica una pequeña tijera. Con ella cortó el mechón del pelo con el que había realizado el examen, guardó la tijera en su bolsillo y entregó el mechón al hombre mayor, que lo introdujo en una pequeña bolsita de papel de color marrón claro. En ella, pudo distinguir una pequeña etiqueta blanca donde decía:

*N-P 2.002. H. Weiss Steinbauer.*

Mientras tanto, el hombre joven había cogido otro objeto plástico similar al anterior, pero más pequeño y de forma cuadrada. Esta vez, las ventanitas eran redondas y, para sorpresa de Hedda, estaban ocupadas por unas pupilas figuradas de distintos colores. Colocadas en dos filas de seis, había doce pupilas distintas. El hombre volvió a introducir la mano en el bolsillo de su bata y extrajo de él una pequeña linterna.

—Ahora, intente no parpadear, señorita.

Hedda hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Fijó su mirada en uno de esos rostros arios que decoraban las paredes de la sala. Era el rostro, de medio lado, de una joven de su misma edad dibujado a carboncillo.

El hombre alumbró la pupila de Hedda con la linterna y pasó a su lado el objeto plástico con las pupilas figuradas. Una por una. En un momento determinado, se detuvo en una de ellas. Avanzó a otra pupila, pero rápidamente volvió atrás, a la pupila en la que se había detenido.

—Kurt, mira, quiero que veas esto.

El hombre mayor se agachó sobre Hedda y lanzó una rápida mirada, a la pupila de la chica y a la pupila figurada que había en el objeto plástico. Los dos hombres se miraron. Después, el hombre al que habían llamado Kurt escribió algo en su cuaderno. El hombre joven apagó la linterna y la guardó en su bolsillo.

—Muy bien, jovencita. Descanse un poco.

Los dos hombres se reunieron con el que estaba leyendo los documentos de Hedda. No pudo oír casi nada, los tres hombres hablaban muy bajo. Solo en un momento dado, escuchó cómo el hombre joven decía:

—Hay que dar a esto la relevancia que tiene...

A los pocos minutos, los dos hombres volvieron junto a ella. El hombre joven, dijo:

—Kurt, acércame el craneómetro.

Este llegó junto a él con un utensilio compuesto por dos horquillas alargadas de un material metálico muy fino.

—No se mueva, señorita Weiss.

Para empezar, colocó una de las puntas de la horquilla en la base frontal de su cráneo, entre sus dos ojos, y la otra, en su nuca. Después, puso sobre cada una de sus sienes las puntas de esas horquillas metálicas. Dio una serie de cifras que Kurt anotó en su cuaderno. El hombre siguió con sus mediciones, pero ahora colocando una de las horquillas en el lugar donde empezaba su pelo, y la otra en su mentón. Se repitió la serie de cifras. Por último, midió la distancia de su mandíbula.

Dejó el craneómetro en la mesa corredera y dijo:

—Dame la regla calibradora.

Con la regla en su mano, el hombre joven inició las mediciones del cráneo y del rostro de Hedda. Midió la distancia entre las cuencas de sus ojos y el final de su frente, después, entre los dos ojos. También midió su nariz, algo a lo que le dio bastante importancia y un buen número de cifras. Midió igualmente la distancia entre la base de su nariz y el mentón. Por último, volvió a medir su mandíbula, ahora con la regla calibradora. Parecía no haberse quedado conforme con la medición anterior.

Dejó en la mesita la regla calibradora y discutió algo con Kurt. Después, se dirigió a Hedda y le dijo:

—Ahora sí, señorita. Apoye su cabeza entre las dos horquillas.

Hedda lo hizo. Le dieron la vuelta a la silla, con lo que quedó situada frente a la siniestra camilla blanca con perneras que tanto le aterrorizaba. Intentó reprimir otro estremecimiento.

Colocaron una de las horquillas que portaba la regla calibradora en la nuca de Hedda. Ajustaron otra regla en su zona cervical y una tercera, en la base de su cráneo.

—¿Le hago daño? —preguntó el hombre joven.

—No —contestó Hedda.

Empezaron a medir. No tardaron mucho. A los pocos minutos aflojaron los calibradores.

—Puede levantarse, señorita Weiss.

Hedda se puso en pie.

—Bien, hemos terminado con esta parte. Ahora, desnúdese, señorita Weiss.

—¿Del... todo? —preguntó con voz nerviosa.

—Sí, del todo, señorita. Puede dejar su ropa sobre la silla que hay junto al perchero —contestó el hombre joven mientras le sonreía de manera comprensiva.

Caminó hacia el perchero y empezó a desvestirse. Mientras, los tres hombres volvieron a reunirse. El hombre sentado en la mesa despacho había terminado con los documentos y ahora leía las mediciones que le acababan de realizar con gran interés.

Dejó toda su ropa perfectamente plegada en la silla y, dirigiéndose a los tres hombres, les dijo:

—Ya estoy.

—Muy bien, señorita Weiss. Venga aquí.

Caminó hacia los dos hombres que realizaban las mediciones. El tercer hombre ni siquiera levantó la vista de los papeles que examinaba para mirarla.

—Bien, venga conmigo. Sitúese ahí, en el estadiómetro.

El hombre joven le indicó que se colocara en ese extraño aparato de medición que había incrustado en una de las paredes, y al que le acababa de otorgar un nombre.

Hedda se colocó en el estadiómetro.

—Pegue los brazos a su cuerpo mientras no le digamos lo contrario.

El hombre joven ajustó un nivel junto a los pies de Hedda e hizo descender otro de lo alto del estadiómetro, que posó sobre su cabeza. La estaban tallando.

Terminado con esto, el hombre al que llamaban Kurt acudió portando en su mano otra regla calibradora, pero de mayor tamaño que las anteriores.

—Kurt, acércame el antropómetro.

Kurt le entregó al hombre joven esa regla calibradora. Con ella, midió primero la distancia que había entre su hombro izquierdo y su cuello. Luego, lo repitió con el derecho.

Después, cogió entre sus manos el brazo izquierdo de Hedda y midió la distancia entre el hombro y el codo. Lo repitió con el derecho. Por último, hizo otra medición entre el codo y la muñeca. Esto también lo hizo con los dos brazos.

El hombre joven se agachó, situando su cabeza a la altura de la pelvis de Hedda. Comenzó entonces a medir las articulaciones inferiores de la chica. Primero midió la distancia entre la cadera y la rodilla, y luego, entre la rodilla y el tobillo. Lo hizo con las dos piernas de la joven.

Por último, midió el tórax de Hedda. Cuando terminó, consultó con Kurt algo sobre las mediciones realizadas. Se trataba de los pechos. Repitió la medición que había hecho de su pecho izquierdo.

—Ahora tendrá que darse la vuelta, señorita.

Cuando Hedda iba a darse la vuelta en ese aparato al que llamaban estadiómetro, un cuarto hombre entró en la sala. Era también mayor, más bien bajo y con una poblada barba blanca. Igual que los anteriores, llevaba la bata blanca que lo identificaba como médico de las ss. En cuanto entró, se acercó al hombre que había en la mesa despacho y charló con él. Mientras tanto, el hombre joven había empezado a medir su espalda, entre las cervicales y el cóccix.

—Kurt, pásame el plicómetro.

Mientras Kurt volvía con un objeto todavía más extraño que todos los anteriores, Hedda pudo ver por el rabillo del ojo cómo el cuarto hombre se acercó a esa camilla que tanto le aterraba, apartó a un lado la cortina de pantalla, encendió un gran foco que había sobre la camilla y empezó a arreglarla cuidadosamente. Hedda sintió que empezaba a sudar.

Con ese extraño instrumento que Kurt le había entregado, el hombre joven pizcó un poco de piel de determinadas partes de su espalda y de sus glúteos. También los estaba midiendo. Estaba midiendo sus pliegues cutáneos.

El hombre joven se incorporó. Le dijo a Hedda:

—Puede darse la vuelta, señorita. Bueno, nosotros hemos terminado. Ahora vaya con el doctor Rath. Allí, donde la camilla.

Con paso titubeante, avanzó hacia la camilla. El doctor Rath la esperaba con una amplia sonrisa dibujada en su boca.

—Venga aquí, señorita, tiéndase sobre la camilla.

Se tumbó en la camilla. Ahora su miedo iba en aumento. No solo sudaba, también había empezado a temblar.

El hombre le indicó con un gesto que pusiera sus piernas sobre las perneras. Hedda lo hizo. Estas eran muy incómodas y además, estaban muy frías.

Con su mirada buscó por toda la sala un retrato del Führer. Pero no lo encontró. Juraría que había visto uno, quizás junto al perchero, sobre la puerta de entrada de la sala. Pero tumbada en esa camilla no veía la puerta, ni el perchero. Ni el retrato del Führer.

Mientras el hombre al que llamaban doctor Rath preparaba su instrumental, Hedda Weiss pasó sus ojos inquietos y asustados por todas las paredes de la sala. Pero no había ni un solo retrato del Führer. Solo había cráneos y esqueletos y partes seccionadas del cuerpo humano, como piernas, brazos, manos y pies. Y los rostros de hombres y mujeres, y niños y niñas, esos rostros arios que la miraban desde su eterna soledad acristalada.

—Muy bien, señorita, vamos a ver si está usted en disposición de concebir —dijo el doctor Rath, con un fingido gesto tranquilizador instalado en su rostro.

Hedda Weiss cerró los ojos. Si no podía ver el rostro del Führer, pensaría en él. Pensaría en el día que ascendió por aquella escalinata a la tribuna situada junto a la Casa de las Artes Alemanas de la Prinzenregentenstrasse, en compañía de Inge Kastrup y con un ramo de rosas rojas para el Führer entre sus brazos. Flores para el Führer. Y a cada paso que daba, con cada peldaño que subía, la figura imperial de Adolf Hitler estaba más cerca, más cerca de ella. Adolf Hitler, el Führer. Su Führer.

Cuando salió de esa sala del Departamento de la Raza, Else Kruger la estaba esperando. La chica estaba cabizbaja, mirando el suelo, sentada en esos feos e incómodos bancos de madera que había en los pasillos de la Oficina Central de la Raza. Cuando vio salir a Hedda, se incorporó de golpe y corrió hacia ella.

—¡Dios mío, Hedda! ¡Ha sido horrible! ¡Horrible! Me han...

—Cállate, Else.

Hedda Weiss caminó casi sin hacer caso a su amiga por ese largo pasillo, buscando la puerta de salida. Tras ella, Else no paraba de parlotear. Hedda se estaba

empezando a poner nerviosa, muy nerviosa.

No pudo más. Se detuvo en seco.

—¡He dicho que te calles, Else!

La chica se calló de golpe. Miró sorprendida a su amiga.

—¿Qué te pasa, Hedda?

—Nada, Else. Perdóname. Es que he tenido que destrenzarme el pelo, y tendré que volver con él suelto a casa. Ya sabes que no me gusta.

Hedda Weiss miró a su amiga y fingió una sonrisa. Luego, con Else caminando tras ella, se encaminó hacia la puerta de salida.

---

\* \* \*

---

Tres semanas más tarde, Hedda Weiss y Else Kruger recibieron sendas cartas de la Oficina Central de la Raza y Asentamientos, comunicándoles que habían sido admitidas en la maternidad *Lebensborn* de Marbach Heim, en Prusia Oriental. Fue la primera vez que conocieron su destino, aunque no consiguieron ubicarlo en ningún mapa. No existía ninguna ciudad, ni ningún lugar en Prusia Oriental llamado Marbach.

En esa misma carta les indicaban las pocas pertenencias personales que tendrían que llevar a la maternidad y que su partida sería la mañana del día 5 de diciembre. Les informaron que deberían esperar en la puerta de su casa a las seis de la mañana, pero no les comunicaron por qué medio viajarían hasta la lejana Prusia Oriental.

Aquellas semanas transcurrieron con normalidad para Hedda Weiss. Todas las mañanas acompañaba a su padre a la pastelería, no dejó de trabajar ni un solo día. Peter Weiss nunca volvió a hablar del tema de la maternidad con su hija. Por las tardes, se seguía reuniendo con Else, ahora las dos chicas no hacían más que hacer planes sobre su futuro en la maternidad. Por las noches, cenaban en silencio. Desde la mañana en que se realizaron las pruebas raciales de Hedda, su madre se había encerrado en sí misma, prácticamente no hablaba. Más tarde, en la soledad de su habitación, Hedda contemplaba su imagen en el espejo de cuerpo entero, acariciando su vientre, mientras pensaba en esa ofrenda que iba a hacer para el Führer. Después, antes de acostarse, salía de su habitación y permanecía un largo rato junto a la barandilla de las escaleras que descendían hasta el primer piso de su casa. Allí, noche tras noche, veía la luz del comedor encendida y hasta ella llegaba el llanto triste, a veces ahogado, de su madre.

---

\* \* \*

---

La mirada de Hedda se posó con lentitud en cada uno de los rincones de su

habitación. Estaba sentada en su cama, con la pequeña maleta que contenía sus pertenencias reposando junto a ella. Era la madrugada del 5 de diciembre de 1941, el día de su partida. Concentró su mirada en la fotografía de Adolf Hitler, la fotografía que había en la pequeña mesita junto a la cabecera de su cama. La cogió en sus manos, abrió el cajón de su mesita y la guardó dentro. Cerró lentamente el cajón.

Hedda se levantó. Cogió su maleta y caminó hacia la puerta. Antes de cerrarla echó un último vistazo a su habitación.

Llegó a las escaleras que descendían hasta la planta baja de su casa. Allí, a los pies de la escalera, estaban sus padres. Peter abrazaba a Maria, que no dejaba de llorar.

Hedda bajó las escaleras y llegó junto a sus padres. Ese era el único momento al que le tenía miedo, no soportaba las despedidas, nunca las había soportado.

—Bueno, pues creo que ha llegado el momento de irme.

Maria Weiss se secó las lágrimas con un arrugado pañuelo y sacó algo del bolsillo de su vestido, una pequeña cajita de terciopelo rojo. Abrió la cajita y le enseñó su contenido. Era un crucifijo dorado, con unas piedras rojas en cada uno de los brazos de la cruz.

—Hija, me gustaría que te llevaras esto. Era de tu abuela Magda, yo nunca la he llevado. Esperaba que te casaras para entregártela, para que la lucieras el día de tu boda. Pero creo que ahora te hará más falta, estoy segura que te protegerá.

Maria cogió las manos de su hija y depositó la cruz entre ellas.

No sabría explicar por qué, pero aquella cruz le abrasó en las manos. Abriendo la mano de su madre, le devolvió la cruz.

—Te lo agradezco, madre, pero allí donde voy no me hace falta esta cruz. Estoy segura de que incluso estaría mal vista.

Maria intentó decirle algo, pero Hedda le hizo un gesto de que no insistiera.

—Guárdala tú, madre. Es posible que te haga más falta que a mí.

Mientras cerraba los dedos de la mano de su madre para que abrazaran la cruz, tuvo un extraño presentimiento. En los siguientes años rememoraría muchas veces ese momento y recordaría con amargura ese presentimiento. El presentimiento de que nunca volvería a ver a su madre.

Junto a sus padres, atravesó por última vez el comedor de su casa y el pequeño pasillo que conducía a la puerta. Los tres salieron a la calle, a la puerta de esa casa en las cercanías de la Rosenheimerplatz.

El otoño llegaba a su fin, y esa madrugada, una fría niebla invernal había ascendido desde el Isar, cubriendo con su blanco halo las calles de Múnich. En la lejanía se escuchó el rugido de un motor, un sonido que poco a poco se fue acercando hasta ellos. Peter Weiss abrazó a su hija y le besó en la mejilla.

—Cuídate hija, por favor.

—Lo haré padre, ya me conoces. Sabes que sé cuidarme sola.

Dos faros amarillentos brillaron entre la niebla. Lo que se acercaba hasta ellos era un camión. Un camión militar.

Ahora fue Maria la que abrazó a su hija.

—Hedda, hija mía...

—Ya está, mamá. Ya sabes que no me gustan las despedidas. Regresaré pronto, no te preocupes por mí.

El camión militar se detuvo ante la puerta de su casa. Estaba cubierto por una lona de color verde, y en sus puertas llevaba distintivos de las ss.

Dos hombres vestidos con el uniforme gris de las ss y los abrigos de cuero negro que llevaban en invierno descendieron del camión. Se acercaron a Hedda y a sus padres. Esta distinguió su rango por las insignias que lucían en el cuello de su guerrera. Eran un capitán y un teniente.

—¿La señorita Hedda Weiss? —preguntó uno de ellos.

—Sí, soy yo —contestó Hedda.

Los dos hombres miraron de soslayo a sus padres. Su madre volvía a llorar.

El teniente se apresuró y cogió la maleta de Hedda, que esta había dejado en el suelo. El capitán le dijo:

—Venga conmigo, señorita Weiss. Le ayudaré a subir al camión.

Acompañó al capitán hasta la parte trasera del camión. El capitán le ayudó a subir. Cuando Hedda desapareció en el interior de este, los dos hombres cerraron la portezuela, lanzaron una última mirada a Peter y Maria y subieron a la cabina del vehículo.

Hedda no se asomó para despedirse de sus padres. Estos se quedaron allí, abrazados, despidiendo con la mano a una hija que ni siquiera se había asomado a despedirlos, hasta que el camión militar de las ss desapareció de su vista, engullido por la niebla invernal.

---

\* \* \*

---

En el interior del camión habían colocado dos bancos de madera, asidos por unas cadenas. Hedda se sentó en el banco que estaba vacío. En el banco de enfrente había tres chicas que la miraban de manera escrutadora.

Silencio. Las tres chicas miraban a Hedda y ella, miraba a las tres chicas. Todas ellas llevaban el uniforme de invierno de la BDM, como les habían indicado. Dos de ellas tendrían la misma edad de Hedda, y la tercera, sería solo un poco más joven. El camión se puso en marcha. Aunque pudo hacerlo, no se asomó para despedirse de sus padres.

Desde el primer momento, Hedda no podía apartar su mirada de dos de esas

chicas. Era como si estuviera todavía en el interior de su habitación, delante del espejo de cuerpo entero que había frente a su cama, mirando su rostro. Porque esas chicas, eran muy parecidas a Hedda. Al sentarse, su cuerpo había adoptado esa rigidez tan característica en ella. Sus facciones eran delicadas, pero sus miradas eran duras y frías. Sus ojos, de un luminoso azul turquesa muy parecidos a los de Hedda. Hasta sus labios, su nariz y sus cejas tenían la misma forma.

«Dios mío, se parecen tanto a mí...», pensó, mientras las miraba.

La tercera chica, la más joven, era distinta. Desde que había subido al camión, la miraba con los ojos muy abiertos y una estúpida sonrisa decorando su boca. Además, no dejaba de tocarse las puntas de sus coletas trenzadas rubias que le llegaban hasta el pecho.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con una voz firme y segura la chica que estaba frente a ella.

—Hedda. Hedda Weiss —contestó—. ¿Y vosotras?

—Yo me llamo Lene Friedrich —contestó la chica que le había preguntado.

—Y yo Anna Ritter —dijo la otra chica. El tono de su voz era igual de frío y cortante que el de Lene Friedrich. Y que el suyo propio.

—Yo me llamo Hildegard Meier, pero todo el mundo me llama Hilde —dijo la más joven de las tres, con un tono de voz igual de estúpido que su sonrisa.

—¿Sois de Múnich? —preguntó Hedda.

—No, yo soy de Passau —contestó Lene.

—Yo, de Ulm —dijo Anna.

—Pues yo soy de Berchtesgaden —respondió Hildegard, acompañando el comentario con un estúpido movimiento de cabeza.

—¿Aún falta otra chica, verdad? —preguntó Lene.

—Sí, Else. Else Kruger. Vive cerca de aquí. Es amiga mía.

Silencio. El camión siguió su recorrido por las calles de Múnich, en busca de Else Kruger. Hedda desvió la mirada de las chicas y se asomó para poder ver las desiertas calles de la ciudad, envueltas por la niebla. Lene y Anna no le quitaban la vista de encima. Hildegard, haciendo honor a lo que a Hedda le parecía un nombre tan estúpido como ella, seguía jugueteando con la punta de sus coletas. Estaba segura de que esa chica y Else iban a llevarse muy bien, había un algo infantil que las hacía muy parecidas. Aún podía recordar los saltos y los brincos que Else daba, cuando, con la carta de la Oficina de la Raza en la mano, le dijo que su patrón racial estaba considerado «alto». Cuando Else le preguntó cuál era su patrón racial y, para no desanimar a su amiga, Hedda le contestó que también «alto». Else se abrazó a ella y le dijo: «Ves, ¡somos iguales!». Nunca le dijo la verdad. Nunca le dijo que su patrón racial era «muy alto».

Sin embargo, estuvo segura desde el primer momento en que las vio, de que ella



se llevaría mejor con Lene y con Anna. Había algo inquietante y oscuro en el brillo de los ojos de esas chicas, el mismo brillo que sus ojos habían tenido toda su vida.

---

\* \* \*

---

Dos días y medio más tarde llegaron a Prusia Oriental. Las noches del día 5 y del día 6, durmieron en esos albergues que las Juventudes Hitlerianas tenían diseminados por toda Alemania. En esa época del año, los albergues estaban vacíos y de esta manera, las chicas pudieron alojarse más cómodamente. Lo que no podrían decir era dónde se alojaron, solo sabían que había sido en las afueras de algunos pueblos o pequeñas ciudades situadas en el vasto territorio existente entre Baviera y ese lugar al que se dirigían en las cercanías del mar Báltico.

Durante esos dos días, en la penumbra del interior de aquel camión militar, las chicas tuvieron tiempo de conocerse mejor. Tal como Hedda pensaba, Else y Hildegard desarrollaron una rápida amistad, mientras que ella congenió más con Lene y con Anna. Lo que le sorprendió fue que las cuatro chicas acudían a la maternidad recomendadas por sus familias. De las cinco, solo ella se había presentado voluntaria.

A media tarde del día 7 de diciembre, el camión se internó en la profundidad de un bosque. Un rato antes habían dejado atrás una pequeña ciudad. En el momento en que la atravesaban, había empezado a nevar. Era una ciudad dormida en la quietud y el silencio de aquella tarde invernal. Las chicas contemplaron en silencio las pequeñas casitas de la ciudad, con sus chimeneas lanzando humo hacia el cielo. Entre las casitas emergía la figura de la torre gótica de una iglesia. Hedda pensó que parecía la estampa de una de esas bonitas postales navideñas que se vendían en Múnich. Cuando abandonaban la ciudad, pudo leer su nombre, escrito en alemán antiguo en una señal de la carretera a la que ya empezaba a cubrir la nieve:

### Braunsberg

A partir de ese lugar el camión se había introducido en el bosque. Las chicas tenían que agarrarse muy fuerte al banco en el que iban sentadas, ante la gran cantidad de baches y los continuos resbalones que el camión daba en la nieve que ya había empezado a cubrir el camino forestal por el que transitaban. Además, se había levantado un fuerte viento, lo que ocasionaba que la estructura metálica, donde iba instalada la lona que las cubría y las protegía, se moviera continuamente a los dos lados, provocando un estrepitoso y molesto chirrido. Aquel parecía un bosque inmenso, profundo y tupido. Y oscuro cual boca de lobo. Un bosque cubierto de píceas, hayas y robles. Los lugareños le daban un nombre a ese bosque. Y ese nombre, a su vez, le daba nombre a la maternidad a la que se dirigían. Ese era el

nombre que Hedda y Else no habían encontrado en ningún mapa de Prusia Oriental.  
Los lugareños lo llamaban el bosque de Marbach.

## IV

### LA CASA DEL BOSQUE DE MARBACH

*Bosque de Marbach, Prusia Oriental, diciembre de 1941.*

El camión se detuvo delante de un portón. En su interior, las cinco chicas se miraron. Desde la parte trasera del vehículo, el único lugar por donde podían ver con claridad, solo se divisaba el oscuro e interminable bosque, así que las cinco se levantaron y se dirigieron hacia una pequeña rendija que había en la lona, en un lateral del camión.

Dos soldados de las ss caminaban hacia la cabina del camión, alumbrándola con sus potentes linternas. Iban acompañados de dos perros doberman que no paraban de ladrar. El capitán y el teniente habían descendido de la cabina, y los esperaban junto a esta con algo parecido a un documento en la mano.

Los cuatro hombres se cuadraron e hicieron el saludo hitleriano. A continuación, uno de los ss dijo:

—La identificación amarilla, por favor.

El capitán le entregó el documento que llevaba en la mano, y que el ss leyó alumbrándose con su linterna.

—Traemos a las chicas bávaras —explicó el capitán.

En el interior del camión, Hildegard preguntó con voz asustada:

—¿Ya hemos llegado?

Nadie contestó. Hedda apartó la mirada de los hombres y miró hacia el frente. Bajo la arcada del portón había una reja que permanecía cerrada. Sobre esta, una placa ovalada de color negro, y en ella, algo escrito en letra dorada. Pudo leer lo que decía esa placa, porque, al estar bajo la arcada del portón, la nieve que ahora caía con más intensidad no la había cubierto y, además, estaba iluminada por los focos delanteros del camión. En la parte superior de la placa, rezaba:

Lebensborn e.V.

Y en el centro de esta:

Marbach Heim.

—Sí, Hildegard, hemos llegado —contestó por fin Hedda.

—Pues menos mal, porque me estoy...

—¡Cállate, Hildegard! —ordenó Lene Friedrich de manera contundente.

Las chicas pudieron ver cómo un quinto hombre salía de una pequeña puerta

lateral que había en el portón y caminaba hacia los otros cuatro hombres reunidos. Era muy alto y tenía un porte distinguido. Los dos soldados de las ss, el capitán y el teniente que las habían conducido hasta allí, se cuadraron inmediatamente e hicieron el saludo reglamentario. El hombre lucía el uniforme de invierno del *Leibstandarte Adolf Hitler*, la élite de las ss. Cogió los documentos en su mano y los leyó, alumbrado por la linterna de uno de los ss. Hedda pudo distinguir que en la bocamanga llevaba los galones que lo identificaban como comandante.

La luz de la linterna permitió ver su rostro. Hedda pensó que era un rostro muy atractivo, de facciones duras, muy masculinas. Su mirada era penetrante. En su rostro lucía una cicatriz que partía de la mejilla y terminaba en el mentón. Miró a Lene y a Anna. Estas le devolvieron la mirada y le sonrieron.

—Creo que me acabo de enamorar —dijo Lene Friedrich.

—Y yo —apuntó Anna Ritter.

Casi al unísono, y con un tono de voz que resultó igual de estúpido que ellas, Else y Hildegard preguntaron:

—¿De quién?

La única que no dijo nada fue Hedda, pero para sí misma pensó, que ese comandante era posiblemente el hombre más apuesto y atractivo que había visto en toda su vida.

El comandante ordenó a los ss que se dirigieran a la parte trasera del camión. Las chicas corrieron a sentarse en los bancos, en la misma posición en la que habían permanecido durante todo el viaje. La portezuela se abrió. Los ss iluminaron el interior del camión con sus linternas. Los perros doberman daban saltos y ladraban. La luz impactó directamente en los rostros de las chicas. Hedda tuvo que cerrar los ojos al quedar deslumbrada. Los ss cerraron la portezuela dándose por satisfechos. Allí dentro solo había cinco chicas que los habían mirado con rostros asustados.

Pasaron unos pocos segundos. Las chicas escucharon cómo las puertas de la cabina del camión se abrían y se volvían a cerrar. Se escuchó el ruido de la pesada verja al abrirse. El camión se puso en marcha. Al pasar bajo la arcada del portón, pudieron ver a uno de los ss allí parado, sujetando a los dos doberman. El otro ss había sido el encargado de abrir la verja.

A su alrededor, solo se volvía a ver la inmensidad del bosque.

A un lado del portón, las chicas distinguieron una pequeña caserna, en cuya puerta ondeaba, agitada por lo que era ya una ventisca, la bandera del Reich. Tras la caserna había tres o cuatro construcciones más pequeñas que parecían barracones. La calle entre la caserna y los barracones estaba solo iluminada por unas tristes bombillas peladas.

En la puerta de la caserna distinguieron una figura, que contemplaba en mitad de la ventisca como el camión se adentraba en la inmensidad de ese bosque. Era la

figura del comandante de las ss. Antes de que el camión tomara la última curva y se perdiera definitivamente de su vista, la figura entró dentro de la caserna.

---

\* \* \*

---

Todavía tardaron un buen rato en llegar a la maternidad. El camión avanzaba muy despacio, porque la ventisca iba en aumento y el suelo estaba muy resbaladizo. Además, el bosque se convertía en más tupido y provocaba que las ramas de los árboles impactaran contra la cabina y la lona del camión. Las chicas daban un respingo de sobresalto cada vez que esto sucedía. En un momento determinado cruzaron un puente de madera bajo el que pasaba un pequeño arroyo, ahora congelado. En ese lugar empezaba el último tramo de carretera que conducía a la maternidad, pero allí el bosque invadía literalmente el camino. El camión avanzaba ahora más despacio que en cualquier otro momento del trayecto. Ese último tramo era un hayedo sombrío, un lugar que siempre fascinó a Hedda. En los siguientes años ella observaría ese hayedo en muchas ocasiones desde una de las ventanas de la maternidad. Era un hayedo tan tupido que ni en los más luminosos días del verano la luz podía penetrar en él. Hedda no tardaría en ponerle un nombre a ese lugar. Ella siempre lo llamó «el sendero tenebroso».

Este hayedo desembocaba en un claro, en el que se encontraba el edificio central de la maternidad. Ante él, se extendía una gran explanada de grava, que esa noche estaba ya completamente cubierta por la nieve. El camión entró en la explanada y dio en ella la vuelta, para posicionarse en la puerta principal de la maternidad.

El capitán y el teniente descendieron de la cabina y caminaron hacia la parte posterior del camión. Abrieron la portezuela.

—Señoritas, hemos llegado. Ahora les ayudaremos a bajar. Cuando estén en el suelo tengan cuidado, está muy resbaladizo.

El capitán que les había hablado y el teniente les ayudaron a descender del camión. Hedda Weiss fue la última en hacerlo.

Una vez en el suelo, echó un vistazo a la explanada. En el centro de la misma se elevaban dos enormes astas, donde ondeaban, en mitad de la ventisca, las banderas del Reich y de las ss. En un lateral de la explanada había lo que parecía una fuente. Ahora estaba tenuemente iluminada con la luz que provenía de la casa que estaba a sus espaldas. La fuente estaba presidida por un conjunto escultórico de bronce que representaba a una bella muchacha desnuda, sentada, que abrazaba a un gran cisne con las alas extendidas. De la boca del cisne manaba el agua, pero ahora ese chorro de agua era un único bloque de hielo.

Hacía frío, mucho más frío del que Hedda hubiera sentido en toda su vida. Un frío glacial que penetraba en el cuerpo y taladraba los huesos. Nunca, ni en los peores días

del invierno muniqués, había sentido una sensación tan gélida como esa.

Lentamente, se dio la vuelta y por primera vez, posó su mirada en esa casa, en esa maternidad perdida en mitad del bosque de Marbach. Era grande, mucho más grande de lo que hubiera podido imaginar. Una enorme mole de piedra gris coronada por un tejado de dos aguas de teja roja. En realidad, más que un único edificio, parecían tres. Un edificio compuesto de un ala izquierda, con seis grandes ventanas construidas en dos filas de tres, todas ellas iluminadas y protegidas solo, tras los cristales, por una fina cortina blanca transparente. Había otra ala derecha, de idénticas características al ala izquierda. La tercera ala estaba en el centro, aunque más bien parecía sobresalir del resto del edificio. Allí se encontraba la entrada principal, compuesta de una escalinata y una arcada de piedra. Sobre la arcada había un balcón decorado con una bandera del Reich. Tras el balcón se veía otra ventana, la única cuya luz estaba apagada. Encima de esa ventana había otro pequeño tejado de dos aguas, también de teja roja, y sobre este, dos ventanucos redondos de lo que debían ser dos buhardillas, que también estaban iluminados.

En mitad de la ventisca las cinco chicas miraron la casa, y después se miraron entre ellas con rostros asustados. Todas ellas parecieron sentir lo mismo. Era un lugar siniestro, el lugar más siniestro que hubieran visto en su vida. Hedda pensó que esas doce grandes ventanas parecían doce grandes bocas dentadas, bocas preparadas para engullirlas y triturarlas. Los ventanucos de las dos buhardillas parecían dos ojos. Dos ojos tenebrosos que las miraban como diciéndoles: «Entrad en la casa, entrad jovencitas, os estaba esperando. Entrad y sabed que de ella nunca saldréis». A la mañana siguiente, con la luz del día, ese lugar les parecía diferente. Incluso cuando el riguroso invierno prusiano terminase, y floreciese la primavera, llegarían a ver aquel lugar como para lo que realmente había sido construido, un oasis de paz y tranquilidad para que las mujeres de los oficiales de las ss pasaran su embarazo rodeadas de un entorno bucólico. Pero aquella noche de diciembre de 1941, esas chicas se llevaron esa primera impresión de aquel lugar, una impresión que perduraría en ellas durante todo aquel duro invierno.

Las chicas caminaron tras el capitán y el teniente, protegiéndose de la ventisca, en dirección a la escalinata que conducía hacia a ese ala central del edificio. Los escalones estaban muy resbaladizos y alguna de ellas se trastabilló. Llegaron al final de la escalinata y penetraron bajo la arcada. Allí estaba la puerta de entrada a la maternidad de Marbach Heim. La arcada estaba iluminada por dos lúgubres farolitos de hierro y cristal que se mecían de un lado a otro por culpa del viento y la nieve. Hedda levantó la vista hacia los farolitos, el chirrido que provocaban las cadenas que los sujetaban todavía le confería a ese momento un carácter más fantasmagórico.

Encima de la puerta de la maternidad había una placa dorada, con una inscripción en letras alemanas antiguas de color negro. Era una frase o una leyenda. Intentó

leerla, aunque le costó un poco, porque la placa se iluminaba y se oscurecía conforme los farolitos eran mecidos por el viento. A duras penas, consiguió leer esa leyenda:

*Recordad siempre que solo somos  
un eslabón más de una cadena racial sin fin.*

Y debajo de ella, un nombre:

*Heinrich Himmler.*

Ensimismada en la lectura de esa placa, se sobresaltó cuando el capitán golpeó tres veces la puerta de entrada de la maternidad. Esta se entreabrió. La cabeza de una enfermera, con su inmaculada cofia blanca, apareció entre la pequeña rendija de la puerta.

—Señorita, traemos a las chicas bávaras.

La cabeza de la enfermera desapareció. La puerta se cerró. Y entonces, con lentitud, volvió a abrirse, esta vez de par en par.

Una potente luz que emanaba del interior de la casa, iluminó la noche. Las chicas se miraron entre ellas con ojos desorbitados. Ante sus ojos había aparecido el inmenso *hall* de la maternidad, con sus paredes y su techo inmaculadamente blanco y el suelo cubierto por alfombras rojas. La estancia estaba alumbrada por inquietantes lámparas con forma de araña que parecían querer agarrar con sus brazos a las personas que allí dentro las esperaban. En un lateral del vestíbulo había una escalera de madera, con una barandilla blanca y los escalones igualmente cubiertos por un alfombrado rojo. Al final de la estancia, a manera de telón, había dos banderas entrelazadas en torno a un gran cuadro. Una era la bandera roja del Reich, con el disco blanco y la cruz gamada negra. La otra bandera era la de las ss, la bandera negra con las dos runas *Sieg* de color blanco. El cuadro era un retrato del Führer, Adolf Hitler, con uniforme militar.

En mitad del *hall* había tres personas esperándolas, dos mujeres y un hombre. Las mujeres llevaban uniformes que las identificaban como *Helperin*, personal auxiliar femenino de las ss. Sin embargo, Hedda observó que, mientras una de ellas llevaba el tradicional uniforme azul, la otra llevaba un uniforme negro, algo que ella no había visto nunca en una mujer. El hombre, de edad avanzada, muy alto y con una poblada barba blanca, vestía con un elegante traje de *Tweed* de color gris. Entre sus manos jugueteaba con un sombrero de fieltro del mismo color. Tras ellos había dos formaciones de mujeres, unas quince en cada formación. Unas llevaban el uniforme habitual del cuerpo de enfermeras del Reich. Las otras, bajo las tradicionales batas blancas de enfermera, un uniforme negro. Hedda sospechaba quiénes eran esas

mujeres. Sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo.

El capitán les hizo un gesto, y las cinco chicas entraron en el interior de la maternidad. El capitán y el teniente no lo hicieron. Una vez que las chicas estuvieron dentro, la misma enfermera que había abierto la puerta, la cerró. Después, corrió para situarse entre la formación de las enfermeras.

Las cinco caminaron hacia las tres personas que les esperaban en el centro del recibidor. Sin que nadie les dijera nada, formaron en una fila de a cinco. Era algo que habían aprendido en la BDM.

La mujer con el uniforme negro de *Helferin* caminó hacia ellas. Hedda pensó que era una mujer sorprendente, joven, alta, delgada, con una bonita media melena rubia. Poseía unos grandes ojos azules, muy expresivos. Una mujer muy hermosa. Su piel era muy blanca, sus rasgos faciales perfectos. Había una similitud con los retratos de mujeres arias que había en aquella sala donde le hicieron las pruebas raciales, en la Oficina de la Raza y Asentamientos de Múnich. Aquellos retratos que la miraban desde su eterna soledad acristalada.

Cuando llegó hasta ellas, la *Helferin* del uniforme negro se detuvo. Las miró. El silencio en el *hall* era estremecedor. Hasta ellas solo llegaba el ulular de la ventisca de nieve fuera de la casa.

Hedda aprovechó ese momento para, con el rabillo del ojo, examinar el uniforme de esa mujer. Así, observó que en su brazo izquierdo llevaba el tradicional triángulo de las *Helferin*, con las dos runas de las ss. Pero en torno a él, pudo leer *SS Stab Helferinen*, una inscripción que no había visto nunca en ninguna de esas auxiliares femeninas. En el lado izquierdo de su guerrera, sobre el pecho, lucía dos condecoraciones que en ese momento le resultó imposible identificar. Pero lo que sí pudo observar fue, que en su gorra, bajo el águila del Reich, la mujer llevaba la tradicional cabeza de la muerte plateada. Ella siempre había creído que ninguna mujer llevaba ese símbolo en todo el Reich. Para Hedda, una cosa estaba clara: todavía no sabía quién era esa mujer, pero fuera quien fuera, ostentaba un importante rango dentro de las ss.

Justo cuando andaba perdida en esos pensamientos, la *Helferin* habló:

—Señoritas, quiero darles oficialmente la bienvenida a la maternidad de Marbach Heim. Mi nombre es Honelore de Mezary y, a partir de hoy, seré su instructora jefe. Ahora quiero que, una por una, diga en alto su nombre.

La *Helferin* se posicionó delante de la primera de las chicas.

—Mi nombre es Lene Friedrich —dijo esta.

Caminó hacia la segunda.

—Anna Ritter.

Hacia la tercera.

—Else Kruger.



La *Helferin* llegó delante de Hedda. Sus grandes ojos azules parecieron agrandarse todavía más al posarse en ella.

—Hedda Weiss.

Tras escuchar su nombre, la mujer que se hacía llamar Honelore de Mezary se giró hacia la otra *Helferin* y el hombre mayor. Los tres se miraron de manera misteriosa. Esa actitud puso en alerta a Hedda. A continuación, se posicionó delante de la última chica.

—Mi nombre es Hildegard Meier, pero todo el mundo me llama Hilde...

—Solo le he preguntado su nombre, señorita, no cómo la llama todo el mundo...

—Perdone. Yo... Hildegard... —balbuceó de forma estúpida la chica de Berchtesgaden.

—Bien, ahora haré las presentaciones de rigor —dijo Honelore de Mezary, sin apartar una mirada desafiante de Hildegard—. El caballero que ven aquí es el teniente coronel de las ss, doctor Hans Oertl. Él está al frente de la maternidad.

—Bienvenidas a Marbach Heim, señoritas —dijo el hombre con un fuerte acento vienés, mientras hacía una pequeña inclinación con su cabeza.

Honelore de Mezary señaló con su mano a la otra *Helferin*.

—Ella es la señora Von Exner. A partir de hoy, será su cuidadora.

La mujer las miró con un gesto malévolo en su rostro. A Hedda, esa mujer le desagradó desde el primer momento. Era de mediana edad, llevaba el pelo recogido en un moño sobre su nuca. Era también muy alta, pero bajo el uniforme se percibía un cuerpo musculoso, un cuerpo con aspecto masculino. Y su rostro... ese rostro le recordó al de los perros doberman que llevaban los ss en el portón de entrada a la maternidad.

Honelore de Mezary se giró hacia las enfermeras. Una de ellas dio un paso al frente y salió de la formación.

—Ella es la enfermera jefe, la señorita Schneider, y su equipo de enfermeras.

A diferencia de la señora Von Exner, esta sí le agradó. Era una chica joven, poco más que ellas, y poseía un rostro dulce y agradable.

Después la *Helferin* señaló a las otras mujeres formadas. Al igual que pasara con las enfermeras, una de ellas dio un paso al frente y salió de la formación.

—Ella es la comadrona jefe, la señora Schmund, y su equipo de comadronas.

El estremecimiento regresó a Hedda. Una horrible palabra invadió sus pensamientos. Formaba parte de uno de sus miedos más profundos, uno de sus secretos con el mundo. Ahora en ese momento, más que nunca, deseaba ofrecer su cuerpo, su virginidad y su juventud al Führer. Ofrecerle un hijo. Pero Hedda Weiss tenía pánico al parto. Siempre lo había tenido, desde que fue consciente de su capacidad reproductora. Le aterraba escuchar a las amigas de su madre hablar de él, y a las clientas de la pastelería. Y a muchas de sus compañeras en la BDM, que ya

habían sido madres. Era una de las pocas cosas que no podía controlar. Y eso le enfurecía, le enfurecía contra ella misma. Era un gesto de debilidad que odiaba. Durante esos años, Hedda había aprendido a odiar y a detestar a la gente débil. Por eso, en ocasiones, había llegado a odiar a su amiga Else. Era consciente que como fuera, tenía que superar ese miedo al parto. Ese sería su reto. En los próximos meses, sería su principal objetivo en esa maternidad.

Interiormente, Hedda intentó recomponerse, pero esa horrible palabra no desaparecía de su cabeza.

«Parteras».

Honore de Mezary adoptó una posición firme delante de las chicas. Al igual que detectara un acento vienés en el doctor Oertl, había detectado un acento extraño en esa bella mujer. Pero en esta ocasión, no conocía la procedencia de ese acento. De hecho, Hedda Weiss no la conocería nunca.

—Bien, señoritas, en los próximos días conocerán al resto del personal de la maternidad, pero supongo que hoy estarán algo cansadas, el viaje desde Baviera ha debido de ser muy largo y fatigoso. Así que no me extenderé mucho en este discurso de bienvenida, a partir de mañana, empezaremos a conocernos en profundidad.

Cuando Honore de Mezary dijo esto, Hedda miró por el rabillo del ojo a la señora Von Exner. El rictus malévolos no había desaparecido de su rostro, al contrario, al escuchar las palabras «conocernos en profundidad», este rictus se había hecho más ostensible.

—Llamamos a este ala del edificio donde nos encontramos «el ala blanca». Hasta su llegada, era la zona de prenatal. Para salvaguardar su anonimato, hemos trasladado a todas las chicas embarazadas al ala de postnatal, junto a las madres y a los niños. Esas puertas de ahí —Honore de Mezary señaló dos puertas de madera blanca, con los picaportes y los pomos dorados que había al pie de la escalera— conducen a ese ala de la maternidad. Ustedes no podrán traspasar nunca esas puertas, ni siquiera asomarse a ellas, bajo ningún concepto, ni por curiosidad. Desde este momento les advierto que Marbach Heim no es un buen lugar para las chicas curiosas.

La *Helferin* hizo un parada en su explicación, como si esperara a que las chicas fueran asimilando las normas que les estaba imponiendo.

—Es inevitable que desde las ventanas del piso superior vean a las otras residentes de la maternidad. Y a los niños. Por eso les recomiendo que se asomen lo menos posible a las ventanas. En ningún momento podrán abrirlas y, por supuesto, tienen prohibida toda comunicación con ellas. En la BDM han aprendido a obedecer órdenes y a respetar la cadena de mando. Espero que no hayan olvidado nada de lo aprendido. Están aquí, entre otras cosas, porque sus expedientes son intachables. No me gustaría que los ensuciaran. Ahora, den media vuelta.

Las chicas obedecieron. Quedaron frente a otra pared, donde había otras dos

puertas con picaportes y pomos dorados.

—Esa es la tercera ala de la maternidad, la conocemos como «el ala roja». Parte de su actividad diaria se desarrollará en ese ala, pero les advierto que solo podrán entrar en ella cuando sean requeridas para hacerlo. Allí está su comedor, las aulas para sus actividades y el dispensario. Junto al dispensario hemos habilitado una sala para partos. Allí también se encuentran la sala bautismal y el área de procreación. Pero esos lugares los verán en su momento. Lo importante es que recuerden, que nunca podrán entrar en esa zona de la maternidad sin mi consentimiento expreso. Nunca.

Honore de Mezary recalcó esa palabra. A pesar de la dulzura de sus rasgos, su voz sonaba dura y severa. Tenía el típico tono de voz de las personas que renuncian a repetir las cosas, la voz de aquellas personas que solo dicen las cosas una vez.

Hedda era curiosa por naturaleza, lo había sido siempre, desde que era muy pequeña. En el poco tiempo que llevaba en la casa, un torbellino de preguntas pululaba ya por su mente. ¿Por qué las habían enclaustrado en ese ala central de maternidad? ¿Por qué no podían ver a las otras residentes, ni a sus hijos? Podía comprender lo del ala blanca, pero ¿por qué llamaban a esa tercera ala de la maternidad «el ala roja»? ¿Qué significaba ese gesto malévolamente instalado en el rostro de la señora Von Exner? Y sobre todo, ¿quién era Honore de Mezary? ¿De dónde procedía ese nombre? ¿Y su acento? ¿Qué significaba ese uniforme que llevaba y que ella no había visto nunca en ninguna otra mujer?

Desde el primer momento en que la vio, había empezado a fantasear con la *Helferin* del uniforme negro. Tenía el presentimiento de que esa mujer escondía en su interior una historia fascinante. A su propósito de intentar vencer el pánico al parto, Hedda se propuso esa noche otra cosa: descubrir todo lo que fuera posible sobre esa mujer. Estaba convencida de que lo conseguiría. Ella conseguía siempre las cosas que se proponía, como había conseguido realizar su gran sueño, provocar de una manera o de otra, que su cuerpo se convirtiera en una ofrenda para el Führer. Solo tenía que esperar. Igual que había esperado a que Else pusiera en su mano esa estampita que decía «Madre e hijo». Hedda esperaba, intentaría ganarse a la *Helferin*, y por supuesto, utilizaría con ella todo su poder de persuasión. Y sabía que era mucho.

La *Helferin* se debió dar cuenta que se había despistado, porque se detuvo ante ella, la miró con esos ojos dulces, que escondían un carácter salvaje, y le preguntó:

—¿Se encuentra usted bien?

—Sí, perdone, señorita De Mezary. Solo estoy un poco cansada.

—Es comprensible, intentaré terminar cuanto antes. Como les decía, mis jóvenes doncellas arias, ustedes representan lo mejor de la buena sangre alemana. En esta maternidad, como en otras maternidades a lo largo y ancho del Reich, estamos desarrollando un nuevo proyecto que ha surgido de la oficina del propio *Reichsführer*

Himmler. Mañana, en una entrevista privada con cada una de ustedes, les explicaré parte de ese proyecto. Eso sí, solo aquello que sea necesario que conozcan. Hasta ahora, las maternidades *Lebensborn* han servido para que muchas chicas, a las que les hubiera sido muy difícil criar y mantener a un hijo solas, hayan encontrado en nosotros refugio y protección. Fieles a nuestra política de obra social, muchas de estas chicas pueden tener aquí a sus hijos, que luego serán dados en adopción a buenas familias nacionalsocialistas, que les ofrecerán un futuro que sin *Lebensborn* nunca hubieran tenido. Pero ahora, además, las cosas han cambiado. Ahora, el sol brilla en el Este.

Honore de Mezary miró a las chicas fijamente. Una a una. Hedda pudo observar que un destello luminoso se había apoderado de los ojos de esa mujer. Las chicas contuvieron el aliento. La *Helferin* cruzó sus manos detrás de la espalda y dijo:

—Ahora, mientras nuestros valerosos soldados marchan sobre Rusia, para la raza aria ha comenzado un nuevo amanecer. Ustedes son las hijas de ese nuevo amanecer. Sus hijos serán los hijos de ese nuevo amanecer. Tengan siempre una cosa clara: la política racial es tan importante como la guerra. Así nos lo ha enseñado nuestro Führer. El futuro y la supervivencia de la raza aria se juega por igual en los campos de batalla, que en estas maternidades. Solo somos instrumentos de una gran cadena, solo somos pequeñas gotas de lluvia que forman parte de una gran tormenta. El Führer dijo que el mañana nos pertenecía. Ustedes y nosotros somos el presente, pero los hijos que llevarán en su vientre, son ese mañana revelado. Esto les debe hacer pensar, jovencitas, en lo sagrado de su misión. Por eso aquí, en la maternidad de Marbach Heim, no solo prestaremos atención a su embarazo y su parto, sino también a su formación. Hasta ahora, en la BDM, les han ofrecido pequeñas pinceladas de lo que realmente son. Aquí, esa verdad única se abrirá en canal ante ustedes. Las que hayan venido solo a concebir y parir un hijo, se han equivocado. Aquí vamos a cultivar algo más. Nuestro objetivo es trabajar su cuerpo, su mente y su alma. Aquí vamos a dotarles de un alma aria. Pero parte de esa formación tendrá como normas fundamentales la disciplina y la severidad. Por eso confío que las pequeñas normas que les he impuesto nunca sean vulneradas. En los próximos días lo irán comprendiendo. Sé que son chicas listas y no tendremos que esforzarnos mucho para que lo entiendan. Cuando nuestro trabajo termine, ustedes serán poseedoras de un legado. Un legado que tendrán que transmitir a sus hijos.

La *Helferin* había dado por terminado su pequeño discurso. Sus facciones y su voz se relajaron. Con un tono tranquilo y gesto sosegado, dijo:

—Ahora, acompañen a la señora Von Exner. Ella les conducirá a su habitación. Procuren descansar esta noche y, si es posible, antes de dormir, piensen en lo que les he dicho. Son chicas especiales. Tendrán hijos especiales. Es muy importante que lo tengan claro desde el primer momento.

—Señoritas, síganme —dijo la señora Von Exner, mientras caminaba hacia las escaleras.

Las cinco chicas, en perfecta formación, la siguieron. Ascendieron por las escaleras. Al llegar al último peldaño, Hedda se giró y miró hacia el *hall*. Allí abajo, todos las miraban. El teniente coronel doctor Oertl, la enfermera jefe Schneider y sus enfermeras, la comadrona jefe Schmund y su equipo de comadronas. Y Honelore de Mezary. Hedda observó que el luminoso brillo de los ojos de la *Helferin* no había desaparecido.

---

\* \* \*

---

Llegaron a un largo pasillo, tan blanco y luminoso como el *hall*, y con el suelo igualmente alfombrado en rojo. En el lado izquierdo del pasillo había más puertas, idénticas a las del vestíbulo, todas ellas con picaportes y pomos dorados. Estaban herméticamente cerradas. En el lado derecho, un gran ventanal. Las chicas lanzaron miradas furtivas a ese ventanal, porque intuyeron que daba al edificio del ala derecha, el ala prohibida para ellas. Ahora, la nieve había empezado a cubrirlo, pero aún así, se podían distinguir perfectamente las ventanas iluminadas de ese ala derecha. Pero allí no había ni rastro de las otras habitantes de la maternidad, ni de sus hijos. Solo el vacío tras las cortinas transparentes de las ventanas.

En la pared del pasillo, entre puerta y puerta, había pequeños cuadritos, todos ellos con imágenes relativas a la maternidad y pequeñas leyendas escritas bajo los grabados.

Al terminar ese pasillo, giraron y entraron en otro. Aquí la distribución era la misma. A la izquierda, más puertas cerradas. A la derecha, más ventanales, que esta vez parecían dar a una especie de gran patio interior. Desde allí, se distinguía la tercera ala del edificio, la llamada «ala roja». A diferencia de la anterior, todas las ventanas estaban oscuras.

Al final del pasillo había una puerta. Por ese sector, ese ala del edificio terminaba allí. Al llegar a la puerta, la señora Von Exner se detuvo y la abrió. Encendió la luz. Esa era la habitación de las chicas. El dormitorio.

Acompañadas de la señora Von Exner, entraron en la habitación.

Era muy grande. Separadas por un pasillo central, había seis camas, en dos filas de tres. Sobre las camas, una prenda blanca perfectamente plegada que parecía un camisón. A los pies de las camas, las pequeñas maletas que habían traído con ellas. Tras las camas, seis taquillas abiertas y ya llenas de ropa. Uniformes. «Uniformes nuevos», pensó Hedda.

En mitad del pasillo central, había una gran estufa de porcelana blanca decorada con motivos de la BDM. Chicas en formación, con estandartes y banderas, paseando y

cantando por los campos y los bosques de Alemania.

Al fondo de la habitación había un gran ventanal que daba hacia la inmensidad del bosque de Marbach. Sobre él, un cuadro, un retrato al óleo del rostro de Adolf Hitler. Hedda sintió una enorme satisfacción al ver el rostro del Führer. Por lo menos él estaría allí, cuidándolas y protegiéndolas.

Tras ellas, la señora Von Exner encendió otra luz y les mostró otro cuarto.

—Este es el baño, señoritas. Por motivos de seguridad, no tiene puerta —dijo la cuidadora. El gesto malévolo con el que las había recibido, se había convertido ahora en un rictus maligno.

Las chicas entraron en el baño. Las cuatro paredes eran de baldosas blancas. Había seis lavabos en línea y, sobre ellos, seis espejos. A un lado, seis grifos de ducha pelados que sobresalían de la pared. Entre ellos no había ni cortina ni separadores. En la pared del fondo, seis puertas cerradas. Seis retretes. En la pared junto a los lavabos, un ventanuco redondo que no se podía abrir. Hedda supuso que debía ser uno de esos dos ventanucos que se veían en la fachada principal de la maternidad.

—Ahora, señoritas, quiero que abran su equipaje y lo extiendan por encima de su cama.

Las chicas caminaron hacia las camas, abrieron sus equipajes y empezaron a colocar sus objetos personales sobre estas. Hedda fue la primera en terminar.

La señora Von Exner se acercó a la cama de Hedda y revolvió detenidamente cada uno de los objetos personales de la chica. Cuando terminó, esbozó una sonrisa en su cara de doberman y le dijo:

—Muy bien, señorita Weiss. Puede dejar sus objetos personales en su taquilla.

La señora Von Exner se dirigió a la cama contigua a la de Hedda. Era la de Else Kruger.

Hedda se dirigió a su taquilla y se dispuso a dejar en ella sus objetos. Miró los nuevos uniformes. Eran exactamente igual a los que llevaban en la BDM, a excepción de la insignia negra de la parte superior de la manga izquierda. Esa insignia tenía forma triangular. En el centro, bordada en hilo de oro, había una runa *Leben*, la runa que simbolizaba la vida. Sobre la runa e igualmente bordada en hilo de oro, una palabra:

Lebensborn.

Y bajo ella, un nombre:

Marbach Heim.

Mientras guardaba sus pertenencias en la taquilla, Hedda observó que, entre

taquilla y taquilla, había pequeños cuadritos como los del pasillo, cuadritos con escenas que representaban la maternidad, y pequeñas leyendas escritas bajo ellos. La señora Von Exner seguía inspeccionando las pertenencias de las chicas, así que ella caminó hacia los cuadritos para poder verlos y leer sus leyendas.

En el primero se veía a una enfermera que levantaba en sus brazos a un niño. La leyenda que lo acompañaba, decía:

*Todo lo que hacemos, lo hacemos por nuestros hijos.*

Esa cita llevaba la firma de Adolf Hitler.

En el segundo se veía a dos mujeres con trajes pastoriles sentadas en un prado, junto a unos árboles. Al fondo, se distinguía la silueta de unas majestuosas cumbres alpinas. Una de las mujeres señalaba con la mano hacia las cumbres. La leyenda decía:

*Como un país cuida de sus madres,  
es como se asegura la eternidad*

Esa leyenda no llevaba firma.

En el tercer cuadrito, una niña izaba en un asta una bandera del Reich con la esvástica negra. A los pies del asta, otras niñas y otros niños celebraban alborozados el izado de la bandera. Hedda leyó la leyenda:

*El Estado debería declarar a los niños  
como su más valioso producto*

Nadie firmaba la cita, sin embargo, había observado que todos esos dibujos estaban firmados por el mismo autor, Willibald Ulbricht, y que habían sido editados en una imprenta de Riechenau.

Cuando avanzaba hacia el cuarto cuadrito, vio a Else que, ensimismada, miraba fijamente uno de esos retratos, uno que estaba cerca de la gran ventana del fondo del dormitorio. Caminó hacia ella.

—¿Qué miras, Else?

Else no le contestó, era como si no hubiera advertido su presencia.

El cuadro que miraba Else representaba a una chica desnuda, que parecía haber salido del interior de una tormenta. Tenía sus manos levantadas hacia el cielo.

—Hedda, ¿verdad que parece una hija de la lluvia?

—Else, aún estás con esas...

—¡Señoritas, formen delante de sus camas! —bramó la voz de la señora Exner.

Hedda y Else corrieron hacia sus respectivas camas y formaron delante de ellas.

La señora Von Exner llevaba una gran cantidad de objetos en su mano. Al ver llegar a Else, se acercó a ella.

—Pelirroja... Me gustan las pelirrojas.

Hedda notó que dos manchas rojas inundaban los pecosos pómulos de su amiga.

—Ojos verdes. Has venido aquí por muy poco, jovencita.

Dicho esto, la *Helferin* con cara de doberman caminó hacia el centro del pasillo y pasando una mirada escrutadora por las cinco chicas, dijo:

—Excepto en las maletas de las señoritas Weiss y Kruger, en el resto he encontrado todo esto que paso a requisar. ¡Potingues para maquillaje! Pero ustedes tres, ¿a dónde se creían que venían, señoritas? ¿A un burdel? En la BDM les habrán enseñado que el rostro de las mujeres arias debe de estar siempre natural, limpio, fresco y saludable. ¡Con estos potingues se pintan las putas! Y ustedes son doncellas arias, no putas.

Hedda habría jurado que cuando la mujer pronunció la palabra «putas», había vuelto a mirar a Else Kruger.

—Ahora, desnúdense, pónganse los camiones y acuéstense. Cuando estén todas en la cama, apagaré la luz. Yo duermo en esa habitación que han visto junto a la puerta de su dormitorio. Y quiero advertirles algo. Mi sueño es muy ligero.

Pronunciada la última palabra, la señora Von Exner dio media vuelta y salió de la habitación.

Las chicas se desnudaron en silencio y se pusieron el camisón. Eran unos feos camiones blancos casi hasta los pies. En el centro del pecho, y bordados en hilo carmesí, llevaban una runa *Leben*.

—Esto parece un hábito de monja —dijo Lene Friedrich.

Hubo un conato de risas. Pero se quedó en eso. En un conato.

Las chicas se acostaron. La señora Von Exner volvió a entrar en la habitación. Se cercioró de que las cinco chicas estuvieran en la cama. Apagó la luz y cerró la puerta.

Hedda Weiss concentró su mirada en el gran ventanal que había frente a su cama. La nieve se arremolinaba en torno a la ventana. Seguía ululando el viento.

—¿Hedda?

—¿Qué quieres, Else?

—¿Qué ha querido decir con eso de que he venido aquí por muy poco? ¿Tú lo has entendido? ¿Era por mi pelo o por mis ojos?

—No lo sé, Else, no lo he entendido. Ahora duerme, mañana hablaremos. Será otro día agotador, seguro.

Else Kruger guardó silencio. Hedda le había dicho la verdad. No había entendido lo que esa horrible mujer le había querido decir a su amiga.

—Hedda, no me gusta esa mujer —dijo Else susurrando—. Ni la otra mujer que



nos ha hablado. Me dan miedo. Y no me gusta este lugar. Es un sitio horrible, Hedda, lleno de gente horrible. Yo no creía que esto era así. Creía que era otra cosa.

—Duerme, Else. Todo se debe a que estamos muy cansadas. Seguro que mañana veremos todo de forma diferente.

Else no volvió a hablar. Hedda siguió mirando en dirección a la ventana, donde continuaba revoloteando la nieve. Recordaba la impresión que le había dado esa casa perdida en mitad del bosque de Marbach, la primera vez que sus ojos se habían posado en ella. Ahora, estaban dentro de la casa.

Ahora, le pertenecían a ella.

Ahora, la casa las había engullido.

---

\* \* \*

---

El agua caía libre sobre su pelo, resbalaba como un torrente salvaje por su espalda y por sus piernas. Tenía una de sus manos apoyada en las blancas baldosas de la pared. Sus ojos estaban cerrados. Le gustaba sentir la sensación del agua acariciando su cuerpo. Ese era uno de sus momentos favoritos del día. Solía estar bajo el agua mucho tiempo. Siempre le gustó.

La voz de Else Kruger la sacó de la ensoñación. Su amiga había asomado su roja cabellera por la puerta del baño y le había gritado:

—Venga, Hedda, date prisa. Ya estamos todas vestidas y tú aún estás en la ducha. La señora Von Exner está al venir...

Else tenía razón. Otra vez le había vuelto a pasar, como le pasaba cada día en su casa de Múnich. Era su primer día en la maternidad. No podía empezar con mal pie.

Unos minutos más tarde, formaba delante de su cama, como el resto de sus compañeras, esperando la llegada de la señora Von Exner.

—Buenos días, señoritas —dijo la *Helferin* cuidadora cuando entró en la habitación.

—Buenos días, señora Von Exner —contestaron las chicas.

La señora Von Exner se acercó a Hedda, la primera de las chicas. Comenzaba así la revisión diaria. La *Helferin* con cara de doberman la revisó a de arriba abajo. Cuando terminó, caminó hacia la segunda chica, Else Kruger. A esta le arregló el nudo de su pañuelo.

—¿Llevaba así el nudo en la BDM de Múnich, señorita Kruger?

—Sí, señora Von Exner, yo siempre...

—Pues en la BDM de Múnich no tienen ni idea de hacer el nudo a un pañuelo.

La revisión de las otras tres chicas transcurrió sin incidentes. Hedda empezó a preocuparse por un asunto: la *Helferin* del rostro malévolo y cuerpo masculino parecía haberla tomado con su amiga Else. Y Hedda sabía que Else era una chica muy

débil.

Terminada la revisión, la señora Von Exner se dirigió al centro de la habitación. Se cuadró en dirección al retrato con el rostro del Führer y levantó su brazo en señal de saludo. De su boca, brotó una canción:

*¡Alzad altas las banderas!  
Formad filas todos juntos, tropas de asalto,  
Avanzad con paso firme y seguro...*

Las chicas se giraron hacia el retrato del Führer, se cuadraron e hicieron el saludo hitleriano. Bajo el retrato, a través del gran ventanal de su habitación, pudieron ver que la ventisca de la noche anterior no había remitido. En aquel remoto bosque de Prusia Oriental continuaba nevando. En la habitación, las voces de las chicas se habían unido a la voz de la señora Von Exner:

*... Camaradas, aniquilado el frente rojo y su reacción...*

Era la canción de Horst Wessel, el himno del partido. Un ritual que repetirían mañana tras mañana, durante todos y cada uno de los días que pasaran en esa maternidad.

---

\* \* \*

---

En el *hall* de la maternidad las esperaban Honelore de Mezary, el teniente coronel ss doctor Hans Oertl, la jefa de enfermeras señorita Schneider, la comadrona jefe señora Schmund y un fotógrafo, que más tarde Hedda descubriría que se llamaba Albrecht. Las chicas descendieron por las escaleras acompañadas por la señora Von Exner.

—Señoritas, haremos ahora la fotografía oficial de su llegada a la maternidad —dijo Honelore de Mezary esbozando una amplia sonrisa.

Todos caminaron hacia el fondo del recibidor, donde se encontraban las banderas entrelazadas del Reich y las ss, y el retrato del Führer, a modo de telón. La señora Von Exner, la enfermera Schneider, la comadrona Schmund y el teniente coronel doctor Hans Oertl se colocaron en segunda fila. En primera fila, Lene Friedrich, Anna Ritter, Else Kruger, la señorita De Mezary, Hildegard Meier y Hedda Weiss. Antes de hacer la fotografía, Honelore de Mezary, dijo:

—Señorita Weiss, por favor, venga aquí, póngase a mi lado.

Hedda, un poco desconcertada, salió de la fila y, ocupando el lugar en el que se encontraba Hildegard Meier, se colocó al lado de la *Helferin* del uniforme negro. Esta

le sonrió y pasó el brazo por su hombro.

—Bien, Albrecht, ya puedes hacer la fotografía. Ustedes sonrían, señoritas —dijo Honelore de Mezary.

Un destello.

---

\* \* \*

---

Acompañadas por las dos *Helferin*, las chicas subieron otra vez las escaleras que conducían a la planta superior. Cuando llegaron a la primera puerta del largo pasillo, Honelore de Mezary se detuvo en seco y dijo:

—Este es mi despacho, que también utilizamos como sala de reuniones. Ahora mantendremos esa pequeña charla que les anuncié anoche. La señorita Lene Friedrich puede pasar conmigo. Las demás esperen aquí, con la señora Von Exner.

Frente a la puerta, bajo uno de los ventanales que daban al ala «prohibida» de la maternidad, habían dispuesto cinco bonitas sillas de madera dorada con florituras y un tapizado rojo que hacía juego con el suelo alfombrado. La señorita De Mezary y Lene Friedrich entraron en el despacho. La puerta se cerró.

El resto de las chicas y la señora Von Exner se sentaron en las sillas.

Con la *Helferin* con cara de doberman delante, ninguna osó en girar su cabeza y mirar por ese ventanal.

Estuvieron allí en total silencio, casi toda la mañana, mientras una a una, las chicas mantenían esa charla con su instructora jefe.

Hedda Weiss fue la última en entrar en el despacho.

---

\* \* \*

---

Cada vez que la puerta se abría, y la chica que salía llamaba a una de las que estaban sentadas, Hedda había advertido un rictus de preocupación instalado en el rostro de cada una de ellas. Bueno, ese rictus estaba en el rostro de Lene, porque el de Hildegard y el de Else eran de puro terror. Ahora esperaba ansiosa la salida de Anna, la última de las chicas que había entrado. Esperaba ansiosa para poder ver la expresión del rostro de la chica de Ulm y para ser ella la que se enfrentara a lo que, fuera lo que fuera, sucedía en el interior de ese despacho.

Else, particularmente, parecía muy nerviosa. Tal como era su costumbre, no dejaba de mover su pierna izquierda. La señora Von Exner se había dado cuenta, así que, en un momento dado, dijo:

—¿Le sucede algo, señorita Kruger?

—Sí, señora Von Exner. ¿Puedo ir al baño?

—¿Qué pasa, señorita? ¿Acaso no sabe usted contener su esfínter?

Else no dijo nada, se limitó a bajar la cabeza y mirar al suelo.

—Está bien, vaya usted al baño. No me gustaría que ensuciase esta bonita alfombra.

—Gracias, señora Von Exner.

Else se levantó y caminó por el pasillo en busca de la habitación de las chicas.

—No me dé las gracias, señorita —Else se detuvo en seco—. Si usted no sabe controlar su esfínter, aquí lo aprenderá. Eso, como que me llamo Gertrude von Exner.

Hacía rato que Hedda se orinaba, pero ella no dijo nada. Ella podía controlar cualquier cosa, todo lo que fuera necesario. Esas chicas podían estar preocupadas o aterrorizadas, pero Hedda, no. Hedda sabía muy bien por qué había acudido a esa maternidad. Se lo recordaba cada retrato del Führer que veía. Sabía que esa creencia le daría fuerza para superar cualquier cosa, cualquier situación, cualquier reto. Cualquiera. El que fuera.

La puerta se abrió. Anna Ritter salió del despacho. En su rostro tenía dibujada la misma expresión que Lene Friedrich. Ese mismo rictus de preocupación.

—Hedda, la señorita De Mezary dice que pases.

Hedda se levantó. Con el cuerpo muy recto y la cabeza erguida, caminó hacia la puerta. Antes de cerrarla, escuchó cómo la señora Von Exner decía:

—¿Han visto cómo camina esa chica? Así deberían caminar ustedes. En concreto usted, señorita Meier. Siempre que camina parece que va inclinada.

---

\* \* \*

---

Sentada en el despacho de Honelore de Mezary. Mientras la *Helferin* analizaba con detenimiento los exámenes a los que Hedda se había sometido en la Oficina de la Raza de Múnich, esta paseaba su mirada por el despacho. En el centro de la estancia, había una gran mesa de reuniones de madera de roble negro, con seis sillas a su alrededor. Ella estaba sentada en una de esas sillas, justo enfrente de Honelore de Mezary. Sobre ellas, una gran lámpara de araña, idéntica a las que había en el *hall*. Colgadas de las paredes del despacho había más lámparas de pantalla. Por un motivo que desconocía, la gran lámpara de araña estaba apagada, con lo que la habitación se iluminaba solo con la tenue luz de las lámparas de pantalla. En la pared del fondo del despacho, una puerta acristalada por la que se accedía a un balcón. Ese debía ser el balcón que las chicas vieron sobre la arcada de entrada a la maternidad. La nieve, que no paraba de caer, se estrellaba contra los cristales de la puerta.

En la pared, tras la *Helferin*, había tres cuadros. En el centro, el más grande de los tres, el del Führer. A los lados como escoltándolo, el retrato del *Reichsführer* Himmler y el de un tercer jerarca del partido o del Estado, que Hedda no reconoció. Sobre la mesa había otros dos portarretratos. En uno de ellos se veía el rostro de

Gertrude Scholtz-Klinik, líder de la Liga de Mujeres Nacionalsocialistas. El retrato estaba firmado y contenía una dedicatoria que desde su posición no podía leer. Enfrente de este había otro portarretrato que contenía la fotografía de un hombre, con uniforme de las ss, posando muy sonriente junto a la señorita De Mezary. Tampoco reconoció ese rostro, pero sí pudo distinguir la firma: *ss Oberführer* doctor Gregor Ebner.

Los ojos clínicos de Hedda se posaron en la *Helperin*. Esta levantó la vista de las carpetas que contenían los informes raciales y la miró. Las miradas de las dos mujeres chocaron. Honelore de Mezary volvió a los informes. Hedda desvió su mirada hacia las dos condecoraciones que la mujer lucía sobre el bolsillo izquierdo de su guerrera negra, y que ya habían levantado su interés la noche anterior. Una de ellas era una condecoración circular. En mitad de un disco blanco aparecía, en negro, una runa *Leben*, símbolo de la vida. Sobre la runa, en color plateado, las dos runas *Sieg* de las ss. A cada lado del disco blanco, e igualmente plateadas, dos letras H escritas en alemán antiguo. Sintió un ligero estremecimiento. Empezaba a ser consciente de algunas cosas, cosas inquietantes sobre esa mujer. Ella creía saber lo que significaban esas dos H. Eran las iniciales de Heinrich Himmler. El disco blanco estaba rodeado por otro de color rojo. En él estaba escrita la siguiente leyenda:

*La buena sangre de cada madre es lo más sagrado para nosotros.*

La otra condecoración era una cruz de hierro de color negro, que en su centro, tenía un nido de rayos solares del que nacía un disco blanco con la cruz gamada negra. La palabra, en letra dorada, que decoraba el disco blanco que contenía el símbolo nazi, decía: *Mutterkreuz*. Cruz de la Madre. Hedda Weiss lo desconocía, pero esa distinción la llevaban muy pocas mujeres a lo largo y ancho de todo el Reich.

La *Helperin* apartó los informes de Hedda a un lado y se dirigió a esta:

—Bueno, señorita Weiss, magníficos sus expedientes en la BDM, excepcionales sus exámenes raciales. Parece que es usted la mejor de mis chicas. Pero tengo algunas preguntas que hacerle.

—Gracias, señorita De Mezary. Pregúnteme lo que quiera.

—De las cinco chicas que han acudido a esta maternidad, usted es la única que se ha presentado de forma voluntaria. Sé que vive con sus padres en Múnich, su padre regenta una pastelería en la que usted trabaja. Nuestros informes nos dicen que son personas intachables. ¿Por qué ha dado este paso?

—Quiero ofrecerle un hijo al Reich.

—Hace unos días hablé con la enlace de la BDM en la Oficina Central de la Raza y Asentamientos de Múnich, la señorita Heide Braun. Me explicó que le formuló esta misma pregunta y su respuesta fue exactamente la misma. ¿Huye usted de algo,

señorita Weiss? ¿Busca usted algo?

—No, no huyo de nada. Tampoco busco nada. Solo quiero ofrecerle un hijo al Reich. Pensé que en este momento, era la mejor forma de demostrar mi lealtad al Führer y mi compromiso con el nacionalsocialismo. Solo eso.

Honore de Mezary la miraba con ojos fascinados. La *Helferin* no había dejado de darle vueltas a un anillo que llevaba en el dedo corazón de su mano izquierda. Era un anillo de oro de forma circular. En el centro del anillo, sobre un cristal negro, había una runa *Leben* que también parecía de oro. Hedda pensó que en aquel lugar la runa de la vida era omnipresente.

—En este momento, la mejor sangre alemana se derrama en los campos de batalla de Rusia. Es cierto que toda la buena sangre alemana que nos sea ofrecida es un regalo para nosotros. Usted es un regalo para nosotros, señorita Weiss. Como le expliqué la otra noche, la guerra biológica por el mantenimiento de nuestra sangre es tan importante como la lucha en los frentes de batalla. Nuestros valerosos soldados están intentando ganar una guerra, nosotros, otra. Como todavía no hemos conseguido por medio científico llegar hasta el alma de nuestro noble pueblo, tenemos que intuir que su materia física alberga esa alma aria. Desde luego, su esencia aria es indudable, señorita Weiss, pero no nos gustaría equivocarnos con su alma. Comprenderá usted el porqué de nuestra preocupación.

—Lo comprendo, señorita De Mezary. No tengo nada que ocultar. Solo quiero contribuir entregando mi cuerpo para engendrar un niño para el Reich.

—Un niño que nunca será suyo.

—Lo sé. No me importa.

—Ese hijo pertenecerá al Estado nacionalsocialista, desde el primer segundo de su existencia. Usted solo será un cuerpo portador. ¿Lo entiende?

—Sí. No me importa.

—Señorita Weiss, una de nuestras premisas en este proyecto *Lebensborn* consiste en que usted no establezca ningún lazo afectivo con su hijo. Usted estará con su hijo durante su lactancia, e incluso puede que más tiempo, pero nunca podrá considerar a ese niño como nada suyo. ¿Está preparada para eso?

—Sí. No me costará nada conseguirlo.

—Tenemos experiencias negativas con algunas chicas...

—No será mi caso.

—Señorita Weiss, ¿tiene usted miedo al parto?

Hedda Weiss titubeó. Sus ojos analíticos miraron desconcertados a todos los sitios. Sentía que empezaba a sudar. Las ganas de orinar se acrecentaron.

—Como lo sabe... yo...

—No lo sabía. Ahora lo sé.

Honore de Mezary sonrió. Se recostó en su silla.

—Eso no será ningún problema, señorita Weiss. Tenemos medios para solucionar ese problema, medios naturales, claro. Señorita Weiss, ¿leyó usted la declaración jurada que firmó en Múnich?

—No.

—¿Por qué?

—No lo consideré necesario.

—Pues lo era. ¿Sabe usted el tipo de proyecto al que se va a someter aquí?

—No. Esperaba que ustedes me lo explicaran.

—Y se lo explicaremos, en su momento. Según los exámenes ginecológicos, es usted virgen. ¿Ha tenido alguna relación sexual con hombres, aunque no haya habido penetración?

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Por qué?

—No lo sé. Nunca he sentido interés. He tenido oportunidades, claro, en la BDM...

—¿Nunca la ha tocado ningún hombre?

—No.

—Y usted... ¿se ha tocado alguna vez?

—Sí.

—¿Cuándo?

Hedda Weiss irguió su rostro. Tenía la boca seca. Pero las ideas muy claras.

—Todos los días.

—¿Dónde?

—En la ducha. En mi casa.

—¿Hoy también lo ha hecho?

—Sí.

—Y cuando lo hace, ¿en quién piensa?

—No lo sé... en nada. Me dejo llevar. Dejo que el agua caiga por mi cuerpo y yo...

—¿Le excita la sensación del agua cayendo por su cuerpo?

—Sí.

—¿Desde hace cuánto?

—Desde hace un tiempo.

Hedda levantó ligeramente la vista hacia el retrato del Führer.

Un destello brilló en las retinas de Honelore de Mezary.

—¿Piensa en el Führer?

—No, yo no podría...

—Pues muchas chicas lo hacen. Y muchas mujeres en toda Alemania. Se lo

aseguro.

Otra misteriosa sonrisa en el rostro de esa misteriosa mujer. Hedda guardó silencio. En ese momento le hubiera gustado poder quitarse el pañuelo anudado a su cuello. Estaba sintiendo una desagradable sensación de ahogo. Una inusual sensación de angustia.

—Señorita Weiss, ¿ha tenido usted relaciones sexuales con mujeres?

—No, nunca...

—¿Ni en las acampadas?

—No, nunca...

—¿Ni con su amiga Else Kruger?

—Nunca, señorita...

—¿Piensa usted en mujeres cuando está en la ducha? ¿Ha pensado alguna vez que mantenía relaciones sexuales con su amiga Else Kruger?

—No.

—¿Tiene miedo a mantener relaciones sexuales cuando llegue la procreación?

—No. No me importa.

—No debe temer ese momento. Para su información le diré que en la sala de procreación, frente a la cama, hay un retrato del Führer. Sé que para usted eso será importante.

Honelore de Mezary se levantó. Apoyó sus manos en la mesa en la que había estado sentada.

—¿Tiene interés en saber quién será el hombre que la fecunde?

—Sí.

—La buena sangre aria solo se puede mezclar con la buena sangre aria. Este precepto forma parte de nuestro programa de regeneración racial. Ustedes son la avanzadilla de ese gran proyecto de reconstrucción del elemento nórdico dentro de nuestra raza aria. Las personas que las fecundarán son oficiales de alto rango de las SS, elegidos personalmente por la oficina del *Reichsführer* Himmler. Los denominamos *Zeugungshelfer*.

«Agentes de procreación». La palabra estalló dentro de la cabeza de Hedda como una de esas bombas que caían sobre las ciudades de Alemania.

—A ellos y a su contribución económica debemos en buena medida la subsistencia de las maternidades *Lebensborn* en estos tiempos de sacrificios para la patria. Algunos de ellos será la primera vez que acudan a estas maternidades, otros ya lo habrán hecho con anterioridad. Pero de todo eso hablaremos en su momento.

—Cuando llegue ese momento estaré preparada.

—Eso espero. Verá, señorita Weiss, nuestro querido *Reichsführer* ha querido coger personalmente las riendas de una parte del funcionamiento de nuestro proyecto *Lebensborn*, una parte que va más allá de lo que habitualmente hacemos en estas



maternidades. Nuestro *Reichsführer* está altamente interesado en su caso concreto, el caso de las doncellas arias. *Lebensborn* puede pasar a convertirse en la punta de lanza de nuestro sagrado proyecto de construcción y regeneración racial necesaria en los territorios del Reich. La nación que dirigirá en el futuro los destinos de Europa debe estar a su vez dirigida por los portadores de la sangre más pura que exista. Usted sabe muy bien que nuestro Führer concibió su concepto del mundo sobre la inmutable existencia de la esencia de la raza aria. La esencia, señorita Weiss. La esencia.

Como la noche anterior, ese brillo luminoso había vuelto a invadir los ojos de Honelore de Mezary.

—La sangre que fluirá en la procreación, la sangre de esos hombres y su propia sangre, señorita, es el bien máspreciado de nuestro Reich. El tesoro más valioso de nuestro futuro. Por eso, *Lebensborn* ha iniciado este nuevo proyecto, con la inestimable ayuda de las buenas familias alemanas que nos mandan a lo mejor de nuestra juventud, y de la BDM, que nos manda a las voluntarias como usted. Este proyecto no es exclusivo de Marbach Heim. En la actualidad, se lleva ya a la práctica en las maternidades que tenemos diseminadas por toda Alemania y en las que están ya funcionando o en proyecto, en otras partes de Europa. No sé si lo sabrá, pero ya tenemos casas en el Moselland, en Holanda, en Bélgica y en Francia. Ahora mismo estamos abriendo nuevas maternidades en Noruega, como ya les explicaré en su momento, la sangre escandinava es especialmente valiosa para nosotros. El objetivo de este proyecto es formar líderes. La obsesión de nuestro *Reichsführer* es, que en un futuro, solo la sangre incontaminada tenga acceso al liderazgo de la nación. De esta manera, las ss iniciaron años atrás la construcción de escuelas especiales, a las que llamamos Napolas. Allí se enviaron a niños especiales, niños superdotados, provistos desde su más tierna infancia de dotes de liderazgo y de ausencia de elementos tan vulgares y dañinos como la compasión o la piedad. Pero no todos ellos provenían de familias con auténtica alma aria, así que... eso no sucederá con sus hijos. Nosotros les dotaremos a ustedes de alma, ustedes, se la dotarán a ellos. Luego ustedes desaparecerán, y ellos ingresarán en esas escuelas donde serán preparados por manos expertas para dirigir nuestro glorioso Reich.

Honelore de Mezary volvió a tomar asiento.

—Vamos a trabajar su cuerpo para que se fortalezca como el del mejor de los soldados. Trabajaremos sobre su cabeza, sobre su mente. Ampliaremos sus conocimientos hasta el límite. Y les dotaremos de un alma. Nuestra esperanza es que la llama ya brille en esa alma, que esa alma no esté tan vacía como su mirada. Llevo años enfrentándome a miradas vacías de chicas como ustedes...

Honelore de Mezary alargó su mano y tocó el mentón de Hedda. Sus rostros quedaron muy cerca. La *Helferin* la miraba como si con sus ojos quisiera entrar dentro de ella, explorar su interior. Una delicada fragancia de lirios emanaba del

cuerpo de la mujer.

—Señorita Weiss, no quiero volver a ver ese vacío en sus ojos. Quiero ver brillo. Un brillo luminoso. Recuerde siempre a lo que ha venido aquí, lo que le ha traído hasta nosotros. Ofrendarle un hijo al Führer. Eso ayudará a que la luz inunde esos ojos únicos.

Hedda se quedó paralizada. Por primera vez no supo qué contestar. Esa mujer había entrado dentro de ella. ¿Cómo sabía todo eso? ¿Cómo era posible?

—Durante el embarazo estaremos con ustedes en todo momento. Cuando sus hijos nazcan, los examinaremos concienzudamente. Si detectamos en ellos cualquier anomalía física, anatómica o psíquica, serán eliminados. Pero no se preocupe, sus cuerpos podrán ser reutilizados, podrán intentar de nuevo tener un hijo conforme a los patrones raciales exigidos. En la lactancia contarán con el apoyo de las comadronas y las enfermeras. Y educarán los primeros años de vida a sus hijos bajo los cánones del alma aria. En el momento indicado, serán separadas de ellos. Volverán a su vida normal. Nosotros velaremos por ellos a partir de ese momento. Nadie sabrá nada de lo que suceda en esta maternidad. Eso sí, antes de acabar le comunicaré que su formación será dura. Muy dura. Contemplamos cualquier opción para que no se desvíen del camino marcado. Y ustedes la acatarán o se someterán a las normas internas de las ss. Como le he dicho antes, no podrán crear con sus hijos ningún tipo de vínculo, pero tampoco dañarlos. Esos niños son del Estado nacionalsocialista y, si les hicieran el menor daño, caería sobre ustedes todo el peso de la justicia del Estado. La pena más alta. ¿Lo ha entendido?

—Sí, perfectamente. Estoy dispuesta a hacer todo como se me ordene.

—Eso espero. Ahora puede retirarse.

Hedda se levantó, se cuadró, dio un taconazo e hizo el saludo reglamentario. La *Helferin* no le correspondió. Hedda dio media vuelta y se dispuso a salir.

—Una cosa más, señorita Weiss...

—Sí, dígame...

—Es usted la mejor de mis chicas. Confío en que se convierta en su líder. En cierta manera, me recuerda a mí. Yo también me presenté voluntaria, en un pueblecito de su Baviera natal, Steinhöring, maternidad de Heim Hochland. Fue en el año 1935. Yo también fui una doncella aria, y ahora, ocupo este cargo en esta maternidad. He puesto muchas esperanzas en usted. Quizás, quién sabe, acabe ocupando un puesto como el mío en alguna de esas maternidades que se están abriendo en Noruega. No me falle.

—No lo haré, señorita De Mezary.

—Dígale a la señora Von Exner que las lleve a su habitación. Yo iré enseguida. Tienen visita con el doctor Oertl.

---

\* \* \*

---

Cuando llegaron a la habitación, pidió permiso para poder ir al baño. Desde que había salido del despacho de Honelore de Mezary tenía la sensación de que le faltaba el aliento. Else le había preguntado qué le pasaba, se preocupó porque la veía muy pálida.

—Nada Else, algo me ha sentado mal.

Entró en el baño, en uno de los retretes. Se apoyó en la puerta, no podía respirar. Se quitó el pañuelo negro. Respiró mejor.

Levantó la tapa del retrete.

Vomitó.

---

\* \* \*

---

Para Hedda, la visita al ala roja significó un pequeño fiasco. Desde la noche anterior, había fantaseado con esa zona de la maternidad. Quizás, fuera el término «roja» lo que le inquietaba, pero desde el momento en que Honelore de Mezary pronunció esas dos palabras, ala roja, su imaginación se había disparado. Ahora, sin embargo, se encontraba caminando por esa zona, que no distaba nada del resto de la maternidad: un largo pasillo blanco, con el suelo alfombrado en rojo, puertas blancas, con picaportes y pomos dorados, a mano derecha y el gran ventanal a mano izquierda, desde el que solo se veían la inmensidad del bosque de Marbach, ahora cubierto de nieve, y el patio interior que compartía con el ala blanca. Al final del segundo pasillo, la pequeña comitiva se detuvo.

—Bueno, señoritas, tras esta puerta está el dispensario. Ahora el teniente coronel doctor Oertl les hará un completo reconocimiento médico. Yo estaré presente en el reconocimiento. La señorita Weiss puede entrar conmigo. Las demás esperen aquí con la señora Von Exner. Yo les iré indicando cuándo tienen que pasar —dijo Honelore de Mezary.

La *Helferin* y Hedda entraron al dispensario. Por lo menos, esta vez sería la primera.

El dispensario no era una estancia tan grande como Hedda esperaba. Las cuatro paredes estaban cubiertas de baldosas azules, en la parte baja, y blancas en la parte alta. A la izquierda había cinco camas protegidas por otros tantos separadores de pantalla blancos. Junto a la puerta, dos lavabos con sendos espejos sobre ellos. A la derecha, dos grandes armarios acristalados. Uno de ellos estaba lleno de medicamentos, el otro, de instrumental médico. En el centro, una camilla con sus correspondientes complementos médicos. Frente a la puerta, y delante de una ventana donde no paraba de estrellarse la nieve, una mesa de consulta y dos sillas blancas.

Tras la mesa estaba el doctor Oertl, esta vez equipado con su bata médica, que la recibió con una amplia sonrisa.

—Hedda Weiss. Aquí tenemos a la quintaesencia de la hembra aria, señoritas — dijo el médico de las ss.

Escoltando al doctor, de pie tras él, había dos enfermeras jóvenes, con una estúpida sonrisa instalada en sus bocas. En una de las sillas delante de la mesa de consulta, la enfermera jefe Schneider. Su presencia la tranquilizó.

Hedda se percató de que todo el material de ese dispensario parecía demasiado nuevo, daba la impresión que esa estancia había sido habilitada solo para ellas. Posiblemente el dispensario central de la maternidad estuviese en la otra ala del edificio, esa ala que las chicas habían empezado a llamar «el ala prohibida». Allí donde se encontraban las madres y los niños, allí donde se encontraba todo el personal al que se le había prohibido tener contacto con ellas.

—Ahora procederemos a realizarle una revisión médica completa, señorita Weiss. Vaya a una de esas camas, tras la pantalla separadora. Y si hace el favor, desnúdese.

«Desnúdese». Hedda empezaba a odiar esa palabra. Empezaba a odiarla con toda la fuerza de su alma.

## V

### EN EL ALA BLANCA

El comedor de la maternidad también se encontraba en esa zona a la que llamaban «el ala roja». Sin embargo, Hedda descubrió que se trataba de una estancia mucho más triste y fría que el resto de la maternidad. Era un salón grande, allí había unas veinte mesas circulares, con cinco sillas en cada una. En el centro de la mesa, sobre el mantel de color blanco luminoso, un pequeño jarrón que contenía un ramito de flores naturales. Desde su llegada a Marbach Heim, le había sorprendido la gran cantidad de flores frescas que se podían ver en los pasillos y en el *hall*. Más adelante descubriría que en el terreno de Marbach Heim había un invernadero, y que de su cuidado se encargaban las otras residentes de la maternidad. Sin embargo, para sorpresa, en aquel comedor no había cuadros con motivos de madres y niños, ni retratos del Führer, ni consignas del partido. Allí solo había cuatro paredes grises, una de ellas ocupada por tres grandes ventanales con vistas al frondoso bosque de Marbach. En el techo, tres grandes lámparas de araña iguales a las del vestíbulo. En las otras tres paredes, pequeñas lámparas de pantalla. Eso sí, el comedor estaba presidido por una gran figura de bronce que representaba a una madre con sus hijos. La madre estaba desnuda y llevaba a un niño en sus brazos, mientras otra niña se aferraba a su cintura. Al pie de la estatua, una inscripción decía:

*La buena sangre, la primavera eterna.*

Desde el primer día, las chicas decidieron sentarse en la mesa del comedor más cercana a la estatua y a una estufa de porcelana decorada con motivos de runas y esvásticas. Allí esperaban en silencio a que les sirvieran la comida. La férrea disciplina que les habían impuesto en la maternidad de Marbach Heim estaba empezando a hacer mella en las chicas del ala blanca.

En la cocina contigua al comedor trabajaban tres cocineras, más dos camareras para servirles. Las chicas pronto harían amistad con una de las camareras, una chica más o menos de su edad que se llamaba Ursula. Ursula les dijo que era de la cercana Königsberg. Según les contó, durante el invierno todas ellas residían en la maternidad, mientras que en la primavera y el verano viajaban todos los días en un camión militar de las ss con su madre y su tía, que eran dos de las cocineras. Fue Ursula la que les informó, que después de ellas, acudían al comedor las otras residentes de la maternidad, las residentes del «ala prohibida», unas cien mujeres con sus hijos y sus hijas. La chica les dijo que para esa comida y para la cena reforzaban la cocina y el servicio con cinco mujeres más, que acudían todos los días desde

Braunsberg. También les dijo que la señorita De Mezary había establecido personalmente los horarios de las comidas, para que las residentes del «ala prohibida» y ellas no coincidieran en ningún momento. Así, cuando las otras residentes llegaban a comer, ellas estaban ya en el aula de estudio donde les impartían la clase de sangre y raza.

Hedda tenía la vista clavada en su plato de porcelana, más concretamente en el dibujo que lo decoraba: los rayos de un sol que alumbraban a una serie de niñas y niños que dormían en una especie de vainas. Era un dibujo misterioso, y a ella, le habían gustado siempre las cosas misteriosas. Alrededor del dibujo, escrito en alemán antiguo, se podía leer:

Lebensborn. Marbach Heim.

—¿Qué te pasa, Hedda? Desde que has salido de la charla con la señorita De Mezary estás muy seria.

—Nada, Else. Pienso. Cosas mías.

—A mí me ha parecido un interrogatorio horroroso, esa mujer me ha preguntado... —decía Hildegard Meier, casi susurrando.

—Cállate, Hildegard. Ha preguntado lo que tenía que preguntar —interrumpió Hedda de manera cortante.

—A lo mejor a todas no nos han preguntado lo mismo —dijo Lene mirando a Hedda de manera inquisitiva.

—A mí me ha preguntado, sobre todo, cosas sobre mi padre. Lo que me sorprende es que no haya referido nada sobre el tiempo que vamos a estar aquí, ni lo que vamos a hacer una vez que...

—¿No te ha dicho el tiempo que vamos a estar aquí? ¿No te ha explicado...? —preguntó Hedda sorprendida.

—No...

—¿Y a ti, Hedda? ¿Qué te ha explicado a ti la señorita De Mezary? —ahora, los ojos de Lene Friedrich despedían un brillo malicioso.

—No, a mí tampoco me ha dicho nada de todo eso —contestó Hedda, y concentró otra vez su mirada en el misterioso dibujo del plato.

Lene Friedrich y Anna Ritter se miraron.

Hedda empezaba a comprender algunas cosas. Tenía que tener cuidado, mucho cuidado. Por algún motivo que ella desconocía, la *Helferin* había decidido establecer entre ellas un vínculo, posiblemente, le hubiera referido detalles sobre el proyecto en el que habían entrado, que no había confiado al resto de las chicas. Tendría que caminar con pies de plomo, principalmente con Lene y Anna. Y por supuesto, marcar su territorio.

Hedda levantó la mirada del plato y fijó sus ojos en Lene y en Anna.

—Vosotras, ¿por qué os habéis mirado?

La pregunta y la frialdad en la voz de Hedda cogió a las otras cuatro chicas por sorpresa.

—Nosotras... —balbuceó Anna.

—Nosotras tenemos esa costumbre —respondió Lene, con voz firme.

—¿Es que acaso no creéis en mi palabra? —Hedda lanzó una mirada colérica sobre las dos chicas y dijo, remarcando mucho sus palabras:

—Si yo digo que no me ha explicado nada, es que no me ha explicado nada.

—Yo creo que... —intentó decir Else.

—¡Cállate, Else! Tú has empezado todo esto con tus preguntas estúpidas. Últimamente solo dices tonterías —le espetó Hedda.

En torno a la mesa se hizo un tenso silencio. Ahora fue Else la que bajó la vista y la clavó en el plato.

Ursula y otra camarera entraron en el comedor, arrastrando un pequeño carrito de servicio con una gran sopera de porcelana.

—Mirad, ya viene la comida —dijo Hildegard con su habitual tono estúpido y acompañando la frase con un no menos estúpido movimiento de cabeza.

---

\* \* \*

---

La clase diaria sobre sangre y raza se impartía en un aula de la planta baja del «ala roja», un aula a la que llamaban «sala de estudio». La sala contaba con unos veinte pupitres, una tarima y, sobre ella, una pequeña pizarra giratoria y una mesa para la señorita De Mezary. Sobre la pizarra, un retrato del Führer rodeado de una corona floral. Había dos grandes ventanales con vistas a la inmensidad arbolada del bosque de Marbach. Los cuadros que decoraban la estancia mezclaban consignas *Lebensborn* con retratos de jóvenes arias de rasgos perfectos. En la pared del fondo del aula, un mural representaba a niños pequeños con sus uniformes del *Jungvolk* y niñas con los de las *Jungmädel*, las ramas infantiles de las Juventudes Hitlerianas. Todos ellos se veían sonrientes, insultantemente felices. Sobre el mural, una leyenda:

*Los niños son el futuro del Reich.*

Nada más entrar en el aula, Else le había comentado a Hedda:

—Qué bonito es ese mural de los niños...

—Es un mural estúpido, Else. Los niños son estúpidos. Todos.

—Pero Hedda, yo creía que a ti los niños...

Hedda estaba empezando a poner en práctica su metamorfosis calculada. No sabía

lo que la *Helferin* del uniforme negro les había dicho a esas otras chicas, pero sí lo que le había dicho a ella. Cada una de las palabras de Honelore de Mezary habían quedado grabadas a fuego en su mente. La mujer le había dicho que tendría que ser la líder de ese grupo, y ella lo sería, costara lo que le costara, fuera cual fuera el precio a pagar. Incluso si ese precio consistía en destruir la amistad que la unía a Else. Había empezado a elaborar un plan. Aprovecharía el ascendente que tenía sobre Else para subyugarla. Después, lo haría con las otras tres chicas. Hildegard sería fácil, pero Lene y Anna... Hedda pensaba que lo conseguiría, ella solía conseguir cualquier cosa que se propusiera. Y ahí entraba también el asunto de los niños. Hedda no podría desarrollar ningún vínculo afectivo con su futuro hijo, y así lo haría. Pero le gustaban los niños, siempre le habían gustado. Ahora había decidido que había llegado el momento de odiarlos, de aborrecerlos. Empezaría por odiar y aborrecer a todos los niños, para así luego, poder hacerlo con el suyo. Creía que de esa manera todo sería más sencillo, menos traumático. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, la que fuera, para poder cumplir su sueño: ofrendar un hijo al Führer.

En ocasiones las consignas que leía en los pequeños cuadritos que decoraban las paredes de la maternidad le ayudaban a perseverar en esos fines marcados. Por ejemplo, ahora, mientras esperaban a que la instructora jefe entrara en el aula, leía una y otra vez la consigna que presidía uno de esos pequeños cuadritos, el que estaba más cerca de su pupitre. Se encontraba entre dos retratos de esas bellas mujeres arias, representaba a un árbol, un viejo y robusto roble, y decía así:

*Un pueblo precisa tener un sentimiento, una causa.  
Esa es la religión de nuestro tiempo*

Hedda pensaba que era muy acertado, ella también tenía una causa, un sentimiento...

Honelore de Mezary entró en el aula, caminó con paso seguro, casi militar, por el pasillo central, entre las dos filas de pupitres. Una suave y delicada fragancia a lirios invadió la sala de lectura.

La *Helferin* subió a la tarima y miró a las chicas. El brillo luminoso emanaba de sus ojos. Miró a Hedda, un poco más detenidamente que a las demás. Sin apartar la vista de ella, dijo:

—Muy bien, señoritas. Voy a empezar a dotarlas de un alma aria.

---

\* \* \*

---

«Aria» y «Semita».

Honelore de Mezary había escrito esas dos palabras en la pizarra.



—La gran familia de la especie blanca está formada por dos razas: la raza aria y la raza semita.

La *Helferin* se giró hacia la pizarra y, debajo de la palabra «Aria», escribió otros tres nombres.

—La raza aria se divide a su vez en otras tres subrazas: la nórdica, la alpina y la mediterránea.

Ahora, rodeó con un círculo la palabra «nórdica».

—De las tres, la raza aria nórdica es la más pura. Ese es nuestro grupo racial, aquel al que pertenecemos. Aquel por el que tenemos que trabajar y luchar, por su manteniendo y mucho más que eso, por su supervivencia. La destrucción del agente nórdico significaría una catástrofe, el fin de la raza aria en su conjunto. En el agente nórdico reside toda la fuerza, toda la energía y todo el poder que ha hecho de la raza aria la creadora de las más importantes civilizaciones e imperios de la humanidad. Cuando el agente nórdico residía entre las viejas civilizaciones como la de la Hélade o Roma, estas florecieron como templos del conocimiento, del pensamiento y del más elevado desarrollo humano. Pero cuando el agente nórdico se mezcló, perdiendo así su fuerza y su energía, estas civilizaciones se derrumbaron, desapareciendo y sumergiéndose para siempre en la noche eterna. Es pues nuestro objetivo que, ahora, cuando un nuevo imperio ha cogido las riendas de Europa, este nuevo imperio alemán no siga los pasos de esas antiguas civilizaciones. Nuestra más sagrada misión es impedirlo.

Lene y Anna miraban a la *Helferin* con un gesto asustado en el rostro, Hildegard volvía a jugar con la punta de sus coletas trenzadas, Else desviaba la vista de vez en cuando hacia los ventanales del aula. Había empezado a nevar de nuevo. Hedda estaba muy erguida en su pupitre, mirando fijamente con sus ojos analíticos a esa misteriosa y fascinante mujer. Honelore de Mezary parecía mirarla solo a ella, como si todo ese discurso estuviera destinado solo a Hedda. Al menos Hedda así lo creía.

—Las SS somos una orden de tipo ario nórdico. Nuestra misión principal es encabezar la guerra biológica que permita la subsistencia de la raza aria, su futuro y su desarrollo. Esa guerra biológica se desarrolla en campos de batalla muy diversos, en los frentes de guerra de los territorios del Este o en el interior de nuestras propias fronteras, de nuestro propio Reich. La guerra biológica de los frentes del Este la encabezan nuestros gloriosos soldados, orgullo del ejército alemán. La guerra biológica interna, la encabezan ustedes, las madres, las futuras madres de Alemania. Empezaremos por el primero de los frentes, el frente exterior.

Honelore de Mezary escribió otras dos palabras en la pizarra: «Liendres» y «Piojos».

—Los piojos. Todas ustedes saben lo que es ese pequeño parásito que habita en los animales y transmuta a los humanos. Son tan pequeños que, con que pisáramos

una vez sobre uno de sus nidos, mataríamos a cientos de ellos. Pero su nivel de reproducción es muy alto. Los viejos combatientes de la Gran Guerra contaban que ellos habían presenciado cómo miles de esos pequeños parásitos habían movido un colchón en el interior de una caserna. Cuando son miles, su poder es grande, muy grande, y la forma de erradicarlos muy costosa. Los pueblos infrahumanos que nos rodean son como piojos. Las liendres son pequeños huevecillos de los que nacen los piojos. Ahora, con la ampliación de la guerra a los extensos territorios del Este, nuestros valerosos soldados están derrotando y aniquilando a esos parásitos peligrosos. Pero, a la vez que acabamos con los piojos, tenemos la misión de aniquilar también a las liendres, a aquellas que portan los huevos de los que nacen esos piojos. De eso, no os preocupéis, ya se ocupan nuestros equipos de médicos y científicos que trabajan incesantemente para conseguir ese fin. La aplicación de la Ley para la Protección de la Sangre y el Honor Alemán sirvió para que esos piojos fueran desterrados ya del cuerpo nacional de nuestro pueblo. Pero, mis queridas doncellas arias, no crean que solo con eso estamos a salvo. La guerra biológica durará años, décadas, quizá siglos, hasta la destrucción final de todos los piojos y de todas esas liendres portadoras. Solo entonces, podremos estar tranquilos, solo entonces, nuestra raza estará completamente a salvo. Nuestro Führer nos ha encomendado la misión de asegurar nuestra supervivencia. No seremos los últimos supervivientes de una cultura milenaria. Pero para asegurar nuestro lugar bajo el sol, es tan importante el mantenimiento de nuestra cadena racial, como la eliminación de nuestros enemigos y adversarios.

Honelore de Mezary guardó silencio. Ahora, las cinco chicas la miraban con rostros fascinados.

Había cosas en esa mujer que ejercían sobre Hedda una fascinación como no lo había hecho nadie nunca: no era solo su belleza y su elegancia, era su delicada forma de andar, los aristocráticos movimientos que hacía con sus manos y con su cabeza, el luminoso brillo que se instalaba en sus hermosos ojos azules, y el hecho de que, pese a lo duro de sus argumentos, su rostro no perdiese en ningún momento la dulzura. Y sobre todo, su acento. Ese acento misterioso y cautivador que no podía identificar.

—Como les he dicho antes, la guerra biológica interna la encabezan ustedes, las jóvenes madres de sangre pura. La obsesión de nuestro *Reichsführer* es que la natalidad crezca en los territorios del Reich, a la misma velocidad que decrece entre nuestros enemigos infrahumanos. Para conseguir este último objetivo, emplearemos todos los procedimientos que la ciencia ha puesto en nuestras manos. Nuestro *Reichsführer* quiere que la proporción se invierta. Dentro de poco, los territorios del Este estarán libres de los salvajes pueblos que los ocupan. Esos territorios deberán ser repoblados, pero esta vez, con sangre aria pura, sangre incontaminada que al fusionarse con otra sangre incontaminada genere un definitivo tipo de sangre

incontaminada e incontaminante. Sangre donde el agente nórdico convierta en tan fuerte el protoplasma hereditario que, en lo sucesivo, no provoque que volvamos a vivir tiempos tan oscuros y tenebrosos como han sido estos para la pureza racial. Lamentablemente, no todo el pueblo alemán es, ni mucho menos, portador de ese agente nórdico en nuestra raza. De hecho, ni siquiera habita en todos nuestros líderes. Entre nosotras, muchos de los gobernantes que nos dirigen no pasarían esas pruebas a las que ustedes se sometieron en la Oficina Central de la Raza y Asentamientos.

Honelore de Mezary sonrió. Ligeras risitas entre las chicas.

—A esto hay que ponerle remedio, hay que solucionarlo de una vez por todas. Nuestro *Reichsführer* es consciente de ello, sabe que la lucha por la regeneración racial durará mucho tiempo. Pero ahora, estamos en el principio, andamos por el buen camino, nuestro Führer y el Estado nacionalsocialista han puesto las primeras piedras para que levantemos esa casa aria común. Nuestro Führer, Adolf Hitler, lo ha dicho. Ha dicho que no descansará hasta que haya conseguido restituir un núcleo de sangre nórdica en esa parte de la población que necesite ser regenerada. Todas nuestras políticas de regeneración racial van por ese camino. En esa dirección, *Lebensborn* vela desde sus comienzos por la preservación y el incremento del agente nórdico en la raza aria. Ustedes, las jóvenes doncellas arias, son una parte importante, sustancial, de ese nuevo camino emprendido. Pero claro, nuestro único referente actual es el exterior físico. Aquí en *Lebensborn*, aceptamos como buenos los criterios de anatomistas, antropólogos y demás personal científico que nos han aportado sobre sus exámenes raciales. Pero para mí, eso no es suficiente. Señorita Weiss, venga aquí conmigo.

Hedda se levantó y caminó hacia la tarima. Subió a ella, donde se encontraba Honelore de Mezary.

—Según todos los estudios realizados, este es el espécimen más puro racialmente de todas ustedes. «La quintaesencia de la hembra aria», ha dicho el teniente coronel doctor Oertl esta mañana. Señorita Weiss, destréncese el pelo.

—Ahora, señorita...

—Ahora, señorita Weiss.

Obedeció a la *Helferin*. Esta se acercó a la mesa y cogió un puntero de uno de sus cajones. Se dirigió a Hedda:

—Muy bien. Miren su pelo. Cuando tengan delante un espejo, compárenlo con el suyo. Observarán que no existe comparación posible.

La *Helferin* señaló con el puntero los ojos de Hedda.

—Sus ojos. Su iris no registra ningún tipo de pigmentación. Nuestros ancestros creían que esa ausencia de pigmentación en el iris del ojo, así como en el pelo, era transmisora de frecuencias de pensamiento invisibles.

Ahora, Honelore de Mezary señaló el cráneo, la nariz y la mandíbula de Hedda.

—Perfectos. Sus medidas no dejan lugar a dudas. Estamos ante el cráneo perfecto de una hembra aria con agente nórdico. Señorita Weiss, quítese la blusa y la camiseta. Déjelas sobre ese pupitre.

—Pero, señorita...

—Hágalo, señorita Weiss.

Hedda no salía de su asombro. No sabía dónde quería llegar la *Helferin* con todo eso. Estaba empezando a ponerse nerviosa, muy nerviosa. Las otras cuatro chicas la miraban con un rictus aterrorizado en su rostro. Dejó su ropa sobre un pupitre vacío y volvió junto a la *Helferin*. Esta empezó a señalar otras partes de su cuerpo con el puntero.

—Miren sus hombros. La distancia que los separa del cuello es perfecta. Sus pechos. Tienen la forma y el tamaño exacto para cuyo último fin la naturaleza los ha creado. Puede darse la vuelta.

Hedda se dio la vuelta.

—Observen su espalda. Miren su columna vertebral, por eso camina tan erguida. Bien, señorita Weiss, quítese la falda y lo último que le queda para quedarse desnuda.

—Pero señorita...

—¿Tiene vergüenza? Aquí todas somos mujeres.

—No, no tengo vergüenza.

Se quitó la falda, que también dejó sobre el pupitre, junto con su ropa interior. Regresó junto a Honelore de Mezary.

—Ahora, miren su cadera. En el momento del alumbramiento, la señorita Weiss agradecerá tener estas proporciones en sus caderas, otro regalo de la naturaleza para con su faceta reproductora. Sus piernas, las dos son iguales, perfectas. Lo mismo que sus pies. Bien, señoritas, ¿qué es lo que tenemos aquí? Un cuerpo ario perfecto. Como les he dicho antes, la quintaesencia de la hembra aria de agente nórdico. Pero ¿saben una cosa? Solo tenemos eso. Un cuerpo desnudo. Nada más. ¿Saben lo que vale eso? Nada.

Hedda estaba empezando a titiritar. Se sentía ridícula y humillada, allí, completamente desnuda delante de esas chicas. Y tenía un presentimiento. Que lo peor estaba por llegar.

—Señorita Weiss, quiero que se señale sus ojos.

Hedda señaló sus ojos.

—Ahora, señale su boca.

Hedda señaló su boca.

—Señale sus pechos.

Hedda señaló sus pechos.

—Muy bien. Ahora, señale su alma.

Hedda miró su propio cuerpo, de arriba a abajo. Pero no sabía dónde buscar. En la

sala de lectura, se había hecho un silencio asfixiante. Ni tan siquiera se escuchaba la respiración de las otras chicas.

—Quizá, señorita Weiss, es porque todavía no está suficientemente desnuda.

Honelore de Mezary le hizo entrega de un puñal, que había sacado tras llevarse la mano a su espalda. Hedda lo cogió en su mano. Era una daga de las ss. La empuñadura estaba fría, sin embargo parecía arder en su mano.

—Bien, señorita Weiss, abrase el cuerpo allá por donde crea oportuno, y enséñenos el alma.

—Señorita De Mezary, no sé por dónde abrirme...

—¿No sabe dónde tiene el alma?

—No, yo...

—Pues la tiene en sus manos, señorita Weiss. Lea en voz alta lo que está escrito en la hoja del puñal.

Hedda lo leyó:

—«En nuestra fidelidad, reside nuestro honor».

—Ese es el alma, señorita Weiss. Ese es el alma aria, señoritas. Aquí teníamos a Hedda Weiss Steinbauer, el prototipo perfecto de apariencia física aria, pero solo eso, apariencia. Porque hasta que no le he entregado el puñal, Hedda Weiss Steinbauer carecía de alma. El cuerpo ario perfecto tiene que estar acompañado, necesariamente, de un alma aria perfecta. Entre ambos, no puede existir la contradicción. El alma aria está en nuestros actos, en nuestro compromiso, en nuestra fe, en el conocimiento exacto de nuestras creencias, en la entrega absoluta a ellas, en la rendición total y completa de nuestro ser a aquellos ideales a los que debemos servir hasta nuestra muerte. Eso, señoritas, no se consigue con mediciones anatómicas. El alma aria no se consigue escuchando o leyendo, se consigue poniendo en práctica nuestras creencias. Todos los días, a todas las horas. A mí me han entregado unos cuerpos que según los médicos y los científicos son racialmente perfectos y adecuados para engendrar niños arios de acuerdo a nuestros más sublimes patrones raciales. Pero ahora, mi misión es dotarlos de un alma. He sido especialmente preparada para eso. Lo de hoy, solamente ha sido una ligera introducción. El camino es largo.

La *Helferin* miró a Hedda con gesto condescendiente en su rostro. Esta seguía mirando obnubilada el puñal.

—Vístase, señorita Weiss. Está titiritando, no quiero que coja frío.

Bajó de la tarima y caminó hacia el pupitre donde había dejado su ropa. Mientras se vestía, escuchó cómo Honelore de Mezary concluía:

—Cuando dentro de unos meses todas ustedes estén al borde del alumbramiento, todas, sin excepción, estarán dotadas de un alma aria. Entonces, dejarán de ser mis jóvenes doncellas arias, para convertirse en mis respetadas reinas arias. Pero hasta entonces, no esperen nada de mí. En mi labor, soy inflexible. Analizaré cada uno de

sus actos, estaré al tanto de su comportamiento. Hasta convertirse en mis respetadas reinas arias, les queda un buen camino. Lo andaremos juntas, poco a poco. Espero que esta lección de hoy les sirva para dar el primer paso de ese largo camino. Espero que este sea el comienzo de su conversión, de doncellas en reinas.

Hedda estaba disgustada. Y enfadada, muy enfadada. Ahora tendría que pasar el resto de la tarde con el pelo suelto, sin la característica trenza *Gretchen* decorando su cabeza. Y eso lo odiaba. Lo odiaba con toda su alma.

---

\* \* \*

---

—Bien, señoritas, pueden cambiarse y ponerse el uniforme deportivo para su clase de bienestar y belleza corporal.

Las cinco chicas se miraron. Esa mañana la señora Von Exner les tenía reservada esa amarga sorpresa. Después de haberse vestido, pasado revista y cantado el himno de Horst Wessel, la *Helferin* con rostro de doberman les informó que tenían que volver a desnudarse y ponerse el uniforme deportivo, el mismo que habían llevado durante años en la Liga de Muchachas Alemanas.

—Señora Von Exner, pero, aunque ha dejado de nevar, hace mucho frío, ¿dónde vamos a dar...? —intentó preguntar Hildegard.

—¿Y el frío es un impedimento para que den su clase, señorita Meier?

Hildegard Meier agachó la cabeza y empezó a desnudarse.

—Pues podía haberlo dicho antes de vestimos, señora Von Exner —replicó Lene Friedrich con tono firme.

—Ya lo sé, señorita Friedrich. Pero entonces no hubiera tenido gracia.

La *Helferin* se sentó en una silla auxiliar que había siempre bajo el gran ventanal. Mientras se desnudaban, no quitaba ojo a las chicas. El gesto malévolo no desaparecía de su rostro.

Mientras se deshacía el nudo de su pañuelo, Lene Friedrich le comentó a Hedda, casi susurrando:

—¿Por qué será que tengo la sensación de que esa mujer disfruta viendo cómo nos desnudamos?

—Disfruta, Lene, no dudes de eso —le respondió Hedda.

---

\* \* \*

---

Por una empinada escalera de caracol, las chicas y la señora Von Exner descendieron un nivel por debajo de la primera planta del ala blanca. Allí, había una habitación de gran tamaño, de paredes parduzcas y techo abovedado, y dos puertas; una metálica, muy grande, y otra que daba directamente al patio interior que compartían el ala

blanca y el ala roja. De esa habitación partía un largo pasillo, con el techo igualmente abovedado, que terminaba ante otra gran puerta, de lo que parecía un almacén.

La *Helferin* sacó un manojito de llaves y abrió la puerta que conducía al patio interior.

—Hedda, hace mucho frío, no sé si puedo salir ahí fuera... —intentó decir Else Kruger.

—Cállate, Else —le espetó Hedda.

Había dejado de nevar, pero la temperatura había caído bruscamente. Debía rondar los  $-10^{\circ}$ . Las chicas solo llevaban una camiseta de tirantes blanca, con el símbolo romboidal de las Juventudes Hitlerianas en el pecho, y un pantalón corto negro.

Acompañadas de la señora Von Exner, las chicas entraron en el patio interior. Instintivamente, protegieron su torso con los brazos.

—Venga, vamos a empezar con unos ejercicios simples. Todas ustedes habrán realizado en la BDM esos ejercicios de sincronización con mazas. Vamos a hacer ese ejercicio. Imagínense que llevan una de esas mazas en la mano.

Las chicas comenzaron su ejercicio. El frío era difícilmente soportable. Hedda era consciente que estaban poniendo a prueba su resistencia, ya les había pasado en alguna que otra ocasión en la BDM. Mientras realizaba el ejercicio con esas mazas imaginarias, observó al resto de las chicas. A Lene y a Anna les habían salido manchas rojas en los brazos y en las piernas. Hildegard apenas podía realizar el ejercicio, tiritaba continuamente. Al subir el brazo por encima de su cabeza, vio que su propia piel, muy blanca, también estaba empezando a tomar un color rojizo. A Else no la veía, aunque estaba a su lado, pero sí la escuchaba:

—Hedda, no puedo. Me duelen los brazos...

—Cállate, Else, por favor...

—Hedda, no lo soporto, tengo agarrotadas las piernas...

—Calla, Else, esa mujer nos está mirando. No nos quita la vista de encima.

—Hedda, me falta la respiración, no puedo respirar bien, este frío...

—¡Cállate de una jodida vez, Else! ¡Cállate ya! ¡No lo soporto más!

Hedda paró el ejercicio. Se acercó a Else y le propinó un fuerte empujón en el pecho. La chica cayó al suelo de forma estrepitosa.

—¡Deja de quejarte! ¡Desde que hemos llegado aquí no haces más que quejarte! ¡Todo el tiempo!

Las otras tres chicas miraban la escena que se desarrollaba entre Hedda y Else con ojos desorbitados. La *Helferin* parecía entusiasmada. Su rictus malévolamente parecía haberse agrandado.

Else Kruger, sentada sobre la nieve, miraba a Hedda con un amargo gesto de sorpresa.

Hedda jadeaba, respiraba de forma entrecortada. Miraba a todos los lados, como intentando encontrar un apoyo. Y lo encontró.

Al subir la vista, vio a Honelore de Mezary, asomada a uno de los ventanales del segundo pasillo superior del ala blanca. La *Helferin* del uniforme negro le sonrió. Y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

«Analizaré cada uno de sus actos. Estaré al tanto de su comportamiento». Así lo había dicho su instructora jefe el día anterior.

—Venga, señorita Kruger, levántese del suelo. Vamos a seguir con el ejercicio.

«Ha comenzado. Mi transformación de doncella a reina ha comenzado», pensó Hedda. Durante el resto de la clase no volvió a mirar a Else Kruger. Ni esta se volvió a quejar.

Por un lado, estaba satisfecha. Su acto había conseguido la aprobación de la señorita De Mezary. Pero había una cosa que le preocupaba. Algo que había sentido durante ese incidente con su mejor amiga. Cuando vio a Else tirada en el suelo, tuvo una sensación. Sintió un estremecimiento, una sensación cercana al placer. La misma sensación que tenía cada vez que mentalmente llamaba «jodido tullido» a Lorenz Werk.

\* \* \*

H.W.S.

Sucedió mientras estaban en clase de conocimiento de labores domésticas, en otra aula de la llamada ala roja. Les habían mandado bordar en sus camisones sus iniciales con hilo carmesí, el mismo hilo con el que estaba bordada la runa *Leben* del pecho, en letra alemana antigua. Pero Hedda no se concentraba en el bordado. Continuamente, miraba hacia la mesa donde se encontraba Else Kruger, debajo de un gran retrato del rostro de Adolf Hitler de perfil, en el que se podía leer, en grandes letras blancas:

*Nosotros te seguimos.*

Desde el incidente en el patio interior, Hedda y Else no habían vuelto a cruzar palabra, ni siquiera durante la comida. Hedda había estado charlando con Lene y Anna (estas ahora la seguían a todos lados como perritos falderos) y Else con Hildegard Meier. Conforme el día avanzaba, empezaba a sentirse peor. Creía que había llegado el momento de disculparse ante su amiga.

Aprovechó un momento en que la señora Von Exner había salido del aula. Anna Reiss, la chica que estaba al frente de la centralita de la maternidad, había venido a buscarla, le había cuchicheado algo al oído, y la *Helferin* con cara de doberman había



abandonado precipitadamente la sala.

E.K.R.

Hedda se levantó de su mesa y caminó hacia Else Kruger. Cuando llegó ante ella, le dijo:

—Else... Quería disculparme por lo que ha pasado antes, durante la clase de bienestar y belleza corporal. Verás, he perdido los nervios, últimamente estoy un poco nerviosa, desde que hemos llegado aquí...

Una gran sonrisa iluminó el rostro pecoso de Else Kruger.

—No te preocupes, Hedda. Ya lo he olvidado. Ya te he perdonado.

Hedda titubeó, no sabía qué responder. La bondad de Else siempre le sorprendía, siempre le sorprendió.

—Else, quiero que me contestes a una pregunta, ¿cómo es posible que seas tan buena?

—No soy buena, Hedda, solo que no creo que por una cosa como la de esta mañana tengamos que perder una amistad tan bonita. ¿No te parece?

—Sí, Else. Yo también lo creo —balbuceó Hedda.

Dio media vuelta y volvió a su mesa. Se sentó en ella. Else miró a Hildegard. Las dos chicas, a su vez, miraron a Hedda y le sonrieron. Una sonrisa de cariño.

Hedda cogió el camisón y la aguja con el hilo carmesí. Sus ojos estaban turbados. Volvió a lo suyo.

H.W.S.

---

\* \* \*

---

Ese estado de turbación no desapareció durante el resto de la tarde. A última hora, Honelore de Mezary les ordenó ir a la sala de estudio. Las cinco chicas entraron en ella.

Sobre cada uno de los pupitres había un libro. Sobre cada uno de los pupitres, excepto en el pupitre en el que solía sentarse Hedda. Cuando las chicas se sentaron, miraron el libro que había ante ellas. No hubo reacciones. La señorita De Mezary entró tras las chicas. Llevaba a su vez, otro libro en su mano.

—Muy bien, señoritas. A partir de hoy, todas las tardes, dedicaremos unas horas a leer y comentar este libro.

La *Helperin* del uniforme negro enseñó el libro. Era una edición especial, encuadernado en piel negra. En su frontal, llevaba escrito, en letra alemana antigua dorada, el título y el nombre de su autor:

*Mein Kampf*. Adolf Hitler.

*Mi lucha*. El libro del Führer, así lo llamaba Hedda.

—No puedo dotarlas de una verdadera alma aria si, a la vez, no entienden y comprenden toda la dimensión de la cruzada nacionalsocialista. Esta es nuestra Biblia, señoritas, nuestro libro más sagrado. En él, nuestro Führer explica con claridad meridiana todo su pensamiento, la base de nuestra ideología. Cada palabra de este libro deberá quedar grabada en sus cabezas. Cada palabra de este libro las acercará más, si cabe, a la comprensión de la esencia de nuestro movimiento. Todos los días leeremos unas páginas, primero en silencio, después, una de ustedes las leerá en voz alta y, para terminar, las comentaremos. Quiero que me hagan todas las preguntas que les surjan, todas, sin guardarse ninguna para ustedes...

—Señorita De Mezary, yo no tengo libro —dijo Hedda, que había levantado la mano.

—No se preocupe, señorita Weiss. Usted leerá el mío.

Honore de Mezary caminó hacia el pupitre de Hedda y dejó el libro encuadernado en piel negra, sobre su mesa.

—Pero tenga cuidado con él, señorita Weiss. Está firmado por el mismísimo Führer.

Una exclamación recorrió el aula.

Hedda tocó el libro. Le gustó el tacto suave de su piel.

—Bien, señoritas. Pueden empezar a leer.

Hedda abrió el libro. En la primera página, una página en blanco, había una dedicatoria. Y una firma.

La dedicatoria, al igual que firma, había sido escrita en tinta azul. La dedicatoria decía así:

*A mi querida y distinguida señorita Honore de Mezary.*

Y la firma:

*Adolf Hitler.*

Esa era su firma. La firma del Führer.

Hedda Weiss pasó la yema de sus dedos por la firma de Adolf Hitler.

Cerró los ojos.

Sintió un estremecimiento. Una sensación cercana al placer.

Abrió los ojos. La señorita De Mezary la estaba mirando, se había sentado tras la mesa que había sobre la tarima y había extendido en ella unos documentos. La *Helferin* la miraba con un gesto de satisfacción en su rostro. Hedda miró al resto de

las chicas. Estas estaban ya concentradas en la lectura. Tosió, de forma disimulada, y pasó la página. Empezó a leer:

El 9 de noviembre de 1923, cuatro años después de su fundación, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán fue disuelto y prohibido en toda la nación.

El 1 de abril de 1924, según una sentencia del Tribunal Nacional de Justicia de Múnich, fui condenado y encarcelado en la prisión de Landsberg Lech. Esta circunstancia me proporcionó, tras varios años de labor ininterrumpida, la oportunidad de acometer una tarea que muchos me exigían y que yo también juzgué útil para nuestro movimiento.

Decidí, entonces, explicar en un libro los propósitos de nuestro movimiento, narrando al mismo tiempo el cuadro de su desarrollo...

Una mañana de fría niebla invernal, a mediados de diciembre, Hedda Weiss hizo dos descubrimientos. Primero, y de forma casual, pudo ver por primera vez a algunas de las residentes del «ala prohibida» de la maternidad y, después, tuvo la ocasión de conocer al apuesto comandante de las ss, al que habían visto por una rendija de la lona del camión la noche que llegaron a esa casa en el interior del bosque de Marbach.

Esa mañana, Hedda había sido la primera en salir al pasillo cuyos ventanales daban al «ala prohibida» de la maternidad. La comitiva que la seguía, constituida por las otras cuatro chicas y la señora Von Exner, se había detenido en el segundo pasillo, cuando la *Helferin* con cara de doberman había vuelto a recriminar (por enésima vez) a Hildegard y a Else su manera de caminar. Hedda había seguido andando (ella siempre encabezaba el grupo para que el resto de las chicas se fijasen en su forma de caminar) y se había detenido ante el ventanal del primer pasillo. Disimuladamente, había desviado la mirada hacia la ventana. La niebla era tan espesa, que esa mañana el bosque de Marbach había desaparecido de la vista. Entonces, vio algo. En uno de los ventanales del «ala prohibida» había dos mujeres, con sendos niños en sus brazos. Eran dos mujeres elegantemente vestidas, no llevaban los uniformes de la BDM que las chicas del ala blanca estaban obligadas a llevar, al contrario, vestían con ropas que las significaban como mujeres adineradas, incluso, una de ellas, llevaba un sombrero de color rosa a tono con el vestido. Los niños eran muy pequeños, posiblemente solo tuvieran meses, aunque ya lucían en su cabeza un incipiente y luminoso pelo rubio. Una de las mujeres elevó la vista y se percató de su presencia. Sus miradas se cruzaron. Hedda se puso nerviosa. Retiró la mirada de las mujeres y de la ventana, y espero a que la señora Von Exner y el resto de las chicas llegaran junto a ella. Cuando todo el grupo estuvo reunido, y mientras caminaban por el primer pasillo, en busca de

la escalinata que conducía al *hall*, la señora Von Exner decía:

—Señorita Meier y señorita Kruger, ¡qué voy a hacer con ustedes! Con esa manera tan desgarbada de caminar no llamarían la atención ni de unos prisioneros que llevaran veinte años reclusos sin ver un cuerpo femenino. ¡Señorita Kruger, meta el culo! ¡Señorita Meier, no se tuerza, ande recta! Esta tarde las voy a tener dando vueltas por el patio interior hasta que caminen bien de una vez por todas. Pero van a caminar bien. ¡Eso como que me llamo Gertrude von Exner!

Cuando llegaron al vestíbulo, camino del comedor en el ala roja del edificio, la puerta de entrada de la maternidad estaba abierta. Un camión militar con distintivos de las SS estaba aparcado en la gran explanada. Junto a él, la señorita De Mezary estaba hablando con el apuesto comandante que vieran la primera noche junto a la verja de entrada de la maternidad. Con ellos había un tercer hombre, un poco más bajo que el comandante, pero que también lucía un uniforme gris de oficial. Podía ser un capitán o un teniente. En el momento en que las chicas cruzaban la puerta del ala roja, la *Helferin* del uniforme negro y los dos oficiales se encaminaban hacia el «ala prohibida» de la maternidad.

---

\* \* \*

---

Después del desayuno, la señora Von Exner condujo a las chicas hasta la sala de estudio. Les informó que, en unos minutos, la señorita De Mezary se reuniría con ellas.

Mientras esperaban, la señora Von Exner paseaba de un lado a otro de la tarima, con las manos cruzadas tras la espalda y mirando detenidamente a las chicas.

—Señorita Kruger, ¿qué tiene usted entre las piernas?

—Nada, señora Von Exner, yo...

—Entonces, ¿por qué las tiene abiertas?

—Perdone, señora Von Exner —dijo Else, mientras bajaba la vista.

—Señorita Friedrich, su culo asoma por un lado de la silla.

—Perdone, señora...

—Señorita Meier, yérgase, por favor. Parece que está usted jorobada.

—Yo...

—Señorita Ritter, una de sus coletas está en su pecho y la otra en su espalda.

—Perdone, señora Von Exner.

—Señorita Weiss...

—Sí, señora Von Exner...

—Nada. Está usted perfecta, como siempre. ¿Por qué no me habrán traído a otras cuatro chicas como usted?

En el pasillo se escucharon voces y pasos. Voces y pasos que se acercaban a la

«sala de estudio».

Honelore de Mezary entró en la sala, precedida de los dos oficiales de las ss. Uno de ellos llevaba una bolsa de color pardo en la mano.

Las chicas se levantaron. La señora Von Exner se cuadró y extendió su brazo derecho a manera de saludo.

—Señoritas, siéntense —dijo Honelore de Mezary—. Les presento al comandante ss Erich Beck y a su adjunto, el capitán ss Artur Elsner. Ellos están al frente de la seguridad de la maternidad de Marbach Heim.

Hedda observó que, de cerca, el comandante ss era todavía más apuesto y atractivo de lo que le pareció la primera noche que lo vio. Su mirada era profunda y penetrante, la mirada que poseería una persona dotada de una gran personalidad e inteligencia. La cicatriz que decoraba su mejilla le daba un aire de gran virilidad. Sin embargo, el capitán Elsner le desagradó desde el principio. Más bajo que el comandante y muy delgado. Tenía los ojos muy azules, pequeños y hundidos. Unos ojos mezquinos. Llevaba un flequillo rubio que le llegaba hasta la ceja, un flequillo más propio de un adolescente de las Juventudes Hitlerianas que de un oficial de las ss. Además, desde que había entrado, no quitaba la vista de encima a las chicas de una manera lasciva. «La mirada de un sádico o de un loco», pensó Hedda.

—Bien, señoritas, ahora preséntense ustedes. Digan su nombre y su lugar de procedencia —dijo Honelore de Mezary, mientras hacía un gesto hacia Hedda.

Hedda se levantó y dijo:

—Hedda Weiss Steinbauer, de Múnich.

Una a una las chicas se presentaron.

—Señoritas, el comandante Beck y el capitán Elsner tienen que informarles sobre algunos asuntos relativos a la seguridad de la maternidad. Comandante Beck...

—Antes de nada, no quiero que se alarmen con la información que les vamos a proporcionar. Estos días vamos a instalar en el tejado de la maternidad, unas sirenas, unos reflectores, un cañón antiaéreo y unos nidos de ametralladoras. En este lugar es muy improbable que, por motivos de logística y de distancia, la aviación británica que está bombardeando nuestra patria pueda alcanzarnos. Sin embargo, siempre podríamos tener la desagradable sorpresa de sufrir alguna visita de la aviación soviética. Estas precauciones que estamos tomando se circunscriben en el contexto de seguridad que se está aplicando en todo el distrito de Prusia Oriental. Pero para su tranquilidad les diré que, a día de hoy, todavía no hemos recibido en todo el distrito ninguna alerta del tipo «Robinson».

—La alerta «Robinson» se activa cuando hay peligro de un ataque aéreo —matizó Honelore de Mezary.

—Primero, les informo, la maternidad de Marbach Heim dispone de un refugio antiaéreo, instalado un nivel por debajo de la primera planta...

«La puerta metálica junto a la entrada del patio interior», pensó Hedda.

—... En su momento se les indicaría su ubicación y de cómo acceder a él. En caso de que esa situación se diese, allí encontrarían esto...

El comandante Beck alargó su mano hacia el capitán Elsner. Este había sacado de la bolsa parda una máscara antigás.

—Esto es una máscara antigás. Les explicaré cómo funciona...

---

\* \* \*

---

Todas las mañanas, las chicas pasaban una media hora bajo la arcada de la puerta de entrada, un pequeño momento de esparcimiento. Esa mañana, no fue diferente. Hedda, Else, Anna, Lene y Hildegard estaban bajo la arcada, mientras la señorita De Mezary, el comandante Beck y el capitán Elsner charlaban junto al camión militar.

Hedda estaba asqueada. Las otras cuatro chicas no hacían más que pavonearse y lanzar miradas estúpidas, acompañadas de gestos estúpidos hacia el apuesto comandante y su degenerado adjunto.

Cansada de ese comportamiento, descendió por la escalinata y caminó hacia la fuente que representaba a la chica desnuda que abrazaba a un cisne. Ese grupo escultórico de bronce le fascinaba. Le fascinó desde la primera noche que lo vio.

A su espalda escuchó pasos. Pasos que se aproximaban a ella a gran velocidad. Pero no se detuvo. Continuó caminando hacia esa fuente helada.

Llegó ante la fuente. Frente a ella había dos bancos de piedra, ahora cubiertos de nieve. Se detuvo.

—Señorita...

Era la voz del apuesto comandante. Hedda se giró hacia él. Lo miró con sus ojos analíticos.

—Señorita, perdone. Le quería hacer una pregunta. Antes, cuando se ha presentado, ha dicho usted que se apellidaba Weiss y que era de Múnich. ¿No tendrá usted ningún hermano llamado Karl?

—No, comandante. No tengo ningún hermano, de hecho, soy hija única.

—Vaya, sabe, en Lichterfelde tuve un compañero que se llamaba Karl Weiss y que era de Múnich. Sé que tenía una hermana, más o menos de su edad...

—Supongo que habrá muchos Weiss en Múnich... —dijo Hedda.

—Supongo... —dijo el comandante, desviando su mirada hacia el gigantesco hayedo nevado del bosque.

—Claro que lo que usted me ha contado es mentira. No había ningún Karl Weiss en ese lugar que usted ha mencionado.

—Tiene razón. Le he mentado. Pero sí que había un Karl Weiss en Lichterfelde. Claro que no era de Múnich, era de Dusseldorf. Y no tenía ninguna hermana de su

edad.

—Ha sido solo un intento de trabar conversación conmigo, ¿no, comandante?

—Creo que sí —Erich Beck sonrió. Una sonrisa amarga.

—¿Por qué quiere hablar conmigo? —preguntó Hedda. Su tono era duro y cortante.

—No lo sé... mientras les daba esas instrucciones sobre seguridad, la he estado mirando y... no entiendo qué hace usted en un lugar como este.

—He venido a tener un hijo. A ofrendarle un hijo al Führer.

Erich Beck volvió a sonreír. Otra sonrisa amarga.

—Un hijo al Führer. Dirá mejor otro soldado para su guerra.

—No, otro soldado, no. Un líder. Nuestros hijos serán líderes.

—¿De verdad se cree usted todo eso?

—¿Tendría que dudar?

—Un líder. Es posible que cuando su hijo tenga la edad para ser un líder, ya no quede nada que liderar.

—¿Qué está usted insinuando, comandante?

Hedda pensó que el gesto amargo del oficial todavía lo convertía en más atractivo.

—No insinúo nada, señorita. Solo que la guerra no va bien, nada bien.

—¿Ya hemos tomado Moscú?

—Moscú... los frentes del Este están estancados, señorita Weiss. Todos. Y los Estados Unidos nos han declarado la guerra.

Se hizo un silencio. Sus cuatro compañeras miraban excitadas la escena que se desarrollaba entre el comandante y Hedda desde la arcada de la puerta principal. El capitán Elsner había subido al camión, tenía su mano enguantada fuera de la ventanilla de la puerta del conductor, con un cigarrillo encendido entre sus dedos. La señorita De Mezary había desaparecido. El comandante Beck miraba con gesto triste la escultura de la joven desnuda y el bello cisne. El agua que manaba de la boca del cisne seguía siendo un duro bloque de hielo.

—Líderes... ¿Quién les ha dicho eso? ¿La señorita De Mezary?

—Sí, ella...

—Mire, jovencita, no sé lo que hace usted aquí. Es una joven hermosa que podía haber formado una familia con un buen muchacho y haber tenido «sus» hijos, no los hijos del Estado...

—Yo he venido a ofrecerle un hijo al Führer. ¿No cree usted en el Führer, comandante? —la voz de Hedda era ahora más dura, su mirada más inquisitiva.

—¿Cree usted en Dios, señorita?

—¿Y usted, comandante?

—Yo hace tiempo que no sé en lo que creo. Pero a los ojos de Dios, eso que van a

hacer ustedes en esta maternidad, es algo inmoral. Un pecado.

—Y a los ojos del Führer lo que usted ha dicho, una traición. Además, según la señorita De Mezary, los pecados contra la sangre y la raza constituyen el único origen del pecado.

—Lo que acaba de decir es algo tan inmoral como lo que van hacer cuando llegue el momento de la procreación, jovencita.

—Habla como mi madre, mi madre es...

—Una mujer juiciosa, señorita Weiss.

—Me tengo que ir, comandante. No sé lo que ha querido usted decirme, pero me parece que...

—No he pretendido decirle nada, señorita. No he pretendido molestarla.

—No me ha molestado, comandante. Pero no ha contestado usted a mi pregunta de si cree en el Führer...

—Ni usted me ha dicho si cree en Dios.

—La señorita De Mezary...

—Tenga usted cuidado, señorita Weiss —dijo Erich Beck, en tono muy bajo.

—¿Cuidado de qué?

—De Honelore de Mezary.

—¿Por qué? —un destello en el interior del cerebro de Hedda. Había visto una oportunidad. Una oportunidad de satisfacer su curiosidad sobre la *Helferin* del uniforme negro.

—Porque es una mujer peligrosa. Muy peligrosa.

—En realidad, yo no sé nada de ella...

—Nadie sabe nada de ella, señorita.

—¿Ni de dónde es? ¿Ni de dónde ha venido?

—No. Nadie sabe nada de ella. Apareció de repente. Solo se sabe eso.

—¿Y su acento? Yo no sé de dónde procede ese...

—Ya le he dicho que nadie lo sabe. Que nadie sabe nada. O nadie quiere saberlo. Bueno, lo único seguro es que ha tenido al menos cuatro hijos...

«¿Cuatro hijos? ¡Pero si por su cuerpo parece que nunca haya dado a luz!», pensó Hedda, y preguntó:

—¿Cuatro hijos?

—Sí, cuatro hijos. Luce la cruz de la madre. En las ss, señorita Weiss, Himmler solo concede esa distinción a las mujeres que han sido al menos madre cuatro veces. Cuatro hijos para el Führer, cuatro soldados para su guerra.

Hedda miró en dirección a la puerta principal de la maternidad. Las chicas habían desaparecido. La señora Von Exner estaba bajo la arcada, haciéndole señales con la mano para que regresara.

—Me tengo que ir, comandante. Solo una pregunta más. ¿Por qué me ha dicho



todo esto?

—Porque ha despertado en mí un sentimiento de ternura. Sabe, no hubo en Litcherfelde ningún Karl Weiss de Múnich, que tuviera una hermana de su edad. Pero hubo un Erich Beck de Múnich que tiene una hermana de su edad. Se llama Angela. Pienso mucho en ella. Todos los días pienso en ella.

Hedda Weiss caminó sobre la crujiente nieve hacia la puerta principal de la maternidad, donde la esperaba la señora Von Exner. El comandante Erich Beck se encaminó hacia el camión.

Cuando llegó junto a la señora Von Exner, entraron juntas bajo la arcada. La *Helferin* con rostro de doberman le dijo:

—Tenga cuidado, jovencita. Aquí, en Marbach Heim, hay compañías peligrosas. La compañía del comandante Beck es peligrosa. Muy peligrosa.

«La señorita De Mezary es una mujer peligrosa, la compañía del comandante Beck es una compañía peligrosa. ¿Qué no es peligroso en esa maternidad?», pensó Hedda.

Al pie de la escalera, le esperaba Else, que corrió hacia ella y le cogió las manos. En su rostro pecoso había un gesto de expectación.

—¡Cuenta! ¡Cuenta todo! ¡No te dejes nada! ¡Nada!

El resto de las chicas se arremolinaron a su alrededor.

---

\* \* \*

---

A través del cristal, Hedda Weiss observaba cómo los copos de nieve revoloteaban alrededor de uno de los pequeños farolitos que iluminaban el patio interior, entre el ala roja y el ala blanca. Clase de habilidades artísticas en la sala de música. Else Kruger tocaba el piano, una sonata de Bach, mientras la señorita De Mezary y el resto de las chicas la miraban obnubiladas. Pero Hedda no podía concentrarse en la música de su amiga. Desde esa mañana, su mente estaba perdida entre las frases de la conversación que había mantenido con ese apuesto comandante llamado Erich Beck. Le costaba comprender cómo un comandante de las ss podía haber dicho todas esas cosas malas sobre el Führer y la señorita De Mezary. ¿Y esa historia de creer en Dios? ¿A qué venía eso?

Else terminó su sonata. Todas las chicas aplaudieron, incluida la instructora jefe.

—Muy bien, señorita Kruger, puede mejorar, pero toca usted muy bien el piano. Vale, ya hemos visto a las señoritas Meier y Kruger, las únicas que tienen conocimientos de música. Ahora, iremos con las otras tres. Empezaremos por usted, señorita Weiss.

—¿Yo? —preguntó Hedda, con voz despistada.

—Sí, señorita Weiss, usted. ¿Nunca ha tocado ningún instrumento, verdad?

—No, nunca.

—Muy bien. Pues aquí, en Marbach Heim, aprenderá a tocar un instrumento. Aprenderá a tocar el violín.

—¿El violín? Pero si yo...

—Y no cualquier violín...

Honelore de Mezary cogió de su mesa un estuche de piel negro que contenía un violín. En su funda, escrito en letra alemana antigua dorada, había dos H.

—Este violín es un regalo personal del *Reichsführer* Himmler.

Una exclamación recorrió el aula de música.

—No es un violín usual, es un violín muy antiguo, una pequeña joya. Fue creado por las manos de Jacob Steiner, en Viena.

La señorita De Mezary se sentó delante de un atril, que contenía una partitura.

—Vengan, señoritas, siéntense aquí, a mi alrededor. Usted, señorita Weiss, esté muy atenta. Antes de que llegue el momento del alumbramiento, deberá tocar esta pieza como ahora lo voy a hacer yo.

—Señorita De Mezary, eso es imposible...

—Hedda, en Marbach Heim no hay nada imposible. Usted lo hará. Confío en usted.

Las chicas se sentaron alrededor de Honelore de Mezary.

La *Helferin* apoyó el violín en su cuello y, elegantemente, posicionó el arco sobre las cuatro cuerdas del instrumento.

Empezó a tocar.

Lo hizo durante veinte minutos. Cuando terminó, se hizo un silencio sepulcral en la sala de música. Else y Hildegard estaban llorando. Lene, Anna y Hedda se habían quedado con la boca abierta.

—Nunca he visto a nadie tocar así el violín —dijo Else Kruger, enjuagándose las lágrimas.

—Porque nunca me habías visto tocar a mí —dijo sonriendo Honelore de Mezary—. Bien, señorita Weiss, ¿qué le ha parecido?

—Que nunca había escuchado una música tan triste. Y que yo nunca podré tocar así.

—No es triste, señorita Weiss. Es sublime. Y usted, lo tocará así. Venga aquí.

Honelore de Mezary se levantó de la silla que había ocupado, ante el atril, e hizo que Hedda se sentara en ella.

Hedda miró la partitura que había ante ella, una partitura repleta de letras musicales indescifrables. Allí pudo ver el nombre de la pieza musical que la señorita De Mezary había interpretado:

*Sonata op.5, No.12 «La Follia». Arcangelo Corelli.*

—Muy bien, coja así el violín.

Mientras colocaba el violín entre el brazo y el cuello de Hedda, las mejillas de las dos mujeres se rozaron. Hedda sintió esta vez un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo. El olor a lirios de la *Helperin* inundó todo su mundo.

—Coloque los dedos así, sobre las cuatro cuerdas. Este, sobre la primera cuerda, la que está afinada en clave de La.

La señorita De Mezary colocó el arco en la otra mano de Hedda.

—Ahora, deslice el arco lentamente sobre las cuerdas. Este violín tiene las cuerdas de tripa, así que hay que deslizar el arco muy suavemente, muy suavemente...

Las primeras notas sonaron. Pese a que el arco estaba acompañado por las manos de la *Helperin*, las notas sonaron mal. Pero sonaron.

—Yo le guiaré con mis manos. Déjese llevar. Como cuando el agua corre por su cuerpo.

La *Helperin* sonrió.

—Hoy he visto que hablaba con el comandante Beck.

—Sí, solo ha sido que él me ha preguntado...

—Tenga cuidado con él, señorita Weiss. Ese hombre es peligroso. Es un hombre amargado.

—¿Amargado? ¿Por qué?

—Se perdió, señorita Weiss. En algún momento de su vida, ese hombre se perdió. Y no creo que se vuelva a encontrar. Por eso fue desterrado aquí...

—¿Desterrado?

—Venga, deje de hacer preguntas. Usted solo siente la música. Y déjese llevar. Como cuando el agua cae por su cuerpo.

La *Helperin* sonrió otra vez.

---

\* \* \*

---

Esa noche Hedda despertó envuelta en sudor. Había tenido un sueño, una pesadilla. No recordaba bien el sueño, pero estaba segura que había soñado con ese gesto amargo en el rostro del apuesto comandante Erich Beck, el hombre perdido. Y con el dulce rostro de la enigmática y misteriosa Honelore de Mezary. Y con el olor a lirios que emanaba de su cuerpo.

Se incorporó en su cama y secó el sudor de su frente.

—¿Qué te pasa, Hedda?

Un susurro. Era la voz de Else.

—Nada, he tenido una pesadilla. ¿Y tú, Else? ¿Qué haces despierta?

—No puedo dormir. Tengo miedo, Hedda. Tengo mucho miedo.

—¿Miedo? ¿A qué?

—A los ladridos que vienen del bosque. A los ladridos de los doberman. No entiendo el porqué, pero me dan miedo todas las noches. Yo nunca había tenido miedo a los canes, pero desde que llegué aquí, desde aquella primera noche... aún parece que veo a los doberman ladrando y saltando...

En el silencio de la noche, desde la soledad del bosque, los ladridos de los doberman llegaban hasta ellas, hasta la habitación de las chicas.

—Es la patrulla del comandante Beck, Else, patrullan el bosque todas las noches. No tienes que tenerles miedo, esos perros están para protegernos, no para atacarnos.

—Seguramente tienes razón, Hedda. Como siempre.

—Venga, duerme. Debe de ser muy tarde.

—Hasta mañana, Hedda.

—Hasta mañana, Else.

En la glacial soledad de la noche, desde lo más profundo del bosque de Marbach, el sonido de los ladridos de los doberman seguía llegando hasta ellas.

## VI

### EL MITO DE LEDA

La habitación de las chicas. Hasta ese día, Honelore de Mezary no había entrado nunca en la habitación de las chicas. De ahí, la cara de sorpresa de todas ellas cuando vieron entrar a la *Helferin* del uniforme negro y dirigirse directamente hacia la taquilla donde Hedda se estaba vistiendo. La señorita De Mezary llevaba entre sus manos un uniforme, un uniforme de enfermera. La señora Von Exner entró tras ella. Llevaba en su mano un documento.

Hedda, que aún llevaba puesto ese largo camisón blanco con la runa *Leben* en el pecho, esperó ante su taquilla a que la señorita De Mezary llegara hasta ella.

—Señorita Weiss, póngase este uniforme. Cuando esté lista, acuda a la puerta de mi despacho.

Era el uniforme del cuerpo de enfermeras del Reich. Las otras cuatro chicas la miraron con extrañeza.

Honelore de Mezary se situó en el centro de la habitación, junto a la gran estufa de porcelana. Dio unas palmadas y dijo:

—Señoritas, se acerca el momento de la procreación. La primera tanda de agentes llegará a Marbach Heim el día de *Julfest*. Ahora, quiero que escriban en este documento que ha traído la señora Von Exner, la fecha del primer día de su última menstruación. Empiece usted, señorita Weiss.

Hedda dejó el uniforme sobre su cama y caminó hacia las dos *Helferin*. La señora Von Exner le entregó el documento, junto con una pluma.

Hedda escribió la fecha. Honelore de Mezary la leyó.

—Perfecto, el 21 de diciembre hará catorce días. Usted será de las primeras, señorita Weiss. Ahora cámbiese.

Mientras Hedda se cambiaba, el resto de las chicas se acercaron a la señora Von Exner para escribir la fecha. Pero Honelore de Mezary ya se había marchado.

---

\* \* \*

---

Las piernas le temblaban. Eso no era algo habitual en ella. Solo solía pasarle en momentos de gran tensión. «Y este es un momento de gran tensión», pensó, mientras con su uniforme del cuerpo de enfermeras del Reich atravesaba el largo pasillo en dirección al despacho de la señorita De Mezary. No tenía idea de por qué la *Helferin* del uniforme negro le había mandado ponerse ese uniforme, aunque, en su interior, se estaba empezando a forjar una idea. Su mayor deseo en ese instante era que esa idea no tuviera nada que ver con que ella fuera en ese momento vestida de enfermera.

Esperó unos cinco minutos en la puerta del despacho de Honelore de Mezary, hasta que esta se abrió.

Honelore de Mezary le sonrió mientras cerraba con llave la puerta de su despacho. Se acercó a ella. Sin que la sonrisa desapareciera de su boca, le arregló la cofia que decoraba su cabeza.

—Está muy guapa con este uniforme, señorita Weiss, como con todo lo que se pone. Se preguntará que hace así vestida, ¿no?

—Sí.

—Pues vamos a ver si podemos vencer ese miedo suyo al parto.

Un pinchazo en la boca del estómago. La idea que se había forjado en su cabeza, se había hecho realidad. Para su desgracia.

Siguiendo a la señorita De Mezary, descendió por las escaleras que conducían al luminoso *hall* de la maternidad. Se dirigieron hacia una de esas puertas blancas, con manivela y pomo dorados. Solo que esa puerta no era una puerta cualquiera. Esa no era una de esas puertas que conectaban el recibidor con el «ala roja» de la maternidad, y que Hedda y las chicas atravesaban todos los días. Esa era una puerta especial. Una puerta que había pensado que no atravesaría nunca, durante todo el tiempo que permaneciera en esa maternidad llamada Marbach Heim.

Una puerta que conducía al «ala prohibida».

Se detuvieron delante de la puerta. Antes de abrirla, Honelore de Mezary le dijo:

—Señorita Weiss, va a ser la única de las chicas que entren en esta zona de la maternidad. Por supuesto, de todo lo que vea no podrá decir ni una palabra. Ni una, señorita. Como llegara a mis oídos o a los de la señora Von Exner algo de lo que va a ver aquí, las consecuencias serían muy graves. Irreparables.

—Tiene mi palabra, señorita De Mezary.

—Lo sé, confío en usted. Deberá comportarse como lo haría una enfermera cualquiera, no debe levantar ninguna sospecha. Si alguna de las mujeres que hay ahí dentro intenta entablar conversación con usted, no se detenga, siga andando. Les dirá que no puedes atenderlas, que está muy ocupada. No se separe ni un momento de mí. En el paritorio, límitese a hacer lo que yo le diga. Nada más.

—Así lo haré, señorita De Mezary.

—Una cosa más. No espere encontrar ahí dentro nada extraño, nada «misterioso». Sé que entre ustedes se ha creado un interés fantasioso sobre lo que llaman el «ala prohibida», y que nosotros conocemos como la maternidad general. Nada más lejos de la realidad. Ahí dentro solo hay madres, mujeres en estado de gestación y niños que esperan ser adoptados. No hay otra cosa. Esa parte del edificio es una maternidad cualquiera. La única ala «misteriosa» de este edificio, si es que la hay, es la suya.

Honelore de Mezary abrió la puerta. Junto a ella, Hedda entró en el «ala prohibida».

La maternidad general, el «ala prohibida» para las chicas del ala blanca, constaba de una red de extensos pasillos conectados entre sí. Al igual que en el ala blanca, el color blanco y la luminosidad lo invadía todo. Sin embargo, había cosas diferentes, muy diferentes al ala de la maternidad que ellas ocupaban. Siguiendo a Honelore de Mezary, que caminaba muy rápido (había tenido que acelerar mucho el paso para poder seguir a la *Helferin* del uniforme negro), los ojos analíticos de Hedda se movían a toda velocidad, en todas direcciones, para poder captar todo aquello que estaba viendo.

Aunque los largos pasillos estaban contruidos de manera idéntica a los del ala blanca (puertas blancas al lado izquierdo, grandes ventanales con vistas al bosque de Marbach al derecho), aquí todas las puertas estaban abiertas. Hedda vio a muchas jóvenes, algunas incluso más jóvenes que ella, en avanzado estado de gestación, charlando animadamente entre ellas o con las enfermeras.

—Gracias al programa *Lebensborn*, lo que hace solo unos años, tener niños ilegítimos, era una vergüenza, ahora para todas estas chicas se ha convertido en un orgullo —le explicaba Honelore de Mezary, mientras avanzaban por el pasillo y sin mirarla a la cara—. El *Reichsführer* Himmler ha tenido que enfrentarse a la moral burguesa y cristiana más reaccionaria para que el buen pueblo alemán comprenda que todo hijo nacido de sangre aria pura es legítimo, que solo los hijos nacidos de la mezcla de la sangre aria con agentes raciales indeseables es ilegítimo y debe provocar la vergüenza y la repulsa.

Mientras caminaban, tenían que sortear continuamente a enfermeras que arrastraban esos feos carritos cubiertos por telas blancas que podían verse en cualquier maternidad de Alemania.

—Ahora, gracias a las nuevas leyes sobre maternidad y regeneración racial surgidas en el seno de las ss, muchos miembros de nuestra organización que antes se avergonzaban de tener hijos fuera del matrimonio, acuden a *Lebensborn* en compañía de las futuras madres solicitando nuestra ayuda. Por supuesto, las chicas tienen que pasar exámenes raciales, no tan severos como los suyos, para acreditar que son racialmente puras. Solo en el caso de que su pureza racial no se demuestre o padezcan enfermedades hereditarias, procedemos a autorizar el aborto. Tenemos que construir y destruir, señorita Weiss. Y destruir para poder construir. Esa es nuestra dicotomía.

A diferencia del ala blanca, los pasillos terminaban en pequeñas antesalas presididas por retratos o bustos escultóricos del Führer, iluminadas por lámparas de araña y decoradas por delicadas mesitas de madera y sillones de vistosos colores. Sentadas alrededor de las mesitas, había mujeres elegantemente vestidas, muchas de ellas con niños en sus brazos. Los ojos de Hedda miraron a las mujeres, pero ellas no

le devolvieron la mirada. Era normal, por allí deambulaban enfermeras constantemente.

Al final de la antesala, antes de coger otro de los pasillos y a través de una puerta abierta, pudo ver una habitación donde había más de veinte cunas de madera. Las enfermeras se esmeraban en las atenciones a los niños y las niñas de rubios cabellos, que eran visibles a través de los barrotes de las cunas.

—La mayoría de mujeres que ha visto en la antesala son esposas de oficiales de alto rango de las ss. Ahora que los maridos están en el frente, prefieren pasar en estas maternidades su embarazo y los meses de lactancia que en la soledad de sus casas y mansiones.

Más niños, niños de entre dos y cinco años, en más habitaciones. Como si fueran pequeñas guarderías, los niños jugaban con las enfermeras.

—En verano es más fácil, los sacamos a los jardines que rodean la maternidad o al solárium. Están esperando una adopción. Pero eso lleva un tiempo. Somos muy cuidadosos y precavidos con los documentos de nacimiento y adopción.

Honelore de Mezary sonrió. Hedda no entendió la sonrisa.

—Va a presenciar el parto de una chica de su misma edad. Ella va a ser madre de un niño ilegítimo, su padre es un oficial de las ss. Después de la campaña de los Balcanes, el hombre regresó a Alemania de permiso y tuvo un «desliz» con esa chica. Él está casado y tiene tres hijos. El matrimonio y la chica acudieron a *Lebensborn*, y nosotros les ayudamos. El niño será el cuarto hijo del matrimonio, llevará los apellidos de su padre. La chica regresará a su ciudad natal, Duisburgo, allí le conseguiremos un trabajo administrativo en alguna de nuestras secciones locales.

Al final de ese pasillo había una puerta de mayores dimensiones. Sobre ella, un nombre:

### *Dispensario.*

La puerta se abrió.

La enfermera jefe, la señorita Schneider, salió a recibirlas. El corazón de Hedda se aceleró. Y no precisamente por la carrera que se había dado por los pasillos siguiendo a *Helferin* del uniforme negro. La señorita Schneider llevaba en su mano una bata de enfermera y una cofia, que entregó a Honelore de Mezary.

—Ya ha empezado. Tenemos que darnos prisa —dijo la enfermera jefe.

El dispensario estaba a oscuras. De allí partía otro pequeño pasillo, tenuemente iluminado por unos fluorescentes. Al final del pequeño pasillo, otra puerta. Y sobre ella, otro nombre:

### *Paritorio.*



Hedda tenía la boca seca. Sus manos empezaron a temblar. Eso tampoco era normal en ella. Sus manos no solían temblar. Nunca. Unos gritos inhumanos inundaban el pequeño pasillo. Honelore de Mezary percibió el temblor en sus manos y el miedo que se había instalado en sus ojos.

—Señorita Weiss, posiblemente le parezca que la chica está sufriendo en demasía, pero piense que ninguna buena madre alemana consentiría que las inyecciones artificiales aminoraran el dolor del parto. Este, según nuestros criterios, debe de ser en la mujer aria lo más natural posible.

Hedda asintió con la cabeza. Pero ni siquiera había escuchado lo que la *Helferin* le había explicado.

La puerta del paritorio se abrió. Las tres mujeres entraron dentro.

---

\* \* \*

---

Los ojos de Hedda, turbados y titubeantes, se posaron sobre cada una de las personas que había en la sala. Esta no era muy grande, sería más o menos de las mismas dimensiones que el dispensario que las chicas tenían en el «ala roja». En el centro de la sala, sobre una cama, había una chica de su misma edad, desnuda, con todo su cuerpo cubierto en sudor, dando grandes alaridos y con un horrible gesto de esfuerzo en su rostro. Tenía las piernas arqueadas y, entre ellas, se podía ver la cabeza de la comadrona jefe Schmund. Las piernas de la chica estaban cubiertas de sangre. Dos enfermeras, una a cada lado de la cama, sujetaban las manos de la parturienta.

—Venga, señorita Frick, siga empujando... —decía la comadrona jefe.

Hedda sintió un pequeño mareo. Desvió la mirada, intentando recomponerse. De ninguna manera quería acabar en el suelo.

A un lado de la cama, junto a una mesa médica, había otros tres hombres. Reconoció inmediatamente los distintivos que llevaban en sus batas médicas: eran dos anatomistas y un antropólogo de las ss. En la mesa médica, había dos cubetas de cristal, más o menos del tamaño de un niño recién nacido, y todo el tipo de instrumental de craneometría y antropometría que ya viera en la Oficina de la Raza y Asentamientos, aunque claro, de dimensiones más pequeñas. Tras ellos, había otra mujer, otra comadrona que, a diferencia de la señora Schmund, vestía con uniforme y cofia negra. Le sorprendió el rictus serio en el rostro de esa mujer. Había algo en ella que le recordó a la señora Von Exner.

Honelore de Mezary susurró a su oído:

—En cuanto se produzca el alumbramiento, procederemos con las mediciones. Si el bebé cumple los patrones raciales exigidos, se lo entregaremos a la madre. Si no los cumpliera o detectáramos cualquier anomalía física, nos desharíamos de él. Le diremos a la madre que ha fallecido a consecuencia de lesiones producidas durante el

parto.

Al decir la frase «nos desharíamos de él», Honelore de Mezary dirigió su mirada hacia la comadrona del uniforme y la cofia negra.

—Un poco más, señorita Frick, empuje un poco más... —gritaba la comadrona jefe Schmund.

No podía soportarlo, no podía soportar los gritos que salían de la garganta de esa chica, ni el gesto de esfuerzo y de dolor que reflejaba su rostro. Otro mareo. En los ojos de Hedda Weiss, poco a poco, se apagaba la luz.

La comadrona jefe Schmund se giró hacia ellas, mientras decía:

—Ya está aquí.

Honelore de Mezary acercó a Hedda a la chica parturienta.

—Asómese, señorita Weiss, mire, ya se ve su cabeza —le dijo.

Hedda se asomó. Pero no vio la cabeza del niño. Lo único que vio fueron las baldosas blancas del suelo cuando su propia cabeza impactó contra él.

---

\* \* \*

---

—Hedda... Hedda... Hedda... Hedda...

Las voces lejanas fueron llegando hasta ella, cada vez más cercanas. Voces sin rostro, porque sus ojos estaban cerrados. Había estado durmiendo toda la mañana, desde que regresara del «ala prohibida».

Abrió los ojos.

Los rostros de Lene, Anna, Hildegard y Else aparecieron ante ella. Esas eran las voces que la llamaban. Ahora, las voces ya tenían rostro.

Las cuatro chicas estaban sentadas sobre su cama, alrededor de ella. Aún llevaban los uniformes deportivos con los que habían hecho su clase de bienestar y belleza corporal. Fue Else la primera que habló:

—¿Te encuentras bien, Hedda?

Hedda movió la cabeza afirmativamente.

—¿Por qué te has puesto el uniforme de enfermera? —preguntó Hildegard con su característica voz estúpida.

Hedda no contestó.

—¿Te han llevado a ver un parto? —preguntó Anna Ritter.

Hedda no contestó.

—¿Has entrado en el «ala prohibida»? ¿Nos lo contarás todo? —ahora fue Lene quien le hizo esa pregunta.

Dos fuertes palmadas detrás de las chicas y una voz familiar. Era una voz que le desagradaba especialmente pero que, en aquella ocasión, agradeció escuchar. La voz de la señora Von Exner.

—Venga, chicas, dejen a la señorita Weiss descansar. Y vayan a ducharse, huelen ustedes peor que un regimiento de infantería después de una batalla.

Las chicas se levantaron de la cama de Hedda y se encaminaron hacia el baño.

—¿Se encuentra bien, señorita Weiss?

—Sí, creo que sí, señora Von Exner.

—Como le ha dicho el doctor Oertl, no ha sido nada, solo un desvanecimiento sin importancia.

Recordó que la habían sacado del paritorio apoyándose en la señorita De Mezary y en la enfermera jefe Schneider. Escuchó a la señorita De Mezary justificarse por los pasillos diciendo que «era su primera vez». La habían subido a la habitación de las chicas en el ala blanca y el doctor Oertl le había hecho un reconocimiento completo. El hombre, con su tradicional acento vienés, le había dicho que estaba perfectamente, que solo había sido un desmayo producto de los nervios y la tensión. La señorita De Mezary le sugirió que durmiera, que descansara todo el día. Hedda lo había hecho, pero recordaba haber tenido una horrible pesadilla. Había visto una cama, donde había una chica de su edad, desnuda, envuelta en sudor, dando grandes alaridos y con un gesto de esfuerzo inhumano en su rostro. Entre las piernas arqueadas de la chica se encontraba la cabeza de la comadrona jefe Schmund, había enfermeras alrededor de la cama, y unos anatomistas y antropólogos de las SS, preparados con aparatos de craneometría y antropometría que reposaban en una mesita medica junto a ellos. Y una comadrona con uniforme negro y cofia negra, que recordaba a la señora Von Exner. Aunque, claro, todo eso no había sido una pesadilla. ¿No?

—Descanse, señorita Weiss. Más tarde le subirán la comida, tiene que recuperarse cuanto antes. Si necesita algo, llámeme.

—Gracias, señora Von Exner.

La mujer le sonrió. Pero esta vez, esa sonrisa no fue acompañada del habitual gesto malévol. Era la primera vez, desde que llegara a Marbach Heim, que Hedda había visto un atisbo de humanidad en el rostro de aquella abominable mujer.

---

\* \* \*

---

A la mañana siguiente, con Hedda totalmente recuperada y preparada para la tarea diaria, la señora Von Exner entró en la habitación de las chicas siendo portadora de otra sorpresa. Pero esta vez, una sorpresa agradable. No hizo falta que la mujer hablara, una exclamación recorrió la habitación cuando estas vieron lo que la *Helferin* con cara de doberman llevaba entre sus manos.

Las chicas dejaron lo que estaban haciendo y, antes de que hablara, corrieron hacia la señora Von Exner. Todas menos Hedda. Ella continuó, sin inmutarse, trenzando su pelo.

—Señoritas, tienen ustedes correspondencia.

Las chicas recogieron sus cartas y se sentaron en sus camas para leerlas. Hedda fue la última en recoger la carta. Estaba abierta, algo que era habitual, durante su estancia en la Liga de Muchachas Alemanas siempre había pasado lo mismo.

Caminó hacia la puerta que conducía al pasillo. Else levantó la vista de su carta y le preguntó:

—¿Qué te pasa, Hedda? ¿No la lees aquí, con nosotras?

—No, Else, prefiero leerla en el pasillo.

Antes de salir de la habitación, clavó su mirada en el retrato del Führer que había sobre el gran ventanal de la habitación. Lo hacía todos los días, era el motivo por el que estaba allí, la fuerza que le ayudaba a continuar, la que le ayudaría a superar su miedo al parto y cualquier otro inconveniente que se presentara en el camino. Ofrendar un hijo al Führer, ese era el único motivo de su existencia.

Salió al pasillo. Se apoyó en la pared frente al ventanal que daba al patio interior.

Miró la carta.

*Peter y Maria Weiss, para su querida hija Hedda.*

No sacó del sobre su contenido.

Hedda Weiss rompió la carta, una y otra vez, hasta que esta quedó reducida a un montón de pequeños papelitos en sus manos.

Guardó los papelitos en el bolsillo de su guerrera parda.

Ya pensaría luego en cómo deshacerse de ellos.

---

\* \* \*

---

El 19 de diciembre, dos días antes de la procreación, Hedda descubrió hasta qué punto podía ser frío el sol invernal prusiano. Aunque ese sol (era la primera vez que lo veían desde que habían llegado a Marbach Heim) inundaba con sus rayos el imperturbable bosque de Marbach, el termómetro había descendido hasta los  $-15^{\circ}$ . Aun con todo, y quizás porque ese sol las animó, las chicas decidieron pasar su media hora de esparcimiento diario no bajo la arcada de la puerta principal, como era habitual, sino junto a la fuente de la bella chica desnuda y el gran cisne al que abrazaba. Las chicas limpiaron la nieve que cubría los bancos de piedra frente al conjunto escultórico y se sentaron en ellos. Ninguna de ellas hablaba, miraban la estatua en silencio y, de vez en cuando, suspiraban y desviaban la mirada hacia el sombrío y congelado bosque. En los últimos días, desde que las chicas sabían que la procreación se aproximaba, un espeso silencio se había cernido sobre ellas. Silencio y largas miradas, no exentas de algo parecido al miedo.

Así permanecían, cuando hasta ellas se acercó su instructora jefe, Honelore de Mezary.

La *Helperin* del uniforme negro saludó a las chicas y permaneció de pie, frente a la estatua, entre los dos bancos.

—¿Les gusta?

—Sí —contestaron las chicas casi al unísono.

—¿Saben quién es?

—No —otra respuesta conjunta.

—Es Leda.

—¿Leda? —preguntó interesada Hedda. La estatua le había fascinado desde la primera noche que la vio.

—Leda, la suya es una vieja leyenda de la antigua Hélade, una historia mitológica.

—¿Y qué dice esa leyenda? —preguntó Else. Hedda sabía que a Else todas esas historias le gustaban, como esa estúpida historia que siempre contaba sobre las hijas de la lluvia.

—Leda era una joven de una belleza extraordinaria, una belleza única. Estaba casada con Tindareo de Esparta. Pero ella tenía un secreto, un secreto que nadie conocía. Y mucho menos, su marido. Ella realmente, estaba enamorada de los cisnes. Los consideraba mucho más hermosos que a los hombres.

La señorita De Mezary desvió su mirada hacia la puerta principal de la maternidad. Allí había aparcados dos camiones de las ss, los soldados del comandante Beck llevaban varios días colocando los reflectores y las alarmas en el tejado de la maternidad. En ese momento, dos soldados introducían dentro de la maternidad uno de esos grandes y feos reflectores.

—Saben una cosa, en ocasiones la comprendo.

Las chicas rieron.

—El dios Zeus, conocedor de la belleza de Leda —prosiguió la *Helperin*— se propuso conquistarla. Así que, conociendo el secreto oculto de Leda, decidió convertirse en un cisne para así poder seducirla. Claro que él, como dios todopoderoso del Olimpo, no se transformó en un cisne cualquiera, sino en el más grande y el más hermoso de los cisnes que nadie hubiese visto jamás. Tras un corto pero intenso cortejo, Leda cayó rendida ante la belleza y la inteligencia del cisne y, de esta manera, cediendo a sus encantos, copuló con él.

Una exclamación de sorpresa entre las chicas. Else y Hildegard se llevaron la mano a la boca.

—No se escandalicen, en la mitología antigua, la relación entre los humanos y las bestias era más habitual de lo que se pueden imaginar. A pesar de todo, Leda sintió miedo de que al quedar embarazada, su marido se enterara que se había entregado a

un cisne, así que esa noche, copuló también con él. Nueve meses más tarde, Leda alumbró dos huevos. Del primero de ellos, de su relación con Tindáreo, nacieron dos hijos mortales, Cástor y Clitemnestra; del segundo huevo, fruto de su cópula con el cisne, otros dos hijos, estos, inmortales: Pólux y Helena. Helena de Troya.

La *Helferin* terminó su historia. Las chicas volvieron a mirar las figuras de Leda y el cisne.

—Desde entonces, el mito de Leda ha ido unido a la fertilidad. En realidad, ustedes, mis jóvenes doncellas arias, tienen mucho que ver con Leda. Al igual que ella, copularán con hombres, pero al igual que ella, engendrarán seres inmortales. Porque la inmortalidad no se encuentra en la vida eterna de los cuerpos, sino en el legado de la sangre. Por supuesto, los cuerpos de sus hijos serán efímeros, como todos nosotros, pero la marca de su sangre será inmortal. Formará parte del nuevo renacer de la sangre aria pura. Piensen siempre en la frase de nuestro *Reichsführer* que preside la puerta principal de nuestra maternidad: «Recordad siempre que solo somos un eslabón más de una cadena racial sin fin». En *Lebensborn*, somos ahora los impulsores de una cadena racial muy especial: la cadena que restituirá a Alemania lo más puro de la sangre noble del pueblo, de la sangre aristocrática, de esa parte de nuestra sangre que se había perdido por culpa de la mezcla y la degeneración en la que había caído nuestra patria.

El brillo luminoso había vuelto a invadir los ojos de Honelore de Mezary. Hedda la miraba fascinada. Le fascinaba ese brillo luminoso que embargaba sus ojos cada vez que hablaba de la raza y de la sangre. Pensó que ese brillo era tan intenso que, tras ella, el frío sol prusiano parecía haberse ensombrecido.

—Sé que conforme se acerca el día de la procreación, el miedo se va haciendo hueco en ustedes. Pero créanme, no tienen nada que temer. Nuestros agentes de procreación las tratarán con cuidado y con delicadeza, son hombres preparados, muchos de ellos ya han estado antes en los *Lebensborn* con resultados muy satisfactorios. Piensen que han sido elegidos por el mismísimo *Reichsführer*, y él no desearía nunca nada malo para sus bellas doncellas arias. Eso sí, tienen que ser sumisas y consideradas con ellos, algunos llegan directamente de los duros frentes de Rusia y allí, están participando en una batalla a muerte con una especie cruel y sanguinaria.

Con las últimas palabras de la señorita De Mezary, el sol se había ocultado tras unas nubes inyectadas en nieve. Había sido algo efímero. Ese sol de diciembre se había marchado tan pronto del bosque de Marbach como a él había llegado, tan pronto como la bonita leyenda de la señorita De Mezary había dado paso al miedo.

Los ojos de Else buscaron a Hedda. Esta sabía que su amiga le tenía mucho miedo a la procreación, lo intuía. El rostro de Else cambiaba cada vez que se hablaba de ese asunto. Pensó que tenía que hablar con ella, intentar tranquilizarla. Aunque

sabía que le costaría mucho. A ella misma le horrorizaba la idea de tener el cuerpo de uno de esos hombres encima. El cuerpo de cualquier hombre que no fuera el cuerpo del Führer.

—Cuando termine su descanso, suban a la sala de música. Yo las esperaré allí —dijo Honelore de Mezary antes de marcharse.

Las chicas aún permanecieron un tiempo más sentadas frente a la estatua de Leda y el cisne. Luego, tan silenciosamente como habían llegado, retornaron a la maternidad.

---

\* \* \*

---

En el momento en que las chicas entraban en el interior de la maternidad, empezaban a caer los primeros copos de otra incipiente nevada. Bajo la arcada de la puerta principal se cruzaron con el comandante Beck que había salido a encenderse un cigarrillo. Hedda era la última de las chicas que entró bajo la arcada.

—Señorita Weiss —saludó cortésmente el comandante Beck, llevándose su mano a la visera de su gorra de plato.

—Comandante Beck —contestó educadamente Hedda.

—Señorita Weiss, si tiene un momento...

—Dígame, comandante.

El resto de las chicas habían entrado ya en el *hall* de la maternidad, continuaron caminando en dirección al «ala roja», no sin antes girarse hacia Hedda y lanzarle miradas llenas de picardía.

—Quería disculparme con usted, señorita. Creo que el otro día...

—Ya le dije comandante que no tenía por qué disculparse.

—Sí, pero quizá usted malinterpretó...

—Yo nunca malinterpreto nada, comandante.

Erich Beck dio otra calada a su cigarrillo. Mirando fijamente a Hedda, le preguntó:

—Usted tiene las ideas muy claras, ¿no, jovencita?

—Sí, comandante. Tengo las ideas muy claras.

—¿Y no es muy joven para tener las ideas tan claras?

—¿Y usted no es también muy joven para tener ese continuo gesto de amargura en su rostro, comandante?

Erich Beck guardó silencio. Sonrió, con su habitual sonrisa amarga. Elevó su mirada hacia el cielo, hacia los silenciosos copos de nieve que caían desordenadamente a su alrededor.

—Parece que vuelve a nevar —dijo.

—Sí, aquí siempre está nevando. ¿Ya han terminado de instalar el cañón

antiaéreo, las alarmas y los reflectores?

—Sí, esta noche los probaremos. Espero que no se asusten cuando...

—Nosotras no nos asustamos, comandante.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Tampoco les asusta la procreación?

Ahora fue Hedda la que guardó silencio, mientras se recostaba contra una de las columnas que soportaban la arcada de la puerta principal.

—No, no tenemos miedo a la procreación, precisamente hoy hemos estado hablando con la señorita De Mezary y nos ha dicho que no debemos temer...

—Honelore de Mezary... Sabe, señorita Weiss, cuando yo era un niño, mi padre me solía leer todas las noches la Biblia. A mí me encantaba ese libro, me gustó hasta que ingresé en Lichterfelde y mi fe cambió... pero eso es otra historia. En ese libro que mi padre me leía, aparecían unos seres que me aterraban, que atormentaban mis sueños todas las noches en mi casa de Múnich. ¿Sabe cómo se llamaban esos seres?

—No, comandante Beck. No lo sé.

—Demonios, señorita Weiss. Se llamaban demonios. Aquí en Marbach Heim también hay demonios. ¿Y sabe cómo se llama el peor de ellos?

—¿Honelore de Mezary, comandante?

—Sí, Honelore de Mezary.

—Yo no creo en demonios, comandante. Creo en el Führer y en el nacionalsocialismo...

—Esas creencias se terminan, señorita. Se acaban perdiendo.

El gesto de amargura en el rostro del comandante Beck había aumentado.

—Ahora ha contestado usted a mi pregunta del otro día, comandante. No cree en el Führer, pero sin embargo sigue llevando ese uniforme de las ss, esas insignias en su cuello y la cabeza de la muerte en su gorra de plato. ¿Por qué, comandante?

—Porque soy un soldado. Y un patriota.

—¿Y acaso no es lo mismo? ¿Acaso el Führer y Alemania no son la misma cosa?

—No, señorita Weiss. No son la misma cosa.

—¿Es por decir cosas como esas por lo que lo han desterrado aquí?

—Desterrado no es la palabra, señorita, la palabra correcta es destinado.

—¿Sabe lo que pasaría si yo contara lo que usted me acaba de decir, comandante? ¿Si se lo contara a la señorita De Mezary?

Erich Beck arrojó su cigarrillo al suelo y lo pisó.

—Sí, lo sé. Pero también sé que no lo hará.

—¿Y por qué no tendría que hacerlo?

—Porque usted es diferente. Porque hay algo en usted que me dice que no es como el resto de las chicas que acuden a estas maternidades.



—A lo mejor se equivoca, comandante.

—A lo mejor, pero me gusta correr riesgos. La vida aquí resulta demasiado aburrida.

—Pues esta vez puede estar jugando con fuego, comandante. Creo que usted está jugando conmigo, sin saber realmente nada de mí.

—Sí lo sé, señorita Weiss. Lo sé muy bien. He visto a muchos chicos y a muchas chicas como usted, en las Juventudes Hitlerianas y en la BDM. Mi hermana Ángela, de la que le hablé, es una de esas chicas. Solo creen aquellas cosas que les inculcan, aquellas cosas que les dicen —Erich Beck señaló con su mano hacia el bosque de Marbach—. Pero detrás de ese bosque, están sucediendo cosas, señorita. Cosas que ustedes desconocen, cosas que provocarían que cambiara de opinión, que viera el mundo de otra manera. Yo ya no tengo salvación, he visto cosas, he hecho cosas... pero usted todavía sí. Y sus compañeras también, aún están a tiempo de salvarse.

—¿Y esas cosas que están sucediendo es lo que provocó que usted perdiera su fe en el Führer, comandante?

—En parte, sí. Pero yo no soy el problema, señorita Weiss. Como ya le he dicho antes, yo ya estoy condenado, ya no tengo salvación. Pero usted sí. Plantéesele, le queda poco tiempo, los agentes de procreación están al llegar. Todavía está a tiempo de decir que renuncia a esto. Vuelva a su casa, a Múnich, con sus padres, que seguramente ahora la necesiten más que nunca. Cásese con un buen muchacho, forme una familia, una familia normal. Y si quiere, siga profesando esa fe inquebrantable que tiene en el Führer. Pero no destruya su vida.

—No voy a destruir mi vida, comandante. Solo voy a entregar mi cuerpo para ofrecerle un hijo al Reich, para ofrendarle un hijo al Führer. El Reich y el Führer lo necesitan, de lo contrario no estaríamos aquí, no existiría *Lebensborn*. Todas nosotras podríamos casarnos con buenos muchachos y tener familia, pero entonces... ¿Dónde estaría nuestro sacrificio? ¿De qué manera ese acto podría considerarse una ofrenda? Mire, usted es un soldado, los soldados hacen la guerra. Nosotras estamos participando en otra guerra, comandante. La guerra biológica. La señorita De Mezary dice, que esa guerra es tan importante como su guerra, como...

—¿Así que esas son las cosas que les meten en la cabeza? Guerra biológica...

—Usted debería saber de lo que estoy hablando, es un oficial de las ss. ¿Acaso no le han enseñado eso en...?

—No solo me lo han enseñado, sino que durante mucho tiempo, yo mismo he propagado esas ideas. Pero hay cosas que usted no puede entender, es demasiado joven. La guerra, señorita, la guerra cambia a los hombres, cambia a las personas.

—Usted estuvo en la guerra, ¿no?

—Sí. En Holanda y en el frente francés...

—¿Y qué le pasó allí?

Erich Beck no contestó. Su mirada se perdió en la inmensidad del bosque. El gesto de amargura había desaparecido de su rostro, había cambiado por un gesto de dolor. Hedda pensó, que pocas veces en su vida, había visto un gesto de dolor y de tristeza tan grande en el rostro de un hombre.

—Mire, señorita Weiss, hay ocasiones en que las personas nos dejamos influenciar por cosas, por situaciones, por momentos, una amistad... errores, errores de juventud que se pagan en algún momento de nuestra vida. Todos somos débiles, frágiles, más débiles y más frágiles de lo que creemos. Luego están todas esas cosas que nos embaucan, ya sabe, los uniformes, los desfiles, las banderas, los himnos, el tronar de los tambores, las consignas, las soflamas, la camaradería, el sentir que perteneces a algo, que eres distinto, fuerte, poderoso. Invencible. El mundo nos pertenece, nos pertenece por entero. Y por supuesto, nuestros himnos y nuestras banderas llevan, escondida en su seno, la divisa de la verdad. Pero la auténtica verdad siempre nos espera, agazapada, escondida, en algún lugar del camino de nuestra vida, del camino que nos toca recorrer. Espera a que lleguemos hasta ella, no tiene prisa, sabe que el momento llegará, y se deleita en ese tiempo de espera. Y un día la encontramos. Y, sabe, a nuestro alrededor, todo se desvanece. Desaparece. Nos vemos solos, enfrentados a nuestra propia realidad. Yo he vivido ese momento y no me gustaría que usted lo viviera. Ninguna de ustedes.

—Comandante, tengo que irme, llego tarde a mi clase de actividades artísticas. No sé qué es lo que quiere de mí, pero me gustaría que no volviera a molestarme. No sé si quiere ayudarme, pero me está usted comprometiendo. Y se está poniendo en un compromiso a sí mismo. Siempre dice esas cosas misteriosas que hacen que yo piense, pero al final, nunca contesta a nada, siempre esquivo mis preguntas. Yo creo que Honelore de Mezary no es ningún demonio, sin embargo, creo que los demonios habitan en usted, y que lo están devorando. Por lo menos, hoy me ha dejado una cosa clara, que no cree en el Führer. Para mí eso ya es suficiente, suficiente para desconfiar de su persona.

—Sin embargo, usted, señorita Weiss, aún no me ha dicho si cree en Dios.

—Sí que se lo he dicho, comandante. Pero usted no me ha entendido, o no ha querido entenderme. Y ahora si me disculpa...

Hedda Weiss entró en el interior de la maternidad y se perdió en la oscuridad del *hall*. Erich Beck sacó su pitillera dorada de un bolsillo de su abrigo de invierno, colocó otro cigarrillo en su boca y lo encendió con un encendedor dorado, donde estaban grabadas sus iniciales. Dio una larga calada, y volvió a mirar hacia el bosque.

---

\* \* \*

---

Hedda Weiss llegó tarde a su clase de actividades artísticas. Cuando entró en la sala

de música, cada chica estaba ya con su instrumento. Else Kruger levantó la vista de las teclas del piano y le lanzó una mirada asustada. Sin embargo, Honelore de Mezary la recibió con la mejor de sus sonrisas.

—Venga, señorita Weiss, llega tarde y su violín le está esperando. Vamos a ver cómo van sus progresos.

Hedda pensó que Honelore de Mezary no podía ser ningún demonio, ningún demonio podía tener una expresión tan dulce y delicada en su rostro. Para ella, el demonio estaba abajo, en la puerta de la maternidad, fumando y mirando el bosque de Marbach. Porque sabía que el demonio era mentiroso y que adoptaba muchas formas, que actuaba bajo muchos disfraces. Y allí, en aquella maternidad perdida en un bosque de Prusia Oriental, Hedda Weiss estaba cada vez más segura que el demonio caminaba escondido bajo el uniforme de un comandante de las ss llamado Erich Beck.

Un demonio que no dejaba de tentarla.

## VII

### PROCREACIÓN

*21 de diciembre de 1941, día del solsticio de invierno. En el calendario nazi de festividades, el día de Julfest.*

Sentada sobre su cama, con ese feo camisón blanco que le llegaba casi hasta los pies y que lucía en su pecho la runa *Leben* carmesí, Hedda Weiss miraba con atención la pequeña bolsita de papel de color marrón claro que la señora Von Exner le había entregado. «Distrito de Königsberg», decía sobre una cruz roja en cuyo centro se distinguían las dos runas de las ss. Llevaba escrito «Marbach Heim» bajo los brazos de la cruz y, al pie de esta, «Para la *Julfest*». Pero lo más sorprendente era lo que había encontrado en el interior de ese sobre de regalo: una carta azul perfumada, escrita con una delicada caligrafía que decía:

*Su regalo, querida señorita Weiss, está en mi habitación.  
Enséñele esta carta a la señora Von Exner.*

*Honelore de Mezary.*

Era el día de la procreación. La señora Von Exner les había informado que los «sementales» de las ss habían llegado esa madrugada a Marbach Heim. En el centro de la habitación, junto a la gran estufa de porcelana, habían instalado una fea bañera de latón. Unas enfermeras entraban en ese momento unos barreños de madera con agua caliente. La señora Von Exner les había dicho:

—Venga, señoritas, quítense el camisón que vamos a prepararlas para la procreación. ¡Esos hombres tienen que ver en ustedes a doncellas arias, no a pocilgueras de granja que es lo que habitualmente parecen!

Hedda se levantó de su cama y caminó hacia la señora Von Exner. Junto a la bañera estaba su amiga Else, desnuda, titiritando y tapándose los pechos con los brazos. Las enfermeras de las ss vertían el agua caliente en la fea bañera.

—Señora Von Exner... —dijo Hedda enseñándole la carta.

La *Helferin* con rostro de doberman la leyó y se la devolvió.

—Haga lo que dice, puede irse.

El resto de las chicas, incluida Else, la miraron de forma sorprendida.

Caminó hacia su taquilla, cuando la voz de la *Helferin* la hizo detenerse en seco:

—¿A dónde va, señorita Weiss?

—A vestirme, señora Von Exner.

—No, tiene que ir con el camisón.

—¿Cuál es la habitación de...?

—La puerta que hay al lado de su despacho.

Hedda agachó la cabeza y se dispuso a salir.

—Por cierto, señorita Weiss, venga aquí un momento.

Hedda dio medio vuelta y se acercó a la desagradable *Helperin*.

—Quítese el camisón.

Obedeció. La *Helperin* la miró fijamente a los ojos. Su habitual gesto malévolo se había transformado en un rictus cercano al placer.

—No me gustaría que la señorita De Mezary se encontrara ninguna sorpresa «desagradable». Ella odia la mugre y la suciedad. Suba los brazos.

Hedda lo hizo. La *Helperin* le examinó los sobacos, luego se agachó.

—Abra las piernas.

Hedda lo hizo.

—Dese usted la vuelta.

Se dio la vuelta. Sintió un fuerte tirón en sus nalgas.

—Muy bien, póngase el camisón y márchese.

Mientras se ponía el camisón, lanzó una mirada desafiante a la *Helperin*. Esta pareció en un primer momento sorprendida. Luego, se giró hacia las chicas y les dijo:

—Venga, todas en fila, vamos a lavarles. ¡Dios, cómo puede ser que señoritas tan jóvenes huelan tan mal!

«Todas olemos a perfume. Disfruta humillándonos», pensó, mientras abandonaba la habitación.

Honore de Mezary la esperaba en la puerta de su habitación. Extendiendo su mano, cogió la de Hedda y le dijo:

—Venga conmigo, mi preciosa doncella aria. La primera de mis reinas.

Hedda se sintió transportada a otro lugar, a un lugar lejano y desconocido cuando entró en la habitación de la *Helperin* del uniforme negro. Nunca en su vida había visto un sitio igual. Toda la habitación estaba iluminada con delicadas lámparas de pantalla. La presidía un gran ventanal, que daba a la explanada principal de la maternidad y al congelado bosque de Marbach. La habitación estaba dividida en tres partes: la primera, un pequeño saloncito con dos sofás, una mesa despacho y un escritorio. Sobre los sofás, cojines de veludillo. Encima del escritorio, un retrato al óleo de Hitler. En la parte central de la habitación, una gran mesa comedor, decorada con candelabros dorados que representaban ángeles, y tres floreros, también dorados, con flores frescas. Alrededor de la mesa, tres recias sillas de madera de nogal. A un lado, una mesa estantería repleta de pequeños portarretratos. Honore de Mezary se dio cuenta que la atención de Hedda se había concentrado inmediatamente en esos pequeños portarretratos, y le dijo:

—Puede mirarlos.

Señaló uno de ellos y miró a la señorita De Mezary. Esta cogió el portarretratos en la mano y le explicó:

—Aquí estoy con el *Reichsführer* Himmler, su bella esposa Marga y su hija, Gudrun. La niña es un encanto —dijo la *Helferin* sonriendo—. Nos hicimos esta fotografía en su casa de Múnich.

En otra de las fotografías, la señorita De Mezary estaba en una terraza, con una bonita vista alpina tras ella. Junto a la *Helferin*, estaba el mismísimo Führer, Adolf Hitler, y dos mujeres de gran belleza elegantemente vestidas.

—Esta fotografía nos la hicimos en el Berghof, en las montañas del Obersalzberg. Fue en el verano de 1939, poco antes de la campaña polaca. Por aquellos días yo acababa de salir de Heim Hochland. Mire señorita Weiss, aquí está el Führer y ellas son dos buenas amigas, la señora Inge Ley, mujer de Robert Ley, y Henrietta von Schirach, la mujer de Baldur von Schirach. ¡Ay, la dulce «Henny»! ¡Cuánto la echo de menos!

Alguien tocó a la puerta.

—Pase —dijo la señorita De Mezary.

—Traigo el uniforme de...

—Pase y déjelo sobre mi cama.

Era una enfermera de las ss, llevaba en su mano el uniforme de Hedda.

—Venga, señorita Weiss, otro día veremos el resto de las fotografías. Hoy tenemos cosas que hacer. Esta noche es la procreación, y usted debe de estar espléndida. Como le he dicho antes, es la primera de mis reinas.

Mientras caminaba con Honelore de Mezary hacia la tercera parte de su habitación, la cabeza de Hedda daba mil vueltas. Lo que había visto, la había dejado desconcertada. Esa mujer visitaba la casa del *Reichsführer* Himmler en Múnich, y el palacio del Führer en las montañas de Baviera. Se fotografiaba con ellos y era amiga de las mujeres de algunos de los jefes más influyentes del Estado. Pero... ¿Quién era esa mujer? ¿Y qué hacía allí, en aquel rincón de Prusia Oriental, en mitad de ese inmenso y neblinoso bosque? El mito de Honelore de Mezary crecía y crecía dentro de su cabeza y también, y por primera vez, la satisfacción. La satisfacción de haberse convertido en su protegida.

La tercera parte de la habitación era el aposento de la *Helferin*. Presidiéndolo, una gigantesca cama de tipo Imperial, y sobre ella, el uniforme de Hedda que había dejado la enfermera. A un lado de la cama, un tocador y un armario, el tocador y el armario más grande que había visto en toda su vida. Junto al tocador, un espejo de cuerpo entero. Al otro lado, tras la cabecera de la cama, una puerta cerrada.

Honelore de Mezary abrió la puerta. Era un baño. Las paredes y el suelo de ese baño eran de mármol de Carrara. La grifería de la bañera y del lavabo eran de oro.

—¿Le gusta? —preguntó la *Helferin*.

—Es increíble —contestó, imaginando que ponía cara de tonta.

—Fue un regalo del *Reichsführer* cuando me instalé aquí —dijo la *Helferin*, sonriendo.

«Una paleta», pensó Hedda. «Viéndome mirar todo como lo miro, debe pensar que soy una paleta».

—Quítese el camisón, señorita Weiss.

Hedda obedeció. La *Helferin* se sentó en el borde de la bañera y metió dentro una de sus manos, acariciando suavemente el agua.

—Está en su punto.

Se levantó y salió del baño, en dirección al tocador. Volvió a entrar en el baño con dos frascos de cristal, de extraño diseño, en sus manos.

Vertió el contenido de los frascos en el agua de la bañera. El olor a lirios, que la acompañaba allí donde iba, invadió el baño.

—Son unas sales de baño especiales, me las manda mi amiga Käthe von Nagy desde París.

—¿La actriz? —preguntó Hedda.

—Sí, señorita Weiss, la actriz. Venga, entre en la bañera.

Entró en la bañera. Mientras lo hacía, la señorita De Mezary le dijo:

—Venga, señorita Weiss, vamos a arreglarla en condiciones. Vamos a ver si conseguimos que esos hombres a los que no ha matado la guerra, se mueran cuando pongan los ojos sobre usted esta noche.

El brillo luminoso resplandecía en sus ojos.

Dos horas más tarde, vestida con su uniforme y con ese intenso olor a lirios emanando de su cuerpo («se van a morir de envidia», se dijo a sí misma pensando en las otras chicas. «Hoy huelo como ella»), se miraba en el espejo de cuerpo entero, mientras la señorita De Mezary terminaba de colocar unas florecillas entre la trenza *Gretchen* que, como siempre, decoraba la cabeza de Hedda. Era una especie de corona floral. Mientras lo hacía, no dejaba de mirarla y de sonreírle mientras, una vez tras otra, le decía:

—Está muy guapa, mi joven doncella aria. La primera de mis reinas.

---

\* \* \*

---

La cena de la noche del *Julfest* era el momento elegido para que las chicas conociesen a los agentes de procreación. Habían dispuesto que se celebrara en el gran comedor del ala roja. En una especie de procesión, las chicas seguían a la señorita De Mezary a través de los largos pasillos de la maternidad. La *Helferin* aprovechó ese momento para dar a las chicas las últimas instrucciones:

—Cenaremos con los agentes de procreación, el comandante Beck y el capitán

Elsner.

Al decir esto, Honelore de Mezary volvió su cabeza hacia Hedda, que caminaba tras ella, y la miró directamente a los ojos. Hedda no comprendió esa mirada.

—El teniente coronel doctor Oertl, la comadrona jefe Schmund y la enfermera jefe Schneider cenarán con las otras residentes de la maternidad. Nos hemos tenido que repartir.

Llegaron al *hall*. La señorita De Mezary abrió una de las puertas por las que se accedía al ala roja. La procesión continuó por otro largo pasillo.

—Después de la cena, celebraremos el fuego de *Julfest*. Hemos preparado dos hogueras, la nuestra está en la gran explanada. Los agentes de procreación habrán hablado entre ellos y elegido a una de ustedes. Ante el fuego, les entregan un anillo a cada una. Esa será la señal de la elección. Después, se dirigirán con ellos al área de procreación.

La señorita De Mezary se detuvo. Se colocó delante de las chicas y les dijo:

—Ya no tengo que decirles lo que harán allí. Simplemente, déjense llevar.

Al decir esta última frase, miró a Hedda. Sonrió.

—Otra cosa, durante la cena sería mejor que no hablasen, simplemente coman, les hará falta. Los hombres hablarán de sus cosas, la guerra y todo eso, ya lo saben. Ustedes permanezcan en su sitio, en la posición que les corresponde. Si les preguntan algo, contesten, pero no entablen conversación. Especialmente usted, señorita Meier, habla demasiado, siempre cuenta sus cosas y a esos hombres, sus cosas no les interesan. Señorita Kruger, usted no baje la cabeza, siempre parece que se le ha perdido algo en el suelo. Señorita Friedrich y señorita Ritter, manténganse siempre erguidas. Señorita Weiss, a usted no tengo que decirle nada, siempre lo hace todo bien. No me falle hoy.

Hedda asintió con la cabeza.

—Recordad a lo que hemos venido aquí. Esto no es un burdel. Quiero doncellas arias, no putas. ¿Entendido?

Las cinco chicas movieron afirmativamente la cabeza.

Honelore de Mezary tocó tres veces con los nudillos en la puerta del comedor. Esta se abrió. La señora Von Exner fue la encargada de hacerlo.

El diseño del comedor había cambiado. En los dos fondos, habían instalado grandes banderas del Reich, decoradas con verdes ramas de roble a su alrededor. Las lámparas de araña estaban apagadas y las pequeñas lámparas de pantalla de las paredes habían sido sustituidas por candelabros, sostenidos por brazos dorados que terminaban en puños de hierro. En el centro de la sala habían instalado una mesa larga, donde ya se encontraban sentados los hombres. Todos ellos, incluidos el comandante Beck y el capitán Elsner, lucían el uniforme de gala negro de las ss, con los cordoncillos trenzados de hilo de aluminio, el cinturón de brocado y el sable. Los



hombres se pusieron en pie cuando vieron entrar a la señorita De Mezary y a las chicas. No hubo saludos. Frente a ellos había seis sillas vacías tapizadas en rojo, con las iniciales M.H. doradas en el respaldo. Cada chica, se sentó en una silla. Hedda lo hizo junto a la señorita De Mezary, y frente al comandante Beck y un agente de procreación.

La mesa estaba iluminada con bonitas *Julleuchter*, linternas de Navidad de barro, decoradas con corazones. En la linterna de Navidad que había junto a cada comensal, las velas estaban en su interior, ardiendo como pequeñas candelarias. En las que ardían en el centro de la mesa, las velas estaban sobre las linternas y estaban decoradas con runas y esvásticas. Entre linterna y linterna, una botella de vino del Rin y una botella de agua. Excepto en el lugar que ocupaba el comandante Beck. Allí había una botella de cerveza de la marca *Holzkirchenerbräu*. El servicio habitual del comedor había sido sustituido por camareros de las ss, que vestían sus tradicionales chaquetas blancas con cordoncillos trenzados dorados y pantalones negros. En cuanto las chicas estuvieron sentadas, se dirigieron hacia las botellas de vino y llenaron las copas de los hombres. Otros camareros, hicieron lo mismo con las chicas, a las que sirvieron agua de la marca *Fachinger*.

Desde que se había sentado, el comandante Beck no había apartado su amarga mirada de Hedda. Cuando le fueron a servir el vino, el comandante agarró con fuerza su botella de cerveza y le dijo al camarero:

—Yo no bebo vino, joven. Soy bávaro.

Todos los hombres rieron. El camarero dijo de forma atolondrada:

—Disculpe, mi comandante...

Erich Beck sacó un cigarrillo turco de su pitillera y se lo llevó a la boca. Lo encendió con el encendedor dorado grabado con sus iniciales, y dio una larga calada. En ningún momento apartó la vista de Hedda.

—Debería dejar de fumar, comandante —dijo Honelore de Mezary. Su voz sonaba fría y distante—. Sabe, no es un buen hábito. Al Führer no le gusta, no he visto nunca a nadie fumar a su alrededor. En realidad, el Führer detesta a la gente que fuma.

—El Führer detesta muchas cosas, señorita De Mezary. Demasiadas cosas —contestó Erich Beck, lanzando a la *Helferin* una mirada desafiante.

«La velada promete», pensó Hedda para sus adentros. «Va a estar entretenida, muy entretenida».

---

\* \* \*

---

—¡Quién pudiera estar en su situación, caballeros! —dijo el capitán Elsner, mirando a las chicas con su habitual rostro de sádico, mientras daba grandes palmadas sobre

sus piernas.

Los agentes de procreación rieron de forma estridente. Todos menos uno, el que estaba junto al comandante Beck, frente a Hedda. Erich Beck tampoco rio, volvió a dar un largo trago a su enésima cerveza y encendió otro cigarrillo.

Tras la copiosa cena de *Julfest*, se había dado paso a la tertulia. El comandante Beck seguía mirándola todo el tiempo, pero Hedda esquivaba su mirada. Ella miraba furtivamente al agente de procreación sentado junto a él. Pensó, que en otro tiempo, debió de ser un hombre atractivo y apuesto, tan atractivo y tan apuesto como el propio comandante Beck. Solo que ahora ese hombre se había convertido en la sombra de sí mismo. Hedda había empezado a llamarlo, en su interior, «el agente triste». Había una tristeza casi brutal en sus bonitos ojos, a la luz de las linternas de Navidad, su rostro parecía blanquecino y demacrado, casi fantasmal. Tenía dos grandes bolsas negras bajo sus ojos, como si hiciera tiempo que no durmiera o no descansara bien. El uniforme parecía venirle grande, posiblemente porque habría perdido mucho peso. Prácticamente no hablaba, y en ocasiones, la miraba con un rictus diferente en su rostro al del resto de los agentes de procreación. Un rictus de pena. Era como si ese hombre, sintiese lástima de ella y del resto de las chicas. O quizás, sentía lástima de sí mismo. Hedda pensó, que en realidad, ese hombre no estaba allí. Ese hombre estaba muy lejos, en el frente, en el frente de combate en el que estuviera destinado. Lo que había llegado hasta esa casa en el bosque de Marbach, era solo su sombra. Hedda reconocía que, en esa situación, cualquiera de los otros agentes de procreación era más atractivo que él, pero sin embargo, sentía que le gustaría que fuera ese hombre el que entrara en el área de procreación con ella. «El agente triste» sería un buen acompañante para esa noche tan especial. Tan especial para ella. La noche que entregaría su cuerpo al Führer, la noche en que dentro de su vientre, empezaría a latir su ofrenda.

—¿A qué división pertenecen? —preguntó a los agentes el comandante Beck.

—División *Das Reich*, comandante... bueno, cuatro de nosotros. Hemos combatido en Minsk, Smolenks y Vorodino. Ahora estamos a las puertas de Moscú.

El que contestó era el agente que parecía más altanero de todos ellos, un hombre muy joven, alto, corpulento, llevaba el pelo cortado al cepillo y tenía unos ojos pequeños y astutos.

—Yo pertenezco a la división *Wiking*. Estamos luchando en el Cáucaso —dijo el «agente triste».

—¿El Cáucaso? —preguntó el comandante Beck—. ¿Ya hemos llegado hasta allí?

—Sí, pero ahora estamos atascados. El avance se ha detenido.

—Estaréis atascados vosotros, los del Grupo de Ejércitos Sur. Nosotros, los del Grupo de Ejércitos Centro, seguimos avanzando —respondió de forma bravucona

otro de los agentes.

—Hasta que dentro de poco se atasquen —la voz del comandante Beck sonó tan amarga como su mirada.

Se hizo el silencio entorno a la mesa. La señorita De Mezary miró a Erich Beck con ojos furiosos. Else Kruger tosió, lo venía haciendo toda la noche.

El agente de los ojos astutos cruzó sus brazos sobre la mesa y, mirando fijamente al comandante Beck, le preguntó:

—A parte de estar en esta maternidad, ¿ha combatido usted, comandante? ¿Sabe lo que es el combate?

—Sí, con el *Leibstandarte*. En Holanda y en Francia.

Otro incómodo silencio en la larga mesa festiva, ojos buscando a otros ojos, miradas cruzadas en todas las direcciones. La forma con la que el comandante Beck había pronunciado la palabra *Leibstandarte* había impresionado tanto a los agentes de procreación como a las chicas.

—¿Y usted, capitán Elsner? —preguntó otro de los agentes.

—Sí, estuve en Francia. «Batallones de la calavera» —el gesto sádico del capitán había alcanzado su cenit.

—Se cuentan muchas cosas de los «batallones de la calavera». ¿Son todas ciertas? —preguntó el agente de los ojos astutos.

—Todas. ¡Fue divertido!

Más risas estridentes entre los hombres, risas ahogadas por el gesto serio del comandante Beck.

—El *Leibstandarte* lo hizo bien en Francia, ¿verdad, comandante? —preguntó otro agente.

—No, la verdad es que no. No lo hicimos bien, nada se hizo bien en ese frente. Nada se ha hecho bien en esta guerra.

—¿Qué está queriendo decir, comandante?

Ahora la conversación estaba cogiendo una dirección realmente seria.

—Dunkerque. Aquello fue un fracaso, un gran fracaso. Un gran fracaso que se vendió como un éxito. Alguien tomó las decisiones equivocadas. Dejar que se evacuara al ejército expedicionario británico fue un grave error de cálculo. Ellos volverán, volverán a invadir Europa. Y ahora los americanos están en esto... abrirán un segundo frente. ¿Cómo podremos luchar en dos frentes distintos?

—Para entonces solo quedará un frente, comandante. Los *soviets* no tienen nada que hacer, están acabados, usted no ha estado allí, no los ha visto combatir...

—¿Por eso están ustedes atascados?

—No es por ellos, ha sido el invierno. Los repuestos no llegan, los caminos están congelados...

—¿Y a quién se le ocurrió atacar a la Unión Soviética en junio, a solo cinco

meses del invierno? ¿Por qué se abrió ese frente absurdo en los Balcanes? Se perdió un tiempo precioso intentando sacar a los italianos del atolladero en el que se habían metido en Grecia.

Uno de los agentes de procreación se levantó de su silla y, apoyando sus manos en la mesa, dijo:

—Comandante Beck, estaba previsto que la *Blitzkrieg* derrotara a los *soviets* en tres meses, como mucho...

—Entonces, ¿qué ha pasado? Llevamos seis meses y ustedes reconocen que los frentes están atascados. Solo hay dos opciones.

—¿Qué opciones, comandante?

—O bien hemos infravalorado a los rusos, o bien hemos sobrevalorado a nuestro ejército.

El agente de procreación más locuaz, el altanero de los ojos astutos, se levantó también de su silla y, en la misma posición que su compañero, dijo:

—Comandante, usted habrá combatido en el frente occidental, pero no tiene ni idea de lo que sucede en el frente oriental, el Ejército Rojo no es más que una banda...

—Que ha provocado que nos atasquemos, que el avance se haya detenido, que nuestros hombres estén congelados, muriendo a consecuencia del frío y de las enfermedades. Expuestos a un ejército que combate en su propio terreno, que conoce su terreno.

Por primera vez, Hedda vio cómo el «agente triste» asentía ligeramente con la cabeza.

El agente de procreación altanero miró hacia los dos lados de la mesa. Se había desabrochado la guerrera. Sus pequeños y astutos ojos parecían escupir fuego. Con voz casi solemne, dijo:

—¿Está usted sugiriendo que nuestros generales y oficiales están dirigiendo mal esta guerra? ¿Está usted sugiriendo, comandante, que nuestro Führer, del que emanan todas las órdenes, está dirigiendo mal esta guerra?

—Yo no estoy sugiriendo nada, caballeros, yo estoy diciendo...

—¡Ya está bien, comandante! ¡Nos está usted amargando la cena!

Honore de Mezary se levantó y dio una fuerte palmada en la mesa. Else Kruger volvió a toser, Hildegard Meier se sobresaltó. Hasta ese momento, la *Helferin* había permanecido en silencio, mirando al comandante fijamente, «tragándose la bilis», pensó Hedda. Hasta el «agente triste» pareció sobresaltarse ante la airada reacción de la *Helferin* del uniforme negro. Los agentes de procreación volvieron a sentarse en sus sillas.

Erich Beck, inmutable, se encendió otro cigarrillo. Con tono pausado, cansino, dijo:

—Discúlpeme, señorita De Mezary, pero yo solo estaba diciendo la verdad — Erich Beck dio otro trago a su cerveza—. La verdad es como un trago amargo.

—La verdad, la verdad... ¿Qué es la verdad, comandante? —Honelore de Mezary había formulado la pregunta con un tono desafiante.

Erich Beck tardó en contestar. Hedda observó que a la tenue luz de las linternas de Navidad, la cicatriz de su mejilla había conferido a su rostro mayor atractivo. Un atractivo romántico.

—La verdad, señorita, es como un disparo en el bosque.

—¿Un disparo en el bosque? ¿Pero de qué demonios está hablando, comandante?

—Un disparo sobre tu propia cabeza, en mitad de ese gigantesco bosque que nos rodea, señorita De Mezary.

La frase causó un gran impacto en Hedda. «Un disparo en el bosque». El rostro de Honelore de Mezary había adquirido un color ceniciento, por primera vez, la *Helferin* pareció dudar, el brillo luminoso había desaparecido de su rostro. Hedda tuvo la sensación de que ambos estaban hablando en una especie de lenguaje cifrado. Un lenguaje que solo entendían ellos. Quizás a eso se debiera la expresión que se había instalado en el rostro de la instructora jefe.

Erich Beck se levantó. El capitán Elsner hizo lo mismo. El comandante ss dijo:

—Señoritas, caballeros, tengo que retirarme. Iré a ver cómo van las hogueras de *Julfest*.

Por una fracción de segundo, Erich Beck miró las insignias del *Leibstandarte Adolf Hitler* que llevaba en la bocamanga de su guerrera. Con la sonrisa más triste y amarga que Hedda hubiera visto nunca, se despidió diciendo:

—Tengo dos hogueras que vigilar.

Se caló su gorra de plato, hizo un gesto de saludo llevando su mano a la visera de la gorra, y abandonó el comedor dando grandes zancadas, mientras el capitán Elsner caminaba tras él como un perrito faldero.

Nadie dijo nada. El «agente triste» miró a Hedda. Else Kruger empezó a mover la pierna de forma nerviosa. La señora Von Exner, sentada junto a ella, le dio un disimulado codazo.

---

\* \* \*

---

Junto al fuego de *Julfest*, los agentes de procreación entregaron a las chicas los anillos que simbolizaban su elección. La noche era fría y neblinosa, pero al menos había dejado de nevar. Aunque, claro, en ese recóndito lugar de Prusia Oriental la nieve se presentaba en el momento más inesperado.

La gran hoguera ardía en el centro de la gran explanada, frente a la puerta principal de la maternidad. Honelore de Mezary, la señora Von Exner, los agentes de

procreación, las chicas, el comandante Beck, el capitán Elsner y algunos de los soldados del destacamento de Marbach Heim se habían situado en círculo, alrededor de la hoguera. Tras unas breves palabras de la señorita De Mezary, una de sus habituales arengas sobre la pureza racial, cada uno de los agentes de procreación avanzó hacia una de las chicas. Era el momento de la elección.

Hedda sintió un pinchazo en la boca del estómago, mientras veía a los cinco hombres caminar hacia ellas. Tres de ellos se pararon junto a Lene, Anna y Hildegard. El «agente triste» y el de los pequeños ojos astutos siguieron caminando hacia ella. Para su satisfacción, el agente de los ojos astutos se detuvo junto a Else Kruger. Hedda respiró aliviada. El «agente triste» la había elegido.

—Señorita —dijo el hombre, mientras le entregaba una pequeña cajita.

Hedda hizo una ligera inclinación, y cogió entre sus manos la cajita. Estaba revestida de terciopelo rojo y sobre su tapa llevaba grabada una cruz gamada blanca.

Con mucho cuidado, la abrió. A la luz del fuego de *Julfest*, el contenido de la cajita brilló en la noche.

Era un anillo. Un anillo que ya había visto antes, en el dedo corazón de Honelore de Mezary. Era un anillo de oro de forma circular. En el centro, sobre un cristal oscuro, una runa *Leben* de color dorado. Era el anillo *Lebensborn*.

El «agente triste» cogió el anillo en sus manos y, con delicadeza, lo colocó en el dedo corazón de Hedda.

En la noche, un disparo. Hedda se estremeció. Otro disparo. Los soldados del comandante Beck estaban disparando una serie de salvas. Todos se giraron hacia la hoguera.

Los brazos se alzaron en un saludo hacia el fuego. La canción de Horst Wessel rompió el silencio de la noche.

*¡Las calles libres por los pardos batallones!*

*¡Las calles libres por los hombres de las tropas de asalto!...*

Mientras cantaba el himno del partido, Hedda Weiss fijó su mirada en las chispas que se desprendían de la gran hoguera, pequeños fuegos fatuos que ascendían hacia el oscuro e invernal cielo prusiano.

Fue entonces cuando percibió que el comandante Beck la estaba mirando. Estaba frente a ella, al otro lado de la hoguera, muy erguido, con su brazo levantado hacia el fuego, pero sin cantar, sus labios parecían sellados. El comandante ss la miraba con un gesto de desaprobación en sus ojos. A través del fuego, la figura del apuesto comandante parecía distorsionarse. No sabía el porqué, pero un sentimiento de rabia y de ira la inundó. Un sentimiento de rabia y de ira dirigido contra ese hombre.

Fijando sus ojos en los del comandante, empezó a cantar cada vez más alto, y más

alto. Y más alto. Un gesto de sorpresa se instaló en el rostro del comandante.

... *Ya vemos en la cruz gamada la esperanza de millones,  
el día en que se instaurará la libertad y el pan...*

Hedda no era consciente, pero en ese momento ya no estaba cantando. Estaba gritando.

---

\* \* \*

---

Sus ojos analíticos observaban con detenimiento la habitación que le había tocado en suerte en aquella zona del ala roja a la que llamaban «el área de procreación». Estaba sentada sobre la cama, una cama casi idéntica a la de la habitación de las chicas en el ala blanca. La habitación era muy pequeña, solo disponía de un armario para que colgaran la ropa, un pequeño tocador con espejo, dos sillas de madera y una ventana que daba a la helada inmensidad del bosque de Marbach. Frente a la cama, un retrato del Führer, que Hedda consideró como el objeto más importante, el motivo de su presencia allí, el motivo por el que iba a entregar su cuerpo a ese hombre, el único y exclusivo motivo de su ofrenda.

A un lado de la cama había un pequeño cuartito de baño, compuesto por una ducha, un retrete y un lavabo para el aseo personal. El «agente triste» estaba en ese momento dentro del cuartito, lavando sus manos. El hombre se había quitado la guerrera de gala, que colgó en el armario que había junto a la puerta.

El hombre secó en una toalla sus manos y salió del cuartito. Con sus ojos tristes, miró a Hedda.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Hedda. Hedda Weiss. ¿Y usted?

Desde que habían entrado en el área de procreación hasta ese momento, no habían intercambiado palabra.

—Me llamo Harald. Harald Petersen.

—¿Es la primera vez que acude como agente de procreación a un *Lebensborn*?

—No —contestó el oficial. Se había sentado junto a ella en la cama—. Esta es la segunda vez, la primera fue en 1938, tras la operación de Austria. Fue en una maternidad cerca de Wiesbaden. Creo que se llamaba Taunus Heim.

—¿Y le gustó la experiencia?

—Cumpló órdenes, señorita Weiss. No valoro si me gusta o no.

Hedda sonrió. Le gustó esa respuesta del agente. Un hombre que recibía órdenes y las acataba. No era como el comandante Beck, siempre cuestionándolo todo. En cierta manera, era como ella. Ella también cumplía órdenes, órdenes del Führer. La

orden de poner su cuerpo a disposición del Estado y engendrar un niño para el Reich.

—¿Es usted soltero?

—No, estoy casado. Me casé hace unos meses, fue una bonita ceremonia, en el Grunewald. Espere, le enseñaré algo.

El hombre se levantó de la cama y caminó hacia el armario. Rebuscó en los bolsillos de su guerrera hasta que encontró algo. Una fotografía. Una fotografía manoseada y algo arrugada. Volvió a sentarse junto a ella y puso la fotografía en sus manos.

—Esta fotografía es del día de nuestra boda. Mire, esta es mi mujer.

El agente llamado Harald señaló a una bonita chica rubia, con un precioso vestido de novia. «Ese vestido debe costar un dineral», pensó Hedda.

—Se llama Katrin, es de Valonia, aunque sus orígenes son flamencos. La conocí en Francia, ella servía en el cuerpo de enfermeras del Reich. Fue un flechazo. Ahora vive con mis padres en Berlín. Todavía no hemos tenido tiempo de comprarnos nuestra propia casa. Sabe, he pasado muy poco tiempo con ella. Mañana partiré para Berlín, tengo hasta el día seis de enero de permiso. Tengo muchas ganas de verla. Además, tal y como están las cosas, pienso que no voy a tener muchos permisos más para poder visitarla.

La chica estaba acompañada en la fotografía por otras tres personas: una dama con un porte elegante y de aspecto aristocrático, un hombre anodino, con unas feas gafas y un uniforme de funcionario del partido, y un niño. El niño vestía el uniforme del *Jungvolk*, la rama infantil de las Juventudes Hitlerianas. Hedda observó detenidamente los ojos del niño. Eran muy impactantes, unos ojos feroces que recordaban a los de un animal salvaje.

—¿Y ellos? —preguntó Hedda.

—La señora es Helga, mi madre...

—Es muy guapa...

—Sí, siempre lo ha sido, y muy elegante. Me gustaría que pudiese ver sus ojos, son azul turquesa. Mi abuelo siempre decía que tenía los ojos más bonitos de Alemania. «Una mirada dulce en un país de miradas duras», decía siempre el abuelo.

Había un deje de nostalgia en la voz del hombre.

—Él es Kurt, mi padre. Trabaja para el DAF<sup>[3]</sup>. El niño es mi hermano, Hans. El pequeño Hans...

Los tristes ojos del hombre se perdieron en algún punto de la habitación, mientras pronunciaba el nombre de su hermano. Volvió a mirarla y le preguntó:

—¿Y usted, señorita Weiss? ¿Vive...?

—Vivo en Múnich con mis padres, Peter y Maria. Mis padres regentan una pastelería en el centro de la ciudad, yo trabajaba con ellos hasta que...

—Si puedo hacerle una pregunta... ¿Por qué hace esto?



Se hizo el silencio entre los dos. Hedda no contestó, y en ningún momento tuvo intención de contestar. Una cosa era que entregase su cuerpo a ese hombre, como un medio para hacer su ofrenda al Führer y otra, que tuviera que explicarle algo que pertenecía a su intimidad.

—Creo que ha llegado el momento de que hagamos lo que hemos venido a hacer aquí.

—Sí, yo también lo creo —respondió el agente llamado Harald, con un tono de voz tan triste como sus ojos.

Hedda se levantó y caminó hacia el tocador con espejo. Se sentó en una de las sillas. Se quitó, una por una, las pequeñas florecitas que la señorita De Mezary había colocado en su trenza *Gretchen*. Las dejó sobre el tocador. Luego, empezó a destrenzarse el pelo. A través del espejo, vio cómo el hombre se desnudaba. Era la primera vez en su vida que veía a un hombre desnudo. Sintió un escalofrío. Mientras miraba al hombre desnudo que se había tumbado en la cama, la invadió una extraña sensación. Una sensación cercana a la angustia.

Cuando terminó de destrenzar su pelo, se desnudó. No dejó su ropa en el armario que había junto a la puerta, sino sobre la silla que había utilizado junto al tocador. Una vez desnuda, caminó hacia la cama. La sensación de angustia no había desaparecido y además ahora, se había unido otra sensación. La sensación del miedo. Y eso, no era algo natural. En ella, no.

Se tendió en la cama, junto al hombre. Este, delicadamente, se situó sobre ella.

—Empiece ya. Hágalo rápido, por favor.

Mientras decía esto, buscó con su mirada el retrato del Führer. Tenía que pensar que ese momento era el momento de su sacrificio al Führer, un sacrificio que, en un momento u otro, este le agradecería. Buscó en el retrato los ojos del Führer esos mismos ojos que, un día, la habían mirado. Tenía que pensar que las manos que la estaban tocando no eran las manos de ese hombre sino las manos del Führer, las manos que, un día, en Múnich, habían acariciado su rostro. Tenía que pensar que ese hombre que había sobre ella no era un oficial de las ss llamado Harald, natural de Berlín, marido de una chica llamada Katrin, un hombre que servía en el frente oriental, en una división llamada *Wiking*.

Hedda Weiss tenía que pensar que ese hombre que había sobre ella era el único hombre del mundo al que le entregaría su cuerpo.

Un hombre llamado Adolf Hitler, Führer del Tercer Reich.

---

\* \* \*

---

Hedda no se esperaba el amargo recibimiento que le esperaba en la habitación de las chicas, cuando terminó su encuentro con el agente de procreación. Una vez que se

había aseado y vestido, abandonó la habitación, mientras el «agente triste», llamado Harald, dormía. La señora Von Exner estaba en el pasillo del área de procreación, frente a las puertas de las habitaciones donde las chicas mantenían sus encuentros. Sin hablar, la señora Von Exner la acompañó a través de la intrincada red de pasillos de la maternidad hasta su habitación en el ala blanca.

Cuando entraron, los ojos de Lene Friedrich buscaron desesperadamente a Hedda. La chica estaba sentada sobre su cama. Sentada en una silla, en mitad de la habitación, se encontraba Else Kruger. A diferencia de Lene o de ella misma, Else no vestía ya con el uniforme de la BDM. Else estaba vestida con el feo camisón blanco con la runa *Leben* carmesí bordada en el pecho. Tenía la mirada perdida en el suelo. No dejaba de mover su pierna.

—Siéntese en su cama, señorita Weiss, y permanezca en silencio. Por su propio bien, y el de la señorita Kruger, no le pregunte nada ni intente establecer ninguna conversación con ella.

—Como usted diga, señora Von Exner.

La señora Von Exner abandonó la habitación. Lene Friedrich se giró hacia Hedda y le hizo un gesto de extrañeza con su rostro y levantando sus hombros. Ninguna de las tres habló, aun sabiendo que estaban solas. Era como si la presencia ominosa de la *Helferin* con cara de doberman continuara en aquella habitación.

Else Kruger permaneció todo el tiempo con la mirada perdida en el suelo. Y moviendo sin parar su pierna.

---

\* \* \*

---

Anna Ritter fue la siguiente en llegar. Hildegard Meier fue la última. La reacción de las dos chicas fue la misma, cuando vieron a Else Kruger sentada en mitad de la habitación y vestida con el camisón: mirar a Hedda y Lene intentando que estas les explicaran algo.

Cuando Hildegard estuvo sentada sobre su cama, la señora Von Exner entró en la habitación y cerró la puerta, dando un potente portazo. Las cinco chicas se estremecieron.

La señora Von Exner caminó lentamente hacia donde se encontraba Else Kruger. El rictus malévolos de su rostro se había transformado ahora en algo tan depravado que provocó en Hedda un nuevo estremecimiento. Else Kruger seguía sin levantar la mirada del suelo.

—Muy bien, señoritas, tengo que informarles que su compañera, la señorita Kruger, no es una doncella aria. Es un perro.

—Señora Von Exner, yo...

—¡Cállese! —aulló la *Helferin*.

Las cuatro chicas se miraron, ninguna comprendía lo que estaba pasando. Las manos de Else Kruger empezaron a temblar.

—¿Quiere explicarles a sus compañeras, por qué, si no es usted un perro, ha mordido en el rostro a un agente de procreación?

—Me he asustado, yo... me estaba haciendo daño...

—¡Al suelo! —gruñó la señora Von Exner. Else Kruger miró a la *Helferin* con ojos desconcertados.

—¡Le he dicho que al suelo! ¡Póngase a cuatro patas, como hacen los perros!

Else Kruger obedeció. Ahora sollozaba. El temblor se había extendido a todo su cuerpo.

La señora Von Exner sacó de su bolsillo un collar de perro y una cadena. Colocó el collar en el cuello de Else y enganchó a él la cadena.

—Señora Von Exner, por favor, no me haga esto...

—¡A callar! Los perros no hablan, ladran. ¿Pero en qué estaba usted pensando? ¿Pero sabe lo que ha hecho? ¡Usted estaba cumpliendo una misión sagrada! ¿Ha entendido bien? ¡Sagrada!

—Por favor, señora Von Exner, solo me he asustado, nunca había estado con un hombre, él me hacía daño... —suplicó Else Kruger.

—No me suplique más. Ahora mismo, en mi habitación, acabaremos con esas tonterías tuyas. ¡Camine!

La *Helferin* agitó la cadena. Else Kruger caminó a cuatro patas hacia la salida de la habitación de las chicas. Era una escena lamentable. La joven se pisaba continuamente el camión con las rodillas, y esto le provocaba caer de bruces contra el suelo.

—Señora Von Exner, por favor, permítame solo ir al baño, no he ido desde...

La *Helferin* se detuvo. Miró a las otras cuatro chicas. Sonrió. Con su sonrisa más malévola y diabólica.

—¡Camine! —gritó la *Helferin*.

El silencio en la habitación de las chicas era total. Hildegard Meier se cubrió la boca con las manos. Hedda permanecía imperturbable. Sentía lástima por lo que le estaba pasando a su amiga, pero tampoco podía comprender por qué Else había mordido a un agente de procreación. ¿En qué estaba pensando Else? Pensó que tendría que mantener una larga conversación con su amiga. Por otro lado, el asco que sentía por la señora Von Exner se había convertido esa noche en furia. Y en odio. Mientras miraba el retrato del Führer que había sobre el gran ventanal, Hedda Weiss juró vengarse de todas las humillaciones a las que esa diabólica mujer las estaba sometiendo. Todavía no sabía cómo, pero sí que se vengaría de ella. Sonrió. Ella solía cumplir todo aquello que se proponía.

La señora Von Exner y Else Kruger abandonaron la habitación y avanzaron

lentamente por el pasillo en dirección a la alcoba de la *Helferin* cuidadora. Allí se detuvieron. Antes de entrar en ella, la señora Von Exner dijo:

—Ustedes, señoritas, acuéstense. La señorita Kruger se unirá a ustedes cuando solucionemos nuestro «pequeño» problema.

De otro de los bolsillos de su guerrera, la *Helferin* sacó un bozal. Era uno de esos aparatosos bozales que llevaban los perros de los SA<sup>[4]</sup> auxiliares que patrullaban las calles de Alemania con la policía. Se agachó frente al rostro de Else Kruger y colocó en la boca de la chica el bozal, atándolo a su nuca.

—Ya está. Así no armará escándalo y dejará a sus compañeras descansar. ¡Camine!

A cuatro patas, Else Kruger entró en la habitación de la *Helferin*. Esta la siguió. Un portazo.

Hildegard Meier se levantó de su cama y corrió hacia el baño. Mientras las chicas caminaban hacia las taquillas para desvestirse, la escucharon vomitar.

---

\* \* \*

---

La luz de la habitación de las chicas permaneció encendida, solo la señora Von Exner podía apagarla.

Las cuatro chicas estaban en sus camas, ninguna de ellas dormía, sus miradas estaban perdidas en el gran ventanal, a través del cual se podía ver una redonda y gélida luna de invierno que iluminaba el congelado bosque de Marbach. De la habitación de la señora Von Exner no llegaba sonido alguno. Hacía más de una hora que la *Helferin* y Else Kruger habían entrado en esa siniestra habitación.

—Padre nuestro, tú que estás en los cielos...

La oración partió de la cama de Hildegard Meier. Hedda se incorporó en su cama y miró a la joven de Berchtesgaden.

—¿Qué haces, Hildegard? —preguntó con tono severo.

—Rezar, Hedda. Rezar por Else.

—¿Y crees que rezar le va a ayudar, Hildegard?

—Claro, Hedda. Mi madre dice...

—Tu madre, como mi madre, son personas supersticiosas con creencias supersticiosas, creencias anteriores al Führer. Si la señorita De Mezary te descubre rezando al crucificado, entrará en cólera. A lo mejor te espera un castigo parecido al de Else Kruger, Hildegard.

—¿Tú crees, Hedda? Pero rezar no está prohibido, nadie nos ha dicho que no podamos rezar...

Hedda levantó su mano y señaló con el dedo el retrato del Führer que había sobre el gran ventanal de la habitación.

—Nosotras ya rezamos todas las mañanas, Hildegard. Rezamos a nuestro mesías, el Führer es nuestro mesías. ¿Es que no te has enterado todavía? ¿Para qué queremos creer en supersticiones? El Führer es real, no un invento de los curas y los beatos. ¿No te han hablado de eso en la BDM?

—Sí, Hedda, pero yo...

—Pero yo nada, Hildegard. Else y tú parece que no queréis entender las cosas, ni respetar las normas. ¿A dónde creíais que veníais? Esto no es un campamento, os lo han dicho mil veces. Luego pasa lo que ha pasado con Else.

Hildegard calló. El silencio volvió a reinar en la habitación de las chicas, hasta que la puerta de la *Helferin* se abrió.

---

\* \* \*

---

Else Kruger salió de la habitación de la señora Von Exner y, trastabillándose, caminó hasta su cama. Al pasar junto a la cama de Hedda, esta pudo observar sus ojos. Los alegres y vivarachos ojos verdes de su amiga habían desaparecido, habían sido sustituidos por unos ojos vidriosos, por una mirada vacía. Esa era la palabra. Vacía. Una mirada vacía.

Algo había sucedido en esa habitación. Algo que a Hedda le intrigaba, pero que, sin saber por qué, pensaba que tardaría en conocer. Si es que alguna vez lo conocía. Ella creía en sus intuiciones, y su intuición le decía que su amiga nunca le contaría la verdad de lo sucedido esa noche en la habitación de la señora Von Exner.

Else llegó hasta su cama y se acostó en ella. Clavó la mirada en el techo de la habitación.

La señora Von Exner, que se encontraba en la puerta, les dijo:

—Ahora a dormir. Mañana les espera otro día agitado, señoritas.

Apagó la luz. Se hizo la oscuridad en la habitación de las chicas, solo iluminada por la tenue luz de la luna que entraba por el gran ventanal. Los pasos de la *Helferin* se perdieron en el pasillo. Su puerta se cerró.

—Else, Else, ¿qué ha pasado? ¿Te encuentras bien? —preguntó Hedda incorporándose en su cama.

Else Kruger no contestó. Seguía con la mirada clavada en el techo.

—Else, ¿qué te ha hecho esa mujer? A mí puedes contármelo, soy tu amiga. Recuerda, Else, soy Hedda, tu mejor amiga...

Else Kruger se tapó con las manos los oídos. Giró la cabeza hacia Hedda. Sus ojos vacíos buscaron los ojos de su amiga.

—¿Qué es ese sonido que llega desde el bosque?

—Else, son los ladridos de los perros de la patrulla del comandante Beck, ya te lo he dicho muchas veces. ¿Por qué no me dices lo que ha pasado en esa habitación?

Dos lágrimas rodaron por la mejilla de Else Kruger.

—¿Por qué no se callan esos perros? ¿Por qué ladran así? Me dan miedo, Hedda. Me dan mucho miedo.

Hedda no contestó. Comprendió que no iba a sacarle ni una palabra. El resto de las chicas fingieron dormir.

Else Kruger continuó tapándose los oídos y llorando, hasta que los ladridos de los doberman cesaron.

---

\* \* \*

---

La procreación continuó al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente. Cuatro tandas de agentes de procreación distintos visitaron la maternidad de Marbach Heim. Y durante esos cuatro días, el ritual se repitió, cada día. Cada noche. El único cambio fue, que la cena con los agentes de procreación no volvió a celebrarse en el gran comedor, como la noche de *Julfest*, sino en una sala especial del ala roja. Una sala decorada de tal manera, que recordaba al salón de cualquier casa alemana. Eso y que, para alegría de Hedda, el comandante Beck no volvió a cenar con ellas.

Hedda tampoco pudo saber lo que había sucedido en la habitación de la señora Von Exner entre la *Helferin* y Else Kruger. Por mil veces que se lo preguntó, Else no le contestó nunca. Se limitaba a mirar al suelo y esquivar su mirada. No volvió a suceder ningún incidente con los agentes de procreación, ni con Else, ni con ninguna otra de las chicas.

Durante aquellos días, Hedda empezó a preocuparse seriamente por su amiga. Desde la noche de *Julfest*, Else no volvió a ser la misma. Su alegría, jovialidad y espontaneidad desaparecieron para siempre. Su carácter se tornó triste y desconfiado. Se asustaba por todo. Pasaba largos ratos sola, mirando por la ventana, con la vista perdida en ese enorme bosque que las rodeaba por todas partes. «Parece un fantasma», le comentó en una ocasión Lene Friedrich. Y tenía razón. Desde el momento en que salió de la habitación de esa diabólica *Helferin*, Else Kruger parecía un espectro, un alma en pena. Muchas veces, Hedda pensó que, en realidad, la chica que salió de aquella habitación no fue Else Kruger. Que su amiga, con la que había compartido tantas cosas, con la que había compartido sus mejores experiencias, con la que había vivido los mejores momentos de su vida, no salió nunca de aquella habitación. Que se quedó allí, encerrada.

Para siempre.

## VIII

### GESTACIÓN

*Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, mediados de enero de 1942*

Aquel día, la mirada luminosa de la señorita De Mezary brillaba de una forma diferente, con un brillo extraño que Hedda no había visto antes en sus ojos. La *Helferin* del uniforme negro paseaba de un lado a otro de la tarima de la sala de estudio, con las manos entrelazadas tras su espalda, mirando a las chicas de manera inquisitiva.

Honelore de Mezary se detuvo delante del pupitre de Hildegard Meier.

—Señorita Meier, salga a la tarima.

La joven, un tanto asustada, se levantó y caminó hacia la tarima. Else Kruger miró a Hedda con su mirada vacía. Hedda arqueó sus hombros.

—Señorita Meier, ¿quiere enseñarnos lo que lleva en el interior del bolsillo izquierdo de su guerrera?

«La maldita señora Von Exner», pensó Hedda. Hacía ya tiempo que tenía la sospecha de que la malvada *Helferin* registraba las taquillas e incluso la ropa. Lo hacía cuando las chicas estaban en la ducha o cuando realizaban sus actividades diarias.

Hildegard Meier desabrochó el botón del bolsillo izquierdo de su guerrera parda. Extrajo de él una estampita, una pequeña estampita. Una estampita del crucificado.

—¿Qué es eso, señorita Meier? —preguntó Honelore de Mezary.

—Es una estampa que mi madre...

—¿Su madre?

—Sí, mi madre me la dio antes de partir, me dijo que me protegería. La llevo en el bolsillo porque me recuerda a ella...

—¿Y usted cree que esa estampa la protege, señorita Meier?

—Yo...

—¿Y de qué debería protegerla?

—De nada, señorita De Mezary.

—Hombre, por fin dice usted algo coherente.

Honelore de Mezary adoptó la postura que solía utilizar para dar sus largos e inquietantes discursos.

—Señoritas, desde que ustedes llegaron aquí les expliqué que mi principal misión consistiría en dotarlas de un alma aria. Muchas noches me acuesto en la cama pensando que lo he conseguido. Pero de pronto suceden cosas como esta. Y entonces, pienso que no he conseguido nada, que tengo que volver a empezar por el principio.

Honelore de Mezary extendió los brazos y mirando a las chicas, dando la espalda

a Hildegard, preguntó:

—¿Qué fe hemos venido a abrazar aquí?

Hedda Weiss se incorporó en su pupitre y dijo:

—¡La fe en el Führer!

—¿Qué fe hemos venido a abrazar aquí? —volvió a preguntar la *Helperin*.

—¡La fe en Alemania! —gritó ahora Lene Friedrich, poniéndose también en pie.

—¿Qué fe hemos venido a abrazar aquí?

—¡La fe en el nacionalsocialismo! —gritó Anna Ritter.

Solo Else Kruger permanecía sentada en su pupitre. Y Hildegard Meier, sobre la tarima, sosteniendo la estampita entre sus manos.

—Lo esperaba —dijo la *Helperin*—. Usted, señorita Kruger, sentada. Y usted, señorita Meier, sosteniendo esa estúpida estampita en su mano.

Honelore de Mezary le arrebató la estampa y señalándola les dijo:

—La búsqueda del alma aria nos retrotrae a nuestros ancestros. Nuestros ancestros eran campesinos y guerreros, hombres que manejaban por igual el arado y la espada. La religión de nuestros ancestros no adoraba a crucificados, a presuntos mesías que predicaban valores tan enfermos como la piedad, la misericordia o el amor al prójimo, sea quien sea ese prójimo, sin «selección». Nuestros ancestros adoraban a dioses como los *Vanes* que, como campesinos, protegían sus tierras y sus cultivos, y a otros a los que llamaban *Ases* y que, como guerreros, los guiaban en la batalla. Nuestro *Reichsführer* piensa que el noble pueblo alemán no recuperará su alma perdida hasta que todo rastro de ese enfermizo legado judaico que es el cristianismo, no desaparezca de nuestro pueblo. Ustedes serán las encargadas de transmitir esa nueva alma que está empezando a germinar en su interior a sus hijos, los que ya están en camino...

Hedda se sobresaltó al escuchar esas palabras en boca de la *Helperin* del uniforme negro. Anna Ritter y Lene Friedrich también se miraron entre ellas.

—No podemos ser tan estrictos para obligar al pueblo alemán a creer en esos viejos dioses de nuestros ancestros, tampoco a ustedes, pero sí es nuestra obligación inculcaros la adoración a los actuales líderes de nuestro pueblo, a los símbolos sagrados que representan nuestra nueva fe. ¡Hildegard Meier!, solo el Führer es digno de adoración, él ha traído la justicia y la paz a nuestra patria, él vela por la seguridad de todos nosotros, intentando protegernos de aquellos elementos enfermos y degenerados que nos rodean y nos amenazan. Él está soportando en su propia persona el gran sacrificio de dirigir una guerra, para que chicas como usted, puedan vivir y criar a sus hijos en un mañana libre de peligros y amenazas. Solo él se merece nuestras oraciones y nuestras plegarias, como hacemos los nacionalsocialistas, entonando nuestros cánticos y nuestros himnos sagrados. ¡Solo la esvástica, que ha traído la salvación al pueblo alemán, se merece que nos arrodillemos ante ella, y no



símbolos que fueron impuestos a nuestro pueblo! ¡Pero que no nos pertenecen, que no forman parte de nosotros!

Los ojos de la *Helferin* vibraban, al igual que los ojos de las chicas. Solo Else Kruger parecía mirar a todos lados con su ya habitual mirada vacía. Y Hildegard Meier, que observaba con una mueca estúpida la pequeña estampa del crucificado.

—¿Qué creéis que debería hacer la señorita Meier con esa estampa del crucificado?

—¡Destruirla! —gritó Hedda levantándose otra vez de su pupitre.

—¡Destruirla! —gritaron al unísono Anna y Lene.

—¿Qué tiene que hacer usted con esa estampa del crucificado? —gritó Honelore de Mezary.

Hildegard Meier miró a todas ellas con unos ojos desconcertados, ojos febriles, ojos de los que empezaban a brotar las primeras lágrimas.

—¡Destruirla! ¡Destruirla! ¡Destruirla!

Hildegard Meier rompió en mil pedazos la estampa. Arrojó los pequeños trozos al suelo, como si le quemaran en las manos. Las chicas miraban los pedazos de la estampa en el suelo de la tarima, como si el mismísimo diablo hubiera asomado su cabeza por ella.

Honelore de Mezary dio un fuerte taconazo y elevó su brazo hacia el retrato del Führer:

*Nuestra bandera ondea delante de nosotros...*

Había llegado el momento de rezar una plegaria a su Führer. Como ellas sabían hacerlo. Entonando sus himnos sagrados. Los brazos de las cinco chicas se alzaron. Sus voces se unieron a la de la *Helferin* del uniforme negro:

*... Por el futuro caminamos hombre a hombre...*

Hedda Weiss apoyó su mano en la mesa del pupitre. Había sentido un ligero mareo.

*... Nosotros marchamos por Hitler,  
con la bandera de la juventud por la libertad y el pan.  
Nuestra bandera ondea delante de nosotros,  
nuestra bandera es la nueva era.  
La bandera nos lleva a la eternidad,  
¡Sí, la bandera es más que la muerte!*

Cuando terminaron de cantar el himno, Honelore de Mezary se giró hacia las chicas.

—Esta tarde estaré con ustedes. Tenemos clase de habilidades artísticas. Creo que ha llegado el momento de que cambiemos las partituras. Ustedes, señorita Weiss, señorita Friedrich y señorita Ritter, van a interpretar himnos patrióticos. La señorita Kruger y la señorita Meier, como son las que tienen mayores conocimientos musicales, interpretarán otra pieza, algo más difícil, más adecuado a sus conocimientos. Interpretarán un réquiem.

—¿Un réquiem? —preguntó Hildegard Meier.

—Un réquiem, señorita Meier. Y no un réquiem cualquiera. Van a interpretar el *Réquiem* de Mozart.

Else Kruger abrió mucho los ojos. Por un momento pareció que la Else que Hedda conocía había regresado. Pero solo fue una ilusión momentánea.

—¿No quería interpretar usted a Mozart, señorita Kruger?

—¿Cómo lo sabía usted, señorita De Mezary? Yo no se lo había dicho...

—No lo sabía, señorita Kruger. Ahora lo sé —la *Helferin* sonrió—. Venga, ahora vuelvan a la habitación, la señora Von Exner las acompañará al comedor.

Las chicas salieron al pasillo. Hedda encabezaba la comitiva, caminaba muy seria, como ausente, estaba preocupada. Nadie había advertido ese pequeño mareo, pero sabía que... ahora no quería pensar en eso. Lene Friedrich y Anna Ritter caminaban por los largos pasillos del ala roja de la maternidad tras Hedda. Else Kruger y Hildegard Meier cerraban el grupo. Desde que habían salido del aula, Hildegard no hacía más que repetir:

—¿Un réquiem? ¿Por qué un réquiem?

—¡Cállate de una vez, Hildegard! —gritó Lene Friedrich sin tan siquiera girarse hacia ella.

---

\* \* \*

---

Honelore de Mezary caminó hacia la radiogramola con uno de esos discos de *Polydor* en sus manos. *Wolfgang Amadeus Mozart, Misa de Réquiem en re menor K 626*. La *Helferin* posó suavemente la aguja sobre el disco. Else estaba sentada al piano, Hildegard, junto a ella, con el violín en sus manos.

—Escuchen bien ustedes dos. «Día de lágrimas». Solo la escucharán una vez. Tienen la partitura en el atril, pero es importante que presten atención a la audición.

La música fúnebre de Mozart envolvió el aula de habilidades artísticas. Lene, Hedda y Anna se miraron. Los coros líricos, las voces dolientes que acompañaban la música, parecían emerger del interior de la tierra. Las tres chicas no sabían lo que sucedía, pero estaban seguras de que con todo eso, la *Helferin* del uniforme negro

quería mandar algún tipo de mensaje a Hildegard y a Else.

*Lacrimosa dies illa...*

Hedda parecía ausente, contemplaba con mirada distraída su nueva partitura, un himno patriótico, tal como la *Helferin* les había anunciado. Llevaba todo el día así, perdida en sus propios pensamientos. A lo mejor era solo una sensación, pero desde que esa mañana sufriera ese pequeño mareo, había empezado a valorar la posibilidad de estar embarazada. Y eso, significaba...

*... Qua resurget ex favilla...*

... que la hora del parto se acercaba. Hedda Weiss había sido incapaz de superar su miedo al parto. Tras el intento de la *Helferin* del uniforme negro de hacerle presenciar un parto en el «ala prohibida» de la maternidad, que acabó con ella en el suelo, Honelore de Mezary parecía haberse olvidado de ese asunto. «Parecía», pensó, porque estaba convencida de que la *Helferin* no lo había olvidado. Y ahora, ya no sabía a qué temer más...

*... Indicandus homo reus...*

... si a la hora de su propio parto, o al intento que la señorita De Mezary hiciera para que dejara de temerlo. Cuando los coros alcanzaron su cenit, dio un respingo. Honelore de Mezary desvió su mirada hacia ella. Hedda agachó la cabeza.

*... Lacrimosa dies illa, qua resurget ex favilla, indicandus homo reus...*

«Sus hijos, los que ya están en camino», había dicho esa mañana la *Helferin*. «Todavía no estás embarazada, todo se debe al miedo que tienes a entrar en el paritorio, Hedda», se dijo a sí misma. Desvió su mirada hacia el gran ventanal y la perdió en el bosque de Marbach. La noche era fría y oscura. Rosas negras, manchas de sangre sobre su camisón blanco decorado con la runa de la vida de color carmesí, esa imagen acudió a su mente. Tenía que apartar esas visiones macabras de su cabeza. Tenía que pensar en otra cosa. Erich Beck. Ese nombre martilleó su cabeza. En ese momento desconocía el porqué, pero la imagen del comandante, distorsionada entre el fulgor de las llamas de la hoguera de la noche de *Julfest*, había sustituido a su visión macabra. Pensar en Erich Beck, le pasaba muy a menudo. Y eso le desagradaba. Porque el comandante le desagradaba, o al menos eso quería pensar.

Buscó con sus ojos el retrato del Führer. «Nosotros te seguimos», decía una leyenda bajo el retrato. Solía hacer eso cuando se acordaba del comandante, fijar su mirada en retratos del Führer. Eso le hacía no desviarse del camino marcado, del motivo sagrado por el que había acudido a esa maternidad.

... *Huic ergo parce, Deus pie Jesu Domine...*

La música de Mozart había conseguido que todas las chicas, como hipnotizadas, concentraran su mirada en la radiogramola. Hildegard Meier tenía la boca semiabierta. A Else Kruger se le habían acristalado sus ojos vacíos. Solo Hedda seguía mirando el retrato. El retrato de Adolf Hitler.

... *Dona eis Réquiem, Amen.*

Silencio. Un silencio sobrenatural, tan sobrenatural como esa música que acababan de escuchar, se adueñó del aula de habilidades artísticas.

Honore de Mezary miraba fascinada el rostro de Hedda, mientras esta contemplaba el retrato del Führer. La *Helferin* pensó que había un brillo casi místico en el rostro de esa chica. Saliendo de sus propios pensamientos, la señorita De Mezary se levantó de su silla tras la mesa escritorio, caminó hasta la radiogramola y retiró la aguja del disco. Else Kruger estaba llorando. Enjugándose las lágrimas, intentó decir:

—Es...

—Muy poco estimulante para el alma y los valores arios. Por no decir nada de los coros latinos y el decadente mensaje cristiano sobre la resurrección de los muertos y el juicio final, pero sí, es brillante. Debo reconocer que uno de los momentos musicales más brillantes que se han escrito —dijo la *Helferin*—. Hay una cosa que me gustaría que conocieran. Existe una oscura leyenda sobre el *Réquiem* de Mozart.

La *Helferin* consiguió con esa frase ganarse la atención total de las chicas. Incluso la atención de Hedda, que había dejado de mirar el retrato del Führer.

—El *Réquiem* es una obra inacabada de Mozart, murió antes de poder terminarla. Alguien dijo que fue la propia muerte la que se presentó en el estudio del compositor en Viena y le encargó esa obra póstuma. Una obra que debería ser estrenada en su propio funeral.

Honore de Mezary guardó silencio. Entonces se dirigió a Else y a Hildegard y les dijo:

—¿Lo han entendido ustedes dos, señoritas?

Hildegard y Else miraron a la *Helferin* sin saber qué decir.

—A partir de hoy, se dedicarán en cuerpo y alma a esta partitura. Ah, y eso sí,

espero que este réquiem no sea la última pieza que interpreten ustedes dos en esta maternidad.

Honelore de Mezary lo dijo así, de esa manera como ella decía las cosas, con ese tono de voz que provocaba que, cada vez que decía algo así, pareciera que una pesada cuchilla de acero descendiera sobre el cadalso.

En total silencio, las chicas se levantaron, recogieron sus instrumentos y se prepararon para salir. Honelore de Mezary se acercó a Hedda, puso su mano en el mentón de esta, levantó su cabeza y le preguntó:

—Señorita Weiss, ¿se encuentra usted bien? Está muy pálida y esas bolsas bajo sus ojos...

—Me encuentro bien, señorita...

—Creo que el doctor Oertl debería reconocerla...

—No, no, señorita De Mezary, no es nada, solo que me duele un poco la cabeza. No es necesario molestar al doctor. Seguro que mañana me encuentro bien.

Hedda Weiss abandonó el aula. La *Helferin* se quedó en la puerta, observándola. Tenía un gesto de satisfacción en su rostro.

---

\* \* \*

---

No le dio tiempo ni de cubrirse con una toalla. Hedda estaba en la ducha, junto a Lene Friedrich y Anna Ritter, cuando comenzaron las arcadas. Poniéndose la mano en la boca, corrió hacia el pequeño cuartito que escondía el retrete. Entró en él, echó el cerrojo, levantó la tapa del retrete e intentó vomitar.

Nada. Nada salió de su estómago. Solo eran arcadas acompañadas por una especie de baba pegajosa. Se limpió la baba que colgaba de su boca con la mano. Se secó los lagrimones que habían caído de sus ojos. Intentó recomponerse. Descorrió el cerrojo y salió del pequeño cuartito.

Las chicas estaban bajo el agua, pero habían dejado de ducharse. Los ojos de todas ellas estaban posados en Hedda. Esta caminó hacia uno de los lavabos, abrió el grifo, dejó correr el agua y se lavó la cara. Apoyó sus manos en el lavabo. Miró su rostro en el espejo.

—¿Estás bien, Hedda? —preguntó Lene Friedrich.

—Sí, estoy bien. Algo ha debido de sentarme mal.

—Hedda, no será que estás... —intentó decir Hildegard Meier.

—¡Cállate, Hildegard! ¡Cállate si no quieres que coja esa pastilla de jabón que llevas en la mano y te la meta en la boca! He dicho que estoy bien, solo es que algo me ha sentado mal.

Las chicas continuaron duchándose. Hedda salió del baño y se dirigió a su taquilla. Tenía que ponerse su vestuario de gimnasia. Esa mañana tenían su clase

diaria de bienestar y belleza corporal.

---

\* \* \*

---

Las chicas bajaron corriendo la escalinata de la puerta principal de la maternidad. La señora Von Exner apareció tras ellas. Ahora, pese al intenso frío y a la nieve que lo cubría todo, la señora Von Exner había cambiado el patio interior del ala blanca por la gran explanada para dar la clase matutina de bienestar y belleza corporal.

Las chicas empezaron con unos ejercicios de estiramientos de brazos y piernas. Desde lo alto de la escalinata, la *Helferin* con rostro de doberman daba las instrucciones y seguía la clase. Desde ese mismo momento, Hedda empezó a sentirse mal.

Tenía la sensación de tener la boca llena de agua. De vez en cuando le subía alguna arcada que intentaba disimular. Aquel día, sobre la maternidad y el bosque de Marbach, brillaba un gélido sol de invierno, pero sin embargo, para ella, la luz del día era muy baja, como si el cielo azul estuviera cubierto de nubes. De nubes negras de tormenta.

La señora Von Exner ordenó que cambiaran de ejercicio. Ahora, aún sin moverse del sitio, tenían que simular que corrían subiendo todo lo posible las rodillas. Hedda se encontraba entre Anna y Lene, normalmente, solía superar físicamente a las otras chicas, pero ese día no podía. Las rodillas de Anna y Lene subían mucho más alto que las suyas, de hecho, las piernas le pesaban tanto que casi no podía ni moverlas. En un gesto de rabia, se mordió el labio. Haciendo un esfuerzo supremo, intentó que sus rodillas superaran a las de Lene y Anna, pero...

Frente a ella, la fachada de la maternidad de Marbach Heim pareció encogerse, como si la casa se estuviera doblando sobre sí misma. La imagen de la señora Von Exner parecía desvanecerse. Llegó a pensar que la *Helferin* había entrado en la maternidad, porque ya no podía distinguirla. Giró su cabeza hacia Lene. Esta intentaba decirle algo, pero Hedda no sabía lo que era, porque aunque veía que la boca de su compañera se abría y se cerraba, ningún sonido salía de ella y ningún sonido llegaba hasta sus oídos.

La cara de Lene. La fachada de la maternidad. El azul y gélido cielo de invierno. El frío tacto de la nieve al impactar sobre ella.

Voces lejanas que la llamaban: «Hedda, Hedda, Hedda».

El suelo.

La oscuridad.

---

\* \* \*

---

Cuando volvió en sí, dos enfermeras la llevaban a través de uno de los largos, blancos y luminosos pasillos de la maternidad, posiblemente del ala roja. Sintió la voz de la señora Von Exner detrás de ellas, y también le pareció distinguir la voz de la señorita De Mezary.

Una puerta blanca y, sobre ella, un nombre: «Dispensario». Las puertas se abrieron.

La enfermera jefe Schneider y la comadrona jefe Schmund, corrieron hacia ella y la arrebataron de las manos de las enfermeras. El teniente coronel doctor Oertl esperaba con su instrumental médico preparado. Tras él, pudo ver la camilla, la siniestra camilla que tanto le aterraba. La camilla de la que sobresalían esas dos macabras perneras.

La tumbaron en la camilla. Vio el rostro del doctor Oertl y un potente foco que deslumbró sus ojos. Alguien estaba colocando sus piernas en las frías perneras de la camilla.

Hedda Weiss cerró los ojos.

---

\* \* \*

---

No sabía cuánto tiempo había pasado. Despertó en una de las camas del dispensario del ala roja de la maternidad. Su uniforme de gimnasia había desaparecido, le habían puesto el camisón blanco con la runa *Leben* carmesí bordada en el pecho. Hasta ella llegaba un conocido y agradable olor a lirios. Alguien le estaba acariciando el rostro, retirando el pelo de su frente.

—Mi hermosa doncella aria, la primera de mis reinas...

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

Honelore de Mezary. El rostro de la *Helferin* instructora jefe apareció ante ella. El brillo luminoso inundaba sus ojos.

—Está en el dispensario. No es nada, ha tenido un desvanecimiento en la clase de bienestar y belleza corporal. El doctor Oertl le ha hecho un reconocimiento.

Mientras le hablaba, la *Helferin* seguía acariciándole el rostro.

—Ya está en camino. Su ofrenda al Führer ya está en camino. Está embarazada, señorita Weiss.

Unas pequeñas gotitas, que formaban parte de un sudor frío, brotaron de la frente de Hedda Weiss.

---

\* \* \*

---

Lene Friedrich fue la siguiente. Después, Anna Ritter. Y Else Kruger. Hildegard Meier fue la última. Para mediados de febrero de 1942, las cinco chicas estaban en

estado. Tal como estaba previsto.

### *Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, julio de 1942*

El sol del estío que entraba a través del gran ventanal del ala blanca de la maternidad, convertía en más luminoso el blanco y largo pasillo. Hedda se encontraba recostada junto al ventanal; con su mano izquierda, acariciaba su ya prominente vientre, en su mano derecha, llevaba un sobre blanco, la carta que cada dos semanas recibía de sus padres y que siempre rompía sin haber leído. Había encontrado una cómplice para deshacerse de la carta: Ursula, la joven camarera de Königsberg. Durante la comida de ese día se las ingeniaría para entregarle los pequeños trocitos en los que convertía la carta de sus padres, para que luego esta los hiciera desaparecer entre los restos de la comida. A cambio, Hedda le daba a Ursula el delicado papel de carta azul que la señora Von Exner entregaba a las chicas para que escribieran a sus familias. Ursula lo utilizaba para escribir a su novio, Anton, que servía con la Wehrmacht en algún lugar de Rusia.

Hedda estaba vestida con su camisón blanco, porque ahora, en el quinto mes de gestación, la rutina diaria en la maternidad había cambiado. Esperaba en el pasillo a que las chicas terminaran de leer sus cartas para, como todas las mañanas, pasar el control médico diario en el dispensario del ala roja. Mientras tanto, observaba la actividad de aquella mañana estival en el «ala prohibida» de la maternidad.

Hedda era la única de las chicas que se atrevía a mirar abiertamente a través del ventanal. De esa manera había conseguido hacerse una idea de cómo era la vida en esa otra parte de la maternidad. Ahora, desde que el verano había llegado hasta ese recóndito bosque prusiano, las ventanas del «ala prohibida» estaban siempre abiertas, la vida de esa parte de la maternidad se desarrollaba al aire libre. Ante Hedda se desplegaba otra realidad, otra visión de la vida. Una realidad y una visión de la vida muy diferente a la de las cuatro chicas enclaustradas en el ala blanca de Marbach Heim.

En el patio interior, cuatro orondas enfermeras paseaban con otros cuatro bebés en sus brazos. Encima de ellas, tres de las cinco ventanas de la primera planta del «ala prohibida» estaban abiertas. Hedda podía ver una amplia habitación con seis ventanas, tres de ellas que daban al patio interior, otras tres, a la parte posterior de la maternidad y al bosque de Marbach. Bajo cada una de las ventanas, había dos cunas, que hacían un total de doce. Hedda sabía por qué se habían colocado así las cunas: para que el sol incidiera directamente sobre ellas. Honelore de Mezary se lo había explicado, era necesario que, desde un primer momento, los bebés se sintieran abrazados por la madre naturaleza. El sol, el bosque, los árboles, todo ese entorno bucólico que rodeaba la maternidad formaba parte de su encuentro con el alma aria.



«Los niños que nacían en nuestras ciudades, nacían enfermos», les había explicado la *Helperin*. «Es imprescindible pues, que en un futuro, todos los niños nazcan en lugares como este, rodeados de árboles y de flores, acostumbrar sus oídos al murmullo del río, y sus ojos a la contemplación del astro rey, lo único que debe de brillar por encima de ellos».

En los pasillos de la segunda planta, se distinguía a más enfermeras paseando a bebés en esos cochecitos que a ella siempre le habían parecido horripilantes, mientras que elegantes señoras, algunas de ellas embarazadas, charlaban junto a las ventanas.

Por una de las puertas de la parte posterior de la maternidad, empezaron a salir niños. Veinte, treinta o cuarenta niños, veinte, treinta o cuarenta niñas. Tendrían entre dos y cinco años. Como si se tratara de una manada de pequeños salvajes, solo llevaban un pantalón corto blanco como vestimenta. No era nada raro ver niñas y niños desnudos correteando por los pasillos del «ala prohibida». Eso, como diría la señorita De Mezary, también formaba parte de su propio encuentro con el alma aria. «La desnudez forma parte de la cultura de nuestro pueblo, desde nuestros más arcanos ancestros. La idea de la desnudez solo escandaliza a los cristianos, forma parte de su enfermiza y decadente fe». La señorita De Mezary les había repetido eso muchas veces. Los niños y niñas, ocuparon una amplia pradera que se extendía hasta las lindes del bosque. Sus cabellos rubios brillaban como el oro, bajo los rayos del sol del verano prusiano. Los niños corrían y saltaban, como si hubieran estado mucho tiempo encerrados. Entre ellos, como Gulliver entre pequeños liliputienses, se veía a las enfermeras que intentaban poner un poco de orden. Para los niños y niñas de la maternidad de Marbach Heim esa era su sesión de gimnasia de la mañana.

Volvió a acariciar su vientre. Dentro de pocos meses, su «ofrenda» al Führer se convertiría en uno de esos niños. Uno de esos niños que ahora correteaban por esa pradera, junto a las lindes del bosque.

La puerta de la habitación de las chicas se abrió. Lene, Anna, Hildegard y Else salieron al pasillo, al igual que ella, únicamente vestidas con el camisón blanco. Tras ellas marchaba la señora Von Exner. Se apartó del ventanal y fingió que arreglaba su camisón. Así comenzaba la procesión de las chicas hasta el dispensario del ala roja de la maternidad. La procesión de todas las mañanas.

---

\* \* \*

---

En la puerta del dispensario las esperaba la señorita De Mezary. Las cinco chicas se detuvieron al llegar ante ella. La *Helperin* abrió la puerta y como cada mañana, invitó a las chicas a pasar a su interior.

La agradable sonrisa de la enfermera jefe Schneider las recibió. Esta, junto a otras cuatro enfermeras, era la encargada de hacer el reconocimiento médico diario. Las

chicas se colocaron en fila, en la misma posición en la que habían entrado. Se despojaron de sus camisones.

La enfermera jefe Schneider se acercó a Hedda (desde el primer día de embarazo, y por indicación de la señorita De Mezary, solo la enfermera jefe pasaba su revisión), sacó del bolsillo de su uniforme una especie de linternita y estudió con ella sus ojos. Hedda abrió la boca, mientras que de otro de sus bolsillos la enfermera sacaba una pequeña pala. La puso sobre su lengua y exploró la garganta. Hedda sintió una pequeña arcada, le pasaba todos los días. La enfermera jefe Schneider le sonrió, quitándole importancia. En la fila se escuchó la tos de Hildegard Meier. Eso también se repetía todas las mañanas.

La enfermera Schneider colocó el estetoscopio en el pecho de Hedda y la auscultó. Se dio la vuelta, las chicas asumían ya esas posiciones de manera mimética. La enfermera colocó entonces el estetoscopio en varios puntos de su espalda.

Después venía la medición de sus pechos y de su vientre. La señorita De Mezary y la señora Von Exner anotaban las mediciones en una especie de libreta. Por último, las chicas se subían a unas aparatosas básculas de color blanco donde se les tomaba el peso.

Las mediciones y el peso de las chicas se enviaban todas las semanas a la Oficina local de la Raza y Asentamientos del distrito de Prusia Oriental, en Königsberg, a través de uno de los coches correo del destacamento de Marbach Heim. Desde allí, eran enviados a Berlín, a la Oficina Central de la Raza y Asentamientos de las ss. La señorita De Mezary había informado a las chicas que era tanto el interés que el *Reichsführer* Himmler había puesto en el programa *Lebensborn*, que todos esos datos de su anatomía y del estado de su embarazo acababan ante su mesa despacho y que este los ojeaba con gran detenimiento.

Una vez terminado el control médico, las chicas podían volver a su habitación y vestirse. Comenzaba así otro anodino día en la vida de la maternidad.

---

\* \* \*

---

Al igual que sucedía con las residentes del «ala prohibida» de la maternidad, también las chicas del ala blanca realizaban sus actividades diarias al aire libre. Solo que ellas solían adentrarse en el bosque para no coincidir con las otras residentes y, en palabras de la señorita De Mezary, «poder preservar su anonimato». Así, todas las tardes las chicas dejaban la maternidad y se dirigían al bosque en compañía de la *Helferin* instructora. Tras cruzar la gran explanada, se perdían en la lóbrega oscuridad de ese hayedo al que Hedda llamaba «el sendero tenebroso». Cruzaban por un viejo puente de madera, bajo el que corría rabioso un arroyo de aguas cristalinas. Desde allí accedían a un claro del bosque, poblado por una mullida alfombra de hierba. Allí,

sentadas en círculo alrededor de la señorita De Mezary, la *Helferin* les enseñó la lectura y el significado de las runas, les habló de sus ancestros y de su vieja religión, y les leyó las epopeyas épicas del mundo nórdico. Y, por supuesto, les habló del embarazo y de la responsabilidad que iban a tener cuando nacieran sus hijos. «Legado». Esa fue la palabra más repetida por la *Helferin* de uniforme negro durante aquel verano.

—Son poseedoras de un legado y ellos, los niños que crecen en su vientre son sus destinatarios. Ese legado es la llama eterna que el Führer y el nacionalsocialismo han instalado en lo más profundo del alma germana, es la base de la que debe nutrirse vuestra nueva alma aria. Desafortunadamente, ustedes, como el resto de nuestro pueblo, han crecido sin esa alma, cuya llama hemos tenido que alimentar durante todos estos meses. Pero sus hijos se criarán con esa nueva verdad revelada desde los primeros días de su vida. Eso les debe llenar de regocijo. Ellos encontrarán la única verdad desde que abran sus ojos a este mundo, a este nuevo mundo que el Führer ha creado para nuestro pueblo.

La verdad. «La verdad es un disparo en el bosque», había dicho el comandante Beck. El comandante Beck. Muchas veces ideas como esa asaltaban a Hedda. Pero ella intentaba desterrarlas rápidamente de su cabeza. No quería que las ideas de ese amargado y resentido comandante enturbiaran la auténtica verdad, la única verdad, la verdad que la señorita De Mezary les estaba inculcando.

Aquellos meses del caluroso verano de 1942, Hedda Weiss vivió sus días más felices en la maternidad de Marbach Heim. Su única preocupación era su amiga Else. La chica no había vuelto a ser la misma desde aquella noche de *Julfest*. Pero ahora había desarrollado otros hábitos que le preocupaban sobremanera. Ya no solo es que se pasara buena parte del día sola, mirando a través de los ventanales de la maternidad. Ahora, durante aquellas tardes en el claro del bosque, mientras las chicas cantaban, Else solía levantarse, caminaba hasta el linde y perdía en el bosque su mirada. Una de esas tardes, Hedda se levantó, dejó al grupo que cantaba animadamente *Edelweiss*, y la siguió para intentar hablar con ella.

*Completamente sola y abandonada,  
Junto a una pared rocosa  
Orgullosa bajo un cielo azul,  
Se encontraba una pequeña florecilla...*

Mientras Hedda caminaba hasta Else, la señorita De Mezary no les quitaba la vista de encima.

—¿Qué te pasa, Else? ¿Por qué no te quedas con nosotras cantando? Esta era una de tus canciones favoritas cuando íbamos de acampada.

—Hedda, ¿cuánta distancia puede haber desde aquí hasta la caserna de los soldados?

Else miraba el interior del bosque como si estuviera hipnotizada. No se había girado ni para mirarla.

—No lo sé, Else. Solo estuvimos más allá del puente de madera la primera noche que llegamos, soy incapaz de calcular la distancia. Aquella noche había una ventisca de nieve, ¿recuerdas? Avanzábamos muy despacio...

—¿Te acuerdas si había alguna alambrada que rodeara la maternidad?

—No lo recuerdo, Else, pero... ¿por qué me haces estas preguntas?

Else no contestó, se limitó a tocar con sus manos su ya prominente vientre. Hasta ellas solo llegaban los sonidos del bosque en una tarde del verano y el dulce cantar de las chicas.

*... No pude resistirlo, cogí la florecilla  
Y la regalé a la chica más bonita y más querida...*

Else se giró hacia Hedda y le sonrió, con esa sonrisa vacía que ahora lucía en su cara. Su rostro quiso recobrar un viejo esplendor, un esplendor perdido. El esplendor de aquella chica que recorría con ella las calles de Múnich contando historias sobre las hijas de la lluvia.

—Venga, vamos con las chicas. ¡Esta canción me encanta, siempre me ha gustado!

Regresaron junto a las chicas. Sus voces, se unieron a las de estas.

*... Era una Edelweis, una bonita Edelweis  
Holla-hidi hollala, Hollahi diho...*

Aquella conversación perturbó a Hedda. Pensó en ella muchas veces. Y llegó a una terrible conclusión. Esa conclusión se convirtió en uno de sus pensamientos más amargos, tan amargo, como el recuerdo del comandante Beck. Pensamientos que Hedda desechaba rápidamente de su cabeza.

---

\* \* \*

---

Una tarde, al final del mes de julio, sucedió un incidente terrible para las chicas del claro del bosque. Y para la propia señorita De Mezary.

Aquel había sido uno de los días más calurosos del verano. Hedda se encontraba especialmente mal, tenía las piernas hinchadas y se sentía muy pesada. Esa mañana,

la enfermera jefe Schneider le había dicho que era normal, algo provocado por el estado de gestación en el que se encontraba. La *Helferin* detectó esa tarde algunos gestos de malestar en ella y en varias ocasiones detuvo su charla habitual para preguntarle:

—¿Le sucede algo, señorita Weiss? La encuentro muy nerviosa.

—Nada, señorita De Mezary. Es este calor...

—Sí, la verdad es que yo tampoco lo soporto. Hoy es...

—¿Y si nos bañáramos en el arroyo? —preguntó con su habitual inocencia Hildegard Meier.

—Hildegard, no hemos traído bañadores, ¿cómo vamos a bañarnos? —replicó Anna Ritter.

—¡Pues desnudas! —dijo Lene Friedrich—. La señorita De Mezary nos ha dicho que no tenemos que sentir vergüenza de nuestra desnudez. Además, por aquí no pasa nadie.

—Sí, dentro de poco pasarán los soldados, como todas las tardes —dijo Anna.

—Pues esperamos a que pasen. Podemos bañarnos luego —replicó Lene—. ¿No le parece, señorita De Mezary?

—No sé, no sé... en vuestro estado, puede no ser bueno. Además, en el fondo del arroyo hay piedras, podríais resbalar, caer y...

«Venga, venga, venga», las chicas se levantaron y rodearon a la *Helferin*, suplicándole como si fueran niñas pequeñas. Hasta Else Kruger se unió a la súplica. Solo Hedda permaneció sentada, con el rostro serio y masajeándose sus hinchadas piernas. La idea no le había causado demasiada ilusión.

La *Helferin* sonrió. Haciendo un gesto a las chicas para que se tranquilizaran, dijo:

—Está bien, pero esperaremos a que pasen los soldados.

Las chicas aplaudieron. A Hedda le pareció una idea estúpida, tan estúpida como el comportamiento de sus compañeras.

Todas las tardes durante el verano, el destacamento de las ss de Marbach Heim recorría marchando y entonando sus himnos, el camino que discurría entre la caserna y la maternidad, para luego regresar por el camino andado. Casi siempre era el capitán Elsner el que marchaba al frente de sus hombres. A Hedda le gustaba verlos, todos al mismo paso, portando sobre el hombro sus fusiles y cantando esos himnos que ella consideraba tan varoniles. Casi todas las tardes, las voces de los soldados se empezaban a escuchar en la lejanía, hasta que lentamente, poco a poco, se acercaban a ellas. Después, igual de lentamente que habían llegado, se perdían otra vez tras la inmensidad del bosque.

Aquella tarde, cuando llegaron junto al camino que conducía al viejo puente de madera, los soldados entonaban un antiguo himno del partido que habían

popularizado las SA y que ahora cantaban todos los cuerpos del ejército, incluidas las SS. Se titulaba *¡Despierta, Alemania!*

*Alemania, despierta de tu pesadilla,  
No des alojamiento a los judíos en tu reino...*

Como si fueran colegialas, las chicas rieron al escuchar la canción de los soldados. Hasta la señorita De Mezary rio con ellas. Era como si estuvieran esperando a que la formación pasara para hacer una pequeña travesura.

*... Queremos resucitar para ti a los combatientes,  
La sangre aria no debe desaparecer...*

El sonido de las voces de los soldados se fue alejando. Las chicas se levantaron de la hierba. Seguían mirándose y sonriendo como colegialas. Había llegado el momento.

---

\* \* \*

---

Las cinco chicas y la señorita De Mezary habían dejado su ropa perfectamente plegada en la orilla del arroyo. Hildegard y Else jugaban a tirarse agua, ante las risas del resto de las jóvenes, cuando de pronto se escuchó ese sonido. Un sonido fácilmente reconocible. El sonido de un motor. Del motor de un todoterreno militar.

Hildegard y Else dejaron de jugar y alzaron su mirada hacia los árboles que cubrían la orilla del arroyo de donde procedía el sonido. La señorita De Mezary también lo había escuchado e hizo un gesto con la mano a las chicas para que guardaran silencio. Lene y Anna miraron a Hedda con rostro asustado. Hedda sonrió. Estaban a punto de descubrirlas, por mucho que corrieran no les daría tiempo a vestirse. La situación en la que se encontraban le hizo gracia.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! —dijo la *Helferin* mirando hacia la ropa de todas ellas que descansaba en la orilla del arroyo.

No dio tiempo de nada. El todoterreno militar hizo su entrada por el viejo puente de madera. Hedda pudo ver que lo conducía el comandante Beck y que le acompañaba otro oficial de uniforme gris, tan apuesto como el propio comandante. Hedda no había visto con anterioridad a ese hombre.

El todoterreno se detuvo en mitad del puente. Lene, Anna, Hildegard y Else echaron a correr hacia un solitario árbol junto a la orilla contraria del arroyo. Solo Hildegard, que llegó la primera, pudo cubrirse tras el árbol. Las otras tres chicas

quedaron al descubierto. Lo más gracioso, pensó Hedda, era que las chicas creían que el árbol estaba ocultando sus cuerpos desnudos.

El comandante y su acompañante descendieron del vehículo. Caminaron hacia la baranda del viejo puente y se apoyaron en ella.

—Señorita De Mezary, señoritas... —dijo el comandante Beck haciendo un gesto de saludo, llevándose su mano izquierda a la visera de su gorra de plato—. Venía para presentarles al teniente Hans Graz, que acaba de llegar para unirse a nuestra pequeña familia, pero bueno, no nos podíamos esperar un recibimiento tan grato...

La señorita De Mezary no tenía suficientes manos para cubrir todas aquellas partes de su cuerpo que quería cubrir. Solo Hedda se había quedado imperturbable, continuaba agachándose, cogiendo en sus manos agua del arroyo y vertiéndola sobre su cuerpo.

—¡Comandante Beck, compórtese como un caballero! Vuélvanse usted y su acompañante mientras las chicas y yo nos vestimos.

—Si quiere nos damos la vuelta, señorita De Mezary, pero creo que el teniente Graz y yo ya hemos visto todo lo que teníamos que ver.

—¡Comandante Beck, por favor! —gritó la señorita De Mezary.

—Está bien, no se ponga usted así.

Mientras decía esto, el comandante Beck miró a Hedda. Le sonrió. Hedda le devolvió la sonrisa.

Los dos hombres se dieron la vuelta y se quedaron mirando hacia el todoterreno, como dos alumnos castigados contra la pared durante una clase en el colegio.

Las cuatro chicas y la señorita De Mezary corrieron hacia su ropa. Hedda fue la última en salir del arroyo. En su interior se maldecía. Se maldecía por haber sonreído al comandante, pero la contestación irónica de este y la propia situación que habían vivido le habían hecho gracia. Y esas cosas no le gustaban. No le gustaban en absoluto. No le gustaba que nada que procediera de ese hombre le pudiera parecer gracioso.

---

\* \* \*

---

Una vez vestidas y acicaladas, la señorita De Mezary y las cinco chicas se acercaron al comandante Beck y al teniente Graz, que continuaban junto al todoterreno militar en el viejo puente de madera. Hedda observó que el rostro de la *Helferin* del uniforme negro estaba sonrojado y sudado, pero no podría decir si esto se debía al ambiente canicular que envolvía el bosque o al bochorno que la mujer había pasado. El comandante Beck y el teniente Graz las recibieron con una extraña sonrisa instalada en sus rostros.

—Señorita De Mezary, señoritas, este es el teniente Hans Graz, acaba de llegar

del frente oriental donde estaba destinado para unirse a nuestro destacamento de Marbach Heim.

El teniente se presentó a la *Helferin* y a las chicas. Mientras este departía con la señorita De Mezary, el resto de las chicas formó un círculo en torno a ellos. Al grupo regresaron las miradas y las risas estúpidas. Solo Hedda quedó fuera del círculo. El comandante Beck se acercó a ella.

—Parece una buena persona —dijo Hedda, por decir algo.

—Sí, lo es. Somos viejos amigos. Nos conocimos en el cuartel general de los cadetes prusianos de Lichterfelde...

La señorita De Mezary interrumpió su conversación con el teniente Graz cuando escuchó esas palabras en boca del comandante.

—Perdone, comandante Beck, habrá querido decir usted el cuartel general del SS *Leibstandarte Adolf Hitler*.

—Eso he dicho, señorita De Mezary. El cuartel general de los cadetes prusianos de Lichterfelde.

La *Helferin* elevó sus ojos al cielo, como diciendo «no puedo con él». El teniente Graz sonrió y también lo hizo Hedda, que se había quedado como atontada mirando al comandante.

—Señorita Weiss...

La chica rectificó. Desvió su mirada hacia el arroyo y frunció el ceño intentando demostrar al comandante que su comentario le había desagradado.

—Como le decía, somos amigos desde Lichterfelde —el comandante llevó su mano a la cicatriz que cruzaba su rostro—. Él fue el que me provocó esto...

—¿Él? —preguntó Hedda con un tono desanimado.

—Sí, él. No podía soportar que yo fuera el mejor con el florete...

Ahora fue el teniente Graz el que interrumpió su conversación con la *Helferin* y con las otras cuatro chicas.

—Fue un accidente. La máscara protectora del comandante estaba mal abrochada...

—Pero tú seguías sin asumir que yo siempre era mejor con el florete...

Todos rieron. Hedda bajó la cabeza y perdió su mirada en las florecillas del suelo.

—He advertido un gesto de desilusión en su rostro cuando le he contado que fue él quien me provocó esta cicatriz.

—Ya ve, comandante Beck. Las mujeres siempre fantaseamos —contestó, mientras desviaba otra vez la mirada hacia el arroyo.

—Sí, la realidad siempre suele ser algo desilusionador. Ya ve, no me hice esta cicatriz en ninguna batalla heroica.

—Yo no había pensado en eso, comandante. En realidad, nunca he pensado en usted.



El comandante Beck sonrió. Con su tradicional sonrisa amarga.

—Oh sí, sí que ha pensado en mí. Muchas veces. Y ese pensamiento le desagrada. «Como la señorita De Mezary», pensó Hedda. «¿Pero cómo pueden saber siempre lo que pienso?».

El comandante Beck posó su mirada en el prominente vientre de Hedda.

—Verá, señorita Weiss, puede confiar en él. Es un buen hombre, por eso he movido hilos para que estuviera con nosotros. Como sabe que puede confiar en mí.

—Yo no confío en usted, comandante Beck. Y conociéndole a usted, tampoco confiaré en él.

—¿Ha pensado usted en Dios, señorita Weiss?

—¿Y ha pensado usted en el Führer, comandante?

—El Führer... —ahora fue Erich Beck el que desvió su mirada hacia el arroyo—. El Führer, sí, pienso mucho en él. Pienso en él cada vez que escucho que un soldado alemán muere en Rusia cada veinte segundos.

—¿Qué es usted, comandante Beck? ¿Una especie de pacifista?

—No, señorita Weiss. Soy un militar, hijo de otro militar, mi padre fue un héroe de guerra de los ejércitos del Káiser. Y como yo, un patriota.

Hedda guardó silencio. Esa revelación le había sorprendido. Su padre también combatió en la Gran Guerra, en los ejércitos del Káiser. Y también se consideraba un patriota. Y sin embargo, tampoco era un nazi. ¿Cómo podía ser eso posible? ¿Cómo podían decir que eran patriotas, si no eran nazis?

—Solo quería que lo supiera, señorita. Si alguna vez le sucede algo, puede confiar...

—¿Y qué tendría que sucederme, comandante? Además, yo solo confío en la señorita De Mezary, ella...

Otra sonrisa amarga en la boca del comandante, esta vez, mientras miraba a la *Helferin*.

—Sabe una cosa, señorita Weiss, algún día, usted tendrá que elegir...

—No entiende usted nada, comandante, o lo que es peor, no lo quiere entender. No pierda más el tiempo conmigo, sé que solo intenta tener una aliada dentro de la casa. Se equivoca de chica, se ha equivocado desde el primer momento. Yo ya he elegido, comandante. Yo ya hice mi elección hace mucho tiempo —clavó su mirada en las runas de las SS que el comandante llevaba en las insignias del cuello de su guerrera y, después, la alzó hacia la cabeza de la muerte plateada que decoraba la gorra de plato—. Además, creo que es usted el que debe elegir, comandante. No yo.

Hedda rodeó al comandante y se unió al grupo de chicas que charlaba animadamente con el teniente Graz.

Erich Beck se apoyó en la barandilla del viejo puente y contempló el arroyo. Su imagen resultaba triste, sus ojos estaban turbados.

Hedda caminaba pensativa mientras, de regreso a la maternidad, atravesaban el oscuro hayedo al que la joven llamaba «el sendero tenebroso». La señorita De Mezary, que caminaba a su lado, le preguntó:

—¿En qué piensa, señorita Weiss?

—En el comandante Beck. ¿Qué le sucede? ¿Por qué siempre...?

—No lo sé, señorita Weiss. Ya le conté en una ocasión que se perdió, que en algún momento de su vida, Erich Beck se perdió...

—¿Fue en la guerra, señorita De Mezary? Al menos dígame eso. ¿Fue en Francia?

—Sí, señorita Weiss. Fue en la guerra. Fue en Francia.

—Sin embargo, sigue teniendo influencia, ha conseguido que destinen a su amigo aquí, a Marbach Heim.

—El comandante Beck era la mano derecha del general Josef «Sepp» Dietrich, el máximo responsable del *Leibstandarte*. Durante un tiempo fue miembro del servicio de seguridad personal del Führer, el *Begleitkommando*. Hasta que estalló la guerra y solicitó incorporarse a la División *Panzer* del *Leibstandarte*.

Hedda lamentó haber hecho esa pregunta. Ahora la imagen del comandante se había agrandado. ¡Mano derecha de uno de los más influyentes jefes del régimen! ¡Miembro de la seguridad personal del Führer! ¡Del Führer! Esa revelación de la señorita De Mezary hacía todo más incomprensible. ¿Cómo entonces podía decir esas cosas del Führer? ¿Esas blasfemias? Sabía que tenía que parar allí, pero, aún así, la curiosidad pudo más que ella.

—¿Y qué le pasó en Francia?

La señorita De Mezary la miró de forma condescendiente y le dijo:

—He estado observando que lleva muy hinchadas las piernas, señorita Weiss. Ahora cuando llegemos haremos una visita a la enfermera Schneider.

«Lo sabe», pensó Hedda. «La señorita De Mezary conoce la historia del comandante Beck». Mientras entraban en la gran explanada, solo pensaba de qué manera podría sonsacarle esa información a la hermética *Helferin*.

Hedda se incorporó en su cama. Lo había sentido. Su «ofrenda» se había movido en el interior de su vientre. Era como si se hubiera girado, como si se hubiera dado la vuelta. Buscó en la oscuridad de la habitación a Else. Sabía que su amiga aún estaría despierta, porque desde el bosque todavía llegaba el sonido de los doberman que acompañaban a la patrulla del comandante Beck, y Else no conciliaba el sueño hasta

que los ladridos de los canes cesaban. Hasta que llegara ese momento, Else estaría con los ojos muy abiertos y tapando con las manos sus oídos.

—Else, ¿estás despierta?

—Sí, Hedda. No puedo dormir, esos ladridos...

—Else, ¡lo he sentido! El niño se ha movido dentro de mi vientre. ¡Se ha movido!

Habría deseado en ese momento que, aunque fuera por un instante, la verdadera Else Kruger hubiera regresado de donde quisiera que estuviera, y ocupara ese cuerpo vacío de la chica que estaba en la cama al lado de la suya. Esa Else Kruger se habría incorporado, abriría sus ojos verdes de par en par y, con esa cara pecosa que destellaba jovialidad, habría dicho: «¡El niño! ¿Se ha movido el niño? ¡Qué ilusión, Hedda! ¡A ver si me sucede a mí lo mismo! ¡Qué contenta estoy que podamos vivir esto las dos juntas!».

Pero nada, esa Else Kruger ya no existía. La de ahora seguía tumbada en su cama, inmóvil, con los ojos muy abiertos y las manos tapando sus oídos.

—Esos ladridos no cesan. ¿Por qué me dan tanto miedo, Hedda?

Desilusionada, Hedda volvió a acostarse en su cama.

—Hedda, ¿tú crees que alguna vez podré ser como vosotras?

—No te entiendo, Else. Tú eres como nosotras, yo no veo la diferencia.

—El alma aria, Hedda. No sé, siento que yo nunca poseeré el alma aria. Yo no soy como vosotras. Algo en mí no es igual...

—Eso son tonterías, Else. La señorita De Mezary dice que todas...

—La señorita De Mezary se ha dado cuenta. Yo lo sé, sé cómo me mira. Sé lo que piensa de mí. Sabe que yo nunca podré ser como vosotras. Yo solo valgo para tocar el piano, Hedda. Para nada más.

—No sé lo que te pasa, Else. Has cambiado, no eres la misma. Te echo de menos, Else, echo de menos a la chica que me hacía reír, la chica que me animaba cuando tenía un mal momento, la chica junto a la que recorría las calles de Múnich, con la que acudía a las acampadas y a las marchas de las mañanas de los domingos. La chica que me contaba historias de las hijas de la lluvia. ¿Dónde está esa chica, Else? ¿Dónde está?

Silencio. Else Kruger tardó en contestar.

—Múnich. Más allá de ese bosque está Múnich, Hedda. Sabes, le he pedido a mi padre que en cuanto dé a luz, venga a buscarme, quiero regresar a Múnich. Es lo único que quiero, volver a Múnich, a mi casa, y tocar el piano. Creo que quizá nunca tenga un alma aria, pero puedo ser una gran pianista. Recorrería el mundo con mi música y estoy segura de que el Führer se sentiría orgulloso de mí. Pero mi padre no me ha contestado nada sobre eso, no ha dicho que vaya a venir a por mí. Solo me ha dicho que ha conocido a una mujer, que cuando termine mi paso por esta maternidad, me la presentará. Solo me ha dicho eso.

—Else, voy a hacerte una pregunta que te he hecho un millón de veces. ¿Qué paso aquella noche en la habitación de la señora Von Exner? Desde aquella noche no eres la misma.

Tal como esperaba, Else no contestó. Hedda intentó otra cosa.

—¿Por qué te pasas el día mirando el bosque, Else?

—No te lo puedo decir, Hedda. Te reirías de mí, pensarías que estoy loca.

—Else, soy tu amiga. Puedes confiar en mí, siempre lo has hecho.

—Sabes, no te lo creerás, pero a veces, me parece escuchar cosas. Voces, voces que salen del bosque. No sé, Hedda, serán tonterías mías, pero en ocasiones creo que el bosque me llama. Como si hubiera algo en su interior. Algo que me está esperando. ¿No me estaré volviendo loca, verdad Hedda?

—No, no te estás volviendo loca. Solo es que estamos un poco excitadas, han pasado muchas cosas en poco tiempo: venir aquí, el embarazo... Cuando tengamos a nuestros niños, todo cambiará, Else, ya lo verás. Veremos el mundo de otra manera. Después regresaremos a Múnich y todo volverá a ser como antes. Ahora duerme, Else. Los ladridos de los perros no son ya más que un eco lejano.

—Sí, creo que ahora ya puedo dormir. Hasta mañana, Hedda.

—Hasta mañana, Else.

Bajo las sábanas, Hedda puso las manos sobre su vientre. Tenía la esperanza de volver a sentirlo. De volver a sentir su «ofrenda» dentro de su vientre. Pero, por otro lado, no podía apartar de su cabeza las palabras de su amiga. «En ocasiones creo que el bosque me llama. Como si hubiera algo en su interior. Algo que me está esperando. ¿No me estaré volviendo loca, verdad, Hedda?».

Iluminado por la luz de una luna de agosto, a través del gran ventanal de la habitación de las chicas, el bosque de Marbach se desplegaba ante los ojos de Hedda Weiss en todo su esplendor. Un bosque silencioso, macabro, inquietante. Amenazante. Un bosque que las rodeaba por todos los lados. La única visión del mundo que tenían desde hacía siete largos meses.

No, Else no se estaba volviendo loca. De eso estaba segura.

## IX

### ALUMBRAMIENTO

*Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, principios de octubre de 1942*

No podía soportarlo más. El dolor en su espalda le impedía concentrarse en las explicaciones que la señorita De Mezary impartía en la clase diaria de sangre y raza. Para Hedda, esa clase se había convertido, desde hacía mucho tiempo, en su favorita, pero ahora, en el noveno mes de gestación, los dolores en su espalda y el creciente miedo al parto habían provocado que, por mucho que lo intentara, le fuera imposible mantener la concentración en las palabras de la *Helferin*. Esa misma mañana, la enfermera jefe Schneider y la comadrona jefe Schmund le habían informado, para su disgusto, que en pocos días saldría de cuentas, que el momento del parto se acercaba. Eso activó todos los terrores que tenía a ese momento, terrores que la habían acompañado durante años, terrores que se habían amplificado durante su embarazo, entre las cuatro paredes de esa maternidad. Ursula, la camarera de Königsberg, les contó durante una de las comidas, que en los últimos días el paritorio del ala roja que habían instalado junto al dispensario era un hervidero de enfermeras y comadronas preparando todo para el inminente alumbramiento. El operativo de los partos era muy complejo, se tenía que movilizar a mucha gente en muy poco tiempo. Todo estaba supervisado por el teniente coronel doctor Oertl en persona, ya que él era el encargado de firmar el acta de nacimiento de los niños. Normalmente, era bastante difícil verlo por los pasillos del ala blanca, aquel, era el reino casi exclusivo de Honelore de Mezary. Sin embargo, en los últimos días, las chicas se habían cruzado en varias ocasiones con el oficial vienés. Y en casi todos esos encuentros, el teniente coronel iba acompañado por anatomistas y antropólogos de las ss, con los que departía animadamente. En ese momento, las chicas se miraban. Sabían que era por ellas, que esos hombres estaban preparando sus partos. En el resto de las chicas, esos encuentros provocaban pequeñas risitas estúpidas. En Hedda, un sudor frío que cubría su frente.

Ahora volvía a suceder. Ese sudor frío había regresado. Pasó la mano por su frente intentando secar el sudor. Con todas sus fuerzas intentó concentrarse en las explicaciones de la señorita De Mezary.

—Es por eso, que el *Reichsführer* y las ss han puesto todo su interés en abrir maternidades en suelo noruego. En ningún lugar mejor que en Noruega se conserva el elemento nórdico entre las jóvenes de sangre pura. Una correcta selección, aplicando nuestra estricta disciplina racial, y ser fecundadas por lo mejor y más selecto de nuestros oficiales y soldados, proveerán al Reich de una nueva ornada de niños y

niñas puros, unos niños y niñas limpios de la contaminación sanguínea que ha assolado nuestra patria durante tantos y tantos años...

«Patria». La palabra estaba escrita en mayúsculas en la pizarra del aula de estudio. Un fuerte pinchazo en su vientre. El sudor frío parecía extenderse por todo su cuerpo. Su vista se nubló. Miró hacia sus compañeras, que atendían a las explicaciones de la *Helferin*. Los rostros de Lene, Anna, Else y Hildegard se veían borrosos. Pasó los dedos por la cuenca de sus ojos, pero la visión no mejoraba.

Honelore de Mezary se levantó de la silla y caminó hasta mitad de la tarima. Allí se detuvo. Miró a las chicas y les dijo:

—Hoy, nuestros ejércitos avanzan en territorio enemigo. La marea de la revolución nacionalsocialista es imparable. El hombre ario, la mujer aria, se han levantado, se han puesto en pie. ¡Ya nadie nos doblegará! ¡Ya nadie podrá obligarnos a vivir de rodillas! ¡La gloria ha regresado a Alemania, y esta ha arrastrado consigo a los pueblos germánicos a una batalla crucial, a una batalla decisiva! ¡La guerra que estamos viviendo, no cambiará solo la historia de Alemania, cambiará la historia del mundo! ¡Ha llegado la hora en que el hombre ario domine el orbe, domine el mundo! Mis queridas doncellas arias, el tiempo de la oscuridad ha terminado.

Hedda pensó que la mirada luminosa de Honelore de Mezary refulgía aquella tarde más que ningún otro día. La *Helferin*, casi en estado de éxtasis, señaló con su mano el retrato del Führer que colgaba sobre la pizarra del aula de estudio. Hedda sintió otro fuerte pinchazo en su vientre. Y una extraña sensación de mareo.

—¡Él ha traído la luz! Tras años de tinieblas, de caminar en la oscuridad, el Führer ha encendido la antorcha tras las que caminan las legiones arias...

El rostro del Führer. Eso era lo que necesitaba en ese momento. Fijar su mirada en el rostro del Führer. Sabía que solo eso la salvaría de tener otro desvanecimiento. O de algo peor. Intentó concentrar en el rostro de Adolf Hitler su mirada, pero este también se veía borroso. Un pensamiento cruzó por su cabeza. Su ofrenda. Su ofrenda estaba a punto de llegar.

—La fuente de la vida es un semillero para esas futuras legiones arias que caminarán victoriosas por los cinco continentes, extendiendo a su paso el nuevo evangelio del Führer. ¡El evangelio alemán! Ahora, cuando el acero se ha unido al acero...

Hedda se incorporó en su pupitre, apoyando sus brazos sobre este. Pero sus brazos se quebraron, como si no pudieran sostener el peso de su cuerpo. Todas las miradas se dirigieron a ella. Honelore de Mezary interrumpió su discurso y preguntó:

—¿Qué le pasa, señorita Weiss?

Un líquido caliente estaba descendiendo por sus piernas. «Creo que estoy orinando», pensó Hedda. «O no, o es otra cosa».

El líquido cayó como una catarata a sus pies. Salpicó sus zapatos. Las chicas se

levantaron de sus pupitres. Honelore de Mezary caminó hacia ella.

—Señorita De Mezary, creo que he roto aguas —dijo con voz asustada.

Una exclamación entre las chicas, que habían llegado junto a ella.

—Tranquila, señorita Weiss, siéntese, no se mueva. Ahora mismo vengo.

Hedda se sentó. Hildegard Meier le acarició el rostro, mientras le decía:

—No te preocupes, Hedda, estás con nosotras.

Un fuerte dolor en su vientre. Un dolor que se reflejó en su rostro. Una contracción.

—¡Enfermera Schneider! ¡Enfermera Schneider!

Los gritos de Honelore de Mezary se perdieron en los pasillos del ala roja de la maternidad.

Hedda Weiss había sido la primera en quedar embarazada, sería también la primera en dar a luz.

Según lo previsto.

---

\* \* \*

---

«Paritorio».

Pese a las dolorosas contracciones y a las lágrimas que los cubrían, los ojos de Hedda se clavaron en la palabra maldita. La señorita De Mezary y otras dos enfermeras la trasladaron hasta el paritorio, después de que en la habitación de las chicas la hubieran desnudado y le hubieran puesto el camisón blanco. Durante ese recorrido por los pasillos de la maternidad le había pedido a la *Helferin* que no la abandonara durante el parto.

—Tranquila, señorita Weiss, no forma parte de mi deber, pero estaré a su lado. No me separaré de usted. No la dejaré sola. Es la mejor de mis doncellas, la primera de mis reinas.

Esta vez, fue el teniente coronel Oertl en persona quien abrió la puerta. Hedda, las dos enfermeras y la señorita De Mezary entraron en la habitación.

La cama para el parto estaba situada en mitad de la sala. La enfermera jefe Schneider se hizo cargo de la chica. Con ayuda de otra enfermera, le quitaron el camisón y la ayudaron a postrarse en la cama. El cuerpo de Hedda estaba empapado en sudor. Habían empezado los temblores.

La comadrona jefe Schmund la ayudó a arquear y abrir las piernas. La señorita De Mezary, ya vestida con el uniforme de enfermera, llegó junto a la chica parturienta. Cogió una de sus manos. La enfermera jefe Schneider cogió la otra.

—Ya estoy con usted, señorita Weiss. No se preocupes, haga todo lo que le diga la comadrona jefe.

—Haga fuerza, señorita Weiss. Toda la fuerza que pueda —dijo la comadrona jefe

Schmund.

La mirada analítica de Hedda recorrió la sala de partos. A un lado de la cama donde ella se encontraba, estaban los anatomistas y antropólogos de las SS (los mismos que Hedda y las chicas habían visto recorrer los pasillos del ala blanca con el doctor Oertl), junto a la mesa médica preparada con esas extrañas cubetas de cristal (no podría describirlas de otra manera) y el instrumental de medición de craneometría y antropometría. Tras ellos se distinguía la figura de la enfermera del uniforme negro. Un terror inexplicable la invadió al contemplar esa visión, ¿y si su ofrenda se malograba? Mientras hacía todas las fuerzas de las que era capaz, intentó apartar ese pensamiento de su mente. La enfermera era la misma que ya había visto en el paritorio del «ala prohibida». A juego con su macabro uniforme, entre sus manos, llevaba una mantilla de color negro.

En el lado opuesto había otras cuatro enfermeras. Una de ellas llevaba en las manos otra mantilla, pero esta de color blanco. Junto a ellas, el teniente coronel doctor Oertl supervisaba el parto. No paraba de dar órdenes a las enfermeras y hablar con la comadrona jefe Schmud.

—Venga, señorita Weiss, lo está haciendo muy bien. Siga haciendo fuerzas —le dijo la comadrona jefe.

Hedda miró directamente al rostro de la señorita De Mezary, mientras grandes lagrimones caían de sus ojos. Lagrimones que se perdían entre el sudor que bañaba su rostro.

—Venga, señorita Weiss, ya sé que es doloroso, pero una auténtica hembra aria tiene que alumbrar a su hijo sin la ayuda de ningún fármaco artificial. El dolor es poder, señorita Weiss. El dolor le hará más fuerte y hará que traslade esa fuerza a su niño. Es el lazo invisible que nos une. Un lazo sagrado, señorita Weiss.

La comadrona jefe Schmud apartó la mirada de entre las piernas de Hedda y la dirigió hacia la señorita De Mezary. Era una mirada seria.

—Un poco más, señorita Weiss, esfuércese un poco más. Mire, mire ahí enfrente. Mire lo que he traído para usted.

Miró hacia el lugar al que la *Helferin* señalaba. Era una fotografía, una fotografía del Führer. El marco de la fotografía estaba rodeado de flores, bonitas flores de color rojo y blanco.

Su ofrenda. Ese era el motivo de todo y, ese «motivo», estaba a punto de ver la luz. Su niño para el Führer. Desde aquel día en Múnich, cuando la mano de Adolf Hitler había acariciado su rostro, quizás desde mucho antes, todo el motivo de su existencia había girado en torno a ese objetivo. Ahora lo había conseguido. Tenía que hacer un último esfuerzo, un esfuerzo supremo. Había llegado la hora de que su tributo se hiciera realidad. Había hecho ese sacrificio para conseguir ese objetivo. Había sacrificado una parte de su vida, su juventud, su familia, todo, con tal de



complacer al Führer y servir a sus deseos. No podía estropearlo todo ahora.

«Venga, Hedda, haz fuerza. Toda la fuerza que sea posible, Venga, Hedda, otra vez, inténtalo otra vez», se decía a sí misma, sin apartar la mirada del rostro del Führer.

Sintió un terrible dolor. Como si su vientre se abriera en canal. Como si todas sus vísceras se esparcieran por esa cama de la sala de partos.

Un grito. Un grito que recorrió todos los pasillos de la maternidad.

---

\* \* \*

---

El sonido de la vida. El llanto de un niño se escuchó en la sala de partos. La comadrona jefe Schmund, con el niño en sus manos, se dirigió a la mesa donde esperaban los antropólogos y anatomistas de las ss. Hedda se recostó en la cama. La señorita De Mezary pasó un paño frío por su frente. Sonriéndole, le dijo:

—Descanse, señorita Weiss. Todo ha salido bien, ha salido muy bien.

Tardaron sobre un cuarto de hora en hacer las pruebas raciales del niño. Aún tuvo fuerzas para observar, cómo la siniestra enfermera del uniforme y la cofia negra abandonaba sigilosamente la sala de partos. Sonrió al verla marchar. La señorita De Mezary le devolvió la sonrisa.

La enfermera jefe Schneider fue la encargada de llevarle al niño. Hedda se incorporó para cogerlo entre sus brazos. Iba en el interior de una mantilla blanca, con una cruz gamada bordada en rojo escarlata.

—Tome, señorita Weiss, cójala, es una niña. Una niña preciosa. Mire sus ojos. Son prodigiosos, señorita Weiss.

Hedda Weiss cogió por primera vez a su niña en brazos. Un rictus extraño, un rictus de aprensión se instaló en su rostro.

«Alumbraréis a los nuevos líderes del Reich». Pero era una niña. ¡Su ofrenda era una niña!

Honelore de Mezary advirtió ese rictus en el rostro de Hedda. Con voz pausada y una dulce expresión, le dijo:

—No se preocupe, señorita Weiss. El Reich también necesita niñas, niñas que lo lideren. Niñas que se conviertan en lo que yo soy, señorita Weiss. Y en lo que usted será.

Por primera vez, Hedda Weiss contempló el rostro de su hija. «No, Hedda, no puedes decir eso. No puedes pensar eso. No es tu hija, nunca lo será».

Por primera vez, Hedda Weiss contempló el rostro de su ofrenda.

---

\* \* \*

---

Los partos se prolongaron durante varias semanas. Tras Hedda, dio a luz Anna Ritter. Un niño. Y Lene Friedrich. Otro niño. Hildegard Meier, una niña. Else Kruger fue la última de las chicas en alumbrar. La suya fue una experiencia traumática, una experiencia que las chicas no olvidarían el resto de su vida.

Tras dar a luz, las chicas pasaban entre tres y cuatro días en el dispensario del ala roja, recuperándose. Durante esos días, las chicas solo veían a los niños en las horas de lactancia. Una vez que habían nacido, los niños eran trasladados a lo que se conocía como habitación cuna, donde eran cuidados constantemente por enfermeras. En un principio la habitación cuna fue instalada en el ala roja, junto al dispensario donde se encontraban las chicas, en lo que había sido un antiguo solárium. «Tenemos que aprovechar las horas de sol que nos proporciona este inicio del otoño, antes de que las sombras lo invadan todo», les dijo la señorita De Mezary. Las enfermeras al cuidado de los recién nacidos habían sido trasladadas desde el «ala prohibida» de la maternidad hasta el ala blanca. Ya no se moverían de allí durante todo el tiempo de lactancia de los bebés.

Durante aquellos días, las pruebas médicas a las chicas no cesaron. Una de las que más sorprendió a Hedda fue la medición de la leche materna que las chicas daban a los niños. La señorita De Mezary y la enfermera jefe Schneider le otorgaban a este aspecto mucha relevancia. Así, los niños eran pesados antes y después de cada tetada. La señorita De Mezary restaba el peso del niño antes de mamar de su peso después de hacerlo. A continuación, eran las chicas las que se pesaban en la fea báscula blanca. La «tetada de prueba» se realizaba incluso durante la noche, sin importar la hora que fuera. Todos los datos eran recogidos en los expedientes clínicos de las chicas y enviados a Berlín. La señorita De Mezary les explicó que esos datos eran revisados por el *Reichsführer* en persona. Anualmente, el *Reichsführer* proponía a las madres de las maternidades *Lebensborn* que portasen más leche, como candidatas para recibir la «cruz de la madre». Como en otras muchas cosas, Hedda Weiss fue la que más destacó durante estas pruebas en la maternidad de Marbach Heim, algo que hizo especialmente feliz a la *Helferin* del uniforme negro.

Durante la lactancia, la actitud de Hedda y del resto de las chicas fue muy diferente. Mientras estas parecían disfrutar de ese momento, del contacto con sus hijos, Hedda adoptó una postura fría y distante, para ella, todo eso solo formaba parte de su sacrificio al Führer, una parte más de su ofrenda. Nunca tuvo una mirada dulce hacia su niña, ni una palabra afectiva, ni un gesto cariñoso. Para Hedda Weiss era una actividad más, una actividad como tocar el violín o asistir a las clases de sangre y raza. Honelore de Mezary, que paseaba de arriba para abajo por la habitación de las chicas mientras estas daban el pecho, observándolas detenidamente, valoraba muy positivamente esa actitud de Hedda. En más de una ocasión, la estricta *Helferin* se lo comentó delante del resto de las chicas:

—Muy bien, señorita Weiss, me gusta esa actitud. Progresa con rapidez. Sabe diferenciar el deber de los sentimientos.

El resto de las chicas se miraban entre ellas. Nunca llegaron a comprender muy bien esas palabras de la *Helferin*.

El parto de Else Kruger se produjo a finales de octubre. Los días anteriores al parto, su actitud y su comportamiento habían empeorado. El aislamiento de la chica era casi total, aunque Hedda se acercaba a ella con frecuencia e intentaba entablar conversación, Else se limitaba a escucharla, asentir y seguir mirando por la ventana. Mirando hacia el obsesivo bosque de Marbach.

En una ocasión, Hedda la llevó a la habitación cuna para que pudiera ver a su niña. Ni eso pareció entusiasmar a su amiga, al contrario, la situación que se vivió fue muy tensa. Else se quedó como hipnotizada mirando los ojos de la niña.

—¿Has visto sus ojos, Else? Todo el mundo dice que son prodigiosos.

—Sí, son muy bonitos. Solo que...

—¿Solo qué, Else?

—No lo sé, Hedda, es como si les faltara algo.

Hedda apartó a su amiga y cubrió con la sabanita a la niña.

—Como si esa niña no tuviera alma.

Hedda lanzó una mirada furiosa a su amiga. Else bajó la vista y dijo:

—Perdona, Hedda, a lo mejor te he molestado...

—Venga, tenemos que irnos, Else. Las enfermeras se enfadarán si nos ven aquí. Además, no haces más que decir tonterías.

—No son tonterías, Hedda. Es lo que pienso. Todas esas cosas que la señorita De Mezary dice del alma aria... ¡Pero si nosotras ya hemos nacido con alma! ¿No?

—Has pasado demasiado tiempo con Hildegard Meier, Else. Esa campesina te ha embaucado con sus supersticiones.

Hedda y Else salieron al pasillo. La discusión prosiguió allí.

—No son supersticiones, Hedda. ¿Y si ese alma aria de la que habla la señorita De Mezary no existiera? ¿Y si solo fuera...?

—¡Cállate, Else! Y da gracias a Dios de que la señorita De Mezary no te haya escuchado.

—¿A Dios? ¿Dónde está Dios, Hedda?

Erich Beck. La imagen de Erich Beck regresó a su mente. «¿Ha pensado usted en Dios, señorita Weiss?». ¿Qué le pasaba a toda esa gente? Estaban viviendo en la gloriosa Alemania de Adolf Hitler, el mayor caudillo que la historia hubiera conocido. Un caudillo que estaba construyendo un mundo para ellos, para la raza aria. Lo mejor de la juventud alemana estaba muriendo en los frentes de batalla por ese ideal y ellos, el comandante Beck, Else o Hildegard Meier, se seguían aferrando a viejas y rancias creencias. Ella no conocía realmente al oscuro comandante, y de

Hildegard Meier podía esperárselo, era una joven proveniente del mundo rural, donde todas esas ideas estaban muy arraigadas... ¿Pero, Else? Else y ella se habían formado juntas en la Liga de Muchachas Alemanas, habían asistido a las clases de adoctrinamiento, a las acampadas, a los actos del partido. Las dos pensaban igual. ¿Qué le pasaba ahora a Else?

Aquella tarde, Hedda Weiss dio por terminada la conversación caminando con rapidez por aquel pasillo de la maternidad. Else, a punto de salir de cuentas, no pudo seguirla.

Else Kruger tuvo dos amagos de parto. Pero en ambas ocasiones, todo se quedó en un susto. Su parto se produjo una lluviosa tarde de finales de octubre. Para entonces, las chicas ya estaban instaladas en su habitación del ala blanca. La habitación cuna también había sido trasladada, se instaló en una sala cerca del despacho de la señorita De Mezary. La férrea vigilancia de la señora Von Exner había regresado tras el paréntesis de la estancia en el dispensario del ala roja. Fue la *Helferin* con cara de doberman la que se dio cuenta de que Else se había puesto de parto. Las chicas se habían quedado solas en la habitación. Fue en ese momento cuando empezaron los alaridos.

No eran gritos, eran alaridos. Alaridos que provenían del paritorio del ala roja. Aprovechando la ausencia de la señora Von Exner, salieron al pasillo. Las cuatro chicas se asomaron al ventanal que daba al patio interior que compartían con el ala roja de la maternidad. Era una tarde triste y gris, la lluvia golpeaba contra los cristales del ventanal. Una de las ventanas del ala roja estaba iluminada. La ventana del paritorio. Hedda no podía apartar la mirada de esa ventana. Un pensamiento gris, tan gris como esa tarde, se había abierto paso en su cabeza.

—¿Qué le pasa? ¿Nunca he oído unos gritos así...? —preguntó Anna Ritter.

Hedda la interrumpió.

—Estoy muy preocupada. Lleva mucho tiempo, y no para de lanzar esos alaridos. Además...

—¿Además qué, Hedda? —preguntó Lene Friedrich.

—Sophie, su madre, murió durante el parto en el que ella nació. No he querido decírselo nunca, pero durante estos meses de embarazo he pensado mucho en eso.

Cuando terminó de decir esto, los alaridos cesaron.

—Ya está, ya ha callado. Ya ha tenido a su niño —dijo Hildegard Meier.

Hedda debería haberse alegrado, pero no lo hizo. Su rostro seguía resultando serio y preocupado. Tenía una sensación, un palpito. La sensación de que algo había salido mal.

Los llantos de un niño. Amortiguados por la distancia, los lloros de un niño llegaban hasta ellas.

—Tardan mucho, ¿no? —la voz de Lene Friedrich también sonaba preocupada.

—No, es lo normal, Lene. Las pruebas raciales duran una media hora —dijo con voz tranquila Anna Ritter.

Poco a poco, paulatinamente, los lloros del niño empezaron a sentirse más cercanos. La sensación de que algo no había ido bien creció en el interior de Hedda. Ahora, era ya un convencimiento.

—¿Por qué se escucha tan cerca...? —intentó preguntar Hildegard Meier.

—Calla, Hildegard. El llanto de ese niño se escucha debajo de nosotras —contestó Lene Friedrich.

La puerta del patio interior se abrió. Una visión fantasmagórica apareció delante de las chicas.

La enfermera del uniforme y la cofia negra, la «partera negra», como la llamaba Hildegard Meier, entró en el patio interior, bajo la lluvia. En sus manos llevaba una mantilla negra y en su interior, un niño que no dejaba de llorar. El niño de Else Kruger.

Todo sucedió muy rápido. La señora Von Exner entró también en el patio, siguiendo los pasos de la enfermera del uniforme negro. Alzó la mirada y descubrió a las chicas. Su mirada. Una mirada severa.

Hildegard Meier se llevó las manos a los oídos.

—¿Por qué no se calla? ¿Por qué no deja de llorar?

Las dos mujeres se detuvieron ante una cuba de agua que había en un lateral del patio. Las chicas ni siquiera habían advertido la presencia de ese objeto. Un objeto que suponían formaba parte de la decoración del propio patio.

Todas las chicas pensaron lo mismo. Como hiciera la noche en que Else Kruger entró en la habitación de la señora Von Exner, Hildegard Meier empezó a rezar:

—Padre nuestro, tú que estás en los cielos...

La enfermera del uniforme negro entregó a la señora Von Exner la mantilla negra. El bebé desnudo estaba en sus manos. Su llanto parecía aumentar de intensidad.

La mirada de Hedda se dirigió a Hildegard Meier.

—¿Qué haces, Hildegard?

—Rezar, Hedda.

La enfermera le dijo algo a la señora Von Exner. Esta volvió a mirar hacia las chicas.

«¿Ha pensado usted en Dios, señorita Weiss?», preguntaba el comandante Erich Beck dentro de su cabeza. Tenía que hacerlo, Hedda pensó que tenía que hacerlo. Empezó a cantar:

*Nuestra bandera ondea delante de nosotros...*

La enfermera del uniforme negro introdujo al bebé dentro de la cuba de agua.

La voz de Lene Friedrich se unió a la de Hedda:

... *Nuestra bandera es la nueva era...*

La enfermera mantuvo un tiempo al bebé dentro de la cuba de agua. La lluvia arreciaba.

La voz de Anna Ritter se unió a la de Hedda y Lene:

... *La bandera nos lleva a la eternidad...*

La enfermera del uniforme negro sacó el cuerpo inerte del bebé de la cuba de agua y lo depositó en la mantilla negra que guardaba la señora Von Exner en sus manos. Los llantos habían cesado. Y la oración de Hildegard Meier. Y la canción de las chicas. Un espeso silencio lo envolvió todo. Solo se escuchaba el sonido de la lluvia al estrellarse contra el cristal.

La enfermera del uniforme negro y la señora Von Exner salieron del patio interior.

Hedda se dirigió hacia Hildegard Meier. Lene y Anna la imitaron. La joven de Berchstesgaden quedó rodeada. En sus ojos tremolaban las primeras lágrimas.

—Nuestras oraciones, son nuestros cánticos y nuestros himnos sagrados, Hildegard Meier. No lo olvides nunca.

Hedda Weiss dio media vuelta y regresó a la habitación. Lene y Anna caminaban tras ella como dos perritos falderos.

Hildegard Meier permaneció junto al ventanal, mirando el patio vacío. Rompió a llorar.

---

\* \* \*

---

La señorita De Mezary y la señora Von Exner aparecieron en la habitación de las chicas una media hora más tarde. Cada una estaba sentada sobre su propia cama, en silencio. La *Helferin* se situó en el centro del pasillo de la habitación y les dijo:

—La señorita Kruger está bien, se recupera en el dispensario del ala roja. Estará allí unos días, dentro de poco volverá con nosotros. Como saben, hemos tenido que deshacernos del niño, no ha superado las pruebas raciales. Ha venido al mundo con una malformación.

Las chicas bajaron la cabeza. La señorita De Mezary esbozó una sonrisa.

—No se preocupen, Else podrá tener su hijo. Tendrá una nueva oportunidad. Los expertos han dictaminado que ella no es la culpable de la malformación. Estén tranquilas.

Dicho esto, Honelore de Mezary abandonó la habitación. La señora Von Exner ocupó su lugar.

—Venga, señoritas, vamos a cenar.

Hedda Weiss sintió una arcada. No tenía ganas de cenar. En realidad, solo tenía ganas de vomitar.

---

\* \* \*

---

Else Kruger regresó al ala blanca dos semanas después de su luctuoso parto. Las chicas se alarmaron mucho al ver su cambio físico: había perdido muchos kilos, su tez tenía una palidez sepulcral, dos grandes ojeras negras habían aparecido alrededor de sus ojos. Hasta su bonita cabellera pelirroja parecía marchita. Su mirada vacía no había cambiado, pero su carácter se había vuelto todavía más arisco y solitario. De la chica que llegó a Marbach Heim apenas quedaba nada. Ahora, una melancolía crepuscular envolvía su figura. Una melancolía que ya no la abandonaría nunca.

Una mañana, a mediados de noviembre, Hedda tuvo un incómodo encuentro en la habitación cuna de la maternidad. Todas las mañanas acudía para darle el pecho a la niña, eso sí, siempre bajo la vigilancia y la supervisión de las inefables enfermeras. Cuando entró en la habitación cuna, y para su sorpresa, otra persona se encontraba ya en su interior, inclinada, tocando con su mano la carita de su niña. Al verlo, se detuvo en seco, carraspeo, y dijo:

—Comandante Beck.

El comandante ss Erich Beck se incorporó y la saludó.

—Señorita Weiss, tenía que venir a la casa y he pensado en pasar por aquí para ver a su niña —el hombre miró en derredor suyo, donde se encontraban las cuatro cunas—. Una enfermera me ha dicho que era esta.

La niña empezó a llorar. Hedda caminó hacia la cuna, sacó a la niña, la cubrió con la mantilla y, llevándola hacia su pecho, la acunó.

—La niña se ha debido de asustar al ver a un señor tan feo como yo —dijo el comandante con su tradicional sonrisa amarga.

—No, no es por eso, comandante. Tiene hambre, es su hora de comer. Todos los niños son iguales —dijo Hedda con voz cortante.

—Es una niña muy guapa, señorita Weiss. Especialmente sus ojos, son preciosos. Tan bonitos como los de su madre.

—Gracias, comandante, pero por favor, ahórrase los cumplidos.

Erich Beck cruzó las manos tras su espalda y caminó por la habitación mirando a los niños que descansaban en las otras tres cunas. Hedda seguía meciendo a su niña y mirando al comandante con ojos desconfiados.

—Niños, niños en la habitación de los niños. En la habitación de los niños

muertos.

—¿De los niños muertos? ¿De qué está hablando esta vez, comandante?

Erich Beck se detuvo en seco y, mirándola fijamente, le preguntó:

—¿No conoce usted la historia de Marbach Heim, señorita Weiss? ¿No les ha hablado de ella la señorita De Mezary?

—No, comandante, nunca nos ha hablado de ese tema. ¿Qué debería saber?

La eterna curiosidad de Hedda. Luego siempre se lamentaba, pero la curiosidad siempre podía con ella. Era una de las pocas cosas que podían con ella, una de las pocas cosas que conseguía torcer su férrea voluntad.

El comandante Beck caminó hacia uno de los ventanales de la habitación. Era un día típicamente otoñal, un día triste, grandes nubes negras cubrían el cielo sobre Marbach Heim.

—Esta casa, como casi todos los hogares *Lebensborn*, fue expropiada a sus auténticos dueños, en su mayoría, familias judías adineradas...

—No fueron expropiadas, comandante Beck. El pueblo alemán solo recuperó lo que los judíos le habían robado durante años —interrumpió Hedda con voz firme.

Erich Beck continuó hablando mientras miraba por la ventana, haciendo caso omiso de su comentario.

—Esta casa fue expropiada en enero de 1938. Sus propietarios eran la familia del doctor Cohen. El doctor vivía aquí con su mujer, Elisabeth, y sus tres hijas, Sara, Rachel y Marta. Un día, funcionarios de la Oficina de la Raza y Asentamientos de Königsberg se personaron en la casa para anunciarles que debían abandonarla en el plazo de tres días. La organización *Lebensborn e.V.* se haría cargo de la hacienda, mientras que el doctor y su familia serían deportados en un tren especial a Varsovia. El doctor Cohen en todo momento se mostró comprensivo y colaborador, y les comunicó que se marcharían antes de esos tres días, de hecho, ya habían pensado hacer un largo viaje. Según refleja el acta de expropiación, redactada por un funcionario de apellido Hess, el doctor despidió a los funcionarios con unas crípticas y amenazantes palabras: «Mi familia y yo aceptamos el destino que su Führer ha decidido para nuestro pueblo, espero que en el futuro ustedes acepten el que su Dios les tenga reservado». Los funcionarios se marcharon de la casa entre grandes carcajadas.

Hedda se acercó a la ventana, ahora los dos tenían la mirada puesta en el mismo lugar: el sombrío bosque que los rodeaba por todos lados.

—Tres días más tarde, los funcionarios y una patrulla de las SS regresaron a la casa. La puerta principal estaba abierta. En lo que ahora es el *hall*, en un sofá, encontraron al doctor Cohen y a su mujer, Elisabeth. Se habían disparado con una pistola. El doctor, en la sien. Su esposa, en la boca.

El comandante se separó de la ventana y comenzó a pasear por la habitación.



—En el piso superior, debía de ser en esta habitación, encontraron a las tres niñas, Sara, Rachel y Marta, tendidas en el suelo. Su padre las había matado haciéndoles ingerir una dosis elevada de un potente somnífero. Supongo que ese era el «largo viaje» que la familia iba a emprender.

La niña había dejado de llorar. Hedda volvió a depositarla en la cuna. Su intención era deshacerse cuanto antes de esa incómoda visita y darle el pecho a su niña.

—Es una historia muy triste, algo lamentable, comandante, pero las cosas son así. Cosas del pasado. Ya ve, ahora todo es distinto, ahora en esta casa la vida florece. Como nos dice siempre la señorita De Mezary, tenemos que destruir para poder construir, comandante. Seguro que eso sí que se lo enseñaron en Lichterfelde.

El comandante Beck se puso sus guantes negros y se caló la gorra de plato que llevaba bajo el sobaco. Caminando hacia la puerta, se detuvo ante un busto en bronce del Führer que presidía la habitación de los niños.

—Destruir para construir, una buena definición...

—O de lo contrario será el Reich el destruido, comandante —dijo Hedda, con tono agrio.

Desde que el comandante había contado su historia, y pese a la firmeza de sus palabras, Hedda miraba la habitación con un gesto de aprensión.

—El Reich —susurró el comandante mientras pasaba su mano enguantada por el rostro del busto del Führer—. Estatuas, bustos y fotografías, banderas, estandartes e himnos. Soldados alemanes muriendo en el frente ruso, en el del norte de África. Consignas y soflamas. Un día más en la vida de nuestro glorioso Reich.

Pasos en el pasillo. La señorita De Mezary y una enfermera entraron en la habitación cuna.

—Comandante Beck, ¿ha departido ya con el teniente coronel doctor Oertl? —preguntó la *Helperin* del uniforme negro.

—Sí, señorita De Mezary. Mañana el teniente coronel y yo partimos para Berlín, tenemos que solucionar unas cuestiones sobre la seguridad de la maternidad...

—Pues entonces, ahora abandone la habitación. La señorita Weiss tiene que darle el pecho a su niña.

—Sí, ya me iba...

La *Helperin* se cuadró, dio un fuerte taconazo y, alzando su brazo hacia el comandante Beck, gritó:

—*Heil Hitler!* Comandante.

El comandante Beck también se cuadró, dio otro potente taconazo y respondió:

—*Heil Hitler!* Señoritas.

El comandante miró a las dos mujeres y se despidió con un saludo cortés. Con porte marcial, abandonó la habitación en compañía de la enfermera.

La señorita De Mezary se acercó a Hedda.

—Es un hombre desagradable, señorita De Mezary, siempre dice esas cosas tan extrañas. ¿Por qué no se han deshecho ya de él?

—Lo hemos intentado, señorita Weiss, no crea que no lo hemos intentado. Pero Berlín lo quiere aquí. Supongo que es demasiado peligroso para estar cerca de los órganos de poder, y demasiado valioso para desaparecer en la noche.

—Pero siempre se dirige a mí, no al resto de las chicas, desde...

—Porque está enamorado de usted, señorita Weiss. Desde el primer día que la vio.

Gesto de sorpresa en el rostro de Hedda. Instintivamente, bajó la cabeza. Ella no era buena para eso. Nunca lo había sido. Nunca había sabido detectar esas cosas en un hombre. Ya le había pasado con el pobre Lorenz Werk, a lo mejor el chico estaba realmente enamorado, no era solo que deseara su cuerpo. Definitivamente, no conocía a los hombres. Quizá nunca los conociera.

El gesto de sorpresa dio paso a un ligero sonrojo y después, a una especie de desasosiego. El temor de que la señorita De Mezary pudiera pensar...

—Señorita De Mezary, no creerá que yo he provocado...

—No, no, tranquila, señorita Weiss. Tranquila.

Ahora fue Honelore De Mezary la que caminó hacia el ventanal. Desde allí, vio al comandante Beck salir a la gran explanada. El teniente Graz le estaba esperando. El comandante Beck se detuvo un instante para encenderse uno de sus cigarrillos. El comandante y el teniente caminaron hacia un camión militar donde, al volante, los esperaba el capitán Elsner. Se había vuelto frío. Mientras caminaba, el comandante se subió el cuello de su abrigo negro.

—No tiene que preocuparse, señorita Weiss, esto nos puede beneficiar. Hemos encontrado un punto vulnerable en esa coraza de hierro que lo cubre.

---

\* \* \*

---

Esa misma noche, las chicas se encontraron con una sorpresa cuando regresaron de la cena. Dos camas más en la habitación. Dos chicas nuevas.

Estaban en el centro de la habitación, acompañadas de la señora Von Exner. Las dos vestían con el uniforme de la Liga de Muchachas Alemanas. Una de ellas era rubia, como ellas, con dos largas coletas trenzadas que le llegaban casi hasta la cintura. La otra chica era morena, con unos impactantes ojos rasgados de un azul muy claro. A sus pies, estaban sus maletas, el mismo tipo de maletas con las que ellas llegaron a la maternidad.

—Señoritas, estas son sus nuevas compañeras. Acaban de llegar a Marbach Heim. Por favor, señoritas, preséntense.

La chica rubia de las largas coletas fue la primera en hablar.

—Me llamo Erna Hansen, tengo diecinueve años y soy de Dresde.

Después le tocó el turno a la chica morena.

—Mi nombre es Helene Wernecke, tengo veinte años y soy de Breslau.

Nada más entrar en la habitación, Hedda se había dado cuenta de un detalle. Habían cambiado la posición de las camas. La cama de Hedda estaba en el mismo lugar de siempre, junto a la de Lene y Anna, pero a su lado habían colocado la cama de Hildegard Meier. Enfrente, en el otro lado del pasillo, habían instalado las dos camas de las chicas nuevas, y junto a ellas, una tercera cama. La cama de Else Kruger.

—Venga, señoritas, ustedes métanse en la cama. Y ustedes dos, antes de acostarse, vayan a la ducha. ¡Huelen peor que las botas de los soldados en la caserna! ¿Pero cómo puede ser posible? ¿Cómo puede ser posible que chicas tan jóvenes apesten así?

Antes de entrar en la ducha, las dos chicas nuevas pasaron junto a Hedda. Y pudo olerlas. Las dos olían igual.

Olían a un delicado perfume de rosas.

## X

### BAUTISMO

*Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, principios de diciembre de 1942*

Una mañana, a principios de diciembre de 1942, Hedda Weiss recibió una noticia, una noticia que cambiaría su vida para siempre.

Aquella mañana, como tantas otras, las chicas habían paseado a los niños por los largos pasillos de la maternidad. El invierno había llegado a Marbach Heim, la nieve ya había hecho acto de presencia y el frío había provocado que el termómetro descendiera abruptamente. Ahora, toda la vida de la maternidad se hacía en el interior. Eso a Hedda le disgustaba ya que se veía en la obligación de tener que pasear varias veces al día a la niña; hubiera preferido que el nacimiento de su hija hubiera coincidido con los meses de verano y así, poder pasear a la niña por los senderos del bosque, como vio hacer a muchas de las madres del «ala prohibida».

Las chicas habían dejado a sus niños en la habitación cuna, al cuidado de las enfermeras, y habían regresado a su habitación. Allí las esperaban Helene, Erna y Else Kruger, más la señora Von Exner. La *Helferin* con rostro de doberman lanzó a las chicas una mirada maligna al verlas entrar, se habían retrasado, y ese día había mucho ajeteo en el ala blanca de la maternidad: una nueva tanda de agentes de procreación había llegado a Marbach Heim, y después de comer, tendrían que preparar a Helene Warnecke, Erna Hansen y Else Kruger para el encuentro de esa noche con los oficiales de las ss. En el momento en que la señora Von Exner se disponía a recriminar a las chicas su tardanza, alguien entró en la habitación. Todas las miradas se concentraron en esa persona, miradas sorprendidas. Era una persona conocida, una presencia constante para las chicas, pero que estas nunca habían visto así. Hasta la señora Von Exner pareció sorprendida.

Honelore de Mezary había entrado en la habitación. Por vez primera, la *Helferin* había dejado a un lado su sempiterno uniforme negro. Se había hecho un peinado nuevo, una permanente fría ondulada, llevaba un bonito tocado de color azul claro sobre su cabeza y un velo negro que le llegaba hasta los labios. Su vestimenta consistía en un ajustado abrigo de cuero negro que le llegaba casi hasta las rodillas, estilizando su figura. El abrigo llevaba pelo, también de color azul claro, en el cuello y alrededor de las mangas, haciendo juego con su tocado.

—Señoritas, ha surgido un asunto de máxima urgencia que reclama mi presencia en Königsberg, con lo que tendré que ausentarme durante dos días. Esta noche no podré estar en la ceremonia de procreación, por lo que el teniente coronel doctor Oertl ocupará mi lugar. Antes de irme, quería dejar cerrado un asunto. Señora Von Exner, señorita Weiss, por favor, acompañenme a mi despacho.

—Como desee, señorita De Mezary —dijo la señora Von Exner con tono servil.

Todas las miradas se dirigieron a Hedda. La de Lene, Anna, Hildegard, la de las dos chicas nuevas, Helene y Erna. Y la mirada vacía de Else Kruger.

Las miradas sorprendidas de las chicas se habían transformado en miradas asustadas, que mientras Hedda abandonaba la habitación tras la señorita De Mezary y la señora Von Exner se acabaron convirtiendo en miradas de pánico.

---

\* \* \*

---

La señorita De Mezary entró en su despacho y sin dar tiempo a más, se sentó en la silla tras su mesa. El olor a lirios que emanaba de su cuerpo y que envolvía el despacho, parecía más intenso que nunca. Con un gesto de su mano enguantada en cuero negro, la *Helferin* invitó a Hedda y a la señora Von Exner a que se sentaran frente a ella. Mientras lo hacían, Honelore de Mezary fingió leer unos documentos que tenía sobre su mesa. Unos papeles que, Hedda tuvo esa sensación, la *Helferin* parecía no necesitar leer. Cuando la señora Von Exner y Hedda estuvieron acomodadas, Honelore de Mezary levantó la vista de los documentos y, mirando fijamente a la señora Von Exner, dijo:

—Señora Von Exner, primero de todo, la maternidad de Marbach Heim y yo, en mi propio nombre, queremos agradecerle su trabajo y su sacrificio en su paso por este hogar *Lebensborn*. Quiero comunicarle que ha sido trasladada a...

Honelore de Mezary volvió a fingir que leía algo en uno de los documentos.

—Sí, aquí está, Majdanek. Es uno de nuestros nuevos campos en el Gobierno General. Aquí tengo una carta del comandante del campo Hermann Florstedt en la que nos solicitaba personal cualificado disponible. Creo que usted, está muy bien cualificada para ocupar ese puesto.

Saltaban chispas. Honelore de Mezary había pronunciado la palabra «cualificada» con un tono de voz que provocó que el rostro de la señora Von Exner se encendiera como un tizón ardiendo. Hedda observó que los ojos de la *Helferin* con cara de dobermann parecían poseídos por la ira. La mujer estaba empezando a sudar.

—Señorita De Mezary, ¿esto no debería comunicármelo el teniente coronel...?

—Se lo estoy comunicando yo, señora Von Exner. En cuanto termine la ceremonia de procreación de esta noche, desaloje su habitación. Mañana por la mañana vendrán a recogerla para llevarla a su nuevo destino.

—Yo quisiera que usted...

Honelore de Mezary se giró hacia Hedda, haciendo caso omiso de lo que parecía una nueva interpelación de la señora Von Exner.

—Señorita Weiss, quiero comunicarle que he elevado una solicitud a la Oficina del *Reichsführer* para que sea ascendida a la categoría de servicio auxiliar femenino

de las ss. Es mi deseo que sea la nueva *Helferin* cuidadora de la maternidad de Marbach Heim.

Como si el suelo se abriera a sus pies. Casi sin ser consciente, empezó a temblar. Necesitaba un tiempo para poder asimilar lo que la señorita De Mezary le acababa de comunicar. Además, casi no podía concentrarse en lo que la *Helferin* le estaba diciendo. Se había quedado paralizada por el brillo de los ojos de la instructora jefe. No es que brillara en ellos la mirada luminosa, es que esos ojos que la miraban destilaban fuego, como si estuvieran a punto de incendiar el delicado velo negro que los cubría.

—Señorita De Mezary, yo...

Honelore de Mezary se dirigió a la señora Von Exner y le dijo:

—Si nos disculpa, señora Von Exner, me gustaría tratar un asunto en privado con la señorita Weiss.

—Como usted desee, señorita De Mezary.

La *Helferin* con rostro de dobermann se levantó, hizo un saludo y salió de la habitación. Antes de abandonarla, lanzó a Hedda una mirada furiosa.

Honelore de Mezary se levantó de su mesa y caminó hasta la puerta acristalada que daba al balcón sobre la gran explanada. La nieve de esa noche había cuajado, toda la explanada estaba cubierta por un manto blanco. Frente a la puerta principal esperaba ya el vehículo militar que la trasladaría a Königsberg. Siguió con su mirada los copos de nieve que caían lentamente, mientras le decía:

—De momento no comunique nada a sus compañeras, esperaremos a que pase el bautismo de los niños para hacer público su nuevo cargo. Hasta entonces, espero que utilice sus dotes de liderazgo para mantener el orden entre las chicas.

—Así lo haré, señorita De Mezary.

—Lo sé, señorita Weiss. Las ss aceptarán de buen grado su ascenso, de hecho, aunque nadie lo sabe, mañana me reuniré con el *Reichsführer* Himmler en Königsberg. Le explicaré su caso personalmente. El *Reichsführer* firmará su ascenso en cuanto regrese a Berlín.

—Señorita De Mezary, quiero agradecerle lo que ha hecho por mí. Siempre lo he envidiado, ser *Helferin* era el sueño de mi vida...

Otro gesto con su mano enguantada. Sin apartar la mirada de los copos que caían, Honelore de Mezary dijo:

—No tiene que agradecerme nada. Tenía que haber hecho esto hace tiempo. Hace mucho tiempo.

Cuando Hedda abandonó el despacho de Honelore de Mezary, la señora Von Exner la esperaba en el pasillo.

—La felicito, señorita Weiss. Solo que me preguntaba una cosa: ¿cómo ha conseguido usted que la señorita De Mezary...?

—Yo no he hecho nada, señora Von Exner. Se tendrá que preguntar qué ha hecho usted para que la trasladen a ese lugar.

Hedda Weiss caminó por el pasillo en dirección a la habitación de las chicas. La *Helferin* con cara de doberman la alcanzó y obstaculizó su camino, posicionándose delante de ella.

—A mí no me engaña, señorita Weiss. Conozco a las mujeres como usted. Antes de irme, me gustaría saber qué ha hecho para que Honelore de Mezary la haya convertido en su «niña mimada».

—Antes de que se vaya, señora Von Exner, me gustaría saber a mí qué le hizo a Else Kruger la noche que la llevó a su habitación.

Gerda Von Exner lanzó una sonora carcajada, una carcajada que retumbó por el largo pasillo.

—Usted nunca sabrá lo que sucedió aquella noche, señorita Weiss. Son métodos que aprendimos en Ravensbrück, prácticas que nunca conocerá. Prácticas muy efectivas, se lo aseguro. Usted no ha sido formada para el puesto que va a ocupar.

Una idea pasó por su cabeza. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Una sensación que no le era ajena, que ya había sentido antes. Como cada vez que llamaba para sus adentros «jodido tullido» a Lorenz Werk.

—Enséñeme esos métodos, señora Von Exner.

—¿Qué dice? ¿Se ha vuelto loca? Eso no se puede aprender en un día, eso forma parte de un proceso de aprendizaje...

—Yo, sí. Aprendo rápido, muy rápido. Quiero conocer esos métodos. Quiero hacer bien mi trabajo.

—Señorita Weiss, necesitaríamos a alguien que...

—Seré yo, señora Von Exner.

El gesto en el rostro de Gerda Von Exner había cambiado. Ahora, la mirada furiosa de la mujer había dado paso a un rictus de sorpresa. Y de algo más.

—Es imposible, usted no puede someterse a...

—Sí puedo. Y lo haré.

—Está bien, esta noche, cuando las chicas duerman. Acuda a mi habitación.

—Acudiré, señora Von Exner.

—La esperaré ansiosa, señorita Weiss.

Hedda continuó andando por el largo pasillo, en busca de la habitación de las chicas.

Gerda Von Exner permaneció inmóvil en mitad del pasillo, mirando cómo Hedda caminaba y desaparecía al dar la vuelta a la esquina.

Hedda se detuvo. Cerró los ojos. Esa sensación de nuevo. Esa sensación cercana al placer.

Hedda Weiss fingía dormir. Hacía rato que Else Kruger, Erna Hansen y Helene Warnecke habían regresado de su encuentro con los agentes de procreación. Como cada noche (esa sería la última), la señora Von Exner apagó la luz de la habitación. Esa noche Hedda se había acostado muy pronto, aduciendo un fuerte dolor de cabeza. Ninguna de las chicas lo había percibido, pero se había acostado vestida. Esperó en silencio en su cama, hasta que se cercioró de que todas las chicas estuviesen dormidas. Estaba muy nerviosa, sabía que esa noche iba a dar un paso decisivo, un paso que si no salía bien, podía traerle consecuencias. Graves consecuencias. Justo ahora que había conseguido lo que más ambicionaba, ahora que iba a ser ascendida a *Helferin*. Pero tenía que arriesgarse, la señora Von Exner iba a marcharse al día siguiente y esa podía ser su última oportunidad. La última oportunidad de saber qué sucedió aquella noche del *Julfest* con su amiga Else en la habitación de esa espantosa mujer.

Else. Su amiga era el mayor de sus problemas para su plan de esa noche. Los ladridos de los doberman de la patrulla de las ss retumbaban por el gélido vacío del bosque de Marbach, y Else tenía por costumbre no dormirse hasta que estos no se perdían en la lejanía. Hedda se había incorporado varias veces en su cama, ahora la cama de Else estaba frente a la suya y no podía distinguir muy bien si su amiga dormía o seguía despierta. Era una noche sin luna, la habitación estaba casi en total oscuridad.

No estaba segura, pero creía que Else estaba dormida. Apartó las sábanas de su cama y se levantó. Miró a todos los lados... y nada, silencio absoluto en la habitación. De puntillas, caminó hacia la puerta que conducía al pasillo.

—Hedda...

La voz de Else Kruger. La había descubierto.

—Schsss...

—¿Dónde vas, Hedda?

—Calla, Else. Y duerme. Mañana te contaré.

—Hedda...

—Schsss...

Else Kruger no volvió a hablar. Hedda abrió sigilosamente la puerta de la habitación. Aún pudo distinguir a Else incorporada en su cama.

Salió al pasillo y caminó hasta la habitación de la señora Von Exner. Tocó dos veces en la puerta.

—Pase, señorita Weiss.

Hedda entró en la habitación de la *Helferin*.

La austera habitación de la mujer había sido completamente desalojada, solo quedaba la cama y algunos muebles vacíos. Junto a la puerta había cuatro maletas con



sus pertenencias. La señora Von Exner estaba sentada sobre la solitaria cama.

Hedda cerró la puerta.

---

\* \* \*

---

Abandonó la habitación de la señora Von Exner cinco horas más tarde. Else Kruger continuaba despierta y fue quien dio la voz de alarma.

—Hedda, ¿de dónde vienes? ¿Qué te ha pasado?

Hedda avanzó en silencio por la habitación de las chicas. Estas habían empezado a despertarse, una a una. Primero, Anna Ritter y Lene Fiedrich; después, Helene Wernecke y Erna Hansen. Por último, Hildegard Meier.

Hedda Weiss encendió la luz del baño y entró en su interior. Fue la primera vez que las chicas la pudieron ver. Tenía las manos y una parte del rostro cubiertos de sangre. Y parte de la ropa, sobre todo su falda.

Casi a la vez, las chicas se levantaron de la cama y se amontonaron en la puerta del baño. Hedda estaba en uno de los lavabos, lavando sus manos en la pila.

—¿Qué ha pasado, Hedda?

Fue Lene Friedrich la que, con voz trémula, formuló la pregunta. Todas sabían que era la chica a la que Hedda más respetaba.

Hedda las miró a través del espejo y, con voz cansada, dijo:

—No ha pasado nada. Volved a la cama.

—¡Dios mío, Hedda, estás cubierta de...! —intentó decir Hildegard Meier.

Hedda se giró hacia las chicas y, con voz y mirada furiosa, dijo:

—¡No ha pasado nada! ¡Vosotras no habéis visto nada! ¿Entendido? Ahora, volved a la cama.

Como si fuera la señorita De Mezary quien lo hubiera dicho, todas las chicas obedecieron y regresaron a sus camas. Todas, menos una. Todas menos Else Kruger.

Mientras se lavaba el rostro, Else se acercó a ella. No estaba dispuesta a volver a su cama hasta que su amiga le contara lo que había sucedido esa noche.

—Hedda, por favor, dime lo que te ha pasado, estoy muy asustada y preocupada...

La propia Else dejó de hablar al ver, reflejadas en el espejo, dos grandes lágrimas caer del rostro de Hedda. En todo el tiempo que la conocía, no la había visto llorar nunca. Else Kruger había pensado muchas veces que Hedda Weiss era incapaz de llorar.

—Else, ya sé lo que pasó aquella noche en la habitación de la señora Von Exner.

Else Kruger palideció. Ahora fue ella la que rompió a llorar.

—¡Por favor, Hedda, por favor, no lo cuentes nunca! ¡Por favor, Hedda, estoy tan avergonzada!

Hedda la abrazó. Estrechó la cara de la chica contra su pecho, mientras le decía:

—Tranquila, Else, nunca lo sabrá nadie. Ya no tienes nada que temer, nunca volverá a pasarte nada malo.

Mientras Else sollozaba amargamente sobre su pecho, miró su propio rostro reflejado en el espejo.

—Ahora ya nadie podrá hacerte daño.

---

\* \* \*

---

La sorpresa para las chicas fue mayúscula cuando a la mañana siguiente, la señora Von Exner no se presentó en la habitación para dar la luz y mandarlas a la ducha. En lugar de eso, fue Hedda la que se levantó de su cama, encendió la luz y les dijo que no se despojaran del camión, que antes tenían que ver algo.

Como en una procesión, la siguieron por los largos pasillos de la maternidad, hasta que llegaron delante de una puerta.

Hedda se detuvo ante ella. Las chicas se miraron de reojo. Rostros de sorpresa. Ninguna de ellas sabía que hacía delante de la puerta del despacho de Honelore de Mezary.

La sorpresa fue aún mayor, cuando Hedda abrió la puerta y entró en el despacho. Las chicas la siguieron.

En penumbra, cruzaron el despacho en dirección a la puerta acristalada que se asomaba al balcón. Hildegard Meier se trastabilló y provocó que Helene Warnecke estuviera a punto de caer. Risas nerviosas en el grupo. Se amontonaron ante la puerta acristalada.

Volvía a nevar. Bajo el balcón, delante de la puerta de entrada de la maternidad, estaba estacionado uno de los todoterreno militares del destacamento del comandante Beck. Un joven soldado rubio (Anna Ritter dijo que se llamaba Hans Brühl) estaba introduciendo en el vehículo cuatro voluminosas y pesadas maletas.

La señora Von Exner apareció junto al vehículo. Paseó su mirada por el bosque nevado y después, como si esperara encontrarse con algo, la elevó hacia el balcón. Lo encontró.

Hedda Weiss, en primer término, y el resto de las chicas, tras ella, estaban presenciando su marcha de la maternidad.

Casi instintivamente, al ver los ojos de la *Helferin* posarse en ellas, todas las chicas dieron un paso atrás. Todas menos Hedda.

—¿Se marcha? —preguntó asombrada Hildegard Meier.

—Sí, se marcha —respondió Hedda.

Casi un año antes, la noche que llegaron a la maternidad, la señora Von Exner las había recibido con un gesto malévolamente instalado en su rostro. Ahora, un año después,

se marchaba de la maternidad con un rictus muy diferente. Un rictus que se manifestó cuando al elevar la vista, sus ojos encontraron a los de Hedda Weiss.

Un rictus de terror.

La señora Von Exner subió en el todoterreno. El vehículo echó a andar. Esquirilas de hielo y de nieve salieron despedidas cuando las potentes ruedas se pusieron en funcionamiento.

El vehículo dio la vuelta a la gran explanada y se internó en el oscuro hayedo, ese lugar al que Hedda llamaba «el sendero tenebroso».

Solo cuando el vehículo desapareció, engullido por el bosque de Marbach, Hedda dijo:

—Venga, chicas, volvamos a la habitación. Tenemos que asearnos.

### *Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, finales de diciembre de 1942*

Último domingo anterior a la fiesta de *Julfest*. Ese había sido el día elegido. Aquella mañana, la actividad en la maternidad de Marbach Heim era frenética. En el *hall* de la maternidad, las enfermeras iban y venían llevando en sus manos grandes centros florales que colocaban sobre cada mesa, cada mostrador, cada repisa. De los altavoces situados en el techo del vestíbulo surgía la suave melodía del *Andante para flauta y orquesta en Do mayor* de Wolfgang Amadeus Mozart. En la fachada principal, otras dos enfermeras desplegaban dos gigantescas banderas: la bandera roja del Reich, con el disco blanco y la cruz esvástica negra, y una bandera negra con la runa *Leben* en blanco. El balcón sobre la arcada de la puerta principal también había sido engalanado con una bandera negra de las ss con las dos runas blancas y la cabeza de la muerte. En la gran explanada, cubierta por una gruesa capa de nieve, dos soldados del destacamento del comandante Beck montaban guardia junto a los mástiles donde ondeaban las banderas del Reich y de las ss, banderas mecidas por un viento furioso impregnado en nieve, banderas que se recortaban contra un cielo tan oscuro como la enseña de la Orden Negra.

En la maternidad se disponían a vivir un día especial, el día del bautismo de los niños, de los cuatro niños de las chicas del ala blanca.

---

\* \* \*

---

Hedda fue la última en coger a su niña. La envolvió en una mantilla blanca, decorada con runas y esvásticas, y tomó posición en la fila, tras la señorita De Mezary. La *Helferin* y las cuatro chicas salieron de la habitación cuna, iniciando una lenta procesión hasta la sala bautismal, en el ala roja de la maternidad.

Hedda estaba muy ilusionada esa mañana, tenía un gran interés y curiosidad por

saber cómo era esa famosa sala bautismal. Desde que habían llegado a la maternidad prusiana, un año antes, la puerta de la sala bautismal había estado siempre herméticamente cerrada. En sus horas de ocio, las chicas habían especulado mil veces sobre cómo sería esa sala de la maternidad. Sabían que la puerta de la sala solo se abría aquellos días que había bautizos, siempre naturalmente, relacionados con las residentes del «ala prohibida». Cuando eso sucedía, generalmente los domingos, las chicas pasaban la mañana confinadas en su habitación, en el intento de que ni fueran vistas, ni pudieran ver nada. Pero Hedda había visto cosas. Sabía que cuando se bautizaba a los niños de los oficiales de las ss, estos acudían a los bautizos, así como sus familias. Sin embargo, cuando se bautizaba a los niños de madres solteras, solía ser solo el personal de la maternidad el que asistía al acto. En alguna ocasión podían asistir las familias de acogida, las familias que, terminados los seis meses de lactancia, se harían cargo de los pequeños. Hedda tenía interés por saber quién asistiría al bautismo de sus niños, creía que ni siquiera lo haría todo el personal de la maternidad, solo aquellos que estuvieran al corriente de su estancia allí.

Esperaron en la puerta de la sala. Antes de entrar, Honelore de Mezary les dirigió unas últimas palabras:

—Señoritas, estén tranquilas. No se precipiten en nada, simplemente, sigan todas las instrucciones que les vayamos dando. Y miren a la señorita Weiss. Mantengan siempre erguida la cabeza. No tienen que avergonzarse de nada. Solo aquellos que violan nuestras sagradas leyes raciales tienen motivos para sentir vergüenza.

La puerta se abrió. La señorita De Mezary y las chicas hicieron su entrada en la sala bautismal.

---

\* \* \*

---

Decepción. La primera impresión que causó la sala bautismal en Hedda, fue decepcionante. La sala era pequeña, mucho más pequeña de lo que ella había imaginado. Eso sí, disponía de techos altos y abovedados y, aunque el día era muy oscuro y la habitación carecía de ventanas, las tres grandes lámparas de araña que colgaban del techo provocaban que la estancia resultara tan luminosa como el resto de la maternidad. Ellas caminaban por un pasillo central, a los dos lados, había cinco filas de largos bancos de madera, similares a los que se podían ver en cualquier iglesia de Alemania. En los bancos se sentaban el equipo de enfermeras y comadronas que habitualmente prestaban sus servicios en el ala blanca de la maternidad. Tal como había pensado, no sería todo el personal de la maternidad el que asistiría al bautizo de sus niños. Las comadronas y enfermeras aplaudían entusiasmadas al paso de las chicas y sus hijos. Entre ellas, pudo distinguir a tres hombres de aspecto sombrío, vestidos de paisano, que las saludaron haciendo un

gesto con sus gorros de ala ancha. A lo largo de la tarde, y de forma casual, descubriría la identidad de esos hombres.

Lo que sí que le sorprendió fue la gran runa *Leben* de madera de pino que presidía la estancia y que estaba situada detrás de la mesa bautismal. Prendida sobre la intersección que formaban los brazos del símbolo germánico de la vida, sobre algo parecido a un sudario de color blanco inmaculado y escrito en letras alemanas antiguas, una leyenda decía:

*Este es el deber sagrado de cada madre de buena sangre.*

Junto a la gran runa de madera estaba el joven alto y rubio que las chicas vieron cargar las maletas de la señora Von Exner, y que Anna Ritter dijo que se llamaba Hans Brühl. El joven, vestido con el uniforme de gala negro de las ss, portaba el estandarte del destacamento de Marbach Heim. Sin saber bien por qué, al verlo, Hedda miró a Anna. La chica sonrió y pareció ruborizarse.

La mesa bautismal estaba decorada con ramas de pino y todo tipo de coloristas flores. Entre esa vegetación se distinguía un retrato del Führer y, junto a él, una reproducción en piel negra y hojas con bordes de oro de *Mein Kampf*. Una bandera del Reich cubría toda la base de la mesa, y a sus pies, bajo la gran esvástica negra, habían dispuesto una manta de algodón no blanqueada, bordada con runas, esvásticas y hojas de roble. Hedda supuso que ese sería el lugar donde depositarían a los niños para ser ungidos como nuevos miembros de las ss.

Delante de la mesa, con su uniforme de gala y una sonrisa de oreja a oreja en su rostro sonrojado, estaba el teniente coronel Oertl, que oficiaría la ceremonia. Más apartados, a un lado de la mesa bautismal, estaba el comandante Beck, secundado a ambos lados por el capitán Elsner y el teniente Graz.

Al llegar frente a la mesa bautismal, las cuatro chicas, con sus niños en brazos, tomaron asiento en unas sillas preparadas especialmente para ellas. La señorita De Mezary, sin embargo, se situó en la fila contraria, en el primer banco, junto a la enfermera jefe Schneider y la comadrona jefe Schmund. Tras las chicas, en el primer banco, estaban Helene Wernecke, Erna Hansen y Else Kruger. En cuanto tomó asiento, Hedda se giró para mirar a su amiga Else. Le sonrió. Else le devolvió la sonrisa. Una sonrisa tan vacía como su mirada.

Antes de iniciarse la ceremonia, un grupo de niños del ala blanca entraron en la sala bautismal. Ocho niños y ocho niñas, de entre unos cuatro y ocho años. Los niños sujetaban en sus manos unos arcos florales, mientras con sus voces angelicales entonaban la conocida canción *Mutter und Schönheit*, madre y belleza. Todos ellos iban vestidos de blanco, los niños con traje y las niñas con vestido. Las niñas llevaban un colorista tocado floral sobre su cabeza. Una vez que llegaron frente a la mesa

bautismal, se colocaron a la izquierda de esta, cerca de las madres y los niños que iban a ser bautizados. Cuando terminaron su canción, todos los presentes aplaudieron alborozados.

Sin embargo, Hedda tenía el pensamiento en otra parte. Mientras miraba la carita de su niña y acariciaba sus mejillas, su mente estaba en otro sitio, pensando en otra persona. En alguien en quien no quería pensar, en alguien que «deseaba» aborrecer. El comandante Erich Beck.

En el mismo momento en que había puesto sus pies en la sala bautismal y, aunque no había querido mirarlo, intuía que los ojos del comandante se habían fijado en ella. Los notaba, los sentía, como si fueran una presencia ominosa que caminara a su lado. Solo en un momento, las dos miradas se cruzaron. Para ella fue un momento espantoso. Un instante que tardaría en olvidar. Porque había sentido un estremecimiento. Una sensación cercana al placer. Sabía que podía superar ese transitorio estado de debilidad. Frente a ella tenía el cálido rostro del Führer, el motivo de que ella estuviera allí, soportando el peso de su pequeña niña en sus brazos, de su ofrenda para el Reich. El principal motivo de su existencia, aquello en lo que había sido instruida, para lo que había sido preparada. También podía mirar los acogedores ojos de la señorita De Mezary, que tampoco dejaba de mirarla y sonreírle. Tenía que agarrarse a esas cosas y, como fuera, intentar alejar de su mente a ese demonio que caminaba disfrazado bajo el uniforme de comandante de las SS por los terrenos de Marbach Heim.

Sin embargo, una sensación aún peor la invadió poco después, cuando se dio cuenta de que la mirada del comandante Beck caminaba errante por la sala bautismal, pero sin centrarse en ella. ¿Por qué? ¿No debería el comandante mirarla solo a ella? Ahora miraba a la comadrona Schmund, luego al teniente coronel doctor Oertl, luego a Lene Friedrich, porque su niño no dejaba de llorar. Pero ¿por qué no la miraba a ella? Una sensación nueva, distinta, la asaltó. Una sensación que, nunca antes en su vida, había tenido. ¿Era acaso eso lo que la gente llamaba «celos»?

Para su fortuna, la voz del teniente coronel doctor Oertl, con su fuerte acento vienés, la sacó de esa terrible sensación.

—En este día tan especial para la maternidad de Marbach Heim, me gustaría invitar a la señorita Honelore De Mezary a que nos dirigiera unas palabras. Ella mejor que nadie, conoce la esencia de este noble proyecto.

Entre aplausos, la señorita De Mezary se levantó y caminó hasta el centro de la mesa bautismal. El teniente coronel doctor Oertl se apartó educadamente a un lado.

Honelore de Mezary posó su mirada en las cuatro chicas y en sus niños. Las miró una a una. Su mirada se detuvo especialmente en Hedda.

—Todavía hoy, cuando el pueblo alemán lleva ya los suficientes años viviendo en el glorioso Reich de Adolf Hitler, programas como este, el que estamos realizando en

algunas de las casas *Lebensborn*, tienen que ser ocultados a nuestro pueblo, realizarse en la sombra, con silencio y sigilo. Esta situación es solamente transitoria. Tenemos que reconocer que, pese a los muchos progresos conseguidos, una parte de nuestro pueblo todavía no está preparada para aceptar estos avances en la batalla biológica en la que las SS estamos trabajando incansablemente. Eso se debe a que, queramos reconocerlo o no, esa parte de nuestro pueblo continúa de alguna manera ligado a antiguos y retrasados valores morales, valores morales que nos han causado un gran daño, que históricamente han provocado que en nuestra gran patria la supervivencia de la élite superior, portadora de la sangre más noble, haya estado durante mucho tiempo en peligro, al borde de la desaparición. ¡Sí! ¡Así de graves llegaron a ser las cosas! Por supuesto, como vanguardia de la nueva Alemania, las SS estamos dispuestas a que esta parte de nuestro pueblo acabe aceptando la nueva e irreversible realidad en la que vivimos. Ese momento, el momento en que esos valores heredados de creencias y pensamientos ajenos a nuestro pueblo sean definitivamente desterrados de la psique de nuestra gente, ese será el momento en que *Lebensborn* podrá ser revelado a la totalidad del pueblo alemán. ¡En toda su grandeza, en todo su esplendor! Nadie duda que ese será un momento glorioso. Hoy, Alemania ha cogido las riendas de los pueblos occidentales de Europa, la Europa aria, limpiándola, allí donde hemos podido, de los elementos parasitarios que corroían estas ancestrales y nobles naciones, luz de una cultura y una tradición única e inigualable. Hoy, nos batimos en duelo desigual con los pueblos salvajes de los territorios orientales, a los que estoy segura, no tardaremos en derrotar. Pero dentro de un tiempo, cuando *Lebensborn* sea presentado, cuando el mundo conozca la grandeza de nuestro proyecto, solo entonces, habremos ganado definitivamente el mañana. ¡El mañana de la raza aria!

El silencio más absoluto reinaba en la sala. Todas las miradas estaban concentradas en las palabras de la bella y elegante *Helferin*. Hedda pudo comprobar que incluso el comandante Beck parecía estar absorto en el pequeño discurso de la señorita De Mezary. La instructora miró a las chicas y les dijo:

—La primera noche que llegaron a Marbach Heim, les dije que ustedes eran la avanzadilla de un nuevo amanecer. Es así, esos niños que llevan en sus brazos forman parte del brillo boreal que ilumina el cielo de ese nuevo amanecer. Esos niños están destinados a dirigir el Reich, ¡en un futuro, destinados a dirigir el mundo! Forman parte de una élite especial, una élite que emerge de dentro de una élite. Y esto no se detiene aquí. Esto es solo el principio. Ustedes han acudido a *Lebensborn*, guiadas por su amor y su entrega absoluta al Führer, y por su creencia ciega y fanática en el nacionalsocialismo. ¡No están solas! Cada día, son cientos, miles, las jóvenes que acuden a *Lebensborn*. Pero nosotros somos ambiciosos, y queremos más. Ambicionamos a que la totalidad de las jóvenes alemanas sanas, que estén libres de

enfermedades hereditarias, de sangre aria pura no contaminada, acaben por escuchar la palabra del Führer e ingresen en nuestras maternidades, realicen ese sacrificio supremo que el Estado nacionalsocialista les exige. Ustedes han escuchado la llamada de la patria. Las ss sabrán recompensarlas por su sacrificio. Esa recompensa comienza hoy. En una declaración jurada, se comprometieron a entregar sus hijos al Estado, y este los acogerá con los brazos abiertos. Saben que nunca podrán tratarlos como a hijos propios, no los verán crecer, ni convertirse en aquello para lo que estén destinados. Nunca llevarán su apellido, pero, eso sí, hemos decidido que lleven el nombre que ustedes elijan. Sus futuros padres y tutores no podrán cambiar ese nombre, que ustedes, de su propio puño y letra, inscribirán en su libro de la vida.

Hedda volvió a mirar al comandante Beck. Ahora el hombre tenía la mirada perdida. Perdida en algún lugar de la pared que había frente a él. Pensó que ahora su brumosa mente estaría vagando por algún lado sin poder concentrarse en el importante discurso que la instructora les estaba ofreciendo. Por un momento sintió que le gustaría entrar dentro del hombre, descubrir qué pensaba, qué sentía, descubrir cómo podía ser que su ser no estuviera rendido ante unas palabras de tanta belleza.

—Durante mucho tiempo hemos convivido con la fealdad, hemos compartido nuestro espacio con ella. ¡Ahora la fealdad y la decrepitud han sido borradas de la faz de Alemania, borradas por un viento violento que lo limpia todo! Como les dije antes, somos ambiciosos. Ambicionamos una nación de ciudades libres, arias, pobladas por hombres libres, guerreros arios. Ciudades libres, arias, pobladas por mujeres libres y arias, por niños y niñas libres, niños y niñas arios, compartiendo un entorno idílico, limpio de inmundicia y de podredumbre. Nuestros enemigos piensan que nuestra doctrina y nuestra fe es salvaje, primitiva. ¿Cómo se puede estar tan ciego? ¿Por qué no quieren ver la realidad? ¿Cómo pueden cuestionar que el Estado de una nación solo desee lo mejor para sus hijos? ¡Lo mejor para su pueblo! Los dejaremos debatirse en sus dudas, urdir sus estrategias enfermas y decadentes, sus mentiras infundadas. No podrán con este pueblo, no podrán con esta nación. ¡No podrán con Alemania! Lo saben, y sufren. Nosotros hemos sufrido en el pasado, pero hemos ganado el presente y hoy, aquí, estamos forjando el futuro. Temen nuestros gritos, nuestros himnos, temen nuestra fuerza y nuestra determinación. Saben que venceremos con el Führer o que pereceremos con él. Tienen que oírnos, tienen que escucharnos, nuestro grito tiene que traspasar ese bosque que nos rodea. *Sieg Heil!*

—*Sieg Heil!* —contestó un auditorio entregado a la *Helferin*.

La sala bautismal estalló en un sonoro aplauso. Honelore de Mezary, exhausta, regresó a su sitio, junto a la enfermera jefe Schneider y la comadrona jefe Schmund. Los aplausos arreciaron. Solo había dos personas en la sala que no aplaudían. El portaestandarte del destacamento de Marbach, Hans Brühl, y el comandante Erich Beck. El comandante seguía con la mirada perdida en algún punto de la pared, y un



gesto torturado y amargo en su rostro. Por primera vez, Hedda Weiss sintió lástima por él.

---

\* \* \*

---

El discurso de Honelore de Mezary dio paso al ritual del bautismo de las ss. Una por una, las chicas se acercaron a la mesa bautismal, depositando a su niño en la manta de algodón no blanqueado, a la sombra de la esvástica, mientras inscribían su nombre en el libro de la vida, el que los acompañaría el resto de su existencia. Después, el teniente coronel doctor Oertl ponía su mano sobre la cabeza del niño, mientras pronunciaba su nombre y unas palabras rituales. Hedda sería la última en hacerlo y, mientras ese momento se acercaba, el nerviosismo y el desasosiego se apoderaron de ella. Y el miedo. Miedo, porque había tomado una determinación, una determinación peligrosa. Una determinación que podía provocarle un problema con la señorita De Mezary. Un grave problema.

---

\* \* \*

---

Unos días antes, la *Helferin* les pidió durante la clase de sangre y raza que estudiaran atentamente la lista de nombres que aparecía en el anuario *Lebensborn* de ese año. Eran nombres que habían sido recomendados como «genuinamente arios». Había otra lista, una lista de nombres que se consideraban «aceptables» para las niñas y los niños arios. El nombre que Hedda había elegido para su niña, no figuraba en la lista de «nombres genuinamente arios». Ni tampoco se incluía en la lista de nombres «aceptables». El nombre que había elegido para su hija, no figuraba en ninguna de esas listas. En ninguna.

---

\* \* \*

---

—Hedda Weiss Steinbauer.

Cuando el teniente coronel doctor Oertl pronunció su nombre, se levantó y caminó con su niña en brazos hasta el altar bautismal. Dejó a la pequeña sobre la manta de algodón no blanqueada, a la sombra de la esvástica, y se dirigió hacia la mesa donde esperaba el libro de la vida de la niña. Escribió el nombre en la primera página del libro. Un retortijón en su estómago. Ya estaba hecho, el mal ya estaba hecho. Hasta ese momento, el nombre de los niños era un secreto, nadie, ni siquiera la señorita De Mezary lo conocía. Hedda sabía que las otras tres chicas habían elegido nombres «genuinamente arios» para sus niños: Lene Friedrich lo había llamado

Baldur, como el dios germánico de la luz, Anna Ritter lo llamó Heinrich, en honor al *Reichsführer* Himmler. Hildegard Meier había elegido para su niña el nombre de Hilde (al escucharlo se produjeron miradas y risitas entre Lene, Anna y Hedda, «mi nombre es Hildegard, pero todo el mundo me llama Hilde»), y ahora solo faltaba que el teniente coronel doctor Oertl pronunciase el nombre de su hija.

Hedda depositó el libro de la vida de su niña en un atril junto al teniente coronel, para que llegado el momento este pudiera leerlo. Después, recogió a la niña y se posicionó frente al alto oficial.

El teniente coronel doctor Oertl posó sus dedos sobre la frente de Hedda y dijo, con tono solemne:

—¡Tú, Hedda, madre aria, sé siempre la estrella y el faro que guíe a tu niña en la nueva fe en la que hoy es acogida! ¡La fe en el Führer, en el Reich, en el nacionalsocialismo y la fe en Alemania!

Otro retortijón. Había llegado el momento. El momento en que el alto oficial anunciase el nombre de su hija. El hombre miró hacia el libro de la vida, leyó el nombre que ella había escrito y colocó sus dedos sobre la frente de la niña.

—¡Y tú, Maria, niña aria, sé acogida por nosotros en esta nueva fe! ¡Crece firme y fuerte como el roble alemán y nunca seas, ni humilde, ni pequeña!

Lo había dicho. Maria. Era el nombre de su madre, Maria Weiss, de soltera, Maria Steinbauer. Era algo que necesitaba hacer, ponerle ese nombre a la niña, a su ofrenda al Führer. En ese momento hubiera necesitado, más que ninguna otra cosa en el mundo, tener a su madre cerca. «No, no puedes pensar eso, Hedda, bórralo de tu cabeza. Olvídalo, olvídalo ya, no lo has pensado, ese pensamiento te hace débil, tan débil como cuando piensas en el comandante Beck». Miró de reojo en derredor. Ninguna reacción negativa en la sala bautismal. Una cálida sonrisa en la boca de la señorita De Mezary. ¿Un gesto de satisfacción en el rostro del comandante Beck? Eso le molestó. Le molestó mucho. Otro retortijón en su vientre.

El teniente coronel doctor Oertl concluyó, dirigiéndose a las dos:

—¡Que la Madre Tierra, que nos lleva a todos con amor, y el Padre Cielo, que nos bendice con su luz, y todas las fuerzas benefactoras del aire, gobiernen sobre vosotras hasta que esté cumplido vuestro destino!

Aplausos en la sala bautismal. Hedda regresó a su silla con su hija Maria en sus brazos.

---

\* \* \*

---

Terminada la ceremonia, los habituales corros de conversación en el pasillo junto a la sala bautismal. Hedda observó que el comandante Beck estaba solo, apartado del resto, mirando por la ventana la salvaje visión del bosque de Marbach. Con su niña en

brazos, se acerco a él.

—¿En qué piensa, comandante Beck?

El comandante Beck se giró hacia Hedda. Una luz pareció alumbrar su taciturno rostro.

—Ah, señorita Weiss. Me gustaría felicitarle por el nombre de su hija. Maria, un nombre precioso. ¿Es el nombre de su madre, verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Tengo su documentación en mi despacho. Maria Weiss, de soltera Steinbauer.

—No ha contestado a mi pregunta. ¿En qué pensaba?

—Pensaba el discurso de la señorita De Mezary. Ciudades arias pobladas de guerreros arios. Madres arias, niñas y niños arios jugando en un entorno idílico. En un entorno perfecto. Entonces...

—¿Entonces qué, comandante?

—¿Quiénes serán nuestros enemigos?

Hedda no contestó. El comandante volvió a mirar a través del cristal, mientras decía:

—¿Nosotros mismos?

—Comandante Beck, cuando ese día llegue, ya no tendremos enemigos que nos puedan amenazar.

—Se equivoca, señorita Weiss. Nosotros siempre tendremos enemigos que nos amenacen. Siempre. De lo contrario, dejaríamos de existir.

Pasos a su espalda. La señorita De Mezary y la enfermera jefe Schneider. El comandante Beck desapareció sigilosamente, fingió hablar con el capitán Elsner y el teniente Graz.

La señorita De Mezary y la enfermera miraron a la niña de Hedda. Honelore de Mezary acarició con su mano la carita de la niña.

—Un nombre precioso, señorita Weiss. Mitzi.

—¿Mitzi? —preguntó Hedda.

—Sí, Mitzi. Sabe, una de mis mejores amigas en Heim Hochland se llamaba Maria von Roth, pero todos la llamábamos Mitzi. A mí me encantaba ese nombre. Sí, creo que a su niña le vendrá muy bien. La llamaremos Mitzi. ¿Verdad que le gusta?

—Sí, claro, señorita De Mezary.

No. Le parecía horrible. Mitzi. Ella había llamado a su hija Maria, no Mitzi.

Hedda sabía a ciencia cierta que en la maternidad de Marbach Heim, y posiblemente durante el resto de su vida, nadie llamaría a su hija Maria. Sabía que todo el mundo la llamaría Mitzi.

---

\* \* \*

---

Esa tarde Hedda hizo un descubrimiento. En la habitación, las chicas comentaban animadamente sus experiencias durante el bautismo de la mañana, cuando la radiotelegrafista, Anna Reiss, entró como una exhalación. Desde la partida de la señora Von Exner, Anna Reiss se había convertido en la chica de los recados de la señorita De Mezary. La joven se dirigió directamente a Hedda.

—Señorita Weiss, la señorita De Mezary dice que quiere verla inmediatamente en su despacho.

—Ahora mismo voy, Anna.

Una vez más, Hedda se convirtió en el centro de las miradas preocupadas de sus compañeras. Evitándolas, se puso su guerrera parda y salió hacia el despacho de la *Helferin* del uniforme negro.

Mientras caminaba por el pasillo, imaginó que la llamada de la señorita De Mezary podía tener algo que ver con su ascenso a *Helferin*, algo que todavía no había podido compartir con sus compañeras. No se equivocó.

Al llegar a la puerta del despacho, y para su sorpresa, la puerta de este estaba entreabierta, un descuido que le pareció muy inusual tratándose de la señorita De Mezary.

La curiosidad, el eterno problema de Hedda. Algo le decía que no debía de mirar a través de la rendija abierta en la puerta. Pero la curiosidad, casi siempre, acababa torciendo su voluntad.

Los tres hombres de aspecto sombrío que había visto en la sala bautismal estaban sentados alrededor de la mesa despacho de la señorita De Mezary, rellenando documentos. La *Helferin* del uniforme negro y el acento misterioso estaba de pie, parecía como si les estuviera dictando algo. Hedda pudo escuchar cómo les decía:

—Creía que la policía de Braunsberg era más diligente. Señores, son muchas ya las partidas de nacimiento que ustedes han manipulado...

Honore de Mezary levantó la mirada y la vio. La joven se retiró de la puerta y dio tres pasos atrás en el pasillo. La *Helferin* dejó un documento sobre la mesa y se dirigió hacia la puerta del despacho.

Los tres hombres sombríos eran policías, policías de la cercana Braunsberg. «Señores, son muchas ya las partidas de nacimiento que ustedes han manipulado». «Policías de Braunsberg manipulando las partidas de nacimiento de nuestros niños... No, Hedda, bórralo de tu cabeza. No has visto nada, no has escuchado nada».

Honore de Mezary salió al pasillo, una gran sonrisa iluminaba su rostro.

—Ah, señorita Weiss, quería hablar con usted. Mañana a primera hora, tendrá su uniforme de *Helferin* en la habitación de la señora Von Exner. Se lo pone y me espera allí. Les comunicaremos a sus compañeras su nuevo cometido en la maternidad de Marbach Heim. Después podrá trasladar todas sus pertenencias a la habitación que ocupaba la señora Von Exner. A partir de mañana será su habitación. No hace falta

que le diga que no ha habido ningún tipo de problema para que las ss la hayan admitido como personal auxiliar femenino. Berlín no ha puesto ninguna objeción, sus expedientes son excelentes y contaba con una recomendación personal, tanto mía, como del teniente coronel doctor Oertl ante el *Reichsführer* Himmler.

---

\* \* \*

---

Por enésima vez, se miró en el espejo de cuerpo entero de la habitación de la señora Von Exner. «Es tu habitación, Hedda, no la de esa vieja bruja», se dijo para sí misma. Volvió a retocarse la trenza *Gretchen* que lucía en su cabeza. Luego, repasó los pliegues de su uniforme. De su uniforme negro. Eso fue lo que más le extrañó de todo. Cuando entró en la habitación de la señora Von Exner, lo que esperaba encontrarse sobre la cama era uno de esos uniformes grises, como el que llevaba la *Helferin* con cara de doberman. Pero nunca pensó encontrarse con un uniforme negro, un uniforme como el de Honelore de Mezary. Ahora, con él puesto, tocó las dos runas plateadas de las ss del bolsillo de su guerrera, y miró el triangulo de su brazo izquierdo, donde se podía leer *SS Stab Helferinnen*. «Dios mío, no me lo puedo creer. ¡Soy miembro de las ss!». Hedda vivía ese día en un continuo vértigo, repitiendo en su cabeza una y mil veces esa idea, la de su pertenencia a la élite del Estado nacionalsocialista. Una y mil veces.

Tres golpes en la puerta. La señorita De Mezary había venido a buscarla. Se ajustó sus guantes negros con manguito y se dirigió a la puerta. Abrió.

Honelore de Mezary y su mirada luminosa, una mirada que recorrió su cuerpo de arriba abajo.

—Hedda Weiss, la primera de mis reinas.

La señorita De Mezary acarició el rostro de Hedda, mientras decía:

—Vamos a comunicárselo a sus compañeras. Estoy convencida de que les hará mucha ilusión.

---

\* \* \*

---

—Señoritas, escuchen un momento.

Las chicas se estaban vistiendo para su clase diaria de bienestar y belleza corporal. Ahora que estaban en plena lactancia, la señorita De Mezary se había empeñado en que recuperasen su aspecto físico anterior al embarazo en el menor tiempo posible. Nunca antes Hedda había visto un rostro de sorpresa igual en sus compañeras cuando vieron entrar en la habitación a las dos mujeres con el uniforme negro.

—Bien, señoritas, a partir de hoy, la señorita Weiss será su nueva *Helferin*

cuidadora. Espero que obedezcan en todo lo que les diga, como hicieron con la señora Von Exner. Recuerden que toda palabra suya es una orden. A partir de ahora, se dirigirán a ella como señorita Weiss, olviden para siempre cualquier otra forma de trato que durante este tiempo hayan desarrollado. Hoy mismo, dirigirá su clase de bienestar y belleza corporal. ¡Venga, pueden felicitarla!

Las chicas corrieron hacia Hedda, incluso Helene y Erna parecieron alegrarse. Besos, caricias. «¡Qué guapa estás!». «¡Qué bien te queda el uniforme!», todas las cosas que se dicen en esas circunstancias. Hildegard Meier se puso a llorar. Lene y Anna se rieron de ella.

Pero la satisfacción para Hedda no fue plena. Porque no fueron todas las chicas las que la rodearon, la abrazaron y la besaron. Faltó una. Faltó una de las chicas.

Else Kruger. Cuando Hedda entró en la habitación y la señorita De Mezary anunció su nombramiento, su amiga se levantó de la cama donde estaba sentada, caminó hacia el gran ventanal y perdió su mirada vacía en la inmensidad nevada del bosque de Marbach.

Una puñalada. Para Hedda, la reacción de su amiga significó una puñalada. Impertérrita ante los agasajos que sus compañeras le estaban tributando, sus ojos se fijaron en la figura de la chica que miraba el bosque a través del ventanal.

La chica que había sido su mejor amiga.

---

\* \* \*

---

Durante todo aquel largo día, Hedda y Else no se dirigieron la palabra. A última hora de la tarde, Hedda se encontraba arreglando su nueva habitación. Dos muebles viejos de aspecto espartano, una cama de latón, dos retratos del Führer, uno en cada pared, una pequeña estufa de porcelana, una mesa despacho de madera de pino negro, y un baño con lavabo, bañera y retrete. Un ventanuco redondo que no se podía abrir, y por el que prácticamente no entraba luz. Ese era el aspecto de la nueva habitación de Hedda. Al menos había hecho traer dos centros florales que había conseguido a través de la enfermera jefe Schneider.

Mientras colocaba sus uniformes en uno de los armarios, pensaba que de alguna manera tenía que solucionar su distanciamiento con Else. No se lo pensó más, dejó los uniformes encima de la cama y salió de su habitación.

En la habitación de las chicas había una extraña quietud: Lene y Anna estaban en la habitación cuna, dando el pecho a sus niños Baldur y Heinrich. Erna y Helene estaban recostadas en sus camas, charlando. Else y Hilde asomadas al gran ventanal, contemplando la sombría imagen del bosque.

Erna y Helene se levantaron rápidamente, cuando vieron entrar a Hedda.

—Señorita Kruger, ¿puede venir un momento a mi habitación?

Else y Hildegard se giraron sobresaltadas.

—Claro, Hedd...

Hildegard Meier dio un ostensible codazo a Else Kruger.

—Como diga, señorita Weiss.

Hedda abandonó la habitación, no sin antes mirar de reojo a Erna y a Helene. Else Kruger, con la cabeza baja, cruzó tras ella la habitación.

---

\* \* \*

---

—¿Quieres decirme qué te pasa, Else?

—No me pasa nada, señorita Weiss.

—Else, déjate de tonterías. ¿Quieres decirme qué te pasa?

—Le repito que no me pasa nada, señorita Weiss.

Hedda resopló y elevó su mirada al techo de su habitación. Estaba sentada ante su mesa despacho de pino negro. Else estaba de pie, en mitad de la habitación.

—Por lo menos, podías alegrarte por mí, Else...

—Si yo me alegro, señorita Weiss, es solo...

—¡Quieres dejar de llamarme señorita Weiss de una vez!

Hedda se incorporó y se colocó delante de su amiga. La miró con ojos furiosos. En un principio, Else pareció asustarse, hasta regresó a ella esa mirada de bondad que a Hedda tanto le gustaba. Pero fue algo efímero. La mirada vacía volvió a instalarse en sus ojos. Else empezó a hacer girar el anillo *Lebensborn* en su dedo corazón, mientras decía de manera desafiante:

—Como usted quiera, señorita Weiss.

—Me parece increíble, Else. Me parece increíble que me hagas esto...

—Yo no le he hecho nada, señorita Weiss. Tan solo cumplo lo que la señorita De Mezary nos ha ordenado...

—No me esperaba esto de ti, Else. Nunca me lo hubiera esperado. Deberías estar contenta, ahora...

—¿Contenta de qué, señorita Weiss? ¿Qué motivos tengo yo para estar contenta? Es muy fácil estar contenta cuando se es la niña mimada de la señorita De Mezary, la chica perfecta, el ejemplo a seguir por todas las demás, cuando te ascienden a *Helferin*, cuando tienes una hermosa niña llamada Mitzi... Pero ¿y yo, señorita Weiss? Mi vida se ha convertido en un infierno desde que llegamos a esta maternidad, todo me ha salido mal, lo de la señora Von Exner, ser la última del grupo, perder a mi niño... Ni siquiera sé si podré volver a quedarme embarazada. He perdido a mi mejor y única amiga, una chica que se llamaba Hedda, no sé si la conoce, una chica que se convirtió en una réplica de nuestra instructora jefe. Por todo eso no estoy contenta, porque no tengo nada de qué alegrarme. Por todo eso estoy tan

triste.

—¿Por eso miras el bosque?

—No, porque más allá de ese bosque está Múnich. Es lo único que quiero, volver a mi ciudad, volver a Múnich.

Else Kruger empezó a llorar. Hedda se acercó a ella. Le secó una de las lágrimas que corrían por su mejilla y le acarició el rostro.

—No tienes por qué preocuparte, Else. Ahora ya no te sucederá nada, yo te...

—¿De verdad quiere hacer algo por mí, señorita Weiss?

—Haré todo lo que esté en mi mano...

—Hable con la señorita De Mezary, pídale que llame a mi padre, que le convenza para que pueda volver a Múnich. Cada vez que le escribo le pido por favor que venga a por mí. Pero él nunca me contesta, solo me cuenta sus aventuras con esa mujer que se ha buscado de amante. Ahora estará con ella de viaje, iban a pasar el *Julfest* y el Año Nuevo en Italia. Si quiere hacer algo por mí, hable con la señorita De Mezary. Ella hará lo que usted le pida.

—Else, no puedo hacer eso, tú lo sabes, puedes estar embarazada, tendrías que tener el niño, para eso vinimos...

—Estoy segura de que no estoy embarazada, señorita Weiss. Solo le pido que lo intente, por favor.

—Está bien, Else. Haré lo que pueda.

—¿Quiere algo más, señorita Weiss?

—No, Else. Puedes marcharte.

—Con su permiso, señorita Weiss.

Else salió de la habitación. Hedda se sentó sobre la cama. Agachó la cabeza. Se llevó las dos manos a su frente.

Una terrible sensación de vacío invadió su habitación, invadió a la propia Hedda. La sensación de vacío que deja una amistad rota, una amistad perdida.

---

\* \* \*

---

Hedda Weiss nunca le habló a Honelore de Mezary sobre la salida de Else de la maternidad. Durante los días del *Julfest* y del Año Nuevo, el estado de ánimo de Else empeoró. Ya ni siquiera se relacionaba con Hildegard Meier. Siempre estaba sola, apartada, mirando por cada ventana el bosque de Marbach. Durante ese tiempo, se confirmaron los embarazos de Helene y de Erna. Esto todavía afectó más al carácter de Else, porque su embarazo no llegaba.

Muchos días Hedda observaba a Else, mientras esta miraba el bosque. En ocasiones, Else hacía cosas raras, como por ejemplo, anotar por la noche la hora en que los ladridos de los perros cesaban. Hedda tuvo noticia de esto por Lene Friedrich.



Una mañana, mientras daban el pecho a sus niños en la habitación cuna, Lene le dijo:

—Todas las noches se levanta sigilosa cuando los doberman callan, entra en el baño, se sienta en un retrete y anota algo en un papel. Luego, regresa a la cama y lo guarda bajo la almohada. Yo la he visto, sí, lo hace todas las noches.

A la mañana siguiente a esa conversación, mientras las chicas se duchaban, levantó la almohada de Else y encontró el papel. Era uno de esos papeles azules perfumados con los que escribían a sus familias. Else había anotado todas las horas en que dejaba de escuchar los ladridos de los perros de la patrulla. Luego, había hecho una especie de operación aritmética de proporciones. Hedda no le entendió, el cálculo nunca había sido su fuerte. Acabó por no darle importancia. Nunca le dijo nada a la señorita De Mezary.

Muchas veces había pensado en aquella frase que Else Kruger le dijera una noche, la noche que sintió por primera vez a su ofrenda, a Mitzi, dentro de su vientre: «Es como si el bosque me llamara».

El bosque acabó llamando a Else Kruger. Fue una fría mañana de niebla prusiana.

## XI

### UNA FRÍA MAÑANA DE NIEBLA PRUSIANA

*Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, mediados de enero de 1943*

Una fría mañana de niebla prusiana, Hedda Weiss se despertó sobresaltada en la cama de su habitación. Una gran algarabía, sonido de vehículos llegando a toda velocidad, pasos y carreras azoradas por el pasillo, por las escaleras, por el *hall*. Gritos, algún que otro chillido. Sollozos.

Algo había pasado. Algo grave. Algo estaba pasando en la puerta principal de la maternidad.

Se levantó de la cama. Su primera intención fue asomarse al pequeño ventanuco. Poniéndose de pie sobre la cama, limpió el cristal con la manga del camisón. Se asomó.

El ajeteo se seguía escuchando, pero a través del cristal no se veía nada. Era una mañana de niebla espesa, una típica mañana invernal de Prusia Oriental. Los revoltosos jirones de niebla que pasaban por delante del ventanuco era la única visión que tenía desde allí.

Bajó de la cama. Quieta, paralizada en mitad de su habitación, tuvo un presentimiento, una premonición. A la carrera, salió en dirección a la habitación de las chicas. Ni siquiera pensó en ponerse algo de abrigo encima del camisón. Iba descalza.

Hedda entró en la habitación de las chicas. Encendió la luz.

—¡Else! ¿Dónde está Else?

Todas las chicas se estaban levantando de sus camas, todas habían escuchado el ajeteo y la algarabía que llegaba desde la puerta principal de la maternidad.

—¿Qué está pasando? —preguntó Lene Friedrich con voz adormilada.

El corazón de Hedda pareció dar un vuelco dentro de su pecho. La cama de Else Kruger era la única que estaba vacía. Perfectamente hecha, como si hiciera mucho tiempo que se hubiera levantado.

En ese momento, su presentimiento, la premonición, tomó visos de realidad. Se convirtió en una certidumbre.

—¡Dios mío, Else! ¿Dónde está Else?

Dio media vuelta y echó a correr por el pasillo. Sus peores temores estaban a punto de cumplirse, no sabía bien por qué, pero la palabra «bosque» tronaba dentro de su cabeza con la misma fuerza que los cascos de cien caballos golpeando el pavimento. «El bosque, ese maldito bosque». «El maldito bosque».

—¡Else! ¡Else! ¿Dónde está Else?

Alcanzó las escaleras que bajaban al vestíbulo de la maternidad. Dos grandes

lagrimones resbalaron por su rostro. Con la mirada nublada por las lágrimas, pudo ver a un grupo de enfermeras llorar junto a la puerta de entrada.

—¡Else! ¡No encuentro a Else! ¿Dónde está Else?

Allí estaba la señorita De Mezary, la enfermera jefe Schneider, la comadrona jefe Schmund. Todas ellas se giraron cuando escucharon los gritos de Hedda. En la puerta principal de la maternidad, había aparcado un camión militar. Tenía la portezuela de la parte de atrás bajada. Junto al camión, estaba el comandante Beck, el capitán Elsner y otros dos soldados. Sintió que sus compañeras corrían tras ella, pisándole los talones.

—¡Else, no encuentro a Else! ¡Por favor, ayudadme a encontrar a Else!

Corrió por el gran *hall*, en busca de la puerta. Pudo ver cómo Honelore de Mezary decía algo, pero no pudo escuchar lo que era. La comadrona jefe Schmund y la enfermera jefe Schneider salieron a su encuentro. Estaban intentando cortarles el paso.

Como pudo, se zafó de las dos mujeres. La enfermera jefe Schneider cayó al suelo. El resto de las chicas, que corrían tras ella, se detuvieron en seco.

—¡Else! ¡No encuentro a Else!

Aunque cada vez veía peor, porque las lágrimas se agolpaban en sus ojos, sabía que la puerta principal de la maternidad estaba cada vez más cerca. Y el camión militar.

Honelore de Mezary se interpuso entre ella y la puerta.

—¡Basta, señorita Weiss! ¡Deténgase!

—¿Dónde está Else? ¡No encuentro a Else!

—¡Tranquilícese, señorita Weiss! ¡Escúcheme!

Honelore de Mezary la zarandeó, sujetándola por los hombros. Hedda jadeaba, sus ojos estaban descontrolados, miraban a todas partes, sin que pudiera fijarlos en ningún sitio concreto.

—¡Señorita De Mezary, no encuentro a Else! ¡No la encuentro por ningún lado!

Honelore De Mezary le habló con gran parsimonia, con un tono tranquilo:

—Está en el camión, señorita Weiss.

—¡No puede ser! ¡Else debe estar...!

—Ha sido un accidente, señorita Weiss, un horrible accidente. No debe mirar dentro del camión. Por nada del mundo debe mirar dentro del camión.

—¡No, no, no puede ser! ¡Tengo que encontrar a Else! ¿Es que nadie me entiende? ¡Nadie quiere entenderme!

—Señorita Weiss...

—¡Ya está bien, suéltela! Venga conmigo, señorita Weiss.

Era la voz del comandante Beck. El apuesto oficial había subido las escaleras de entrada de la maternidad, apartó a un lado a la *Helferin* del uniforme negro y le tendió su mano enguantada.

Hedda cogió la mano del oficial. Juntos bajaron las escaleras. Una mirada furiosa invadió el rostro de Honelore de Mezary.

Llegaron junto al camión. A su paso, el capitán Elsner y el teniente Graz inclinaron la cabeza. Hedda sintió que la nieve y el hielo abrasaban sus pies descalzos. Pero eso no le importaba. Como tampoco le importaba que su camión, sudado y mojado, se pegase a su cuerpo desnudo.

En el interior del camión había un bulto, un bulto grande tapado con mantas de las ss. Mantas ensangrentadas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hedda, con la mirada perdida en el interior del camión.

—Todavía no lo sabemos muy bien, los soldados de la patrulla están muy alterados. Parece ser que quiso escapar a través del bosque. La patrulla, que ya regresaba a la caserna para el cambio de guardia, la descubrió. Le dieron el alto, pero ella no se detuvo. Había una densa niebla, no se distinguía bien, no vieron que era una de las chicas de la maternidad, pensaron que bien podía tratarse de un intruso peligroso, un espía... Mis soldados dispararon al aire, pero la chica continuó corriendo. La patrulla siguió el protocolo, soltó a los perros. Sucedió en la zona de pantanos, ella avanzaba muy despacio y los perros le dieron alcance. Cuando mis soldados llegaron, ya estaba muerta, no pudieron hacer nada por ella. Nuestros perros han sido especialmente preparados para matar, señorita Weiss.

Durante toda la explicación del comandante Beck, no se había movido, no había apartado la mirada llorosa del bulto inerte que yacía en el interior del camión.

—Quiero verla, comandante Beck.

—No se lo recomiendo, señorita. Las heridas causadas por los perros...

—Quiero verla, comandante Beck.

—Está bien. Venga conmigo.

Cogió otra vez la mano del oficial. Los dos caminaron hacia el camión. El comandante Beck miró hacia uno de los soldados de su guardia. Le hizo un gesto con la cabeza. El soldado retiró las mantas ensangrentadas.

El cuerpo de Else Kruger estaba retorcido, desnudo y cubierto de sangre. Una arcada de bilis ascendió desde el estómago de Hedda hasta su garganta. Se llevó la mano a la boca.

Las dentelladas de los doberman habían arrancado una parte del rostro de Else. La piel había desaparecido, la carne colgaba a un lado, solo sujeta al hueso por ligamentos y venas. Una de sus cuencas oculares estaba vacía. Las heridas se habían extendido también a uno de sus brazos y a su tórax. Hedda observó horrorizada que uno de sus pechos había sido arrancado del cuerpo, en su lugar solo quedaba un agujero sanguinolento.

No pudo resistirlo más. Refugió su cabeza en el pecho del comandante. Rompió a

llorar. Lloró como no lo había hecho en toda su vida.

El comandante Beck acarició delicadamente su cabello. Con un gesto de la cabeza, ordenó al soldado que cubriera con las mantas el cadáver de Else Kruger.

En el interior de la maternidad se escuchó una nueva algarabía. Hildegard Meier se había desplomado en el suelo del *hall*.

—Lo siento, señorita Weiss. Quizás esto no le ayude nada, pero...

—¡Dios mío, tenía tanto miedo a los doberman, comandante Beck! ¡Tanto miedo!

El comandante Beck la asió pasando un brazo por sus hombros. Juntos caminaron hacia la escalinata que ascendía hasta la puerta principal de la maternidad.

Honore de Mezary esperaba al final de la escalinata, bajo la gran arcada. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, el rictus de furia no había desaparecido de su rostro. Tras ella, sobre la puerta principal de la maternidad, los dos lúgubres farolitos de hierro y cristal que la iluminaban en esa mañana neblinosa se balanceaban violentamente, agitados por un viento diabólico que se había levantado inesperadamente. Un viento que arrastraba pequeñas partículas de nieve y hielo, partículas que empezaban a clavarse en los rostros de Hedda y del comandante Beck. Era el preludio de una nueva ventisca sobre Marbach Heim.

Mirando hacia la espectral figura de Honore de Mezary, Erich Beck dijo:

—No sé cómo decirle lo mucho que lo siento, mis hombres no han sido los responsables de esta situación, han actuado con disciplina...

—Lo sé, comandante Beck. No tiene que disculparse conmigo.

—Esto va a cambiar, señorita Weiss, quiera esa mujer o no. Hoy mismo me reuniré con el teniente coronel Oertl, le exigiré que se instale un cuerpo de guardia permanente aquí, en la puerta principal de la maternidad. Alguien tiene que frenar a esa caprichosa mujer. No podemos exponernos a que suceda otro accidente como este.

El comandante Beck y Hedda Weiss subieron las escaleras. Al llegar junto a la *Helferin* del uniforme negro, el oficial de las SS preguntó:

—¿Qué hacemos con el cadáver de la chica, señorita De Mezary?

—Ordene a sus hombres que lo lleven al dispensario del ala roja. El teniente coronel doctor Oertl quiere practicarle la autopsia. Else Kruger podía estar embarazada. La maternidad de Marbach Heim ha podido tener hoy una doble pérdida. Y no estamos para pérdidas, no señor. No estamos para pérdidas.

El suave y dulce acento de la *Helferin* había cambiado. Se había tornado agrio y distante, como siempre que hablaba con el comandante Beck. Por primera vez, mientras hablaba, Honore de Mezary había mirado a Hedda con ojos llenos de desconfianza.

En el *hall* de la maternidad se había congregado un gran número de personas: las chicas, que no paraban de llorar, las enfermeras, las comadronas, las cocineras, la

radiotelegrafista Anna Reiss...

Honelore de Mezary miró hacia el interior de la maternidad y dijo:

—Ahora, si me disculpan, voy a disolver esa pequeña concentración.

Dio media vuelta y se internó en la maternidad.

Erich Beck cogió las manos de Hedda y, mirándola con sus profundos ojos azules, dijo:

—Vuelvo a repetirle mis condolencias, señorita Weiss. Sé que usted y esa señorita eran muy buenas amigas. Antes quería decirle, que no sé si servirá de mucho, pero que rezaré por el alma de su amiga.

El comandante Beck hizo un ademán de saludo, llevándose la mano a la visera de su gorra de plato, y descendió por las escaleras. En ese momento, dos enfermeras salían de la maternidad con una camilla de campaña.

—Comandante Beck...

Erich Beck se detuvo en el último peldaño de la escalinata.

—¿De qué sirve rezar, comandante? ¿De qué sirve rezar? —dijo Hedda, con voz dolorida.

El comandante Beck miró en derredor suyo. Casi susurrando, contestó:

—No lo sé, señorita Weiss. No lo sé. Todavía no lo sé.

Hedda Weiss posó sus ojos acristalados por la inmensidad nevada del bosque de Marbach, por la gran explanada, por las dos banderas que se mecían furiosas, por la quietud eterna de la estatua de Leda.

—Su alma, Dios mío, su alma.

---

\* \* \*

---

En la soledad de su habitación, Hedda Weiss se despojó del camisón, que arrojó violentamente sobre su cama. Abrió el armario y sacó de él uno de sus nuevos uniformes negros de *Helferin*. Empezó a vestirse.

Su cabeza daba vueltas, giraba y giraba, miles de pensamientos se agolpaban en su interior. Todavía no podía creer que eso estuviese sucediendo, todavía no podía creer que Else estuviera muerta. La muerte de Else Kruger había despertado algo en el interior de Hedda, algo que durante mucho tiempo estuvo ahí, agazapado, escondido, latente, pero no visible. Algo a lo que temía, había temido siempre, pero que, como pasó aquel día en la pastelería de su padre con Lorenz Werk o en el patio interior del ala blanca cuando empujó a Else y provocó que cayera al suelo, o en la habitación de la señora Von Exner, en ocasiones se volvía indomable, incontrolable, imposible de frenar. Ahora era uno de esos momentos. El momento en que su mente era ocupada por una brumosa y misteriosa forma de crueldad que ni ella misma comprendía.

Mientras las lágrimas brotaban sin parar de sus ojos, posó su mirada en un pequeño portarretratos que había sobre su mesa despacho, un portarretratos que contenía una fotografía del Führer. Caminó hasta la mesa despacho y cogió en sus manos el portarretratos, pero este se le escurrió y acabó en el suelo. El cristal se rompió. Al ir a recoger los pedacitos de cristal, se cortó en la yema de su dedo.

—¡Mierda!

Una gota de sangre cayó sobre el rostro de Adolf Hitler. Hedda observó cómo la mancha provocada por la sangre se iba extendiendo por la fotografía, como si se tratase de un torrente incontrolable. Pronto, toda la imagen de Adolf Hitler quedó cubierta por la sangre.

«¿De qué sirve rezar, comandante? ¿De qué sirve rezar?».

Rezar. Hildegard Meier.

Se llevó su dedo ensangrentado a la boca y chupó su propia sangre. El pequeño corte le escocía, pero había dejado de sangrar.

Rezar. Hildegard Meier.

Dejó sobre la mesa el portarretratos que había contenido la fotografía del Führer y los cristales rotos. Caminó hasta su cama. Guardó la fotografía ensangrentada de Hitler bajo su almohada. Del armario donde guardaba sus uniformes, sacó sus guantes negros con manguito. Se ajustó los guantes a sus manos.

Hedda Weiss salió de su habitación.

Rezar. Hildegard Meier.

---

\* \* \*

---

Las chicas lloraban en círculo alrededor de la estufa de porcelana cuando Hedda entró en la habitación.

—¿Dónde está Hildegard Meier?

Sus llantos cesaron. Un pesado silencio envolvió la habitación. Todas ellas respetaban y temían su reacción ante la muerte de Else.

—¿Estáis sordas? ¡He preguntado que dónde está Hildegard Meier!

—En el baño, está indispueta, ella... —cuando Helene Wernecke intentó terminar su explicación, Hedda ya estaba en el interior del baño.

Una de las puertas de los retretes estaba entreabierta. Hasta ella llegaron sonidos de arcadas.

Hedda abrió la puerta del retrete de par en par. Hildegard Meier estaba en el suelo, con la cabeza dentro del inodoro. El olor a vómitos era insoportable. Hildegard la miró con ojos vidriosos y asustados, mientras decía:

—Señorita Weiss, no me encuentro bien...

Sin mediar palabra, la agarró por el pelo y la sacó arrastras del retrete.

El resto de las chicas corrieron hacia el baño cuando la vieron arrastrar a Hildegard hasta las duchas.

Hedda abrió una de las duchas. Cogiendo con fuerza la cara de Hildegard, la colocó debajo del chorro de agua que caía de la ducha. Hildegard Meier lloraba y balbuceaba, intentaba decir algo, pero el agua que impactaba sobre su rostro le impedía hablar.

—¡Hildegard Meier, maldita zorra! ¡Tú lo sabías! ¡Tú lo sabías todo! ¿Verdad?

—Señor...

—¡Habla, hija de puta! ¡Tú sabías que Else quería marcharse a través del bosque! ¡Estabais todo el día juntas, tenías que saberlo! ¡Habla, zorra! ¡Dime por qué nunca me lo contaste, tenías que haberme advertido!

—Heddd...

Las chicas miraban horrorizadas la escena. Lene Friedrich dio un paso adelante, acercándose a Hedda y Hildegard.

—Señorita Weiss, por favor, déjela, ella no tiene la culpa de nada.

—¡Cállate, Lene! ¡Callaos todas y largaos de aquí! ¡Fuera todas de aquí!

—Ya nos vamos, señorita Weiss, pero no le haga daño.

Hedda dio un fuerte tirón a la blusa de Hildegard. Uno a uno, los botones de la blusa cayeron al suelo del baño. Por un instante, soltó la cara de Hildegard. Esta intentó cubrirse, taparse con los restos de la blusa rota.

—Señorita Weiss, yo...

Hedda lanzó una fuerte patada, una patada al vientre de Hildegard. Una patada con su bota de *Helferin*. Hildegard Meier cayó al suelo de forma fulminante.

Volvió a agarrar el pelo de Hildegard. Estrujó la cara de la pobre chica con una de sus manos, mientras decía:

—¡Tú y tu maldita mierda cristiana! ¡Tú y tus supercherías de pueblerina! ¡Tú le llenaste la cabeza de mierda! ¡Tú tienes la culpa de todo! ¡Tú eres la culpable de su muerte! ¡Te voy a matar, Hildegard Meier!

Levantó su puño para golpear la cara de Hildegard. Pero alguien la detuvo. Una mano enguantada, frenó su mano enguantada.

—¡Basta, señorita Weiss! ¡Basta ya!

Era la mano de Honelore de Mezary. Hedda se giró hacia la *Helferin* instructora. Estaba jadeando. Rompió a llorar. Un hilo de baba cayó de su boca, mientras se abrazaba a Honelore de Mezary.

—Tranquila, señorita Weiss, tranquila. Ya ha pasado. Ya ha pasado todo.

Hildegard Meier intentó incorporarse, pero las piernas no le respondieron. Volvió a caer al encharcado suelo del baño. Al intentar levantarse, había vuelto a vomitar. Había vomitado sobre su pecho desnudo.



Sentada sobre su cama. Honelore de Mezary se había sentado en la silla de la mesa despacho de la habitación de Hedda, frente a ella.

—No es justo, señorita De Mezary. No es justo que ella esté muerta.

—¿Qué es justo y qué no es justo, señorita Weiss?

—Ella era muy buena, señorita De Mezary. Usted no la conocía, nadie la conocía. No merecía morir así, devorada por los doberman. ¡Tenía tanto miedo a los perros, tanto miedo! ¡Ha debido ser horrible para ella!

Hedda escondió la cabeza entre sus brazos.

—No era buena, señorita Weiss, era débil. En ocasiones, confundimos la bondad con la debilidad. La debilidad se paga, señorita Weiss. Ella lo ha pagado.

—No puedo entenderlo. Ella había cambiado, no era la Else que yo conocía, desde que llegamos aquí...

—Estaba embarazada. El teniente coronel doctor Oertl lo ha confirmado. Ha provocado su muerte y la de su hijo.

Hedda miró sorprendida a la *Helferin* instructora.

—Else creía que no podía volver a quedarse embarazada...

—Pues estaba equivocada. Ahora tendremos que informar a su padre.

—¿Qué le dirán?

—Una complicación médica, producto del embarazo. Ya hemos firmado el parte de defunción. No podemos decir otra cosa y, mucho menos, reconocer un fallo en la seguridad de la maternidad. La Oficina del *Reichsführer* así nos lo ha ordenado.

—¿Dónde será enterrada?

—Aquí, en el cementerio del bosque, mañana. El comandante Beck nos ha informado que los soldados de la guarnición de Marbach Heim quieren rendirle un pequeño tributo.

—Ella hubiera deseado que la enterraran en Múnich, solo quería eso, regresar allí, regresar a casa.

—En *Lebensborn* no existen los deseos, señorita Weiss, solo la disciplina y la obligación. La señorita Kruger no ha cumplido ninguno de los dos preceptos. Ha cometido un grave acto de indisciplina que le ha provocado la muerte y, a su vez, una grave irresponsabilidad, ha matado a su futuro hijo, que no era propiedad suya, que no le pertenecía, que era propiedad del Estado nacionalsocialista. Ha incumplido su palabra y sus juramentos. Ha cometido graves delitos, señorita Weiss. No tendremos con ella ningún tipo de consideración ni de deferencia. Será enterrada en el bosque, mañana a primera hora.

—Yo la conocía, ella no era así. Tenía que haberla visto cuando estábamos en la Liga de Muchachas Alemanas, siempre era la primera en llegar a la sede, en participar en los actos del partido, en las marchas dominicales. Tenía una auténtica devoción

por el Führer y una fe inquebrantable en Alemania. Ha sido Hildegard, Hildegard Meier. Ella le ha metido todas esas ideas en la cabeza...

—No sea injusta, señorita Weiss. Si quiere buscar responsables, la única responsable he sido yo. Yo he sido especialmente preparada para dotar de un alma aria a mis pupilas, pero con la señorita Kruger no lo he conseguido. Quizás tampoco lo consiga con la señorita Meier e incluso, es posible, que fracase con usted.

—¿Conmigo? Pero qué dice, señorita De Mezary...

—Señorita Weiss, nuestra alma, como la de nuestro pueblo, se debate entre dos mundos. Yo he creído firmemente que su alma pertenecía a nuestro mundo nacionalsocialista, he creído en su fe en el Führer, en la fe que la ha traído hasta nosotros, hasta *Lebensborn*. Yo la consideré la mejor entre las mejores, yo la propuse para que ocupara el puesto de *Helferin*, para que ingresara en las ss. Pero en ocasiones, hay cosas de usted que me preocupan. Me preocupa esa extraña relación que ha iniciado con el comandante Beck. Algún día, mi querida señorita, usted tendrá que elegir. Solo en ese momento sabré si me he equivocado o no. Solo entonces sabré si he conseguido que el alma aria habite en usted.

Las dos mujeres se miraron fijamente.

—Sabe, es curioso, pero el comandante Beck me dijo en una ocasión lo mismo, que algún día yo tendría que elegir...

—Porque es un hombre muy inteligente, señorita Weiss. Peligrosamente inteligente.

—Parece mentira que nadie quiera comprenderme. Que nadie comprenda que yo ya elegí, que hace mucho tiempo que hice mi elección.

Honelore de Mezary se levantó de la silla.

—Eso espero, señorita Weiss. Eso espero por su bien y por el mío. Por el bien de todos. Por el bien de Marbach Heim.

Honelore de Mezary se dispuso a marchar, pero antes, se detuvo ante la mesa despacho de Hedda, cogió en su mano el portarretratos roto que había contenido la fotografía del Führer, miró los cristales rotos y extrajo uno, un cristal ensangrentado.

—¿Qué ha pasado, señorita Weiss?

Hedda miró a Honelore de Mezary de una manera extraña, con una mirada que la *Helferin* instructora no había visto antes. Una mirada que no tenía registrada.

—Nada, ha sido un accidente, un pequeño accidente. Como la muerte de Else. Un accidente.

Honelore de Mezary se marchó. Pero su olor no, el olor a lirios que siempre la acompañaba permaneció allí, impregnando la habitación de Hedda. Impidiendo que su presencia fuera olvidada.

---

\* \* \*

---

El entierro de Else Kruger se celebró en el interior del bosque de Marbach, una fría mañana de niebla prusiana. En la puerta principal de la maternidad se había reunido una triste comitiva: en primera línea, la señorita De Mezary (que ocupaba el lugar del teniente coronel Oertl que había partido de manera imprevista para Berlín), el comandante Beck, el capitán Elsner, el teniente Graz, la enfermera jefe Schneider, la comadrona Schmund y Hedda Weiss. En segunda fila, las chicas del ala blanca, Lene Friedrich, Anna Ritter, Helene Warnecke y Erna Hansen. Solo faltaba Hildegard Meier que, tras el incidente en las duchas con Hedda, había sufrido un ataque de nervios que provocó que la ingresaran en el dispensario del ala roja. Junto a ellas, el resto de enfermeras y comadronas y el servicio de cocina, que a petición de Ursula, había conseguido que la señorita De Mezary les permitiera asistir al sepelio.

A ambos lados de la escalinata, habían formado doce soldados del destacamento de Marbach Heim, con el uniforme de gala de las ss.

El ataúd de Else Kruger apareció bajo la gran arcada. Lo portaban a hombros seis soldados del destacamento del comandante Beck. Iba engalanado con la bandera de las Juventudes Hitlerianas.

Cuando el ataúd de Else descendió por las escaleras, los soldados formados a ambos lados desenvainaron sus sables y formaron con ellos un arco. Esa era la primera parte del tributo que los hombres del comandante Beck querían rendirle a la joven muerta. El ataúd de Else pasó por debajo del arco de sables.

Una vez en la gran explanada, los soldados asieron el ataúd por seis anillas doradas, tres a cada lado del féretro. La triste comitiva, en un silencio total, solo roto por los llantos de Ursula y algunas enfermeras, caminó tras el ataúd. Empezaba así una triste marcha hasta el cementerio del interior del bosque.

Antes de salir, aquella mañana, la señorita De Mezary había ordenado a las chicas que, cuando dejaran atrás la maternidad, antes de internarse en el bosque, no levantaran la vista hacia las ventanas del «ala prohibida». Al llegar ese momento, las cuatro chicas lo hicieron, inclinaron sus cabezas. Pero Hedda, no. Ella ya no tenía que seguir las órdenes de la señorita De Mezary, ahora era una *Helferin*, no una chica más del ala blanca. Llevaba su uniforme negro, incluido un capote con capucha que solía utilizarse en los uniformes de gala de invierno. Entre sus manos enguantadas, daba vueltas a una rosa roja, una rosa roja que depositaría sobre la morada eterna de Else Kruger. Hedda permaneció todo el tiempo mirando esa rosa, hasta que la comitiva llegó a los lindes del bosque. Entonces, antes de adentrarse en él, elevó su mirada hacia las ventanas del «ala prohibida».

Todas las residentes del «ala prohibida» de la maternidad de Marbach Heim parecían agolparse en las ventanas. Las damas elegantes, las jóvenes embarazadas, incluso algunas niñas y algunos niños, mostraban un interés tan grande por la comitiva que ya se internaba en el bosque, que pareciera que en el interior de esta

marchase el propio Führer. Algunas de ellas corrían de ventana a ventana, para no perderse nada. Solo en ese momento, Hedda comprendió qué equivocadas habían estado todo ese tiempo, desde que pusieran sus pies en esa maternidad. La curiosidad que en ellas habían levantado las residentes del «ala prohibida» no tenía comparación con la que ellas habían levantado entre estas. Eran ellas, las chicas del ala blanca, y no las residentes del «ala prohibida», la auténtica «atracción» de la maternidad de Marbach Heim.

La marcha por el interior del bosque fue triste y larga. Allí el camino se hacía más lento, porque costaba caminar entre la gruesa capa de nieve que cubría el suelo. Aunque los soldados del comandante Beck habían abierto un camino esa mañana, una temprana nevada había vuelto a cubrirlo. La nieve. Hedda había llegado a aborrecer y a odiar la nieve. A odiarla con toda su alma.

El cementerio estaba instalado en un pequeño claro del bosque. Hedda se sorprendió al ver que allí también se habían desplegado los soldados del comandante Beck. Tres de ellos, pala en mano, estaban cavando la que sería la tumba de Else Kruger. A su lado, estaba formada la banda del destacamento de Marbach Heim. Esa sería la segunda parte del tributo de los soldados del destacamento. El tributo del comandante Beck. Una despedida con honores militares a una pobre chica que intentó fugarse a través del bosque. Un ser insignificante en la gran cadena racial aria, la cadena que unía a los más remotos antepasados, con las generaciones del futuro, como diría la señorita De Mezary en una de sus clases de raza y sangre. Hedda lanzó una mirada furtiva hacia el comandante, mientras pensaba, que esa mañana de fría niebla prusiana, el comandante parecía más atractivo y apuesto que nunca. «No, Hedda, no pienses eso. Por favor, no pienses eso. Bórralo de tu cabeza. Bórralo ya».

A un lado de la banda, estaba Hans Brühl, portando el estandarte del destacamento de Marbach Heim.

El ataúd que contenía el cuerpo de Else Kruger se detuvo delante de la que sería su tumba. Hedda quedó muy sorprendida al poder ver finalmente el cementerio. Este no constaba más que de diez tumbas, once con la zanja abierta para enterrar a su amiga. Eran pequeñas estructuras de madera, un tronco vertical de haya coronado por una figura triangular. En el brazo base del triángulo, una pequeña placa metálica decorada por una runa *Toten*, la runa de la muerte, un nombre de pila y una solitaria fecha:

Torsten  
1938

Inge  
1940

Anton W.

Un nombre y una fecha. Una forma de ocultar quienes estaban allí enterrados, niños o niñas fallecidos tras su nacimiento, o las jóvenes madres. Hedda recordó que muchos años, el día de los caídos, ella y Else habían acudido junto con sus compañeras de la BDM, a los cementerios de Múnich a limpiar y decorar con flores las tumbas de los soldados muertos en combate. En aquellas tumbas, siempre aparecía la runa de la vida, que marcaba la fecha de nacimiento, y la runa de la muerte, con la fecha de defunción. Y, por supuesto, el nombre y apellidos completos. Pero sin embargo, en aquellas tumbas perdidas y olvidadas en el bosque...

Los soldados avanzaron con el ataúd de Else hasta la tumba abierta en el corazón del bosque. Los mismos soldados que habían portado el ataúd, ataron unas gruesas sogas a tres de las anillas doradas del féretro. Tres de los soldados lo sostuvieron sobre la tumba abierta.

El capitán Elsner y el teniente Graz avanzaron hasta el ataúd. El capitán Elsner había desenvainado su sable, y con este, hizo un movimiento. A ese movimiento, otro de los soldados avanzó hacia el tambaleante féretro de Else y retiró la bandera de las Juventudes Hitlerianas, que después plegó de manera marcial y entregó al teniente Graz.

Entre la comitiva, los sollozos aumentaron. A otro movimiento de sable del capitán Elsner, un solitario tambor empezó su redoble. Tras él, los soldados de la banda del destacamento de Marbach Heim desplegaron las banderolas de sus trompetas y fanfarrias. Las banderolas negras con la siniestra cabeza de la muerte blanca, que contrastaron con la inmensidad nevada del bosque prusiano.

Las sogas chirriaron cuando el ataúd de Else Kruger se deslizó dentro de la tumba. En ese momento, las notas de la *Totenmarsch*, la marcha de la muerte de las SS, recorrieron el bosque de Marbach. Uno a uno, en silencio, los brazos se alzaron. Las notas de la triste y trágica marcha siguieron sonando, mientras los soldados rellenaban de tierra la tumba de Else.

Honelore de Mezary se acercó a Hedda y le entregó una de esas pequeñas placas metálicas, con una cadenita para colgar. Hedda la miró. Bajo la runa de la muerte, un nombre y una fecha:

Else  
1943

—Ahora la madre tierra ya la ha acogido en su seno, señorita Weiss. Ahora ya descansa, ya ha dejado de sufrir.

Los soldados acabaron de alisar la tumba de Else con las palas. La banda del

destacamento dejó de tocar. Hedda miró fijamente a Honelore de Mezary, hizo un gesto afirmativo con la cabeza, mientras fingía una forzada sonrisa.

Había llegado su momento. Los soldados se retiraron respetuosamente a un lado. Sola, con la placa en una de sus manos y la rosa roja en la otra, avanzó hacia la tumba de Else Kruger.

Colgó la placa metálica con la cadenita en el triángulo de madera que decoraba la tumba. Sobre la tierra removida, depositó la rosa roja. En ese momento, un copo de nieve se estrelló contra el nombre grabado en la placa, *Else*, como si de una lágrima de hielo caída del cielo se tratara. Era el inicio de otra nevada. Esa escena le recordó algo. Entonces, dijo unas palabras, unas palabras que ninguno de los presentes comprendió:

—Ahora ya estás con ellas, Else. Ya estás con las hijas de la lluvia.

Hedda se incorporó. Se giró hacia sus compañeras, que no dejaban de llorar y les hizo un gesto con la cabeza.

Aunque un poco desconcertadas, las cuatro chicas salieron de la comitiva y avanzaron hacia Hedda y la tumba de Else Kruger. Lene, Anna, Erna y Helene la rodearon. Hedda se cuadró, dio un fuerte taconazo y levantó su brazo. Las cuatro chicas la imitaron. Solo en ese momento, comenzó a llorar. Con voz quebrada, cantó:

*¡Adelante! ¡Adelante! Suenan las brillantes trompetas...*

Las voces llorosas y emocionadas de las cuatro chicas se unieron a la suya:

*... ¡Adelante! ¡Adelante! La juventud no teme el peligro...*

El resto de los presentes las escuchaba en absoluto silencio, como muestra de respeto.

*... Alemania, tú vas a brillar...*

---

\* \* \*

---

El comandante Beck se acercó a Hedda en la puerta de la maternidad, bajo la gran arcada:

—Señorita Weiss...

—Comandante Beck, quiero agradecerle lo que han hecho por Else. Ha sido un detalle muy bonito y emotivo.

—Es lo mínimo que podíamos hacer por ella, señorita. Quería comunicarle que, aunque ellos solo respondieron a aquello para lo que habían sido entrenados, hemos

sacrificado a los dos perros. Lo he hecho yo personalmente, no quería que ninguno de mis hombres cargara con eso.

—Comandante yo...

—¡Señorita Weiss! —la voz de Honelore de Mezary. Estaba hablando en el *hall* de la maternidad con la enfermera jefe Schneider.

Cuando se giró para despedirse del comandante, este bajaba ya por la escalinata.

Entró en el interior de la maternidad. Caminó hacia la *Helferin* instructora.

—Señorita Weiss, queremos que se quede con esto. Hemos pensado que le haría mucha ilusión. El resto de sus pertenencias se las enviaremos a su padre a Múnich.

Era el anillo *Lebensborn* de Else Kruger. Hedda llevaba el suyo en el dedo corazón de su mano derecha, no se desprendía nunca de él. Se quitó el guante de su mano izquierda y colocó el anillo de Else en su dedo corazón.

—Muchas gracias, señorita De Mezary. Lo llevaré siempre. Será como si ella estuviera conmigo.

Honelore de Mezary no la estaba escuchando. Miraba fijamente al comandante Beck, mientras este daba instrucciones a dos de sus soldados. Los soldados caminaron hacia la puerta principal de la maternidad y se posicionaron allí, uno a cada lado de la escalinata.

—¡Maldito comandante! ¡Ya se ha salido con la suya! Sabe, señorita Weiss, aunque más allá de ese bosque Europa esté ardiendo por los cuatro costados, yo había conseguido que aquí nadie pensara que estamos en guerra. No quería que mis madres y mis niños pensarán en la guerra. ¡Pero él nos ha traído la guerra a la puerta de la maternidad, ha convencido con su palabrería de viejo prusiano al teniente coronel! ¡Una guardia fija! ¡Ese hombre está obsesionado con la guerra! ¿No cree, señorita Weiss?

—Sí, señorita De Mezary. Así lo creo.

«No, señorita De Mezary, no lo creo. Es solo un buen hombre, un hombre bueno que se preocupa por todas nosotras, por todos nosotros. Un hombre decente, educado, cortés, un caballero. Si esa guardia hubiera estado ayer en la puerta, Else Kruger estaría viva. Pero eso a usted no le importa, ¿verdad? A usted solo le importan sus jodidas madres y sus jodidos niños».

«¿Qué haces, Hedda? ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué piensas eso? ¿Te estás volviendo loca? Es un demonio, un demonio disfrazado de comandante de las ss. Tú lo sabes, Hedda, tú lo sabes. Un retrato del Führer, necesito un retrato del Führer. Allí, el gran retrato del fondo del *hall*».

## XII

### EL ALMA ARIA

*Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, mediados de febrero de 1943*

Hacía rato que Hedda miraba ese extraño resplandor que iluminaba el bosque de Marbach. Un resplandor que provenía de lo más profundo del bosque, la zona de los pantanos, el lugar donde encontró la muerte Else Kruger. Una especie de fuego fatuo, que se encendía y se apagaba y que, en su momento de esplendor, provocaba un extraño reflejo anaranjado en el cielo, como si se tratase de una pequeña aurora boreal.

Llevaba un rato observando ese extraño fenómeno desde el gran ventanal de la habitación de las chicas, mientras estas dormían. Se preguntaba si sería ese extraño fenómeno el que había captado la atención de Else, si, de una forma u otra, ese fenómeno no significaba algo así como una llamada del bosque. Else creía que el bosque le susurraba, la llamaba, se lo había dicho en más de una ocasión. ¿Era posible que Else estuviese en lo cierto? ¿Cabía la posibilidad de que ese siniestro bosque las llamara, una a una, primero a Else y ahora a ella? ¿Llamaría después al resto de las chicas? «Estás loca, Hedda, loca de remate, ahí fuera no hay nada, solo un bosque solitario y silencioso, nada más. Solo eso».

Hedda caminó hacia su cama, meneando la cabeza hacia los dos lados y sonriendo ante sus ridículos pensamientos.

—*Hedda...*

Paralizada. Se quedó paralizada cuando escuchó su nombre. Era una voz que le resultaba conocida, pero que en ese momento no podía reconocer. La voz había penetrado en la habitación a través del gran ventanal. La voz procedía del bosque.

Hacía rato que la estufa se había apagado. Hacía frío en la habitación, como pasaba cada madrugada, sin embargo, estaba empezando a sudar. Tenía miedo a girarse, girarse hacia el gran ventanal. Tenía miedo de mirar hacia el bosque de Marbach. Tenía miedo de lo que pudiera encontrarse allí.

Lentamente se giró hacia el ventanal. Había cerrado los ojos. «Abre los ojos de golpe, Hedda, sea lo que sea, es mejor que lo descubras cuanto antes».

Nada. La soledad del bosque y ese extraño resplandor que lo iluminaba. Nada más. Allí no había nada más.

—*Hedda...*

Otra vez. Otra vez esa voz conocida, pero que era incapaz de reconocer. Otra vez esa voz sobrenatural que salía del interior del bosque.

Desvió su mirada hacia la cama de Else. Su cama vacía. ¿Y si la noche de su muerte Else no hubiera intentado huir de la maternidad? ¿Y si Else se hubiera



adentrado en el bosque en busca de algo, de algo que solo ella conocía? Había un hecho cierto, Else no llevaba encima equipaje alguno, toda su ropa, todas sus pertenencias estaban en su taquilla. ¿Sabía alguien más que el bosque llamaba a Else? ¿Lo sabía Hildegard Meier? ¿Por qué nadie lo había mencionado? Desde la muerte de Else, Hedda tenía problemas para conciliar el sueño. Muchas noches, mientras daba vueltas en su cama, se hacía todas esas preguntas. Preguntas sin respuestas. ¿O sí, o sí que podía encontrar las respuestas? ¿Adentrándose en el bosque, como hizo Else? ¿Siguiendo esa voz que la llamaba? ¿Intentando encontrar el origen de ese áureo resplandor que iluminaba el cielo sobre el bosque?

Caminó hacia la puerta de entrada de la habitación de las chicas. Salió al pasillo.

—Hedda...

Otra vez la voz, otra vez la voz que emergía del bosque, la voz que la llamaba. Ahora, esa voz había recorrido los solitarios y oscuros pasillos de la maternidad. Cada vez estaba más segura, la misma voz que llamó a Else Kruger.

Cerró los ojos. Respiró profundamente. Exhaló el aire. Tenía que hacerlo, tenía que dar el paso. Tenía que vencer el miedo, como hizo la noche que entró en la habitación de la señora Von Exner. Caminó por el gran pasillo en busca de las escaleras que descendían hacia el *hall*.

El silencio en la maternidad era absoluto. Cuando llegó al *hall*, se acordó de la patrulla fija que el comandante Beck había puesto en la puerta principal de la maternidad. Ese sería el mayor obstáculo, pero rápidamente su mente pensó algo, en una manera de deshacerse de la patrulla, para así, poder adentrarse en el bosque. Les daría algo, algo que ellos no podrían rechazar. Algo que ningún hombre en su sano juicio podría rechazar.

Para su sorpresa, al llegar bajo la gran arcada, descubrió que no haría falta entregarles nada. La patrulla no estaba. La escalinata y la gran explanada estaban vacías. Con gesto sorprendido, bajo la escalinata. La noche era gélida, y volvía a nevar, pero no tenía frío. Estaba sudando, estaba sudando como si su cuerpo fuese víctima de la fiebre.

—Hedda...

La voz fantasmal volvió a llamarla, esta vez se escuchó más cercana, con mayor claridad, más nítida. No cabía duda, la voz procedía del bosque. Era como si todo el bosque de Marbach la estuviera llamando, el sonido parecía proceder de todos los sitios, de todos los lugares, del norte y del sur, del este y del oeste. Miró en derredor. ¿Cómo saber hacia dónde dirigirse?

El cielo. La clave estaba en el cielo. En mitad de la oscuridad invernal del cielo, un pequeño fulgor, ese resplandor que se encendía y se apagaba. Sí, ese era el camino. Seguiría ese resplandor en el cielo.

—Hedda...

El bosque volvía a llamarla. Hedda se adentró en el bosque.

---

\* \* \*

---

Lo había encontrado. No podría decir durante cuánto tiempo estuvo caminando, ni en qué dirección. En realidad, allí dentro el tiempo parecía no existir, porque desde que entró en el bosque, hasta el lugar donde se encontraba, parecía no haber transcurrido ni una fracción de segundo. Y sin embargo, había caminado mucho, porque se encontraba en lo más profundo del bosque, en la zona de los pantanos, en el lugar donde murió Else Kruger. Recordaba, de camino hasta allí, haber visto jirones de ropa rotos y esparcidos entre la nieve. Temía que en cualquier momento se escuchara el ladrido de los doberman, y que ella acabara teniendo el mismo final que su desdichada amiga.

Pero ahora, todo eso no importaba. Porque ahora, había encontrado el origen del resplandor que iluminaba el cielo. Había descubierto el origen de la voz que la llamaba.

---

\* \* \*

---

Al pie de un árbol, sentada sobre una roca, estaba Else Kruger. En la corteza del árbol y en la piedra de la roca había restos de sangre. Hedda pensó, que ese debía ser el lugar exacto donde murió Else. Solo que... ¿Si Else estaba muerta, que hacía allí, sentada bajo aquel árbol ensangrentado?

Hedda sabía que era Else, aunque no podía ver su rostro. Sin embargo, la chica allí sentada parecía llevar el uniforme de la BDM, con el capote negro con capucha (era la capucha la que ocultaba su rostro), la única prenda que faltaba de su taquilla el día de su desaparición. Y luego, estaba el cabello, el cabello rojizo que asomaba de la capucha y llegaba hasta su pecho. Sí, era Else, estaba segura. Esa chica era Else Kruger.

Entre sus manos, Else llevaba algo, algo luminoso, algo que no dejaba de dar vueltas. El origen del resplandor áureo que iluminaba el cielo sobre el bosque de Marbach.

Como pudo, sorteó el borde congelado del pantano para acercarse al árbol en el que se encontraba Else. Por un lado, estaba muerta de miedo, pero por otro, tenía curiosidad por saber qué hacía allí Else Kruger. Qué hacía allí, si estaba muerta y enterrada en el corazón de ese bosque.

«Vuelve, Hedda, regresa a la maternidad. Esto no puede ser real, tiene que ser una alucinación, una pesadilla. Sí, tiene que ser eso», se decía para sí misma, mientras avanzaba al encuentro de su amiga muerta. La curiosidad, el eterno problema de

Hedda Weiss.

Hedda llegó junto a Else.

—Hedda.

Era la voz que la llamaba, ahora sí que podía reconocerla. Ahora que no estaba acompañada por el eco del bosque.

—Else, ¿qué haces aquí?

—La he encontrado, Hedda. Al final la he encontrado.

—¿Qué has encontrado, Else? —Hedda se dirigió a su amiga con el mismo tono condescendiente que había usado siempre. Seguía sin poder ver su rostro y, en verdad, no tenía ninguna gana de verlo. Ninguna gana.

—Mira, Hedda.

Else Kruger abrió las manos. El resplandor, primero iluminó el rostro de Hedda y, después, la totalidad del bosque que las rodeaba. Hedda se llevó las manos a los ojos, deslumbrada por la potente luz que emanaba de las manos de Else. Estuvo a punto de caer al suelo.

Era como un pequeño sol. Los rayos de ese pequeño sol eran los que provocaban el gran resplandor. En el centro, las llamas creaban la forma de una cruz esvástica. Una pequeña cruz esvástica llameante, todavía más dorada y brillante que el propio sol. Una pequeña cruz esvástica de fuego incandescente.

—El alma aria, Hedda. He encontrado el alma aria. Mi alma aria.

Else cerró las manos. Eso que ella llamaba el alma aria seguía allí, entre sus manos. Seguía provocando ese resplandor que ascendía hacia el cielo. Pero las tinieblas habían vuelto a cubrir el bosque.

—Estaba aquí, Hedda. Estaba en el bosque. Por eso el bosque me llamaba. Yo solo he venido a buscarla.

—Else, tú estás muerta. Estás enterrada en el bosque, yo presencié tu entierro. Yo deposité una rosa roja sobre tu tumba.

Silencio. Lentamente, Else Kruger levantó la cabeza. Horrorizada, Hedda retrocedió, tropezó con una raíz congelada y cayó al suelo. Sintió que se clavaba algo en la espalda.

El rostro desfigurado y destrozado por las dentelladas de los doberman la miró. La carne del lado izquierdo de su cara colgaba, solo sujeta al hueso facial por tendones y venas. La cuenca de uno de sus ojos estaba vacía.

—Estoy muerta y enterrada, enterrada en el bosque.

Else Kruger empezó a llorar. Las lágrimas caían de su único ojo.

—Hedda, tengo miedo. Si estoy muerta y enterrada... ¿Qué hago aquí? Entonces no tengo alma, esta no es mi alma aria. ¿De quién es esta alma, Hedda? Tengo mucho miedo. No sé dónde estoy. ¿Dónde estoy? ¿Por qué no sé dónde estoy?

Hedda no pudo contestar. Un sonido escalofriante empezó a escucharse, un

sonido que procedía del interior del cuerpo de Else. Como si sus vísceras se moviesen, como si algo se agitara en su interior.

Else Kruger se incorporó. La capa que la cubría cayó al suelo. Else Kruger estaba desnuda, una horrible cicatriz zigzagueante partía de su cuello y terminaba en la pelvis. La cicatriz que deja una autopsia. Esa cicatriz también era visible en su cabeza, a la altura del cuello cabelludo, como si fuera una corona de espinas. Una corona de espinas grotesca. Parte de su brazo dejaba ver el hueso desnudo. Uno de sus pechos había desaparecido, ahora era ocupado por un agujero ensangrentado y nauseabundo.

—¿Dónde estoy, Hedda? ¡No sé dónde estoy!

Pero no fue esta visión la que provocó el pánico en Hedda, sino el horrible sonido que procedía del cuerpo de su amiga, y el hecho de que la cicatriz que cruzaba el cuerpo de Else se estuviese abriendo.

—¿Qué me pasa, Hedda?

Hedda no podía contestar. Algo se estaba abriendo paso a través del cuerpo de Else. Una cabeza, una cabeza ensangrentada y envuelta en un producto viscoso parecido a la placenta se hizo visible a través del agujero nauseabundo de lo que antes había sido su pecho. Una segunda cabeza asomó a la altura del vientre de Else.

Dos cabezas oscuras. De las cabezas, dos bocas dentadas. Cuatro ojos amarillentos.

Ya sabía lo que estaba saliendo del interior del cuerpo de Else. Dos animales. Dos perros. Dos doberman.

Salvajemente, los canes empezaron a ladrar. Ladridos estremecedores que resonaron por todo el bosque.

Se incorporó. Tenía que marcharse, tenía que huir de allí, regresar a la protección de la maternidad. Sabía lo que querían esos doberman, sí, lo sabía muy bien. La querían a ella.

Echó a correr. Entre los ladridos salvajes de los doberman, aún pudo escuchar cómo Else Kruger le gritaba:

—¡Corre, Hedda, corre! ¡Busca refugio en el comandante Beck, de lo contrario, los doberman te devorarán! ¡Como me devoraron a mí!

Hedda corría y corría. Sentía a los perros cada vez más cerca, los perros que habían salido del cuerpo de Else Kruger.

Ya los sentía, cada vez estaban más cerca. Podía oler su aliento fétido pisándole los talones...

Se despertó, dando un fuerte alarido, en la soledad de su habitación. Estaba jadeando y tenía todo el cuerpo bañado en sudor.

—*Hedda...*

La voz recorrió la oscuridad de su habitación. Asustada, miró a todos los lados.

«No puede ser, Hedda. No has escuchado esa voz. Es solo el ulular de la ventisca en el exterior de la maternidad».

Se dejó caer en la cama. Una pesadilla horrible, una pesadilla horripilante, una pesadilla con Else Kruger. Una pesadilla de fantasmas, de espectros. Por un momento, se acordó de su padre, Peter Weiss. Recordó que su padre siempre decía que cuando uno soñaba con un difunto o veía un espectro era un signo de mala suerte, que en los días posteriores recibiría alguna mala noticia o le sucedería alguna desgracia.

Esa noche no pudo volver a dormir, hasta que las luces del alba de ese 3 de febrero de 1943 entraron por su ventana. A lo largo de ese día descubriría que las palabras de su padre eran ciertas.

---

\* \* \*

---

Comida en la habitación de la señorita De Mezary. Aquella mañana, la *Helperin* instructora le había comunicado que comerían juntas, que tenía que tratar algunos asuntos con ella.

Al mediodía, las dos mujeres se disponían a comer. Un mayordomo de las ss les había servido un exquisito guiso prusiano de carne y patatas en unos preciosos platos de porcelana de Rosenthal, con las iniciales H.d.M. grabadas en oro. Como siempre que entraba en la habitación de la señorita De Mezary, Hedda se había quedado como atontada mirando esos preciosos y lujosos platos de porcelana. La señorita De Mezary, sonriéndole, le dijo:

—¿Le gusta la vajilla? Es un regalo del jefe de distrito de Prusia Oriental, Erich Koch. La mandó desde Königsberg el día que me instalé aquí, en Marbach Heim. Un hombre encantador, y de gustos exquisitos y refinados.

Tras decir esto, Honelore de Mezary permaneció unos instantes observándola de reojo. Al final, le preguntó:

—¿Le pasa algo, señorita Weiss? Está usted muy pálida hoy.

—Nada, señorita De Mezary, es solo que he dormido mal. La verdad, no le voy a engañar, no he vuelto a dormir bien desde que murió Else Kruger.

—No debe preocuparse, eso es algo normal. La muerte de un ser querido siempre turba nuestros sueños.

Todavía no habían empezado a comer el guiso, cuando alguien tocó a la puerta.

—¿Quién será ahora? Abra, Dietrich, por favor —dijo Honelore de Mezary dirigiéndose al mayordomo de las ss.

El mayordomo abrió. A través de la puerta, apareció la cabeza de la radiotelegrafista, Anna Reiss.

—Señorita De Mezary, sintonice la Radio del Reich. Se ha anunciado que se va a

emitir un importante comunicado.

—Gracias, Anna. Dietrich, ponga la radio.

El mayordomo de las ss caminó hacia una preciosa radiogramola de roble. Una música lúgubre, luctuosa, invadió la habitación. El segundo movimiento de la *Sinfonía N.5* de Ludwig von Beethoven.

Peter Weiss. «Siempre que sueñes con un difunto, o veas un espectro, eso es señal de que en los próximos días recibirás una mala noticia». Su padre no estaba equivocado. Esa música indicaba, que el pueblo alemán iba a recibir una mala noticia. Una muy mala noticia.

Están ustedes en la sintonía de la Radio del Reich. A continuación, vamos a dar lectura a un comunicado del Alto Mando de la Wehrmacht.

El brillo luminoso había desaparecido de los ojos de Honelore de Mezary. Las dos mujeres y el mayordomo de las ss miraban en silencio la radiogramola de roble.

La batalla de Stalingrado ha llegado a su fin. Fiel a su juramento de combatir hasta el último aliento, el VI Ejército, bajo el mando ejemplar del mariscal Paulus, ha sucumbido ante el asalto de un enemigo superior en número y a causa de las circunstancias desfavorables a las que tenía que hacer frente...

—Dietrich, apague la radio, por favor —ordenó Honelore de Mezary.

—¿Qué significa eso, señorita De Mezary?

—Nada, señorita Weiss. Nada. En las guerras se pierden y se ganan batallas. Hemos perdido una batalla, pero vamos a ganar la guerra.

Hedda volvió a acometer el guisado. Honelore de Mezary fingió sonreír, mientras se llevaba a la boca la copa de cristal de Bohemia con vino del Rin. El brillo luminoso no regresó a sus ojos durante el resto de la comida. La *Helferin* instructora, algo turbada, intentó cambiar de conversación.

—Tenía que comunicarle varios asuntos, señorita Weiss. Primero, esta noche recibiremos a tres nuevas chicas en el ala blanca.

—Muy bien, señorita De Mezary. Lo tendré todo dispuesto.

Honelore de Mezary asintió con la cabeza. Continuó hablando.

—El segundo asunto, mañana por la tarde tengo una importante reunión. He pensado que podría dar usted la clase de sangre y raza.

—¿Yo? Pero, señorita De Mezary, no sé si estoy preparada...

—Lo hará muy bien, estoy convencida. Tercer asunto, este es más delicado.

Honelore de Mezary dio otro trago a su copa de vino del Rin.

—Ahora que ha llegado el final de la lactancia, un alto prominente de Berlín, un jerarca del Estado, quiere adoptar uno de sus niños. Uno de los niños del ala blanca. He pensado que voy a delegar en usted la decisión del niño que es dado en adopción.

—¿Quiere un niño o una niña?

—Indiferente. ¿Ha pensado en entregar a Mitzi? Es una niña maravillosa, con unos ojos y una mirada encantadora.

Mitzi. «Unos ojos y una mirada encantadora». Muchas veces, mientras le daba el pecho, o cuando la acostaba en la cunita tras pasearla por los largos pasillos de la maternidad, observaba los ojos de su hija. Reconocía que la niña era muy guapa, una niña tranquila, apenas lloraba, de hecho, era la debilidad de las enfermeras, pero a ella los ojos y la mirada de la niña no le parecían encantadores. Le parecían misteriosos, unos ojos inquietantes, que se clavaban en todo aquello que miraba. En alguna de las ocasiones en las que Hedda se había quedado con la niña sola, en la habitación cuna, sintió que los ojos y la misteriosa tranquilidad de su hija le provocaban miedo.

La mirada de Hedda se había perdido en el color espumoso del vino del Rin. No dejaba de dar vueltas a su copa. Honelore de Mezary esperaba expectante su respuesta.

—No, no pensaba en Mitzi. Pensaba en Hilde, la hija de Hildegard Meier. Creo que sería la elección más idónea.

—¿Está segura, señorita Weiss? Sabe que desde el desgraciado incidente de la señorita Kruger, el estado de salud de Hildegard es delicado.

—No, es una chica fuerte, yo la conozco. Incluso es posible que le venga bien, últimamente pasa demasiado tiempo con su hija. Más tiempo del recomendable.

—Como diga. Señorita Weiss. Ya le he dicho que voy a delegar esa decisión en usted.

—¿Cuándo será la entrega?

—Pasado mañana. Ese alto jerarca acudirá con su esposa a la maternidad a recoger a la niña. Lamentablemente, no pueden tener hijos. Lo ha recomendado el propio *Reichsführer* Himmler, tendremos que tratarlos bien.

Hedda volvió a hacer girar la copa de cristal de Bohemia.

«Que te jodan, Hildegard Meier». Una casi imperceptible sonrisa se instaló en su boca. «Que te jodan, maldita zorra, te vas a quedar sin tu hija».

El *hall* de la maternidad era un hervidero de personas yendo y viniendo. Hedda, sola en mitad de la estancia, rememoraba una noche como esa, la noche en que ellas llegaron a la maternidad. El vestíbulo brillaba como aquella noche de diciembre de 1941 y como aquella noche, en el exterior, una ventisca se abatía sobre la maternidad de Marbach Heim. Al fondo del recibidor, las enfermeras se afanaban en colocar centros florales bajo el gran retrato del Führer y las banderas entrelazadas del Reich y

de las ss. Parte del equipo de enfermeras y comadronas formaban ya en dos filas de quince, algunas de ellas, disimuladamente, se alisaban los uniformes. La comadrona jefe Schmund y la enfermera jefe Schneider charlaban animadamente con el teniente coronel doctor Oertl. Un murmullo recorrió el vestíbulo. La señorita De Mezary bajaba ya por las escaleras.

La *Helferin* instructora dio dos fuertes palmadas.

—Venga, todo el mundo a sus puestos. Las señoritas están a punto de llegar, el comandante Beck me acaba de informar que ya han pasado el control de entrada.

A Hedda ya no le quedaba duda de quién dirigía realmente aquella maternidad. Las carreras precipitadas se recrudecieron, cada uno en busca de sus correspondientes puestos. Honelore de Mezary caminó hacia Hedda y hacia el teniente coronel doctor Oertl, que formarían delante del resto del personal de la maternidad. Esa sería la primera vez que Hedda recibiría a nuevas voluntarias, la primera vez que ocuparía el lugar de la señora Von Exner.

Honelore de Mezary y Hedda ocuparon sus posiciones, cada una a un lado del alto oficial austriaco.

—Señorita Strub, cuando toquen a la puerta, espere a que lo hagan tres veces, solo entonces abra y regrese a su posición —dijo Honelore de Mezary dirigiéndose a una de las enfermeras.

Se hizo el silencio. El teniente coronel doctor Oertl sacó su reloj de bolsillo y miró la hora. Hedda se ajustó los guantes negros. Honelore de Mezary, sonriéndole, le dijo:

—Ahora solo nos queda esperar.

---

\* \* \*

---

Primer toque en la puerta. La enfermera Strub corrió hacia la entrada. Segundo toque. La enfermera miró hacia Honelore de Mezary. Tercer toque. Honelore de Mezary hizo un gesto afirmativo con la cabeza. La enfermera Strub abrió. Una ráfaga de viento helado, acompañada de pequeñas briznas de nieve, penetró en el *hall* de la maternidad.

—Señorita, traemos a las nuevas chicas —se escuchó decir a una voz masculina al otro lado de la puerta.

Tres chicas hicieron su entrada en la maternidad, portando en su mano sus pequeñas maletas. Tres chicas deslumbradas, «tan deslumbradas como estábamos nosotras aquella noche», pensó Hedda. Dos de las chicas eran rubias, muy altas, vestían uniformes de la BDM y las tradicionales trenzas *Gretchen* cayendo sobre su pecho. La tercera chica era distinta, más baja que las otras dos, morena, con unos grandes ojos azules y con una vestimenta extraña, una vestimenta que la asemejaba



más a una modistilla o a una empleada del hogar. Pero había algo que hacía igual a las tres chicas, su mirada. Una mirada que mezclaba la sorpresa, la excitación y el miedo.

Honelore de Mezary caminó en dirección a las chicas. Paseando ante ellas, las escrutó atentamente, deteniéndose especialmente en la chica morena de los grandes ojos azules.

—Señoritas, quiero darles oficialmente la bienvenida a la maternidad de Marbach Heim. Mi nombre es Honelore de Mezary y, a partir de hoy, seré su instructora jefe. Ahora, me gustaría que dijeran en alto su nombre y su lugar de procedencia.

—Mi nombre es Liesl Werner y soy de Osnabruck —contestó la primera de las chicas rubias.

—Mi nombre es Heide Schumann y vengo de Hamburgo —dijo la segunda de las chicas rubias.

—Mi nombre es Raia Demianenko y soy de Kiev —dijo con un extraño acento extranjero la chica con aspecto de modistilla.

Honelore de Mezary, dando la espalda a las tres chicas, se dirigió al personal de la maternidad:

—Supongo que les habrá sorprendido la procedencia de la señorita Demianenko, por eso creo que les debo una explicación. Mientras avanzábamos por el interior de los salvajes territorios del Este, nuestro ejército descubrió un gran número de personas, sobre todo mujeres y niños, que parecían ser portadores del elemento nórdico, por lo menos, en su apariencia física. Estas informaciones llegaron hasta la Oficina de la Raza y Asentamientos, y estos decidieron alertar de este descubrimiento a la oficina del *Reichsführer* Himmler. Tras arduas y largas deliberaciones, el *Reichsführer* decidió enviar al mejor grupo de anatomistas y antropólogos de las ss a esos indómitos territorios para realizar concienzudos y profundos exámenes raciales. Muchos de esos exámenes resultaron positivos, la señorita Demianenko es el resultado de uno de ellos. Tenemos que valorar este factor como un éxito más dentro de la guerra biológica en la que estamos embarcados. Además esto es solo el principio, en los próximos meses, *Lebensborn* acogerá a numerosos niños y niñas de esos territorios, iniciando así un proceso de germanización destinado a incorporarlos en un futuro próximo a nuestro cuerpo nacional. Hay que tener en cuenta que gran parte de esos niños son huérfanos, víctimas de la brutal represión del Ejército Rojo y de los comisarios políticos judeo-bolcheviques. Así pues, *Lebensborn* continuará con su propósito de obra y ayuda social, que ya anunciara en sus principios. También incorporaremos chicas racialmente válidas, como la señorita Demianenko, a nuestra extensa red de maternidades. A partir de ese punto, intentaremos dotarlas de un alma aria y de imbuirlas en el amor al Führer y la fe en la que será su nueva patria, Alemania. Es una tarea difícil, pero a nosotros, los nacionalsocialistas, los retos nos

motivan, como es conocido por todos. Personalmente, pido a todos ustedes paciencia y comprensión con la señorita Demianenko, no olviden nunca que ha pasado mucho tiempo viviendo entre gente primitiva y salvaje.

Durante todo el tiempo en que la señorita De Mezary ofreció sus explicaciones, los ojos analíticos de Hedda no se habían apartado de la joven ucraniana. Había detectado algo, un brillo, una luz, un gesto de rabia en sus ojos cuando la *Helferin* instructora mencionó a los niños huérfanos. A continuación, ese brillo se apagó. Y en esos grandes ojos azules, se instaló un halo salvaje, una aureola que acompañaba a esa mirada asustadiza.

No le gustó. A Hedda no le gustó nada esa muchacha. La controlaría, la vigilaría día y noche, todo el tiempo que fuese necesario. Algo le decía, que esa noche había entrado en la maternidad algo ajeno a todos ellos, algo distinto, algo equivocado. Algo que podía trastocar todo.

Honelore de Mezary había vuelto a dirigirse a las nuevas chicas.

—Ahora, señoritas, haré las presentaciones de rigor.

Señalando al teniente coronel, dijo:

—El caballero que ven aquí, es el teniente coronel ss doctor Hans Oertl. Él está al frente de la maternidad.

—Bienvenidas a Marbach Heim, señoritas —dijo el teniente coronel exagerando su fuerte acento vienés.

Honelore de Mezary señaló entonces a Hedda.

—Ella es la señorita Weiss. A partir de hoy, será vuestra cuidadora.

Hedda hizo un ligero saludo con la cabeza. Las dos chicas rubias le sonrieron, mientras la miraban con ojos admirados. Los mismos ojos con los que ella, unos meses antes, miraba a esas mujeres que vestían el uniforme del cuerpo auxiliar femenino de las ss. Sin embargo, la chica ucraniana no la miró del mismo modo. Sus enormes ojos azules parecieron agrandarse todavía más al mirarla. Y el temor en su mirada también aumentó. Por un momento, Hedda pensó en Else Kruger. «Esa mirada de terror, esa es la mirada que tendría Else al ser devorada por los doberman».

---

\* \* \*

---

Esa noche, tras ser presentadas al resto de las chicas del ala blanca, Hedda registró las maletas de las tres nuevas chicas voluntarias. Se vio en la obligación de requisar algunos cosméticos a las dos chicas alemanas. De la maleta de la chica ucraniana no pudo requisar nada, porque prácticamente en esa maleta no había nada, solo unas viejas ropas malolientes y de aspecto descuidado. Dirigiéndose a la chica ucraniana, le dijo:

—Señorita Demianenko, utilice como vestimenta los uniformes que encontrará en

su taquilla. Nos desharemos de la ropa que hay en esta maleta y de la que lleva puesta. Antes de acostarse, entre en el baño y aséese. Supongo que su viaje ha sido más largo y pesado que el del resto de las chicas. Aquí en Marbach Heim, la disciplina higiénica es muy estricta. Le informo de esto, por si esta falta suya de limpieza fuera un hábito.

—Haré lo que dice, señorita Weiss.

La mirada aterrada no había desaparecido de sus ojos.

---

\* \* \*

---

Una media hora más tarde, mientras arreglaba algunas cosas en su habitación, Hedda escuchó una algarabía que llegaba de la habitación de las chicas. Salió de su habitación, con la intención de descubrir el origen de ese bullicio.

El origen estaba en el baño. Todas las chicas se arremolinaban en torno a la ducha bajo la que estaba la joven ucraniana. Esta intentaba ocultar su intimidad al resto de las chicas, cubriéndose con las manos.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Hedda—. Llevaba el camisón blanco de Raia Demianenko en sus manos.

Silencio. Las chicas se apartaron de la joven, que seguía intentado cubrir su desnudez mientras el agua caía sobre su cuerpo.

—¿He preguntado que qué está pasando aquí?

Todas miraron a Lene Friedrich. Siempre que sucedía alguna situación de ese tipo, Lene se convertía en la portavoz del grupo.

—Nada, señorita Weiss, solo queríamos comprobar que era como nosotras, que tiene lo mismo que nosotras...

Como siempre, Lene acabó dando la cara.

—¿Y qué esperaban encontrar? ¿Un rabo que saliera de su culo? ¡Todas a la cama! ¡Ya!

Las chicas abandonaron el baño en tropel. Hedda caminó hacia la joven ucraniana y le dijo:

—Y usted, señorita Demianenko, séquese y póngase esto —le alargó el camisón blanco con la runa *Leben* carmesí—. Y acuéstese en su cama.

La chica volvió a mirarla con ojos aterrados.

—Gracias, señorita Weiss.

Hedda dio media vuelta y entró en la habitación. Esa tarde, había hecho subir a la habitación tres nuevas camas, sin embargo, observó que una de las chicas nuevas, Liesl Werner, estaba a punto de acostarse en la cama de Else Kruger.

—¿Qué hace, señorita Werner?

—Acostarme, como usted ha ordenado, señorita Weiss.

—En esa cama, no. Su cama es la de al lado.

—Perdone, señorita Weiss, no sabía que... —intentó decir Liesl, azorada.

—Pues ahora ya lo sabe, ya lo saben todas. No quiero que nadie ocupe esa cama.

Cuando todas las chicas, incluida Raia Demianenko, estuvieron en sus camas, apagó la luz de la habitación. No había dado ni dos pasos por el pasillo, cuando se detuvo en seco. Un murmullo, un murmullo en la habitación. Hedda supo inmediatamente de dónde procedía ese murmullo.

—Hildegard Meier, ¿está usted rezando?

—Sí, señorita Weiss.

—Pues hágalo en silencio. No quiero que perturbe el descanso de sus compañeras.

—Sí, señorita Weiss.

Hedda retomó el camino hacia su habitación. «Reza, Hildegard, reza. Te va a hacer falta».

---

\* \* \*

---

En el aula de estudio, la clase de sangre y raza. A petición de la señorita De Mezary, esa era la primera vez que Hedda impartía esa clase. Las chicas ya habían ocupado sus pupitres: Lene Friedrich, Anna Ritter y Hildegard Meier en la primera fila, Helene Wernecke y Erna Hansen en la segunda. Las tres chicas nuevas, Liesl Werner, Heide Schumann y la chica ucraniana ocupaban la tercera fila. Hedda miró fugazmente un pupitre vacío al lado de Hildegard Meier, el pupitre de Else Kruger. Una imagen acudió a su mente, la imagen de una chica sentada bajo un árbol, con un destello luminoso entre sus manos, un destello luminoso que iluminaba el cielo sobre el bosque de Marbach.

Hedda cogió una de las tizas y escribió en la pizarra:

«El alma aria».

Paseó su mirada por la clase y dijo:

—¿Es el exterior físico lo único que debe importarnos como mujeres arias? Todas nosotras estamos aquí porque hemos pasado unas duras pruebas raciales, un examen que dictaminó que éramos válidas, válidas para mezclar nuestra sangre con la sangre de los mejores guerreros, de esa estirpe superior de guerreros arios que representan los hombres de las ss. Nos sentimos elegidas, especiales, privilegiadas, creemos estar protegidas por el calor que nos ofrecen los hogares *Lebensborn*, a nosotras y a nuestros niños. Paseamos a nuestros niños, disfrutamos de ellos, asistimos a nuestras clases de formación. Todo eso está muy bien, pero... ¿Y el sacrificio? ¿Dónde está nuestro sacrificio? A diferencia de nosotras, esos hombres, esos guerreros arios con los que nos hemos apareado, sí entienden de sacrificio. Combaten, combaten todos

los días, se desangran en los frentes de combate, en los indómitos páramos de Rusia, en las heladas tierras del Ártico, en los calurosos desiertos del norte de África. Cada día, un camarada muere en sus brazos, cada día, entierran a sus compañeros y amigos. Y lo hacen por nuestro Führer, por nuestra patria, por nosotras, para que podamos vivir en el calor de estas maternidades, para que podamos desarrollar nuestro proyecto. Ellos poseen el alma aria, porque esa es la esencia del pensamiento ario, del alma aria: el sacrificio. El sacrificio y la entrega, la entrega de nosotros mismos a aquello que es más grande que nosotros, simples individuos desvalidos: la comunidad del pueblo.

Paseaba de lado a otro de la tarima mientras ofrecía su pequeño discurso. Había conseguido el mismo efecto que la señorita De Mezary, un auditorio entregado. Sobre todo y para su satisfacción, de las tres chicas nuevas.

—¿Y nosotras? ¿Cuál es realmente nuestro sacrificio? ¿Estamos realmente preparadas para el sacrificio? Hoy lo vamos a descubrir.

Miradas nerviosas entre las chicas.

—Estamos ganando la guerra de las trincheras, de los frentes de batalla. Aquí, en *Lebensborn*, estamos intentando ganar la guerra biológica. Por supuesto que venceremos en esa guerra, está escrito en el destino glorioso del pueblo alemán. Pero ahora, a nosotras, a las guerreras arias, nos toca librar una de esas batallas en las que un camarada muere en nuestros brazos, una de esas batallas en las que la sangre cubre el suelo de las trincheras. Ahora es a nosotras, a las que nos toca saber lo que se siente cuando se entierra a un compañero caído en combate. Ahora, nosotras, que yacimos bajo el calor de sus cuerpos, debemos demostrar que estamos a la altura de ellos, que al igual que ellos, el alma aria brilla en el interior de nuestro pecho. Ahora es el momento de que el sacrificio sea haga realidad, el momento de deshacernos de aquello a lo que más queremos, de aquello que ha salido de nosotras mismas. El momento de cumplir con nuestro deber ante el Führer, ante la patria y ante la comunidad del pueblo de la que formamos parte.

Una cortina negra cayó sobre el aula de estudio. Pequeñas gotitas de sudor en la frente de Lene Friedrich y Anna Ritter. Hildegard Meier agachó la cabeza y clavó la mirada en el suelo. Habían captado que ese discurso de gloria y entrega estaba dirigido a ellas.

—Las tres señoritas de la última fila deben estar muy atentas a lo que va a suceder hoy aquí. Este es el objetivo último de su presencia en Marbach Heim. Y también ustedes, señorita Warnecke y señorita Hansen, ahora están en estado y muy pronto ocuparán la primera fila de este aula. Las señoritas Friedrich, Ritter y Meier, suban a la tarima.

Lene, Anna y Hildegard subieron a la tarima. Hedda se posicionó frente a ellas.

—Desde el primer día que entramos en esta maternidad, la señorita De Mezary ha

trabajado incansablemente para dotarnos de un alma aria. Ahora comprobaremos si ha tenido éxito o por el contrario, ha fracasado en su noble intento. Señoritas, terminado el período de lactancia, ha llegado el momento de entregar en adopción al primero de nuestros niños. La señorita De Mezary me dio la oportunidad de ser yo la que eligiera cuál de los cuatro niños iba a ser entregado a su nueva familia, a los que se convertirán en sus auténticos padres. Yo he pensado que sean ustedes tres las que decidan.

Lene Friedrich y Anna Ritter tragaron saliva. Hildegard Meier volvió a agachar la cabeza.

—Señoritas, les haré una pregunta. Solo la formularé una vez. ¿Quién de ustedes se presenta voluntaria para entregar a su niño y así cumplir su deber con el Führer, con la patria y con la comunidad del pueblo?

En el aula de estudio se hizo el silencio. Hedda se dio la vuelta, dando la espalda a las tres chicas. Las otras cinco, estaban como petrificadas en sus pupitres. Hedda creyó distinguir que la chica ucraniana se enjugaba una solitaria lágrima.

—Yo, señorita Weiss. Yo me presento voluntaria para entregar a mi niño —dijo Lene Friedrich.

—Yo también, señorita Weiss. Yo también me presento voluntaria —dijo Anna Ritter.

Hedda continuaba de espaldas a las tres chicas. Observó cómo las miradas de las otras cinco chicas se habían centrado en Hildegard Meier. Hildegard era la única que no se había pronunciado, continuaba con la cabeza agachada y la mirada perdida en el suelo del aula.

En la boca de Hedda Weiss se dibujó una sonrisa. Todo había salido como ella había calculado.

Sin darse la vuelta, dijo:

—Señorita Friedrich, señorita Ritter, pueden sentarse.

Lene y Anna bajaron de la tarima y ocuparon su sitio en el pupitre.

Hedda subió a la tarima y miró directamente a Hildegard Meier. Esta elevó unos ojos suplicantes hacia ella.

—Creo, señorita Meier, que no queda mucho más que decir. Su paso por esta maternidad ha llegado a su fin. Esta noche recogerá todas sus pertenencias. Mañana nos haremos cargo de su niña, Hilde, para entregarla a su nueva y verdadera familia. Usted esperará en la habitación de las chicas, allí la recogerán para llevarla de regreso a su hogar.

Dirigiéndose hacia el resto de las chicas, dijo:

—Señoritas, he comenzado preguntando si el exterior físico es lo único que debe preocuparnos a las mujeres arias. Hoy han visto como para algunas, sí, y ese tipo de mujeres no tiene cabida en *Lebensborn*. En *Lebensborn*, buscamos fe, compromiso y

entrega y, desgraciadamente, esos no han sido los atributos de la señorita Meier en su paso por esta maternidad. El nuevo amanecer glorioso del pueblo ario no llegará nunca, si, más allá de nuestro exterior físico, no brilla la llama del sacrificio dentro de nosotras. Esa llama brilla en el pecho de la señorita Friedrich y de la señorita Ritter y, por lo tanto, ambas se han hecho merecedoras de continuar un tiempo más en compañía de sus niños. Sin embargo, cada día que la señorita Meier permaneciera junto a su niña, Hilde, el brillo del alma aria quedaría oculto por el negro telón de la falta de creencia, de la ausencia de fe. La hija de la señorita Meier marchará ahora con una familia, donde sí será correctamente educada y formada en los preceptos eternos del nacionalsocialismo.

Los pasillos de la maternidad de Marbach Heim eran blancos y luminosos, pero esa tarde, aunque el color de las paredes hubiera sido negro y una tormenta hubiera cortado el suministro de luz eléctrica, hubieran seguido siendo tan blancos y luminosos como siempre, solo con que la mirada de Honelore de Mezary se hubiera posado en ellos.

Honelore de Mezary no tenía ninguna reunión esa tarde, había presenciado toda la escena a través de una pequeña rendija en la puerta del aula de estudio.

—Brillante, Hedda, ha sido brillante —dijo la *Helferin* instructora en voz baja, hablando para sí misma—. Soberbio, yo no hubiera podido superarlo. Aprendes pronto, Hedda Weiss. Aprendes muy pronto.

---

\* \* \*

---

Esa noche, Hedda estaba trabajando en sus papeles, cuando alguien tocó tres veces a su puerta.

La estaba esperando. «La debilidad de esa chica no tiene límites», pensó.

—Pase.

La puerta se abrió. Hildegard Meier entró en su habitación.

—Señorita Weiss, ¿puedo hablar un momento con usted?

—Sí, señorita Meier. Pase y tome asiento.

La chica se sentó en una silla que había dispuesta ante la mesa despacho de Hedda.

—¿Ya ha recogido sus cosas? —preguntó Hedda sin levantar la vista de sus papeles.

—No, señorita Weiss, de eso quería hablarle —la chica tragó saliva—. Por favor, señorita Weiss, no me haga esto, no entregue a mi niña. No quiero dejar la maternidad.

—La decisión está tomada, señorita Meier. Ya no hay vuelta atrás.

—Por favor, aunque sea deje que me quede en la maternidad, tendré otro niño,

estoy preparada...

—No, lo siento señorita Meier. La señorita Friedrich o la señorita Ritter sí que estarían preparadas para tener otro niño, pero usted...

—Por favor, se lo suplico, todo lo que tengo en la vida es mi niña y esta maternidad, usted no conoce cómo son mis padres... No se lo pido a la señorita Weiss, se lo pido a Hedda. Hedda, por favor, llegamos juntas a esta maternidad...

—Recoja sus cosas, señorita Meier. Mañana vendrán a buscarla...

—Es por Else Kruger, ¿verdad? Siempre me ha culpado de lo que le sucedió a Else Kruger, yo no tuve nada que ver con aquello...

—¡No meta en esto a Else Kruger! —Hedda se incorporó, mirando con ojos de furia a Hildegard Meier—. ¡Else Kruger está muerta y enterrada en lo profundo del bosque! ¡Por lo menos, déjela descansar en paz!

«O no, Hedda, o no está enterrada en el bosque, sino vagando por él en busca de su alma...».

Hildegard Meier se levantó de la silla, las lágrimas corrieron por su rostro.

—¿Desea algo más, señorita Meier? —preguntó Hedda, con un tono más tranquilo.

—No, señorita Weiss. Eso era todo.

—Buenas noches, señorita Meier. No se olvide de recoger todas sus pertenencias. Y cierre la puerta al salir.

—Como usted diga, señorita Weiss.

---

\* \* \*

---

Las dos mujeres de uniforme negro avanzaban con paso firme por el pasillo de la maternidad, en dirección a la habitación cuna. Honelore de Mezary llevaba en sus manos unos documentos.

—Solo faltaba poner el lugar de nacimiento, señorita Weiss. Leipzig, hemos especificado el nacimiento de la niña en Leipzig. La familia de la madre adoptiva reside en Leipzig la mayor parte del año. La mujer ha estado viviendo allí durante seis meses para que sus amistades de Berlín no sospecharan que no estaba embarazada. Quieren hacer pasar a Hilde como hija propia.

Hedda hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Las dos mujeres entraron en la habitación cuna.

Hildegard Meier llevaba a su niña en brazos, estaba acompañada por la enfermera jefe Schneider.

—Hemos realizado un estudio clínico completo de la niña, señorita De Mezary. La niña está en perfectas condiciones para la entrega.

—Gracias, señorita Schneider. Señorita Meier, entregue la niña a la señorita



Weiss.

Hildegard Meier miró por última vez el rostro de su niña. Se la entregó a Hedda, envuelta en una mantilla decorada con runas y esvásticas. La niña rompió a llorar. Hedda la acunó contra su pecho.

—Señorita Meier, recoja sus cosas y espere en el *hall*. Un vehículo del destacamento del comandante Beck vendrá a recogerla en breve. La trasladarán a Königsberg. Desde allí, volará hasta Baviera.

Hildegard Meier hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Lanzó una última mirada suplicante a Hedda. Pero Hedda no le devolvió la mirada.

Honore de Mezary y Hedda, con la niña en sus brazos, abandonaron la habitación cuna.

---

\* \* \*

---

En la puerta del «ala prohibida». Por segunda vez, desde que llegara a la maternidad de Marbach Heim, Hedda se disponía a cruzar esa puerta. Pero esta vez no hubo advertencias de la señorita De Mezary, ni nada parecido. Esta vez, era una *Helferin*, ahora podía entrar en esa zona de la maternidad siempre que quisiera.

La señorita De Mezary abrió la puerta, las dos mujeres caminaron por el amplio y luminoso pasillo. En el «ala prohibida» se detectaba la actividad febril de siempre: las enfermeras, yendo y viniendo, las señoras acaudaladas, elegantemente vestidas, hablando en corros. Las jóvenes embarazadas solitarias, mirando por las ventanas. Y los niños y las niñas, correteando y jugueteando por los pasillos, y por las aulas acondicionadas para ellos.

En contra de lo que ella habría deseado, no pasó ni mucho menos desapercibida esa mañana. Una vez más, todas las miradas se dirigían a ella. Miradas inquisitivas, que solían ir acompañadas de comentarios sobre su persona, comentarios que podía escuchar:

—Mira, esa debe ser una de esas chicas que acuden voluntarias, nunca la había visto por aquí...

—Seguro que van a entregar esa niña a alguna familia de adopción. Debe ser la niña de alguna de esas chicas de la BDM...

Procuraba no hacer caso de los comentarios. Ella y la *Helferin* instructora caminaban a gran velocidad, en una dirección desconocida para Hedda.

Ese día, fue consciente, por primera vez, de lo grande que era ese ala de la maternidad. Atravesaron tantos pasillos, que le hubiera sido imposible regresar al ala blanca si la señorita De Mezary no la acompañara. El «ala prohibida» tendría el tamaño del ala blanca y el ala roja juntas.

Se detuvieron ante lo que parecía una pequeña salita de espera. Honore de

Mezary le dijo:

—Señorita Weiss, compórtese con total normalidad. Su única misión es entregar la niña a su familia de adopción. Solo eso.

Sin decir ni una palabra más, la señorita De Mezary, Hedda y la pequeña Hilde entraron en la salita de espera.

Era una habitación muy pequeña, presidida por un gran retrato del Führer que ocupaba una de las paredes de la salita. Bajo el retrato, tres cómodos sillones tapizados en tul azul y una pequeña mesita. El teniente coronel doctor Oertl ocupaba uno de los sillones. En los otros dos estaba sentado el matrimonio de adopción, un hombre orondo de mediana edad, vestido con el uniforme color tierra que lo identificaba como funcionario del partido, y una mujer de unos treinta años, de apariencia dulce y refinada, aunque vestida de una manera que a Hedda le pareció anticuada. Hedda se fijó rápidamente en el collar de pequeñas perlas redondas que la mujer llevaba al cuello, un collar que le recordó a su madre. Maria Weiss tenía uno de esos collares, un regalo de su padre cuando todavía eran novios.

—Traemos a la niña —dijo Honelore de Mezary dirigiéndose al teniente coronel doctor Oertl.

Los tres se habían incorporado en cuanto vieron entrar a las dos *Helferin*. En el rostro del matrimonio se instaló un rictus de alegría y de expectación.

Honelore de Mezary caminó hacia el teniente coronel Oertl y le hizo entrega de los documentos que llevaba en la mano.

—Aquí tiene la partida de nacimiento de la niña y los documentos reglamentarios.

—Ahora los discutiremos —dijo el oficial austriaco mirando hacia el hombre orondo, que esbozó una sonrisa nerviosa.

—Señorita Weiss, entregue la niña a su madre —dijo el teniente coronel Oertl.

«No, no es su madre. Su madre se llama Hildegard Meier. ¡Fuera, Hedda, fuera! Borra ese pensamiento de tu mente. ¡Bórralo!».

Hedda caminó con la niña en brazos hacia la mujer. Se la entregó. La mujer, se hizo un pequeño lío con la mantilla de la niña. Miró a Hedda con ojos asustados. Hedda sonrió.

—Su madre portadora ha decidido que la niña se llame Hilde —le dijo a la mujer.

—Mira, Karl, mira qué niña más bonita. Hilde... es un nombre precioso.

La mujer y el hombre orondo miraron ilusionados a la niña.

—Mi niña, *Liebste*... —dijo en tono maternal la mujer, mientras acariciaba el rostro de la niña. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

«A los ojos de Dios, eso que van hacer ustedes en esta maternidad es algo inmoral. Un pecado».

Era la voz del comandante Beck. Esa voz que de vez en cuando violaba la intimidad de sus pensamientos.

«Fuera de aquí, comandante Beck. ¡Fuera de aquí, maldito!».

El teniente coronel Oertl, la señorita De Mezary y el hombre orondo al que su esposa llamó Karl formaron un círculo entorno a la madre, mientras hacían todo tipo de carantoñas a la niña.

Hedda permaneció fuera del círculo, con una extraña mirada mística clavada en el rostro de Adolf Hitler.

---

\* \* \*

---

La tragedia se cernió otra vez tras los muros de Marbach Heim, en el mismo momento en que Honelore de Mezary y Hedda pusieron sus pies en el *hall* de la maternidad. La enfermera jefe Schneider corrió al encuentro de las dos *Helferin* con el rostro desencajado. Cogió a la señorita De Mezary de la mano, mientras le decía:

—¡Corra, por favor, señorita De Mezary! ¡Venga conmigo! ¡Es la señorita Meier, ha sufrido un ataque de nervios en la habitación de las chicas! ¡Se ha mordido la lengua, ha perdido mucha sangre! ¡La hemos trasladado al dispensario del ala roja, ahora no habla, ni siquiera se mueve! ¡Venga, dese prisa, por favor!

Las tres mujeres atravesaron a la carrera el *hall* de la maternidad. Al llegar a la puerta que daba acceso al ala roja, Honelore de Mezary se detuvo y le dijo:

—Señorita Weiss, vaya a la centralita y dígame a Anna Reiss que avise al teniente coronel doctor Oertl. ¡Dígame que es urgente!

—Ahora mismo, señorita De Mezary.

Hedda corrió hacia la centralita, que estaba en un pasillo lateral que comunicaba el *hall* con la cocina y la zona de abastecimiento, bajo la escalera que ascendía al ala blanca.

Abrió la puerta y asomó la cabeza. Anna Reiss estaba sentada ante la centralita, leyendo un ejemplar viejo de *Frau und Werk*.

—¡Anna, localiza inmediatamente al teniente coronel doctor Oertl, que acuda al dispensario del ala roja! ¡Dígame que es urgente, muy urgente!

—Ahora mismo, señorita Weiss —dijo Ana Reiss, mientras lanzaba contra un sillón la vieja revista.

A la carrera, Hedda regresó al *hall* y, a la carrera, penetró en el ala roja de la maternidad. Vio pequeñas gotas de sangre en el suelo del primer pasillo. «Algo has hecho mal, Hedda. Algo has hecho mal», se decía para sí misma mientras buscaba el segundo pasillo del ala roja, camino del dispensario.

Al llegar al segundo pasillo, aminoró la velocidad, hasta que se detuvo poco antes de llegar. Se llevó la mano a la boca.

Dos grandes charcos de sangre en el suelo, dos figuras grotescas en el blanco y luminoso suelo del pasillo.

La puerta del dispensario se abrió. Honelore de Mezary salió al pasillo. En su rostro se reflejaba la tensión del momento.

—¿Ha avisado al teniente coronel...?

—Sí, Anna Reiss lo estaba intentando localizar. ¿Cómo está Hildegard, señorita De Mezary? ¿Es grave?

—Sí, es grave. Ha sufrido una impresión muy fuerte, la herida de la boca es lo de menos, ya la han curado las enfermeras. Pero no responde a nada, no habla, no se mueve.

Hedda se llevó las manos a su rostro.

—¡Dios mío, todo ha sido culpa mía!

Honelore de Mezary caminó hacia ella, con voz tranquila y tono pausado, le dijo:

—Nada de esto es culpa suya, señorita Weiss. Usted solo ha cumplido con su deber. Había que entregar a un niño, podía ser el de ella, o podía haber sido Mitzi. ¿Hubiera hecho usted esto? ¿Verdad que no? Ella sabía a lo que venía, todas ustedes lo sabían. Han sido débiles, señorita Weiss, tanto ella como su amiga, la señorita Kruger. Si ha habido una culpable de todo esto, he sido yo, tenía que haber puesto remedio en su momento. Fui preparada para ello.

Ruido de pasos al final del pasillo. El teniente coronel doctor Oertl apareció acompañado de otro caballero ataviado con una bata que lo identificaba como perteneciente al cuerpo de médicos de las ss. Hedda no lo había visto nunca en esa zona de la maternidad. Los dos hombres pasaron a su lado sin mirarlas, entraron en el dispensario y cerraron la puerta. Honelore de Mezary cogió sus manos y le dijo:

—Espere en su habitación. Cuando sepa algo, subiré y se lo comunicaré. Y no se preocupe, la señorita Meier se pondrá bien. Está en buenas manos.

Honelore de Mezary entró en el dispensario y cerró la puerta. Hedda caminó hacia el ventanal y fijó su mirada en el patio interior, antes de volver a cubrirse el rostro con las manos.

---

\* \* \*

---

Sentada en la mesa de su despacho. El tiempo pasaba y la señorita De Mezary no subía. El remordimiento hacía mella en su cabeza, lentamente, poco a poco, como la gota de agua que cae intermitentemente sobre la piedra. Alargó la mano y cogió un libro que tenía permanentemente sobre su mesa. Paseó sus dedos por las letras alemanas antiguas que lo decoraban. Pronunció, en voz baja, las dos palabras que formaban esas letras:

—*Mein Kampf*.

Abrió el libro, retirando delicadamente la señal de terciopelo rojo que marcaba la última página que había leído. Lo leía habitualmente, casi todos los días, eso le

ayudaba a perseverar en su fe, en el motivo por el que había acudido a esa maternidad. Leyó:

Es obligación del Estado nacional tratar de recuperar lo que ahora se pierde por todas partes. El Estado nacional debe conceder a la raza el papel más destacado en la vida general de la nación y velar para que se conserve pura. El Estado nacional debe declarar que los niños constituyen el patrimonio más precioso de la nación. El Estado nacional debe procurar que solo engendren hijos los individuos sanos, porque el hecho de que personas enfermas o incapaces pongan hijos en el mundo es una desgracia, en tanto que el abstenerse de hacerlo es un acto altamente honroso. Por el contrario, la acción de privar al país de niños sanos, ha de considerarse reprochable. El Estado pondrá al servicio de estos hechos aceptados todos los conocimientos médicos modernos. Declarará impropio para la reproducción a todo aquel que se encuentre evidentemente enfermo o padezca de incapacidad hereditaria. Velará también porque la fertilidad de una mujer sana no tropiece con el obstáculo de la condenable economía de un régimen que transforma la bendición de la maternidad en un azote para sus padres.

Tres toques en la puerta. La señorita De Mezary.

—Pase.

Hedda cerró el libro y lo apartó, arrinconándolo a un lado de su mesa despacho. Honelore de Mezary entró en la habitación. Hedda caminó hacia ella.

—¿Cómo está la señorita Meier, señorita De Mezary?

—No está mejor, señorita Weiss. No responde. Tiene los ojos abiertos, pero parece no ver, no escucha lo que le decimos. No se mueve, ni reacciona ante los estímulos externos. Parece haber caído en una especie de trance catatónico. Estupor, lo ha llamado el teniente coronel doctor Oertl. Él está con ella, la sigue tratando.

—¿Y qué va a pasarle ahora? —preguntó Hedda con voz angustiada.

—Esperaremos a mañana. El teniente coronel doctor Oertl hará esta tarde unas gestiones, mañana podrán venir a visitarla dos eminencias psiquiátricas de Königsberg. Después de hacerle un reconocimiento completo, tomaremos una determinación.

Hedda caminó hasta su cama. Se dejó caer en ella de manera desganada.

—No se preocupe, señorita Weiss, está en buenas manos. Ahora, comuníquese a sus compañeras, seguramente estarán muy preocupadas.

---

\* \* \*

---

Erguida, con un gesto severo en su rostro, Hedda Weiss entró en la habitación de las chicas. Todas estaban sentadas sobre sus camas. Cuando la vieron entrar, se levantaron y caminaron hacia Hedda, formando un círculo en torno a ella.

Con voz seria, dijo:

—Señoritas, la señorita Meier...

Ninguna de las chicas podía pensar que iba a suceder lo que estaban viendo. Dos lágrimas rabiosas brotaron de los ojos de Hedda y cayeron de forma perfecta por su rostro, deteniéndose en su mentón. Su voz se quebró.

—La señorita Meier...

Lene Friedrich rompió el círculo, caminó hacia Hedda y se abrazó a ella.

—Hedda...

—Lene...

Anna Ritter también se abrazó a las dos chicas. Y lo mismo hizo Helene y Erna. Y Liesl y Heide. Y Raia, la chica ucraniana, que fue la primera en romper a llorar.

Allí, en el centro de la habitación, cerca de la estufa de porcelana, las ocho chicas lloraron. Lloraron cuanto les fue posible.

---

\* \* \*

---

Desde la puerta acristalada del despacho de Honelore de Mezary, Hedda pudo ver cómo el teniente coronel doctor Oertl departía con los dos eminentes psiquiatras llegados de Königsberg, junto a un sedán negro con chófer que parecía esperarles. Había rostros de preocupación en los tres hombres que habían pasado toda la mañana examinando a Hildegard Meier en el dispensario del ala roja. Ese mismo gesto de preocupación se había instalado en el rostro de la *Helferin* instructora, que esperaba sentada ante la mesa para comunicarle lo que los médicos habían dictaminado.

Hedda dejó la puerta acristalada, caminó hasta la mesa despacho de la señorita De Mezary y se sentó en la silla frente a la mujer del acento enigmático.

—¿Qué han dicho los médicos, señorita De Mezary?

—No tengo buenas noticias, señorita Weiss. No podemos hacer nada por ella aquí, en Marbach Heim. La señorita Meier ha sufrido algún tipo de ataque ligado al síndrome catatónico. Al menos han concluido que no padece la vertiente maligna descubierta por el doctor Stauder, por lo que su vida no corre peligro. Eso sí, no han podido dictaminar si puede permanecer en ese estado durante días, semanas o meses. Tendrán que hacerle más pruebas. Lo más grave es, que están investigando si pudiera tratarse de una enfermedad hereditaria, un brote catatónico ligado a algún tipo de esquizofrenia.

—¿Lo más grave?

—Sí, lo más grave para *Lebensborn*. Sería un error sin precedentes en los

exámenes médicos que se le realizaron para poder acceder a nuestras maternidades. Entre nosotras, señorita Weiss, aunque oficialmente la Ley de Prevención de Descendencia con Enfermedades Hereditarias fue retirada por culpa de ese obstinado obispo de Münster, extraoficialmente continúa plenamente en vigor. La esquizofrenia es una de las enfermedades que deben provocar, por el bien sagrado de nuestra raza, la esterilización o en su defecto el aborto en aquellas mujeres que la padezcan. En lugar de eso, Hildegard Meier ha tenido una niña. Por supuesto, hemos informado ya a los padres adoptivos para que pongan a la niña a disposición de la Oficina Central de la Raza en Berlín, y poder ser sometida a profundos estudios médicos. Hemos vuelto a revisar el historial médico de la señorita Meier y hemos descubierto que se pasaron por alto, o se consideraron irrelevantes, dos ataques de nervios parecidos a este que tuvo en su infancia. Hemos iniciado también diligencias con Berchtesgaden para someter a profundos análisis médicos a sus padres.

—¿Me está diciendo que la señorita Meier puede ser esquizofrénica?

—No lo sabemos, señorita Weiss. Esa es nuestra máxima preocupación en este momento. De ser así, habríamos abierto una brecha en *Lebensborn*, una brecha muy peligrosa para nuestro programa nacional de regeneración racial. Se abrirá una investigación y, por supuesto, habrá depuraciones.

Las dos mujeres guardaron silencio. Honelore de Mezary desvió su mirada hacia la ventana, Hedda miró sus manos, mientras daba vueltas y más vueltas al anillo *Lebensborn* de Else Kruger.

—¿Qué pasará con ella ahora?

—Como le he dicho antes, aquí en Marbach Heim no podemos hacer nada por ella. El teniente coronel doctor Oertl y los otros dos doctores de Königsberg han decidido que lo mejor para ella es que la traslademos a uno de nuestros sanatorios, un sanatorio en Pomerania, un lugar llamado Meseritz-Obrawalde. Allí estará bien atendida, señorita Weiss. Además, así podrán seguir estudiando su enfermedad.

Honelore de Mezary se percató que el labio inferior de Hedda había empezado a temblar.

—Señorita Weiss, hágame caso, Hildegard Meier se recuperará, solo necesita tiempo. Usted no puede hacerse responsable de lo sucedido con esta chica, si las sospechas de los doctores se acaban cumpliendo, es posible que esa enfermedad latente hubiera aflorado en cualquier otro momento y por cualquier otro motivo. Usted solo puede culparse de haber realizado magníficamente su trabajo. Ahora, vuelva con las chicas, tienen que ir a comer.

—Como usted disponga, señorita De Mezary.

Hedda se levantó y caminó hacia la puerta. Antes de llegar a ella, Honelore de Mezary le dijo:

—Señorita Weiss, quiero decirle una cosa. Yo delegué en usted la responsabilidad

de entregar a uno de los niños, pero de haberlo hecho yo, hubiera tomado la misma decisión. Hildegard Meier hubiera sido la primera de las chicas en abandonar la maternidad.

---

\* \* \*

---

Esa misma tarde, mientras las chicas estaban en su clase de conocimiento de labores domésticas, supervisada por Hedda, una furgoneta de color grisáceo recogió a Hildegard Meier para trasladarla hasta ese sanatorio de Pomerania, hasta ese lugar llamado Meseritz-Obrwalde.

Hedda Weiss tardaría más de año y medio en volver a tener noticias de Hildegard Meier. Esto no sucedería hasta una aciaga noche a principios del invierno de 1944.



## XIII

### EN EL ALA ROJA: UN MUNDO SIN DIOS

*Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, primavera-verano de 1943*

Se levantaba, caminaba cinco pasos y volvía a caer. Entonces, levantaba los brazos hacia Hedda, mientras balbuceaba en esa lengua incomprensible que solo conocía ella. Esta la levantaba y volvía a caminar, cinco o seis pasos y caía otra vez.

Era una mañana de la lluviosa primavera de 1943. Hedda se maldecía por no poder sacar a Mitzi a dar esos primeros pasos por los senderos del bosque, pero esa primavera no paraba de llover y el barro y el fango convertían los senderos en intransitables. Así, que tenía que conformarse con pasear a la niña por los pasillos del ala blanca. Hedda aborrecía la climatología de ese recóndito lugar de Prusia Oriental. En primavera, era la lluvia, en otoño, las espesas y frías nieblas que se instalaban durante semanas, en invierno, la nieve y el frío y en verano, los mosquitos. Era cierto que el verano era la época más bonita en el bosque de Marbach, el cielo azul sobre Prusia adquiría tintes de ensueño, casi mágicos, pero la presencia de los mosquitos, sobre todo por la noche, lo convertía en una penitencia. Cientos, miles de mosquitos, siempre revoloteando entorno a cualquier fuente de luz. Eran mosquitos que emergían del bosque, de la zona de los pantanos. Había pasado mucho tiempo en esa maternidad, pero todavía ahora, se le hacía muy difícil convivir con esos molestos compañeros.

Pasó en una de las ocasiones en que Mitzi cayó al suelo. La niña levantó los brazos esperando a que Hedda la levantara. Se agachó para recogerla, mientras miraba sus ojos. Eran extraños, cada día más extraños. Era verdad que Mitzi era una niña muy risueña, siempre estaba sonriendo, pero sin embargo, sus deslumbrantes ojos azul turquesa parecían no acompañar esa sonrisa. Sucedió lo mismo cuando lloraba, los ojos de Mitzi siempre tenían la misma expresión, una inquietante expresión de vacío. Hedda había rememorado muchas veces aquellas palabras que un día le dijera Else Kruger en la habitación cuna: «Es como si a esa niña le faltara algo, es como si esa niña no tuviera alma».

Sucedió mientras la levantaba:

—Mamá.

Hedda se quedó helada. Lo había dicho, Mitzi había dicho algo que no podía decir. Miró en derredor, asegurándose de que no hubiera nadie en ese pasillo del ala blanca. Agitó a la niña por los hombros, mientras le decía:

—¡Yo no soy tu mamá! ¿Entiendes? ¡No soy tu mamá! ¡Yo soy Hedda, mi nombre es Hedda! ¿Puedes comprenderme? ¡Hedda! ¡Hedda!

Mitzi la miró con esos ojos inexpresivos, y dijo:

—¡Ela!

Levantó a la niña y la estrechó contra su pecho. Mitzi le dio un pequeño manotazo en el rostro y agarró con su pequeña manita la nariz de Hedda, mientras repetía:

—¡Ela! ¡Ela!

—Muy bien, Mitzi, Hedda, ese es mi nombre. Hedda. Buena chica, Mitzi. Buena chica —dijo, mientras pasaba una vez tras otra su mano por la bonita melena dorada de su hija.

---

\* \* \*

---

Pese a estar todavía en primavera, un fuerte sol canicular entraba aquella tarde a través del ventanal del aula de estudio. Honelore de Mezary terminaba de impartir otra de sus clases sobre sangre y raza para las siete chicas del ala blanca de la maternidad. Hedda asistía ahora a las clases de pie, en la tarima, a un lado de la señorita De Mezary, sin apartar la vista del resto de las chicas. Acabada aquella clase, sucedió algo anormal, algo que sorprendió a todas.

—Las señoritas Warnecke y Hansen, pueden abandonar el aula. El resto, permanezcan en su sitio. Tengo algo que comentarles.

Con cierta dificultad (estaban en el sexto mes de embarazo) Helene y Erna se levantaron y abandonaron el aula. En el resto de las chicas se instaló un gesto de preocupación. También Hedda se sorprendió al escuchar a la señorita De Mezary, al igual que las otras chicas, desconocía lo que esta tenía que decirles.

Honelore de Mezary se recostó contra su mesa. Esto la alertó, era un comportamiento inusual, un comportamiento demasiado mundano para la recta, elegante y sofisticada *Helferin* del acento enigmático. Un comportamiento que nunca había visto en Honelore de Mezary desde el día que llegó a esa maternidad.

La señorita De Mezary pasó sus dedos por la cuenca de sus ojos. ¿Un síntoma de cansancio? Otro gesto que no había visto nunca en la *Helferin* instructora. En la primera fila, Lene y Anna lanzaron sendas miradas intrigadas a Hedda, que esta les devolvió, acompañada por un casi inapreciable gesto de los hombros. En la tercera fila, Ilse, Raia y Heide miraban desconcertadas a las chicas más veteranas.

—Bueno, señoritas, a ver cómo explico esto.

Honelore de Mezary empezó su charla en la misma posición en la que estaba, recostada en su mesa sobre la tarima. «Viniendo de ella, esa posición es casi indecorosa», pensó Hedda.

—Señoritas, la próxima semana, la maternidad de Marbach Heim recibirá a un grupo de oficiales de las ss, oficiales de alta graduación. Muchos de esos hombres están dirigiendo a los valerosos soldados que, día a día, se están dejando la vida en

las salvajes tierras del frente oriental. No les voy a engañar, la batalla allí está siendo muy dura, luchamos en desventaja contra un enemigo muy superior en número y que no duda en emplear los más degenerados y deleznable métodos de guerra para impedir y frenar nuestro glorioso avance. No dudéis ni un minuto, que la victoria sonreirá a nuestros nobles ejércitos, dirigidos por la sabia mano y la prodigiosa mente de nuestro Führer, Adolf Hitler. Como os he dicho en numerosas ocasiones, la gloria y la victoria están escritas en el destino y en el cielo de Alemania. Pero la victoria, como la gloria, exigen sacrificio y sufrimiento, y en estas horas, mientras nosotras disfrutamos del calor y la protección que nos ofrece la patria, esos hombres que nos visitarán tienen que codearse todos los días, a todas las horas, con la muerte y la podredumbre. Llevan meses sin ver a sus mujeres y a sus hijos, sin disfrutar del calor de su hogar, sin contemplar los bellos paisajes de nuestra patria.

Honore de Mezary paseó por la tarima. Hedda sabía que ahora llegaba el momento en que la *Helferin* instructora dirigía a las chicas algún importante mensaje.

—Os preguntaréis por qué esos hombres visitan Marbach Heim. Bien, el *Reichsführer* en persona ha considerado que esos importantes oficiales necesitan un merecido descanso y Marbach Heim es un lugar ideal para ese fin. Durante unos días, todo el personal les ofreceremos un trato exquisito, nuestra misión es que se sientan como en casa y, de esta manera, regresen al frente con el espíritu renovado, dispuestos a retomar la dirección de la batalla con el más fanático de los ánimos. Es ahí, donde entran ustedes, señoritas.

El pupitre de Raia Demianenko rechinó cuando esta se movió en él. La joven miró a todos los lados con unas pequeñas manchas de rubor en sus mejillas. Honore de Mezary prosiguió:

—Nuestro objetivo es, que esos importantes oficiales reciban en Marbach Heim el calor que el devenir de la guerra les ha privado. El *Reichsführer* Himmler ha pensado que ustedes, las chicas del ala blanca, podrían colaborar en esa labor. Claro que, esa misión que realizarían estaría fuera de los compromisos que adquirieron cuando ingresaron en *Lebensborn*, por lo tanto, necesitaríamos su permiso y su consentimiento. Lo único que tendrían que hacer sería acompañar a los caballeros en las cenas, en las fiestas y en las tertulias que seguirían a estas, darles conversación, ofrecerles un trato agradable, por unas horas, hacer que se sientan como si estuvieran en su casa.

Silencio. Ni un gesto, ni un movimiento en ninguna de las chicas. Ni un pestañeo.

—En alguna ocasión, es probable que estos caballeros necesiten otro tipo de «calor». Naturalmente, ustedes tendrían que complacerlos. A cambio, conseguirían importantes retribuciones. Por ejemplo, las señoritas Friedrich y Ritter podrían seguir educando a sus niños y formándose en la maternidad. Para las señoritas Demianenko, Schumann y Werner estos encuentros sustituirían a la ceremonia de procreación.

Tienen que comprender que estos importantes oficiales tienen también sus necesidades. Las ss, pensando en ello, han creado una red de casas de tiempo libre, tanto para oficiales como para tropa, en las principales ciudades del territorio oriental. Pero claro, allí la mayoría de las chicas pertenecen a razas contaminantes, y aunque por las exigencias de la guerra estos caballeros estarían exentos de vulnerar las leyes raciales, ellos prefieren mantenerse fieles a los principios de no contacto sanguíneo con elementos raciales indeseables. Ahora, conocido el contenido de mi propuesta, me gustaría que aquellas de ustedes que lo considerasen necesario se presentaran voluntarias para esta misión.

Honelore de Mezary guardó silencio, miraba de manera expectante a las chicas.

Las chicas cruzaron sus miradas. La mayoría de ellas parecían desconcertadas. A decir verdad, Hedda las comprendía, ella misma estaba desconcertada. Aquel era un escenario completamente nuevo, un escenario que unas horas antes, no hubiese podido ni imaginar. Ella, como *Helferin*, estaba fuera de esa propuesta. Sin embargo...

Las chicas seguían sin contestar. Honelore de Mezary, algo nerviosa, preguntó:

—¿Y bien, señoritas?

Silencio. Honelore de Mezary desvió su mirada hacia Hedda, pero esta no se la devolvió. Hedda había clavado su mirada en el retrato de Adolf Hitler que presidía el aula de estudio.

—Yo, señorita De Mezary. Yo me presento voluntaria —dijo de pronto Hedda.

—Lo siento, señorita Weiss, pero usted es una *Helferin*, por lo tanto, no puede...

—Quiero cumplir con mi deber con el Führer y con la patria, señorita De Mezary, deseo hacerlo, para ese momento, dejaré de ser *Helferin* si es necesario, volveré simplemente a ser una chica más del ala blanca. El sacrificio forma parte de nuestro espíritu nacionalsocialista, de nuestra alma como mujeres arias. Esos hombres están entregando todo lo que tienen por nosotras, por nuestro bienestar, por el bienestar de nuestro pueblo. Si esos son sus deseos, considero que nuestra entrega es lo menos que podemos hacer por ellos.

—Le repito, señorita Weiss...

Lene Friedrich se levantó de su pupitre.

—Yo también me presento como voluntaria, señorita De Mezary.

—Y yo —dijo Anna Ritter poniéndose también en pie.

—Yo también me presento voluntaria —ahora la que se incorporó fue Raia Demianenko.

—Y yo —dijo Liesl Werner.

—Y yo —Heide Schumann fue la última chica en incorporarse.

—Gracias, señoritas —Honelore de Mezary parecía emocionada—. Quiero que sepan, que nosotras no somos ni meretrices, ni prostitutas. Nosotras no hacemos esto

por recibir retribuciones materiales ni económicas de ningún tipo. Lo hacemos por fe. Por nuestra fe. Únicamente por nuestra fe. En el futuro, la patria nos recompensará por este sacrificio. Estén seguras de ello, señoritas. La patria siempre nos devuelve aquello que nosotros le entregamos. Siempre. Ahora, pueden abandonar el aula.

Las chicas recogieron sus pertenencias y se dispusieron a salir. Honelore de Mezary miró a Hedda con la más luminosa de sus miradas y sonriéndole, le dijo:

—Gracias, señorita Weiss.

—No las merezco, señorita De Mezary. Solo he cumplido con mi obligación. Yo llegué a la maternidad con ellas, fui una de ellas. No podía dejarlas solas en esto.

---

\* \* \*

---

Una semana más tarde, tras una copiosa cena en el comedor del ala roja, Honelore de Mezary, que ejercía de anfitriona, las seis chicas del ala blanca y los cinco oficiales de alta graduación de las ss entraron entre risas y conversaciones cruzadas en una sala especialmente preparada cerca del área de procreación. Los ojos analíticos de Hedda pasearon sorprendidos por la estancia. Lo primero que le llamó la atención fue que habían decorado esa habitación como si se tratase de la sala de estar de cualquier casa corriente de Alemania: muebles anticuados, pero con estilo, entre ellos una biblioteca con libros cuya lectura era recomendada por el partido; ocho cómodos sillones tapizados con un material de aspecto aterciopelado, pequeñas mesitas de madera de pino, distribuidas entre los sillones; un fuego bajo de piedra, ahora apagado, que le daba a la habitación una sensación de calidez. A un lado del fuego bajo, una radiogramola de grandes dimensiones, más grande que la que tenía la señorita De Mezary en su habitación y disimulada como si se tratase de un mueble más. Toda la estancia estaba iluminada con lámparas de pantalla, unas de pie metálico, otras, prendidas de las paredes, entre cuadros que representaban escenas cotidianas de la campiña y los bosques prusianos o retratos del Führer y del *Reichsführer* Himmler. Hedda observó, que hasta las cortinas blancas que decoraban las ventanas tenían un cierto parecido con las de su casa de Múnich.

Los oficiales, había dos coroneles, un teniente coronel, un general y un general de brigada, se fueron acomodando en los sillones aterciopelados. La señorita De Mezary cruzó la habitación y abrió una pequeña puerta junto al fuego bajo de piedra. Dos mayordomos de las ss hicieron su entrada, arrastrando dos carritos repletos de botellas de licor. La señorita De Mezary empezó a repartir vasos entre los caballeros.

A ojos de Hedda Weiss, Honelore de Mezary estaba espléndida aquella noche. Había cambiado su uniforme negro de *Helferin* por una blusa azul brillante de cuello alto y una falda negra que le llegaba hasta la rodilla y estilizaba aún más su, de por sí, delgada figura. Lucía un juego de pendientes de plata con forma de lágrima, con un

cercos ornamentados con motivos geométricos y en el centro, un cristal decorado con flores pintadas de colores. Había recogido su media melena rubia en un moño y lo había cubierto con una rejilla tachonada de pequeños brillantes, que formaba la imagen de un cielo estrellado. Ellas sin embargo vestían con el tradicional uniforme de la BDM, incluso Hedda, que por primera vez en mucho tiempo, se había quitado su uniforme de *Helferin*. A petición de la señorita De Mezary, todas llevaban las dos trenzas largas representativas de la BDM, excepto Hedda, que llevaba su tradicional trenza *Gretchen* cruzando la cabeza. Por supuesto, ninguna de ellas llevaba pinturas ni cosméticos: «Las pinturas y los cosméticos son para las *coquette* francesas, las maniqués que pasan ropa para esas gordas acaudaladas burguesas y para las prostitutas. El rostro de la mujer aria debe ser limpio y natural. No olvidéis nunca que la naturalidad es la esencia de la mujer aria», les había repetido la *Helferin* instructora en numerosas ocasiones.

Un relámpago iluminó la habitación. Pequeños gritos entre algunas de las chicas, que habían tomado asiento junto a los oficiales de las ss. En la lejanía, el sonido de un trueno. Risas entre los hombres, «deberían escuchar el tronar de las armas, señoritas, entonces sí que gritarían», comentó alguno de ellos. Más risas. Copas chocando contra copas. Hedda caminó hacia una de las ventanas, retiró la cortina que la cubría y miró a través de ella. Una tormenta de principios de verano asolaba esa noche el sereno bosque de Marbach.

La señorita De Mezary había puesto un disco en la radiogramola. *Brillaban las estrellas*.

La puerta de la habitación se abrió. Hedda soltó la cortina y miró en dirección a la puerta. Su corazón dio un vuelco dentro de su pecho.

El comandante Beck y el capitán Elsner habían entrado en la habitación. Dos mayordomos de las ss se acercaron a ellos y recogieron sus gorras y sus abrigos, empapados por la lluvia. El comandante hizo un saludo cortés en todas las direcciones, mientras el capitán miraba a las chicas con sus habituales ojos de sádico.

Hedda caminó hacia la señorita De Mezary, que no dejaba de dar órdenes a los mayordomos de las ss.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Hedda.

—Ah, señorita Weiss, ¿se refiere al comandante Beck?

—Sí, al comandante Beck —respondió mirando a este, que charlaba animadamente con los otros oficiales.

—Se ha empeñado en asistir cuando se ha enterado que usted era una de las chicas que acudirían a nuestra «pequeña fiesta».

—¿Y por qué no se lo ha impedido, señorita De Mezary?

Honore de Mezary arregló el cuello de la camisa parda de Hedda, como una madre preocupada arregla la vestimenta de una hija que tiene una cita con su

prometido. El mundo alrededor de Hedda quedó impregnado por el suave perfume de lilas que siempre acompañaba a la *Helferin* instructora.

—Como le dije en una ocasión, ese interés que el comandante ha puesto en usted favorece a nuestros intereses, señorita Weiss. En algún momento, quién sabe, podríamos necesitarlo a nuestro lado. Usted parece ejercer una importante influencia sobre él, eso es algo que no podemos desaprovechar. Búsquelo, si él no la busca. Y diviértase, señorita Weiss.

Honelore de Mezary esbozó una sonrisa y continuó dando instrucciones a los mayordomos.

Como era de esperar, Erich Beck no tardó en buscar la compañía de Hedda Weiss.

Acudió a su lado, con dos copas de champán en la mano. Hedda estaba apoyada en la repisa del fuego bajo. En la radiogramola sonaba *Alemania, tú, tierra de lealtad*.

—¿Le gusta el champán, señorita Weiss?

—Sí, comandante Beck. Gracias —dijo Hedda cogiendo la copa que le ofrecía.

—Está muy guapa esta noche, señorita Weiss. Sin embargo, no veo que lleve el uniforme de *Helferin* que luce habitualmente.

—Son cosas nuestras, comandante. Esta noche no tocaba el uniforme de *Helferin*.

—¿Y qué uniforme tocaba esta noche, señorita Weiss?

—Comandante, si va a empezar...

—No, tranquila. Esta noche no tengo intención de sermonearla. ¿Le gusta bailar?

—Sí, claro que me gusta. En Múnich, todos los domingos...

Una especie de velo invisible oscureció los ojos de Hedda.

—Se ha acordado de su amiga muerta, ¿verdad?

—Sí. Le iba a decir que Else y yo solíamos ir a los bailes que organizaban las Juventudes Hitlerianas.

Erich Beck dio un largo trago a su copa de champán.

—Supongo que en esos bailes tendría muchos pretendientes.

—Sí, comandante. Tenía muchos pretendientes.

Hedda bebió de su copa. Sintió una pequeña arcada. El champán nunca le había gustado.

El comandante Beck desvió la mirada hacia la radiogramola.

—Venga, acompáñeme, vamos a cambiar de música. Estas canciones patrióticas resultan muy aburridas.

Caminaron hacia la radiogramola. Erich Beck cogió entre sus manos un montón de discos que la señorita De Mezary había dejado en una mesita junto a esta. Pasó uno a uno los discos, hasta que eligió uno. Un disco de *Odeon*. Se lo enseñó a Hedda.

—Este, este estará bien. Es un vals.

Hedda miró el título del disco: *Esto no puede ser el fin del mundo*.

Erich Beck levantó la tapa de la radiogramola y retiró el disco de canciones

patrióticas. En su lugar, puso ese vals que había popularizado Zarah Leander.

—¿Bailamos? —preguntó Erich Beck.

Hedda movió afirmativamente la cabeza.

El comandante Beck cogió delicadamente la mano de Hedda mientras pasaba su otra mano por la cintura de la chica. Hedda apoyó su mano libre en el hombro del apuesto comandante.

*A quién ama esta vez mi desdichado corazón.*

*Está afligido ante este indescriptible dolor...*

Hedda evitó la mirada del comandante. En su lugar, observó como el degenerado capitán Elsner parecía haber capturado a una presa fácil: Raia Demianenko.

*... Lo pienso siempre.*

*Todo se acabó.*

*Estoy tan sola.*

*Dónde hay un hombre que me comprenda.*

*Así, a veces, he suplicado llena de nostalgia.*

*Sí, pero entonces lo siento muy dentro y lo reconozco...*

—Se mueve usted muy bien, señorita Weiss, debió tener muy buenos maestros en esos bailes de las Juventudes Hitlerianas.

—El vals siempre me ha gustado, comandante. Pero este no, este vals no me gusta. Es una historia triste, la historia de una mujer torturada. Es un vals macabro.

*... Esto no puede ser el fin del mundo.*

*Incluso a veces se ve gris.*

*Alguna vez se vuelve de nuevo colorido.*

*Alguna vez se vuelve de nuevo azul celeste.*

*A veces va arriba y otras va abajo.*

*Incluso cuando nosotros encanecemos...*

—¿Y quién no está torturado, señorita Weiss? ¿Quién de nosotros no está torturado?

*... Esto no puede ser el fin del mundo.*

*Pues todavía es necesario.*

*Esto no puede ser el fin del mundo.*



*Pues todavía es necesario...*

Cuando la irresistible voz de Zarah Leander acometió el estribillo, todos los oficiales y todas las chicas del ala blanca estaban bailando y coreando la canción. Junto al fuego bajo, Honelore de Mezary bebió de su copa de champán. Contemplaba la escena que se desarrollaba a su alrededor con un gesto de satisfacción instalado en su rostro.

---

\* \* \*

---

Habían dispuesto para el encuentro con los oficiales las habitaciones del área de procreación. Hedda y el comandante Beck entraron en una de ellas. Lo primero que hizo Hedda fue comprobar que la fotografía del Führer estuviera enfrente de la cama. Por su lado, Erich Beck recorrió la habitación mirándola detenidamente, como si nunca hubiera estado en una de esas habitaciones.

—Así que aquí es donde...

—Sí, esta es el área de procreación, comandante. ¿No había estado nunca aquí?

—No, eso no forma parte de mis responsabilidades. Mi trabajo consiste en velar por la seguridad de todo el complejo, pero no tengo nada que ver con lo que sucede en el interior de la maternidad, afortunadamente. De eso se ocupan el teniente coronel Oertl y la señorita De Mezary.

Hacía mucho calor en la habitación. Hedda caminó hacia la ventana y la abrió, mientras Erich Beck seguía cogiendo en sus manos y observando todos los objetos de la estancia. Había dejado de llover, una brisa fresca, el olor de la naturaleza mojada y los ruidos nocturnos cotidianos del bosque de Marbach penetraron a través de la ventana.

Hedda se deshizo el pañuelo y lo arrojó sobre la cama. Empezó a desabrochar los botones de su blusa parda.

—¿Qué hace, señorita Weiss?

—Desnudarme, comandante. ¿A qué hemos venido aquí?

Erich Beck caminó hacia la ventana. Lentamente, se desabrochó la guerrera y la colgó en una solitaria silla de madera que había junto a la ventana.

—Comandante, puede dejar su ropa...

—Yo no he venido aquí a acostarme con usted, señorita Weiss.

—¿Ah, no? ¿Entonces a qué ha venido?

—A evitar que usted se acostara con esos hombres de ahí fuera.

Un gesto de rabia en el rostro de Hedda.

—Comandante, ¿quién se ha creído usted que es? ¿Quién es usted para venir aquí...?

—Usted vale más que todo eso, señorita Weiss. Las están tratando como a vulgares prostitutas.

—¿Pero qué está usted diciendo? —Hedda se sentó en la cama—. Nosotras no somos ni meretrices, ni prostitutas, nosotras hacemos esto por...

—El Führer y la patria. Ya conozco esas excusas, señorita Weiss. Las conozco muy bien.

Hedda clavó la mirada en el suelo. Tenía que pensar, tenía que pensar rápido. Consideraba las palabras de ese hombre como una afrenta.

El comandante Beck se había asomado a la ventana. Su mirada se había perdido, una vez más, en la inmensidad de bosque que rodeaba la maternidad.

—Comandante Beck, me ha ofendido usted esta noche gravemente. Usted no puede comportarse como si fuera mi padre. Tengo veintiún años, soy una mujer libre que decide...

—¿Libre? ¿Ese es su concepto de la libertad, señorita Weiss? Usted no es libre, ninguno de nosotros somos libres. Estamos atrapados, señorita Weiss, atrapados en el interior de un torbellino macabro que gira alrededor de nosotros. Un torbellino tan macabro como ese vals que hemos bailado ahí fuera.

Quiso responder, pero algo la detuvo. La curiosidad, su eterno problema. Se recostó en la cama. Sintió un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo. Una sensación cercana al placer. En la cabeza de Hedda, un destello. Ese podía ser el momento adecuado, el lugar oportuno para saber algo, algo que llevaba casi dos años esperando conocer. Esa noche podía ser la noche en que conociera la historia secreta de Erich Beck. Su mente trabajaba a mucha velocidad, tenía que ser diligente. Tenía que manejar la conversación con tacto e inteligencia.

—¿Qué busca usted cuando pierde su mirada en el bosque, comandante Beck? ¿Está buscando a Dios?

—Dios, ¿dónde está Dios, señorita? ¿Usted lo sabe? Ese es gran parte de nuestro problema, el gran problema de nuestro tiempo. Que estamos viviendo en un mundo sin Dios.

Esa noche la voz del comandante sonaba más amarga y triste que nunca.

—Pero busca eso, ¿verdad? Busca a Dios. Busca y busca, pero no lo encuentra. Yo creo saber por qué no lo encuentra. Porque este no es el tiempo de Dios, comandante. Este es el tiempo del Führer. El dios que busca está ahí, en ese cuadro, junto a usted. Y sin embargo usted sigue buscando sombras, sombras en el bosque.

Erich Beck se dio la vuelta. La miró fijamente.

—Ese Führer al que usted idolatra no es un dios, señorita Weiss. Es un hombre, solamente un hombre. Un hombre corriente, como todos nosotros. Yo lo sé muy bien, se lo aseguro.

—Porque usted fue guardaespaldas personal del Führer, ¿verdad, comandante?

Miembro de su escolta personal. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. ¿Quién se lo ha contado, la señorita De Mezary?

—Sí. También me contó que usted fue la mano derecha del general Josef Dietrich. ¿Es verdad?

—Sí, esa bruja parece estar muy bien informada.

Hedda desvió su mirada hacia la fotografía de Adolf Hitler. La luz de la luna que entraba por la ventana incidía directamente en el rostro del líder nazi, creando en la fotografía un efecto prodigioso, casi mágico.

—Yo lo vi en persona una vez, en Múnich. Le entregué un ramo de rosas rojas — Hedda se llevó la mano a la mejilla—. Él acarició mi mejilla. Ese día me prometí que no pertenecería nunca a otro hombre. Por eso vine aquí, por eso tuve a mi niña. Era mi tributo, mi ofrenda. Mitzi es el resultado de esa ofrenda y, sabe, estoy orgullosa, muy orgullosa. ¿Por qué no me habla de él? Usted lo ha conocido, seguro que puede contarme mil anécdotas que ha vivido junto a él. ¿Cómo es el Führer, comandante?

Erich Beck se sentó en la silla de madera que había junto a la ventana. Estaba sudando. Pasó una de sus manos por su pelo mojado.

—No me apetece hablarle del Führer, señorita Weiss. Además, no creo que lo que contara le gustara mucho.

—Pues entonces, ¿por qué no me habla de usted?

—De mí, ¿qué podría contarle de mí?

—Podría contarme por qué habiendo sido miembro de la seguridad personal del Führer y mano derecha del general Josef Dietrich en el *Leibstandarte Adolf Hitler* ha acabado aquí, en una maternidad perdida de Prusia Oriental, cuidando de chicas embarazadas y de niños, y buscando a Dios en la inmensidad de un bosque olvidado.

—Es una larga historia, señorita. No creo que le interesara mucho.

—Tenemos toda la noche. Todo empezó en Francia, ¿verdad? ¿Qué pasó en Francia, comandante?

Erich Beck suspiró. Sacó una pitillera y su encendedor dorado, y cogió un cenicero que había sobre uno de los muebles. Se encendió uno de sus cigarrillos turcos y dio una fuerte calada, mientras la miraba fijamente. El humo ascendió, saliendo por la ventana de la habitación, adquiriendo un enigmático color azulado al ser iluminado por la luz de la luna.

—¿Por qué tiene tanto interés en que le cuente lo que pasó en Francia, señorita Weiss?

—¿Y usted por qué tiene tanto interés en contármelo, comandante Beck?

---

\* \* \*

---

«Fue un día a finales de mayo de 1940. Habíamos participado en una batalla feroz contra las tropas británicas

y francesas en las proximidades de una ciudad llamada Arrás. En el *Leibstandarte* estábamos cosechando victoria tras victoria, desde que entramos en combate durante la invasión de Holanda. Se podía decir que nuestro avance por Francia había sido un paseo, hasta que llegamos a aquella ciudad. Los británicos y los franceses retrocedían día a día hacia el paso de Calais, pero el general francés Weygand tomó la determinación de lanzar un desesperado contraataque, que la verdad, nos cogió desprevenidos. Perdimos muchos hombres, pero al final, conseguimos hacer retroceder a los franceses y a los británicos. Recuerdo que a partir de aquel día, nos las prometíamos muy felices.

Yo entonces dirigía un regimiento acorazado, perteneciente a la 1.<sup>a</sup> División del SS *Leibstandarte*, bajo el mando del general Dietrich. Luchábamos mano a mano con elementos de infantería de la 3.<sup>a</sup> División SS *Totenkopf*, la División de la Calavera. Al día siguiente de la toma de Arrás, mantuvimos una reunión militar informativa de alto nivel donde se nos encomendó nuestra nueva misión: avanzar en dirección a Boulogne-sur-Mer, con la intención de crear una pinza para que los franceses y el cuerpo expedicionario británico quedasen encerrados en torno al paso de Calais. Al mediodía de aquel 21 de mayo, nos pusimos en camino.

Durante toda la jornada no tuvimos ningún incidente relevante. Eso sí, pudimos ver un gran número de tanques «matilde» británicos, así los llamábamos, destruidos y abandonados a los dos lados de la carretera. Eso quería decir que nuestros chicos de la *Luftwaffe* habían hecho su trabajo, allanándonos el camino.

Al anoecer de aquel día, divisamos un pequeño pueblo, una aldea, solo un poco más grande que una parroquia. Recuerdo su nombre, lo recordaré toda mi vida, hasta el día de mi muerte. Aquel pueblo se llamaba Aubry-en-Artois. Una vez le dije, señorita Weiss, que en la vida, la verdad suele esperarnos en algún sitio, agazapada, esperando saltar sobre nosotros y desnudar ante nosotros aquello que somos, aquello a lo que pertenecemos. La auténtica naturaleza de nuestra existencia. Nunca podré olvidar ese nombre porque allí, en Aubry-en-Artois, la verdad me estaba esperando.

Entramos en el pueblo con total normalidad. Era un pueblo tranquilo, señorita Weiss, un pueblo de gentes trabajadoras, campesinos, personas humildes que trabajaban la tierra. Gentes que llevarían años viviendo sus sencillas vidas, sin meterse con nadie, sin molestar a nadie. Hasta esa noche, hasta que llegamos nosotros, con nuestros tanques y nuestros cañones *Flak*. Hasta que llegamos nosotros con nuestra guerra».

El comandante Beck encendió otro de sus cigarrillos turcos. Exhaló el humo y, con voz tranquila, prosiguió su relato.

«Ocupamos el pueblo sin ningún tipo de oposición. Conforme entrábamos en él, las luces de las casas se apagaban. Las pocas calles del pueblo estaban desiertas, solo de vez en cuando, en la soledad de la noche, se escuchaba el ladrido de algún perro solitario. En una pequeña plaza, se levantaba el ayuntamiento y la iglesia. Posicionamos cinco tanques Panzer III y otros cinco Panzer IV en torno a la plaza y diseminamos el resto por el pueblo. Instalamos a su vez un cañón *Flak*, por si acaso. No pensábamos que íbamos a tener ningún problema, habíamos entrado en muchos pueblos fantasma como ese y nunca había pasado nada. Ordené a los hombres del regimiento de la calavera a que inspeccionaran las casas, una por una. Les advertí que no molestaran a los lugareños, no nos interesaba ningún tipo de conflicto con ellos. Al día siguiente, dejaríamos una avanzadilla de ocupación, y el grueso del regimiento continuaríamos camino. Nuestro objetivo era llegar a Boulognesur-Mer antes de dos días y encontrarnos allí con las fuerzas de la 2.<sup>a</sup> División Panzer de la Wehrmacht y el resto de nuestra 1.<sup>a</sup> División.

Mientras nuestros hombres inspeccionaban las casas, nosotros ocupamos el ayuntamiento con la intención de montar allí un cuerpo de guardia. El ayuntamiento estaba abandonado, sus antiguos ocupantes se habían dado prisa en desalojarlo antes de que nosotros llegáramos: habían destruido documentos, partidas de nacimiento, filiaciones políticas, etc. Mientras nosotros intentábamos adecentar el lugar, dos de nuestros hombres retiraron la bandera tricolor francesa del mástil que había en el balcón y colgaron la bandera del Reich. De dos de las ventanas del edificio, que daban a la plaza, descolgaron dos pendones de las SS. Era importante que los habitantes de aquel pueblo supieran quién estaba al mando de la situación.

Cuando terminaron los registros, un teniente, creo recordar que se llamaba Brandt, pidió permiso para hablar conmigo. Entró en lo que debía de ser el despacho del alcalde, que yo había convertido en mi improvisada oficina. Me informó que no había hombres en las casas, solo mujeres y niños. Aunque le parezca sorprendente, no le dimos importancia a ese asunto, era algo habitual, algo a lo que ya nos habíamos enfrentado antes: en muchos lugares como ese, los hombres solían alistarse al ejército francés, cuando este pasaba por allí en su retirada. Le comuniqué que formara guardias permanentes en la plaza y en aquellos lugares que considerara estratégicos y otras patrullas móviles que fueran dando vueltas por el pueblo. Le dije que al resto de los hombres, los mandara a

descansar. Yo mismo me tumbé en un destartalado sillón que había en esa habitación en el intento de dormir un rato. Estábamos muy cansados, la batalla por la toma de Arrás nos había hecho estar despiertos veinticuatro horas sobre veinticuatro. El cansancio hacía mella en mis hombres, señorita Weiss».

Otra parada en su relato. Hedda escuchaba al hombre en total silencio, tumbada en la cama de la habitación, concentrada en cada una de sus palabras. Erich Beck desvió la mirada hacia la ventana.

—¿Tiene frío, señorita Weiss?

—No, comandante. Continúe, por favor.

Erich Beck retomó su historia.

«El ataque llegó de un pequeño bosquecillo que había casi enfrente del ayuntamiento donde nos encontrábamos descansando. Se inició con un lanzamiento de granadas contra los tanques Panzer que habíamos estacionado en la plaza. Grandes llamaradas anaranjadas iluminaron la noche de Aubry-en-Artois. Cuando, pistola en mano, llegué al balcón del ayuntamiento, pude ver que tres Panzer IV y dos Panzer III estaban en llamas. También habían alcanzado a dos camiones y a un vehículo semioruga. Muchas de las granadas lanzadas habían impactado sobre el pavimento, pero la metralla había alcanzado a mis hombres de la guardia. Muchos estaban heridos, sus gritos y sus lamentos se escuchaban en la soledad de la noche. No nos dio tiempo ni de recoger a nuestros heridos, el edificio del ayuntamiento fue atacado por todos los flancos, con fuego de armas ligeras. Esto nos certificó que ese ataque no provenía de ninguna unidad rezagada del ejército francés, o de los británicos, que hubiera permanecido oculta en el bosquecillo. Más bien, estábamos seguros de que nos encontrábamos ante una acción de guerrillas. El teniente Brandt, que estaba al frente de los hombres de la calavera, nos lo confirmó.

—¡Los hombres del pueblo! ¡Son los hombres del pueblo!

Brandt no paraba de repetir eso, cuando consiguió llegar hasta nuestro improvisado puesto de guardia. El ataque le había sorprendido en la plaza, cuando llegó, estaba cubierto de sangre. Inmediatamente, y a pesar de la lluvia de fuego que nos caía encima, conseguimos trazar un plan. En esa situación en la que nos encontrábamos, la artillería pesada o los cañones *Flak* no nos servían para nada. Utilizaríamos a la infantería, rodearíamos el pequeño bosquecillo formando una pinza y caeríamos sobre ellos. Allí, refugiados debajo de una mesa, trazamos el plan de contraataque. Ordené al teniente Brandt que distribuyera a los hombres de nuestra infantería en comandos de veinte o treinta, para que rodearan el bosquecillo y pusieran fin a ese ataque guerrillero.

La acción del teniente Brandt fue brillante. El despliegue de nuestros hombres fue rápido y efectivo. Utilizamos lanzallamas para incendiar el bosquecillo por los cuatro costados y hacer salir a los guerrilleros. Paulatinamente, el tiroteo fue bajando de intensidad sobre el edificio donde nos encontrábamos. Los guerrilleros fueron abandonando el bosquecillo y entregándose a nuestros hombres. Muchos de ellos cayeron, pero conseguimos capturar a una treintena.

El balance para nosotros no había sido bueno. Habíamos perdido cinco blindados, cinco camiones y, lo peor de todo, diez de nuestros hombres habían caído en el ataque y otros veinte estaban heridos, por lo que tendríamos que evacuarlos. Inmediatamente ordené al sargento Wagner, que estaba al frente del equipo de radiotransmisión, que me pusiera en contacto con mis superiores en Arrás. Conseguí hablar con el teniente coronel Von Blaustein, que estaba al mando de las operaciones de la 1.<sup>a</sup> División del *Leibstandarte* en el cuartel general. Le expliqué minuciosamente los hechos y esperé sus órdenes. Von Blaustein se mostró consternado por lo sucedido, me ordenó que pusiera bajo arresto a los treinta guerrilleros y que sacáramos a las mujeres y a los niños de sus casas y los concentráramos en la iglesia. Von Blaustein me comunicó que salía de inmediato hacia Aubry-en-Artois.

Mis hombres trasladaron a los treinta guerrilleros al interior del ayuntamiento. Todos ellos vestían con ropas de campesinos, estaban muy sucios, con aspecto de cansados. Algunos de ellos estaban heridos. Les ofrecimos cantimploras de agua, pero nos las despreciaron. Solo nos dedicaban insultos en su lengua y nos escupían. Mientras tanto, los hombres de la calavera encerraron a las mujeres y a los niños en la iglesia. Los niños lloraban y las mujeres gritaban llamando a sus hombres».

El comandante Beck se levantó de la silla. Se asomó a la ventana. Hedda sabía que ahora venía la peor parte de la historia. El comandante quería contar esa parte

con la mirada clavada en el bosque de Marbach.

«Von Blaustein llegó al pueblo a primera hora de la mañana, acompañado por otros oficiales del cuartel general de Arrás. Examinó detenidamente los daños causados por el ataque y escuchó pacientemente mis explicaciones. Recuerdo que su rostro cambió de color, pasó del blanco marmóreo al morado, para terminar en un color rojo fuego. Entonces, me pidió ver a los prisioneros.

Fue en ese momento cuando se desencadenó la tormenta. Von Blaustein me ordenó que formara cinco grupos de cinco hombres. Quería que los treinta guerrilleros fueran fusilados. En el interior del ayuntamiento se hizo un tenso silencio. Yo le recordé que eso contravenía las normas de la guerra, que violaba los tratados internacionales. Von Blaustein rio, rio como lo hace un demente.

—¿Qué normas internacionales, comandante Beck? ¿De qué está usted hablando? ¡Aquí las normas las dicto yo, comandante! ¡Solo yo! ¡Terror! ¡Esas son las únicas normas que deben imponerse! ¡Si no lo hacemos, ataques como este volverán a producirse! ¡Y eso no puede ser, lo que sucedió aquí anoche, no puede volver a suceder! ¡Nunca! ¡Nunca más!

Hice lo que me pidió. Formé cinco grupos entre los hombres del regimiento de la calavera. Ellos estaban mejor preparados que mis hombres para un asunto como ese».

—Pero esas cosas son habituales en la guerra, ¿no, comandante?

Sin apartar la vista del bosque, el comandante contestó:

—No, señorita Weiss. No son cosas habituales. Eso no debe pasar en una guerra. La guerra es cruel, salvaje, monstruosa. Pero tiene reglas, señorita. Al menos, muchos lo creemos así. Hoy en día nos llaman anticuados, *Junkers*, de manera despectiva. «Cerdos de sangre azul». Pero aunque solo sea por respeto a nuestros antepasados, algunos de nosotros todavía creemos en esos códigos de honor entre combatientes. Al menos yo creo en ellos, así me lo enseñó mi padre, un héroe nacional de los ejércitos del Káiser. Es verdad que aquellos hombres no vestían uniforme alguno, podían considerarse terroristas, pero en el fondo solo estaban defendiendo la libertad de su nación. Merecían un respeto, habían arriesgado su vida por aquello en lo que creían, por defender su pequeño pueblo, a sus mujeres, a sus hijos... Nosotros no pensábamos hacerles ningún daño, pero ellos eso no lo sabían. Solo sabían que el ejército alemán y las ss habían ocupado aquel pueblo en el que habían vivido toda su vida. Y sus padres, y los padres de sus padres. Además, eso no fue lo peor que sucedió aquel día, señorita Weiss. Ni mucho menos fue lo peor.

—Continúe, comandante.

«En las afueras del pueblo, junto al cementerio, había una tapia de piedra. El teniente coronel Von Blaustein pidió que claváramos cinco maderos, para realizar allí los fusilamientos. Quería que fueran fusilados de cinco en cinco. Mientras trabajamos en la colocación de los maderos, trajeron a los treinta hombres. Les vendamos los ojos y los amordazamos, no paraban de insultarnos y escupirnos. En un momento dado, intentaron entonar La Marsellesa. Mis soldados silenciaron sus cantos, cantando la canción de Horst Wessel. Era una situación muy dramática, señorita Weiss.

El teniente coronel me pidió que dirigiera yo los fusilamientos. Los hombres del regimiento de la calavera prepararon las mauser, poniendo el cuchillo en la boca de los fusiles, a modo de bayoneta. Yo saqué mi sable. No era la primera vez que lo hacía, ya había tenido que dirigir algunos fusilamientos durante la purga de Röhm. Entonces solo era capitán. Pero esta vez era distinto, no sé por qué, pero era distinto.

Cuando ya estábamos preparados, el teniente coronel Von Blaustein dijo que paráramos. Llamó al teniente Brandt, y le dijo:

—Vayan a buscar a las mujeres y a los niños. Tráigalos hasta aquí.

El teniente Brandt marchó en dirección a la iglesia. Yo no daba crédito a lo que estaba viendo. Me acerqué al teniente coronel, y le dije:

—Mi teniente coronel, ¿no pensará hacer ver a esas mujeres y a esos niños los fusilamientos de estos hombres, verdad?

Von Blaustein sonrió. Sabe, no sé cómo será la sonrisa del diablo, pero le aseguro, que no puede ser más escalofriante que la de ese hombre. Von Blaustein me dijo:

—No, comandante, mejor. Se me ha ocurrido algo mejor.

Aguardamos unos diez minutos. Entonces, empezaron a llegar hasta nosotros los gritos de las mujeres, los lloros de los niños. Venían desde la iglesia en una especie de triste procesión, custodiados por mis hombres. Al llegar junto a nosotros, ordenó que separaran a las mujeres de los niños. Se vivieron momentos dramáticos, porque las mujeres no querían separarse de los niños, y mis hombres tuvieron que emplearse a fondo con ellas. Los treinta guerrilleros, que no podían ver ni escuchar lo que estaba sucediendo, volvieron a cantar La Marsellesa.

Cuando por fin consiguieron separarlos, el teniente coronel ordenó que cinco de las mujeres fueran colocadas en los maderos. Yo no podía soportar más esa situación, así que me acerqué a Von Blaustein y le pregunté:

—¿Qué quiere hacer, mi teniente coronel?

—Vamos a fusilarlos a todos. Primero a las mujeres, luego, a los niños. Quiero que estos hombres vean cómo sus mujeres y sus hijos mueren. Después, los fusilaremos a ellos. A todos.

—No puede hacer eso, mi teniente coronel. Es un crimen, esas mujeres y esos niños no han...

—¡Cállese! —me gritó—. Cállese y cumpla las órdenes de la cadena de mando.

Todos nos miramos. Las mujeres continuaban gritando, los niños lloraban. Había una niña pequeña, de unos tres años, que sujetaba una muñeca de trapo entre sus brazos. Había perdido uno de sus zapatos por el camino. La pobre no paraba de llorar. Nunca podré olvidar esa imagen. Usted me ha preguntado, que si busco a Dios cuando contemplo el bosque. Dios. ¿Dónde está Dios, señorita Weiss? ¿Dónde estaba Dios en aquel momento? Aubry-en-Artoise. ¿Por qué Dios había abandonado a esas pobres gentes a su suerte? ¿Cómo podía Dios permitir una cosa así? ¿Cómo?

—¿Por qué hace esto, mi teniente coronel? —le pregunté a Von Blaustein.

Me miró con los ojos de cien lobos rabiosos. Sus ojos no parecían humanos, señorita. No, esos ojos no podían ser humanos. Eran los ojos de aquel que permanece encadenado en el Averno.

—¡Terror! ¡Terror, comandante! ¡Hemos de instaurar el terror! Cuando terminemos con ellos, nos encargaremos de propagarlo de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad. ¡Lo que pasó anoche, no sucederá más! ¡Nunca más! ¡Estos campesinos analfabetos no volverán a desafiarnos! ¡Diez de nuestros hombres han perdido la vida! ¡Diez! ¿Y usted se preocupa por este atajo de indeseables? ¡Vamos a acabar con ellos, y usted dirigirá estos fusilamientos! ¡Somos las SS, caballero! ¡La élite de nuestro glorioso Reich! ¡A nosotros nadie nos desafía! ¿Ha entendido? ¡Nadie!

Sabía lo que me jugaba, pero tenía que hacerlo. Volví a mirar a esa niña pequeña, que buscaba protección en su humilde muñeca de trapo. Ante el estupor de todos, lancé mi sable a los pies del teniente coronel. El sable se clavó en la tierra. Le dije:

—No, yo no lo haré. Yo no cometeré este crimen. Hágalo usted, teniente coronel Von Blaustein. Dirija usted estos fusilamientos. Que la responsabilidad de este crimen inhumano, recaiga sobre su conciencia.

—¿Pero qué está haciendo usted?

—Lo que me dicta mi conciencia. Yo no fui preparado para esto. Yo fui preparado para dirigir un regimiento de blindados, no para cometer un crimen contra la población civil inocente e indefensa.

—¡Detengan a este hombre! ¡Deténganlo! ¡Es una orden!

Nadie se movió. Ninguno de mis hombres hizo el mínimo movimiento. Tampoco los hombres de la calavera. Ni los oficiales que acompañaban al teniente coronel. Solo se escuchaba el susurro del viento, los gritos de las mujeres. Los llantos de los niños.

Von Blaustein montó en cólera. Sus ojos parecían salirse de sus órbitas.

—¡He dicho que detengan a este hombre! ¡Lo que ha hecho es un delito de sedición! ¡Si no lo detienen, ordenaré que todos ustedes sean fusilados! ¡Todos!

Asustados, dos hombres del regimiento de la calavera avanzaron hacia mí. Me encañonaron con sus fusiles temblorosos. Yo levanté una de mis manos, con la otra, desabroché la *halter* y les entregué mi Walther reglamentaria. Entonces pude levantar mis dos manos. Von Blaustein se giró hacia uno de los oficiales y dijo:

—¡Reinhard, trasládalo al cuartel general! ¡Ya! Cuando acabemos con esto, quiero que me pongan con el

general Dietrich. ¡Es una orden!

El oficial llamado Reinhard se acercó a mí. Me miró con ojos de respeto.

—Acompáñeme, comandante.

Caminamos hacia uno de los camiones aparcados. Los dos soldados del regimiento de la calavera lo hacían detrás de mí, apuntándome con sus fusiles. Cuando subí al camión, pude ver cómo ataban a los maderos a cinco mujeres. Volví a mirar a aquella niña con la muñeca de trapo en sus manos, que miraba a todos los lados con sus inocentes ojos suplicantes. El teniente coronel Von Blaustein ordenó al teniente Brandt que dirigiera los fusilamientos. Lo último que pude ver, fue al teniente desclavando mi sable del suelo».

—¿Y los fusilaron? ¿A todos? —preguntó Hedda.

Silencio. Erich Beck no contestó.

—¿Fusilaron a las mujeres? ¿Y a los niños? ¿Y a esa niña que llevaba la muñeca de trapo?

Silencio. Erich Beck no contestó.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver todo eso con el Führer? ¿Qué tiene que ver eso con Alemania, ni con nuestro glorioso ejército? Eso fue solo la acción de un loco, usted lo ha dicho, un hombre con ojos de demente. Nuestro Führer nunca toleraría un acto así, cometido por nuestro noble ejército. Nunca, nunca lo toleraría.

Erich Beck alzó la vista hacia la luna. Ahora era su rostro torturado el que había adquirido ese tinte prodigioso, casi mágico, que anteriormente tuviera la fotografía de Adolf Hitler.

—¿Está usted segura de eso, señorita Weiss?

Hedda no contestó. Clavó su mirada en el rostro del Führer.

«Me trasladaron al cuartel general, en Arrás. Pasé cinco días en uno de los calabozos de lo que antes había sido la prefectura de la policía francesa. A los cinco días, me llevaron ante la presencia del general Dietrich. El general Dietrich había sido como un padre para mí. Y como si yo fuera su hijo, me trató aquella mañana.

—Erich, Erich, Erich. ¿Qué voy a hacer contigo?

El general me informó que el teniente coronel Von Blaustein había solicitado que fuera sometido a un consejo de guerra por sedición. El fiscal militar pediría para mí, la pena de muerte. Pero, alguien había intercedido por mí. El Führer, el Führer en persona había denegado la petición, y había puesto mi futuro en las manos del general Dietrich...».

—¡Lo ve! ¡El Führer, el Führer comprendió lo que usted hizo! ¡El Führer nunca permitiría que...!

Erich Beck sonrió. Se volvió a sentar en la silla y encendió otro de sus cigarrillos. Hedda había callado al ver el rostro del comandante. Solo por la expresión de su rostro, sabía que había algo más, algo que invalidaba aquello que ella estaba diciendo. Pero tenía que saberlo, tenía que acabar conociendo todos los detalles de esa historia.

—¿Por qué intercedió por usted el Führer?

—Señorita Weiss, eso no puedo contárselo. Créame, podría ponerla en peligro. Todavía es usted muy joven, pero algún día comprenderá, que no todas las cosas se pueden decir, que no es bueno tener siempre todas las respuestas, para todas nuestras



preguntas. Muchas veces, la ignorancia es un valor. Un valor de vida. Créame, jovencita.

—Por lo menos cuénteme cómo terminó usted aquí, en Marbach Heim.

«No sería juzgado por sedición, pero sería condenado a algo así como un destierro, enviado a la última frontera del Reich, y en aquel momento, esto era la última frontera del Reich, Prusia Oriental. Fue el general Dietrich el que me habló por primera vez de estos lugares.

—¿Ha oído hablar usted del programa *Lebensborn*, comandante?

Sabía algo, pero muy poco, habladurías de cuartel, más que otra cosa. Él me puso al corriente de todo. Unos días más tarde me mandaron a Berlín. Desde allí volé a Königsberg, y desde Königsberg aquí, a la maternidad de Marbach Heim. Llegué en junio de 1940. Como usted ha dicho, a cuidar mujeres embarazadas y niños en espera de adopción. Pasé de dirigir un regimiento de blindados en el frente francés, a convertirme en algo parecido a una niñera. Eso, para un hombre como yo, ya es suficiente castigo, se lo aseguro. Quizás habría sido mejor que me hubieran fusilado».

Erich Beck apagó el cigarrillo en el cenicero, y se escurrió en la silla de madera. Hedda permaneció mirándolo, sin apartar ni un momento la vista de él. No volvieron a hablar. No había nada más que decir. Ya conocía la historia de Erich Beck, aunque le faltaba un detalle. El detalle más importante de toda la historia. Pero, como Erich Beck había dicho, a lo mejor no saber todas aquellas cosas que queremos saber, puede ser lo mejor. Hedda descubrió esa noche que, en ocasiones, el conocimiento de la verdad puede ser algo peligroso. Muy peligroso.

Vio cómo el comandante Beck echaba la cabeza para atrás y cerraba los ojos. Ella también, ella también cerró los ojos.

---

\* \* \*

---

Amaneció sobre Marbach Heim, un bonito día de principios de verano. Erich Beck se despertó, se levantó de la silla y, silenciosamente, se puso su guerrera. Durante unos instantes, observó el cuerpo de Hedda que dormía en la cama. Antes de marcharse, se acercó a la cama y sigilosamente besó la frente de la chica. Se sobrecogió al comprobar el suave tacto de su piel. Volvió a mirarla por última vez, echó un rápido vistazo al resto de la habitación y caminó hacia la puerta.

Hedda abrió los ojos. Hacía un rato que estaba despierta, desde que las primeras luces de la aurora habían entrado por la ventana. Sin embargo fingió dormir, cuando se percató que el comandante se despertaba. Antes de que Erich Beck llegara a la puerta, y sin cambiar de posición, Hedda dijo:

—Comandante Beck, quiero hacerle una pregunta. ¿Usted está enamorado de mí, verdad?

—Sí, señorita Weiss. En la misma proporción en que usted está enamorada de mí.

—Yo no estoy enamorada de usted, comandante. Como le dije anoche, yo solo estoy enamorada de un hombre. El mismo hombre al que usted le debe la vida.

Anoche hizo mal viniendo aquí, comandante. Como usted mismo dijo, lo que sucede dentro de la maternidad no le compete. En el futuro, me gustaría que no volviera a aparecer por aquí cuando celebremos reuniones como la de anoche.

—Si ese es su deseo, así lo haré, señorita Weiss. Le pido disculpas, una vez más, por haberla molestado. No volverá a suceder.

Erich Beck se marchó. Hedda se dio la vuelta en la cama. Permaneció así unos segundos, con la mirada clavada en el techo de la habitación.

Se incorporó. Puso los pies en el suelo, se agachó y cogió uno de sus zapatos.

—¡Mierda!

Con furia, arrojó el zapato contra la silla en la que había pasado la noche Erich Beck. Después, se llevó las manos a su rostro.

---

\* \* \*

---

Durante aquel largo y caluroso verano de 1943, la monótona tranquilidad de la vida de Marbach Heim siguió su curso. Al final del verano, Helene y Erna dieron a luz a dos preciosos bebés, Alfred y Gunter. Por su parte, Raia, Ilse y Heide quedaron embarazadas. Las chicas del ala blanca siguieron acudiendo, esporádicamente, a esos encuentros nocturnos con oficiales de las ss en el ala roja de la maternidad, cuidando de sus niños y formándose en los valores de la mujer aria. Las chicas vivían ajenas a que, más allá del bosque de Marbach, el mundo, su mundo, empezaba a desmoronarse.

## XIV

### GERMANIZACIÓN

*Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, otoño de 1943*

Ahora era ella la que permanecía mucho tiempo con la mirada perdida en el bosque de Marbach. Así le sucedió aquella tarde del otoño de 1943, cuando regresaba con Mitzi de visitar la tumba de Else Kruger. Desde ese último verano, Hedda y Mitzi se adentraban todos los días en lo más profundo del bosque para visitar a Else. A Mitzi parecía gustarle hacer ese recorrido y Hedda lo necesitaba. No sabía muy bien por qué, pero durante unas horas sentía la necesidad de abandonar la maternidad. Hedda sabía que el camino era peligroso para recorrerlo con la niña, más de una vez, había escuchado gruñidos y el batir de ramas provenientes del interior del bosque. En una ocasión, la señorita De Mezary le recordó, que la patrulla del comandante Beck había abatido recientemente a un oso. Pero ahora, la llegada del invierno era inminente y antes de que el hielo y la nieve convirtieran en intransitables los caminos del bosque y la vida quedara restringida al interior de la maternidad, Hedda quería aprovechar los últimos días de ese templado otoño para poder disfrutar con Mitzi de esos paseos que tanto les gustaban.

Por más vueltas que le daba, no entendía por qué ahora se abstraía continuamente contemplando el bosque. Ella no era como Else Kruger, que escuchaba misteriosas voces que la llamaban, ni como el comandante Beck, que buscaba a un Dios que dejó de existir para él un día de mayo de 1940 en un lugar llamado Aubry-en-Artoise. Ella no escuchaba ninguna voz proveniente del bosque, ni buscaba reencontrar la fe perdida en Dios. Su dios se encontraba en cada pasillo, en cada habitación, en cada aula de la maternidad, ya fuera en fotografía, retrato o escultura. Sin embargo, ese bosque parecía ejercer un extraño embrujo sobre ella. No se cansaba de mirarlo, bien fuera desde las ventanas de la maternidad, desde la gran explanada o desde cualquiera de los senderos que lo cruzaban. Esa obsesión con el bosque empezó poco después de aquella noche en la que el comandante Beck le contó su historia. Pensar en eso le enfurecía, porque últimamente había empezado a desarrollar una teoría. ¿Y si esa obsesión con el bosque tenía algo que ver con el comandante Beck? ¿Y si el bosque le recordaba al comandante? ¿Y si en su mente, el bosque y el comandante fueran una misma cosa? «Ya está bien Hedda, deja pensar en esas cosas. Olvida ya a ese condenado comandante, olvídale de una vez».

—Hedda, tengo frío.

La manita de Mitzi estiró su falda negra de *Helferin*, sacándola de esa especie de estado de trance en el que solía caer. La niña tenía razón, se había vuelto frío y aún estaban a mitad de camino. Tenían que regresar cuanto antes a la maternidad.

—Sí, Mitzi, ha empezado a hacer frío. Venga, dame la mano. Regresemos a la maternidad.

Fue al encarar el último tramo de ese frondoso hayedo al que llamaba «el sendero tenebroso», cuando su corazón pareció dar un vuelco. Desde allí se divisaba la gran explanada, y pudo ver cómo en la puerta de la maternidad había estacionados dos de esos camiones de color gris de las SS, de donde no paraban de descender niños y niñas, sucios, con ropas casi harapientas. La señorita De Mezary y la enfermera jefe Schneider estaban a los pies de las escalinatas, indicando a los niños por dónde tenían que subir.

Hedda cogió a Mitzi en brazos, mientras decía:

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡Los niños nuevos! ¡Se me había olvidado completamente que llegaban hoy!

Con Mitzi en brazos, corrió hacia la maternidad. Mientras lo hacían, la niña no dejaba de repetir:

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda...!

---

\* \* \*

---

Para cualquier persona de la maternidad de Marbach Heim, retrasarse en un momento como ese le hubiera supuesto una seria reprimenda de la señorita De Mezary, pero tratándose de Hedda, lo único que sucedió fue que la *Helferin* instructora le lanzó una de sus amables sonrisas cuando la vio entrar en el *hall* de la maternidad con Mitzi en sus brazos. En esta ocasión, Honelore de Mezary se encontraba en la escalinata que ascendía hasta la primera planta del ala blanca, acompañada por la enfermera jefe Schneider. Los niños harapientos recién llegados, el resto del equipo de enfermeras y las chicas del ala blanca se distribuían en formación por el resto del *hall*. Le entregó la niña a Magda, una de las telefonistas de la maternidad, y le dijo:

—Busca a Anna Reiss, dile que la lleve a la sala de los niños.

—Sí, señorita Weiss. Vamos Mitzi, dame la manita.

Hedda atravesó a toda prisa el *hall*, en dirección a las escaleras, y tomó posición entre la señorita De Mezary y la enfermera jefe Schneider. Por primera vez pudo ver a los niños: eran treinta, repartidos por igual, quince niños y quince niñas. Su edad oscilaba entre los seis y los diez años. Dos de ellos parecían mayores, de unos doce años: eran un chico muy rubio, de facciones duras, y una chica muy alta y desarrollada para su edad, con un rostro dulce y que llevaba dos coletas trenzadas al estilo *Gretchen*. En lo que todos coincidían era en sus ropas viejas y de aspecto descuidado, así como en sus rostros tristes y atemorizados.

—Como dije hace algún tiempo, cuando la señorita Demianenko llegó a nuestra maternidad, *Lebensborn* ha iniciado un programa de germanización destinado a

integrar a niños y niñas racialmente válidos de los salvajes territorios del Este, con el fin último de que una vez preparados y formados, acaben integrándose en el cuerpo nacional de nuestra gran patria aria. Aquí tenemos un ejemplo de ellos. Estos treinta niños y niñas representan una avanzadilla de lo que serán futuras incorporaciones de niños de estos territorios a nuestra red de maternidades.

Honelore de Mezary hizo una pequeña pausa. Las siguientes palabras las dijo sin mirar en ningún momento a los niños, eran palabras dirigidas al equipo de enfermeras y a las chicas del ala blanca.

—En una ocasión, el *Reichsführer* Himmler dijo: «Si permitimos que una sola gota de sangre aria quede en manos de nuestros enemigos, estaremos cometiendo un error irreparable». La idea de nuestro *Reichsführer* es muy clara y fácilmente comprensible, entre nuestros enemigos, entre esas razas salvajes que nos rodean, pueden encontrarse individuos que porten ese elemento nórdico que tanto ambicionamos para regenerar el cuerpo racial de nuestro pueblo. El *Reichsführer* piensa que si permitimos que esos individuos racialmente valiosos queden en manos de nuestros enemigos, y aplicando una simple regla de lógica de élites, en un futuro podrían hacerse con el control de esos pueblos y, entonces, enfrentarse a nosotros en igualdad de posibilidades combativas. Ahora aún estamos a tiempo, y no debemos desaprovechar la oportunidad que la ocupación de esas tierras inhóspitas nos ha brindado. En esa línea se ha mostrado también el ministro Rosenberg, tanto en su función al frente del Ministerio del Reich para los Territorios Ocupados, como en su magisterio en la Comisaría para la Supervisión de la Educación Intelectual e Ideológica del Movimiento Nacionalsocialista. Estos niños que veis aquí, pertenecen a uno de esos pueblos, todos ellos son polacos. Sin embargo, la Oficina de la Raza y Asentamientos de Litzmannstadt, nos los envía tras haberles realizado un detallado examen racial, acorde con la severidad que en instituciones como Marbach Heim exigimos para darles cabida dentro del programa de formación y adopciones de *Lebensborn*. Los niños han pasado también tres semanas formándose en las creencias nacionalsocialistas y mejorando su conocimiento y pronunciación del alemán. No obstante, a partir de mañana, nuestro equipo de anatomistas y antropólogos volverá a someterlos a concienzudos exámenes raciales, para evitar que ni uno solo de ellos pueda abrir una brecha dentro de nuestro programa de regeneración racial. Esas pruebas durarán unos días y determinarán con una alta fiabilidad la conveniencia de su pertenencia definitiva o no al programa *Lebensborn*. No es que desconfiemos de nuestros expertos raciales en el Gobierno General, pero estarán conmigo en que todas las pruebas que realicemos serán pocas, para que ni una sola gota de sangre contaminada penetre entre los muros de esta institución.

Silencio entre los niños, solo interrumpido por alguna tos ocasional. Hedda los miró detenidamente, uno a uno. En apariencia, eran niños arios, niños como los que

podían verse en cualquier ciudad alemana. La única diferencia estaba en sus miradas, en sus ojos. En los ojos aterrados con los que los niños miraban a todos los lados. Solo el niño más mayor parecía tener un aire tranquilo, una mirada sosegada.

—Bien, dicho esto les explicaré ahora cómo funcionará esta primera fase de integración. En principio, los niños estarán aislados aquí, en el ala blanca de la maternidad. Su custodia correrá a cargo de la señorita Weiss, que recibirá ayuda de las otras chicas voluntarias de este ala. Comprenderán que de momento, y por cuestiones de estricta seguridad, no podemos correr el riesgo de integrarlos en el ala general de la maternidad. Estos niños han vivido la mayor parte de su corta existencia entre pueblos retrasados y caóticos, y por lo tanto, todavía no tenemos la seguridad de que no alberguen hábitos que podrían convertirlos en peligrosos. Es algo parecido a lo que sucedió con la llegada de la señorita Demianenko, y que como podemos ver, se ha resuelto de una manera satisfactoria para todos. Por lo tanto, y debido a que la habitación cuna está ocupada por los bebés de las señoritas Warnecke y Hansen, trasladaremos a Mitzi, Heinrich y Baldur a la habitación de las chicas y convertiremos la actual sala de los niños en el dormitorio de nuestros nuevos visitantes. Señorita Weiss, esta tarde se encargará usted de que suban quince literas, creo que en esa habitación habrá espacio suficiente para todos. Sintiéndolo mucho, la higiene de los niños tendrá que realizarse en la habitación de las señoritas, no tenemos espacio para mucho más. Los niños comerán con ustedes en el comedor del ala roja. Las actividades gimnásticas, el recreo y los juegos los harán en el patio interior del ala blanca, no queremos de momento que los niños sean vistos por las residentes de la maternidad general. Los niños asistirán también a las clases de sangre y raza, que imparte la señorita Weiss. Hemos creado una clase específica diaria para que los niños mejoren su alemán, esa clase la impartirá la señorita Friedrich. Para todo lo demás, pueden contar con mi colaboración, la de la enfermera jefe Schneider y su equipo de enfermeras del ala blanca.

Honelore de Mezary se dirigió ahora a los niños.

—Mis queridos niños, bienvenidos a la maternidad de Marbach Heim. Ingresáis ahora en una escuela severa, pero sabed, que dentro de muy poco, algunas de las mejores familias alemanas os tomarán en adopción y os ofrecerán un futuro feliz y lleno de posibilidades, algo muy alejado al futuro triste, deprimente e incierto que teníais en el lugar del que venís. Quiero que a partir de hoy obedezcáis en todo lo que os diga la señorita Weiss y el resto de las chicas. Ellas serán las encargadas de vuestra formación en esta maternidad.

A continuación, Honelore de Mezary se dirigió a Hedda:

—Señorita Weiss, lleve ahora a los niños a la habitación, que se quiten esas ropas sucias y malolientes que llevan y, que con su ayuda y la del resto de las chicas, se aseen. Después, desháganse de esas sucias vestimentas. De momento, y hasta que

terminemos con las pruebas raciales, no les proporcionaremos ropa, que se pongan los treinta camisones que les hemos dejado arriba. Si surge cualquier problema, localíceme inmediatamente. Confío plenamente en usted, sé que está suficientemente cualificada para cumplir con esta misión.

—Gracias, señorita De Mezary.

Con un gesto de su mano, Honelore de Mezary dio por terminada la ceremonia. Después, ascendió por las escaleras en dirección a su despacho. Un gallinero de voces inundó el *hall* de la maternidad, solo las niñas y los niños polacos permanecían en silencio. El rostro dulce de la enfermera jefe Schneider apareció ante Hedda y, brindándole una amable sonrisa, le dijo:

—Señorita Weiss, cuente conmigo para lo que le haga falta.

—Gracias, señorita Schneider.

Hedda Weiss dio tres palmadas.

—¡Venga niños, todos para arriba!

Con el desorden habitual, los treinta niños ascendieron por las escaleras que conducían a la habitación de las chicas en el ala blanca.

Hedda miró a Lene y a Anna, que no parecían salir de su asombro.

—¡Dios mío! ¿Cómo nos vamos a organizar? —dijo.

Con un gesto coordinado, casi mimético, Lene Friedrich y Anna Ritter se llevaron la mano a la boca.

---

\* \* \*

---

Caos en la habitación de las chicas. Los treinta niños se amontonaban en el pasillo central de la habitación. Hedda sabía que no podría contar con Helene y Erna, que estaban en plena lactancia, y tampoco con Ilse, Heide y Raia, en la primera etapa del embarazo. Así las cosas, las únicas que podrían ayudarla eran Lene y Anna. Así se lo comunicó a las dos chicas antes de entrar en la habitación.

En mitad del gallinero montado por los treinta chicos polacos, Hedda dio tres fuertes palmadas.

—¡Venga, a callar todos! Formad aquí, las chicas a un lado, y los chicos al otro.

Mientras los niños harapientos formaban en dos grupos, Hedda dijo a Lene y Anna:

—Vosotras, mientras los organizo un poco, preparad las duchas. No sé si tendremos suficiente jabón para todos...

—Señorita Weiss, solo tenemos cinco duchas y ellos son treinta. ¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó Lene.

—No lo sé, ya se nos ocurrirá algo. Mira, los dividiremos en tres grupos, podíamos poner a dos bajo cada ducha...

Mientras decía esto, no dejaba de mirar al chico de la mirada sosegada y a la chica de las dos coletas *Gretchen*. Ajenos a todo y hablando en ese idioma ininteligible para ella, parecían estar discutiendo.

—Eh, vosotros dos, ¿por qué discutís? Venid los dos aquí.

Los dos chicos la miraron sorprendidos. De manera asustada, se acercaron a la *Helferin*.

—A ver, tú, ¿cómo te llamas? —le preguntó al chico de la mirada sosegada.

—Antes me llamaba Janus, pero ahora me llamo Wolfgang.

—Wolfgang, un nombre muy bonito. ¿Y tú? —preguntó a la chica de las coletas trenzadas.

—Yo antes me llamaba Regina, pero ahora me han dicho que me tengo que llamar Inge.

—Muy bien, Wolfgang e Inge. ¿Por qué estabais discutiendo?

Fue Inge la que contestó, de forma atolondrada.

—Porque yo le he dicho que usted es una mujer soldado, por eso lleva ese uniforme negro, pero él, que es un poco tonto, me ha dicho que no hay mujeres soldado. ¿Verdad que está equivocado? Sabe, es que él quiere ser soldado...

—Cuando sea mayor seré soldado, eso me dijeron en...

—Vale, esperad, esperad. ¿Tú de mayor quieres ser soldado?

—Sí, señorita. Los soldados me dijeron que cuando creciera, podría ser uno de ellos, porque ahora soy alemán.

—¿Y tú, Inge? ¿Tú qué quieres ser?

—Yo quiero ser como usted, señorita, una mujer soldado.

—Yo soy *Helferin*, Inge, personal auxiliar femenina de las ss. Sí, puedes decir que soy una mujer soldado...

Una idea estaba empezando a rondarle por la cabeza, una idea que de funcionar, podría sacarla del atolladero en el que la señorita De Mezary la había metido.

—Mirad, yo conozco a los soldados del destacamento de Marbach Heim, al comandante Beck, al capitán Elsner, al teniente Graz. Podría hablar con ellos, para que os formaran y os prepararan como soldados...

Wolfgang e Inge se miraron asombrados. Inge abrió la boca todo lo que le era posible.

—Pero antes, tendréis que ganaros mi confianza. Os voy a nombrar mis ayudantes. Tú a partir de hoy serás el capitán Wolfgang y tú, la teniente Inge.

Hedda señaló con la mano al resto de los veintiocho niños, que ya habían vuelto a formar otro gallinero.

—Ellos serán la tropa. Vuestra misión consistirá en implantar la disciplina entre ellos, ayudarme a organizar todo esto. Si lo conseguimos, yo hablaré con los soldados del destacamento del comandante Beck para que os empiecen a formar como



soldados del ejército alemán.

Sucedió algo extraño en ese momento. Hedda estaba pensando que nunca antes había visto un gesto de ilusión tan grande en el rostro de unos niños, cuando se llevó las manos a su cabeza para arreglar su trenza *Gretchen*. A la vez, los dos niños pestañearon asustados y se echaron ligeramente para atrás, como si temieran ser golpeados.

—¿Estáis de acuerdo? —les preguntó Hedda.

—¡Sí! —contestaron los dos niños a la vez.

—Bien, estrechad mi mano —dijo, ofreciendo su mano a los niños.

Sorprendentemente, los dos niños escondieron sus manos tras la espalda.

—¿Qué pasa, por qué escondéis las manos?

No contestaron, primero Inge y luego Wolfgang, clavaron su mirada en el suelo.

—¿Por qué no estrecháis mi mano? —volvió a preguntar.

Los dos niños seguían en silencio.

—¿Qué pasa con vuestras manos? Enseñadme las manos.

Wolfgang e Inge se miraron. Fue el niño el primero que le enseñó la mano. Luego, lo hizo la niña.

—¡Dios mío! ¿Pero qué es esto?

Las manos de los niños estaban destrozadas, ásperas, cubiertas de callos, de heridas mal cicatrizadas. No eran las manos de dos niños de doce años. Eran las manos de un viejo, de un hombre que hubiera realizado toda la vida un pesado trabajo con ellas.

—Fabricábamos botas para el ejército en el campo de Litzmannstadt, señorita. Era como una fábrica muy grande, sabe, toda llena de niños. Trabajábamos todo el día, de sol a sol. Luego tuvimos suerte, porque un señor que parecía un médico nos eligió, nos trasladaron a un viejo convento de la calle Sporna y allí nos trataron mucho mejor. Nos daban comida dos veces al día. Y agua, nos daban agua cuando teníamos sed. ¿No le parece fantástico? Allí fue donde nos hicieron esas pruebas los médicos y luego, nos trajeron aquí en unos trenes. ¿Verdad, señorita, que fabricando botas para los soldados ya hemos ayudado a que el Führer gane la guerra?

Era Wolfgang, con sus ojos tranquilos y su voz sosegada, el que había contado esa historia. Hedda, un poco desconcertada, dijo:

—Claro, Wolfgang, claro que sí. Seguro que el Führer está muy orgulloso de vosotros. Bueno, ¿queréis ser mis ayudantes?

—¡Sí! —volvieron a decir los niños, mientras extendían sus manos hacia Hedda.

Hedda estrechó sus manos. Las manos de dos viejos.

—Capitán Wolfgang, teniente Inge, haremos una cosa. Ahora, vosotros y la tropa os desnudaréis y dejaréis aquí, en mitad del pasillo, vuestra ropa vieja. Luego, organizaréis a la tropa en tres grupos de diez, por edades. Los más pequeños serán los

primeros. Las señoritas Friedrich y Ritter os darán el jabón, pasaréis a las duchas y os lavaréis hasta quedar relucientes...

—¿Y nosotros también nos tenemos que desnudar? Es que como somos más mayores... —preguntó Inge.

—Vosotros los primeros, teniente Inge. Tenéis que dar ejemplo a los demás, los oficiales como vosotros, siempre dan ejemplo a la tropa —contestó Hedda, con un fingido gesto de determinación en su rostro.

---

\* \* \*

---

Una tarde de locos, para Hedda todo parecía complicarse. Mientras los niños se desnudaban, un soldado del destacamento de Marbach Heim había entrado en la habitación, buscándola. Los soldados subían las quince literas donde dormirían los niños polacos. Hedda les indicó cómo tenían que colocarlas, en lo que había sido la sala de los niños. Cuando regresó a la habitación, los niños más pequeños ya estaban en las duchas.

—Mire, parecen una manada de pollos —dijo Lene, señalando a los veinte niños desnudos que esperaban en el pasillo de la habitación para entrar al baño.

Hedda observó a una niña de unos seis años que miraba la pastilla de jabón que le habían entregado sin saber muy bien qué hacer con ella. Otros niños se habían enjabonado, pero el agua caía sobre ellos, llevándose el jabón antes de que hubieran empezado a restregarse.

Hedda se desabrochó los botones de los puños de su camisa negra de *Helperin* y, mientras se remangaba, les dijo a las chicas:

—Lene, Anna, vamos a ayudar a esos niños a lavarse. Mira, muchos de ellos ni siquiera saben lo que tienen que hacer con el jabón.

Las tres chicas entraron en ese universo vaporoso en que se había convertido su baño.

---

\* \* \*

---

Esa noche empezaría en las habitaciones del ala blanca un ritual que se convertiría en una tradición durante los siguientes meses. Tras apagar la luz de la habitación de las chicas, Hedda caminaba por el pasillo hasta la sala de los niños, donde ahora se habían instalado los treinta niños polacos.

Al llegar a la habitación, Wolfgang e Inge, con sus feos camisones blancos y la runa de la vida carmesí estampada en su pecho, estaban esperándola en el centro de esta. Los otros veintiocho niños estaban ya acostados en sus camas.

—*Heil Hitler!* —gritaban los dos niños, levantando su brazo y haciendo el saludo

reglamentario.

—*Heil Hitler!* —contestaba Hedda—. ¿Está ya acostada y dispuesta para dormir la tropa, capitán Wolfgang?

—¡Sí, señorita Weiss! La tropa está acostada y dispuesta a dormir.

—Bueno, pues voy a apagar la luz. Capitán Wolfgang, teniente Inge, mantengan el orden entre la tropa.

Los dos niños corrían entonces a sus literas.

—Hasta mañana, niños.

—¡Hasta mañana, señorita Weiss! —gritaban los treinta niños polacos.

Hedda apagaba la luz y cerraba la puerta. Siempre regresaba a su habitación sonriendo.

Mitzi la esperaba ahora en su habitación. Al igual que Heinrich y Baldur, los niños de Lene y Anna, lo hacían en la de las chicas, Hedda tenía que dormir ahora todas las noches con su niña.

Arropó a Mitzi y se metió en la cama. La niña la miró con esos extraños ojos carentes de emoción y le dijo:

—Hedda, ¿por qué no me cuentas un cuento?

—¿Un cuento? La verdad, Mitzi, yo no sé muchos cuentos.

—Venga, cuéntame un cuento —insistió la niña.

Permaneció unos momentos pensativa. Luego, acariciando el dorado cabello de la niña, dijo:

—Está bien, Mitzi, te contaré un cuento. ¿No te he contado nunca el cuento de las hijas de la lluvia, verdad?

—No —contestó la niña con los ojos muy abiertos.

—Pues mira, hace mucho, mucho tiempo, en un reino muy lejano, después de una gran tormenta...

---

\* \* \*

---

A la mañana siguiente sucedió el primer incidente con los niños polacos. Después de que las chicas se hubieran aseado, Hedda fue a buscar a los treinta niños a su habitación. Wolfgang e Inge ya los habían hecho formar, así que cuando Hedda llegó, se inició, en perfecta formación, la procesión de todos ellos hasta la habitación de las chicas. Hedda ordenó a Wolfgang y a Inge que, como el día anterior, formaran tres grupos de diez, por edades, y pasaran a las duchas. La señorita De Mezary le había informado, que el teniente coronel Oertl y el equipo de anatomistas y antropólogos de las SS les esperaban ya en el dispensario del ala roja para iniciar un nuevo estudio racial de los niños. Por supuesto, la señorita De Mezary quería que los niños polacos estuvieran perfectamente aseados para pasar las pruebas.

Era el primer día de frío en la maternidad de Marbach Heim, la niebla prusiana ya ocultaba el bosque de su vista, así que las chicas estaban encendiendo la estufa de porcelana. Fue entonces, cuando se desató el incidente.

Los niños y niñas más pequeños estaban ya en la ducha. Uno de ellos, un niño pecoso y desdentado llamado Hellmut, gritó:

—¡Capitán Wolfgang! ¡La soldado Maria se está meando en el suelo de la ducha!

Hedda lo escuchó y desvió su mirada hacia el interior del baño. Wolfgang entró en él y se dirigió hacia una niña que, asustada, se había recostado en la pared, mientras la orina caía a sus pies. El chico le propinó un fuerte bofetón, que provocó que la niña cayera al suelo envuelta en lágrimas.

Hedda y Lene corrieron hacia el baño.

—¿Qué ha pasado, Wolfgang? ¿Por qué has golpeado a esa niña? —preguntó Hedda, mientras zarandeaba al niño polaco.

—Se ha meado en el suelo, señorita Weiss, y eso está mal. En Litzmannstadt los soldados nos golpeaban cuando hacíamos algo mal, decían que era la única forma de que aprendiéramos a hacer las cosas bien.

Hedda no sabía qué contestar. Permaneció en silencio, mirando los tranquilos ojos del niño. No parpadeaban, ni parecían alterarse por nada. La miraba fijamente, sin mostrar ningún tipo de emoción. En cierta manera, recordaban a los ojos de su hija Mitzi.

—Aquí no se hacen así las cosas, capitán Wolfgang. Cuando alguno de sus soldados haga algo mal, su obligación es informarme a mí, que soy su superior. ¿Entendido?

—Sí, señorita Weiss —respondió el niño.

Hedda levantó a la niña polaca del suelo y la estrechó entre sus brazos.

---

\* \* \*

---

Muy alterada, salió de la habitación de las chicas y se refugió en la soledad del pasillo, apoyándose en el gran ventanal. La niebla seguía ocultando el bosque de Marbach. Una lágrima cayó por su rostro. La llegada de los niños polacos, las cosas que Wolfgang e Inge contaban, le habían hecho revivir una imagen que había intentado borrar de su mente desde la noche en la que el comandante Beck le contó su historia. Una imagen que había visualizado con total nitidez cuando estrechó entre sus brazos a esa niña polaca.

La imagen de una niña pequeña, que abrazaba entre sus brazos una humilde muñeca de trapo, mientras miraba con ojos asustados y suplicantes a unos soldados armados con bayonetas.

A un pelotón de fusilamiento.

Limpió con una de sus manos las lágrimas y con la otra, aporreó tres veces el cristal.

—¡Maldito comandante Beck! ¡Maldito! ¡Maldito!

—¿Señorita Weiss?

Una voz a sus espaldas. Se giró. Lene Friedrich estaba allí, parada, con un gesto de preocupación en su rostro.

—¿Se encuentra bien, señorita Weiss?

—Sí, Lene. No es nada.

—Venga, una de las niñas polacas se ha caído en la ducha y se ha hecho una pequeña brecha en la cabeza. Tendrá que avisar a la señorita Schneider.

Hedda elevó unos ojos suplicantes al techo del pasillo, mientras decía:

—¡Madre mía! ¡Madre mía, Lene!

---

\* \* \*

---

Hedda y los treinta niños polacos atravesaron el *hall* de la maternidad, mientras por los altavoces sonaba la *Serenata* de Franz Schubert. La música relajante que siempre se podía escuchar en la maternidad, pareció tranquilizar a los niños que caminaban tras ella en perfecta formación y en total silencio. Desde el incidente de las duchas, Hedda parecía haber caído en un estado de nostalgia, una sensación difícil de explicar. Quizás, ese cielo blanquecino sobre Marbach Heim, la sensación de que en cualquier momento iba a nevar, la certidumbre de que ese año el invierno se iba a instalar mucho antes de lo esperado en ese apartado rincón de Prusia, tuvieran algo que ver con su estado de ánimo. Lo cierto era que, mientras atravesaba ese gran *hall*, observaba con detenimiento el devenir de la vida cotidiana de la maternidad, como si la estuviera viendo en cámara lenta, deleitándose en esas imágenes: la puerta del «ala prohibida» se abría y se cerraba continuamente, las enfermeras salían y las comadronas entraban, un movimiento que no parecía tener fin. En el pasillo, bajo la escalera que conducía al ala blanca, las cocineras se ajustaban sus cofias y sus delantales, preparando su entrada a la cocina. En la centralita, la radiotelegrafista Anna Reiss charlaba animadamente con las telefonistas, Magda y Margarete. Junto al gran retrato del Führer y las banderas del Reich y de las ss, que presidían el *hall*, dos enfermeras terminaban de colocar las flores de vivos colores recién traídas del invernadero, porque esa mañana los treinta niños polacos tendrían que hacerse con el personal de la maternidad la fotografía de rigor. La puerta principal estaba abierta, los operarios de mantenimiento descargaban las cajas con las provisiones semanales de un camión de mercancías proveniente de Königsberg, mientras los mayordomos de las ss las subían a duras penas por la escalinata de piedra. A los pies de la escalinata, los dos soldados de la guardia fija del comandante Beck hablaban con otros dos

soldados que acababan de llegar para hacer el relevo. Uno de los soldados fumaba, otro, elevó su mirada al cielo cuando se percató que caían los primeros copos de nieve.

Hedda y los chicos pudieron verlo a través del gran ventanal, cuando entraron en el ala roja y caminaron por el largo y luminoso pasillo. Los copos de nieve caían lánguidamente sobre el bosque de Marbach.

—¡Nieva! —dijo una de las chicas polacas.

—Schsss... Sin hablar, niños —dijo Hedda con voz severa.

El silencio regresó a la fila. Una extraña sensación de vértigo en la boca de su estómago. Mientras miraba esas escenas de la vida cotidiana de la maternidad, un oscuro presentimiento se había unido a su sensación de nostalgia. El presentimiento de que, muy pronto, esa tranquilidad que envolvía a la maternidad iba a desaparecer, a desaparecer para siempre.

Al llegar al final del segundo pasillo divisaron ya el dispensario del ala roja, donde se iban a realizar los nuevos estudios raciales de los niños. La señorita De Mezary y la enfermera jefe Schneider los esperaban ante la puerta.

—Ya están aquí los niños —dijo Honelore de Mezary.

La enfermera Schneider entró en el dispensario. Hedda y los treinta niños se detuvieron ante la puerta.

—Ha tardado mucho, señorita Weiss. El teniente coronel doctor Oertl, los anatomistas y los antropólogos llevan mucho tiempo esperando dentro. Estos exámenes pueden alargarse mucho.

La voz de Honelore de Mezary era firme, pero su rostro no había perdido la dulzura.

—Discúlpeme, señorita De Mezary, pero no es fácil organizar a treinta niños. En lo sucesivo intentaré ser más diligente.

—Lo entiendo, no se preocupe. Pasarán de dos en dos. Los niños mayores serán los primeros.

—¿Pueden pasar ya?

—Espere, la enfermera Schneider lo anunciará.

Hedda se giró hacia Wolfgang e Inge.

—Vosotros pasaréis los primeros —dijo Hedda.

Inge movió la cabeza afirmativamente, pero Wolfgang se mantuvo muy serio. No había vuelto a hablar desde el incidente de la ducha.

—¿Te pasa algo, capitán Wolfgang?

—No, solo que como me ha renegado esta mañana, he pensado que a lo mejor no hablaría con los soldados para que yo...

—¡Qué tonterías dices, capitán Wolfgang! Lo estás haciendo muy bien. Claro que, te costará un poco aclimatarte a las nuevas normas. Eso les pasa a todos los

soldados.

—¿De verdad? —preguntó el niño con ignorancia.

—De verdad, mira...

La enfermera jefe Schneider abrió la puerta del dispensario.

—Ya pueden pasar.

—Venga, capitán Wolfgang, teniente Inge, para dentro.

El chico y la chica entraron en el dispensario.

—No se encariñe mucho con ellos, señorita Weiss. Estos niños serán dados en adopción rápidamente.

—Lo entiendo, señorita De Mezary, solo que...

—¿Solo qué?

—Las cosas que cuentan...

Honelore de Mezary la cogió suavemente del brazo y la llevó aparte, junto al gran ventanal.

—Litzmannstadt es un campo para niños, señorita Weiss. La mayoría de los niños de Litzmannstadt son huérfanos, niños que perdieron a sus padres en la guerra. En Litzmannstadt les hemos ofrecido trabajo, fabrican prendas y otro tipo de complementos para el ejército y las ss. No le voy a negar que las condiciones son duras, pero eso se debe a que la vida en el Gobierno General es dura, señorita Weiss. Y no debe de olvidar, que los niños de Litzmannstadt son polacos y judíos. ¿No pretenderá que los tratemos como a niños arios, verdad?

—No, claro, pero estos niños que han llegado a Marbach Heim son arios, por eso están pasando estas pruebas...

—Son los menos, señorita Weiss, y precisamente por eso los hemos sacado de allí. Aquí y a partir de ahora, serán tratados como niños arios. El trabajo y las privaciones se han terminado para ellos. Por eso, una vez que conozcamos los resultados de esta segunda evaluación racial, lo que debemos intentar, particularmente usted, es que ellos encuentren en Marbach Heim su hogar, su primer hogar, antes de que sean adoptados por una familia de las ss y por nuestra propia patria. Debe estar tranquila, señorita Weiss, para ellos, lo peor ya ha pasado.

Honelore de Mezary acarició el rostro de Hedda y sonrió, pero el gesto de preocupación parecía no haber desaparecido de su rostro.

—¿Le pasa algo más, verdad?

—Verá, señorita De Mezary, aquella noche, cuando el comandante Beck se presentó en nuestra reunión y pasamos la noche en la habitación del área de procreación...

Honelore de Mezary hizo un gesto de desesperación con sus fulgurantes ojos y dijo:

—Oh no, el comandante Beck.

—Sí, él me contó...

—El incidente de Aubry-en-Artoise.

Hedda se quedó paralizada. Miró a la *Helferin* instructora con ojos sorprendidos.

—¿Lo sabía? ¿Conocía usted el motivo por el que...?

—Naturalmente que lo sabía, señorita Weiss. Pero ese incidente no fue la consecuencia del cambio de actitud del comandante Beck. Es una excusa que él utiliza, solo eso. Le ha mentado, señorita Weiss. Él siempre miente. Mire, le haré una confidencia, algo que nadie conoce. En uno de mis viajes a Berlín, charlé largo y tendido con el general Dietrich, en el despacho del *Reichsführer* Himmler y en presencia de este. El general Dietrich mostró una gran preocupación por el comandante Beck y me pidió, como un favor personal, que intentara descubrir cuál era el motivo real de la pérdida de fe del comandante en las ideas del nacionalsocialismo. El propio general Dietrich me confirmó el incidente de Aubry-en-Artoise. Me explicó que el teniente general Von Blaustein fue amonestado por ese asunto y que el Führer en persona se disculpó ante el general Pétain en su visita a Vichy, por ese y algún otro incidente similar sucedido durante la campaña francesa.

—¿Y usted lo hizo? ¿Intentó descubrir el porqué de ese cambio de actitud del comandante Beck?

Honelore de Mezary volvió a sonreír.

—Señorita Weiss, el comandante Beck nunca confiaría en nadie como yo. De hecho, nunca confiaría en una mujer nacionalsocialista. Nos detesta. ¿Sabe cómo nos llama en privado?

—No...

—Las serpientes de Hitler. Yo para él soy solo eso, una serpiente de Hitler. Ese hombre nunca mantendría conmigo una conversación que no terminara en una acalorada discusión.

—¿Por eso pensó que yo podría sacarle esa información? ¿Pensó que yo sí podría influir sobre él?

—Sí, lo pensé y lo sigo pensando. Es evidente que usted tiene un importante ascendente sobre Erich Beck. Entre otras cosas, como ya le dije en una ocasión, porque está locamente enamorado de usted. Está enamorado desde el primer día que la vio. Por eso pensé que el comandante podría acabar por confesarle la verdad. Es más, llegué a pensar que usted podría arrastrarlo hacia nosotros otra vez, devolverle a la fe verdadera. Y como le acabo de decir, todavía lo pienso.

—Lo que no entiendo es una cosa, ¿por qué es tan importante el comandante Beck? Las SS podrían haber...

—Yo también lo desconozco. Solo sé que tanto el general Dietrich como el mismísimo Führer lo tienen en alta estima. Sé que fue un hombre importante para la causa del nacionalsocialismo durante el tiempo de lucha, cuando todo empezó. Pero



no me pregunte el porqué, nunca he tenido acceso a esa información.

—¿Y nunca pensó que podría haber sido él, el que me arrastrara a mí hacia sus posiciones...?

Ahora, Honelore de Mezary rio abiertamente.

—No, señorita Weiss, nunca me lo he planteado. La conozco muy bien, sé muy bien por qué acudió usted voluntaria a esta maternidad. Sé de quién y de qué está usted realmente enamorada. Usted es como yo, señorita Weiss. Otra serpiente. Otra serpiente de Hitler. Solo que Erich Beck todavía no lo ha descubierto. O no lo quiere descubrir.

La enfermera jefe Schneider asomó la cabeza por la entreabierta puerta del dispensario.

—Señorita De Mezary, venga un momento. El teniente coronel Oertl quiere consultar con usted un asunto.

Honelore de Mezary apretó con delicadeza y cariño el brazo de Hedda y caminó hacia el dispensario.

Hedda miró a los niños polacos, que seguían allí, en perfecta formación, esperando su turno para pasar su nuevo examen racial.

Se volvió a girar hacia el gran ventanal. Continuó contemplando cómo la nieve caía sobre el bosque de Marbach. Desde que había llegado a Marbach Heim, Honelore de Mezary tenía la capacidad de tranquilizarla, de calmarla. Solo escuchar la dulce voz y el enigmático acento de esa mujer, le provocaba una enorme sensación de bienestar. Cuando Honelore de Mezary terminaba de hablar, los problemas y las preocupaciones desaparecían, se evaporaban, como los cuervos negros abandonan en manada un árbol muerto cuando escuchan el primer trueno de una incipiente tormenta. Todo, tras sus palabras, volvía a ser luminoso y resplandeciente, tan luminoso como su rostro, tan resplandeciente como su sonrisa.

Pero esa mañana no, esa mañana la intranquilidad continuaba instalada en el interior de Hedda. Y esa intranquilidad no se debía a los niños polacos de Litzmannstadt, ni al incidente de Aubry-en-Artoise, ni al comandante Beck y los misterios que envolvían su vida.

La intranquilidad se debía a esa premonición que la había asaltado cuando conducía a los niños polacos hasta el dispensario del ala roja, mientras observaba esas escenas cotidianas de la vida en la maternidad. Esa extraña sensación que le decía que pronto, muy pronto, la paz y la tranquilidad de Marbach Heim se iba a ver alterada, que ese mundo, su mundo, iba a saltar por los aires.

## XV

### UN LUGAR LLAMADO MESERITZ-OBRAWALDE

*Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, invierno de 1944*

La reunión de aquella noche en la sala del ala roja de la maternidad tenía un cariz diferente al de otras ocasiones. Aquella noche del invierno de 1944, los cinco oficiales invitados eran médicos de las ss, «grandes eminencias del mundo científico», en palabras de la señorita De Mezary. Eso provocó que el teniente coronel doctor Oertl, en persona, se uniera a la pequeña fiesta posterior a la cena. Por parte de las chicas del ala blanca, además de la señorita De Mezary, habían acudido Hedda, Lene Friedrich, Anna Ritter, Helene Warnecke y Erna Hansen. Las otras tres chicas, Raia, Ilse y Heide, se encontraban embarazadas de seis meses.

A diferencia de otras ocasiones, la charla en los cómodos sillones de la sala se desarrolló al calor de la lumbre del fuego bajo. Ese año, el riguroso invierno prusiano estaba siendo más frío que en otras ocasiones, aquella noche, fuera de la maternidad de Marbach Heim, la temperatura había descendido hasta los  $-10^{\circ}$ .

Mientras servía las copas de champán entre los oficiales médicos, Honelore de Mezary no apartaba la mirada de Hedda. Aquella noche, Hedda parecía ausente, estaba más seria que de costumbre. Era consciente, que tanto las miradas de la *Helferin* instructora como la de los cinco oficiales médicos estaban puestas en ella. Para Hedda, eso era algo habitual. Siempre que había acudido a ese tipo de encuentros en el ala roja, solía convertirse en el centro de atención por parte de los oficiales. Sin embargo, siempre había sido ella la que había elegido con cual de ellos entraba en la habitación del área de procreación. Esa noche no sería una excepción. Aunque esa noche, se equivocaría, cometería una de las mayores equivocaciones de su vida. Un error de cálculo que no podría olvidar nunca, durante el resto de su vida.

La charla de los oficiales médicos con el teniente coronel Oertl resultaba para las chicas muy aburrida. Era una charla técnica, en todo momento hablaban con un lenguaje académico que las chicas no podían comprender. Los hombres hablaban de nuevos avances científicos, sobre todo en el campo de la reproducción, y de «experimentos clínicos». Esas dos palabras las pronunciaron en numerosas ocasiones. Hablaban de lugares que ellas no habían escuchado nunca: Belzec, Sobibor, Treblinka. Solo en una ocasión, escuchó un nombre que se le hizo reconocible: Ravensbrück. Hedda recordó que la señora Von Exner, la *Helferin* con cara de doberman, le había hablado de ese lugar la tarde que le pidió que le enseñara los métodos que había empleado con Else Kruger. La señora Von Exner le había espetado: «Son métodos que aprendimos en Ravensbrück, prácticas que usted nunca conocerá». A tenor de lo que descubriera aquella noche en la habitación de la señora

Von Exner, y de los comentarios que los médicos estaban realizando durante esa velada, sacó la conclusión de que ese lugar llamado Ravensbrück no podía ser otra cosa que una especie de prisión para mujeres. O algo peor.

De la radiogramola llegaba la melodía de *Han pasado muchos años*, interpretada por el Schuricke Terzet. Hedda tamborileaba con los dedos sobre una de las mesitas la conocida canción. Esa noche, se sentía especialmente abatida. Desde la noche que el comandante Beck le contara su historia y siguiendo la petición que Hedda le hiciera, el apuesto comandante no había vuelto a aparecer por esas reuniones. Eso la satisfacía por un lado, pero por otro lado, le provocaba una sensación agri dulce. En secreto, en más de una ocasión había pensado que si realmente la quería, el comandante Beck tenía que haber desoído su petición y haber vuelto a atravesar esa puerta. Pero Erich Beck no lo hizo. A Hedda, ese tipo de pensamientos le desagradaban, hacían florecer en ella un sentimiento de debilidad que detestaba, que había detestado toda su vida. Sin embargo, se contentaba a sí misma diciéndose: «Es normal Hedda, no debes preocuparte. Esto solo te pasa por ser mujer. Las mujeres somos así. Les ponemos a los hombres normas, normas que ellos acatan por complacernos. Pero eso es solo una fachada, una forma de mentirnos a nosotras mismas. Lo que realmente queremos, es que no respeten nuestras normas. Lo que realmente queremos, es que hagan lo contrario a aquello que les decimos». Todo eso podía ser verdad o no, podía ser que les pasara a todas las mujeres, o pasarle solo a ella. Pero la verdad era, que ese tipo de pensamientos, conseguían que se sintiera más tranquila.

Por enésima vez, desvió la mirada hacia la puerta. Lo venía haciendo toda la noche.

Intentó integrarse en la conversación. En ese momento se percató de que uno de los oficiales médicos había clavado la mirada en ella. Era un hombre bajo, al igual que el comandante Beck, lucía los galones de comandante en su guerrera. Tenía el rostro alargado, un pelo rubio con un corte que recordaba al del Führer. Llevaba gafas, y tras ellas, se escondían dos pequeños y astutos ojos azules, ojos perspicaces, una mirada que le proporcionaba el aspecto de un hombre muy inteligente. Continuamente, se llevaba la copa a la boca y bebía pequeños sorbos de champán. Luego le sonreía. Hedda le devolvía una sonrisa fingida. Había elegido. No era ni mucho menos el hombre más atractivo de los cinco oficiales médicos, pero tenía algo que lo hacía muy interesante, distinto de los demás. Una especie de aura. Un aura crepuscular.

El hombre se levantó, dejó la copa sobre una de las mesitas y caminó hacia la radiogramola. Hedda se levantó del sillón y lo siguió. Había que hacerlo, así que cuanto antes, mejor.

El hombre cogió los discos entre sus manos y empezó a pasarlos, uno a uno. Se

acercó a él. El hombre levantó la vista y la miró, con esos ojos perspicaces.

—Esta música es tan aburrida como nuestra conversación. Cambiemos de disco —dijo, sin dejar de sonreírle.

«Una sonrisa amarga, tan amarga como la del comandante Beck», pensó Hedda.

El hombre continuó pasando los discos. Se detuvo en uno. Un disco de *Odeon. Esto no puede ser el fin del mundo.*

—Este, es de la película *El gran amor*. Una película maravillosa, nos hizo disfrutar mucho cuando nos la pusieron en...

Hedda le arrebató el disco de las manos. El hombre la miró sorprendido.

—No, este no. No me gusta. Aunque la música pueda parecer alegre, la letra es sombría, la historia de una mujer torturada, un vals macabro. Encontraremos otro mejor.

—Como usted quiera —dijo el comandante médico, y siguió pasando los discos.

Hedda no podía, no quería volver a escuchar esa canción. Ese fue el disco que eligió el comandante Beck, el vals que los dos bailaron. La melodía de esa canción le recordaba al comandante. En ocasiones, se había sorprendido silbándola o tarareándola sin darse cuenta. Alguna noche, antes de que Mitzi durmiera con ella, la había bailado en su habitación, con un acompañante fantasma. Después, como penitencia, había pasado un largo rato contemplando el retrato del Führer y leyendo partes del *Mein Kampf*.

A un lado de la radiogramola había un viejo armario. Tenía dos cajones, con un pequeño pomo dorado cada uno. Hedda se agachó y abrió uno de los cajones. Dentro solo había un florero de porcelana blanca abandonado y algunos ejemplares atrasados de *Das Schwarze Korps*. Dejó allí el disco, apoyado en una pared del cajón. No quería escucharlo nunca más, ni esa noche, ni ninguna otra. Allí estaría bien. Por el polvo acumulado en su interior, daba la impresión que nadie abría nunca esos cajones.

Se incorporó y volvió a concentrarse en la búsqueda del disco.

—¿No le gusta la voz de la señorita Leander? —preguntó el hombre, sin mirarla.

—Sí, me gusta mucho. Pero no en ese vals —contestó Hedda.

—¿Y este?

Era un disco de *Imperial. No solo se llora por amor.*

—Este estará bien —dijo Hedda. Le arrebató al hombre el disco de las manos y lo colocó en la radiogramola. Apoyó delicadamente la aguja sobre el disco.

Extendiendo su mano hacia ella, el hombre le dijo:

—No me he presentado, me llamo Hans Dorf. Comandante médico ss Hans Dorf. Hedda estrechó la mano del hombre.

—Mi nombre es Hedda. Hedda Weiss.

—Hedda, un nombre muy bonito. Hace justicia a una mujer tan bella como usted.

*... No solo se llora por amor.  
No eres el único sobre la tierra.  
Hay tantos en este mundo.  
Amo a cada uno, el que me gusta.  
Y por eso quiero hoy pertenecerte.  
Tú debes jurar con fidelidad y amor.  
Si yo también lo siento, entonces debe ser mentira.  
Miento también y soy tuya...*

Mientras la voz de Zarah Leander inundaba la habitación a ritmo de *Csárda*, Hedda había vuelto a dirigir la mirada hacia la puerta, esperando que esta se abriera y que la distinguida figura del comandante Beck apareciera tras ella, se quitara la nieve acumulada en las hombreras de su abrigo de cuero negro, y lo entregara a uno de esos mayordomos de las ss que hacían guardia permanente junto a la puerta. Luego, se quitaría sus guantes negros y se llevaría una de sus manos a la gorra de plato, haciendo ese gesto de saludo que a Hedda tanto le gustaba...

—¿Señorita? ¿Señorita?

—Perdone, no sé lo que me pasa esta noche, estoy un poco despistada —contestó Hedda, saliendo de su ensoñación.

—¿Le apetece una copa de champán? —dijo el comandante Dorf, mirándola con ojos curiosos.

—Sí, por favor.

—Espéreme un momento, ahora vuelvo.

El comandante médico caminó hacia uno de los mayordomos de las ss que repartía la bebida con uno de esos carritos con ruedas.

Hedda volvió a mirar hacia la puerta, una vez más. Pero esta no se abrió, permanecía cerrada. Permaneció cerrada durante toda la velada.

---

\* \* \*

---

*Clic. Clic. Clic.*

Hedda se despertó sobresaltada al escuchar ese sonido metálico. Cubrió su cuerpo con la sábana.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Hedda.

El comandante Hans Dorf jugueteaba con su pistola Luger, sacando e introduciendo el cargador. Estaba recostado en la cama, tenía el torso desnudo. La miró de forma extraña con sus pequeños ojos perspicaces.

—Ya lo ve, juego con ella. Últimamente lo hago muy a menudo.

—Me gustaría que guardara eso en mi presencia, comandante Dorf.

—¿Por qué? ¿Le da miedo? Ah, claro, usted no está acostumbrada a la muerte. Debe ser eso.

Hans Dorf lanzó una fuerte carcajada. Tiró su cabeza hacia detrás. Se mesó el pelo.

—Está diciendo cosas muy raras, comandante. Lo mejor será...

—Usted no sabe nada. Nada de nada. Claro, es normal. Aquí están aislados. No se enteran de nada.

La curiosidad. Ese día Hedda Weiss acabó conociendo realmente el precio de la curiosidad. Realizó una pregunta que lamentaría el resto de su vida. A partir de ese día, Hedda Weiss dejaría de ser una chica curiosa.

Hacía frío, estaba amaneciendo. La estufa se había apagado. Se refugió todavía más entre las sábanas.

—¿Y qué deberíamos saber, comandante Dorf? Sabemos lo suficiente. Sabemos que la guerra no va bien, sobre todo en el frente oriental, pero también sabemos que el Führer...

—La guerra es el menor de nuestros problemas, créame, señorita Weiss. El menor de nuestros problemas.

Otro *clic*. Y otro. Y otro más.

—Las cosas que hemos hecho. Las cosas que estamos haciendo. La muerte, señorita Weiss. La destrucción. Ese es realmente nuestro problema. El peor de nuestros problemas.

«El espíritu del comandante Beck ha entrado en la habitación» pensó, para sus adentros. «Es como un virus, se propaga». «Otra vez Aubry-en-Artoise, o algo parecido».

—Pero usted es médico, comandante Dorf. Usted salva vidas. Salva a personas que van a morir. ¿Dónde está destinado? ¿En el frente oriental?

Otra carcajada demente.

—Es admirable su ignorancia, señorita. Yo no soy como el teniente coronel Oertl, él dirige una maternidad, él ayuda a que la vida crezca, se propague. Yo la destruyo, señorita Weiss. Yo destruyo la vida. Hace años que lo llevo haciendo. No estoy destinado en el frente oriental, ni en el occidental, ni en ningún otro frente de esta maldita guerra. Ojalá, ojalá estuviera destinado en algún frente. Estoy destinado en un campo cerca de Celle. En la patria.

—¿En un campo?

—Sí, en un campo. En un campo de la muerte. Su nombre es Bergen-Belsen.

—¿Un campo de la muerte? ¿Qué es un campo de la muerte?

Sin hacer caso a su pregunta, con la mirada perdida en su arma, el comandante dijo:

—Yo fui preparado para dar vida, para ayudar a que la vida floreciera. Soy un

experto en reproducción. Pero terminé haciendo todo lo contrario. Todas esas chicas, esas pobres chicas...

—¿Qué hace en ese lugar, Bergen Berg...?

—Bergen-Belsen. Hasta su nombre resulta siniestro. Claro que donde estaba antes todavía era peor.

—¿Qué hacen en ese lugar, comandante?

—Practicamos abortos. Y esterilizaciones. Esterilizaciones en masa.

—¿Abortos? Pero eso es algo ilegal, ¿no? Eso está prohibido...

—Para mujeres arias como usted, señorita Weiss. Para mujeres como las que hay aquí, en Marbach Heim. «Jóvenes arias perfectas, sin enfermedades hereditarias, de sangre pura. Las doncellas arias». ¿Así las llaman, no? Pero no está prohibido para esas pobres desgraciadas a las que les practicamos abortos y esterilizamos. A ustedes las fecundan para traer niños a este mundo, niños arios perfectos, los niños del mañana. A esas pobres chicas les matamos a sus niños, o lo que es peor, impedimos que los tengan. Y todo en nombre del Estado, señorita Weiss. ¿Se da usted cuenta? ¡Somos como Dios! ¡Jugamos a ser Dios! ¡Suplantamos su capacidad para crear y destruir! ¡Dios ha muerto, ahora Dios es el Estado nacionalsocialista!

Silencio. *Clic*, otra vez ese sonido metálico. El cristal de la ventana vibraba. Una fuerte ventisca se estaba abatiendo sobre la maternidad de Marbach Heim. «Para, Hedda, para ya. Levántate, vístete y vete de la habitación. Ese hombre está loco, debe de estar loco. La guerra le ha hecho enloquecer. Vete y comunícale todo esto a la señorita De Mezary». Ay, Hedda, la curiosidad...

—¿Y quiénes son esas chicas? ¿Esas chicas sobre las que practican abortos y esterilizaciones?

—Judías, rusas, polacas, checas. «Razas inferiores» las llamamos, ¿no? ¿No se lo han enseñado a usted así? A nosotros nos las definen con terminología médica. «El bacilo judío». «Estamos eliminando el bacilo judío, comandante Dorf. El mundo nos lo premiará». Tendría usted que verlas. Abortamos a sus niños en todos los estados del embarazo. Yo he sacado fetos de siete meses. Las pobres se tumban allí, les arrebatamos la vida que llevan dentro, y cuando la operación termina, sonrían aliviadas. ¿Me está escuchando? ¡Sonríen! Porque podría ser peor, porque ellas piensan que las vamos a matar. Luego, nosotros salimos al exterior del barracón médico, fumamos y contamos chistes. «¿Saben cuál es el último chiste que circula por Berlín?». «¡Cuál!», exclama el capitán Hanke. «¡Cuéntalo! ¡Cuéntalo!», dice el comandante Eisler. «Un profesor le pregunta a un alumno: ¿Cómo es el hombre ario perfecto? Y el alumno contesta: alguien que sea tan delgado como Göring, tan esbelto como Goebbles, con los ojos tan azules como Himmler y tan rubio como Hitler». «¡Ja, ja, ja, ja!», todos reímos hasta llorar. De uno de los barracones sale un grupo de niñas. ¡Niñas! Las *Aufseherin* las empujan y las golpean, porque las chicas van

descalzas y la nieve congela sus pies. Algunas caen al suelo, las *Aufseherin* las levantan a patadas. «Carnaza, chicos, carnaza nueva», dice el capitán Hanke. «¿Cuándo llegaron estas, ayer?», pregunta Eisler. La *Aufseherin* llega hasta nosotros. «Esterilización, caballeros», dice. Se llama Gudrum. Las niñas pasan dentro del barracón médico. «¡Desnúdense!», grita Gudrum. Las chicas obedecen. Nos ponemos los guantes clínicos. Vamos a ver cómo lo hacemos hoy. Ahora nos hemos vuelto más crueles. Al principio solíamos alterar sus comidas con productos químicos con altas dosis de toxicidad. Claro que los efectos eran igual de devastadores: tenían dolores horribles, hemorragias internas. Sus bocas se llagaban. Poco a poco, sus ovarios se iban muriendo. Luego les quedaba una amenorrea irreversible, crónica. Algunas tenían suerte, su sufrimiento duraba poco. Morían en su puesto de trabajo. Pero otras... ahora la cosa es peor. Esas niñas de quien le hablo tienen nueve o diez años. Cuando están allí, tumbadas, en las sucias mesas del barracón médico, desnudas y temblorosas, solemos preguntarles cómo se llaman: «Martha, Esther, Rachel», contestan. Casi siempre se llaman igual: «Olga, Nadia, Katia». Nosotros les sonreímos. «Tranquilas, no os vamos a hacer daño». Pobres infelices. Yo extirpo sus ovarios con rayos X. Es doloroso, muy doloroso. Lo del capitán Hanke suele ser peor. Es un médico viejo, antes de la guerra ejercía la profesión en Dresde. Él las suele abrir en canal, y les extirpa los ovarios con bisturí. «Nada como los viejos métodos, caballeros», suele decir. Cuando terminamos, las *Aufseherin* obligan a las chicas a regresar a sus barracones a pie. Nosotros salimos fuera del barracón, nuevamente a fumar. Las vemos caminar sobre la nieve, tambaleándose, atontadas. «¡Venga, vosotras, parece que vais borrachas!», ladra Gudrum. Muchas dejan un reguero de sangre tras de ellas, otras se desploman sobre el suelo nevado. Las *Aufseherin* las intentan levantar, pero ellas vuelven a desplomarse, no pueden caminar. Las dejan allí, luego volverán a recogerlas con un carretillo. «¿Saben el último chisme del que me enteré cuando visité a mi familia en Frankfurt?», dice el enfermero Franz. «Cuenta, cuenta», dice Hanke. Seguimos fumando. Esa mañana tenemos más trabajo. Ha llegado un tren procedente de Riga. Trae a algunas prostitutas del *Sonderbauten*, el prostíbulo del campo. Han quedado embarazadas de oficiales alemanes. No se puede consentir que esos niños nazcan. Nos toca otra vez practicar abortos.

Hedda había clavado su mirada en el rostro del Führer. Pasó algo curioso mientras el comandante Hans Dorf hablaba. Por un momento dejó de reconocer ese rostro. Le pareció desconocido, como si nunca antes lo hubiera visto. Como si fuera algo nuevo para ella.

Se levantó de la cama, estaba tan impresionada que ni siquiera se dio cuenta de que estaba desnuda. Hedda tenía relaciones con esos hombres, pero nunca había dejado que miraran su cuerpo. Ahora, parecía no importarle. Era insignificante, eso era algo insignificante.



Llegó a la ventana. Había amanecido sobre Marbach Heim. La ventisca hacía casi imposible ver el bosque. El farolito de cristal que había junto a la ventana, chirriaba de una forma estridente, parecía que iba a ser arrancado por la furia del viento. «Más allá de este bosque están sucediendo cosas, señorita Weiss». La voz del comandante Beck había regresado a su cabeza. «¿Usted sabía cosas, verdad comandante? ¿Qué cosas sabía?».

*Clic. Clic. Clic.*

Hedda se llevó las manos a los oídos.

—Por favor, deje de hacer ese ruido.

El ruido cesó.

—Eso que ha contado se hace contra razas que ponen en peligro el futuro de la raza aria, del pueblo alemán. La señorita De Mezary dice...

—Yo lo he hecho con jóvenes alemanas, señorita. Tan alemanas como usted.

—¿Cómo?

—Antes de Bergen-Belsen estuve en otros lugares. Después de promulgarse la ley de esterilizaciones de 1933, me destinaron al sanatorio de Hadamar. En esa institución trabajamos en el programa *Aktion T-4*. Allí no había mujeres judías, rusas o polacas. Bueno sí, practiqué abortos a algunas chicas judías que se habían saltado las normas raciales, quedando embarazadas de jóvenes alemanes. Pero esos casos fueron los menos. Casi todos los «pacientes» de Hadamar eran alemanes. Pero no se preocupe, no eran como usted. Ni como yo. Eran el «lastre de la patria», ¿entiende?

—No, no entiendo. Tampoco entiendo por qué me está contando todo esto.

—Porque usted quería saber, jovencita. Su deseo está cumplido.

—¿A qué se ha referido con eso de «lastre de la patria»?

Ay, Hedda, la curiosidad...

—Yo me dedicaba en Hadamar a aplicar a rajatabla la Ley de Prevención de Descendencia para Enfermedades Hereditarias. A las chicas que acudían embarazadas, teníamos que practicarles abortos. A las que no lo estaban, las esterilizábamos. Esa era la ley, y así la cumplíamos.

—Pero no ha contestado a mi pregunta. ¿A qué se refería con «lastre de la patria»? ¿Quiénes eran esas chicas?

—Retrasadas mentales, esquizofrénicas, depresivas maniacas, epilépticas, ciegas, sordas, alcohólicas severas, aquellas que tenían deformidades físicas importantes... Todas aquellas mujeres que enfeaban nuestro concepto de la patria. Inservibles. Un lastre económico para el pueblo y el Estado. ¿No lo definió así nuestro glorioso y amado Führer? Todas esas chicas estaban incapacitadas para tener niños, según la ley. Según nuestra ley. Pasé más de seis años realizando esas prácticas, realicé miles de abortos, miles de esterilizaciones. Pero luego todo empeoró. Empeoró a partir de 1939, con la Ley de Eutanasia Forzada. Ya no hacía falta que les provocáramos

abortos o que las esterilizáramos. Directamente se ordenó que las elimináramos. Aún me acuerdo de aquellas conferencias que mantuvimos para coordinar las operaciones de eliminación. Allí tuve el honor de conocer a grandes celebridades en el mundo de la eugenesia: Rudolf Brandt, Fritz Fischer, Karl Gebhardt, Friedrich Menecke. Cambiamos el discurso, señorita Weiss. Nos volvimos finos, selectos, nos «humanizamos». Se nos prohibió hablar en términos como «existencias indeseables», para pasar a hablar de «muerte por compasión». ¿No le parece precioso? Qué bello término, «muerte por compasión». Se incluyeron a algunos pobres desgraciados más, como a los «asociales», prostitutas y personas de ese estilo. Cuando empezó la guerra, también se unieron soldados al programa, incluso algunos de las ss. Soldados «mentalmente incapacitados». Al «lastre» de la patria, se le añadió el «lastre» de la guerra.

Hedda empezó a sentir ganas de vomitar. Su cuerpo estaba allí, desnudo, junto a la ventana. Pero su mente, no. Se había perdido, no sabía dónde, pero se había perdido. *Clic*. Otra vez ese ruido metálico. Ya ni siquiera le molestó. Posiblemente no lo escuchara.

—Dejé de practicar abortos y esterilizaciones, para pasar a hacer inspecciones médicas. Cuando todos esos pobres desgraciados llegaban a Hadamar, lo primero que hacíamos era robarles. Sí, escucha bien, los saqueábamos, incautábamos todas sus pertenencias. Después del saqueo, llegaba mi turno. Me los enviaban a lo que llamábamos «zona de reconocimiento». Éramos seis médicos, ayudados por un equipo de diez enfermeras. Nuestra misión consistía en localizar en ellos cualquier tipo de enfermedad o patología con el fin de poder luego justificar ante sus familiares las causas de su muerte. Los expedientes de cientos, de miles de los fallecidos en Hadamar llevan mi firma. Todos ellos eran alemanes, señorita Weiss. Tan alemanes como usted y como yo. Solíamos hacer esto por grupos. Cuando terminábamos el reconocimiento, los conducíamos hacia...

—Por favor, pare ya —dijo Hedda, con voz entrecortada.

—Usted quería saber.

—Yo, creo que no me encuentro bien...

—Como le decía, los conducíamos hacia «el baño», a través de una oscura red de galerías que llamábamos «la esclusa». Como los pobres iban desnudos, les decíamos que iban a las duchas para asearse. No les engañábamos del todo. Cuando llegábamos al «baño», los dejábamos en manos de los «químicos». El «baño» era una habitación abovedada, el techo y las paredes eran de un color blanco amarillento. El suelo de baldosas ajedrezadas. Estaba iluminado por una bombilla que emitía una luz mortecina. Una red de tubos metálicos cruzaba la estancia, y de esos tubos estaban prendidas las duchas. Los «químicos» indicaban a los desgraciados que se colocaran debajo de las duchas, y ellos obedecían, como obedece un perrito faldero. Cuando el

grupo estaba dentro e instalado, se cerraban herméticamente las puertas. Se apagaba la luz y se encendían las duchas. Pero de esas duchas, no salía agua. Salía monóxido de carbono. Un olor fétido lo inundaba todo. La muerte era lenta, dolorosa. Sus gritos se escuchaban por todo el complejo. Al principio, las enfermeras y nosotros nos tapábamos los oídos para intentar no escuchar la agonía de esas pobres gentes. Pero luego, nos acostumbramos. Podíamos mantener cualquier conversación a pesar de los gritos, sin ni tan siquiera inmutarnos. Con el tiempo, los métodos de eliminación se volvieron más limpios. Tras mucha investigación, se encontró un tipo de gas que convertía la operación en más rápida, y menos dolorosa para los sentenciados. He podido saber que ese método se trasladó luego a los campos de la muerte que tenemos en el Gobierno General, para aplicarlos contra los judíos. Sé que algunos de los «químicos» de Hadamar transportaron esa tecnología hacia el Este. Una vez que se comprobaba que todos habían muerto, entraban en «el baño» y retiraban los cadáveres. Los conducían hasta el crematorio, para incinerarlos. La chimenea de Hadamar nunca se detenía, ni por el día, ni por la noche. Ese humo negro, ese olor a carne quemada... ese olor impregnaba Hadamar, señorita Weiss. Todo olía así, todos olíamos así. Todo el mundo veía la chimenea, todo el mundo sabía lo que pasaba. Cuando los cuerpos estaban convertidos en cenizas, se recogían, se introducían en urnas de madera de nogal y se enviaban a sus familias, acompañados por mis expedientes, en los que yo había inventado la causa de su muerte. «Parada cardíaca, a consecuencia de su dolencia de... o hemorragia intestinal, producida por la ingesta de...». Nadie se lo creía, todo el mundo sabía por qué habían muerto. Fue entonces, cuando los católicos y ese obispo de Münster se enfrentaron al omnipotente poder del Führer. Ya lo habían hecho con la ley de esterilizaciones. Y con los abortos. Es triste, pero solo ellos protestaron, solo ellos levantaron la voz. La presión fue tan fuerte que, en 1941, el Führer se vio obligado a claudicar y retirar la Ley de Eutanasia Forzada. ¿Pero qué cree usted, que la eliminación de ese «lastre de la patria» se detuvo? ¡No! Inventamos nuevos métodos, en nuevos lugares. *Aktion T-4* pasó a ser un proyecto secreto, furtivo, oculto al pueblo alemán. Muchos de nosotros fuimos trasladados, por ejemplo, yo. Me enviaron a Pomerania, cuando la cámara de gas de Hadamar se cerró. A un lugar llamado Meseritz-Obrawalde.

—¿Qué ha dicho? —hasta ese momento, Hedda había permanecido durante todo el relato del comandante de espaldas a él, paseando su vista por el bosque de Marbach. Pero al escuchar ese nombre se giró bruscamente hacia Hans Dorf.

—Meseritz-Obrawalde, no está lejos de aquí...

—¿Pero ese lugar no era un sanatorio de reposo para...?

Otra carcajada del comandante Dorf, acompañada de otro *clic*.

—No, ese lugar era como Hadamar, solo que lo que allí hacíamos no era conocido por nadie. Y los métodos también eran diferentes.

—Una chica de aquí, de Marbach Heim, fue a ese sanatorio. La envió el teniente coronel doctor Oertl. Se llamaba Hildegard Meier.

—¡Claro! Por eso me resultó tan familiar este nombre, Marbach Heim, cuando nos dijeron que veníamos aquí...

—¿Qué pasó con Hildegard Meier?

—Lo recuerdo muy bien, yo llevé el caso de esa chica, sí, sí, sí, Hildegard Meier. Yo hice su expediente...

Hedda volvió a girarse hacia el bosque de Marbach. No podía mirar la cara de ese hombre. No la podía mirar.

—¿Qué pasó con Hildegard Meier?

—Los cristianos creen en Dios, señorita Weiss. Yo no creía, pero ahora sé que tiene ojos...

—¿Qué pasó con Hildegard Meier? —volvió a repetir Hedda.

—Era una chica muy guapa, era tan guapa... Claro, debí suponer que llegaba de uno de estos lugares...

—¿Qué le hicieron?

—Llegó de noche, recuerdo muy bien que aquella noche diluviaba sobre Meseritz-Obrawalde. Yo estaba de guardia. No hizo falta que la examináramos, había caído en un trance catatónico irreversible, al menos así constaba en los informes médicos que la acompañaban. Era un caso de eliminación rápida, un caso limpio. ¿Sabe usted que a veces las paredes se llenan de ojos? Nos miran, esos ojos nos miran, yo los he visto...

—¡Déjese de tonterías, comandante Dorf! ¿Qué le hicieron a Hildegard Meier?

—Está bien, está bien, no se ponga nerviosa —*clic*—. La trasladamos directamente a la sala de expiración. En ese lugar solíamos eliminar a esos desgraciados haciéndoles ingerir fármacos en las comidas, o bien les hacíamos beber una cucharada de Veronal disuelta en agua. Pero claro, esa chica estaba inmóvil, no respondía a ningún estímulo externo, ni siquiera pestañeaba. Así, que junto con una enfermera llamada Eva, decidimos inyectarle el Veronal en vena. Lo hice yo, por supuesto, las enfermeras no podían intervenir en esas cosas...

—¡Dios mío! Hildegard...

—Su muerte fue muy tranquila. Yo controlé su pulso mientras el Veronal hacía efecto. Luego, cuando dejé de sentirlo, cerré sus ojos. Tenía unos bonitos ojos azules. Después, redacté el expediente que enviaríamos a su familia. Lo recuerdo muy bien, porque no tuve que inventar ningún motivo para su muerte. El motivo venía ya redactado por dos eminentes psiquiatras de Königsberg, solo tuve que copiarlo...

—¡Basta! —gritó Hedda. Su rostro estaba cubierto de lágrimas.

—Usted quería saber.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

—¿Usted ve los ojos? Yo sí, veo los ojos en las paredes, los veo todas las noches... —*clic*.

Hedda se llevó las manos a los oídos. La ventisca arreciaba sobre Marbach Heim.

—¡Cállese! ¡Cállese de una vez!

—¿Serán los ojos de Dios? ¿Usted cree que Dios puede tener tantos ojos? ¿Por qué me miran tantos ojos desde esa pared de enfrente? —*clic*.

—¡Váyase! ¡Por favor, vístase y váyase!

Hans Dorf se llevó la pistola a la boca.

—¡No me ha oído! ¡Váyase! ¡Váyase!

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Hedda.

Un disparo.

Estaba inmóvil. Empezó a temblar. No quería volverse, no quería mirar. No quería mirar lo que había sobre la cama.

Pasos en el pasillo. Ruido de botas. Botas militares.

Seguía con las manos tapando sus oídos. El *clic* había cesado. La voz de ese hombre llamado Hans Dorf había cesado. La habitación olía a pólvora. Seguía temblando. Sus ojos se movían de un lado a otro. El bosque de Marbach se había convertido en una gran sombra.

La puerta se abrió.

Dos personas entraron en la habitación. Reconoció a uno de ellos por la voz. Porque no se quería volver. No quería ver lo que había sobre la cama.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Maldito hijo de puta!

Era la voz del capitán Elsner.

—¡Señorita Weiss! ¡Señorita Weiss! ¿Está bien?

Era la voz de Honelore de Mezary.

—¡Sáquela de aquí! ¡Rápido, cúbrala con algo y sáquela de aquí! —bramó el capitán Elsner.

Honelore de Mezary abrió el cajón de uno de los armarios y sacó de él una sábana limpia. Con ella, cubrió a Hedda.

—Vámonos, señorita Weiss. Salgamos de aquí. No mire, no mire hacia la cama.

Llevando a Hedda como si fuera una autómatas, las dos mujeres salieron de la habitación.

—¡Hijo de puta! ¡Maldito hijo de puta! —volvió a repetir el capitán Elsner.

---

\* \* \*

---

Recorrieron el pequeño tramo de pasillo que comunicaba el área de procreación con el dispensario del ala roja.

Sombras. Para Hedda Weiss, ese camino solo estaba poblado por sombras.

Sombras eran las luminosas luces del techo del pasillo, una sombra era el gran ventanal. Sombras, un grupo de oficiales que pasaron junto a ellas, en dirección a la habitación del área de procreación. Sombras, las enfermeras que entraban y salían del dispensario. Una sombra, la enfermera jefe Schneider cuando corrió hacia ella y ayudó a que entrara en el dispensario.

Retiraron la sábana y la acostaron en una cama. Una sombra, la señorita De Mezary con un vaso de agua y una pastilla, que entregó a otra sombra, la enfermera Schneider.

—Tómese esto, señorita Weiss.

Levantó obediente la cabeza. La sombra introdujo una cápsula en su boca. Luego le dio un trago de agua. Volvió a recostar la cabeza en la almohada.

Dos sombras, el rostro de la señorita De Mezary y de la enfermera Schneider sobre su rostro.

—Descanse, señorita Weiss. Descanse.

Cerró los ojos. Estaba cansada, muy cansada. Muy, muy, muy cansada.

La sombra fue creciendo y creciendo.

Hasta que lo ocupó todo.

---

\* \* \*

---

El viaje por las sombras de Hedda Weiss comenzó cuando ascendía por la gran escalera de la tribuna, frente a la Casa del Arte Alemán, aquel día de finales de otoño de 1939. Subía con un ramo de rosas rojas en sus manos, en compañía de otra chica, una chica llamada Inge Kastrup. Sabía que al final de aquella escalera la esperaba el Führer, el Führer en persona. Sin embargo, no recordaba que esa escalera fuera tan grande, porque por más peldaños que subían, nunca parecían llegar al final. Hedda recordó que cuando subió esa escalera por primera vez, la imagen del Führer era visible desde el primer peldaño, mientras que ahora no se distinguía lo que había al final de aquella escalera. Era algo oscuro, tan oscuro como la boca de un lobo, tan oscuro como un bosque profundo y tenebroso. Como el interior del bosque de Marbach. *Clic*.

Hacía frío. Estaba oscuro. Else Kruger la miraba con su rostro destrozado por las dentelladas de los doberman. Estaba sentada sobre su tumba, esa tumba pedida en el interior del bosque. Entre sus manos llevaba la rosa roja que Hedda había depositado sobre su tumba el día de su entierro.

—Busca refugio en el comandante Beck, Hedda, porque de lo contrario, los doberman te devorarán. Como me devoraron a mí.

Su boca se abrió todo lo que era posible, en una especie de carcajada macabra. Grandes bocanadas de tierra caían de ella. Su mandíbula parecía que iba a partirse en

dos, cuando hizo ese sonido que tanto aterrizzaba a Hedda.

*Clic.*

El cuerpo de Else Kruger era un bulto retorcido en el interior de un camión militar. Hedda caminaba junto al comandante Beck, acercándose lentamente al camión. El comandante le había dicho que no mirara dentro, que no levantara la manta que cubría ese bulto retorcido. Pero Hedda era curiosa.

—Usted quería saber —dijo el comandante Beck, con la voz del comandante Dorf.

Hedda levantó la manta.

Los ojos suplicantes de una niña la miraban. Llevaba en su mano una sucia y vieja muñeca de trapo. Sobre ellas, un cielo grisáceo, un cielo plomizo, parecía querer devorarlas. El suelo era un barrizal fangoso, y en el barro, había clavado un sable.

—*J'ai peur* —dijo la niña de los ojos suplicantes.

—*Sie müssen nicht befürchten, mich* —contestó Hedda.

—*Oui, parce que les enfants n'ont d'yeux* —la niña señaló tras ella.

—*Weil sie keine Augen haben?*

La muñeca cayó al suelo. La niña seguía señalando tras ella. Hedda pudo ver que a la muñeca le faltaban sus ojos de trapo.

—*Vous le savez* —contestó la niña. Dos lágrimas cayeron de sus ojos.

«Los niños no tienen ojos. Usted lo sabe». Pero ¿qué estaba diciendo esa niña? Hedda se giró.

Estaban allí. Los treinta niños polacos, con Wolfgang e Inge a la cabeza. Y Mitzi. Y los niños de Lene y de Anna. Y otros niños de la maternidad.

Todos estaban formados como si fueran a salir de excursión por los senderos del bosque en un bonito día de verano. No tenían ojos. Mitzi, los niños de Lene y Anna y los otros niños de la maternidad tenían sus cuencas vacías y oscuras.

—¡Usted lo sabe! —gritaron, señalando a Hedda.

Wolfgang, Inge y el resto de niños polacos tampoco tenían ojos, pero en su lugar, grandes cuajarones de sangre cubrían sus cuencas oculares. Como si sus ojos hubieran sido extirpados.

—*Zorientujesz!* —gritaron a su vez, señalando a Hedda.

—¿Por qué me miran todos esos ojos desde la pared de enfrente? *Clic.*

Estaba en la habitación. Era la voz del comandante Hans Dorf. Hedda no quería girarse, no quería ver lo que había sobre la cama.

Ay, Hedda, la curiosidad...

Se dio la vuelta. Aquel era un lugar extraño, nunca antes había estado allí. Era una sala abovedada, con las paredes y el techo de un color blanco amarillento. El suelo era de baldosas ajedrezadas. El techo estaba cubierto por unos tubos metálicos, de los que prendían una especie de duchas. Una bombilla pelada que emitía una luz

mortecina era la única iluminación de la estancia. Una bombilla que se bamboleaba de un lado a otro.

Olía muy bien. Un olor a lirios. Un agradable y sugerente olor a lirios.

Honelore de Mezary estaba frente a ella. La miraba con esos ojos que la desconcertaban, que la hacían ponerse nerviosa.

«Que no se acerque, Dios mío, que no se acerque».

La *Helperin* instructora hizo un elegante movimiento con sus brazos enguantados. Sonrió, con esa sonrisa que la ponía nerviosa.

—Hedda Weiss, la mejor de mis doncellas, la primera de mis reinas.

Se llevó las dos manos al velo negro que cubría la mitad de su rostro. Subió el velo. Caminó hacia Hedda.

«Que no me toque, Dios mío, que no me toque».

En mitad de la habitación, Honelore de Mezary se detuvo. Elevó los brazos y, mientras giraba sobre sí misma, dijo:

—¡Bienvenida a la cámara de gas de Hadamar, señorita Weiss! ¿Verdad que es un lugar encantador?

A cada paso que daba, se acercaba más a Hedda, que se había protegido en la pared de baldosas blancas amarillentas.

El olor a lirios se hacía más intenso. Honelore de Mezary puso una de sus manos sobre el rostro de Hedda. Lo acarició, haciendo descender uno de sus dedos hasta el cuello. Sintió el aliento de la mujer en su rostro. Pudo ver, muy de cerca, sus delicadas facciones, su piel aterciopelada. El olor a lirios parecía emerger de ella, nacer de su interior. Estaba inmóvil, completamente inmóvil, ante esa visión. La mirada luminosa de los ojos de Honelore de Mezary provocaba destellos azulados. Pensó que nadie que contemplara ese rostro podía no sentir que estaba ante una obra suprema de la naturaleza.

—Hedda Weiss Steinbauer. ¿Verdad que te gustaría verme desnuda?

No contestó, no podía ni articular palabra. Sudaba, todo su cuerpo estaba envuelto en sudor. En ocasiones le pasaba. La *Helperin* instructora volvió a preguntar, con su enigmático y sugestivo acento:

—¿Verdad que te gustaría verme desnuda?

La luz se apagó. Las duchas se encendieron. Hedda sabía lo que saldría por esas duchas. Un halo de niebla con olor a lirios.

La luz regresó. Hedda lo sintió, aunque tenía cerrados los ojos. La señorita De Mezary había desaparecido. En su lugar, frente a ella, había otra cosa.

—Querías saber. Tu deseo está cumplido —dijo la voz del comandante Dorf. *Clic*.

Un doberman. Frente a ella, solo había un doberman, un doberman grande, muy grande, un doberman que no paraba de ladrar, mientras grandes espumarajos de baba



caían de su boca. Un doberman con olor a lirios.

En un lado de la habitación había una camilla, iluminada por una potente luz. El doberman seguía ladrando. Una enfermera llevaba en su mano una bandejita plateada y, en su interior, una jeringuilla. El comandante Dorf tomaba el pulso a una joven, una joven muy bella, tumbada en esa camilla, cubierta por una sábana blanca. Hildegard Meier. El doberman seguía ladrando.

—Ya está —dijo el comandante Dorf, mirando a la enfermera.

El comandante se inclinó sobre la chica.

—Qué bonitos son sus ojos. *Clic*.

El comandante pasó su mano por los ojos de la chica y los cerró. Pero Hildegard Meier volvió a abrir sus ojos. Se incorporó de golpe en la camilla y miró a Hedda.

—Hedda, ¿dónde está Hilde, mi niña? ¿Qué habéis hecho con ella?

No pudo contestar. El doberman daba grandes saltos, parecía haber enloquecido. Se abalanzó sobre Hedda. Esta intentó protegerse cubriéndose con sus brazos el rostro.

La mano del comandante Beck acariciaba suavemente la suya. La otra mano del comandante estaba puesta en su cintura. Estaban bailando, un vals, un vals macabro.

*Esto no puede ser el fin del mundo, se ve a veces tan gris*

—Usted lo sabía, comandante Beck. Sabía todas esas cosas.

—Usted quería saber, señorita Weiss. Yo le dije que bailara, que se dejara llevar.

—¿Por qué no me dejé llevar?

—¿Podemos elegir, señorita Weiss? ¿Acaso podemos elegir entre dejarnos llevar, o ser llevados?

Estaban bailando en los lindes del bosque. Bailaban bajo un bonito cielo azul. La casa del bosque de Marbach estaba tras ellos. Los niños jugaban, las enfermeras entraban y salían, las comadronas se tomaban un descanso. Las banderas eran mecidas por el cálido viento.

—¿Usted no eligió, comandante Beck?

Un destello cegó momentáneamente los ojos de Hedda. Un destello que provenía de la calavera plateada incrustada en la gorra de plato del comandante.

—Sus ojos ya lo han visto, señorita Weiss. No pude elegir.

—¿Por qué le salvó la vida el Führer, comandante?

—¿No ha tenido bastante, señorita Weiss? ¿Todavía quiere torturarse más?

—¿Es algo tan terrible como lo del comandante Dorf, para que no lo pueda contar?

—Tuerce el corazón de los hombres, señorita. Se ancla en su voluntad. Desgarra hasta nuestros más profundos sentimientos. Es como un torrente que corre por la

sangre y termina devorando nuestra alma.

—No me ha contestado, comandante.

—Sí, señorita. Sí que le he contestado. Siempre le he contestado.

... *Esto no puede ser el fin del mundo, se ve a veces tan gris...*

—¿Qué busca cuando mira al bosque, comandante?

—Siga bailando, señorita Weiss. Baile mientras pueda. Aproveche ahora, se termina nuestro tiempo, se avecina una tormenta.

—¿Busca a Dios?

—Busco la verdad.

—¿Dios es la verdad?

—Sí, Dios es la verdad.

—¿Y qué es la verdad, comandante Beck?

La música terminó. El cielo azul desapareció, dando paso a un negro cielo de tormenta. Las nubes pasaban sobre ellos y sobre la maternidad de Marbach Heim, a gran velocidad. Empezó a llover. Quedaron empapados.

—¿Qué es la verdad, comandante Beck?

—La verdad, es un disparo en el bosque.

*Clic.*

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Hedda.

Un disparo.

Estaba inmóvil, en la ventana, contemplando un bosque que se había convertido en una inmensa sombra. No quería girarse, no quería ver lo que había sobre la cama.

Alguien caminó tras ella. Sabía quién era, porque aun de espaldas, podía reconocer ese andar elegante. Y ese olor a lirios que la acompañaba.

No hizo falta hablar. Hedda extendió los brazos.

Honore de Mezary depositó en ellos un ramo de rosas rojas. Antes de marcharse, acarició su cuello.

Hedda cerró sus ojos.

Volvía a subir por la escalera de la gran tribuna, con el ramo de rosas rojas entre sus brazos. Inge Kastrup, caminaba a su lado.

Al final de la escalera, allí donde debía de estar el Führer, la sombra oscura había desaparecido. Ahora se veía una luz cegadora. Y entre la luz, dos rostros, dos rostros conocidos. Uno de los rostros, con ese acento enigmático que tanto le gustaba, pronunció su nombre.

—Señorita Weiss...

---

\* \* \*

---

Poco a poco, fue abriendo los ojos. Los rostros que la miraban desde las sombras se

fueron haciendo más reconocibles. Eran los rostros de Honelore de Mezary y de la enfermera jefe Schneider.

—Señorita Weiss, despierte, señorita Weiss...

Hedda se sorprendió al ver que no estaba tumbada en la cama, sino sentada en un butacón delante de la ventana del dispensario. La imagen de la inmensidad blanca del bosque de Marbach se desplegaba ante ella.

La señorita De Mezary hizo un gesto con la mano a la enfermera Schneider. Esta recogió una bandejita con un vaso de agua y un pequeño bote de píldoras, y se dispuso a salir.

—¿Dónde estoy? ¿Por qué no estoy en la cama? ¿Quién me ha traído hasta aquí? ¿Cuánto tiempo he pasado...?

—Dos días, lleva dos días durmiendo —respondió la *Helferin* instructora. Estaba sentada en una silla junto a ella.

—¿Dos días? ¿Tanto tiempo?

Hedda se miró a sí misma, sorprendida. Le habían puesto el camisón blanco con la runa *Leben* escarlata bordada en el pecho. Hizo acción de levantarse.

—Schsss, todavía no se puede levantar, señorita Weiss. Primero tenemos que mantener una pequeña charla. Después, el teniente coronel doctor Oertl la examinará.

Hedda miró a la *Helferin* instructora con ojos desconfiados.

—¿Es verdad? ¿Todo lo que dijo ese hombre es verdad?

—Sí, señorita Weiss. Es verdad —el tono de Honelore de Mezary sonó lacónico.

—Dios mío, yo no sabía nada...

—Sí, señorita Weiss, sí que lo sabía. Yo se lo he explicado mil veces, usted misma se lo ha explicado a las chicas y a los niños. Tenemos que destruir para construir. ¿Cuántas veces me ha escuchado decir eso, señorita Weiss? ¿Cuántas veces lo ha dicho usted? ¿A qué se cree que me refería, señorita Weiss? ¿A qué se refería usted misma?

—Sí, pero todo eso...

—Todo eso forma parte de nuestro programa racial, señorita Weiss. Todo eso es la base de nuestra construcción del nuevo orden ario —Honelore de Mezary se acercó a ella—. Señorita Weiss, nosotros estamos haciendo grandes avances, estamos construyendo algo que nadie antes había intentado, algo que desafía todas las absurdas reglas impuestas por la moral cristiana y las costumbres burguesas liberales. ¡Estamos construyendo un mundo nuevo! Cuando terminemos, todo será diferente. Cuando terminemos, ya nada será igual en este mundo. Cuando terminemos, la historia de la humanidad tendrá que ser reinterpretada. Nuestro proyecto no solo abarca a una nación, ni a un continente. ¡Nuestro proyecto abarca al mundo en su totalidad! Para llevarlo a cabo, he de reconocerlo, hemos tenido que tomar medidas dolorosas, terribles, medidas difícilmente comprensibles para muchas mentes. Lo

sabemos. Pero el fin último merece de este sacrificio colectivo. El fin último, es la conquista de un mundo libre de enemigos y de peligros para el pueblo ario, para la gran patria aria. Merecen la pena los sacrificios de hoy, para esos mil años de gloria.

Honore de Mezary se levantó, caminó elegantemente hacia la ventana. Mirando a través de ella, prosiguió su discurso:

—Durante una de mis múltiples reuniones en Berlín, escuché a alguien decir: «El nacionalsocialismo es biología aplicada». Es cierto, la raza es la espina dorsal de nuestra política nacionalsocialista, el árbol *Ydragsil* del que brota todo. Nuestra política racial consta de dos partes muy bien diferenciadas: a una de estas partes, la conocemos como «regeneración racial». El programa *Lebensborn* es la punta de lanza de nuestro proyecto de regeneración racial. Estamos reconstituyendo el elemento nórdico perdido en una gran parte de nuestro pueblo, estamos subsanando un error que ha durado siglos y que había abocado a nuestra noble patria a las puertas de la barbarie. Las mezclas, el abandono y la desidia en los asuntos raciales estaban poniendo gravemente en peligro a nuestra raza en nuestra amada patria. La nuestra, patria entre las patrias de Europa, insigne por encima de otras, se estaba convirtiendo en un babel racial denigrante, abominable. El sol ya no brillaba, era ocultado por las negras nubes del desorden y el caos. Pero, gracias a la Divina Providencia, que llevó a nuestro Führer a coger a tiempo las riendas de un pueblo desbocado, el error está siendo reparado. Entre estas cuatro paredes, y entre las paredes de nuestra red de hogares repartidos por Alemania y los territorios ocupados, está brotando el germen de un nuevo renacer. El sol nace, señorita Weiss, ya no se pone.

Hedda escuchaba obnubilada las explicaciones de la *Helferin* de acento enigmático. Observó que esta, al hablar, lo hacía muy cerca del cristal de la ventana y, sin embargo, ni siquiera se formaba vaho en el cristal.

—A la otra parte de nuestro proyecto, la llamamos «higiene racial». Programas como Eutanasia, que incide sobre los elementos lastre de nuestra raza, o *Reinhard*, que lo hace sobre las razas inferiores que constituyen una amenaza biológica para nuestra existencia y seguridad, son la expresión máxima de esa política emprendida por nuestro Führer para allanar el camino por el que debe transitar el nuevo pueblo ario regenerado. Tenemos que referirnos siempre a Eutanasia en terminología médica. Tomemos como ejemplo a un doctor que descubre un tumor en un órgano de nuestro cuerpo. ¿Qué hace el doctor? Lo examina, calibra su peligrosidad, lo extirpa y regenera la zona afectada para que en los tejidos circundantes no pueda reproducirse ni extenderse. Eso hemos hecho nosotros con nuestras existencias lastre, señorita Weiss. Hemos extirpado de nuestra raza aquellos elementos que, para su desgracia, no formaban parte de nuestro proyecto de regeneración racial y que, por lo tanto, no podían formar parte en lo sucesivo del nuevo cuerpo nacional de nuestro pueblo. En definitiva, que no formaban parte de nosotros. De *Reinhard*, qué puedo decirle,

señorita. El Führer ha repetido mil veces, que el pueblo alemán no podrá conseguir los objetivos que la élite racial e intelectual de la patria han diseñado, mientras el pueblo judío siga existiendo. El pueblo judío es el enemigo eterno del pueblo ario, señorita Weiss. Lo seguirá siendo hasta que el último resquicio de ellos no haya desaparecido completamente de la faz del planeta. Lo mismo sucede con los eslavos y otros pueblos salvajes de los territorios de Europa Oriental. No podemos llevar a esas tierras que hemos conquistado toda la cultura milenaria de los avanzados Estados Occidentales, mientras queden en ellos resquicios de pueblos poco más evolucionados que los bantúes. Allí sin embargo, tenemos que seleccionar antes de destruir, como hemos hecho con los niños polacos o la señorita Demianenko, aquí en Marbach Heim, y con miles de ellos en otras maternidades de nuestra red *Lebensborn*. A diferencia de los judíos, algunos elementos de esos pueblos pueden ser regenerados, reorientados sería la palabra, y formar parte del nuevo mundo que se avecina. Con los judíos es diferente. El bacilo portador de esa raza es incurable y se propaga con facilidad, por lo tanto, solamente puede ser destruido, así lo han dictaminado todos nuestros doctos líderes. Así se ha decidido en las altas instancias de nuestra patria.

—Señorita De Mezary, todo eso nos lo ha explicado mil veces, pero... ¿Y Hildegard Meier? Sé lo que le sucedió en ese lugar llamado Meseritz-Obrawalde. ¿Cómo puede explicarme eso? Ella era una de las nuestras, era como nosotras...

—Señorita Weiss, Hildegard Meier había caído en un trance catatónico que podía ser irreversible. Los dos psiquiatras de Königsberg y el propio teniente coronel Oertl así lo habían dictaminado. Mantuvimos una reunión a cuatro, nos llevó un tiempo decidir aplicarle nuestro protocolo de muerte por compasión, fue una decisión dolorosa. Pero no podíamos hacer otra cosa. Mire, el Reich se desangra, luchamos en dos frentes distintos que cubren miles de kilómetros, nuestras ciudades son bombardeadas sin piedad, muchos de nuestros compatriotas viven sin techo, en la indigencia. El Estado no puede dedicar ni un solo *Reichsmark* a una chica de la que no conocemos su esperanza de recuperación. Creo que decidimos hacer lo más justo para todos.

—Pero yo tuve la culpa, fui yo la que decidí entregar a su niña en adopción solo para...

Honore de Mezary caminó hacia ella y volvió a sentarse en la silla. Cogió su mano. Un nuevo estremecimiento recorrió el cuerpo de Hedda.

—Usted no tuvo la culpa de nada, señorita Weiss. Todos sus niños serán dados en adopción. Todas ustedes lo sabían antes de cruzar la puerta de esta maternidad. Mire, nosotros no hemos obligado a ninguna de ustedes a acudir a *Lebensborn*. Todas han acudido como usted, voluntarias, o bien han tomado una decisión producto de una charla sosegada con sus familias. Y le repito, todas sabían a lo que venían, todas

firmaron una declaración jurada comprometiéndose a donar sus niños al Estado. Hildegard Meier fue la única responsable de lo que le sucedió, señorita Weiss. La única responsable. Además, piense que la muerte fue lo mejor que le podía pasar. Vivir postrada en una cama, sin conocer a nadie, sin poder hablar, ni moverse. Eso no es vida, señorita Weiss. Aplicarle el protocolo de muerte por compasión fue una medida acertada. Un acto de misericordia.

Honelore de Mezary volvió a levantarse de la silla y se colocó tras Hedda. Cogió su cabello entre sus delicadas manos y como si lo peinara, empezó a acariciarlo. Hedda sintió una sensación extraña, una sensación que le desagradó.

—Señorita Weiss, si usted hubiera sido cualquiera de las otras chicas, yo habría tomado medidas adicionales en un caso como este. Pero no creo que con usted haga falta, la conozco bien, muy bien. Sé por qué vino hasta aquí, conozco sus motivos, sé de su fe inquebrantable en el Führer y en el nacionalsocialismo. Ahora, se abren para nosotras nuevas perspectivas. En los últimos meses hemos abierto un importante número de nuevas maternidades en Noruega. Hace unos días estuve hablando telefónicamente con una compañera mía en Heim Hochland, Margarete Vögel, instructora jefe en una de las dos maternidades *Lebensborn* que tenemos en Oslo. Margarete me comentó que están buscando instructoras jefes para las maternidades de Bergen y Trodheim. Yo le hablé de usted. Le dije que solo le faltaba un poco más de tiempo, que para finales de año podía estar preparada. Pensé que en los próximos meses podíamos tomar una decisión definitiva sobre la entrega en adopción de Mitzi, eso sí, buscaríamos una familia en la élite del Estado. Mitzi es una niña especial, la más pura de las niñas que han salido de Marbach Heim. Entonces, usted podría viajar a Noruega y hacer allí el trabajo que yo realizo aquí. Se lo suplico, señorita Weiss, se lo pido como un favor personal. No lo estropee. No lo estropee todo.

—¿Está hablando en serio, señorita De Mezary?

Honelore de Mezary siguió acariciando el rubio cabello de Hedda.

—Por supuesto que hablo en serio, señorita Weiss. No he hablado más en serio en toda mi vida. Usted es mi pupila aventajada, en cierta manera, ya se lo dije en una ocasión, me veo reflejada en usted. Nosotras somos diferentes al resto, señorita Weiss. Tenemos algo, algo especial, algo que nos hace distintas. Usted venía avalada por un expediente de calificación racial excelente, de la Oficina de la Raza y Asentamientos de Múnich. Pero me bastó verla un solo segundo, la primera noche que llegaron a Marbach Heim, para saber que había encontrado aquello que andaba buscando. Su paso por la maternidad ha confirmado todas mis expectativas. Usted, como yo, vivimos esto de una manera diferente, el nacionalsocialismo ha penetrado en nosotras...

—Torciendo nuestro corazón, anclándose en nuestra voluntad, desgarrando hasta nuestros más profundos sentimientos. Es como un torrente, que corre por nuestra

sangre y devora nuestras almas.

Las manos de Honelore de Mezary se detuvieron. Dio la vuelta y se posicionó frente a Hedda. Los ojos de Hedda parecían sorprendidos. El rostro de las dos mujeres había adquirido el mismo rictus de sorpresa.

—¿De dónde ha sacado eso?

—No lo sé —dijo, titubeando, mientras se llevaba la mano a la frente—. La verdad, no lo sé, quizá lo haya escuchado en algún sitio, a lo mejor lo dijo el...

Tres toques en la puerta. Las dos mujeres desviaron la mirada hacia esta. La puerta se abrió. El rostro del comandante Beck apareció a través de la rendija abierta.

—¿Puedo pasar?

—Sí, por supuesto, yo ya me iba —dijo Honelore de Mezary.

El comandante Beck entró en la habitación. Llevaba un ramo de flores en la mano, un ramo de rosas rojas. Se quitó de manera cortés la gorra de plato y caminó hacia Hedda.

—Recuerde lo que hemos hablado, señorita Weiss. Piense. Cuando esté más recuperada, retomaremos la conversación. Procure descansar.

—Gracias, señorita De Mezary.

Honelore de Mezary se acercó al comandante Beck.

—Traiga el ramo, comandante. Le diré a la enfermera jefe Schneider que consiga un jarrón para ponerlo en agua.

Con una sonrisa forzada, Erich Beck le entregó el ramo de rosas rojas a Honelore de Mezary, que salió con él de la habitación.

Erich Beck se acercó a Hedda. Sus manos no paraban de jugar nerviosas con la gorra de plato.

—¿Cómo se encuentra, señorita Weiss?

—Estoy mejor, comandante. Le agradezco que haya venido a visitarme y me haya traído ese ramo de rosas rojas. Son mis flores favoritas.

—Me lo han preparado en el invernadero de la maternidad —dijo el comandante Beck, mientras caminaba hacia la ventana donde unos momentos antes había estado Honelore de Mezary.

—Siento mucho lo que sucedió con ese hombre, señorita Weiss. No diré que yo no le había advertido...

—Por favor, comandante Beck, nada de reniegos. Todavía no me encuentro muy bien...

—Perdone, perdone, tiene usted razón, siempre parece que le estoy renegando. Solo quiero comunicarle que lo que ese hombre hizo no fue producto de la casualidad. Encontraron una carta de suicidio en su despacho de Bergen-Belsen. Lo había preparado todo, no pensaba regresar a ese lugar.

«Su mirada crepuscular», pensó Hedda. «Ese aura crepuscular que rodeaba su

mirada».

—Usted sabía todas esas cosas, ¿verdad, comandante Beck? Todas las cosas que contó ese hombre.

—No sé de lo que me habla, señorita Weiss. Lo mejor es que descanse, que se recupere...

—Sí, usted lo sabía. Lo de Aubry-en-Artoise solo fue la confirmación, usted ya sabía esas cosas con anterioridad, conocía cosas que...

—Señorita Weiss...

—Por eso le salvó la vida el Führer, por eso era usted tan valioso. ¿No es cierto? Erich Beck dejó de jugar con su gorra. Se la llevó a la cabeza.

—Descanse, señorita Weiss, no quiero fatigarla con mi presencia. He hablado con el teniente coronel Oertl y me ha dicho que tiene que descansar...

—¿Por eso busca a Dios, comandante Beck? ¿Por eso lo busca en el bosque?

Erich Beck acarició el rostro de Hedda. Esta vez Hedda sintió algo diferente a lo que sentía cuando la tocaba Honelore de Mezary. Una sensación de vértigo en la boca de su estómago.

Erich Beck caminó hacia la puerta. Sin volverse hacia él, Hedda dijo:

—Sabe una cosa, espero que lo consiga. Espero que al menos usted encuentre a Dios.

—El problema, señorita Weiss, no es que yo encuentre a Dios. El problema es, que después de todo lo que hemos hecho, Dios nos encuentre a nosotros.

Erich Beck fue a salir en el momento en que la enfermera jefe Schneider entraba con el ramo de rosas rojas en un bonito jarrón de porcelana blanca.

—¿Dónde se las dejó, señorita Weiss?

—Ahí, sobre esa mesita, señorita Schneider.

—Por cierto, señorita Weiss, ahí fuera hay una señorita que quiere verla. ¿Le digo que pase?

«Oh no, más visitas», pensó Hedda.

—Está bien, dígame que pase.

La enfermera jefe Schneider salió de la habitación.

«El problema es, que después de todo lo que hemos hecho, Dios nos encuentre a nosotros». Otra frase. Otra frase con la voz del comandante Beck para torturar su cabeza.

Mitzi entró como una exhalación en la habitación, brincando, con los brazos levantados.

—¡Hedda! ¡Hedda! ¡Hedda!

—¡Mitzi! ¡Mitzi, ven aquí!

Hedda abrazó a la niña. La besó en la cabeza, acarició su pelo.

—¿Ya estás buena, Hedda?



—Sí, ya estoy buena, Mitzi.

Cogiéndola en alto, la sentó sobre sus rodillas. Contempló los ojos inanimados de la niña.

—¡Mitzi, mi niña! ¡Qué ojos tan bonitos tienes!

La mirada de Hedda se nubló.

Había una niña de mirada suplicante, con una muñeca de trapo en sus manos. A la muñeca, pobre y sucia, le faltaban los ojos.

«Los niños no tienen ojos», le dijo la niña. «¿Por qué no tienen ojos?», le preguntó Hedda.

«Usted lo sabe», contestó la niña de la muñeca de trapo.

---

\* \* \*

---

Clase de sangre y raza, en el aula de estudio. Las chicas y los niños polacos ya estaban en sus pupitres. Esperaban a la señorita De Mezary.

La puerta se abrió. Con su flamante uniforme negro de *Helferin*, su elegante y decidido andar, y la eterna trenza *Gretchen* decorando su cabeza, Hedda Weiss entró en la sala.

Caminó por el pasillo central, en dirección a la tarima. Miradas furtivas entre las chicas, caras de sorpresa en los niños. Alguna tos ocasional.

Hedda subió a la tarima y se dirigió a la pizarra. Cogió una de las tizas. Escribió: «El bacilo judío, el mayor enemigo de la sangre aria».

Se giró hacia las chicas y los niños. Esgrimiendo una luminosa sonrisa, dijo:

—Señoritas, niños, vamos a seguir formando su alma aria.

## XVI

### **EL RUGIR DE LA TORMENTA. «Y EL HADES VENÍA TRAS ÉL»**

*Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, 26 de agosto de 1944.*

Hedda elevó su mirada hacia el cielo. No recordaba haber visto nunca, en los casi tres años que llevaba en Marbach Heim, un cielo más azul, más luminoso y más tranquilo, que el de aquella tarde de finales de agosto de 1944. Había sido un verano caluroso y seco, un verano de días apacibles y serenos que habían aprovechado para recorrer los senderos del bosque y dar en los claros la clase diaria de sangre y raza.

Aquella tarde, Hedda y la señorita De Mezary caminaban por fuera de la fila que formaban las chicas del ala blanca, sus niños y los chicos polacos. La formación transitaba por ese hayedo sombrío al que Hedda llamaba «el sendero tenebroso». La tarde era tan tranquila, que hasta Raia, Ilse y Heide habían traído a sus bebés, a los que llevaban en esos feos carritos blancos que se podían ver por toda la maternidad.

*Completamente sola y abandonada,*

## XVII

### EVACUACIÓN. EL CAMINO DE HIELO DE HEILIGENBEIL

El 12 de enero de 1945, el Ejército Rojo invadió Prusia Oriental y, por lo tanto, puso sus pies en el otrora inexpugnable Reich de Adolf Hitler. En una operación en pinza, el 2.º frente bielorruso del general Rokossovsky y el 3.º frente bielorruso del general Ivan Danilovich Chernyajovski penetraron por los territorios orientales de Prusia con el objetivo de, por un lado, avanzar y sitiar la capital, Königsberg, y por otro, romper la retaguardia de las fuerzas alemanas que defendían la provincia, con el fin de aislar a estas del resto del Reich. Después de un comienzo titubeante y de ser repelidos por las fuerzas alemanas, los objetivos del Ejército Rojo se cumplieron a finales de ese mismo mes. Entre los civiles empezó a correr el rumor de que los soviéticos estaban cometiendo auténticas atrocidades en las poblaciones que ocupaban. Se hablaba de fusilamientos masivos, orgías de sangre y destrucción, violaciones de mujeres en masa, quema de granjas y pueblos. Presas del pánico, los civiles empezaron una huida a través de los bosques en busca de los puertos del Báltico, pronto, la única forma posible de huir de la provincia. Se hablaba de dos millones de desplazados. Comenzaba así la evacuación de Prusia Oriental, lo que muchas veces se ha dado en llamar «el genocidio prusiano».

*Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, finales de enero de 1945.*

La mano de Lene Friedrich tembló al acariciar el gatillo de la Walther. Hedda sujetó su brazo, y le dijo al oído:

—No tengas miedo, Lene. Concéntrate en el centro de la diana. Que nada aparte tu mente del centro de la diana. Así me lo enseñó la señorita De Mezary. Venga, acaricia el gatillo. Cuando yo te diga, apriétalo con fuerza.

—No sé si sabré...

—Venga, Lene. ¡Ahora!

Un disparo. El eco del disparo recorrió el bosque. Lene y Hedda se estremecieron, casi a la vez.

—Muy bien, Lene, no ha estado mal. Venga, ahora tú, Anna.

Anna Ritter cogió en su mano la pistola de Hedda. La miró con un rictus de aprensión en su rostro.

Una fina capa de nieve cubría el suelo del bosque de Marbach. Hedda se agachó, y se masajeó uno de sus tobillos. No estaba acostumbrada a los zuecos de madera, y ahora le dolían continuamente los pies.

—Señorita Weiss, ¿de verdad es esto necesario?

—Por supuesto, Anna. La señorita De Mezary ha dicho que tenemos que estar preparadas para cualquier eventualidad.

Hedda se incorporó. Anna Ritter se colocó en posición y levantó la pistola en dirección a la diana. Hedda subió el brazo de Anna, lo tenía demasiado bajo. Entonces se dio cuenta de que la chica estaba temblando.

—No tiembles, Anna, sino el disparo...

—Es por el frío, señorita Weiss, no porque tenga miedo, no...

—Colócate bien, Anna. Tienes las piernas muy abiertas.

—Viene alguien, señorita Weiss —dijo Raia Demianenko.

Todas se giraron hacia el camino del bosque, por el que se escuchaban voces, y pasos que hacían crujir la nieve.

Los visitantes eran Honelore de Mezary, los niños polacos y una dama elegantemente vestida, con un abrigo de piel de zorro plateado. Hedda no tardó en reconocerla. Se trataba de Ingrid Weisshofer. Wolfgang, Inge y otro niño polaco arrastraban unas feas bolsas militares de color pardo.

—Señorita Weiss, señoritas...

Hedda caminó al encuentro de la *Helferin* instructora. Cuando estuvo frente a ella le dijo, mientras señalaba a los niños polacos:

—¿Qué hacen ellos aquí, señorita De Mezary?

—Vienen a practicar, señorita Weiss.

—¿Con la pistola? ¿Los niños?

—No —Honelore de Mezary sonrió—. Wolfgang, enséñale a la señorita Weiss lo que lleváis en la bolsa.

Ilusionado, con toda la ilusión de la que es capaz un niño, Wolfgang abrió la bolsa militar parda.

—¡*Panzerfaust*, señorita Weiss! ¡*Panzerfaust* de verdad! —el niño señaló la ojiva en la que terminaba el tubo metálico—. ¡Mire, esto es una granada antitanque! ¡Ahora sí que seremos soldados de verdad, señorita Weiss!

—Pero señorita De Mezary, son solo niños...

—Señorita Weiss, el jefe de distrito Koch ha movilizado esta misma mañana a todos los niños de las Juventudes Hitlerianas para la defensa de Königsberg. Muchos de esos niños son más pequeños que estos, señorita. Si ellos pueden luchar, los nuestros también. A partir de hoy vendrán todos los días a practicar con los *Panzerfaust*. Y ustedes también, no sabemos si los tendremos que utilizar.

—¿Y ella? —preguntó Hedda con tono desconfiado, señalando a Ingrid Weisshofer.

—Quiere ayudar, ha venido esta mañana a mi despacho pidiéndome si podía echarnos una mano con todo esto. Dice que nunca ha hecho nada de utilidad en toda su vida, que por primera vez, quiere sentirse útil en algo.

—Está bien, pero con esas ropas...

—No se preocupe por eso, ya le he dicho que usted le entregará uno de los uniformes de las chicas hoy mismo. Venga, vamos a seguir con esto.

Honelore de Mezary sacó la Walther del cinto de su uniforme, y se posicionó frente a la diana. Hedda estaba a su lado, Anna Ritter le había entregado su pistola.

De manera elegante, Honelore de Mezary levantó la pistola y apuntó a la diana. Disparó.

Una, dos, tres veces.

Un olor extraño llegó hasta Hedda. La mezcla del olor a pólvora y a un delicado perfume de lirios.

—¡Joooo! —exclamó Wolfgang.

Los tres disparos habían agujereado el centro de la diana.

—Ahora usted, señorita Weiss.

Hedda ocupó el lugar de la *Helferin* instructora. Levantó el arma, mientras miraba a la señorita De Mezary. Disparó.

Una, dos, tres veces.

—¡Aybaa! —gritó ahora Wolfgang.

Dos de los disparos impactaron en el centro de la diana. Otro, se quedó muy cerca.

—Casi, señorita Weiss —dijo Honelore de Mezary, esgrimiendo una sonrisa sarcástica.

La *Helferin* instructora se giró hacia Ingrid Weisshofer.

—Acérquese aquí, señora Weisshofer. Ahora lo hará usted.

—¿Yo, señorita De Mezary? Yo nunca he tocado un arma, mi marido me tenía prohibido acercarme a ellas.

—Pues ahora tendrá que acostumbrarse a las armas, señora Weisshofer. Venga aquí, la señorita Weiss le enseñará.

La actriz caminó con paso asustado hacia Hedda. Al llegar junto a ella, Hedda le entregó la Walther. La señora Weisshofer la cogió en sus manos y la miró con gesto aprensivo.

Hedda le indicó como ponerse. La mujer levantó su brazo, tembloroso, empuñando la pistola. Hedda sintió el suave tacto de la piel del abrigo cuando elevó el brazo de la actriz. Le susurró al oído:

—No se ponga nerviosa. Solo acaricie el gatillo y, cuando tenga el centro de la diana fijado, apriételo.

Ingrid Weisshofer movió afirmativamente la cabeza.

—¡Ahora! —gritó Hedda.

La mujer disparó. La bala ni siquiera alcanzó la diana.

Hedda sintió una especie de chapoteo a sus pies. Un chapoteo que estaba mojando

sus zuecos de madera.

Wolfgang, los niños polacos y las chicas del ala blanca miraban asombrados a los pies de Hedda, a sus zuecos de madera.

—¡Mire, señorita Weiss! ¡La mujer fina se ha hecho pis! —exclamó Wolfgang.

---

\* \* \*

---

Regresaron a la maternidad al medio día, como venía siendo habitual. Había empezado a nevar de nuevo. Cuando llegaron a la gran explanada, Hedda vio una escena que, primero la enfureció, y le hizo reír después.

Mitzi estaba dando vueltas en la nieve, montada en un triciclo. Alguno de los soldados le había puesto un casco de hierro en la cabeza, un casco que parecía más grande que ella. A cada dos pedaladas, el casco le tapaba los ojos y la niña tenía que dejar de pedalear y subírselo. Tras ella, junto a la escalinata de entrada, dos soldados del destacamento de Marbach se reían con las gracias de la niña, entre calada y calada de sus cigarrillos. Hedda y la señorita De Mezary caminaron hacia la niña.

—Mitzi, ¿pero qué llevas en la cabeza?

—Mira, Hedda, un casco, los soldados me han dicho que como voy a ser soldado...

Anna Reiss bajó a la carrera la escalinata.

—¡Señorita De Mezary! ¡Señorita De Mezary!

La radiotelegrafista corrió hacia ellas. Hedda le quitó el casco a Mitzi y la cogió en sus brazos.

—Señorita De Mezary, ha llegado un telegrama urgente de Berlín. Como usted no estaba, se lo he entregado al teniente coronel doctor Oertl. Él está en su despacho. Desde allí ha llamado al comandante Beck, que ha venido con el capitán Elsner y un montón de mapas en la mano. Las están esperando arriba.

—¿De quién era el telegrama, Anna?

—Del *Reichsführer* Himmler, señorita De Mezary.

—Señorita Weiss, deje a Mitzi con una de las chicas. Acompañeme, me imagino por qué se han dado tanta prisa en convocar una reunión.

Hedda le hizo un gesto a Lene Friedrich, mientras le decía a Mitzi:

—Ve con Lene, Mitzi.

—¿Puedo llevar la...?

—No, corre, ve con Lene, que yo tengo trabajo.

La niña corrió hacia Lene Friedrich, que la cogió en brazos. Hedda, Anna Reiss y Honelore de Mezary caminaron a paso ligero hacia la maternidad. Mientras subían las escalinatas, Honelore de Mezary dijo:

—Anna, localice a la enfermera jefe Schneider y a la comadrona jefe Schmund,

que dejen lo que estén haciendo y suban a mi despacho. Usted y las dos telefonistas, también.

---

\* \* \*

---

El teniente coronel Oertl, el comandante Beck y el capitán Elsner charlaban acaloradamente entorno a unos mapas diseminados sobre la mesa despacho de la *Helferin* instructora. En un lado de la mesa había un solitario telegrama. La conversación cesó cuando Honelore de Mezary y Hedda entraron en el despacho.

—Teniente coronel Oertl, ¿qué ha sucedido?

—Señorita De Mezary, hemos recibido un telegrama urgente de Berlín, del *Reichsführer* Himmler. Por favor, siéntese y léalo detenidamente.

Honelore de Mezary cogió el telegrama en sus manos, y lo leyó.

—Por fin alguien parece haber usado la razón —comentó el comandante Beck, mirando a Hedda.

—No puede ser —dijo Honelore de Mezary, moviendo su cabeza hacia los dos lados.

La puerta se abrió. La enfermera jefe Schneider y la comadrona jefe Schmund entraron en la estancia, con aspecto fatigado, como si hubieran venido corriendo. También entraron Anna Reiss y las telefonistas Magda y Margarete.

—No puede ser —volvió a repetir la *Helferin* instructora, mientras se dejaba caer en una de las sillas. Su aspecto era abatido.

—Señorita De Mezary, como usted ha podido leer, el *Reichsführer* nos ordena que evacuemos la maternidad de forma urgente. Me gustaría que escuchase al comandante Beck, él ha hablado con el general Lasch. El general le ha puesto al día de cómo está la situación en este momento —explicó el teniente coronel.

Honelore de Mezary levantó la vista del telegrama y la dirigió al comandante Beck. Por primera vez, la pregunta que le hizo sonaba con un tono de humildad.

—¿Tan grave es la situación, comandante Beck?

—Extremadamente grave, señorita De Mezary.

—Por favor, explíqueme la situación, comandante.

Sorprendido por el tono calmado y educado de la *Helferin*, Erich Beck se agachó sobre uno de los mapas y dijo:

—¿Ve estas flechas de aquí, de color rojo? Representan el ataque inicial lanzado por el 2.º frente bielorruso. Entraron por aquí, por el desfiladero de Insterburg. Fue un fracaso, nuestro ejército logró neutralizarlos e incluso hacerlos retroceder, pero eso sí, solo la primera embestida. En el segundo ataque rompieron nuestras líneas con facilidad. El objetivo de este ataque era avanzar hacia el río Pregel y el Nemunas —el comandante señaló dos puntos en el mapa—. Lo hicieron por aquí y por aquí...

—Un empuje que los llevaría hacia Königsberg —dijo Honelore de Mezary—. ¿Dónde están ahora?

—En estos momentos se están librando fuertes combates entorno a Elyau y Wehlau. No hay esperanzas de que podamos contenerlos por mucho tiempo, eso dejaría a los rusos a...

—Veinte kilómetros de Königsberg —contestó la propia señorita De Mezary.

—¡Dios mío! —exclamó la enfermera jefe Schneider—. ¿Tan cerca están?

—Sí —ahora hablaba el teniente coronel Oertl—. Se espera que en las próximas horas Königsberg sea cercada y sitiada por el Ejército Rojo. El jefe de distrito Koch ha ordenado que el cuartel general sea trasladado al puerto de Pillau.

—Continúe, comandante Beck —dijo Honelore de Mezary.

—Bien, las flechas verdes representan el ataque y los progresos del 3.<sup>er</sup> Ejército bielorruso. Por aquí penetraron en dirección hacia los lagos Mansurianos, y por aquí, en dirección al río Vístula. Durante el día de ayer tomaron Allestein. Hoy avanzan hacia el Báltico, en dirección a la laguna helada de Frisches Haff. A su paso, han conseguido cortar todas las vías de ferrocarril con el oeste...

Honelore de Mezary hizo un gesto con la mano, haciendo que el comandante Beck callara. Sus ojos paseaban nerviosos por el mapa. Su rostro reflejaba una tensión contenida.

—Entonces... ¿estamos aislados del resto del Reich? —dijo, mirando hacia todos los presentes.

—Totalmente aislados. Es una operación de manual, señorita De Mezary, en verdad, los rusos no han sido muy originales, nunca lo son —contestó el capitán Elsner—. Han creado lo que llamamos un *Kassel*, señorita. Un «caldero». Estamos atrapados en un «caldero».

—Luego, la única vía de escape es el Báltico —sentenció Erich Beck.

—¿Qué propone, comandante? —preguntó la *Helferin* instructora.

—Tenemos dos opciones. Mire, la salida a través de la laguna helada de Frisches Haff es inviable. Allí es hacia donde se están dirigiendo la mayoría de los refugiados. Es un error, Elbing está siendo fuertemente bombardeada con artillería pesada, la guarnición no tardará en caer. Entonces, las vías de escape hacia Danzig serán cortadas, y los refugiados quedarán encerrados en el pequeño estrecho de tierra entre Frisches Haff y Frisches Nehrung. Por lo tanto, la primera de nuestras opciones es dirigirnos hacia el puerto de Pillau. El inconveniente es que el grueso de nuestros ejércitos se han agrupado allí, en la península de Samland. Por lo tanto, los movimientos militares podrían imposibilitar que encontráramos ubicación para nuestras mujeres y nuestros niños en alguno de los cruceros que la *Kriegsmarine* está utilizando para evacuar civiles. Pero, bueno, se podría intentar. La segunda opción, yo me inclino por ella, es esta...



Erich Beck señaló un punto junto al mar Báltico. Honelore de Mezary pronunció su nombre:

—Heiligenbeil.

—Sí, señorita De Mezary, el puerto de Heiligenbeil. Yo creo que es la opción más segura, claro que llegar hasta allí...

—¿Cómo piensa evacuar a las residentes de la maternidad, comandante Beck? Somos más de trescientas personas.

—En camiones. Nosotros contamos en el destacamento con diez camiones, nos harían falta diez más...

—¿Y de dónde los piensa sacar?

—Esta misma tarde me desplazaré a Braunsberg, el general Friedrich Wilhelm Müller ha instalado allí el cuartel general del IV Ejército. No creo que ponga impedimentos para dejarnos esos diez camiones. Le explicaremos la situación...

—¿Y después? ¿Cómo piensa trasladar treinta camiones cargados con mujeres y niños a través de los bosques hasta Heiligenbeil? ¿Cuánta nieve hay en esos bosques...?

—Calculamos que metro y medio, señorita De Mezary —contestó el capitán Elsner.

—¿Metro y medio? ¿Pero cómo piensan llegar...?

—Disponemos de tres vehículos oruga, señorita. Ellos podrían ir abriendo un camino para que transiten los camiones...

—Un camino de hielo —sentenció Honelore de Mezary—. Quieren llevar a mis mujeres y a mis niños por un camino de hielo.

Un denso silencio invadió el despacho. Honelore de Mezary dejó el telegrama sobre la mesa, junto a los mapas. Caminó hacia la ventana. El comandante Beck y el capitán Elsner aprovecharon para encenderse un cigarrillo.

—Comandante Beck, ¿conoce usted el precio de la sangre que viajará en esos camiones?

—Señorita De Mezary, esto no es una cuestión de...

—¿Conoce usted el precio de la sangre que viajará en esos camiones, comandante Beck?

Erich Beck dio una fuerte palmada en la mesa. Hedda se sobresaltó. Hasta la señorita De Mezary dio un respingo.

—¡Por Dios, señorita De Mezary! ¡Basta! ¡Basta ya! ¡Olvídese de una vez de su condenado proyecto racial! ¡Su proyecto se ha terminado! ¿Entiende? ¡Se ha terminado! ¡El Reich se hunde por los cuatro costados, señorita! ¡Los frentes se desmoronan!

Erich Beck se dejó caer en una silla. Más tranquilo, dijo:

—Acéptelo, de una vez por todas, acéptelo. La guerra está perdida.

La enfermera Schneider empezó a llorar. También Margarete, la telefonista.

—Ve, ya las ha hecho llorar, comandante. Quiero que entienda algo, quizá la guerra esté perdida, comandante Beck, pero ellos no, mis niños, no. Ellos son el futuro. El futuro de la raza aria. Tienen que sobrevivir. Su sangre tiene que sobrevivir.

—Pues si quiere que sobrevivan, deje que evacuemos la maternidad. Sé que el plan es arriesgado...

—¿Arriesgado? —ahora era Honelore de Mezary la que gritaba—. ¿Ha dicho arriesgado? ¡Quiere que mis mujeres y mis niños crucen los bosques por un camino de hielo hasta ese maldito puerto sobre el Báltico! Muchos de ellos podrían morir por congelación, o ser atacados por los aviones rusos. ¡Están tiroteando a columnas de refugiados, comandante Beck! ¡Tirotean a ancianos, mujeres, niños y heridos! ¿Y si la columna de camiones es atacada por los aviones rusos? Además, sé que el puerto de Heiligenbeil está atestado de refugiados, entre ellos se han propagado enfermedades, la disentería, el cólera... ¿quiere usted que mis mujeres y mis niños contraigan esas enfermedades...?

—Señorita De Mezary, acéptelo —terció el teniente coronel doctor Oertl—. Sé que el plan del comandante tiene sus riesgos, pero llegar hasta Heiligenbeil y coger uno de esos cruceros de la *Kriegsmarine* para trasladarlos a Alemania, es nuestra única opción.

—No, hay otra opción —dijo Honelore de Mezary.

—¿Qué opción? —preguntó el oficial vienés.

—Resistir aquí, en la maternidad, hasta el final. Cuando lleguen los rusos, podemos rendir la maternidad...

Ahora fue el teniente coronel el que se incorporó.

—Se ha vuelto loca, señorita De Mezary. ¡Loca de remate! ¿Pero sabe usted lo que les esperarían a esas mujeres y a esos niños? Las mujeres serían violadas, señorita. ¡Todas! Hace unos días, nuestro ministro de propaganda, el doctor Goebbels, tuvo que salir al paso de esos artículos incendiarios que ese judío bolchevique de Ilya Ehrenburg escribe en el *Estrella Roja*. ¿Sabe lo que dice de las mujeres alemanas? Que son un botín de guerra legítimo para el Ejército Rojo. ¿Y de los niños? ¿Sabe lo que dice de los niños? Que hay que eliminarlos para romper la cadena racial. ¡Eso dice! No, señorita De Mezary, no consentiré que esas mujeres y esos niños caigan en sus manos. Se cumplirán los deseos del *Reichsführer* y Marbach Heim será evacuada. Y se hará como el comandante Beck disponga. Es un hombre cualificado. Si hubiéramos tenido a hombres como él dirigiendo esta guerra, a lo mejor ahora no estaríamos en esta situación, a las puertas de la derrota. ¡Reconózcalo de una vez, señorita De Mezary! ¡Y hágale caso!

Pasó algo sorprendente. Honelore de Mezary caminó hacia Erich Beck y le dijo:

—Comandante, por favor, deme un cigarrillo.

Todo el mundo pareció contener el aliento. Erich Beck sacó uno de sus cigarrillos turcos y se lo dio a la *Helferin* instructora. Le dio fuego con su encendedor dorado. Honelore de Mezary dio una larga calada al cigarrillo y dijo:

—Hacía mucho tiempo que no fumaba, desde que vivía en Budapest. Señorita Reiss, busque a Alfred, el mayordomo. Dígale que me suba un trago. Él sabe lo que tomo.

«Budapest», Hedda repitió mentalmente el nombre de esa ciudad. «¿Es húngara? ¿De ahí ese misterioso acento?», pensó.

—¿Cómo procederíamos a la evacuación, comandante?

—He pensado que usted sería la más adecuada para decirnos cómo...

—Está bien. ¿Cuántas personas viajarán en cada camión?

—Entre veinticinco o treinta...

—¿Tantas? Irán hacinados.

—Lo sé, señorita De Mezary. Pero no tenemos más camiones.

—De acuerdo. Las chicas embarazadas y los niños recién nacidos serán los primeros en salir. Luego, las señoras de la maternidad general y sus niños. Después, las señoritas del ala blanca, sus niños y los niños polacos. El equipo de enfermeras y comadronas podrá ir repartido en todos los camiones, igual que los mayordomos y el servicio doméstico de la maternidad. Los últimos seremos el personal especial.

—¿Personal especial?

—Sí, la señorita Reiss, las telefonistas, la enfermera jefe Schneider, la comadrona jefe Schmund, la señorita Weiss, su niña y yo misma. Nosotras iremos en el último camión. ¿Y usted que hará, comandante Beck?

—Pondré el destacamento de Marbach Heim bajo el mando del general Müller y del IV Ejército. Participaremos en la defensa de Braunsberg. Dejaré solo una guardia en la maternidad, al objeto de que la rindan si llegan los rusos.

Silencio. Rostros de gran tristeza. El capitán Elsner se mesó el cabello, el teniente coronel Oertl secaba sus gafas, la señorita Schneider y la señora Schmund enjugaban sus lágrimas. Las telefonistas y Hedda continuaban de pie, con la mirada perdida en el ventanal. No cesaba de nevar sobre el bosque de Marbach.

—Yo viajaré mañana al cuartel general de Pillau, señorita De Mezary. Le informaré personalmente de todo al jefe de distrito Koch. Intentaré convencerle para que nos manden algunos camiones más —dijo el teniente coronel, con voz derrotada.

—¿Cuánto tardará en tener todo preparado, comandante Beck? —preguntó la *Helferin* instructora.

—Deme dos días, señorita De Mezary. En dos días tendremos todo listo para la evacuación.

—Hay una cosa más, señorita De Mezary. Si ha leído bien el telegrama del *Reichsführer*, se nos ordena la destrucción de toda la documentación del programa:

partidas de nacimiento, documentos de adopción, pruebas raciales y documentos médicos de las chicas...

—Sí, lo he leído, doctor Oertl. No se preocupe, la señorita Weiss y yo nos encargaremos de eso.

Tocaron a la puerta.

—Pase —contestó la señorita De Mezary.

Era Alfred, uno de los mayordomos, acompañado por Anna Reiss. Alfred llevaba una bandeja con un solitario vaso de bebida blanca. Parecía vodka.

La señorita De Mezary cogió el vaso.

—Gracias, Alfred. Caballeros, no les he preguntado si querían...

Los tres hombres hicieron un gesto negativo con la cabeza.

Honelore de Mezary dio un largo trago a la bebida. Su mirada se posó en el comandante.

—Comandante Beck, usted está disfrutando con todo esto. ¿Me equivoco?

—Se equivoca, señorita De Mezary. Desde que empezó esta guerra, tengo el convencimiento de que moriré en ella. No conozco a nadie que disfrute cuando sabe que va a morir.

—¿Seguro, comandante?

El rostro del comandante Beck adquirió ese tinte entre amargo y dramático que a Hedda tanto le gustaba.

—Seguro, señorita De Mezary.

«Todavía no ha encontrado a Dios», pensó Hedda. «Y sin embargo, Dios está a punto de encontrarnos a nosotros».

---

\* \* \*

---

Los mismos mayordomos de las ss que habían llevado las cajas con los documentos extraídos de los archivadores, habían encendido el fuego de la chimenea de la sala del ala roja. Y le habían servido otro trago de vodka a la señorita De Mezary. La *Helferin* instructora había advertido el rictus de malestar que se había instalado en el rostro de Hedda. Desde la noche del desgraciado incidente con el comandante Hans Dorf, esa habitación había permanecido cerrada. Todos los encuentros de las chicas del ala blanca con aquellos oficiales que visitaban Marbach Heim habían sido clausurados. Hedda había revivido muchas veces esa noche del invierno de 1944. Todavía ahora, un año después, continuaba viendo en la oscuridad de la noche los pequeños ojos azules de aquel hombre, aquella mirada crepuscular. Esos ojos y esa mirada formaban ya parte de su particular galería de fantasmas, de esos fantasmas que ya no la abandonarían el resto de su vida.

—¿Le pasa algo, señorita Weiss? —preguntó Honelore de Mezary, mientras

sacaba unos documentos de una carpeta de color gris y los arrojaba al fuego.

Las llamas crepitaban en el fuego bajo, iluminando el rostro de las dos mujeres.

—No, señorita De Mezary, no me pasa nada. Solo que lamento mucho cómo ha terminado todo esto.

Los mayordomos, siguiendo las instrucciones de la señorita De Mezary, habían vaciado los archivadores de la maternidad general en el despacho del doctor Oertl, y los del ala blanca en el despacho de Honelore de Mezary y los habían metido en unas cajas de color blanco, timbradas con las runas *Sieg* de las ss, que ahora se amontonaban alrededor de las dos mujeres. Allí se encontraba todo: las actas de entrada de las señoras de la maternidad general, los resultados de sus exámenes raciales y médicos, las partidas de nacimiento de sus niños, así como los propios exámenes raciales y médicos de estos. Pasaba lo mismo con las chicas solteras embarazadas, aunque en esas carpetas archivadoras se añadía una declaración completa en la que se daba a conocer el nombre de los padres, y que venían acompañados por los informes que las ss habían sacado a espaldas de ellos de los archivos de la orden negra, para valorar su idoneidad racial. También se detallaba la partida de nacimiento de los niños y la fecha de entrega de estos, acompañada por los datos de sus familias de adopción. En otras cajas, estaban todos los informes y exámenes de las chicas del ala blanca y sus niños. Hedda, sin leerlos, había arrojado al fuego las carpetas que contenían sus propios informes y los de su hija, Mitzi. Solo había unas cajas que Honelore de Mezary no le dejó tocar: venían marcadas con la palabra «Germanización», y además de los documentos, exámenes raciales y médicos de los niños polacos, se acompañaban de la documentación aportada desde el campo de Litzmannstadt, y donde constaba el origen real de los niños.

—Esto no va a terminar aquí, señorita Weiss. Créame, nuestro programa no se va a detener ahora. Nadie lo va a detener.

—Pero el comandante Beck ha dicho...

Honelore de Mezary dio un sorbo a su bebida y esgrimió una sonrisa maquiavélica.

—Señorita Weiss, no debe creer todo lo que el comandante Beck diga. Es posible que la situación en Prusia Oriental sea tan delicada como él ha explicado, pero Prusia Oriental no es todo el Reich y todavía tenemos territorios ocupados que nos son leales. Es posible que los rusos hayan llegado hasta el Vístula, pero jamás atravesarán el Oder. Esta mañana, después de la reunión con el comandante Beck y el teniente coronel Oertl, he hecho algunas llamadas. Una ha sido a una vieja amiga mía, la señorita Hanna Reitsch...

—¿La célebre aviadora?

—Sí, la misma. Me ha contado que en los próximos días quiere viajar a Berlín y entrevistarse con el Führer. Como será conocido por usted, el Führer la tiene en alta

estima. Hanna está pensando en crear patrullas aéreas de «bombas humanas» para arrojarlas contra las tropas soviéticas si estas se acercan al Oder. El comandante Beck diría de ella lo mismo que dice de mí, que somos «las serpientes de Hitler». Pues bien, las serpientes de Hitler no vamos a dejar que todo esto se hunda, que todo esto termine. No, hasta que no entreguemos la última gota de nuestra sangre.

—Ha dicho que ha hecho varias llamadas, ¿a quién más ha llamado?

—¿Se acuerda que le hablé de Margarete Vögel, una amiga de Heim Hochland que dirige una de nuestras casas *Lebensborn* en Oslo? Bueno, me ha confirmado que allí la situación es de total normalidad. Oslo está muy alejada de las zonas de combate. Le he comentado que usted, Mitzi y yo nos dirigiremos allí...

—¿Cómo? ¿No iremos con el resto de las chicas y el personal...?

—No, señorita Weiss. Si conseguimos salir de aquí y llegar hasta Heiligenbeil, nos recogerá un crucero, el *Admiral Sttetin*, que nos trasladará a todos hasta Copenhague. Las damas, las chicas de la maternidad general, sus niños, las chicas del ala blanca, sus niños, los niños polacos y todo el personal de Marbach Heim serán alojados allí, en uno de nuestros hogares *Lebensborn*, de forma provisional hasta que la situación se normalice y puedan ser repatriados a Alemania. Usted, Mitzi y yo viajaremos hasta un aeródromo en las afueras de Copenhague, donde nos esperará un Junker de carga para trasladarnos a Oslo. Las autoridades competentes en Berlín ya están confeccionando nuestros tres salvoconductos. Usted y la niña son demasiado valiosas para perderlas en cualquier accidente, lo sabría si hubiese leído sus informes y los de su niña antes de arrojarlos al fuego.

Hedda no sabía cómo reaccionar. Nerviosa, cogió otro grueso de documentos de las chicas del ala blanca y los arrojó a la crepitante hoguera.

—Eso sí, la información que le acabo de proporcionar es confidencial, no podrá compartirla con nadie. Durante todo el tiempo usted se comportará de manera normal, es necesario que el grupo crea que no nos vamos a separar. Ya verá, mi amiga la señorita Vögel le encantará, es una mujer como nosotras, una creyente. Le he hablado mucho de usted y de la niña, y está ansiosa por conocerlas. Ella no es partidaria de las evacuaciones, como yo. Antes de eso, prefiere el suicidio colectivo, voluntario y forzado.

—¿El suicidio colectivo? ¿De qué está hablando, señorita De Mezary?

—Mire, señorita Weiss, nuestro objetivo número uno es salvaguardar toda la buena sangre aria que hemos conseguido a lo largo de estos años. Vamos a trabajar en esa dirección, incluso en el caso de que, como el comandante Beck dice, perdamos esta guerra. Pero poniéndonos en lo peor, en el peor de los escenarios, debemos pensar que nunca, nunca, nosotras y nuestros niños podemos caer en las manos de esos seres infrahumanos que nos rodean y nos amenazan. Llegado el caso, y antes de que una sola gota de nuestra sangre pueda ser contaminada por esos salvajes, nuestra

obligación sería eliminar a nuestros niños y suicidarnos nosotras. ¿Lo ha entendido?

Con voz titubeante, Hedda contestó:

—Sí, creo que sí.

—No podemos pensar en eso ahora, pero no debemos descartarlo. Lo importante, lo primordial, es poder salir de aquí y llegar a una zona más segura. Mire, ahora las nubes negras tapan el sol, pero pronto, las nubes desaparecerán y sobre nosotras volverá a brillar el cielo azul. Estoy convencida de que el comandante Beck se equivoca, de que el Führer no perderá esta guerra. Entonces nosotras estaremos en Oslo, y nuestro programa volverá a resurgir, como resurge el Ave Fénix. Hágame caso, señorita Weiss, sé de lo que le hablo.

Una bruma espesa cubrió la mente de Hedda. Mientras Honelore de Mezary hablaba, Hedda había ido arrojando, uno a uno, los expedientes de todas sus compañeras del ala blanca: el de Lene Friedrich y su hijo Baldur, el de Anna Ritter y su hijo Heinrich. Solo le quedaban tres en la mano, el de Else Kruger, el de Hildegard Meier y el de su hija, Hilde. A diferencia de los otros, no los quería sacar de las carpetas archivadoras, no quería ver sus fotografías. Desde que esa mañana había conocido los planes de evacuación, había pensado mucho en su amiga Else. Ella no las acompañaría, ella permanecería siempre allí, eternamente, enterrada en su tumba en el corazón del bosque de Marbach. El bosque la engulló una noche, para no devolverla jamás.

Hildegard Meier seguía estando presente en sus pesadillas. Muchas noches soñaba con esa chica, soñaba que Hildegard Meier se incorporaba en la camilla en la que le habían dado muerte y, que mirando a Hedda con sus ojos de difunta, le preguntaba: «¿Dónde está mi niña? ¿Qué habéis hecho con ella?».

Arrojó al fuego los expedientes de Else Kruger. Y de Hilde. Y el de Hildegard Meier.

Al caer en la hoguera, la carpeta archivadora de Hildegard Meier se abrió. Hildegard la miraba desde allí, la sonriente fotografía de Hildegard Meier la miraba, mientras el fuego empezaba a devorar su expediente.

La mirada de Hedda quedó clavada en el rostro de Hildegard hasta que el fuego lo arrugo y lo hizo desaparecer.

---

\* \* \*

---

Dos días más tarde comenzó la evacuación de Marbach Heim. Era una mañana despejada, el cielo azul cubría el horizonte sobre la maternidad. Las temperaturas habían caído en picado, esa mañana el termómetro había descendido hasta los  $-15^{\circ}$ . Doce camiones y dos vehículos oruga estaban estacionados en la gran explanada, ante la puerta principal. El comandante Beck, Honelore de Mezary y Hedda charlaban en

círculo junto al primero de los camiones.

—De momento, solo he conseguido dos camiones, señorita De Mezary, pero el general Müller me ha dado su palabra que a primera hora de esta tarde podremos recoger cuatro camiones más, que nos serán entregados por el 531 regimiento *Volksgranadier*. Estoy convencido de que con esos dieciséis camiones tendremos terminada la evacuación —explicó el comandante Beck.

—¿Se sabe algo del teniente coronel Oertl? —preguntó la *Helferin* instructora.

—No, sé lo mismo que usted, salió hace dos días para reunirse con el jefe de distrito Koch en el cuartel general de Pillau, pero todavía no ha dado señales de vida.

Una gran algarabía se escuchó en el *hall* de la maternidad. Los tres giraron la cabeza en esa dirección. Los soldados del destacamento esperaban junto a la parte trasera de los camiones, para ayudar a subir a las residentes.

—¿Está usted convencida de que sus enfermeras y sus comadronas se bastarán para organizar todo esto, señorita De Mezary? —dijo el comandante Beck con ironía.

Honelore de Mezary lanzó una mirada desafiante al oficial ss y, dando media vuelta, se dirigió hacia el interior de la maternidad. Hedda la siguió.

Mientras ascendían por las escalinata de entrada, la enfermera jefe Schneider salió a la carrera. Su dulce rostro parecía desencajado.

—¡Señorita De Mezary, por favor, inténtelo usted! ¡No podemos con ellas!

El vestíbulo de la maternidad era un caos, el griterío ensordecedor. Las enfermeras, las comadronas, las chicas embarazadas, los bebés recién nacidos, los niños, las niñas, las damas de la maternidad general y los mayordomos trasladando los grandes arcones con las pertenencias de las mujeres, todo se mezclaba en un frenesí demoníaco. Las comadronas gritaban a las mujeres, las damas a las enfermeras. Insultos. Algunas de las mujeres se empujaban.

—¡Basta! ¡Basta ya! —gritó Honelore de Mezary dando tres grandes palmadas. Nadie le hizo caso—. ¡Por favor, présteme atención! ¡Présteme atención un momento!

Nadie le hizo caso. El griterío de las mujeres aumentaba. Todos los niños parecían llorar a la vez. Ingrid Weisshofer se acercó a Hedda. Iba vestida con uno de los uniformes de la BDM que había pertenecido a Hildegard Meier. Le quedaba estrecho.

—¿Qué hace usted vestida así, señora Weisshofer? —preguntó Hedda—. Tenía que estar preparándose para subir al camión...

—Quiero ayudar con esto, señorita Weiss. Subiré en el último de los camiones, con ustedes.

Ayudada por un mayordomo, Honelore de Mezary se subió a uno de los arcones de ropa.

—¡Por favor, quieren callarse de una maldita vez!

Se hizo el silencio. Todas las miradas se dirigieron hacia la *Helferin* instructora.



Hedda no había visto nunca nada igual. Hasta los niños más pequeños habían dejado de llorar.

—¿Alguien quiere explicarme lo que esta sucediendo aquí?

Un de las damas de la maternidad tomó la palabra.

—Las enfermeras nos han dicho que los arcones con nuestras pertenencias no pueden subir con nosotras a los camiones...

—¡Por supuesto que no! Ya irán ustedes bastante incómodas en esos camiones como para encima llevar todos esos arcones. Escúchenme bien, ahora saldrán en orden, como habíamos dispuesto. Todas sus pertenencias viajarán en los últimos camiones que abandonen la maternidad esta misma tarde. Cuando lleguen al puerto de Heiligenbeil se les hará entrega de ellos. Ahora, vamos a proceder a la evacuación. ¿Quién está al cargo de las jóvenes embarazadas?

—¡Yo! —gritó la enfermera Gruber, levantando la mano.

—¿Y de los niños recién nacidos?

—¡Yo! —gritó la enfermera Schuster.

—Bien, enfermera Gruber, enfermera Schuster, agrupen a las jóvenes embarazadas y a los bebés, y diríjense con ellos a los dos primeros camiones.

Honelore de Mezary bajó del arcón y se acercó a Hedda y a la señora Weisshofer.

—¿Y usted qué hace así vestida? —preguntó la señorita De Mezary con un gesto de incredulidad en el rostro.

—Verá, señorita De Mezary, quiero ayudar a...

La enfermera jefe Schneider llegó junto a ellas. Se llevó a la señorita De Mezary aparte.

—Señorita De Mezary, ¿qué hacemos con todos esos arcones de ropa y con las pertenencias de las señoras, cuando se hayan marchado?

—Llevarlos a la parte de atrás de la maternidad y haced una hoguera. Quemarlos todos.

---

\* \* \*

---

Hedda siempre había odiado las despedidas. Siempre. Además, aquel día tenía una extraña sensación, la misma que experimentó años atrás, la noche que se despidió de su madre en su pequeña casita de Múnich, cerca de la Rosenheimerplatz: la sensación de que nunca más iba a volver a ver a sus compañeras, a las chicas del ala blanca.

Habían formado un círculo. Lenne Friedrich, Anna Ritter, Helene Warnecke, Erna Hansen, sus niños, Hedda y Mitzi formaban ese círculo. No había más sitio para ellas en ese primer convoy. Raia, Heide, Ilse y los niños polacos tendrían que viajar en los camiones de la tarde. Una por una, Hedda se despidió de sus compañeras.

—Lene...

Las lágrimas arrasaron los ojos de Lene Friedrich. Los formalismos habían terminado.

—Hedda, oh Hedda...

Las dos chicas se abrazaron. Anna Ritter se unió al abrazo. Y Helene. Y Erna.

—Anna, Helene, Erna... cuidaros, cuidaros mucho. No lloréis, esta misma tarde volveremos a estar juntas. Si sucediera algo, cualquier cosa, solo os pido una cosa. Que no me olvidéis, que no me olvidéis nunca...

—No te olvidaremos, Hedda. Nunca te olvidaremos —dijo Anna Ritter.

—Por favor, señoritas, siento interrumpir este momento, pero tienen que subir a los camiones —intervino el comandante Beck.

Las chicas del ala blanca y sus niños, ayudadas por los soldados del comandante Beck, subieron al último de los camiones. El resto de las chicas y los niños polacos contemplaban la escena bajo la arcada de la puerta principal.

El comandante Beck hizo un gesto a la patrulla que estaba junto al primer vehículo oruga. El vehículo se puso en marcha. La columna de camiones echó a andar.

Las chicas del ala blanca agitaron sus manos despidiéndose de Hedda, que llevaba en sus brazos a Mitzi. La niña también agitaba su manita, mientras gritaba:

—¡Adiós, tía Lene! ¡Adiós, tía Anna!

Erich Beck se acercó a Hedda.

—¿Llegarán bien, comandante Beck?

—Esperemos que sí. Los vehículos oruga les abrirán camino, aquí la capa de nieve es muy fina todavía, pero en los bosques será muy diferente. De todas maneras, hemos añadido unas palas en la delantera de los vehículos oruga para que retiren la nieve y allanen el camino...

—Un camino de hielo hasta Heiligenbeil —musitó Hedda.

—Sí, un camino de hielo.

—¿Existe riesgo de que les ataquen desde el aire?

—Esperemos que no, los rusos están muy entretenidos en Königsberg, pero nunca se sabe, siempre existe el riesgo de que sean atacados por cazas solitarios. En los últimos días han proliferado por este área, han atacado granjas. Gracias a Dios las granjas estaban vacías, sus propietarios habían partido hacia los puertos del Báltico. Ve, señorita Weiss, si usted creyera en Dios este sería un buen momento para rezar. Para rezar por todas esas mujeres y por todos esos niños.

—¿Y esas banderas blancas que han puesto en las cabinas de los camiones?

—Es para indicar a los aviones rusos que ese convoy es de civiles. Pero en unas ocasiones no lo creen, y en otras, no les importa.

—Sigo sin comprender cómo pueden hacer eso, cómo pueden atacar a civiles inocentes que...

—Un exterminio, señorita Weiss. Lo que los rusos están llevando a cabo en Prusia Oriental es un exterminio. Lo mismo que nosotros hemos hecho en tantos y tantos lugares...

—¡Comandante Beck! ¡Señorita Weiss! ¡Vengan, por favor, la señorita De Mezary les reclama!

Era Margarete, la telefonista, la que los llamaba desde la puerta principal de la maternidad.

El comandante Beck y Hedda, con Mitzi en brazos, corrieron hacia la maternidad, en el momento en que el último camión se internaba en el profundo bosque de Marbach.

---

\* \* \*

---

Casi a la carrera, cruzaron el *hall*. Anna Reiss les hacía gestos desde la puerta de la centralita telefónica. Cuando entraron, se encontraron a Honelore de Mezary sentada ante el control de la centralita. Sus ojos parecían escupir fuego.

—Comandante Beck, acabo de hablar con un enlace en el cuartel general de Pillau. Esta mañana, el jefe de distrito Koch ha partido hacia Dinamarca, a bordo de un rompehielos. Junto a él viajaba un pequeño «séquito». ¿Adivina quién era uno de los caballeros que formaba parte de ese séquito? Sí, él. El teniente coronel doctor Oertl.

Hedda dejó a Mitzi en el suelo, que corrió hacia Anna Reiss.

—Pero... ¡el teniente coronel está al frente de la maternidad! Había viajado a Pillau para conseguir camiones, ¿no? —preguntó Hedda, desconcertada.

Erich Beck se dejó caer en una silla. Sacó del bolsillo de su abrigo de cuero negro un paquete de cigarrillos turcos y encendió uno. Con una media sonrisa amarga en su rostro y casi susurrando, dijo:

—Hijo de puta. Maldito hijo de puta.

---

\* \* \*

---

Los cuatro camiones que esperaba el comandante Beck se quedaron en dos.

—¿Qué hacemos ahora, comandante? —preguntó una alterada Honelore de Mezary.

—Solo tenemos una alternativa, hacer salir estos dos camiones y esperar a mañana. Al menos esperemos que nos manden uno más. El general Müller me ha comunicado que los rusos avanzan hacia Braunsberg, necesita todos los camiones disponibles para trasladar material y fortificar la ciudad. Desde Königsberg no pueden ayudarnos, la ciudad ha quedado sitiada. Además, los pocos vehículos que

quedan los están utilizando para evacuar civiles. Son las dos de la tarde, señorita, en dos horas oscurecerá. Entonces, el camino hacia Heiligenbeil se hará más complicado, así que lo mejor será que estos dos camiones partan ya. Nos faltan chóferes, uno de los camiones lo conducirá el teniente Graz. A usted le corresponde la elección de decidir quién parte ahora.

El poco personal que quedaba estaba reunido en la puerta de la maternidad, junto a los camiones. Honelore de Mezary caminó frente a ellos, observándolos, y dijo:

—Bien, las enfermeras, comadronas y mayordomos que quedan repártanse en los dos camiones. El equipo doméstico viajará en el primer camión, el de cocina en el segundo. Las chicas del ala blanca, sus niños y los niños polacos, al segundo camión. La señorita Weiss y su niña, la señora Weisshofer, la enfermera jefe Schneider, la comadrona jefe Schmund, Anna Reiss, y las telefonistas se quedarán aquí esta noche, junto conmigo. Intentaremos partir mañana. ¡Venga, todos a los camiones!

Se volvió a repetir la escena. El círculo de chicas del ala blanca, Raia, Ilse, Heide y sus niños. Y los niños polacos. Para Hedda, eso fue lo peor. Wolfgang e Inge lloraban de tal manera, que ni siquiera podían articular palabra. Ursula, la camarera que les había servido la comida durante tantos años, se unió al grupo. El teniente Graz y el comandante Beck colocaron las banderas blancas en las ventanillas de las cabinas de los camiones.

Hedda estuvo mucho tiempo abrazada a los niños polacos y a Raia Demianenko. Mitzi, que se había quedado sola, también lloraba de forma desconsolada.

Las chicas del ala blanca, sus bebés y los niños polacos montaron en el segundo camión.

Hedda cogió a Mitzi en sus brazos. La niña no dejaba de llorar. Alguien gritó desde el interior del camión.

—¡Aquí no cabemos todos!

La señorita De Mezary y el comandante Beck se acercaron al camión.

—Las señoritas y sus niños van casi aplastadas, alguien tiene que bajar —dijo uno de los mayordomos.

—Es verdad, así no pueden ir...

—¡Bajaré yo!

Antes de que diera tiempo a nada, Wolfgang ya había saltado del camión.

—No, tú no, que baje uno de los mayordomos —dijo Honelore de Mezary.

—No, yo, señorita De Mezary. Soy el más mayor de los niños...

—Está bien, ve con...

—¿Qué es eso? ¿No es el sonido de un avión? —preguntó Anna Reiss.

El sonido llegaba desde el final del bosque. Todas las miradas se dirigieron al cielo. Wolfgang corrió hacia a Hedda, que llevaba a Mitzi en brazos. Se agarró a su cintura.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —exclamó el comandante Beck. Llamó a la guardia—. ¡Subid arriba, que activen el cañón antiaéreo! —gritó.

—¡A la orden, mi comandante! —contestó uno de los soldados de la guardia, que corrió por la escalinata. El otro se quedó abajo, con los dos doberman. Los perros parecían haberse vuelto locos, no dejaban de ladrar.

Erich Beck corrió hacia el vehículo oruga.

—¡Arranca, intérnate en el bosque, los camiones te seguirán!

El vehículo oruga echó a andar. El primer camión también. El segundo camión parecía tener problemas con el arranque, el teniente Graz lo intentaba, pero el camión se resistía a arrancar.

—¡Todos ustedes, adentro! ¡Entren en la maternidad y cierren la puerta! Diríjense al refugio subterráneo.

Hedda corrió con Mitzi en sus brazos, Wolfgang iba junto a ellas. Honelore de Mezary, Anna Reiss, las telefonistas, la señorita Schneider y la señora Schmund ya subían por la escalinata. El soldado de la guardia parecía no poder contener a los doberman. Los animales dirigían sus ladridos al cielo.

El vehículo oruga y el primer camión se habían internado en el bosque. Pero el segundo camión seguía detenido. No podía arrancar. En su interior, las chicas, las comadronas y las enfermeras gritaban. Los bebés y los niños polacos lloraban.

Erich Beck estaba junto a la puerta de la cabina del camión.

—¡Joder, teniente Graz, qué pasa! ¿Qué cojones pasa?

—No lo sé, comandante ¡Esto no arranca!

—¡Arranque, arranque! ¡Tiene que protegerse en el bosque! —gritaba Erich Beck, como lo haría un loco.

—¡No puedo! ¡No puedo! —repetía el teniente Graz.

Hedda, Mitzi y Wolfgang habían llegado a la puerta de la maternidad, ya estaban bajo la gran arcada. Entonces lo divisaron.

Apareció de pronto, como si hubiera emergido del mismo bosque. Volaba tan bajo, que se le distinguía perfectamente. Era un caza bombardero solitario, de color verde. En su morro, llevaba dibujadas las fauces de un tiburón, algo que los rusos habían copiado de los cazas alemanes de la *Luftwaffe*. En sus alas, las estrellas rojas.

Hedda, Mitzi y Wolfgang se habían quedado petrificados, mirando cómo el avión se acercaba a la maternidad...

Honelore de Mezary tiró de ellos, introduciéndolos dentro del *hall*. El niño polaco cayó al suelo.

—¡Un avión ruso! —gritó, con el rostro desencajado.

La señorita De Mezary cerró la puerta. Arrebató a Mitzi de las manos de Hedda y se la entregó a Anna Reiss.

—¡Ustedes, con la niña y con Wolfgang al refugio subterráneo! ¡Ya! —gritó la

*Helperin* instructora.

Hedda se asomó por una de las ventanas. El camión había conseguido arrancar, avanzaba hacia las lindes del bosque. No vio por ningún sitio al comandante Beck.

Una gigantesca explosión. El avión ruso, un Petlyakov-2UT, había arrojado una de las bombas sobre ese hayedo al que Hedda llamaba «el sendero tenebroso». Honelore de Mezary y Hedda cayeron al suelo. Otra enorme explosión. Otra de las bombas había caído en la gran explanada.

Todos los cristales de la maternidad reventaron. Cientos de ellos cayeron sobre los cuerpos de Hedda y de Honelore de Mezary, que en el suelo intentaban protegerse la cabeza con las manos.

La puerta de la maternidad fue arrancada de cuajo.

Se fue la luz.

Dos de las lámparas de araña se desplomaron sobre el suelo del *hall*.

Las paredes temblaron, el suelo se movió. El cañón antiaéreo del tejado entró en acción.

Intentaron levantarse, pero no pudieron. Volvieron a caer al suelo.

Hedda sabía que estaba herida. Un líquido caliente corría por sus piernas, en su muslo, sentía un dolor punzante. Se había clavado algo, estaba segura.

El avión regresaba. Arrastrándose, Hedda llegó a lo que había sido una ventana.

Miró en derredor. El hayedo estaba en llamas. La bomba había causado un cráter que cubría la mitad de la gran explanada. Hasta ella llegaban voces y llantos. Voces de chicas, llantos de niños. El camión se había vuelto a detener. No había alcanzado el bosque.

Honelore de Mezary llegó hasta ella. Levantaron la vista. El Petlyakov descendía en picado, hacia el camión parado junto a los lindes del bosque.

—¡No, no, Dios mío, el camión! —gritó Honelore de Mezary—. ¡Mis chicas, mis niños!

Un cohete salió de un lateral del avión. Impactó directamente en el camión.

Otra potente explosión, una gran llamarada anaranjada iluminó el oscuro *hall*.

Más temblores de las paredes, del suelo. El cañón antiaéreo volvía a entrar en acción.

Algunos de los cuerpos del camión alcanzado por el cohete habían salido despedidos por el efecto de la explosión. Estaban diseminados, terriblemente mutilados, por toda la gran explanada. Gritos espantosos procedían del interior del camión incendiado. Las chicas del ala blanca, Raia Demianenko, Ilse Werner, Heide Schumann, sus bebés, los niños polacos, enfermeras, comadronas y el servicio de cocina se estaban quemando vivos.

Honelore de Mezary cogió a Hedda por los pies y la arrastró. Los cristales se clavaban en su rostro y en sus manos. El sonido del avión seguía escuchándose sobre

sus cabezas. Otra potente explosión. Honelore de Mezary cayó al suelo.

—¡Vamos a morir! —gritó Hedda.

El tejado de la maternidad reventó. Se vino abajo. En su caída, aplastó el ala blanca y la parte superior del ala roja.

Los escombros cayeron hasta taponar la escalera que conducía al ala blanca. La puerta de la maternidad general salió despedida. El gran retrato del Führer que presidía el *hall* se desplomó sobre el suelo, arrastrando consigo la bandera del Reich. Solo la bandera de las ss quedó en su sitio. El polvo y el humo, un humo denso y negro cubrió el *hall*. Parte del tejado cayó también sobre la gran explanada.

Las paredes y el suelo ya no temblaban. El cañón antiaéreo había dejado de disparar. Se había silenciado. Ya no existía. Como ya no existía el tejado de dos aguas de la maternidad.

El ruido del avión también había desaparecido. Escuchó toser a Honelore de Mezary, pero a través del humo negro, no pudo distinguirla.

—La maternidad está en llamas —dijo desde algún sitio la *Helperin* instructora.

El ruido de los desplomes continuaba. Muros que se venían abajo. Los ruidos procedían casi siempre del ala blanca.

Hedda intentó levantarse, agarrándose a algo que quemaba. Intentó hablar, llamar a la señorita De Mezary para poder localizarla. Pero solo una bocanada de vómito trepó por su garganta. Vomitó. Intentó caminar en dirección a la puerta de la maternidad, pero el humo era tan denso que no podía ver nada. Resbaló en su vómito y volvió a caer.

—¡Dios mío, mis chicas, mis niños! ¡Están todos muertos!

Era la voz de la *Helperin* instructora. Hedda volvió a levantarse y caminó hacia la voz. Tenía que caminar hacia la voz.

Tropezó con algo duro y grande que había en el suelo. Volvió a caer. Sintió que se clavaba algo en la espalda y, por un momento, perdió la respiración. Por el tintineo de las lágrimas de cristal, se dio cuenta que había caído sobre una de las lámparas de araña.

—¡Todos muertos, Dios mío, todos muertos!

Sonidos de sirenas que llegaban por los caminos del bosque. Gritos de soldados que descendían de los vehículos contra incendios.

Volvió a levantarse y caminó hacia el lugar de donde provenía la voz de Honelore de Mezary. A través del humo, empezó a ver con más claridad. Había llegado a la puerta.

Tosiendo y agarrándose al hueco que la puerta había dejado, salió a la calle. Iba descalza, había perdido sus zuecos de madera. Tenía las manos y la cara ensangrentadas. Se había vomitado en la guerrera de su uniforme. Se subió la falda. En sus piernas no paraba de fluir la sangre, el dolor punzante de su muslo izquierdo

no cesaba. «Un cristal, me he clavado un cristal».

Honelore de Mezary estaba en mitad de la explanada. Se tapaba con su mano la boca. Hedda bajó por la escalinata.

Miró hacia el camión. Los cadáveres calcinados de más de veinte personas yacían en su interior. Los bebés de las chicas del ala blanca habían muerto agarrados a sus madres. A muchos de los niños polacos les faltaba la cabeza.

El resto de cuerpos estaban diseminados por la gran explanada, como si rodearan a la señorita De Mezary, que estaba en el centro. Se escuchaba el ladrido de los doberman. El tejado de la maternidad estaba en llamas y también el sombrío hayedo. Los soldados del comandante Beck se afanaban en conectar las mangueras a las bocas de riego.

—Señorita De Mezary...

—¡Señorita Weiss! ¿Está bien?

—Creo que sí.

—¡Dios mío, está cubierta de sangre!

Hedda no hizo caso de lo que decía la *Helferin* instructora. Su mirada se había detenido en otro lugar.

Sobre la nieve, estaba el cuerpo desnudo e inerte, grotescamente retorcido, de una niña. Tenía los brazos levantados y las manos agarrotadas, como si fueran garras. También sus piernas estaban arqueadas, a la altura de las rodillas. Los dos doberman se estaban ensañando con ella. Uno de ellos tiraba del brazo, el otro, hincaba sus dientes en el vientre.

Era Inge, la niña polaca.

—¡Señorita, los perros...!

Se escucharon dos disparos. El cuerpo de Hedda se estremeció. Entre ladridos de dolor, los perros soltaron a la niña y cayeron al suelo.

El autor de los disparos era el comandante Beck. Había aparecido por un lateral de la maternidad, junto al capitán Elsner. Entre los dos llevaban a un soldado herido que tenía la cara quemada. Dejaron al soldado sentado en la escalinata y caminaron hacia Hedda.

—¡Por Dios, Herrmann, tapad a esa niña muerta con una manta! —gritó el capitán Elsner, dirigiéndose hacia uno de los soldados.

—¿Y qué hago con los perros? —preguntó el soldado llamado Herrmann.

—Llevarlos a la despensa, seguro que más adelante tendremos que echar mano de ellos —contestó el capitán Elsner, esgrimiendo una de sus sádicas sonrisas.

La vista de Hedda se nubló. Las piernas se le doblaron. Casi no podía ver al comandante, que ahora, corría hacia ella, gritando:

—¡Señorita Weiss! ¿Se encuentra bien? ¡Señorita Weiss!

Sobre Hedda, el cielo era azul, pero se estaba cubriendo de negro. El hayedo



ardía. El tejado de la maternidad estaba en llamas. Las chicas del camión estaban muertas, y los bebés. Y los niños polacos y...

Erich Beck llegó a tiempo para coger el cuerpo de Hedda, antes de que este cayera sobre la nieve.

—Tengo que llevarla al refugio subterráneo, puede que esté herida —dijo Erich Beck, dirigiéndose a Honelore de Mezary.

—Mis chicas, mis niños. Todos muertos —repetía la *Helperin* instructora como una autómata.

Con el cuerpo de Hedda Weiss entre sus brazos, Erich Beck subió la escalinata que conducía al interior de la maternidad.

## XVIII

### ASEDIO

*Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, finales de enero-febrero de 1945*

Sintió que alguien mojaba su frente con una esponja húmeda. Poco a poco fue abriendo los ojos y, poco a poco, la luz regresó a ellos. Tras la cortina de niebla, distinguió un rostro. El rostro de un niño.

Wolfgang. El niño polaco era el que mojaba una esponja en una palangana blanca con agua fría, y humedecía su frente. Estaba tendida en una cama, en lo que le pareció a primera vista la habitación contigua al despacho de la señorita De Mezary en el refugio subterráneo. Tenía frío, mucho frío. Le dolía el estómago. Y la pierna, el muslo de su pierna izquierda.

—Wolfgang, ¿qué estoy haciendo aquí?

—Tranquila, señorita Weiss. No hable, tiene fiebre, mucha fiebre.

Hedda se incorporó de golpe. Estaba cubierta con una sábana blanca. Levantó la sábana. Estaba desnuda. Llevaba un aparatoso vendaje en el muslo izquierdo de su pierna.

—¿Quién me ha desnudado? ¿Quién me ha traído aquí?

—La trajo el comandante Beck. La señorita De Mezary y la enfermera Schneider la desnudaron. La enfermera la curó, tenía una herida muy fea en el muslo, se había cortado con un cristal y había perdido mucha sangre. Desde entonces, yo la cuido. No me he despegado de usted ni un minuto.

—¿Desde entonces...?

—Sí, desde ayer al mediodía. Desde que nos atacó el avión ruso.

—Ayer al mediodía...

Hedda observó que el niño llevaba una guerrera de las ss, una guerrera que le otorgaba un aspecto descuidado, las mangas le venían largas, las hombreras le caían a los brazos.

—¿Y tú qué haces vestido así?

—Ahora soy un soldado, señorita Weiss, un soldado de verdad. El capitán Elsner me dio esta guerrera, y la señorita De Mezary me dijo que mi primera misión sería vigilarla a usted en todo momento, que no me podía separar de su lado ni un segundo. De lo contrario, la señorita De Mezary podría arrestarme. Además, hay otra cosa...

—¿Qué cosa?

—¡Soy el nuevo portaestandarte del destacamento! Sí, como lo oye. El antiguo portaestandarte, que se llamaba Hans, era uno de los soldados que estaban a cargo del cañón, allá arriba, en el tejado. Fue uno de los soldados que murieron —los ojos del niño se entristecieron—. Bueno, ahora ya no tenemos cañón.

Hedda titiritaba. Intentó abrigarse más con la sábana, pero la sensación de frío no desaparecía.

—¿Por qué tengo tanto frío?

—Es que ahora tampoco tenemos tejado, señorita Weiss. Tendremos que hacer la vida aquí, en el refugio. Además, como le he dicho, tiene mucha fiebre.

—¿Y cuándo vamos a marcharnos? ¿Han mandado el camión que faltaba...?

Wolfgang no contestó. Agachó la cabeza. Jugueteeó con la esponja en sus manos.

—Wolfgang, ¿cuándo nos vamos a ir de aquí?

El niño evitaba mirarla.

—Wolfgang, ¿han mandado el camión?

—No nos vamos a ir, señorita Weiss. No han mandado el camión, no hay camiones.

—¿Qué estás diciendo, Wolfgang?

Se acercó a Hedda y le dijo al oído:

—Señorita Weiss, ¿si le cuento una cosa no se lo diré a nadie?

—¡Claro que no, Wolfgang!

—¿Seguro? Es que como se enterara alguien me arrestarían...

—Wolfgang, ¿acaso no confías en mí?

—Sí, claro —el niño pareció pensárselo—. Está bien, se lo contaré. Verá, anoche, como usted dormía, yo me fui un momento al cuarto de aquí al lado, a la centralita telefónica. Me puse a jugar con las clavijas de los teléfonos y en ese momento, escuché pasos. Me escondí debajo de la mesa de los radiotelegramas, para que no me vieran. Entonces, la señorita De Mezary y el comandante Beck entraron en la centralita. No me descubrieron, y yo escuché todo lo que dijeron.

—¿Qué dijeron, Wolfgang?

—El comandante Beck dijo que era urgente que nos fuéramos de aquí, que nos dirigiéramos a ese puerto del Báltico, pero que como no había camiones, nos llevarían en dos de los todoterreno del destacamento. La señorita De Mezary se negó, dijo que de ninguna manera nos pondría en peligro, que no se arriesgaría a que pasara lo que pasó con... bueno, ya sabe. Dijo que no consentiría que se derramara más sangre aria. Entonces, el comandante se puso como un loco, empezó a gritar y a decir maldiciones... ¡Si hubiese visto que zancadas daba! El comandante le pidió que le explicara qué pensaba hacer y la señorita De Mezary le dijo que resistir, resistir hasta el final. Que cuando no tuviéramos salida, ni nos quedara una sola bala por disparar, le permitiría rendir la maternidad. El comandante le replicó que eso no era posible, que los rusos harían cosas malas con las mujeres, con usted... esas cosas feas, las cosas que hacen los soldados malos con las mujeres buenas. La señorita De Mezary dijo que prefería arriesgarse, que a lo mejor les hacían cosas feas, pero que por lo menos sobrevivirían, porque si nos marchábamos por los bosques con esos

tototerreno, seguro que moriríamos, porque los rusos nos atacarían desde el aire, porque saben que esos vehículos son militares, que aunque pongan banderas blancas, los aviones rusos no se lo creen y no los respetan. Después de mucho discutir, llegaron a un acuerdo: el comandante Beck se haría cargo de la maternidad y trasladaría aquí al destacamento y, además, él tomaría la decisión última de cómo y cuándo rendir la maternidad. La señorita De Mezary aceptó.

Wolfgang guardó silencio, parecía pensar algo. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Pasó una cosa más. Cuando ya se marchaban, el comandante Beck le dijo que como a usted o a Mitzi les pasara algo, ella no tendría que temer a los rusos. Que él la mataría con sus propias manos. Entonces la señorita De Mezary le dijo algo que yo no entendí bien, le preguntó si su Dios, como el Dios de los judíos, no prohibía el asesinato. Entonces el comandante le dijo que sí, que sí que lo prohibía, pero solo para las personas y para los animales inofensivos, no para las serpientes, porque le dijo que ella era una serpiente. Le dijo que Dios no le tendría en cuenta que la matara, porque matarla sería como matar al demonio, porque ella era una hija del demonio. ¿Usted lo entiende, señorita Weiss?

—Sí, Wolfgang, lo entiendo. El comandante Beck siempre dice esas cosas raras.

—Ah, claro, entonces no tendrá importancia. Es que yo no creo que la señorita De Mezary sea una serpiente, a mí me parece una persona como nosotros...

Hedda había clavado su mirada en el techo del refugio. Había algo en todo lo que había contado el niño que no le cuadraba. Conocía muy bien a la señorita De Mezary y no la veía capaz de ceder tan pronto a los deseos del comandante Beck. ¿Y sus planes? ¿Y el viaje de las tres a Oslo, a la maternidad de la señorita Vögel? Estaba convencida que Honelore de Mezary guardaba un as en su manga. Estaba segura de eso, sí, estaba convencida.

—Señorita Weiss, ¿usted cree que el resto de los residentes de la maternidad habrán llegado bien al Báltico?

—Sí, Wolfgang, estoy segura de que han llegado bien. Posiblemente ahora ya estén viajando rumbo a Alemania. ¿Y ya no pasó nada más?

—No, bueno, ahora los soldados del destacamento han tomado el control de la maternidad. El comandante Beck ha tenido que marcharse unos días a una reunión o algo así, y ha dejado al capitán Elsner al frente de todo. Ha venido un nuevo cocinero, el cocinero del destacamento. Es un hombre muy grande y con un bigote muy largo, y aunque hace frío, va todo el rato con una camiseta de tirantes y una botella en la mano de la que no deja de beber. Se llama Artur y dicen que antes de entrar de cocinero en las SS estuvo de cocinero en un restaurante de lujo de Berlín y que hace muy buenas comidas. Los soldados están desescombrando en el ala blanca, pero esta mañana se ha caído el techo del *hall*, dicen que ayer ustedes tuvieron suerte, porque el techo estuvo a punto de derrumbarse. Luego me ha dicho el capitán que vamos a

fortificar la maternidad y que yo tendré que seguir practicando con los *Panzerfaust*, para poder combatir contra los blindados rusos...

Hedda se llevó la mano al estómago.

—Wolfgang, ¿te importaría acompañarme al baño?

—No, claro, es mi misión. A ver, levántese y...

Hedda retiró la sábana y se incorporó. Puso los pies descalzos en el gélido suelo del refugio. Intentó incorporarse, pero sintió un mareo y se volvió a dejar caer sobre la cama.

—Me he mareado...

—Claro, es por la fiebre. Inténtelo de nuevo.

Hedda se volvió a incorporar. Pasó su brazo por los hombros del chico y este la cogió por la cintura. Caminaron hacia el baño. La pierna le dolía mucho e iba cojeando. Wolfgang le ayudó a sentarse en el retrete.

—¿Qué haces, niño? Cierra la puerta.

—No puedo, señorita Weiss. Estoy de servicio, soy un soldado. No puedo perderla de vista ni un momento, imagínese que cierro la puerta, se mareo, se cae y se golpea la cabeza. ¡Sería arrestado!

—¡Madre mía! —exclamó Hedda, mirando al techo.

---

\* \* \*

---

En las condiciones de Hedda, les costó mucho subir por las escaleras de caracol. Wolfgang le había ayudado a vestirse, aunque había vuelto a marearse en varias ocasiones. El dolor de la pierna no le cedía, al contrario, parecía haberse instalado allí de manera permanente.

Fue al llegar al pasillo que conducía a la centralita telefónica, cuando lo vieron. Ante esa visión, la chica y el niño se detuvieron en seco. Wolfgang abrió los ojos todo lo que pudo y, con su habitual tono infantil, dijo:

—¡Mire, señorita Weiss! ¿A que es algo fantástico?

Estaba nevando. Estaba nevando dentro de la maternidad.

La ausencia del tejado había provocado que la nieve cayera sobre el suelo del *hall*. Eran copos pequeños, que ya estaban formando una ligera capa de nieve. El frío era muy intenso, en esas condiciones, pensó, era comprensible lo que había dicho el niño, que la vida tendría que trasladarse al refugio subterráneo. Hedda acarició la cabeza del niño, que seguía señalando hacia la nieve que caía lentamente en el interior de la maternidad, con los ojos abiertos como platos.

—¿A dónde vamos, Wolfgang?

—A la centralita telefónica, la señorita De Mezary me ha dicho que la lleve allí.

Caminaron hacia la centralita. Al llegar a la puerta, Wolfgang tocó tres veces.

Alguien contestó:

—Adelante.

Estaban todas allí, tapando sus cuerpos con mantas. La enfermera jefe Schneider, la comadrona jefe Schmund, Anna Reiss, las telefonistas Magda y Margarete, la señora Weisshofer, la señorita De Mezary, con un vaso de esa bebida blanca que tomaba en su mano, y junto a ella, una botella sin etiquetas. Y Mitzi, que en cuanto la vio, corrió hacia ella como si fuera un relámpago.

—¡Hedda!

Hedda la abrazó y la cogió entre sus brazos.

—¿Se encuentra mejor, señorita Weiss? —preguntó Honelore de Mezary.

—Sí, señorita De Mezary, bueno, la pierna me sigue doliendo...

—No se preocupe por eso, en cuanto termine nuestra pequeña reunión, la enfermera jefe Schneider volverá a curarle la herida. Ahora, Wolfgang, coge a Mitzi y esperad en el pasillo, enseguida terminamos.

—Vale. ¡Vamos Mitzi! —dijo Wolfgang. La pequeña Mitzi le dio la mano.

Se hizo un enigmático silencio en la centralita, cuando los dos niños la abandonaron. Todas se miraban entre ellas, todas menos la señorita De Mezary, que miraba fijamente su vaso de bebida mientras lo hacía girar en su mano.

Ninguna de las mujeres parecía querer hablar. Magda se levantó de su silla para que Hedda pudiera sentarse. Fue esta la única que se atrevió a preguntar:

—¿Qué quería decirnos, señorita De Mezary?

Habían cubierto la ventana de la centralita que se asomaba al *hall* con una manta, para evitar que entrara el frío. Honelore de Mezary se levantó y retiró la manta. La mirada de las ocho mujeres se concentró en el gran *hall*, donde la nieve seguía cayendo. Wolfgang y Mitzi correteaban por la estancia, recogían nieve del suelo y se la lanzaban entre grandes risas.

—¿Qué les evoca esta imagen? —preguntó Honelore de Mezary.

Silencio. Ninguna de las mujeres contestó, se miraban entre ellas preguntándose qué quería decir con todo eso Honelore de Mezary. La *Helferin* instructora volvió a tapar la ventana con la manta. Se dio la vuelta y miró a las mujeres, había un rictus extraño instalado en su rostro. Cogió el vaso y dio un largo trago. Para sorpresa general, fue Ingrid Weisshofer la primera en hablar:

—Una visión apocalíptica, señorita De Mezary. A mí me evoca una visión apocalíptica.

—Gracias, señora Weisshofer, esperaba que alguna de ustedes dijera eso. Es lo más apropiado para estos momentos que vivimos. El final se acerca, de eso quería hablarles.

—¿El final, señorita De Mezary? ¿A qué se refiere con el final? —preguntó la enfermera jefe Schneider.

—Esta mañana he hablado por teléfono con el comandante Beck. Se encuentra en Braunsberg con la mitad de nuestro destacamento. Están colaborando en la fortificación de la ciudad. El comandante me ha confirmado que la situación es desesperada. Königsberg está completamente sitiada, ya nadie puede entrar ni salir de allí. Las carreteras entre Braunsberg y Königsberg han sido cortadas por los soviéticos, también las que nos unían a la península de Sammland. La región de los bosques que nos comunicaba con el puerto de Heiligenbeil ha sido igualmente ocupada por el Ejército Rojo. Ahora, ya ni siquiera podríamos intentar recorrer ese camino andando. Estamos completamente aislados, rodeados. Los frentes están estables, pero el comandante me ha dicho que no podrán aguantar mucho más de un mes. La verdad, aguantar un mes sería un milagro.

Otro trago. Hedda y Anna Reiss se miraron, una mirada de preocupación. Una mirada que no tenía tanto que ver con lo que la *Helferin* instructora estaba contando, sino con esa obsesión que parecía haber cogido con el alcohol en los últimos días.

—Aquí también tenemos problemas, el ala blanca y parte del ala roja están destruidas, no sabemos cómo, sin materiales, arreglar lo del tejado. Por lo menos tenemos madera suficiente para alimentar las estufas, pero la despensa... ahora está llena, pero entre los soldados estacionados aquí, y los que regresarán con el comandante Beck, serán más de ciento cincuenta bocas que alimentar. En este aspecto, el capitán Elsner me ha dicho que en los próximos días harán una batida por las granjas abandonadas de los alrededores, para ver si se puede conseguir alguna cosa. Si una vez que lleguen los rusos, el asedio sobre la maternidad se prolonga, posiblemente tengamos serios problemas con la comida.

—¿Cuándo piensan que pueden venir los rusos, señorita De Mezary? —preguntó Anna Reiss.

—No lo sabemos, como dice el comandante, todo dependerá de lo que resistan los frentes. Lo que está claro es que es difícil que nos ataquen por el norte, cruzar esos bosques con casi dos metros de nieve es complicado para sus blindados. Lo más probable es que lleguen por el sur, por Braunsberg. Por eso el comandante está allí. En estos momentos, nuestro futuro parece estar ligado al futuro de esa ciudad. Saben, anoche, antes de que partiera, mantuve una amplia conversación con el comandante. Él se comprometió a defender la maternidad hasta que una sola esperanza de victoria y de escape sea posible, yo por mi parte, me comprometí a que sería él quien decidiera el momento de rendir Marbach Heim. Él cumplirá su palabra por encima de todo, a pesar de nuestras diferencias personales, tengo que reconocer que es un militar intachable. Pero yo no, yo no mantendré mi palabra. Y ustedes tampoco.

Miradas asustadas. «El as, el as guardado en la manga. Ahora nos lo va a descubrir», pensó Hedda.

—Nosotras no nos rendiremos. Nunca. Nunca consentiré que ninguna de ustedes,

ni los dos niños que juegan ahí fuera, caigan en manos de esos bárbaros. Tengo un plan que, espero y deseo, ustedes me ayuden a realizar.

Honore de Mezary metió la mano en el bolsillo de su guerrera y sacó tres pequeñas cajitas. Estaban revestidas de terciopelo rojo. Una a una, las fue abriendo. Dentro de cada cajita, había cuatro cápsulas doradas con forma de balón. La *Helferin* instructora cogió las cuatro primeras.

—Tenía esto guardado desde que llegué a Marbach Heim. Pensaba no tener que utilizarlo nunca, pero ya ven, los hados han sido caprichosos. No me han dejado otra opción. Por favor, extiendan sus manos.

Depositó una cápsula en la mano de cada una de las mujeres. Una, para Anna Reiss, otras, para Magda, Margarete y la señora Weishoffer. Todas ellas miraron con aprensión la cápsula que Honore de Mezary había dejado en la palma de sus manos. De las otras cajitas cogió cinco cápsulas más. Una, la depositó en la mano de la señorita Schneider, otra, en la mano de la señora Schmund. Hedda fue la última en recibirlas. Honore de Mezary dejó en su mano tres cápsulas. Las dos mujeres se miraron. Ya no había brillo luminoso en sus ojos, solo tristeza. Dos miradas, perdidas en la tristeza.

—Lo que les acabo de entregar contiene en su interior una ampolla de ácido cianhídrico, lo que conocemos vulgarmente como ácido prúsico. Su uso es sencillo. Se desenrosca la cápsula y se saca la ampollita de cristal que contiene el ácido. Una vez en sus manos, la ampollita se coloca entre los dientes, y se aprieta fuerte la mandíbula. Es casi instantáneo, no produce dolor. A usted, señorita Weiss, le he entregado tres. Una es para usted, las otras dos para los niños.

—¡Oh no, Dios mío! —exclamó Ingrid Weisshofer, llevándose la mano a la boca.

Honore de Mezary paseó su mirada por el rostro de las ocho mujeres. La mirada triste en la *Helferin* instructora, las miradas vidriosas en el rostro de las mujeres. Dos lágrimas silenciosas brotaron de los ojos y corrieron por el rostro de la enfermera Schneider. No iban acompañadas de ningún tipo de llanto.

—Lo siento. Lo siento mucho, créanme —dijo con voz temblorosa Honore de Mezary.

—¿No puede existir ningún otro tipo de solución...? —intentó preguntar la comadrona Schmund.

—La única solución que podemos esperar se llama milagro. No sé ustedes, pero yo hace mucho tiempo que dejé de creer en los milagros. Por cierto, observarán que yo no tengo cápsula —Honore de Mezary se llevó la mano a la cintura y sacó su Walther—. Yo usaré esto, es más sucio, dejaré un charco de sangre en el suelo, pero igual de efectivo.

La *Helferin* cogió de nuevo su vaso, dio otro largo trago. Miró el vaso vacío, cogió la botella sin etiquetas y volvió a llenarlo.



—Ya ven, una ironía final. Toda mi vida he odiado la suciedad y, sin embargo, me iré dejando una mancha de sangre en el suelo.

No pudo soportarlo más. Ana Reiss fue la primera en romper a llorar. Margarete la abrazó.

—No llores, Anna, todavía nos queda algo de tiempo. Lucharemos hasta el final, como el Führer nos ha enseñado. Quizás esos rusos terminen poniendo sus pies en mi maternidad, pero juro por todas las fuerzas del *Valhalla* que pagarán un alto precio por ello. Hasta que llegue la batalla, intentad disfrutar, disfrutad todo lo que podáis. En la despensa tenéis alcohol, os aseguro que ayuda bastante a sobrellevar estos momentos. Y tenéis hombres, la maternidad va a estar llena de soldados y el refugio es muy grande. Quiero que pongáis música. Anna, ¿es posible que pongamos...?

Con el rostro lleno de lágrimas, Anna Reiss contestó:

—Aquí ya no podemos poner música, señorita De Mezary, los altavoces estaban conectados en el techo y...

—Es igual, Anna, traeremos la radiogramola de la sala del ala roja y los discos que poníamos allí. Ahora mismo iré a buscarlos.

—Será lo mejor, señorita De Mezary, los discos que teníamos aquí se han roto todos...

—Vale, Anna. Una cosa más. Cuando llegue el momento, y para no levantar las sospechas del comandante, yo diré una sola frase. Una frase muy simple. Señoritas, es la hora. Cuando la escuchéis de mi boca, habrá llegado el momento de utilizar el regalo que os he dado. Os aseguro algo: si supierais lo que nos espera en manos de esos hombres, comprenderíais que lo que os acabo de dar es eso, un regalo. El mejor de los regalos.

El choque de las tres cápsulas provocó un extraño sonido metálico en la mano de Hedda. Se guardó las tres cápsulas en el bolsillo de su guerrera.

—Bien, creo que está todo dicho. Señorita Weiss, tiene mala cara. Baje con los niños al refugio, la señorita Schneider irá enseguida y echará un vistazo a esa herida.

—Como diga, señorita De Mezary.

Hedda abandonó la centralita. Al verla, Wolfgang y Mitzi corrieron hacia ella. Estaban cubiertos de nieve.

Hedda se agachó y besó a Mitzi en la cabeza. La niña subió los brazos y dio tres vueltas sobre sí misma, siempre lo hacía en señal de alegría. Hedda la cogió en brazos. Cuando se incorporó, besó también la frente de Wolfgang.

—¿Por qué nos da besos, señorita Weiss?

—Porque os quiero mucho, Wolfgang. A los dos.

—Nosotros también la queremos mucho a usted, señorita Weiss. Ahora, agárrese fuerte a mí, no vaya a ser que se caiga y de paso tire a Mitzi.

Hedda pasó su brazo libre por los hombros del niño y este la cogió por la cintura.

—¿A dónde vamos?

—Al refugio, Wolfgang. Tienen que venir a mirarme y curarme la herida.

—Vale, yo me fijaré bien cómo lo hace la enfermera Schneider y así podré cambiarle yo el vendaje y curársela.

Mientras avanzaban por el pasillo, en busca de las escaleras de caracol que descendían al refugio, Hedda volvió a mirar hacia el gran *hall* de la maternidad.

Allí dentro, en el interior de la maternidad de Marbach Heim, continuaba nevando.

---

\* \* \*

---

La vida en Marbach Heim había cambiado de una manera definitiva desde el ataque del avión ruso. Ahora, Hedda y Mitzi dormían en la habitación contigua al despacho de Honelore de Mezary, en una cama frente a ella. Wolfgang también dormía en la misma habitación, en un colchón en el suelo. El niño tenía que dormir en una de las literas del compartimento de las chicas embarazadas, pero hacerlo él solo, con el resto del refugio vacío, le daba miedo. Hedda le había preguntado a la señorita De Mezary si le importaba que el niño durmiera con ellas, a lo que la *Helferin* le respondió que «en absoluto». Eso sí, le advirtió que no soportaba la suciedad, le exigió que duchara a los niños, que iban muy sucios, como si fueran dos pequeños salvajes. «Solo faltaba, señorita Weiss, que en mi maternidad aparecieran los piojos». El asunto de la higiene se había convertido en un problema para todos, en un grave problema. Por ejemplo, toda la ropa de Hedda, de la señorita De Mezary, de Mitzi y de Wolfgang se había perdido en el derrumbe del ala blanca. Ahora, Hedda y la señorita De Mezary tenían que lavarse el uniforme todas las noches y dejarlo a secar en una silla junto a una de las estufas de la maternidad general, para poder ponérselo cada mañana. Tenían que utilizar los camisones que habían dejado abandonados las residentes de la maternidad general y allí también habían conseguido ropa para la pequeña Mitzi. Wolfgang iba todo el día vestido con la ropa que le había dado el capitán Elsner, él «era un soldado y no podía ir vestido de otra manera».

Ahora, los tres estaban en la pequeña ducha de la habitación de la señorita De Mezary en el refugio. A regañadientes, Mitzi y Wolfgang se habían desnudado y habían entrado en la ducha. La señorita De Mezary le había dado unas pastillas de jabón y un poco de champú *Drené*, para adecantar a los niños. Hedda se desnudó y entró con ellos en la ducha.

—¡El agua está fría! —dijo Mitzi, la niña estaba temblando.

—¡Qué vergüenza, Mitzi! Una niña tan mayor como tú y tiritando de frío.

Sorprendentemente, la niña dejó de temblar. Hedda aprovechó para embadurnarle la cabeza con champú.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —se quejaba la niña mientras Hedda le restregaba.

Hizo lo mismo con Wolfgang. El niño tenía cara de enfadado.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —se quejaba el niño polaco—. Señorita Weiss, ¿por qué nos restriega tan fuerte?

—¿Que por qué os restriego tan fuerte? Os lo diré. Es una orden de la señorita De Mezary. Me ha dicho: «Señorita Weiss, como no lave y deje relucientes a esos dos niños, me veré obligada a tomar medidas drásticas con ellos. La pequeña Mitzi será encerrada en el sótano donde guardamos la leña, y ya sabe usted la cantidad de monstruos que habitan ese lugar en cuanto se cierra la puerta; y en cuanto al capitán Wolfgang, será arrestado y conducido al calabozo de la caserna. ¿Le queda claro?». Ahora os pregunto yo: ¿Os queda claro?

Wolfgang y Mitzi se miraron. El niño polaco dijo:

—Restriegue, restriegue, si a mí no me hace mal.

—A mí tampoco —repitió Mitzi.

Mientras restregaba la cabeza de los niños, Hedda desvió la mirada hacia su guerrera negra, que reposaba encima de la cama, en concreto, hacia uno de sus bolsillos. Fugazmente, su mirada se entristeció.

Vertió un poco de champú sobre su propia cabeza y se agachó.

—Venga, ahora restregad vosotros. ¡Podéis vengaros!

Entre risas, los dos niños empezaron a restregar el pelo de Hedda.

---

\* \* \*

---

La batida del capitán Elsner por las granjas de los alrededores de Marbach Heim, aportó algo de respiro a la maltrecha despensa y mucho más desasosiego a las últimas residentes de la maternidad.

Los dos todoterreno estaban aparcados en la puerta del edificio, bajo la escalinata. En torno a ellos se había reunido una pequeña comitiva de recibimiento: muchos de los soldados del destacamento, Anna Reiss, las telefonistas y la señora Weisshofer.

Honelore de Mezary y Hedda bajaron la escalinata y, con paso firme, se acercaron a los vehículos.

—¿Qué ha conseguido, capitán Elsner?

—La batida no ha ido del todo mal, señorita.

El capitán Elsner ordenó a dos de sus soldados que destaparan las lonas que cubrían el primero de los vehículos. Se escuchó una exclamación entre los reunidos. Allí había tres vacas muertas que, a primera vista, habían sido abatidas a balazos.

—No se lo creerá, pero hemos encontrado a las vacas en el bosque, vagaban perdidas. No nos ha costado mucho abatirlas.

Caminaron hacia el segundo vehículo. Los dos mismos soldados retiraron las

lonas. El botín constaba de tres cerdos, que habían sido degollados, y de una veintena de gallinas. Estas tenían el cuello retorcido.

—Los cerdos estaban en la pocilga de una granja abandonada. Las gallinas en otra granja no lejos de aquí, en las cercanías de Braunsberg. En esta ocasión la granja no estaba vacía, pero a sus desgraciados propietarios ya no les hacen falta las gallinas.

Al decirlo, el capitán Elsner puso esa característica mueca sádica en su rostro.

—¿Qué ha pasado en esa granja?

—Hemos encontrado a los propietarios en el granero. A toda la familia. Eran cinco, dos adultos y tres niñas. Las niñas estaban en el suelo, habían sido estranguladas por los padres. Estos se habían colgado después, con una soga enganchada a una viga del techo del granero.

Entre el grupo se hizo el silencio. Anna Reiss y las telefonistas se llevaron las manos a la boca. Ingrid Weisshofer, que miraba de un modo aprensivo a los dos cerdos degollados, dijo:

—Creo que voy a...

No terminó de decirlo, vomitó apoyada en uno de los todoterreno.

Hedda esbozó una sonrisa, se acordó de Wolfgang, que ahora jugaba con Mitzi en la centralita telefónica. De haber estado presente, seguramente el niño habría dicho: «¡Mire, señorita Weiss, la señora fina ha vomitado!».

—Han hecho bien, por lo menos han muerto con dignidad. De haber caído en manos de los rusos, hubieran acabado igualmente muertos, solo que tendrían que haber soportado ver cómo sus tres hijas eran violadas por esos salvajes. Su muerte ha sido una liberación y un último servicio a la patria —sentenció Honelore de Mezary.

Artur, el cocinero del destacamento, y otros tres soldados, bajaban por la escalinata dando grandes risotadas. Pese al frío, y a que volvía a nevar, Artur iba con una camiseta de tirantes llena de manchas de aceite y de grasa. Y su botella de *Fernet Branca* en la mano, de la que no se separaba nunca.

—¿Qué tenemos aquí? Cerdos, gallinas y vacas. ¡Cojonudo, de momento no tenemos que ir pensando en sacrificar a los doberman!

—Todo se andará, Artur. Por lo pronto, alimentad bien a los perros. Cualquier día acabarán como guarnición en uno de tus guisos —dijo el capitán Elsner. Risas entre los soldados.

—En Königsberg ya han acabado con los caballos y con los perros. Ahora la mayor diversión de los sitiados consiste en cazar ratas —dijo otro de los soldados.

Ingrid Weisshofer volvió a vomitar.

Artur se cargó a sus espaldas uno de los cerdos. Mirando al capitán Elsner, dijo:

—¡Joder, capitán, menudo tajo les ha metido en el cuello!

—Me gustaría que hubieras visto cómo gritaban, Artur. Me han recordado a esa

prostituta de Braunsberg que venía a visitarte. ¿Cómo se llamaba?

—La «dulce» Darlene. ¡Qué grande era esa mujer! Lástima que cogiera una sífilis y la retiraran del servicio activo. Claro, cómo no iba a coger la sífilis, si había recorrido todas las casernas de aquí a Breslau.

Más risas entre los soldados. Con el cerdo a cuestas y la botella de *Fernet Branca* en la mano, Artur pasó al lado de la señora Weisshofer.

—No tiene usted buena cara, señora. ¿Quiere un trago de esto? —dijo, ofreciéndole la botella.

—Gracias —dijo Ingrid Weisshofer y, sin pensarlo dos veces, se la llevó a la boca.

—Quédesela —dijo Artur—, y si quiere más, venga cuando quiera a la cocina. De comida vamos escasos, pero de *Fernet Branca*, no —y le guiñó el ojo.

---

\* \* \*

---

El comandante Beck regresó al cabo de dos semanas, y con él, la parte de soldados que faltaba del destacamento de Marbach Heim. Para Hedda fue una sorpresa negativa volver a ver al comandante, ver su estado físico. Erich Beck había envejecido en esas dos semanas, estaba más delgado, incluso parecía haberse encorvado algo. El comandante se justificó diciendo que ese cambio se debía a la tensión del momento y al trabajo. En esas dos semanas había estado acompañando al general Müller tanto en sus visitas a las líneas del frente como en interminables revistas y conferencias militares, durante el día y por las noches. El regreso del comandante tenía que ver con la fortificación de la maternidad, algo que afectaría no solo a los soldados del destacamento, sino también a las últimas residentes de Marbach Heim. Incluso Wolfgang fue movilizado para esa tarea.

La fortificación de Marbach Heim comenzó por el tejado. Ante la imposibilidad de levantar uno nuevo, la solución que encontraron fue cubrirlo con mallas metálicas y lonas. El objetivo era solo evitar que entrase la nieve y el frío, porque a otros efectos, esas lonas no los protegerían de nada. El comandante Beck les advirtió que en cuanto la maternidad fuera atacada con fuego artillero de corta o larga distancia, las mallas cederían y las lonas caerían, dejándolos otra vez a la intemperie.

Hedda, la señorita De Mezary, la enfermera jefe Schneider, la comadrona jefe Schmund y el propio Wolfgang participaron en el blindaje de las seis ventanas inferiores de la fachada del edificio. Formando una cadena, que partía de la gran explanada, subía por la escalinata y terminaba en el *hall*, ayudaron a introducir dentro de la maternidad los sacos terreros que servirían para instalar los nidos de ametralladoras y los equipos *Panzershreck* (los lanzacohetes antitanque estáticos que tan buenos resultados estaban dando a los defensores de Königsberg contra los

tanques soviéticos T-34 y Josef Stalin 1 y 2). El comandante Beck les indicó que esa sería su mejor baza defensiva cuando los rusos llegaran hasta ese rincón del bosque de Marbach. Su mejor y su única baza defensiva.

Seis de las siete ventanas superiores de la fachada principal de la maternidad, que correspondían al ala blanca y al ala roja, fueron cubiertas con grandes maderos reforzados por barras de hierro en forma de cruz de San Andrés. Pese a las tareas de desescombros que se habían realizado, solo una de las ventanas, la que daba al balcón sobre la arcada principal, la ventana de lo que había sido el despacho de Honelore de Mezary, pudo ser aprovechada. El comandante Beck y el capitán Elsner convinieron en que ese balcón podía servir para esconder a soldados equipados con *Panzerfaust*, que podían ser muy útiles en caso de que los equipos *Panzerschreck* fueran alcanzados y destruidos. Para esa misión de camuflaje se requerirían soldados de pequeño tamaño y poco volumen, algo que era difícil ya que todos los soldados del destacamento eran miembros de las SS. Todo el mundo pensó entonces en Wolfgang, algo que desagradó especialmente a Hedda.

—Wolfgang es solo un niño —les reprochó.

—Si supiera usted, señorita Weiss, el daño que los niños de las Juventudes Hitlerianas están causando a los blindados soviéticos en Königsberg, comprendería lo importante que ese niño polaco puede ser para nosotros —le explicó el comandante Beck.

Solo el hecho de que fuera el comandante el que había dicho esas palabras, tranquilizó a Hedda. Aun así, le replicó:

—Pero lo pondrán en peligro...

—Y llegados a esa situación, ¿quién de nosotros no estará en peligro, señorita Weiss?

Hedda tuvo que reconocer que esa era una respuesta convincente.

La tarea de fortificación de la maternidad continuó con el blindaje de los grandes ventanales de la maternidad general y de la planta baja del ala roja. Allí se instalaron más nidos de ametralladoras y equipos *Panzerschreck*, para intentar contener un ataque desde el bosque por esos dos flancos del edificio. La cadena humana volvió a formarse para transportar los sacos terreros primero, y después, las cajas de munición.

La fortificación de la maternidad de Marbach Heim se prolongó por espacio de una semana. Lo más duro fue la parte posterior, porque aunque todos parecían pensar que el ataque llegaría por la entrada principal, no había que descartar que los rusos intentaran una operación envolvente. En esa zona se encontraba el invernadero, la cocina, la despensa, los ante sótanos y los sótanos, por lo que resultó muy difícil trasladar hasta allí todo el material. El comandante Beck ordenó que todas las armas se cubrieran con lonas, sobre todo para que las señoras y los dos niños no tuvieran que convivir con esa visión constante ante ellos.

A la vez que todo esto sucedía, empezaron a pasar otras cosas en la maternidad que a Hedda le incomodaron particularmente. El refugio de la maternidad se convirtió en un continuo entrar y salir de soldados, muchos de ellos borrachos, en busca de las pocas mujeres que quedaban en el recinto. Estas parecieron hacer caso de las palabras de la señorita De Mezary, y se lanzaron a un frenesí constante de hombres y alcohol. A Hedda le daba igual lo que esas mujeres hicieran, pero le molestaba que Wolfgang y Mitzi tuvieran que verlo.

Una de las tardes, Wolfgang entró en la habitación contigua al despacho, diciendo:

—Señorita Weiss, he visto a la «señorita fina» y a un soldado desnudos y haciendo cosas raras.

—¡Yo quiero verlo! —gritó Mitzi.

—Esperad aquí un momento, ahora vuelvo y jugaremos a algo muy divertido.

Muy enfadada, Hedda salió del despacho de la señorita De Mezary. Hasta la antesala llegaban los gritos, las risas y los cantos. Un soldado con una botella en la mano, borracho, salió al cavernoso pasillo y vomitó. Hedda caminó hacia el primer compartimento, de donde provenía la algarabía. La enfermera jefe Schneider, la comadrona Schmund, Magda y Margarete y cinco o seis soldados estaban sentados en las literas, bebiendo y fumando. Solo faltaban Anna Reiss, que estaba de guardia, y la señorita De Mezary, que le hacía compañía en la centralita junto al *hall*.

—¡Venga aquí, señorita Weiss! ¡Beba un poco! —dijo Margarete, alargándole una botella de champán.

—¿Dónde está la señora Weisshofer? —preguntó Hedda, con tono serio.

—En el compartimento de al lado, pero no creo que este sea un buen momento para hablar con ella —respondió Magda y lanzó una fuerte carcajada.

—Les debería dar vergüenza, están borrachas.

Hedda caminó hacia el compartimento contiguo. Ingrid Weisshofer estaba desnuda, con una botella de champán en la mano, y un soldado, también desnudo, sobre ella.

—Señora Weisshofer, ¿no le da vergüenza? Es usted una mujer casada. Los niños la han visto, haciendo esas...

El soldado que había sobre ella se levantó, mirándola de forma lasciva. Hedda tuvo que asistir a la desagradable visión del interior de las piernas de la mujer, ya que las tenía completamente abiertas.

—¿Qué importa ahora que esté casada o no? Vamos a morir, señorita Weiss, todos vamos a morir, esos dos niños también. Disfrute, disfrute antes de que llegue el Apocalipsis, deshágase esa trenza que le da un aspecto tan serio, desnúdese y únase a nosotros. Aún está a tiempo.

El soldado, tocándose de forma obscena, se acercó a Hedda.

—Eso, eso, únase a nosotros...

Hedda se llevó la mano a la culata de la Walther, en su cintura, y dijo:

—No se acerque a mí, maldito hijo de puta. No se acerque sino quiere que le vuele la cabeza antes de que lo hagan los rusos.

El soldado dejó de tocarse y levantó las manos.

—Vale, vale, no se ponga nerviosa, señorita...

—Y usted, señora Weisshofer, ya hablaremos mañana.

—¿De qué tenemos que hablar? No estoy haciendo nada distinto de lo que hicieron todas ustedes con esos hombres que las engendraron.

Sabedora de que esa visión le molestaba, Ingrid Weisshofer abrió aún más sus piernas.

—Nosotras vinimos aquí a ofrendarle un hijo al Führer y al Reich, usted se está comportando como una vulgar prostituta.

Hedda abandonó el compartimento, caminó por el pasillo con paso seguro y regresó al despacho de Honelore de Mezary, mientras Ingrid Weisshofer le gritaba:

—¿Ah, sí? ¿Y qué hacían durante aquellas visitas nocturnas a la sala del ala roja? ¿Se piensa que nosotras no lo sabíamos, que no sabíamos todo?

Hedda entró en la habitación contigua al despacho, Wolfgang y Mitzi estaban muy serios, sentados en la cama. Solo esperaba que no hubiesen escuchado nada.

—Venga, niños, nos vamos arriba. Vamos a la centralita, allí podréis jugar con las clavijas.

—¡Bien! —gritaron Wolfgang y Mitzi al unísono, saltando de la cama.

---

\* \* \*

---

Más tarde, Hedda pensaría que a lo mejor hubiera sido preferible no sacar a los niños del refugio, a tenor de la escena que tuvieron que presenciar a través de una de las ventanas que se asomaba a la parte trasera de la maternidad. Fue Mitzi la que se acercó a la ventana, volvía a nevar sobre Marbach Heim, esta vez grandes copos de nieve que revoloteaban en todas las direcciones. A Mitzi le encantaba la nieve, así que, en cuanto la vio, corrió hacia la ventana.

—Mira, Hedda, mira...

La niña se detuvo en seco. Hedda y Wolfgang llegaron junto a ella y miraron por la ventana.

Dos soldados sujetaban a cuatro doberman, los últimos cuatro doberman del destacamento. El capitán Elsner estaba junto a ellos, con su pistola en la mano. Los animales saltaban y daban grandes dentelladas al vacío, los soldados parecían tener problemas para contenerlos.

El capitán Elsner apuntó con su pistola a la cabeza de uno de los animales.



Disparó.

Hedda, Wolfgang y Mitzi se estremecieron. Hedda tapó con su mano los ojos de la niña.

Otro disparo. Otro de los doberman quedó inerte sobre la nieve.

—¿Por qué están matando a los perros, señorita Weiss?

Otro disparo. Otro perro silenciado. El suelo nevado se estaba cubriendo de sangre.

—No lo sé, Wolfgang.

Un último disparo. El último doberman se resistía a morir. El capitán Elsner se agachó junto a él, puso su pistola sobre la cabeza del can y lo remató con un tiro de gracia.

La puerta de la despensa se abrió. Artur, el cocinero, salió al exterior con su sucia camiseta de tirantes llena de manchas de aceite y de grasa. Dejó la botella de *Fernet Branca* sobre una caja de munición, y se llevó dos de los doberman a la espalda. Con ellos, entró en la despensa.

Los otros dos soldados cargaron un perro cada uno. El capitán Elsner cogió en su mano la botella de aguardiente y dio un largo trago. Fue el último en entrar a la despensa. Cerró la puerta. Solo las manchas de sangre sobre la nieve quedaron como recuerdo de la escena.

—¿Por qué han matado a los perritos, Hedda? —preguntó Mitzi, mirándola fijamente con sus ojos inexpresivos.

—No lo sé, Mitzi, a lo mejor se habían puesto malitos y los han tenido que sacrificar. Venga, nosotros vamos a la centralita, para que juguéis con las clavijas.

---

\* \* \*

---

Llegaron a la puerta de la centralita telefónica. El gran *hall* estaba desierto, las armas descansaban junto a las ventanas, tapadas por las lonas. Esa escena siempre impresionaba a Hedda, no se acostumbraba a ver la imagen del *hall* vacío, cuando durante años había sido el centro de la vida y de la frenética actividad de la maternidad. Esa imagen creaba en ella una angustiada sensación de soledad. La puerta central de la maternidad estaba abierta. Erich Beck estaba sentado bajo la nieve, en el primer peldaño de la escalinata. Estaba fumando y como siempre, con la mirada perdida en el bosque de Marbach.

—Entrad, niños, ir con Anna y la señorita De Mezary. Yo acudiré ahora, tengo que hablar de un asunto con el comandante.

Obedientes, los dos niños entraron en la centralita. Hedda caminó por el gran *hall* y llegó junto a Erich Beck.

Se detuvo detrás de él. El comandante, le dijo:

—Señorita Weiss.

—Comandante Beck.

Hedda se sentó al lado del comandante. Se cubrió todo lo que pudo con el cuello de la guerrera negra. Recogió sus piernas entre sus brazos. Hacía mucho frío, la nevada era muy intensa.

—¿Qué hace aquí, comandante?

—Pensar, señorita. Pensar en si he hecho todo bien.

—¿Ya ha terminado de fortificar el edificio?

—Sí, ya está todo terminado. Ahora solo nos resta esperar.

—¿Tardarán mucho en venir los rusos?

—No, cuestión de días. Llegarán por ahí, y por ahí —dijo el comandante, señalando dos puntos del bosque—. Se protegerán en el bosque, no dejarán que los veamos. Sabe, durante siglos los lugareños han creído que el bosque de Marbach era la morada de fantasmas y demonios. Dentro de pocos días, será el hogar del Ejército Rojo. Pero esos fantasmas y esos demonios serán reales, señorita Weiss. Muy reales.

—Y con ellos llegará el Hades, ¿verdad, comandante?

—Sí, señorita. El Hades camina con ellos.

Durante toda la conversación no se habían mirado a la cara. Los dos tenían la mirada perdida en el blanco y frondoso bosque.

—¿Tendremos alguna opción, comandante?

—En un principio sí, jugaremos con el factor sorpresa. Les haremos creer que el edificio está abandonado. Antes de que lleguen, incendiaremos la caserna y los barracones. En su primer ataque podremos sorprenderlos, pero después no. Si no recibimos refuerzos de Braunsberg, blindados *Tiger* o apoyo aéreo de la *Luftwaffe*, no tardarán en recomponerse y demoler la maternidad con artillería pesada. Ese será el momento de rendir la maternidad e intentar salvar nuestras vidas.

Hedda guardó silencio. Erich Beck sacó otro cigarrillo turco de un paquete agonizante, lo puso en sus labios y lo encendió.

—Sabe, comandante, estos días he pensado en usted. Porque estos días he pensado mucho en Dios, en si Dios habrá visto bien lo que hemos hecho aquí, ahí dentro.

—Dios está furioso, señorita Weiss. Colérico. Yo he visto su cólera estos días en los frentes de batalla. Hemos jugado con la vida y con la muerte, algo que solo él puede dar y quitar. Hemos jugado a ser dioses, cuando solo éramos hombres. Le hemos echado un pulso a Dios y lo hemos perdido. Así nos recordará la historia, señorita Weiss. Así nos recordará.

—¿Usted cree que hay más de una vida, comandante Beck? ¿Cree que Dios nos dará otra oportunidad?

—No lo sé, señorita Weiss. Pero no creo que haya otra vida, ni que Dios nos dé

otra oportunidad. Sinceramente, no lo creo. ¿Por qué lo pregunta?

Hedda se levantó. Miró hacia el interior del *hall*. Habían vuelto a levantar el gran retrato del Führer, entre las banderas entrelazadas del Reich y de las ss. Junto a estas estaba el estandarte de Marbach Heim, que ahora Wolfgang se encargaba de llevar por todos los sitios. Bajo el gran retrato del Führer ardían cinco velitas, que habían colocado Anna Reiss y la señorita De Mezary. Hedda concentró su mirada en el duro rostro de Adolf Hitler, el hombre que una vez, acarició su rostro.

—Lo pregunto, porque si hubiera otra vida, si Dios nos diera otra oportunidad, me gustaría volver a encontrarme con usted. Me gustaría vivir con usted esa otra vida.

Las palabras de Hedda no parecieron sorprender a Erich Beck. Sin mirarla, y con su habitual tono amargo, dijo:

—A mí también, señorita Weiss. A mí también me gustaría encontrarme con usted en esa otra vida. Y vivirla juntos.

Hedda rio, esa bonita risa perdida, esa risa que tanto les gustaba a Else y a los chicos de las Juventudes Hitlerianas de Múnich, y a sus padres. Esa risa que llevaba tantos años dormida.

—Habríamos formado una bonita pareja, ¿verdad, Erich?

—Sí, Hedda. Habríamos formado una bonita pareja.

Hedda entró en la maternidad y caminó por el silencioso *hall*, en dirección a la centralita telefónica. Volvió a mirar el rostro del Führer, el rostro de Adolf Hitler, tenuemente iluminado por el tintineo de las velitas.

El hombre que una vez, acarició su rostro.

## XIX

### LAS SERPIENTES DE HITLER

*Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, 21 de marzo de 1945*

Desde primeras horas de esa mañana, las explosiones se escuchaban cada vez más cerca en el interior del refugio subterráneo de Marbach Heim. La enfermera jefe Schneider, la comadrona jefe Schmund, Magda y Margarete, la señora Weisshofer, Hedda y la pequeña Mitzi se habían recluido en el primer compartimento, sentadas en las literas que en su día fueron dispuestas para las chicas embarazadas de la maternidad general. El nerviosismo y el miedo habían empezado a hacer mella entre las mujeres. Todas sabían que la hora se acercaba, que la llegada del Ejército Rojo al bosque de Marbach era inminente.

Hedda miró en todas las direcciones, había perdido a Wolfgang de vista. La señorita Schneider lloraba desconsolada, la señora Weisshofer no paraba de beber.

—Vamos a morir, vamos a morir todos —no dejaba de repetir con su voz de borracha.

—¿Alguna de ustedes conoce alguna oración? —preguntó la señora Schmund, con voz asustada.

—¿Y de qué sirve rezar? ¿Alguna de ustedes cree que Dios va a escucharnos? —preguntó Ingrid Weisshofer, antes de dar otro largo trago a su botella.

Margarete se levantó, llevándose la mano al estómago.

—Tengo que ir al baño —dijo la telefonista.

—Eso es por culpa de esa mierda de sopa que nos prepara ese cocinero borracho. Eso no es sopa, eso es agua caliente. Yo no hago nada más que ir a cagar, ya lo he hecho más de cuatro veces esta mañana. Solo tiro del cuerpo agua —comentó Ingrid Weisshofer, lanzando una risotada de borracha.

Pese a su borrachera, Hedda pensó que Ingrid Weisshofer tenía razón. Las provisiones escaseaban, llevaban días pasando hambre. Una sucia sopa de nabos y patatas, acompañadas de unas latas del ejército de arenques rancios, había sido la última comida sólida que habían ingerido, y de eso hacía más de seis días. Desde entonces, la comida se reducía a una nauseabunda y viscosa sopa hecha de restos, que solo sabía a agua caliente. Hacía cuatro días que Mitzi y Wolfgang iban de diarrea, y dos que a Hedda le pasaba lo mismo.

Volvió a mirar hacia el pasillo. Hacía un rato que había visto pasar a Wolfgang, jugando con un hierro en la mano. Pero de eso haría más de media hora, desde entonces, no había vuelto a ver al niño polaco. Le preguntó a Mitzi:

—Mitzi, ¿tú sabes dónde está Wolfgang?

La niña se acercó a Hedda y le cuchicheó al oído.

—En una misión especial secreta.

—En una misión... ¿Qué tontería es esa?

—¿Cómo creen ustedes que será menos doloroso morir? ¿Tomando ese veneno que nos dio la señorita De Mezary, ahorcándonos o pegándonos un tiro en la cabeza?

—Por favor, señora Weisshofer. La niña... —dijo Hedda.

—¿Y qué más da la niña? ¿Vamos a morir y tengo que preocuparme por una niña? —otro trago a la botella.

—¿Vamos a morir, Hedda? —preguntó Mitzi con carita asustada.

—No hagas caso, Mitzi. ¿No ves que esa mujer está borracha?

—¿Qué es borracha, Hedda?

Hedda no pudo contestar. La voz de Margarete la llamaba desde el fondo del refugio, la zona de los baños.

—¡Señorita Weiss, venga! ¡Venga, por favor!

«¿Qué pasará ahora?», se preguntó Hedda, mientras se ponía en pie.

—Espera aquí, Mitzi, con la señorita Schneider. Ahora mismo vuelvo.

—¿Por qué no bajarán ahora los soldados? ¡Con las ganas que tengo de...!

—¡Cállese de una vez, señora Weisshofer! ¡Piense en la niña! —gritó la comadrona Schmund, mientras lanzaba una mirada desafiante.

Hedda caminó por el largo y asfixiante pasillo. El continuo zumbido del sistema de ventilación amortiguaba el sonido de las explosiones que se escuchaban desde las primeras horas de esa mañana. Todos sabían de dónde procedían esas explosiones que llegaban de más allá del bosque de Marbach. Procedían de Braunsberg. Los rusos estaban a menos de veinte kilómetros de la maternidad.

Uno a uno, fue pasando por los compartimentos oscuros y silenciosos. Vio que la telefonista la esperaba a la entrada de los baños. Un olor nauseabundo llegó hasta Hedda, que se tapó la nariz y la boca con la mano.

—¿Qué pasa, Margarete?

—El niño, mire a ver lo que hace ese niño, señorita Weiss —la mujer se llevó también la mano a la boca—. ¡Es espantoso!

Hedda entró en el baño. Wolfgang estaba tumbado en el suelo, junto a un agujero hecho en las baldosas por donde asomaba la boca de una tubería pelada. Llevaba en la mano el largo hierro. La punta del hierro estaba cubierta de sangre.

—¿Pero qué demonios haces, Wolfgang?

Al escuchar la voz de Hedda, Wolfgang se incorporó de golpe.

—Estoy cazando, señorita Weiss.

—¿Cazando? ¿Pero qué tonterías di...?

Hedda calló de golpe. Wolfgang sacó de su espalda una horquilla de metal. De ella colgaban tres ratas muertas.

Una arcada de bilis ascendió hasta la garganta de Hedda desde su estómago.

—¿Pero qué asquerosidad es esa? ¡Suelta eso inmediatamente!

—Pero señorita Weiss, el capitán Elsner me ha ordenado que cace estas ratas, me ha dicho que de lo contrario me arrestaría...

Hedda avanzó hacia Wolfgang y le arrebató la horquilla donde colgaban las ratas.

—¡Dame eso, he dicho que te deshagas de esa asquerosidad!

Hedda arrojó la horquilla a un rincón oscuro del baño.

—¡Pero, señorita Weiss, ahora por su culpa me arrestarán!

—Escúchame, Wolfgang. Ahora mismo hablaré con la señorita De Mezary y será ella la que ordene el arresto del capitán Elsner.

—Ah, bueno, si es así... ¡pero que conste que yo he cazado las ratas!

En el momento en que Hedda, Margarete y el niño polaco salían del baño, vieron cómo la señorita De Mezary entraba en el refugio. Los tres corrieron por el pasillo.

---

\* \* \*

---

En aquel momento, en el peor de los momentos, Hedda pensó que la imagen de Honelore de Mezary resultaba más elegante e impresionante que nunca. A su uniforme, había añadido un abrigo largo de cuero negro que se ceñía a su estilizada figura; los guantes negros de manguito alto; la gorra de plato donde brillaba la cabeza de la muerte plateada y, en su brazo izquierdo, el brazalete rojo con la cruz gamada negra laureada. A pesar de todo lo que estaba sucediendo, el delicado perfume de lirios seguía acompañándola allá donde iba. Cuando llegaron, la *Helferin* instructora estaba en mitad del compartimento. Traía noticias.

—Señoritas, señoras, los rusos están atacando Braunsberg. El comandante Beck se dirige hacia aquí, según me ha comunicado por radio, el ataque a la maternidad puede ser inminente. Señorita Weiss, usted y Wolfgang acompáñenme arriba. La señorita Schneider, la señora Schmund, la señora Weisshofer y la niña, permanezcan aquí. Magda y Margarete también. Cuando Anna Reiss tenga que ser relevada, se lo comunicaremos. Por favor, de momento, mantengan la calma.

El silencio convirtió el compartimento en su reino. Hasta la señora Weisshofer calló, daba la sensación que, de pronto, se le había pasado la borrachera.

Honelore de Mezary dio media vuelta y salió de la habitación. Hedda la siguió.

---

\* \* \*

---

En el *hall* ya se vivían momentos de máxima tensión. En la puerta principal de la maternidad, esperaba el capitán Elsner. Desde allí, Hedda pudo ver cómo una columna de todoterrenos se dirigía a toda velocidad hacia la gran explanada. Distinguió la figura del comandante Beck en el primero de los vehículos.

El primer vehículo se detuvo en la puerta de la maternidad. El comandante Beck descendió raudo de él. Casi a la carrera, ascendió por la escalinata.

El comandante llegó junto a Hedda, el capitán Elsner y Honelore de Mezary. Mientras se quitaba los guantes, dijo:

—Los rusos ya han entrado en Braunsberg...

—¿Ya? —preguntó sobresaltada Honelore de Mezary.

—Sí, nuestras defensas no han podido soportar ni la primera embestida. Un pequeño grupo de ellos se dirigen hacia aquí, están apoyados por un blindado Josef Stalin-2...

Una gran columna de humo negro se estaba alzando al final del bosque. Todos miraron en esa dirección.

—¿Qué es esa columna de humo? —preguntó Hedda.

—Ah, eso, no se preocupe. Son mis hombres, están incendiando la caserna y los barracones del destacamento. Forma parte de nuestro plan de camuflaje. Esperamos que los rusos crean que hemos abandonado la caserna y nos hemos dado a la fuga.

—¿Cuándo llegarán aquí? —preguntó Honelore de Mezary.

—Como muy tarde, a primera hora de la noche —el comandante Beck elevó su mirada hacia el cielo.

Volvía a nevar, soplaba un gélido viento del Este. Parecía que una ventisca estaba a punto de asolar Marbach Heim.

—Parece que podemos tener algo de suerte, se avecina una ventisca. Ellos evitarán el camino, se internarán en el bosque. Lo más probable es que les cueste mucho avanzar con el blindado, aunque sabemos que llevaban vehículos de arrastre. Son fusileros, señorita De Mezary.

—¿Eso es una buena o una mala noticia? —preguntó la *Helperin* instructora.

—Una noticia pésima. Los regimientos de fusileros del 2.º frente bielorruso tienen fama de despiadados. Pero yo traigo una buena noticia. No he podido hablar con el general Müller, pero sí con Hankel, su adjunto. Nos mandan refuerzos, al menos, dos blindados *Tiger*. Si llegan a tiempo, vamos a tener nuestra opción, señorita De Mezary. Capitán Elsner, reúna a los hombres para...

—¡Señorita De Mezary, señorita De Mezary! ¡Venga, por favor! ¡Tiene que bajar al refugio!

Anna Reiss la estaba llamando desde la puerta de la centralita telefónica.

—¡Qué cojones ha pasado ahora! —exclamó Honelore de Mezary, poniendo rumbo hacia la centralita.

—Acompáñelas, capitán Elsner —ordenó Erich Beck.

—Como ordene, comandante.

Honelore de Mezary, Hedda y el capitán caminaron hacia la centralita.

—¿Qué ha pasado, Anna?

—No lo sé, señorita, la comadrona Schmund me ha dicho desde las escaleras que la localizase y que bajase al refugio, que es urgente.

—¡Madre mía! —exclamó Honelore de Mezary, mientras ponían rumbo hacia las escaleras de caracol.

---

\* \* \*

---

En el primer compartimento solo estaba Magda, con Mitzi sentada en sus rodillas. La telefonista estaba llorando.

—¿Qué ha pasado, Magda?

Magda no contestó a la pregunta de Honelore de Mezary. Levantó la mano, y señaló hacia el fondo del refugio.

Los baños. Honelore de Mezary, Hedda y el capitán Elsner avanzaron por el húmedo y frío pasillo en dirección a los baños. Al llegar, vieron a la enfermera Schneider, la comadrona Schmund y Margarete delante de uno de los retretes. Las tres mujeres agacharon la cabeza. Se hicieron paso a través de ellas.

Ingrid Weisshofer se había colgado con una sábana enganchada a uno de los tubos del equipo de ventilación. Tenía los ojos en blanco, y la lengua le colgaba por un lado, fuera de su boca. Tenía las bragas bajadas a la altura de los tobillos. En el suelo, había una botella de champán vacía y la pequeña cápsula que contenía la ampolla de ácido prúsico. Estaba cerrada, no había tenido valor para tomársela. Había preferido ahorcarse.

—Lo sabía, sabía que esta mujer no aguantaría la presión —dijo Honelore de Mezary. Sus ojos parecían furiosos.

—La he encontrado yo, señorita De Mezary, me volvía a doler el estómago... —dijo Margarete.

—No me extraña que se haya suicidado. ¡Dios, este olor es insoportable! —exclamó el capitán Elsner.

—Bájela de ahí, capitán, sáquela de aquí y entiérrela en el bosque.

—Como diga, señorita.

El capitán entró en el retrete. Honelore de Mezary se dirigió al grupo.

—Estamos viviendo momentos críticos, señoritas. No quiero que esto vuelva a suceder. Permanezcan aquí y esperen. El comandante Beck nos ha traído buenas noticias, vamos a recibir refuerzos desde Braunsberg. Aún tenemos esperanzas.

—Vamos a subirte las bragas, muñeca —se escuchó decir al capitán Elsner desde dentro del retrete.

Salió con ella a la espalda. A Hedda le recordó la forma con la que Artur, el cocinero, llevaba a los cerdos el día de la batida.

Cuando pasaron delante del último compartimento, el que había pertenecido a las



enfermeras durante los lejanos días de bombardeos, Honelore de Mezary entró en él y cogió una manta de color grisáceo. Con ella, cubrió el cadáver de Ingrid Weisshofer.

—Es para que la niña no la vea —dijo.

Abandonaron el refugio y subieron las escaleras de caracol. Al final de estas les esperaban Anna Reiss y el comandante Beck.

—Es la residente de la maternidad general que decidió quedarse, la actriz, Ingrid Weisshofer. Se ha ahorcado en uno de los baños...

—No debería haber permitido que se quedara, señorita... —intentó decir el comandante Beck.

—Basta, comandante Beck. Basta de reproches.

Hedda miró horrorizada cómo el capitán Elsner caminaba por el pasillo con el cadáver de Ingrid Weisshofer a sus espaldas. El pasillo que conducía a la cocina, la despensa y la puerta de atrás de la maternidad.

---

\* \* \*

---

El comandante Beck se había subido encima de una caja de munición. En el *hall* se concentraba la mayoría de los hombres del destacamento de Marbach Heim, formados en filas. Honelore de Mezary, Hedda y Wolfgang esperaban escuchar las palabras del comandante, en la puerta de la centralita telefónica. Anna Reiss trabajaba incesantemente en el interior, intentaba desesperadamente localizar al general Müller o, en su defecto, a su adjunto Hankel.

—Bien, muchachos, la hora ha llegado. Como sabéis, esta es una operación de camuflaje. Nuestro objetivo es que los rusos piensen que la maternidad está abandonada, a ese fin, hemos incendiado la caserna y los barracones. Por las noticias que tenemos, vienen apoyados únicamente por un solitario blindado. Se esconderán en el bosque. A partir de ahora, ese bosque que se extiende ante nosotros es nuestro mayor enemigo. Es más que probable que los rusos no crean que este sea un edificio abandonado. En ese caso, lanzarán bengalas de posición —Erich Beck alzó la vista hacia las mallas metálicas y las lonas que servían de improvisado techo—, espero que ninguna de esas bengalas caigan sobre la lona, porque entonces toda la operación se echaría a perder. Otra posibilidad es que nos iluminen con esos potentes reflectores que llevan sobre camiones. En cualquier caso, si queremos que esto salga adelante, no podemos dar ni una sola señal de vida. Si el camuflaje cuela, avanzarán por la gran explanada en dirección al edificio. Seguramente mandarán una avanzadilla, compuesta por unos diez hombres parapetados tras el blindado. Ese será el momento en que entremos en acción. No tengo que decir lo que hay que hacer, los equipos *Panzerschrek* intentarán eliminar al blindado, y las ametralladoras dispararán contra todo lo que se mueva. Los *Panzerfaust* solo entrarán en acción si los equipos

*Panzerschrek* no lograsen su objetivo o si desde el bosque apareciese otro segundo blindado. A partir de ese momento, todo será diferente. Ellos se reagruparán y pedirán refuerzos. Es posible que manden nuevos blindados, o que instalen cañones artilleros de corta distancia, o lanzaderas móviles de cohetes *Katjuscha*. Si es así, y no hemos recibido refuerzos desde Braunsberg o recibimos apoyo aéreo de la IV región de la *Luftwaffe*, estaremos perdidos.

Erich Beck guardó silencio. Pareció pensar algo.

—Muchachos, mi objetivo principal es que salvemos la vida, nosotros, las señoras y señoritas que aún quedan en la maternidad y, por encima de todo, los dos niños que nos acompañan. Durante años, tras estas paredes, nuestro Reich ha intentado poner en práctica un programa que consistía en nutrir al Reich de niños, una nueva generación de niños que acabara liderando el nuevo orden que propugnábamos. Como buenos soldados, como soldados comprometidos con nuestra patria, hemos servido en este destacamento con lealtad y honor. Pero, por encima de programas y proyectos fantásticos, ilusorios o quiméricos, nosotros, los soldados alemanes, debemos de consagrar nuestra vida y nuestra sangre a la defensa y protección de nuestros niños. Salvar la vida de esos niños, es salvar el porvenir y el futuro de Alemania. Quiero advertiros que, en caso de que la situación se complique, yo tomaré la decisión irrevocable de rendir la maternidad. No quiero que veáis en ello una muestra de debilidad, una indignidad o un gesto de deshonor. La debilidad, la indignidad y el deshonor, es que esos niños mueran. Eso es una cruz que, de sobrevivir, llevaríamos con nosotros toda nuestra vida.

Hedda acarició la cabeza de Wolfgang, el niño estaba ensimismado escuchando al comandante Beck. Las lágrimas centelleaban rabiosas en los ojos de Hedda. De manera disimulada, desvió la mirada hacia Honelore de Mezary. La *Helferin* instructora miraba al comandante Beck con un imperturbable gesto de desconfianza en su rostro.

—Vivimos días oscuros, terribles, días que marcarán la historia. Un mundo muere, y otro mundo parece florecer. Para nosotros el futuro se presenta incierto, pero si persistimos en la idea del sacrificio final, en ese caso, simplemente, el futuro se perderá para siempre. Ya hemos perdido el presente, no podemos permitirnos perder el futuro. Pensad en eso. Combatiremos de manera fiera, como sabemos hacer. Pero cuando veamos que no hay salida, rendiremos la maternidad y como hombres, como soldados, aceptaremos aquello que el destino nos tenga preparado. Yo tomaré esa decisión. Espero de todos vosotros lealtad y comprensión. Espero que me sigáis en esa dolorosa decisión, la decisión más dolorosa que puede tomar un soldado alemán.

El silencio en el *hall* era absoluto. Fuera de la maternidad, ululaba el viento, la ventisca prevista había llegado a Marbach Heim. En la lejanía, se escuchaban sonidos de combates. La muerte y la destrucción ya se habían abatido sobre esa ciudad

llamada Braunsberg.

—Vamos a pensar en ganar esta batalla. Vamos a poner en práctica todo aquello que sabemos. Vamos a luchar con entrega y disciplina. Vamos a esperar que los refuerzos lleguen, que no nos dejen abandonados. Ahora, ¡todos a sus puestos!

Un taconazo general, cientos de brazos alzándose a la vez. Las filas se rompieron, todo el mundo corría hacia sus puestos. Las lonas se retiraron, las ametralladoras, los equipos *Panzerschrek* quedaron al descubierto, esperando el momento de escupir su carga mortal. Erich Beck descendió de la caja de munición y caminó hacia Hedda y la señorita De Mezary.

—Un discurso conmovedor, comandante Beck. Conmovedor. De estar aquí, hubiera emocionado al propio Führer —espetó Honelore de Mezary con voz irónica, antes de dar media vuelta y caminar hacia el interior de la centralita telefónica.

Sin hacer caso del comentario de la *Helferin* instructora, el comandante Beck se dirigió al niño polaco.

—Me han dicho que eres muy bueno con los *Panzerfaust*, Wolfgang.

—¡Sí, comandante!

—Bueno, te llevaremos arriba, al balcón. Estarás con el soldado Geissler, todo un experto en el manejo de los *Panzerfaust*. Os cubriremos con una lona. Solo entraréis en acción, si los equipos *Panzerschrek* no alcanzan al blindado. Un solo disparo hacia la torreta del tanque y entráis en el interior. Intentad llegar cuanto antes aquí, al *hall*, el ala blanca amenaza desplome. ¿Entendido, soldado?

—¡Entendido, comandante! —gritó Wolfgang, mientras hacía el saludo hitleriano —. Comandante, ¿puedo subir el estandarte?

—Sí, pero escóndelo también bajo la lona.

—¡Sí, señor!

—Venga, ahora vete con el soldado Geissler.

—¡A la orden, comandante!

Wolfgang ya salía corriendo, cuando Hedda lo detuvo.

—Wolfgang, ten mucho cuidado.

—Usted también, señorita Weiss.

Hedda besó la frente del niño.

—La quiero mucho, señorita Weiss —dijo Wolfgang, antes de echarse a correr.

Hedda se quedó mirando cómo el niño corría en busca del estandarte y, luego, con él en la mano, hacia el soldado Geissler.

—¿Usted que hará, señorita Weiss?

—Me posicionaré en alguna ventana, con el *Panzerfaust*. Se me da bastante bien.

—Si quiere, tenemos del modelo treinta...

—No, comandante, prefiero el modelo sesenta aunque pese más. Es por la mira telescópica graduada.

—De acuerdo, ya sabe, apunte siempre a la torreta, es la única manera de dañar a esos blindados. Lo demás es gastar munición, y tampoco vamos muy sobrados. Y sobre todo, cuídese señorita Weiss. Cuídese mucho.

—Usted también, comandante Beck.

Erich Beck acercó su boca al rostro de Hedda. Ella hizo acción de cerrar los ojos.

—¡Comandante Beck, venga un momento, por favor! —gritó Anna Reiss desde la puerta de la centralita.

—Me reclaman, seguramente será...

—Vaya, vaya, comandante Beck. Será algo importante.

El comandante se ajustó su gorra de plato y caminó hacia la puerta de la centralita. Hedda, hacia un grupo de soldados que repartían *Panzerfaust*.

---

\* \* \*

---

Sabían que la hora había llegado. Había anochecido sobre el bosque de Marbach, y la ventisca les impedía ver con claridad las lindes del bosque, pero todos ellos sabían que los rusos ya estaban allí, escondidos, agazapados, esperando su momento. La muerte se cernía sobre la maternidad, y el frondoso bosque era su guarida. Habían escuchado voces, sonidos de vehículos, el rugir de un blindado. Nadie en el gran *hall* hablaba, costaba escuchar hasta la respiración de los soldados. No llegaba ningún sonido del resto de la maternidad. Habían apagado las luces, hasta las velas que iluminaban el gran retrato del Führer. Incluso el refugio estaba a oscuras. La señorita Schneider, la señora Schmund, Magda, Margarete y Mitzi se encontraban recluidas en la centralita telefónica del refugio subterráneo. Anna Reiss continuaba en la centralita junto al *hall*, esperando recibir una llamada que no llegaba. Wolfgang en el balcón, junto al soldado Giessler, bajo la lona y bajo la ventisca. El comandante Beck estaba sentado en el suelo, tras los sacos terreros que fortificaban el nido de ametralladoras de la primera ventana, a la izquierda de la puerta principal.

Cuando el comandante había salido de la centralita, volvió a reunir a los hombres para comunicarles que tenía buenas noticias:

—Caballeros, tengo buenas noticias. He podido hablar con el adjunto al general Müller, Hankel, y me ha confirmado que dos blindados *Tiger* ya se desplazan hacia aquí. Vendrán bordeando el bosque, en dirección contraria a la de los soldados rusos.

Vítores y vivas se escucharon a lo largo y ancho del *hall*. Algunos de los soldados arrojaron sus gorras al aire. Sin embargo, los ojos analíticos de Hedda guardaron imágenes en su retina que le indicaban que algo no marchaba bien: primero, mientras el comandante hablaba, la señorita De Mezary y Anna Reiss lo miraban desde la puerta de la centralita con un gesto de escepticismo instalado en su rostro. Ellas eran las dos únicas personas que habían estado junto al comandante, mientras este hablaba

con el adjunto del general; segundo, tras comunicar la noticia, el comandante caminó por el *hall* en busca del capitán Elsner. Mientras caminaba, su mirada estaba clavada en el suelo y su aspecto resultaba abatido. No, algo no iba bien. Hedda estaba segura, su instinto nunca le fallaba.

Honelore de Mezary también estaba sentada tras los sacos terreros del nido de ametralladoras de la segunda ventana, a la izquierda de la puerta principal. Momentos antes, cuando ya habían detectado la presencia de los rusos en el bosque, la señorita De Mezary y Erich Beck habían tenido un altercado. La *Helperin* instructora le había anunciado que sería ella quien manejara la ametralladora de la segunda ventana, a lo que el comandante Beck, le había contestado:

—Con su permiso, señorita, pienso que usted no es la más indicada para manejar esa ametralladora, el teniente Haffner es un experto, ha entrado en combate en...

—Comandante Beck, me importa un bledo donde haya entrado en combate el teniente Haffner, seré yo quien maneje esa ametralladora, tanto si le gusta como si no.

Erich Beck cedió una vez más a los caprichos de la *Helperin* de acento enigmático, aunque eso sí, se marchó del lugar mascullando:

—¡Maldita mujer caprichosa!

Hedda se había situado en la primera ventana a la derecha de la puerta principal, junto a otros tres *Panzerfaust* del destacamento. Los hombres parecían estar encantados de compartir espacio con ella, porque no paraban de dedicarle palabras bonitas y de presumir entre ellos, intentando impresionarla. Sin embargo, Hedda no estaba para filtros. Tocaba, acariciaba continuamente el tubo de metálico de su *Panzerfaust*, con la mirada clavada en el inquietante bosque que se extendía frente a ellos.

Porque sabía que allí, en el interior de ese bosque, estaban los rusos. El temido Ejército Rojo. Y sabía, sabía muy bien, que el Hades caminaba con ellos.

---

\* \* \*

---

Tres horas más tarde, el Hades se mostró. Eran primeras horas de la noche, cuando una luz, la luz más deslumbrante e intensa que Hedda viera en toda su vida, emergió del bosque de Marbach. Casi instantáneamente, la cegadora luz se convirtió en dos. La voz del comandante Beck resonó en la caverna silenciosa en que se había convertido el *hall*.

—Reflectores. Usan los reflectores. Ha llegado el momento. Por favor, les pido máxima concentración. Desmontaremos el camuflaje a una orden mía.

Los reflectores bañaban la fachada principal de la maternidad, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, con una cadencia uniforme. Hedda volvió a acariciar el frío metálico del tubo del *Panzerfaust*. Sintió un calor repentino, una

especie de sofoco. Algo parecido a la fiebre. El estómago le rugía, llevaba siete días sin meter nada sólido en él. Solo esa asquerosa sopa que no era otra cosa que agua caliente.

Cuando los primeros soldados soviéticos salieron del bosque, Hedda ni siquiera se dio cuenta. Fue la voz de Honelore de Mezary la que los alertó.

—¡Atentos, ya salen!

Iban camuflados con vestimentas blancas, para confundirse con el horizonte nevado. Solo la estrella roja de su gorro los hacía reconocibles. Eran cinco o seis, que pronto se convirtieron en diez o doce. Andaban agachados, con las metralletas en sus manos. Tal como el comandante Beck había vaticinado, se trataba de una avanzadilla de reconocimiento. Parecían esperar a algo.

Ese algo no tardó en mostrarse. Apareció en la explanada rugiendo, rugiendo como una bestia salvaje. Moviendo su torreta a los dos lados y levantando una nube de nieve a su paso.

Era un tanque Josef Stalin-2.

Momentos de máxima tensión. El blindado se detuvo, los soldados soviéticos, que ahora caminaban parapetados tras él, también. Los reflectores se habían detenido en un mismo punto de la fachada principal de la maternidad. En el balcón sobre la gran arcada.

En el interior de la maternidad, cundió el pánico. Existía la posibilidad de que hubieran detectado algo en el balcón, un mínimo movimiento. Si los soldados o el blindado abrían fuego, Wolfgang y el soldado Geissler morirían acribillados, sin tan siquiera poder defenderse o ser defendidos. Los últimos resistentes de Marbach Heim contuvieron el aliento.

Volvieron a caminar. El blindado primero, y los soldados después. La tranquilidad regresó al interior del edificio.

Ahora, mientras el blindado y los soldados avanzaban por la gran explanada, solo faltaba que el comandante Beck diera la orden para descubrir el camuflaje.

—¡Todos preparados!

La esperada voz del comandante había llegado. Hedda orientó el *Panzerfaust* en dirección al blindado. Concentró su mirada en la torreta del JS-2, a través de la mira telescópica.

—¡Abriremos fuego cuando cuente tres!

«Venga, venga comandante, cuente ya. Que pase lo que tenga que pasar, pero que pase ya», pensó Hedda.

—¡Uno!

Un chirrido en el *hall*. El movimiento de una de las ametralladoras.

—¡Dos!

Las manos acariciaban nerviosas las armas.

—¡Tres!

La fachada principal de la maternidad de Marbach Heim se convirtió en la cabeza furiosa de un dragón mitológico, un dragón que escupía fuego por sus múltiples bocas.

Hedda perdió al blindado de vista. El *Panzerfaust* se descontroló en sus manos. El traqueteo de las ametralladoras y las explosiones de los equipos *Panzerschrek* la desequilibraron. Se arrojó al suelo y cubrió su cabeza con las manos.

Los gritos de los soldados soviéticos al caer sobre la nieve rasgaron la oscura noche prusiana. El blindado explotó, creando una enorme bola de fuego y un hongo de humo negro que cabalgó rabioso hacia el cielo.

Los disparos contra la maternidad surgían ahora del bosque, la fachada principal estaba siendo ametrallada. Pero los equipos *Panzerschrek* disparaban sus granadas antitanque en esa dirección. Las explosiones y los gritos de dolor llegaban desde el interior del bosque. Muchos de los árboles fueron arrancados de cuajo. Algunos cayeron envueltos en llamas.

El ataque contra la maternidad cesó. El blindado ardía con su tripulación dentro, en mitad de la gran explanada. A su alrededor yacían entre quince y veinte soldados muertos o heridos. Los rusos se habían dado por enterados. Ahora tendrían que pedir refuerzos.

En el interior de la maternidad se desató la euforia. La operación había salido redonda, pero todos eran conscientes de que la siguiente vez sería distinta. Que ahora sus cartas habían sido descubiertas.

—¡Bien, chicos, todo ha salido a la perfección! ¡Por lo menos hemos ganado un poco de tiempo a la espera de refuerzos! —gritó el comandante.

Hedda se había incorporado y miraba intrigada al comandante Beck. Pese a la victoria, su voz volvía a resultar apesadumbrada.

—¡Comandante, más soldados salen del bosque! —gritó el capitán Elsner.

Los soldados soviéticos con sus uniformes blancos se acercaron a dos de los heridos. Los arrastraron por la nieve hacia el bosque. Los heridos iban dejando un reguero de sangre sobre la nieve.

—¡No disparen, que no dispare nadie! ¡Dejemos que evacuen a sus heridos!

La ametralladora que manejaba Honelore De Mezary comenzó a traquetear. Dos de los soldados que arrastraban a los heridos cayeron fulminados sobre la nieve. Otro, dejó al soldado herido y corrió buscando la protección del bosque.

—¿Pero qué hace? ¿Pero se ha vuelto loca? ¡Por Dios, solo estaban intentando evacuar a sus heridos! ¿Pero qué clase de mujer es usted? ¿Pero es qué no tiene compasión? —aulló el comandante Beck, caminando hacia la *Helferin* instructora.

—¡Compasión! ¡Compasión! ¿Pero de qué me está hablando usted? ¿Qué compasión van a tener ellos cuando inicien el asalto definitivo contra mi maternidad?

¿Qué compasión? ¡Explíquesele usted a sus hombres!

—¡No puedo con esta mujer, no puedo con esta mujer! —bramaba el comandante Beck, mientras caminaba hacia la centralita telefónica.

Anna Reiss, con el rostro alterado, se acercó a Honelore de Mezary.

—Señorita De Mezary, ¿encendemos ya las luces?

—No, todavía no, Anna. Podrían estar montando artillería de corta distancia, y sería peligroso. Esperaremos a oscuras un poco más. Yo le daré la orden.

Hedda se recostó contra la pared, cerca de lo que había sido la puerta de entrada a la maternidad general, al «ala prohibida». Dejó el *Panzerfaust* en el suelo. Se cubrió el rostro con las manos. Hacía mucho frío, pero ella estaba sudando.

Wolfgang bajaba las escaleras de dos en dos, con el estandarte de Marbach Heim en sus manos.

—¡Señorita Weiss, señorita Weiss! ¡Ha visto! ¡Hemos destruido el tanque y hemos matado a los soldados!

Llegó hasta Hedda y la abrazó.

—Sí, lo he visto, Wolfgang, todo ha salido muy bien —respondió, besando al niño en la frente.

—¿Cuándo vendrán los tanques, señorita Weiss? ¿Lo sabe usted?

—No, Wolfgang, no lo sé. Voy a ver lo que hace Mitzi. Tú espérame aquí.

Hedda se incorporó y caminó por el recibidor, en dirección a las escaleras que conducían al refugio. Al llegar al pasillo, se encontró con el comandante Beck, que abandonaba la centralita telefónica.

—Comandante Beck, ¿se sabe algo de los refuerzos?

La mirada amarga de Erich Beck le delataba. Los temores de Hedda se cumplieron. El comandante se quitó la gorra de plato y rascó su cabeza. Pero no contestó.

—No hay refuerzos, ¿verdad?

—Señorita Weiss, haría bien en bajar al refugio y ver cómo está su niña. Estará muy asustada.

—Dios mío, no hay refuerzos... solo lo ha dicho para elevar la moral de sus hombres, ¿no? Estamos abandonados, completamente abandonados...

—Baje al refugio, señorita Weiss. Esté un rato con su niña, la necesitará. Y procure descansar.

El comandante Beck se caló la gorra y caminó hacia los nidos de ametralladora.

---

\* \* \*

---

Madrugada en la maternidad. Silencio en el bosque. Percibían que los rusos seguían allí, pero no se escuchaba movimiento alguno. Del blindado soviético calcinado ya



solo salía un espeso humo negro.

Hedda y Wolfgang estaban sentados en el centro del *hall*, sobre una caja de munición. Habían vuelto a encender las luces de la maternidad. Muchos de los soldados dormitaban junto a sus armas, otros charlaban contando historias de la patria, otros jugaban a las cartas sobre mantas extendidas en el suelo. Artur el cocinero, el capitán Elsner y dos soldados que ayudaban en la cocina entraron en el vestíbulo con un gran caldero, platos de porcelana y cubiertos que se habían usado en la maternidad. Uno de los soldados portaba una mesa circular, que usaron para depositar el caldero. Artur gritó:

—¡Venga chicos, traemos la cena! ¡Hoy tenemos una sorpresa! ¡Para celebrarlo, algo de carne! ¡Venga, la teníamos guardada para una ocasión como esta!

Se desató la algarabía entre los soldados, que corrieron hacia la mesa en busca de su plato. Wolfgang miró a Hedda ilusionado.

—¡Señorita Weiss, comida! ¡Carne, hay carne! ¡Con el hambre que tengo!

El niño se incorporó y arrastró a Hedda con él, tirando de su mano. Hedda se levantó y caminó con el niño hacia la mesa en la que Artur repartía la comida. En verdad, no tenía ganas de comer, desde que se había desatado la batalla, solo tenía ganas de vomitar.

Esperaron su turno. Cuando este llegó, pusieron su plato esperando a que Artur les sirviera. Con un cazo, vertió la sopa, la misma nauseabunda sopa de siempre, aunque esta vez, con un poco más de color. Con el mismo cazo, les sirvió la carne. Era una carne blancuzca alrededor de un hueso partido, donde se distinguía el tuétano negro en el punto de corte. Solo de mirarla, aumentaron sus ganas de vomitar.

Regresaron a la caja de armamento y se dispusieron a comer esa sopa, que Hedda pensó, no se la hubieran comido ni los doberman.

Sorbió una cucharada. Estaba amarga. Miró hacia Artur, el cocinero, que sonreía cada vez que llenaba un plato.

—Esta carne sabe rara, señorita Weiss —el niño había cogido la carne por el hueso, y le daba grandes bocados.

Hedda se dio cuenta que el capitán Elsner no se había servido carne, solo sorbía la sopa. Hedda cortó un trozo de carne y se lo llevó a la boca. La textura de esa carne era extraña, difícil de mascar, y sabía agria, muy agria. Tan agria como la sopa. Ni siquiera lo doberman se la habrían...

Los doberman. Recordó la imagen de Artur cargando con los doberman muertos, introduciéndolos en la cocina. Dejó de mascar. La bola agria seguía allí.

Otra imagen acudió a su mente. La del capitán Artur Elsner llevando a sus espaldas el cadáver de Ingrid Weisshofer por el pasillo, en dirección a la cocina y la despensa.

«Estás loca, Hedda. Loca de remate. Eso no puede ser».

Un soldado, que comía junto a uno de los equipos *Panzerschrek*, gritó:

—¡Joder, Artur! ¿Qué mierda es esta? Revisa la boca de tus ayudantes, a uno se le ha caído un diente en mi sopa. ¡Es un diente humano!

Hedda se incorporó de golpe. El plato de porcelana con la sopa y la carne cayó al suelo. Escupió de su boca la bola de carne agria y la arrojó junto al plato.

«Dios mío, Dios mío... ¡Nos estamos comiendo a Ingrid Weisshofer!».

De un manotazo tiró el plato de Wolfgang al suelo.

—¡No comas eso, Wolfgang! ¡No comas esa asquerosidad! —gritó como una histérica.

—¿Pero, señorita Weiss...?

—Madre mía, ¡Mitzi! ¡Ay, madre mía, Mitzi!

Echó a correr por el *hall*, mientras repetía el nombre de su hija.

—¡Mitzi! ¡Mitzi!

Todo el mundo la miraba como si se hubiera vuelto loca.

Bajó las escaleras de caracol de tres en tres, estuvo a punto de caer. Entró en el refugio. Continuaba gritando el nombre de su hija.

—¡Mitzi! ¡Mitzi!

Las mujeres y la niña estaban en el primer compartimento, comiendo el guiso de Artur. Mitzi estaba sentada en las rodillas de la señora Schmund, esta intentaba darle a la niña un trozo de esa carne blancuzca, que llevaba pinchada en un tenedor.

—Venga Mitzi, tienes que comer...

—No, esa carne está mala —decía la niña.

—¡No, no le dé esa asquerosidad a mi hija! —gritó Hedda.

Todas dejaron de comer. Era la primera vez que habían escuchado a Hedda decir «mi hija».

Hedda tiró de un manotazo el plato al suelo, y cogió a Mitzi en brazos. Asustada, la pequeña empezó a llorar. Con su mano libre, Hedda arrebató el plato de las manos de las mujeres y lo arrojó al suelo, mientras gritaba:

—¡No coman eso, no coman esa asquerosidad!

Salió del compartimento y se dirigió al despacho de la señorita De Mezary, a la habitación donde dormían. Dejó a la niña sobre la cama, Mitzi no dejaba de llorar. Abrió la puerta del baño y se agachó sobre el retrete.

Vomitó. Vomitó todo lo que una persona es capaz de vomitar.

En el compartimento, las cuatro mujeres miraban los platos tirados en el suelo, la espesa y nauseabunda sopa y los trozos de carne desperdiciados. La comadrona jefe Schmund, preguntó:

—¿Qué le ha pasado? ¿Por qué ha hecho esto?

—Un ataque de nervios producto de la tensión. Ella ha estado allá arriba. Es la guerra, esta maldita guerra. Nos va a hacer enloquecer a todos —sentenció la

enfermera jefe Schneider.

*Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, amanecer del 22 de marzo de 1945.*

Se había quedado dormida, con Mitzi entre sus brazos. Fue la voz de Honelore de Mezary la que la devolvió a la realidad. A la terrible realidad que estaban viviendo.

—¡Señorita Weiss! ¡Despierte, señorita Weiss!

Hedda se incorporó.

—¿Qué ha pasado, señorita De Mezary?

—Deje a Mitzi en el compartimento contiguo y suba conmigo arriba. Ha llegado la hora. El asalto a la maternidad es inminente.

—Vamos, Mitzi. Te llevaré con la señorita Schneider.

Abandonaron el despacho de Honelore de Mezary en el refugio subterráneo. En el compartimento contiguo, reinaba el silencio. Las cuatro mujeres dormitaban ajenas a la tragedia que se avecinaba.

Mitzi corrió hacia la señorita Schneider. Las miradas de las seis mujeres se cruzaron, pero ninguna de ellas dijo nada. Honelore de Mezary y Hedda abandonaron el refugio.

Fue mientras ascendían por las escaleras de caracol, cuando escucharon la música. Era una música lúgubre, una especie de marcha fúnebre. Cuando llegaron al *hall* descubrieron que esa música luctuosa procedía del bosque. Caminaron hacia el nido de ametralladoras de la primera ventana, a la izquierda de la puerta principal. Allí se encontraban el comandante Beck y el capitán Elsner. No habían descansado ni un momento en toda la noche. Hedda sonrió al comandante, y dirigió una mirada aprensiva al capitán.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó la *Helferin* instructora.

—¿La música? Son los rusos. Está destinada a bajar nuestra moral. Ahora vendrá la propaganda, dirán que nuestros líderes nos han abandonado y que nos rindamos. Siempre hacen lo mismo. Nos darán media hora de tiempo y si no reciben contestación, lanzarán el ataque —contestó el comandante Beck.

—¿Con qué atacarán?

—Con todo, señorita. Hemos detectado al menos cuatro blindados. He ordenado a uno de mis hombres que subiera arriba, al ala blanca. Ha visto cómo descargaban lanzaderas móviles de cohetes *Katyuscha*. Esta vez van con todo, señorita De Mezary. Esta vez, todo será muy diferente.

Hedda había desviado la mirada hacia otra de las ventanas, la primera a la derecha de la puerta principal, la ventana en la que ella se había posicionado la noche anterior. Wolfgang había colocado el estandarte en la ventana, a modo de bandera. Ahora dormía acurrucado, abrazado a uno de los *Panzerfaust*. Alguno de los soldados lo

había cubierto con una manta.

—¡Música! —gritó la señorita De Mezary—. ¡Nos hace falta música! —miró en derredor, parecía buscar a alguien.

Buscaba a Anna Reiss. Justo en ese momento, Anna corría por el *hall* con un telegrama en su mano. Su rostro se veía pálido, tenía el mismo color que la porcelana de las estufas.

—Comandante Beck, señorita De Mezary, he recibido esto, léanlo, por favor, es importante.

Fue Erich Beck el que cogió el telegrama en sus manos. Mientras lo leía, su rostro no mostraba ningún cambio de expresión. Fuera lo que fuera, el comandante parecía esperar esa noticia.

—Braunsberg —pronunció el nombre lentamente—. El general Müller ha rendido la guarnición de Braunsberg. Los soviéticos ya controlan la ciudad.

—Otro cobarde para la larga galería de cobardes de esta guerra —matizó la señorita De Mezary.

—Otro hombre juicioso que ha comprendido que el sacrificio de toda esa pobre gente, que se hacinaba en los sótanos y en los refugios de esa ciudad, no merecía la pena.

Las miradas se dirigieron hacia el bosque. La música fúnebre parecía haber aumentado su volumen. Había dejado de nevar. Era un día claro y despejado, coronado por un bonito cielo azul. Un gélido cielo prusiano.

—¡Música, necesitamos música! Anna, vaya a la sala del ala roja y traiga la radiogramola y los discos.

—Pero, señorita De Mezary...

—Pero nada, Anna. Tráigalo.

—Sí, señorita.

Anna Reiss marchó hacia el ala roja. Su gesto era de disgusto.

La música fúnebre se interrumpió. Muchos de los soldados corrieron a sus puestos. Una voz emergió del bosque. Hablaba en alemán, con un fuerte acento ruso:

—Este es un mensaje para los resistentes de la casa: vuestros líderes fascistas os han abandonado a vuestra suerte, han huido y se han puesto a salvo. Fieles a vuestros líderes, estabais dispuestos a luchar hasta el final, pero ahora esa lucha es estéril e inútil. Somos muchos más en número y en armamento, cada minuto que pasáis ahí dentro solo prolonga vuestra agonía. De persistir en vuestra actitud, nos veremos obligados a lanzar un ataque y demoler el edificio. Antes de que eso suceda, os ofrecemos una última posibilidad de rendir el edificio y de entregaros voluntariamente al Ejército Rojo. El Ejército Rojo, os asegura y os ofrece, un trato digno y justo, como es nuestra tradición hacer con el enemigo.

—¡Malditos bastardos bolcheviques! ¡Un trato digno y justo! ¡Fusilar a los

hombres y violar a las mujeres y a la niña! ¡Ese es su trato digno y justo! —exclamó Honelore de Mezary.

—¿Es verdad que nuestros líderes han huido? —preguntó uno de los soldados.

—¡Propaganda! ¿Cómo pueden creerse algo de esa gente? ¡Nuestro Führer y nuestros líderes se encuentran en Berlín, dirigiendo esta guerra! ¡Una guerra que no vamos a perder!

—Una guerra que ya está perdida —masculló el comandante Beck, mirando a Hedda.

—¿Qué dice, comandante...?

Anna Reiss entró en el *hall*, con la radiogramola y un único disco en su mano. Uno de los soldados corrió hacia ella y le ayudó a colocar la radiogramola sobre la mesa que la noche anterior se había utilizado para repartir la macabra cena. Con el disco en la mano, Anna caminó hacia el grupo reunido junto al nido de ametralladoras. La música fúnebre volvía a emerger desde el interior del frondoso bosque.

—Señorita De Mezary, todos los discos estaban destrozados. En el cajón de un armario he encontrado este. Parece que alguien lo había guardado allí.

Honelore de Mezary cogió el disco en sus manos.

—*Esto no puede ser el fin del mundo*, Zarah Leander. Está bien, Anna, este valdrá. Un título muy apropiado para los momentos que estamos viviendo. Venga, enchufe la radiogramola y póngalo. Cualquier cosa antes que esa deprimente música de funeral.

El corazón de Hedda dio un vuelco. Era el disco que escondió la fatídica noche del desagradable incidente con el comandante Hans Dorf. Era el vals macabro, el vals que un día bailara con el comandante Beck. En ese momento, a Hedda le pareció que eso había pasado hacía mucho, mucho tiempo. Era la canción que muchas veces se había sorprendido silbando por los pasillos. La canción con la que había bailado sola, delante del espejo de su habitación en el ala blanca, con un acompañante fantasma. La canción que le recordaba que el comandante Erich Beck existía. Que siempre se lo recordaría. Ahora lo lamentaba, lamentaba haber apartado ese disco del resto, haberlo guardado en ese cajón de aquel mueble. De no haberlo hecho, ahora ese disco estaría destruido. Destruído como todos los demás.

No sin problemas, Anna Ritter y la señorita De Mezary instalaron la radiogramola. Antes de poner el disco, Honelore de Mezary le dijo a la radiotelegrafista:

—Ya no hace falta que vuelva a la centralita, Anna. Su trabajo ha terminado. Baje al refugio y reúnase con el resto de las mujeres. La hora ha llegado.

Anna Reiss se quedó paralizada. No sabía ni qué contestar.

—¿Ya, señorita De Mezary?

—Ya, Anna —contestó la *Helperin* instructora, dedicándole la más luminosa de sus sonrisas, mientras colocaba suavemente la aguja sobre el disco.

*A quien ama esta vez mi desdichado corazón*

—Siento que esta vez no pueda sacarla a bailar, señorita Weiss —dijo el comandante Beck, mientras le dirigía una triste mirada.

En el centro del *hall*, Honelore de Mezary elevó la vista al techo y preguntó:

—¿Qué es ese sonido?

*... Está afligido, ante este indescriptible dolor...*

Todas las miradas se dirigieron al techo. La de los soldados, la de Hedda, la del comandante Beck y el capitán Elsner, la de Wolfgang, que se había despertado de pronto, hasta la de Anna Reiss, que todavía no había abandonado el vestíbulo.

—¡Cohetes *Katyuscha*! —gritó uno de los soldados.

—¡Nos atacan! —voceó otro.

—¡Todos a sus puestos! —ordenó el comandante Beck.

Hedda corrió en busca de su ventana, de sus *Panzerfaust*. Y en busca de Wolfgang.

Una potente explosión sacudió la maternidad. Las paredes temblaron, el suelo pareció resquebrajarse, el cohete había impactado en una de las paredes exteriores del ala roja.

*... Lo pienso siempre, todo se acabó...*

Con la voz de Zarah Leander como fondo, el asalto final a la maternidad de Marbach Heim había comenzado.

No le dio tiempo ni a llegar a su posición, Hedda cayó al suelo. Wolfgang la ayudó a levantarse. El niño polaco le entregó un *Panzerfaust*. Se parapetaron junto a los sacos terreros, bajo la ventana.

*... Estoy tan sola, dónde hay un hombre que me comprenda...*

Otra potente explosión, esta vez en la pared de la maternidad general. Tres blindados habían salido del bosque, dos T-34 y un JS-2, y avanzaban por la gran explanada. Esta vez, no iban acompañados de soldados.

—¡Abran fuego! —gritó el comandante Beck.

Los equipos *Panzerschrek* entraron en acción, y las ametralladoras. Y los *Panzerfaust*, diseminados por las ventanas. Era un infernal intercambio de fuego, en las dos direcciones.

*... Así a veces he suplicado llena de nostalgia...*

—¡Que alguien apague esa música! —gritó uno de los soldados.

Hedda se intentó levantar, disparar con su *Panzerfaust*, pero fue inútil, ni siquiera se atrevía a orientarlo hacia los blindados. Volvió a agacharse y protegerse bajo la ventana.

Otra terrible explosión, esta vez en la parte trasera de la maternidad. Hedda vio cómo el techo del pasillo que conducía a la cocina y la despensa se desplomaba. Todo se cubría de humo.

*... Sí, pero entonces lo siento muy dentro y lo reconozco...*

Ahora el edificio era ametrallado. La metralla silbaba en el interior del *hall*, parecía entrar por todos los sitios. Hedda pudo ver cómo el capitán Elsner se llevaba la mano al cuello y caía al suelo, mientras gritaba:

—¡Me han dado, me han dado!

*... Esto no puede ser el fin del mundo...*

El estandarte que Wolfgang había colocado en la ventana, a modo de bandera, cayó fuera del edificio, junto a la escalinata de entrada.

—¡Mi estandarte, mi estandarte! —gritó Wolfgang.

Antes de que Hedda, ni ninguno de los soldados pudiera impedirlo, Wolfgang arrojó al suelo su *Panzerfaust* y saltó por la ventana.

Hedda se incorporó y se asomó a la ventana. El niño corría hacia el estandarte caído, mientras los blindados avanzaban hacia la maternidad, entre dos cortinas de fuego. Dos cortinas de fuego en ambas direcciones.

—¡Wolfgang! ¡Wolfgang! —gritó Hedda.

*... Incluso a veces se ve gris...*

El niño recuperó el estandarte. Dudó por dónde regresar, si volver a subir por la ventana o hacerlo por la escalinata. Giró la cabeza hacia los blindados que se aproximaban y se dirigió a la escalinata.

—¿Pero qué hace ese niño ahí? ¿Qué hace? —bramó el comandante Beck.

—¡Wolfgang, corre, sube, sube por favor! —aullaba Hedda, asomada a la ventana.

*... Alguna vez, se vuelve de nuevo colorido...*

Wolfgang ascendía ágil por la escalinata, mientras las balas silbaban a su alrededor. Hasta que pareció titubear, como si se detuviera. El estandarte cayó de su mano, pero el niño continuó subiendo por la escalinata. Ya entraba bajo la gran arcada.

Otra explosión, esta mayor que las anteriores. En el mismo instante en que unas manos milagrosas agarraban al niño y lo introducían en el interior del edificio, una parte del balcón de la fachada principal se desplomaba sobre la escalinata.

*... Alguna vez se vuelve de nuevo azul celeste...*

De forma cansina, el niño caminaba hacia Hedda. Hedda corrió a su encuentro. Una nueva explosión. Uno de los equipos *Panzerschrek* había sido alcanzado, los soldados que lo manipulaban salieron despedidos. Igual que Hedda, que volvió a caer al suelo.

*... A veces va arriba y otras abajo...*

Se incorporó y llegó hasta el niño, que producto de la explosión, también había caído. Lo cogió en sus brazos. Wolfgang, dijo:

—Ve, señorita Weiss, he traído el estandarte. Mire dónde lo llevo.

El niño miró ilusionado su mano vacía.

Hedda retiró su mano de la espalda del niño. Una mano cubierta de sangre.

—¡No, Wolfgang! ¡No!

El niño polaco sonrió. Una bocanada de sangre se hizo paso a través de la comisura de sus labios.

*... Incluso cuando nosotros encanecemos...*

Wolfgang murió en sus brazos. Hedda cerró sus ojos y besó su frente.

*... Esto no puede ser el fin del mundo, pues todavía es necesario...*

—¡No, Wolfgang, no! ¡No!

Rompió a llorar sobre el cadáver del niño, mientras lo estrechaba contra su pecho.



Más explosiones. Las lonas y las mallas metálicas del techo cayeron sobre el suelo del *hall*. La música cesó de repente, la voz de Zarah Leander se silenció. Hedda levantó la mirada hacia el cielo. El cielo. Un gélido cielo azul prusiano.

El comandante Beck miraba a Hedda, con el cadáver del niño en sus brazos, ajeno a todo lo demás. Levantó su Walther y gritó:

—¡Se acabó! ¡Dejen de disparar! ¡Voy a rendir la maternidad!

El fuego de los resistentes se detuvo. Las explosiones, no. Ahora, otro cohete provocaba que se hundiera lo poco que quedaba del ala blanca.

—¡Se ha terminado, no prolongaré más esta carnicería! ¡Voy a rendir la maternidad!

Hedda apoyó la cabeza de Wolfgang en el suelo. Con su uniforme ensangrentado, se incorporó. Los rusos habían detectado el cese del fuego de los resistentes. Los blindados se habían detenido. Los disparos de las ametralladora y las explosiones, también.

Honore de Mezary dejó la ametralladora que manipulaba y caminó hacia el comandante Beck.

—¿Qué está diciendo? ¿Que quiere rendir mi maternidad? ¡Nunca! ¿Ha escuchado bien? ¡Nunca!

—Señorita De Mezary, llegamos a un acuerdo...

—¡Yo nunca llegaría a acuerdos con personas como usted, comandante! ¡Jamás!

Erich Beck señaló hacia el niño polaco muerto, que yacía tendido en el suelo.

—¿Ve a ese niño? ¡Está muerto! ¡Todos moriremos si no detenemos esto! ¡Todos!

—¡Y qué más da! ¡Y qué importa si morimos todos! ¡Solo somos humanos, tenemos que morir! ¡Eso es biología pura, comandante! ¡Pero lo único realmente importante es el honor y la patria! ¡El honor, comandante Beck! ¡Somos las ss, las gloriosas ss! ¿Qué nos importa la muerte? ¡No lo consentiré, no consentiré esa indignidad, ese deshonor! ¡Mi maternidad no se rinde! ¡No se rinde!

Erich Beck guardó silencio. Miró a sus hombres y dijo:

—Caballeros, ha sido un honor combatir con ustedes, pero alguien tiene que hacer prevalecer la razón por encima del fanatismo. Voy a rendir la maternidad. Les deseo buena suerte a todos.

La mirada del comandante Beck se detuvo en Hedda.

—Señorita Weiss, negociaré con los rusos que usted y su niña sean las primeras evacuadas. No se preocupe, haré todo lo posible para que no sufran ni un rasguño.

Erich Beck se llevó la mano a la visera de su gorra de plato, hizo un gesto de cortesía y salió del edificio. Descendió por la escalinata cubierta por los escombros, lentamente, mientras se ajustaba sus guantes de cuero a las manos. En el bosque, alguien gritó algo en ruso. La batalla se había detenido. Al llegar al final de la escalinata, Erich Beck arrojó la Walther a la nieve y levantó los brazos. Caminó en

dirección a los blindados soviéticos.

En el interior del edificio, Honelore de Mezary desenfundó la Walther de la cartuchera de su cintura. Apuntó con ella en dirección al comandante Beck.

La mirada de Honelore de Mezary se clavó en los ojos de Hedda. La mirada de Hedda, en los ojos de Honelore de Mezary. Hedda hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

La mirada de las dos serpientes de Hitler se dirigió al mismo tiempo hacia el hombre que caminaba sobre la nieve, con los brazos levantados.

Un disparo rompió el silencio de la batalla.

Erich Beck se detuvo. Intentó volver a caminar, pero las piernas no le respondieron. Cayó de rodillas sobre la nieve.

Dos lágrimas corrieron por las mejillas de Hedda Weiss.

El cuerpo del comandante se desplomó.

Erich Beck murió como había vivido los últimos años de su vida, con un gesto amargo en sus ojos abiertos y la mirada perdida en el bosque de Marbach.

## XX

### LA EXÉGESIS DEL MAL

*Maternidad de Marbach Heim, Prusia Oriental, mañana del 22 de marzo de 1945*

Uno de los T-34 abrió fuego contra otro de los equipos *Panzerschrek*, que saltó por los aires, llevándose por el medio a los tres soldados que lo manipulaban. Los rusos habían dado la corta tregua por terminada.

Honelore de Mezary, todavía con la pistola en la mano, se dirigió a los soldados que seguían combatiendo:

—¡Solo os queda luchar si queréis salvar la vida! ¡Si caéis en sus manos, os espera el pelotón de fusilamiento! ¡Resistid, resistid hasta el final! ¡Es mejor morir que ser capturados por los rusos!

Guardó la Walther en la cartuchera de su cinto, y le dijo a Hedda:

—Vamos al refugio, señorita Weiss. Se nos acaba el tiempo.

A duras penas consiguieron cruzar el *hall*, brincando entre los escombros y las lonas que se habían desprendido del techo, y corrieron en dirección a las escaleras de caracol que descendían hasta el refugio subterráneo. Antes de poner su pie en el primero de los peldaños, Hedda echó un último vistazo al *hall*. Los soldados del destacamento que seguían combatiendo no parecían haber hecho mucho caso a las palabras de la *Helferin* instructora. La mayoría de ellos saltaban por las ventanas y levantaban los brazos, mientras caminaban hacia los soldados soviéticos que ya se acercaban a la maternidad.

Mientras descendían por la tortuosa escalera, Honelore de Mezary dijo:

—Tenemos que darnos prisa, señorita Weiss. Los rusos no tardarán ni cinco minutos en entrar en la maternidad.

---

\* \* \*

---

Cuando entraron en el interior del refugio, al avanzar por el húmedo pasillo, se encontraron a Mitzi, sola, llorando en el centro de la primera antesala. Hedda corrió hacia la niña y la cogió en sus brazos.

—¿Qué te pasa, Mitzi?

—Las señoras... las señoras se han bebido algo y se han quedado dormidas.

Honelore de Mezary y Hedda se miraron. Caminaron hacia el primer compartimento.

Anna Reiss, Magda y Margarete estaban tendidas sobre la cama de sus literas. La enfermera jefe Schneider y la comadrona jefe Schmund, recostadas contra la pared en

otra de las camas. La cabeza de la señorita Schneider reposaba sobre la cabeza de la señora Schmund. Esparcidas por el suelo, se encontraban las cápsulas doradas que contenían las ampollas de ácido prúsico.

—Buenas chicas —dijo Honelore de Mezary, sonriendo.

Abandonaron el compartimento. Mitzi, entre sollozos, le preguntó a Hedda.

—¿Dónde está Wolfgang, Hedda?

—Está arriba, Mitzi, jugando en el *hall*.

—¿Puedo subir a jugar con él?

—Luego, Mitzi, luego podrás subir a jugar. Pero primero, la señorita De Mezary, tú y yo, vamos a dormir un rato. Sabes, estamos muy cansadas.

—Yo también tengo sueño, Hedda.

Entraron en el despacho de Honelore de Mezary. Esta se dirigió a su mesa y cogió de ella el retrato de Adolf Hitler.

—Con él delante será más fácil —dijo la *Helferin* instructora.

En la habitación contigua al despacho se sentaron sobre la cama en la que dormían Hedda y la niña. Honelore de Mezary dejó el retrato del Führer en su tocador, frente a ellas.

Honelore de Mezary miró a Hedda. Le hizo un gesto arqueando sus cejas.

—¿Quieres que mientras te duermes te cantemos una canción, Mitzi?

—¡Sí! —dijo la niña, levantando los brazos.

Hedda introdujo su mano en el bolsillo izquierdo de su guerrera negra. De él sacó una de las pequeñas cápsulas doradas. Pensó que las otras dos ya no le harían falta. Había decidido algo. Había decidido algo al ver morir al comandante Beck.

Ante la atenta mirada de Honelore de Mezary, Hedda desenroscó la cápsula y extrajo de ella la pequeña ampollita.

—¿Qué es eso, Hedda? —preguntó inocentemente la niña.

—Un medicamento, Mitzi, un medicamento que ha preparado la enfermera Schneider para que podamos dormir. Ahora tendrás que tomarte una de estas ampollitas.

—Vale —contestó Mitzi.

Las dos mujeres volvieron a mirarse. La *Helferin* instructora hizo un gesto afirmativo con su cabeza. El corazón de Hedda latía con fuerza. Tenía las manos sudadas, la pequeña ampolla estuvo a punto de resbalar de ellas. El eco de las explosiones había dejado de escucharse. Honelore de Mezary miró hacia el techo del refugio.

—Se nos acaba el tiempo, señorita Weiss.

Hedda movió afirmativamente la cabeza.

—Abre la boquita, Mitzi.

La niña, el fruto de su fe, su ofrenda al Führer, abrió la boca, obediente.

Hedda depositó entre los dientes de la niña la pequeña ampollita.  
Colocó una de sus manos en la nuca de Mitzi, y la otra en su mentón.

—Vamos a cantar, señorita Weiss —dijo Honelore de Mezary.

Hedda presionó la nuca y el mentón de la niña. La mandíbula de Mitzi se cerró. La pequeña ampolla se rompió entre sus dientes. Honelore de Mezary empezó a cantar:

*Era una Edelweis, una pequeña Edelweis...*

Mitzi inspiró profundamente. Sus ojos se abrieron de par en par. La niña extendió sus pequeños bracitos, pero pareció encoger sus piernas. Hedda sintió cómo una pequeña convulsión recorría el cuerpo de la pequeña.

*... Era una Edelweis, una pequeña Edelweis...*

Ahora era Hedda la que cantaba. La cabeza y los brazos de Mitzi se descolgaron inertes, entre sus propios brazos.

Honelore de Mezary puso sus dedos en el cuello de la niña. Mirando a Hedda, dijo:

—Ya está, señorita Weiss.

Como hizo con Wolfgang, Hedda cerró los ojos de Mitzi. Y besó su frente. Un olor amargo ascendía de la boca de la niña.

Honelore de Mezary extrajo la Walther de la cartuchera. Le preguntó a Hedda:

—¿Tomará el ácido?

—No. Usaré el arma, como usted.

Hedda dejó sobre la cama las dos pequeñas cápsulas y sacó la Walther de su cintura.

Honelore de Mezary se llevó la pistola a la sien. El brillo luminoso inundaba su rostro, como aquella noche de diciembre de 1941 cuando llegaron a la maternidad. Hedda imitó a la *Helferin* instructora, y colocó la boquilla de la Walther en su sien izquierda.

—Al menos con usted lo he conseguido, señorita Weiss. Al menos a usted, he conseguido dotarla de un alma aria. Puedo morir tranquila. He cumplido mi trabajo.

Las dos mujeres se miraron, mientras acariciaban los gatillos de sus pistolas. Esa fue la última vez. La última mirada.

Disparó.

La sangre de Honelore de Mezary cubrió el rostro de Hedda. Para ella, la habitación adquirió un tono rojizo, hasta que limpió la sangre de sus ojos. La pistola cayó de su mano y, en su caída, golpeó uno de sus pies.

Otra vez esa extraña fragancia había invadido la habitación: la mezcla de la pólvora y el delicado olor a lirios.

La sangre de la señorita De Mezary había manchado también el rostro de Mitzi. Lo limpió cuidadosamente. Luego, volvió a besar la frente de su hija, mientras decía:

—Da igual lo que hagan conmigo, pero tú ya no tendrás que sufrir. Mi niña...

Desvió la mirada hacia el tocador, hacia el retrato de Adolf Hitler. Sabía, que nadie comprendería el porqué de su comportamiento. Solo una, solo había una persona que podría comprenderla. Apartando la mirada del rostro del Führer, y volviendo a mirar el de su hija, sonrió. Estaba segura de que esa única persona, estuviera donde estuviera, ahora se sentiría orgulloso de ella. El comandante Erich Beck, la única persona que podría comprender su comportamiento. En una ocasión, el comandante Beck le dijo que llegaría el día en que ella tendría que elegir. Ese día había llegado. Y Hedda Weiss, había elegido.

Había elegido no elegir.

Acariciando el rostro de Mitzi y mientras acunaba el cuerpo inerte de su hija, volvió a cantar:

*Era una Edelweis, una pequeña Edelweis...*

---

\* \* \*

---

Los soldados soviéticos, vestidos con sus uniformes blancos de camuflaje, no tardaron en entrar en el refugio y en la habitación donde Hedda acunaba el cuerpo de su hija muerta, acompañada por el cadáver de Honelore de Mezary.

Fueron dos los soldados que entraron en la habitación, dando una fuerte patada a la puerta. Las boquillas de sus fusiles apuntaron a la cabeza de Hedda. Ella, con el rostro cubierto de sangre, no apartaba la mirada del rostro de su niña, a la que seguía acunando.

Uno de los soldados gritó algo, en dirección al exterior. El otro soldado, se agachó y recogió la Walther del suelo que entregó a su compañero. Luego, dio la vuelta al cadáver de Honelore de Mezary, que había quedado tendido boca abajo, sobre la cama. Los dos soldados comentaron algo. Arrebataron también la pistola que la mujer tenía en su mano.

Un tercer soldado entró en la habitación. Era mayor que los otros dos, más o menos de la edad del comandante Beck. Este tercer hombre extendió sus manos hacia Hedda y, en un alemán con fuerte acento ruso, le dijo:

—¿Se encuentra bien, señorita?

Hedda no contestó. Continuaba mirando y acariciando el rostro de su hija.

—¿Me entrega a la niña, señorita?

Hedda alzó la mirada, posándola en los soldados. Los tres parecieron

sorprenderse al ver su rostro. Uno de ellos comentó algo en ruso, a lo que los otros dos asintieron. Hedda entregó al soldado ruso el cuerpo de Mitzi.

El soldado tomó el pulso a la niña. Con delicadeza, abrió la boquita de Mitzi. Mirando a sus compañeros, hizo un gesto negativo con la cabeza. Depositó el cuerpo de la niña sobre la cama, junto al cadáver de Honelore de Mezary.

—Levántese, señorita.

Hedda se levantó.

—Camine delante de nosotros.

Hedda obedeció. Caminó delante de los soldados, mientras estos la apuntaban con sus fusiles.

---

\* \* \*

---

Los soldados rusos habían ocupado el *hall* de la maternidad. Algunos de ellos bebían de botellas sin etiqueta y entonaban sus himnos patrióticos. Otros observaban las armas abandonadas que los soldados del destacamento habían dejado en su huida. En un lateral, habían amontonado los cadáveres causados por el asalto final a la maternidad. Hedda descubrió el cadáver de Wolfgang, que yacía encima del cuerpo del capitán Elsner.

Acompañada por los tres soldados rusos, salieron al exterior del edificio. El cielo azul había desaparecido, soplaban otra vez un gélido viento del Este y empezaban a caer los primeros copos de una nueva nevada.

Los tres blindados estaban estacionados junto a la escalinata, con sus cañones apuntando hacia la fachada principal. La escalinata estaba cubierta de cascotes y escombros. En mitad de la escalinata, había una placa dorada, con una inscripción en letra alemana antigua de color negro. Hedda sabía muy bien lo que decía esa placa, una frase de Heinrich Himmler: «Recordad siempre que solo somos un eslabón más de una cadena racial sin fin». Uno de los soldados la apartó, dándole un puntapié.

Cuando llegaron al final de la escalinata, Hedda se detuvo y se giró hacia el edificio, deseaba mirarlo por última vez. Toda la fachada principal estaba ametrallada, las ventanas reventadas. El tejado de dos aguas ya no existía. Del balcón del despacho de la señorita De Mezary solo quedaba la mitad, como de la gran arcada, que se había venido abajo. Una ventisca se acercaba, los copos de nieve se estrellaban caprichosos en su rostro. Sonrió. Los tres soldados rusos la miraron con gesto extrañado, no comprendieron su sonrisa. Hedda Weiss había llegado a Marbach Heim bajo una ventisca de nieve, y más de tres años después, una ventisca de nieve la despedía para siempre.

Uno de los soldados rusos golpeó con la boquilla de su fusil la espalda de Hedda, indicándole que siguiera caminando.

El cadáver del comandante Erich Beck continuaba tendido sobre la nieve, lo habían cubierto con una manta. Hedda no quiso mirarlo, podría derrumbarse y eso, en sus circunstancias, era lo último que le podía pasar. Miró en dirección contraria. Cerca de donde se encontraba la fuente de Leda, ahora cubierta por tablones de madera, los soldados supervivientes del destacamento de Marbach Heim estaban arrodillados, con las manos detrás de la nuca. Cuatro soldados rusos los custodiaban.

Llegaron junto a un todoterreno de color marrón, con las lonas verdes oscuras. En los dos laterales de las lonas se podían ver las estrellas rojas del ejército soviético. La hicieron subir a la parte de atrás y sentarse en un sucio banco de hierro. Dos de los soldados rusos se sentaron frente a ella, sin dejar de apuntarle con sus fusiles. El tercer soldado, el que parecía mayor, subió a la cabina delantera. Sería el que la conduciría a un destino desconocido.

El todoterreno se puso en marcha. Hedda clavó su mirada en el suelo. Los dos soldados rusos no dejaban de mirarla. Hedda sabía muy bien lo que significaban esas miradas. Esos dos hombres eran los heraldos de su futuro.

Cuando el todoterreno llegó al hayedo calcinado, ese lugar que en los días de esplendor Hedda llamaba «el sendero tenebroso», levantó la vista del suelo y la dirigió por última vez a la maternidad. Uno de los blindados, un T-34, estaba abriendo fuego contra lo poco que quedaba de la pared exterior del ala roja. El Ejército Rojo empezaba a demoler Marbach Heim.

*Centro de detención del Ejército Rojo de ocupación en Braunsberg, Prusia Oriental, mediodía del 22 de marzo de 1945.*

Aquella ciudad de estampita navideña que Hedda y las chicas vieran una tarde de principios de diciembre de 1941, cuando llegaron a la casa del bosque de Marbach, no tenía nada que ver con el montón de escombros humeantes que Hedda descubrió cuando, al mediodía de aquel 22 de marzo de 1945, el todoterreno que la transportaba hizo su entrada en la ciudad de Braunsberg.

Prácticamente no quedaba ni una sola casa en pie, y las que aún no habían caído, mostraban en sus fachadas los arañazos salvajes que la batalla había dejado. Un repugnante olor a muerte, a descomposición, a carne abrasada, invadía las calles de la ciudad. Por todos lados podían verse blindados, piezas de artillería, camiones y todoterrenos alemanes destruidos. Los cadáveres de los soldados, unos terriblemente mutilados, otros calcinados, ocupaban las calles, las plazas y las aceras de la ciudad; los caballos muertos, hinchados y putrefactos se habían convertido en una improvisada fuente de alimento para los civiles famélicos y harapientos que habían empezado a salir de los sótanos y los refugios. En una calle, vio a dos niñas de unos cuatro años, desnudas bajo la ventisca de nieve, que lloraban amargamente al lado del



cuerpo decapitado de su madre.

Filas de soldados alemanes, hundidos y abatidos, derrotados, caminaban con las manos en la nuca, custodiados por soldados del Ejército Rojo. Entre ellos marchaban muchos jóvenes, algunos casi niños, miembros de las Juventudes Hitlerianas, y ancianos del *Volkssturm*. Los soviéticos se habían lanzado a una salvaje orgía de destrucción de los símbolos nacionales alemanes. En una plaza, soldados del Ejército Rojo arrojaban desde un camión banderas nacionalsocialistas, estandartes de la *Wehrmacht* y de las *SS*, que luego rociaban con gasolina y prendían fuego, mientras danzaban a su alrededor y bebían grandes tragos de sus eternas botellas de vodka; en otra calle, un tanque soviético derribaba la estatua de lo que debía ser una celebridad literaria local. En las destruidas paredes de lo que había sido el ayuntamiento, habían escrito con pintura roja *Deutschland Kaputt!* y *Hitler Kaputt!* En la puerta, tres soldados rusos orinaban sobre unos retratos de Adolf Hitler y del jefe de distrito de Prusia Oriental, Eduard Koch.

La imagen que más aprensión le dio fue la de aquellos que habían cambiado rápidamente de bando en ese final de la guerra. Por una calleja, avanzaba una procesión de andrajosos alemanes que hacían ondear grandes banderas de la Unión Soviética, banderas que el Ejército Rojo había repartido entre la ciudadanía. Algunos habían colocado sobre palos de escobas banderas rojas del Reich, de las que habían arrancado el disco blanco y la cruz gamada negra, como si de un tumor canceroso se tratara. Los que días antes levantaban sus brazos al cielo y aclamaban a Adolf Hitler, ahora alzaban sus puños y vociferaban consignas a favor de la Unión Soviética y de Josef Stalin.

En un momento dado, la jauría de manifestantes llegó hasta el todoterreno que conducía a Hedda hacia el centro de detención del Ejército Rojo de ocupación. El todoterreno caminaba muy despacio, porque la calle estaba ocupada por los blindados que avanzaban lentamente entre la ventisca. Uno de los exaltados alemanes que agitaba una gran bandera soviética se percató de la presencia de Hedda y, lo que es peor, de su uniforme negro de *Helferin*. El hombre dejó la bandera recostada en una pared y, cogiendo una piedra del suelo, la arrojó contra el vehículo estando a punto de impactar contra el cuerpo de la joven. El hombre gritó algo al arrojar la piedra, algo que en las siguientes horas, en los siguientes días y en los siguientes años, Hedda no dejaría de escuchar en boca de muchas personas cuando se dirigieran a ella. Algo con lo que Hedda tendría que aprender a convivir el resto de su vida:

—¡Ahí va una puta de los nazis!

Llegaron a un edificio de ladrillos grises, donde reinaba una actividad febril. Los soldados soviéticos que la habían custodiado, la cubrieron con una manta y la ayudaron a descender del vehículo militar.

—Es para que nadie vea que eres una mujer —le dijo el soldado que la había

trasladado hasta ese edificio de aspecto sórdido.

Ayudada por los otros dos soldados soviéticos, entró en el edificio.

---

\* \* \*

---

La condujeron a una especie de cuartucho que daba a una galería descubierta donde se amontonaba la nieve. Le quitaron la manta que la cubría. La habitación solo constaba de una mesa de madera y dos sillas. Estaba iluminada por una bombilla pelada que colgaba de un cable.

Tras la mesa de madera, la esperaban tres mujeres vestidas con el uniforme marrón claro del ejército soviético. Eran mujeres de mediana edad, de rostros duros, gran corpulencia y aspecto masculino. Una de ellas, la única que le sonreía, le recordó a la señora Von Exner.

—Acérquese aquí —dijo la mujer que le sonreía. Su alemán era mejor que el del soldado que la había sacado del refugio, pero el fuerte acento ruso era el mismo.

Hedda caminó con paso titubeante hacia la mesa. Una de las mujeres colocó encima de la mesa una caja de cartón.

Durante unos segundos la observaron. Después, una de las mujeres dijo algo sobre las manchas de sangre que tenía en su rostro, la sangre de Honelore de Mezary, y la otra señaló sus manos. La soldado que hablaba alemán, y que no dejaba de sonreír, le dijo:

—Quítese los anillos.

Hedda miró sus manos. Se refería a los dos anillos *Lebensborn*, el de Else Kruger y el suyo propio que Hedda llevaba en el dedo corazón de cada mano. Obedeció, se quitó los anillos y los dejó encima de la mesa.

La mujer sonriente recogió los anillos y le entregó uno a cada una. Estas no dudaron en ponérselos. Las dos miraron cómo les quedaban. Las tres mujeres rieron.

Hedda tenía sed, mucha sed, un sabor ocre se había instalado en su boca. Le dolía el estómago desde que saliera del refugio y, tenía unas ganas horribles de orinar.

—Tengo sed y necesito ir al baño.

—Desnúdese, señorita, y meta su ropa en esta caja.

Hedda se desnudó. Obediente, metió su ropa en la caja. Solo le quedaba su ropa interior.

—Tengo sed y necesito ir al baño.

—La ropa interior también —dijo la soldado sonriente.

Hedda se quitó la ropa interior y la introdujo dentro de la caja, junto a su uniforme.

Una de las soldados cogió la caja en sus manos y caminó hacia la puerta del cuartucho. Antes de abandonarlo, hizo algún comentario sobre el anillo que hizo reír

a las otras dos mujeres.

—Por favor, tengo mucha sed. Y necesito ir al baño.

—Deshágase la trenza.

Hedda se deshizo la trenza. Mientras, la otra soldado abrió la puerta de la galería y cogió del suelo una gran manguera amarilla, que conectó a una boca de riego interior.

Cuando terminó de deshacer su trenza, la soldado sonriente le hizo un gesto de que la acompañara. Caminó hacia la galería abierta. Hedda la siguió.

Salieron a la galería, donde no dejaba de caer la nieve. El frío era muy intenso. Cubriendo los pechos con sus brazos, Hedda entró en la galería.

La soldado sonriente le indicó que se colocara junto a una de las paredes, mientras le decía:

—Vamos a ver si podemos arrancar de usted ese asqueroso olor a nazi.

La soldado sonriente hizo un gesto a la otra mujer, que abrió la manguera.

Un potente chorro de agua impactó sobre el cuerpo de Hedda, que cayó al suelo.

—¡Levántese! —gritó la soldado sonriente.

Apoyando sus rodillas en la nieve, se levantó. Otro potente chorro de agua golpeó su espalda y su rostro. Volvió a caer. Seguía teniendo mucha sed, su boca se había llenado de una pasta pegajosa que casi le impedía abrirla. Tenía ganas de ir al baño.

La soldado sonriente se acercó a ella, la agarró del pelo y la levantó del suelo.

—¡Agua! —vociferó.

Esta vez el impacto fue sobre su rostro. Hedda cayó sobre la pared, dándose un brusco golpe en la nuca. Seguía nevando. Tenía frío, mucho frío.

La soldado sonriente volvió a levantarla del suelo. Hedda se tambaleó.

—¡Agua!

Otro potente impacto, esta vez en su estómago. Cayó de nuevo. La soldado se acercó a ella y le propinó un puntapié con su bota en el bajo vientre. Hedda se retorció de dolor, hasta quedar encogida, en posición fetal. El color blanco de su piel desnuda se confundía con la nieve que cubría el suelo de la galería. La mujer soldado tiró de su pelo con fuerza, la sonrisa se acrecentaba en su rostro, estaba deleitándose con ese momento. Con un rápido movimiento, golpeó el rostro de Hedda contra la pared. Una brecha se abrió en su mejilla, de la que comenzó a manar sangre.

—¡Levántate! ¡Si no te levantas no podremos eliminar tu sucio olor a nazi!

Hedda se incorporó. El potente chorro de agua se estrelló ahora en su espalda. Nuevamente cayó de bruces sobre la nieve.

La soldado golpeó dos veces la cabeza de Hedda contra la pared. Ahora la brecha se abrió en su frente. La sangre que manaba de la herida descendió a sus ojos y nubló su vista.

Apoyándose en la pared, se volvió a levantar. El chorro de agua fue a dar

directamente en su pecho. De nuevo cayó al suelo.

La soldado le propinó una patada en el estómago, y otra en la espalda. Agarrándola por los sobacos, la levantó. Hedda no veía nada, ya no distinguía si estaba anocheciendo o si eran sus ojos los que se estaban oscureciendo. Otro impacto en sus piernas. Volvió a caer, dándose otro fuerte golpe contra la pared de la galería. La oscuridad total la cubrió.

Arrastrándola del pelo, la soldado la introdujo de nuevo en el cuartucho. Lentamente, poco a poco, volvió en sí, la luz fue regresando a sus ojos. Ante la mirada divertida de las dos mujeres, se arrastró por el suelo del sucio cuartucho. Se acurrucó en un rincón.

La tercera soldado había vuelto a entrar en el cuarto, llevando algo en su mano. La soldado sonriente se agachó sobre Hedda y levantó su cabeza. El rostro de Hedda estaba hinchado y cubierto de sangre. Le costó mucho abrir la boca pero, al final, consiguió decir:

—Tengo sed. Tengo que ir al baño.

La tercera soldado se acercó a ella y dejó en el suelo un orinal metálico blanco tachonado de desconchados.

—Ahí tiene el baño. No quiero que eche ni una gota fuera —dijo la soldado sonriente.

Hedda se incorporó y, tambaleándose, se acercó al orinal. Se agachó sobre él, muy lentamente para no caer, y orinó. Mientras lo hacía, le dijo a la soldado sonriente:

—Tengo sed.

Cuando terminó de orinar, la soldado sonriente cogió el orinal y vertió su contenido sobre la cabeza de Hedda. La orina provocó un horrible escozor en sus heridas de la frente y de la mejilla.

—Ahí ha tenido su vaso de agua. Cuando quiera beber más, ya sabe dónde tiene el orinal.

Hedda volvió a desplomarse sobre el suelo. Arrastras, volvió a acurrucarse en el rincón. Las tres mujeres soldado salieron del cuartucho y apagaron la luz. Cerraron la puerta.

---

\* \* \*

---

No podía calcular cuánto tiempo durmió, ni cuánto tiempo pasó hasta que la puerta volvió a abrirse y a encenderse la bombilla pelada. La soldado sonriente entró en el cuartucho acompañada de tres soldados rusos. Hedda continuaba acurrucada contra la pared, desnuda, temblorosa, con todo su cuerpo empapado de un agua que no se secaba, y el rostro hinchado y ensangrentado.

—Ahí tenéis a la puta de los nazis —dijo la soldado sonriente—. ¡Mirad, hasta con el rostro hinchado resulta hermosa! Aprovechad, no se ven mujeres así en la patria, pero procurad ser rápidos. ¡Tengo a la mitad de vuestro regimiento esperando ahí fuera!

Los tres soldados rusos rieron. La soldado sonriente abandonó el cuartucho, cerrando la puerta.

Hedda se aferró más a la pared, arañando con sus uñas la superficie terrosa, como si de esta manera pudiera escapar. Una palabra surgió de su boca, una palabra sorprendente, una palabra que no usaba desde que era una niña. Una niña pequeña:

—Mamá...

Tres *clics* metálicos se escucharon en el sucio cuartucho.

El sonido de las tres hebillas de los cinturones de los soldados al desabrocharse.

Las uñas de Hedda se rompieron mientras arañaba la mohosa pared. Su cabeza se giró hacia los tres soldados que caminaban hacia ella.

—Mamá, por favor ayúdame, mamá...

*Cuartel general del Ejército Rojo de ocupación, Kaliningrado (antiguo Königsberg),  
agosto de 1946*

Hedda entró en la sala, vestida con una blusa blanca, una falda marrón larga y unos zapatos negros. Su pelo estaba suelto. Desde el momento de su captura se le había prohibido hacerse su trenza *Gretchen*, ya que tanto esta como las coletas trenzadas, eran considerados «peinados femeninos de corte fascista».

Se sentó detrás de una pequeña mesa sobre la cual había un micrófono y un vaso de agua. Frente a ella, un camarógrafo del ejército soviético estaba introduciendo un rollo de película en una cámara de aspecto antiguo. A un lado de la sala, sentados en tres butacas, se encontraban dos oficiales del ejército soviético y una traductora.

Hedda carraspeó y cruzó sus manos sobre la mesa. El camarógrafo movía la cámara probando tres posiciones distintas, al objeto de sacar un plano con el rostro de Hedda y las tres banderas que había tras ella: la bandera de la STEVKA, el alto mando del ejército soviético, una bandera roja, con flecos dorados en sus bordes y los rostros de Vladimir Lenin y Karl Marx, y la bandera roja con la hoz, el martillo y la estrella de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

El camarógrafo se acercó a la mesa de Hedda y manipuló el micrófono. Luego, regresó a su cámara, volvió a mirar por el objetivo y les hizo un gesto afirmativo a los oficiales. Uno de ellos le dijo algo al oído a la traductora, una mujer joven, muy atractiva, de media melena morena y unas graciosas pecas sobre su nariz.

—Ya puede empezar —dijo la traductora.

Hedda volvió a carraspear. Se acercó al micrófono y dijo:

—Mi nombre es Hedda Weiss Steinbauer, nací en Múnich, Alemania, el 3 de septiembre de 1922. Tengo veinticuatro años. A la edad de diez años y en contra de mi voluntad, ingresé en la Liga de Muchachas Alemanas, donde fui formada y adoctrinada en la ideología fascista y el pensamiento hitleriano. A finales de 1941, debido a mi aspecto físico y a mi belleza, fui reclamada por la Oficina Central para la Raza y Asentamientos de Múnich, un organismo dependiente de las ss donde me sometieron a unas duras y vejatorias pruebas raciales. Sin comunicárselo a mis padres, y siempre en contra de mi propia voluntad, fui conducida, en compañía de otras chicas bávaras, a una maternidad llamada Marbach Heim, perteneciente a la Sociedad Fuente de la Vida, un lugar siniestro, escondido en mitad de un bosque, entre la ciudad polaca de Braniewo y la soviética de Kaliningrado, entonces conocidas como Braunsberg y Königsberg, y pertenecientes al distrito de Prusia Oriental. Allí permanecimos recluidas durante más de tres largos años. Todos los días se profundizaba en las enseñanzas de la ideología hitleriana del odio racial y político. Durante nuestra estancia, fuimos sistemáticamente violadas por oficiales y tropa, tanto de las ss como del ejército alemán. Fruto de estas violaciones quedé embarazada, teniendo una niña que fue arrebatada de mis brazos al nacer, y entregada a una familia que desconozco. Sé que a todas las residentes de la maternidad les sucedió lo mismo. En Marbach Heim nacieron cientos de niños que más tarde fueron entregados, mayoritariamente, a familias de la orden de las ss. Nunca se nos comunicó nada de nuestros niños, y conozco que los documentos, tales como partidas de nacimiento y familias de adopción, fueron destruidos por los oficiales y los doctores de la maternidad a mediados de 1944. De este hecho fui testigo presencial.

Hedda guardó momentáneamente silencio, y bebió un sorbo de agua. A la vez que ella hablaba, la intérprete iba traduciendo sus palabras a los oficiales rusos.

—En la maternidad de Marbach Heim, además de las residentes forzosas, había comadronas, enfermeras, médicos, antropólogos y anatomistas, porque todos los niños que allí nacían debían de ser acreditados como merecedores de la vida, de acuerdo a los estudios a los que eran sometidos y siempre que cumplieran los estrictos cánones de pureza racial que propugnaba el régimen fascista hitleriano. Nosotras, siempre recibimos de ese personal médico un trato vejatorio y discriminatorio.

Una vez que habíamos tenido nuestro primer hijo, quedábamos imposibilitadas para volver a concebir, por lo que nuestro cuerpo era utilizado para la satisfacción sexual de los oficiales y de la tropa de las ss. Fuimos sometidas a todo tipo de vejaciones sexuales, ya que el grado de depravación de esos hombres no parecía tener límite. Omitiré ante este tribunal el tipo de aberraciones sexuales a las que fui sometida, baste con decir, que es una carga y una vergüenza que arrastraré conmigo toda la vida. Durante mi estancia en la maternidad, asistí a la llegada de muchos niños

y muchas chicas procedentes de Rusia y de otras repúblicas soviéticas. Todos los niños que formaron parte del proceso que llamaban de «Germanización», fueron conducidos a través del Ministerio del Reich de los Territorios Ocupados, que dirigía el ministro Alfred Rosenberg. Sé de primera mano, por sus propios testimonios, que todas esas chicas y esos niños habían sido arrebatados de forma violenta a sus padres, la mayoría de ellos reconocían que sus padres habían sido asesinados a manos de las ss. Debido a su aspecto racial, los niños fueron dados en adopción a familias en Alemania, mientras que las chicas fueron utilizadas como madres portadoras, primero, y como trabajadoras sexuales después. Nunca se olvidó su procedencia y, por lo tanto, fueron sometidos a castigos y torturas, tanto físicas, como psíquicas. En muchos casos las chicas fueron asesinadas de la forma más brutal, una vez que sus cuerpos ya no servían para deleite de los depravados oficiales nazis.

Afortunadamente, nuestro sufrimiento terminó cuando en marzo de 1945, el Ejército Rojo asaltó la maternidad durante las operaciones militares que se desarrollaron en la ciudad de Braniewo, antigua Braunsberg. Durante el día y medio de asedio, los oficiales nazis obligaron a suicidarse a la gran mayoría de residentes de la maternidad que no habían sido evacuados con anterioridad. Al respecto de los evacuados, quiero decir, que con el más absoluto desprecio a la vida, la mayoría de residentes, tanto mujeres como niños, fueron conducidos a los puertos del Báltico en camiones con distintivos militares, al objeto de que fueran confundidos por la aviación soviética. Esta operación se tramó en el intento de que fueran los oficiales y altos mandos nazis los que se hicieran pasar por civiles y, de este modo, abusando de la compasión que el ejército soviético siempre tuvo hacia las víctimas inocentes de esta guerra, ser ellos los que pudieran huir de Prusia Oriental y regresar a Alemania, sanos y salvos.

Yo permanecí hasta el final en Marbach Heim. Unos años antes, víctima del miedo y de las brutales vejaciones a las que estaba siendo sometida, acepté el cargo de *Helferin*, servicio auxiliar femenino de las ss. Mi única intención era poder vivir un poco mejor para, llegado el caso, tener alguna opción de sobrevivir a la hecatombe que veíamos cernirse sobre nosotros.

Una vez liberada, tras la entrada del Ejército Rojo en la maternidad, fui trasladada a un centro de reeducación en las afueras de Kaliningrado, donde he podido limpiarme de toda la ideología y la propaganda hitleriana y fascista que recibí durante más de diez largos años y, de este modo, convertirme en una mujer nueva. Allí, y tras recibir un trato exquisito por parte de las autoridades soviéticas, pude conocer todos los graves y genocidas crímenes que el régimen nacionalsocialista había cometido contra el tranquilo y apacible pueblo soviético, a la vez, que se limpió de mí todo resquicio de la doctrina fascista en la que fui educada y adoctrinada. Ahora, me considero una mujer liberada, y una vez más, ante este tribunal y como alemana, pido

perdón al noble y valeroso pueblo soviético, por la salvaje agresión y la barbarie que los ejércitos del Tercer Reich provocaron durante la infame invasión de su territorio. Por último, me gustaría agradecer, una vez más, la humana dimensión del trato recibido por aquellos a los que, durante años, me obligaron a pensar que eran mis enemigos.

El camarógrafo dejó de grabar. La traductora le hizo el conocido gesto americano del dedo cerrado, mientras le decía:

—OK.

### *Múnich, Alemania, finales de septiembre de 1946*

No reconocía su ciudad. Caminaba como ausente, mirando las largas hileras de edificios destruidos, vestida con su blusa blanca, su falda marrón y sus feos zapatos negros. Era la única vestimenta que tenía, dos juegos de blusas, faldas marrones y zapatos negros. El otro juego lo llevaba en un pequeño hatillo, en su mano izquierda. Esas eran todas sus pertenencias.

Hedda se detuvo ante la visión de las torres ametralladas de la *Frauenkirche*. Durante años, esas torres habían sido como las escaleras que conectaban Múnich con el cielo. Ahora, esas escaleras mágicas habían sido profanadas, como el resto de la ciudad a la que tanto había amado: la visión del Múnich destruido le recordó a la mueca grotesca dejada por un dios salvaje como recuerdo de una tragedia que muchos de ellos, ella incluida, no supieron o no quisieron avistar.

Las huellas de la destrucción de la ciudad fueron desapareciendo conforme se acercaba a la Rosenheimerplatz. Esa sección de la ciudad, su barrio, parecía haberse librado milagrosamente de los bombardeos a los que la capital bávara había sido sometida, sobre todo, en los últimos días de la guerra. En una bocacalle, Hedda vio a un grupo de personas que, en cadena, trabajaban en el desescombros de un edificio que probablemente había sido demolido después de los bombardeos. Hacía más de un año y medio que la guerra había terminado, pero las casas se seguían viniendo abajo en las maltratadas ciudades alemanas.

Un grupo de jóvenes se acercaba a ella, lanzando risas y pegando patadas a las primeras hojas que el incipiente otoño había arrojado de los árboles. Llevaban esos peinados al cepillo que se estaban poniendo de moda entre la juventud alemana, peinados de estilo americano que para Hedda resultaba una visión desconocida. Llevaban cazadoras de cuero, con los cuellos subidos, y grandes cadenas de plata colgadas en su cuello. Esa manera de vestir que, en los años anteriores, habían lucido esos chicos a los que les gustaba escuchar la música *Swing*. Hedda se fijó en uno de ellos, un chico que cojeaba de forma ostensible. Al llegar a su altura, Hedda se detuvo y miró su rostro. El chico, que jugueteaba con otro, pasó junto a ella sin ni



siquiera mirarla. Hedda, decidida, pronunció su nombre:

—¿Lorenz?

Los chicos se detuvieron y la miraron extrañados. El joven caminó hacia ella y la observó detenidamente.

—¿Lorenz? ¿Lorenz Werk?

Hedda sintió un ligero estremecimiento. Los ojos del muchacho destilaban odio. Rabia. Ira. Era una mirada desconocida, una mirada que jamás hubiera pensado ver en los ojos del ayudante de su padre.

Otro de los jóvenes pasó su brazo por los hombros de Lorenz Werk y preguntó:

—¿Quién es esta belleza, Lorenz?

—Nadie, no es nadie —contestó el joven sin apartar la mirada de Hedda.

—Pues ella te conoce, ha pronunciado tu nombre. ¿Cómo te llamas, muñeca?

—Se llama Hedda, es la hija del viejo Weiss. Una puta. Una puta de los nazis —respondió Lorenz Werk.

El joven que había abrazado a Lorenz se separó de él, avanzó hacia Hedda y le propinó un fuerte empujón. Hedda cayó al suelo, su hatillo salió disparado y terminó en la carretera.

—¡Lárgate de aquí! ¡No queremos nada de los nazis! ¡Ni de las putas! ¡Y mucho menos de las putas de los nazis!

Los chicos dieron media vuelta y se marcharon. Uno de ellos silbó una conocida melodía americana.

Hedda se levantó, recogió su hatillo y caminó en dirección a la que había sido su casa.

---

\* \* \*

---

Permaneció mucho tiempo delante de la puerta de su casa. En su calle, casi ninguno de los edificios había sufrido los efectos de los bombardeos. La vieja iglesia gótica de una plazoleta cercana, sí. A la torre de la iglesia le faltaba el campanario. Hedda lloró al ver esa imagen. Las campanadas de esa iglesia habían formado parte de la banda sonora de su infancia.

Un vehículo militar bajaba por la calle. Hedda recordó la escena de una neblinosa noche de diciembre de 1941, la noche que abandonó su casa, la noche que un vehículo de las ss la recogió para llevarla a una lejana maternidad de Prusia Oriental llamada Marbach Heim.

El vehículo pasó a su altura. Perteneecía al ejército americano de ocupación. Uno de los soldados silbó de forma lasciva al verla. Hedda se enjugó las lágrimas y caminó hacia la puerta de su casa.

Iba a tocar tres veces en la puerta cuando, para su sorpresa, se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. Hedda entró en el interior.

Caminó por el pequeño pasillo, a oscuras. Todo lo que veía estaba igual que la madrugada que dejó su casa. Del comedor llegaba luz, y la voz del locutor que leía el boletín de noticias de la Radio del Sur de Baviera.

Peter Weiss estaba sentado tras la mesa del comedor, con un cigarrillo pegado a su boca. En su mano llevaba un vaso y, sobre la mesa, había una botella semivacía de ginebra. A Hedda le sorprendió que su padre fumara cigarrillos, siempre había fumado en pipa.

Se detuvo en mitad del comedor, frente a su padre.

Peter Weiss levantó la mirada hacia ella. Una mirada triste, cansada, nublada por el alcohol. Los ojos de un borracho.

Estaba irreconocible. Todo su pelo era cano, llevaba una barba descuidada, como si hubieran pasado días sin afeitarse, que le daban un aspecto desaliñado. Era un anciano.

—Hedda, has vuelto...

—Sí, padre. He vuelto. ¿Dónde está mamá?

—Tantos años... Dios, tantos años. Nunca nos escribiste, nunca contestaste a nuestras cartas.

—Era difícil, padre. No quería sufrir, ni haceros sufrir a vosotros. El silencio era lo mejor. Tenía que hacer aquello, padre. Tenía que hacerlo. ¿Dónde está mamá?

Peter Weiss dio un trago a su vaso de ginebra. Volvió a llenar el vaso.

—Durante tres años, todas las mañanas, tu madre se levantaba, salía de casa a las siete y se dirigía a la Oficina de la Raza y Asentamientos. Allí se sentaba en un banco de madera, delante del Departamento de Familia y Matrimonio, esperando que alguien la atendiera, que algún funcionario de la oficina le proporcionase un pase para poder visitarte en esa maternidad perdida de Prusia Oriental. Pasaba todo el día allí, esperando que alguien se dignara a atenderla. Nunca nadie lo hizo, solo le hacían promesas falsas y le daban esquivos. Pero insistía, volvía a ese lugar, volvía a intentarlo día tras día. En invierno, en verano. Días de lluvia y de nieve. Tardes de sol. Solo quería ver a su hija, o al menos saber que estaba bien. Y un día tras otro, regresaba a casa abatida y a la vez esperanzada, pensando que al día siguiente alguien la recibiría. Yo le decía que lo dejara, que seguro que tú te encontrabas bien, que cualquier día volverías... pero ella no me hacía caso. Nunca me hizo caso. Recuerdo que decía: «Peter, aunque esos hombres hayan abrazado una fe equivocada, fueron bautizados como cristianos, en su corazón deben de guardar algún sentimiento parecido a la compasión. No puede ser que el alma los haya abandonado, el alma solo nos abandona cuando morimos». Yo le decía que cómo podía estar tan ciega, que si

acaso no veía lo que estaba sucediendo a su alrededor. Y ella me contestaba: «Yo no veo nada, Peter. Yo solo quiero ver a mi hijita y saber que está bien». Y al día siguiente, a las siete, volvía a salir. Y por la noche regresaba, sin que nadie la hubiera recibido. En la madrugada, solía levantarse y rezar. Había construido una especie de pequeño altar donde tenía una fotografía tuya, su rosario, unos crucifijos y una pequeña virgencita que le había regalado el padre Karl, su confesor, y que se convirtió para ella en el más preciado de sus tesoros. Muchas veces, yo bajaba por las escaleras y la sorprendía hablando con la pequeña virgencita. Decía: «María, protege a mi niña de todo mal, intercede para que ella se encuentre bien y regrese cuanto antes junto a su familia. Ayuda también a esos hombres descarriados, solo están perdidos, desorientados, solo son víctimas de una época despiadada, ayúdales para que puedan ver la luz y se compadezcan de una madre que solo quiere tener noticias de su hija. Y por favor, haz que regrese la razón a Alemania». Era como una especie de oración que ella tenía. Pobre mujer, me daba tanta pena. Al final de la guerra, los bombardeos sobre Múnich se convirtieron en salvajes. Los ingleses y los americanos nos bombardeaban a cualquier hora del día y de la noche. Una mañana, cuando se dirigía a la Oficina de la Raza esperando que alguien la recibiera, un bombardeo la sorprendió en el centro. Consiguió protegerse en un refugio, pero una bomba lo alcanzó. Todos murieron, Hedda. Ni tan siquiera pude recuperar su cuerpo y darle sepultura.

Se hizo el silencio. Peter Weiss volvió a beber. Hedda no lloró, sabía, sabía muy bien que nunca volvería a ver a su madre. Lo supo la misma noche que marchó. Ya la había llorado muchas noches, durante el largo año y medio de cautiverio en manos de los rusos.

—No bebas más, padre.

—Lo hemos perdido todo, Hedda. La guerra nos ha arrebatado todo, a ti, a tu madre. Perdimos la pastelería, ahora solo es un montón de escombros. Solo nos ha quedado esta casa y esto —Peter Weiss sacó un sucio papel del bolsillo de su chaqueta gris—. Una cartilla de racionamiento.

—Saldremos adelante, padre, no se preocupe. Estoy muy cansada, el viaje ha sido muy largo. Me gustaría dormir un poco.

—Sí, hija, sube a tu habitación. Está como tú la dejaste, tu madre la arreglaba todos los días. Cambiaba hasta las sábanas, pensando en que ese día a lo mejor regresabas.

Hedda caminó hacia la escalera, con su pequeño hatillo en la mano. Cuando ya se disponía a subir, su padre le preguntó:

—Hedda, ¿tuviste a tu niño?

—Ya hablaremos, padre. Es una larga historia.

---

\* \* \*

---

Todo en su habitación estaba igual, tal como su padre le había dicho. Solo el hecho de que hubieran cubierto el espejo de cuerpo entero que tanto le gustaba con una sábana blanca, rompía el recuerdo que durante todos esos años guardó de su habitación. Dejó al pie de su cama el humilde hatillo, y se sentó sobre ella. Abrió el pequeño cajón de su mesita junto a la cabecera. Allí estaba el portarretratos que contenía la fotografía del Führer, tal como ella lo había dejado. Durante unos segundos, observó el rostro de ese hombre, mientras acariciaba con delicadeza los bordes del portarretratos. Volvió a depositarlo dentro del cajón y lo cerró. Se levantó de la cama y caminó hacia el baño. Por fin, por fin su baño.

---

\* \* \*

---

El agua caía libre por su pelo, resbalaba como un torrente salvaje por su espalda y por sus piernas. Ahora, tenía las dos manos apoyadas en las blancas baldosas de la pared. Sus ojos estaban cerrados. Le gustaba sentir la sensación del agua acariciando su cuerpo. Ese era uno de sus momentos favoritos del día. Solía estar bajo el agua mucho tiempo. Siempre le gustó.

Hedda salió de la ducha. Había olvidado coger una toalla, que su madre siempre dejaba en el primero de los cajones del armario ropero. Mojada, chorreando agua, volvió a entrar en su habitación.

Al pasar junto a su espejo de cuerpo entero, pensó en retirar la sábana que lo cubría. Miró su cuerpo desnudo, reflejado en el espejo.

Fue instintivo, no podría explicar por qué sucedió. Hedda se cuadró y levantó su brazo, en señal de saludo, mientras miraba su imagen reflejada en el espejo.

Una visión, una sucesión de imágenes emergieron de algún recóndito escondite de su cerebro. Esas imágenes llegaron hasta el interior de sus ojos. Esos luminosos y sorprendentes ojos azules que la miraban desde el otro lado del espejo.

La mano ensangrentada que retiró de la espalda de Wolfgang, el niño polaco.

El cuerpo de Erich Beck, doblándose y cayendo de rodillas sobre la nieve.

La cabeza y los bracitos de su niña, Mitzi, descolgándose inertes, de entre sus propios brazos.

El disparo impactando en la sien de Honelore de Mezary.

Sus uñas rompiéndose contra la sucia pared de un cuartucho, mientras tres soldados rusos caminaban hacia ella.

Sus pies avanzando lentamente entre el barro fangoso, mientras arrastraba una piedra asida a una soga.

La cola de soldados rusos en la puerta de su barracón, mientras ella esperaba

desnuda, encima de un camastro. Noche tras noche.

El amigo de Lorenz Werk, empujándola y tirándola al suelo, mientras su hatillo caía a la carretera.

«Al menos a usted he conseguido dotarla de un alma aria...», le decía Honelore de Mezary con el brillo luminoso instalado en su rostro...

«... No puede ser que el alma los haya abandonado, el alma solo nos abandona cuando morimos».

Dos palabras brotaron de su boca. Ella no fue consciente de decirlas, pero la imagen que había reflejada en el espejo sí que las dijo. Estaba segura, lo estaba viendo.

Dos palabras que escapaban, como escapan dos demonios encadenados al averno.

Dos demonios que tenía que expulsar.

—*Heil Hitler!*

# EPÍLOGO.

## SOMBRA ALARGADAS

*Alrededores de Braniewo, Polonia, agosto de 1999.*

El coche, con matrícula alemana, se detuvo junto a los lindes del bosque. El conductor descendió del vehículo. Caminó hacia lo que parecía ser la entrada de un camino, ahora cubierto por la maleza. Era un día caluroso, bochornoso, coronado por un cielo triste, gris y plomizo. El hombre regresó al vehículo, mientras despegaba de su espalda la camiseta empapada en sudor del Bayern de Múnich.

—Hedda, ¿tú estás segura de que tu madre se acuerda de la entrada de ese camino?

—Kurt, cuando ella te lo dice... —contestó la bella mujer rubia, sentada junto al asiento del conductor.

—Hijo, podría conducirte por ese camino con los ojos cerrados.

La que dijo estas palabras fue una anciana, elegantemente vestida, sentada en el asiento trasero del coche. Su rostro, pese a sufrir las marcas del paso del tiempo, seguía manteniendo una gran belleza y, con el tiempo, había adquirido un porte distinguido. Un rostro decorado por unos preciosos e inigualables ojos azules. Compartía con ella el asiento, una adolescente con una bonita cabellera rubia, heredada de la anciana y de su madre, la bella mujer rubia sentada en el asiento delantero. Iba vestida a la última moda de los jóvenes, con unos raídos pantalones vaqueros de tiro bajo, y una camiseta blanca de tirantes con el nombre del grupo musical *The Prodigy*. La joven no paraba de mover la cabeza y las piernas, al son de una estridente música que solo escuchaba ella, a través de un *walkman*. Había algo en su rostro que la identificaba como familia directa de la anciana elegante: sus bonitos y deslumbrantes ojos azules. Muchas veces Hedda, su madre, le había dicho a la niña: «Solo tú has heredado los ojos de tu abuela».

El coche penetró en el bosque, siguiendo el semioculto y zigzagueante camino.

—Ahora tendrás que conducir unos kilómetros, Kurt, hasta que lleguemos a lo que era el viejo portón y la caserna de los soldados —dijo la anciana.

—Madre, más vale que este sitio merezca la pena. No poder pasar esta semana en nuestro apartamento de España, para perdernos en este bosque de Polonia... —dijo la bella mujer rubia llamada Hedda, girándose hacia la anciana.

—Tu padre quiso traerme en muchas ocasiones, hija, solo que entonces era imposible entrar en Polonia, debido al régimen comunista. Gracias a Dios que todo esto ya ha pasado —repuso la anciana.

Poco a poco, el camino se fue ensanchando. Llegaron hasta lo que parecían las ruinas de una vieja puerta de piedra. Tras las ruinas de la puerta, más ruinas, solo

grandes piedras cubiertas de musgo, diseminadas entre el frondoso bosque.

—Mirad, esto era el portón, y tras él, la caserna de los soldados y los barracones. Madre mía, todo se ha reducido a cuatro piedras abandonadas —comentó la anciana.

A partir de ahí, el bosque se hacía cada vez más frondoso.

Ahora, el vehículo avanzaba con dificultad.

—¿Este camino no te parece peligroso, Kurt? —preguntó la bella mujer rubia.

—No lo sé, Hedda. No lo sé.

La anciana rio. Tenía una bonita risa, siempre la había tenido. En su juventud, a todo el mundo le gustaba su risa.

—¿Esto os parece peligroso? ¡Si lo hubierais visto la primera noche que yo llegué aquí, en mitad de una ventisca de nieve!

La adolescente sentada junto a la anciana miraba hacia el bosque con sus sorprendentes ojos muy abiertos, aunque con aspecto despistado. Ahora canturreaba algo.

El vehículo llegó a un viejo y deteriorado puente de madera.

—Vamos a ver si resiste este puente —dijo el hombre llamado Kurt.

—El viejo puente sobre el riachuelo cristalino —comentó la anciana, mientras lo cruzaban lentamente. Las viejas maderas crujían bajo los neumáticos del vehículo—. Ahí, a un lado, partía un sendero del bosque que terminaba en un bonito claro. Durante el verano, nos impartían en ese lugar la clase de sangre y raza...

—¿Las clases de sangre y raza? ¿Qué es eso, abuela? —preguntó la adolescente, regresando momentáneamente a la realidad.

—Nada, pequeña. Cosas antiguas, cosas del pasado. Aún recuerdo cuando un día decidimos bañarnos desnudas en el riachuelo y los soldados del destacamento nos descubrieron. ¡Si hubierais visto cómo corrían las chicas...!

—Madre, has contado eso mil veces.

—Perdona, hija. Me hago vieja.

El vehículo siguió avanzando a través del sombrío bosque. Habían llegado al viejo hayedo.

—¡Ya estamos llegando! —exclamó ilusionada la anciana—. El hayedo, la última vez que lo vi estaba calcinado. ¡Pero ha vuelto a florecer!

Entraron en un claro del bosque, cubierto por una hierba muy verde, que acrecentaba su oscuro color bajo el cielo plomizo. Era lo que antaño fue la gran explanada. Ahora esa hierba alta, ocupaba lo que antes fue un suelo de grava.

El corazón de la anciana se aceleró. Latía fuerte, muy fuerte. Ya lo veía. Solo la base alargada de los muros había sobrevivido. El resto era una sucesión de ruinas diseminadas, cubiertas por la maleza, incluso algunos árboles habían crecido en su interior.

El vehículo se detuvo. Los cuatro ocupantes miraban las ruinas en silencio. Hasta

la niña había apagado su *walkman* y se había quitado los auriculares. La visión de las ruinas atrapadas por el bosque les había cautivado. El hombre llamado Kurt, dijo:

—Nunca me imaginé que fuera tan grande.

—Sí, hijo. Era un edificio grande, muy grande. Y muy alto. Visto desde abajo, sus paredes parecían perderse en el cielo.

La anciana desvió la mirada a lo que un día fue la fuente de Leda. Solo quedaba una pequeña parte del pedestal.

Kurt y Hedda descendieron del coche, también la adolescente de larga cabellera rubia. Hedda abrió la puerta de atrás del vehículo y ayudó a descender a la anciana, que se apoyó en su bastón. La mujer paseó su mirada por las ruinas. Emocionada, muy emocionada, con voz temblorosa y con unas tintineantes lágrimas inundando sus hermosos ojos, dijo:

—Marbach Heim...

Kurt se recostó en el morro del coche. La adolescente cogió la temblorosa mano de su abuela. Hedda pasó su brazo por los hombros de su madre. La besó en la mejilla.

—Llevaba cincuenta y cuatro años esperando este momento. Marbach Heim, he regresado. Estoy aquí. Sé que me reconoces. Sé que me estás mirando.

—Es increíble, han crecido hasta árboles en su interior, abuela —dijo Kurt.

—Sí, donde han crecido esos árboles era el gran *hall*. Al final Marbach Heim ha perdido también su última batalla, su batalla contra el bosque.

La adolescente soltó la mano de su abuela, volvió a ponerse los auriculares, conectó su *walkman* y caminó hacia las ruinas. Con la mirada perdida en las ruinas, Hedda comentó:

—Debió de ser un lugar impresionante, madre.

—No os lo podéis imaginar. Si hubierais visto cómo brillaba en sus días de esplendor, bañado por el sol prusiano...

La anciana cerró los ojos.

*Había regresado a Marbach Heim. Hedda ascendía por la gran escalinata, un luminoso día de verano. Los soldados de la guardia del comandante la habían saludado, al pie de la escalinata. Ya estaba bajo la gran arcada, contemplando los dos pequeños farolitos que custodiaban la puerta. La placa con la frase del Reichsführer Himmler sobre la puerta principal, lanzaba destellos dorados al ser iluminada por los rayos del sol. Hedda pasó bajo la gran arcada y penetró en el gran hall.*

*Como cada mañana, la actividad de la maternidad era frenética. A través de los altavoces, llegaba la dulce melodía de la Serenata de Franz Schubert, como aquella mañana que acompañó a los niños polacos al dispensario del ala roja, mientras se deleitaba con los pequeños sucesos cotidianos de la vida de la maternidad y un pensamiento lúgubre invadía su mente.*

*La enfermera jefe Schneider y la comadrona jefe Schmund entraban en el hall a través de la puerta del «ala prohibida», que volvían a cerrar herméticamente. La dulce mirada de la señorita Schneider se posó en ella. En la centralita telefónica, la radiotelegrafista Anna Reiss leía un atrasado número de la revista Frauen und Werk, las revistas que llegaban a Marbach Heim siempre eran de meses atrás. Magda y Margarete tomaban dos tazas de té, mientras charlaban animadamente. Al fondo del hall, las enfermeras se afanaban en colocar unos bonitos ramos de flores, bajo el gran retrato del Führer y las banderas entrelazadas del Reich y de las ss.*



*Hedda avanzó a través del hall, y se dirigió a las escaleras que ascendían hasta el ala blanca. Mientras lo hacía, acariciaba con su mano la suave madera de la barandilla. Ya estaba ante el largo y blanco pasillo, con el gran ventanal a mano izquierda y las puertas blancas con pomos dorados a la derecha. La puerta del despacho de la señorita De Mezary se abrió. El olor a lirios llegó hasta Hedda. Con el brillo luminoso instalado en su rostro y su enigmático acento, Honelore de Mezary le dijo:*

*—Señorita Weiss, vaya a buscar a las chicas, a sus niños y a los niños polacos. Nos vamos al bosque a impartir la clase de sangre y raza. Yo las esperaré en el hall.*

*—Como disponga, señorita De Mezary.*

*Caminó por el largo pasillo. Ya venían las chicas, Lene Friedrich, Anna Ritter, Hildegard Meier, Raia Demianenko. Su amiga Else, con su extraña mirada vacía. Y sus niños, Baldur, Heinrich, Hilde. Los niños polacos marchaban detrás, con el capitán Wolfgang y la teniente Inge a la cabeza. Y tras todos ellos, apareció Mitzi, que corrió como siempre hacia ella mientras gritaba su nombre.*

*—¡Hedda!*

*Hedda la cogió en brazos y la levantó en el aire.*

*—¡Mitzi! ¡Nos vamos al claro del bosque! —dijo, mientras dejaba a la niña en el suelo.*

*—¡Bien! ¡Al bosque! —gritó Mitzi, levantando sus bracitos y dando vueltas sobre sí misma.*

*Con Mitzi de la mano, caminaron hacia las escaleras. Desde allí se divisaba la puerta principal de la maternidad. Un todoterreno se detenía en ese momento ante ella. El comandante Beck y el capitán Elsner descendieron del vehículo. Mientras charlaban, caminaron hacia la escalinata. Antes de ascender por ella, el comandante se detuvo, sacó uno de sus cigarrillos turcos y lo prendió con su encendedor dorado. Con su tradicional gesto amargo, el apuesto comandante ascendió por la escalinata.*

*Había pasado algo sorprendente. Mientras las residentes del ala blanca bajaban por las escaleras, el sol había desaparecido. Y el techo del hall. Ahora nevaba, distraídos copos de nieve caían sobre el suelo del hall y empezaban a cubrirlo. ¿Por qué había desaparecido el techo? ¿Por qué nevaba dentro de la maternidad?*

*Sal ya, Hedda. Sal ya de allí. Ya regresarás esta noche, cuando cierres los ojos...*

La anciana abrió los ojos. Las lágrimas brotaron rabiosas de ellos. La mano apoyada en su bastón tembló. Ahora miraba una de las paredes que aún había quedado en pie, posiblemente era una de las paredes interiores del ala roja. La hiedra y las enredaderas habían crecido salvajes en ella.

—Ya ha valido por hoy, madre. Nos tenemos que marchar. Te estás emocionando demasiado, ya sabes lo que te ha dicho el doctor Krankl, tu corazón no está bien. Y aquí no hay nada, madre, solo ruinas. Y sombras. Y fantasmas del pasado.

—No puedo irme de aquí, hija, porque nunca me marché. Me quedé para siempre aquí, entre estas cuatro paredes. Regreso cada noche, cuando la luz se apaga. Hay cosas que vosotros, los jóvenes, nunca podréis entender, por mil veces que os las expliquemos —la mirada analítica de la anciana paseaba detenidamente por las ruinas—. Tiene mucho poder, Hedda. Su alma es oscura.

La niña adolescente se había internado entre las ruinas. Debía de estar bajo lo que un día fueron las escaleras del ala blanca. Estaba pegando patadas a unas piedras, con la puntera de sus zapatillas blancas Adidas. Las piedras parecían desaparecer en un profundo agujero.

—¡Abuela, aquí hay un agujero muy grande y muy profundo!

—¡Vuelve aquí, niña! ¡No te asomes a ese agujero! Debe de ser el viejo refugio subterráneo.

Un velo negro cubrió los ojos de la anciana. Casi susurrando, dijo:

—Ese lugar está maldito...

La adolescente hizo un gesto fantasmagórico con sus manos y, con voz forzada, dijo:

—Este es un lugar muy misterioso, abuela. En lo más profundo de ese agujero me ha parecido ver corretear a una sombra.

—¡Venga, haz caso a tu abuela y ven aquí! —dijo Kurt, que ya montaba en el coche.

—No debes decir esas cosas, Mitzi. No está bien.

La adolescente llegó junto al coche.

—Abuela, no me llame Mitzi. Ese es un nombre de niña pequeña. Yo me llamo Maria.

La anciana acarició el rostro de su nieta.

—Para mí siempre serás la pequeña Mitzi. Además, Mitzi es un nombre muy bonito. Aunque debo reconocer, que a mí tampoco me gustó la primera vez que lo escuché.

A través del cielo plomizo se abrió paso el sol. Un sol que cubrió las ruinas, y la hierba que crecía en lo que un día fue la gran explanada. El sol provocó que la sombra de las tres mujeres se reflejara en la verde hierba. Sombras que, conforme el astro rey tomaba altura, se hacían más alargadas.

La adolescente subió al interior del vehículo. Hedda ayudó a subir a la anciana. Kurt dio una fuerte palmada sobre su hombro.

—¡Malditos mosquitos!

—Es la maldición de esta zona durante el verano. Proviene de los pantanos —explicó la anciana mientras se acomodaba en el asiento—. Por cierto, hablando de los pantanos, si vamos a estar por esta zona, mañana me gustaría volver. Quisiera ir por ese camino de ahí, el que conduce al interior del bosque. Me gustaría ver si el viejo cementerio aún existe, y visitar la tumba de mi amiga Else Kruger.

—Según como te encuentres mañana, mamá. No me gustaría que te fatigaras más. No es bueno para tu corazón —dijo Hedda, mientras se ponía el cinturón de seguridad.

El vehículo se puso en marcha. La adolescente hizo acción de ponerse de nuevo los auriculares, pero pensándose mejor, miró a la anciana y le dijo:

—Abuela, ¿por qué no cantas esa canción que me cantabas cuando era pequeña?

—Maria, deja a la abuela...

—No, no, Hedda, si me encuentro bien. ¿Quieres que te la cante, Mitzi?

—Sí, abuela.

Acariciando la rubia melena de su nieta, la anciana cantó:

*Era una Edelweis, una pequeña Edelweis...*

Mitzi cogió la mano de su abuela y cantó con ella:

*... ¡Era una Edelweis, una pequeña Edelweis...!*

Mientras Hedda Weiss y Mitzi entonaban la antigua canción, el coche de matrícula alemana enfiló el camino que conducía al hayedo. Su imagen se perdió, cuando penetró en el sombrío y profundo bosque de Marbach.

# NOTAS Y AGRADECIMIENTOS.

## ADIÓS A MARBACH HEIM

A partir de 1940, casi ocho mil chicas, provenientes de la Liga de Muchachas Alemanas, ingresaron en las maternidades de la red *Lebensborn*, con el objetivo de ofrecerle un hijo al Führer y al Reich alemán. Esta novela está basada en sus vidas y en sus experiencias.

La fuente documental de esta novela está sacada de mis archivos personales sobre el nacionalsocialismo. Un archivo que incluye libros, documentos escritos, gráficos y sonoros, un archivo que he ido recopilando durante más de veinticinco años. En concreto, en esta ocasión, he utilizado casi doscientos testimonios escritos de chicas que, en un momento determinado, quisieron romper la cadena de silencio que envolvía el programa *Lebensborn* y compartir con todos nosotros sus vivencias detrás de los muros de las maternidades nazis.

Desde un primer momento tuve claro que no quería situar la acción de la novela en una maternidad real, por dos motivos principales: el primero, por una cuestión de respeto hacia las residentes que pasaron por ellas y que podían verse injustamente reflejadas en los personajes que estaba creando; en segundo lugar, porque me apetecía situar la acción en Prusia Oriental y, de esta manera, poder narrar uno de los acontecimientos históricos que siempre me han fascinado: la batalla y la caída de Prusia Oriental, uno de los capítulos más estremecedores y sangrientos de la Segunda Guerra Mundial.

Entre 1935 y 1944 la Oficina de la Raza y Asentamientos, un departamento dependiente de las ss, abrió once maternidades *Lebensborn* en los territorios de Alemania y Austria. Estas maternidades fueron: Heim Hochland (1936), Harz Wernigerode (1937), Kumarsk Klosterheide (1937), Bad Polzin (1938), Friesland Hohehorst (1938), Wienerwald Pernitz-Muggendorf (1938), Taunus Wiesbaden (1939), Sonnenwiese Kohren-Salis (1942), Schwarzwald Nordrach (1942), Alpenland Gmunden Traunsee (1943) y Franken Schalkhausen (1944). La red se extendió a otras naciones ocupadas por el Tercer Reich, y así, se abrieron las maternidades de Mosselland en Luxemburgo (1943), Ardennen Wegimont en Bélgica (1943) y Westerwald-Lamorlay-Chantilly en Francia (1944). Por la importancia que la sangre nórdica tenía en el proceso de regeneración racial puesto en marcha por las ss, *Lebensborn* abrió ocho maternidades más en suelo noruego, entre 1942 y 1943: Geilo, Baerum-Oslo, Eidsvoll, Klekken, Bergen, Stadtheim Oslo, Voss y Trodheim.

La maternidad de Marbach Heim está construida en base a como eran realmente todas estas maternidades. Sin duda alguna, fue el elemento más difícil y más complejo de crear en la novela.

Para la construcción de los discursos raciales de Honelore de Mezary, me he inspirado en los textos sobre la sangre y la raza de Walter Darré, el primer director de la Oficina de la Raza y Asentamientos e ideólogo del proyecto racial nazi, del que el programa *Lebensborn* era una de sus puntas de lanza. Mi objetivo ha sido dar a conocer de una manera gráfica, explícita y lo más descarnada posible, toda la monstruosidad del proyecto nazi sobre la raza, y el tipo de sociedad que deseaban construir.

Los textos de *Mein Kampf* que Hedda Weiss lee en los capítulos *En el ala blanca* y *El alma aria* están extraídos de la edición íntegra en español del texto original que Adolf Hitler escribió en 1924 en la prisión de Landsberg.

El rito sacramental que el teniente coronel Oertl recita durante el bautismo de los niños en el capítulo *Bautismo* está extraído del libro *Historia social del Tercer Reich* de Richard Grunenberger.

En el capítulo *Gestación* aparece el texto completo del fragmento *Lacrimosa* (Día de Lágrimas) de la *Misa de Réquiem en re menor K 626* de Wolfgang Amadeus Mozart.

En varias ocasiones a lo largo de la novela, aparecen los himnos nazis *Die Fahne Hoch* (Alzad altas las banderas) letra de Horst Wessel, y *Die Fahne ist mehr als der Tod!* (La bandera es más que la muerte), letra de Baldur von Schirach.

En el capítulo *Gestación*, aparecen las marchas militares *Es war ein Edelweiss* (Era una Edelweis) letra de Herms Niels, y *Deutschland Erwache!* (¡Despierta Alemania!). La traducción de la letra al castellano de las dos canciones es de María Ángeles Domingo.

En los capítulos *En el ala roja: Un mundo sin Dios* y *Las serpientes de Hitler* aparece la canción *Davon geht die Welt nicht unter* (Esto no puede ser el fin del mundo), letra de Bruno Balz, canción que formaba parte de la película *Die Grosse Liebe* (El gran amor), de 1942. En el capítulo *Un lugar llamado Meseritz-Obrawalde*, aparece la canción *Nur nicht aus Liebe weinen* (No solo se llora por amor), letra de Hans Fritz Beckmann, tema central de la película de 1939 *Es war eine Rauschende Ballnacht* (La noche encantada). Ambas canciones fueron interpretadas por Zarah Leander y traducidas al castellano por María Ángeles Domingo. Elegí estas canciones para la novela como un tributo personal a la inolvidable Zarah Leander (1907-1981), pues ella fue la gran voz del Tercer Reich y uno de mis mitos sagrados.

En el apartado de agradecimientos, quisiera empezar por mi mujer, María Ángeles. Es a ella, a su apoyo incondicional, a su comprensión y, por encima de todo, a su empuje, a la que le debo el haber atravesado ya dos veces el oscuro telón del nacionalsocialismo. Ella es mi correctora, la primera lectora de mis textos, es a través de ella, en un estudio pormenorizado de sus reacciones, como intento descubrir si logro crear el efecto que deseo conseguir en mis lectores. En esta novela, aparte de

las canciones antes mencionadas, ha traducido del alemán un gran número de documentos relacionados con *Lebensborn e.V.* sin los cuales, hubiera sido muy difícil poner en pie esta historia. Sé que es complicado, para cualquier persona, aguantar a alguien que está en plena faceta creadora, pero les aseguro que es mucho más difícil, cuando esa persona ha decidido escribir sobre el nacionalsocialismo. Gracias, Mari.

Por descontado, quiero agradecer a todos los autores, escritores, historiadores y académicos que han dedicado algún tiempo de su vida a escribir e investigar sobre el programa *Lebensborn*. Gracias al estudio de sus textos, he conseguido sacar adelante este proyecto que llevaba mucho tiempo gestándose en mi cabeza. No voy a citarlos aquí, porque son tantos, que la lista no tendría fin y aun así, seguro que se me olvidaría alguno. A todos ellos, mi respeto y mi agradecimiento.

Quiero agradecer también a todos aquellos lectores de mi primera novela, *Los hijos del Führer*, que tras su publicación se acercaron a mí para hablar e intercambiar impresiones. Todas sus palabras y opiniones me fueron de gran ayuda, y como estamos aquí para aprender, espero haber mejorado en esta segunda novela y erradicar los errores que pude cometer en la primera.

Y a la ciudad de Múnich. Siempre nos recibe con los brazos abiertos, siempre nos sentimos como en casa, siempre regresamos con recuerdos inolvidables que no se borran de nuestra memoria.

Antes de decir adiós definitivamente a las ruinas de Marbach Heim, me gustaría hacer una consideración final. Como el lector habrá podido ver, este libro está especialmente dedicado a los miembros de la organización *Lebensspuren*, Huellas de Vida, formada por niños *Lebensborn* que, todavía hoy, buscan sus raíces perdidas tras las brumas del delirante proyecto racial puesto en marcha por los señores del Tercer Reich. Al igual que sus madres, terminada la guerra, muchos de estos niños pasaron a ser excluidos sociales, cayendo en la marginalidad. En el fondo, ellos solo eran víctimas inocentes, niños cuyo único delito consistió en haber nacido en el lugar equivocado, durante una época equivocada. Ahora, muchos de ellos buscan que la historia los reconozca como unas víctimas más del nacionalsocialismo. Yo solo espero que consigan su objetivo, porque sería una cuestión de justicia. El nacionalsocialismo dejó muchas víctimas en el camino, más de catorce millones. Considero que todos ellos deben de tener nuestro reconocimiento.

En el lugar donde se levantaba la maternidad de Klekken, en Noruega, hay una escultura de bronce, obra de Jon Torgensen, que representa a una niña *Lebensborn*, con dos coletas en su cabeza, su abrigo, sentada sobre una humilde maleta. Sus manos están entrelazadas sobre sus rodillas, y su mirada perdida parece fijarse en algún punto de la nada. Es una imagen triste que habla de la soledad, de la soledad más absoluta, de una niña que desconoce su procedencia, tanto como desconoce su futuro. Es la triste imagen final que nos dejó *Lebensborn*, cuando las maternidades

cerraron y el proyecto racial nazi pasó a engrosar la larga lista de horrores de la Historia.

FRANCISCO JAVIER ASPAS  
*17 de abril de 2013.*

# Notas



[1] *Bund Deutscher Mädel* (BDM). <<

[2] *Glaube und Schönheit* (GUS). <<

[3] *Deutsche Arbeitsfront* (DAF), sindicato Frente Alemán del Trabajo. <<

[4] *Sturmabteilung* (SA), División de Asalto. <<